VIAJE AL ORIENTE.

VIAJE AL ORIENTE

DE

MR. ALFONSO DE LAMARTINE,

TRADUCIDO POR * * *.

MADRID.—1846.
Est. literario-tipográfico de P. Madoz y L. Sagasti.
Calle de la Madera baja, núm. 8.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA
6104877346

DE Mr. LAMARTINE.

El Viaje al Oriente es una obra en que el lector se identifica de tal modo con el privilegiado ser que trazó sus amenas y encantadoras páginas, que se siente dominado por el deseo mas vivo de conocer al poeta que con tanta dulzura canta, al apasionado padre que llora, al historiador elocuente que relata, y al filósofo que con tal sabiduría discurre acerca de la instabilidad de las cosas mundanas y sobre los sueños mentidos del hombre. Sentado este principio, creo que el que lea este libro se enterará con gusto de algunas particularidades de la vida de su autor, y en tal concepto voy á presentar, aunque desaliñados, varios detalles biográficos del ilustre viajero.

Mr. Alfonso de Lamartine, que cuenta hoy 54 años de existencia, pasó en Neilly los primeros tiempos de su niñez á la vista de su padre, Caballero de S. Luis, y antiguo oficial del ejército, y en los brazos de una madre instruida y piadosa. Merced á esta influencia protectora, el futuro poeta resistió á los embates de una época materialista; y las inspiraciones que recibió de los autores de sus dias, y la educacion que se le dió mas tarde en un colegio de Belley, fortalecieron la tendencia religiosa de su espíritu. Bajo el imperio no trató de emprender una carrera activa: lejos de eso abandonó su patria en 1815 para hacer un viaje á Nápoles, y esto prueba que ni el esplendor imperial le habia deslumbrado, ni se dejaba arrastrar por la corriente eléctrica que enardecia entonces á la juventud francesa y la conducia al combate. La literatura debia aprovecharse, pues, de la actitud escepcional del tierno meditador que vagaba por las montañas del Maconnais, ó se dejaba mecer muellemente sobre el golfo de Nápoles. A la vista de las ruinas de Italia y de las catástrofes contemporáneas, Mr. de Lamartine conoció temprano la nulidad de las grandezas terrestres: añádase á esto la

inspiracion de la soledad y de un primer amor, el estudio de Chateaubriand, de Mme. de Staël, de Saint-Pierre y de la Biblia, en que su madre le enseñaba á leer, y se hallará todo el secreto de sus primeros versos.

Cuando Lamartine empezaba á bosquejar algunos ensayos, la poesía francesa estaba empobrecida casi completamente, ya fuese porque la accion ahogase la palabra, ya porque la enseñanza soldadesca hubiese marchitado el vuelo de la inspiracion; pero pasó el imperio y algunos tímidos ensayos anunciaron una nueva era para los genios, que estaban ávidos de esa poesía sentimental y dulcísima que nace del fondo del corazon del hombre. Mas adelante, las meditaciones poéticas vinieron á arrastrar toda una generacion hácia regiones muy distantes de la política, y á esta generacion, á la cual pertenecia él mismo, hablaba Mr. de Lamartine de fe, de esperanza y de inmortalidad, en un lenguage, cuya fogosidad vehemente y espléndidas imágenes tomaba de los profetas de nuestros sagrados libros, y cuyos suaves acentos y seductoras formas bebia en las fuentes de los mejores modelos mundanos. Los versos que entonces escribia Lamartine respiran amor,

pero un amor purificado por la desgracia; y merced á una lira, cuyos sonidos de languidez inefable se mezclaban con los acordes vibrantes de una inspiracion casi santa, y de una escuela cada vez mas numerosa, que rechazaba el sensualismo grosero y la imitacion del siglo XVIII, Mr. de Lamartine hacia una revolucion; pero, como todos los grandes innovadores, la hacia sin espíritu de sistema, porque la hacia sin saberlo. Su corazon latia al compás de muchos de sus contemporáneos que pedian una literatura adecuada á las necesidades de una época de inaccion, y como él habia estudiado y meditado mucho, luego que hubo dado á luz su primer volúmen de poesías, se grangeó el afectuoso entusiasmo de las mujeres sensibles, y de los hombres religiosos y pensadores.

Desde que la lira de Byron habia enmudecido, ninguna voz cantaba á la Italia su cielo, sus golfos y sus bellezas; ningun poeta habia marchitado la apatía política de aquellos hombres, como Mr. de Lamartine: sin embargo, en obsequio de la imparcialidad debe decirse, que una de las composiciones que dió á luz fué acogida con bastante tibieza, y oca-

sionó al autor un duelo con el coronel Pepé, que se creia ofendido en su honor nacional, duelo en el que nuestro poeta salió herido gravemente. Este fué el acontecimiento que vino á trastornar la existencia completamente feliz de Lamartine, pues desde 1820 habia encontrado la dicha conyugal en su matrimonio con una jóven inglesa, habia sido nombrado para la secretaria de la embajada de Nápoles, y habia adquirido una considerable fortuna con la herencia de un tio, hermano de su madre.

Despues de este lance desagradable fué Mr. de Lamartine encargado de negocios en Toscana, pero á la caida de Cárlos X abandonó la carrera diplomática por una causa que seguramente le honra. *Cuando la dinastía de Julio ha sido personificada en otra familia,* (decia en la Cámara de diputados el 25 de marzo de 1840) *con la cual me cabe el honor de haber tenido anteriormente lazos de una respetuosa intimidad, (si ella me permite valerme de esta palabra) he escrito al nuevo Rey, manifestándole que motivos de delicadeza me obligaban á renunciar los títulos y los honores que conservaba de la dinastía caida, pero que, aunque por una parte le presentaba la dimision de mis empleos, creia por otra de mi*

deber, como patriota y como francés, ofrecerle mi juramento á él y al Gobierno de Julio. Retiróse pues de la carrera diplomática, y cediendo á un deseo que alimentaba desde sus primeros años, dispuso su partida para la tierra santa.

En junio de 1832 salió Mr. de Lamartine para el Oriente. Su esposa y su hija única le acompañaban en esta poética peregrinacion, emprendida porque le parecia que *las perplejidades religiosas debian encontrar allí su solucion y su calma*; y en este viaje, el mismo de que va á enterarse el lector, recorrió la tierra de Canaan y de la Judea, surgió por las colinas de Zabulon y de Nazareth, dió vuelta al monte Carmelo, y contempló el valle sombrío que sirvió de cuna al Redentor.

El 26 de octubre, despues de haber dejado su familia en Beyruth, llegó con algunos amigos á Jerusalen. La peste reinaba á la sazon en la ciudad santa; pero los viajeros penetraron en ella, no obstante, y se arrodillaron en la plaza donde Bouillon habia venido á humillarse, y á depositar su espada victoriosa.

Se iba, pues, realizando con esta peregrinacion para Mr. de Lamartine el deseo mas ardiente

de su juventud, cuando su corazon de padre se vió lastimado por la pérdida dolorosa de su hija, que formaba toda su delicia; asi es que desde la muerte de su Julia, no veia, sino al través de un velo enlutado y fúnebre, los gallardos y bellísimos cedros del Líbano, las gigantescas ruinas de Baalbek y los encantos de Damasco, Bizancio y el Bósfhoro; harto admirables, por cierto, para el que acaba de atravesar los campos bíblicos. Lamartine se apresuró á depositar los restos embalsamados de su amada hija, y permaneció seis meses en el Líbano con su esposa, aterrados ambos por el golpe con que les habia herido la Providencia; sin otra distraccion ni otro consuelo que las lágrimas de sus compañeros de viaje y de algunos amigos.

Regresó Mr. de Lamartine á su patria con el corazon destrozado y preocupado su espíritu con la gran contienda política, en la cual iba á tomar una parte activa. En enero de 1833, habia sido elegido diputado, y la carrera parlamentaria se abria ante el poeta en un momento en que tal vez se hubiese dejado absorver por un intenso dolor. Tomó, pues, asiento en la cámara, pero su actividad literaria no se de-

tuvo en medio de las sesiones y dió á luz su Viaje al Oriente.

En la advertencia de esta obra importantísima, se defiende el autor con la modestia mas sincera contra la pretension de haber querido escribir un viaje. *Para escribir un viaje* (dice) *se necesita tiempo, una imaginacion libre y tranquila, trabajo y atencion, y yo no podia aplicar nada de esto: era preciso, pues, ó quemar estas notas ó dejarlas publicar como estaban: ellas son solo el golpe de vista trazado de un pasajero que marcha sobre un camello ó sobre la cubierta de un buque, que ve escaparse detras de él los paisages, y que para conservar memoria de ellos tira algunas rayas con lapiz.* A pesar de la modestia del escritor y del estado fraccionado de su obra, es imposible no entusiasmarse con esa bella galería de retratos de mujeres orientales, con esos preciosos cuadros marítimos, con esas descripciones pintorescas y con esas consideraciones altamente fisóloficas; asi es que al pasar la vista por sus páginas, se siente uno irresistiblemente arrastrado á amar al hombre, tanto por lo menos como se admira la destreza del pintor y la dulzura y maestría del poeta. «El viaje de Lamartine (ha dicho un célebre lite-

rato) es el digno sucesor del *Itinerario de Paris á Jerusalen de Mr. Chateaubriand*: el lector cristiano encontrará en él las páginas mas elocuentes sobre la ciudad de Dios, el poeta un modelo perfecto, y el hombre de Estado las pruebas del tacto profético del escritor que anunció, *sin dudar*, los sucesos acaecidos recientemente en las orillas del Nilo, en las gargantas del Líbano y en todas las provincias de la Turquía.

El autor del Viaje á Oriente ocupa hoy como académico un lugar muy distinguido; como diputado sus discursos tienden á la moralizacion social y aboga con vehemencia contra la pena de muerte; y como poeta, el mas apasionado y mas tierno, deja entrever bastante bien en sus últimas composiciones, el fondo de su idea que se desenvuelve mas y mas de las cadenas de simbolismo esclusivo. No es ya, pues, Mr. de Lamartine el pretendido poeta católico de las primeras *Meditaciones*: es el profeta de una nueva era; el cantor precursor de la grande asociacion donde todos los pueblos vendrán á darse la mano, y en que todas las dolencias hallarán su remedio y su consuelo eficaz.... La utopia del poeta no está formulada todavia.

He aquí los detalles, que he podido reunir acerca del viajero con quien el lector va á entenderse. Réstame, pues, únicamente decir que yo he vertido al castellano la obra de Lamartine de la última edicion de Bruselas, sin omitir nada y ciñéndome, como debia, lo mas posible á la mente y á la letra del original francés.

El traductor.

EL AUTOR.

No ha sido mi idea escribir un viaje: el viaje, ó mejor dicho, el poema sobre el Oriente, nos lo ha dado ya Mr. de Chateaubriand en su itinerario: este grande escritor y célebre poeta, aun cuando solamente haya transitado por esta tierra, emporio de los prodigios, ha dejado impreso para siempre el sello de su genio privilegiado, sobre el polvo tan removido y agitado por los siglos: Chateaubriand como caballero y peregrino ha visitado á Jerusalen, llevando en una mano la Biblia y el Evangelio, y la historia de las Cruzadas en la otra. Yo tan solo he atravesado esta tierra sagrada como poeta y como filósofo; y de ella he traido impresiones profundas y lecciones sublimes y terribles: el estudio, que he hecho sobre las creencias religiosas, sobre la historia, y sobre las costumbres en las diversas fases en que la humanidad se me ha mostrado, no ha sido inútil para mí, y confío en que tampoco será estéril para el público. El estudio que dilata el estrechísimo horizonte del pensamiento; que propone á la razon los grandes problemas históricos ó religiosos; que impele al hombre á examinar sus mismas convicciones, y á formarlas de nuevo; la grande

y reconcentrada educacion del pensamiento por el pensamiento, por los lugares, por los hechos, por la comparacion de los tiempos entre sí, de las costumbres con las costumbres y de las creencias con las creencias, nada de esto puede ser inútil para el poeta y para el filósofo: los elementos de su futura poesía se hallan en esa educacion, en ese estudio, en ese exámen profundo. Cuando el poeta ha acumulado, ordenado, clasificado, aclarado y reasumido la multitud de impresiones, de imágenes y pensamientos que ofrecen hombres y tierra al que los interroga; cuando, por decirlo así, ha comunicado madurez á su inteligencia y á sus convicciones, habla entonces á su vez; y como quiera que sea, bajo la forma poética, ó bajo la filosófica forma, presenta á la generacion sus ideas exactas, ó inexactas tal vez.

No ha sido tampoco mi designio hacer una fiel y acabada descripcion de los paises que he visitado, de los personales sucesos que me han acaecido, ni del conjunto que han llegado á formar en mi mente las impresiones de los lugares, de los hombres y de las costumbres: la Inglaterra ha producido un genio que ha hecho de antemano este trabajo; y en la Francia se está desempeñando tambien con una verdad, un conocimiento y un éxito que no puedo lisonjearme de igualar. Mr. de Laborde escribe y dibuja con la maestría del Viajero en España, y el pincel de nuestros primeros artistas: Mr. Fontanier, cónsul en Trebisonda, nos ofrece los cuadros mas animados y exactos de las partes menos conocidas del imperio Otomano; y la correspondencia de Mr. Michaud, individuo de la Academia francesa, con Mr. Ponfoulat, su brillante colaborador, satisfacen cumplidamente nuestra curiosidad sobre el Oriente, tan bien en la parte histórica, como en la pintoresca y la moral. Michaud, versado escritor, historiador clásico, y hombre privilegiado, enriquece la descripcion de los paises que recorre con todos los recuerdos que resucita de las Cruzadas; critica la historia por los lugares, y es-

tos por aquella: su analítica penetracion abre paso á través de lo pasado y de las costumbres de los pueblos que recorre; y los hábitos y los grados de civilizacion que observa, se hallan sazonados con la sal esquisita de su propia erudicion: Mr. Michaud es hombre avanzado en edad y en inteligencia: como tal conduce al jóven por la mano y le muestra con la sonrisa de la razon las escenas que se ofrecen á su vista por la vez primera. Mr. Poujalot es un poeta y un pintor: su estilo animado por la impresion de las perspectivas, refleja con fuerza los tintes de la esplendente luz que ilumina los lugares: cuando se leen sus escritos, parece que luce ante nosotros el sol brillante del Oriente; parece que vivifica y calienta su jóven y fecunda imaginacion, el estudio de las cartas que escribe á su amigo: sus páginas son como terrones de los propios paises, trasportados á ellas, radiantes aun de su verdad y de su natural esplendor. La diversidad de ambos talentos que, respectivamente se completan el uno por el otro, forman de esta correspondencia la coleccion mas acabada que apetecerse pueda sobre tan admirable region.

Escasas son las noticias que poseemos relativamente á su geografía; pero van á publicarse muy pronto los trabajos del jóven Mr. Caillet, oficial del estado mayor á quien he encontrado en Siria: ellos completarán el cuadro que poseemos de esta parte del globo. Mr. Caillet ha empleado tres años en reconocer la isla de Chipre, la Caramania y los diferentes estados de la Siria con el celo y la intrepidez que forman el carácter de los oficiales instruidos de nuestro ejército. Restituido á su patria trae importantísimas noticias que hubieran sido muy provechosas en la espedicion de Bonaparte, y que pueden servir de base para preparar otras nuevas.

Los apuntes, que, conmigo mismo he convenido en publicar, carecen de tan relevantes circunstancias: las doy á luz, pues, con sentimiento porque solamente son buenas para mi uso á que estaban esclusivamente

destinadas: en ellas no se halla ni historia, ni ciencia, ni geografía, ni costumbres.... yo no pensaba en el público cuando las escribí. ¿Y de qué modo fueron escritas? Tal vez á mediodía durante mi corto descanso á la sombra de una palmera, ó bajo las ruinas de algun monumento en el desierto: tal vez por la noche en mi tienda de campaña, agitada por el viento, ó azotada por la lluvia, al escaso y humoso resplandor de una hacha de tea: un dia en la celda de un convento maronita del Líbano, otro al raudo movimiento de un árabe esquife, ó sobre el puente de un bergantin entre los gritos de los marineros y los relinchos de los caballos, entorpecido siempre por las distracciones consiguientes á un viaje terrestre ó marino: muchas veces dejando de escribir durante ocho dias, y otras perdiendo las esparcidas hojas del album, descuadernado por los chakales, ó mojado por la espuma del mar.

Al volver á Europa, bien hubiera podido examinar estos fragmentos de impresiones, reunirlos, ordenarlos y componer un viaje; pero repito, que no era esta mi intencion: para ello se necesitaba imaginacion libre y tranquila, tiempo y atencion: yo no podia contar con nada de esto. Mi corazon estaba despedazado, mi imaginacion lejos de este asunto, mi atencion distraida; mi tiempo era escaso: necesario era, pues, quemar estas notas, ó publicarlas como estaban escritas. He tomado el último partido: me arrepiento de ello; pero ya es tarde.

Si, pues, el lector se promete encontrar en este libro otra cosa que las fugaces y superficiales impresiones de un viajero que marcha sin detenerse, renuncie á su lectura: sus páginas no pueden ofrecer interes mas que á los pintores: son notas casi esclusivamente pintorescas: son como el golpe de vista trazado por un pasagero sentado sobre el lomo de un camello ó sobre la cubierta de un buque, que vé desaparecer los paisages detras de él, y que para conservar de ellos una pálida memoria, tira con el lapiz algunas rayas, tra-

zando sin colorido aquellos cuadros fugaces, sobre las incorrectas páginas de un diario, que debe servir para su uso esclusivo. Tal vez algunas veces este viajero, reconcentrándose en sí mismo, olvida la escena que le rodea, y se habla, se escucha y se siente disfrutar, pensar y sufrir: entonces graba alguna palabra de sus lejanas impresiones para que no las arrebate completamente el huracan del desierto ó del Océano, y pueda conservar alguna huella para que anime un pasado, muerto ya, ó avive, al retirarse á un hogar solitario, unos recuerdos frios que enlacen algunos instantes los eslabones de la cadena de su vida, desunidos tantas veces por los accidentes que la constituyen: he aquí lo que son estas notas: ellas carecen de interes: ellas tampoco pueden tener buena acogida: el autor al publicarlas solo se promete en su obsequio lo único que tiene derecho á reclamar: solo se promete indulgencia

1832 Y 1833.

RECUERDOS,

IMPRESIONES, DESCRIPCIONES Y PENSAMIENTOS.

MARSELLA 20 DE *mayo de* 1832.

Mi madre habia recibido de la suya, en los momentos en que pisaba esta el escalon postrero de su vida, una biblia preciosa de Royaumont, en la cual me enseñaba á leer cuando era yo niño. Esta biblia se hallaba adornada con multitud de láminas bellísimas que representaban los asuntos sagrados: una simbolizaba á Sara, otra á Samuel ó José, otra á Tobías y su ángel, y en todas se dibujaban esas dulces escenas patriarcales en que la naturaleza solemne y primitiva del Oriente se veia mezclada con los actos de la vida maravillosa y sencilla de los primeros hombres. Cuando habia yo recitado mi leccion y leido correctamente media página de la Historia Sagrada, descubria mi madre la lámina, y con el libro abierto sobre su falda me la hacia

contemplar, esplicándomela como por recompensa. Mi buena madre estaba dotada por la naturaleza de un alma tan piadosa como tierna, y de una imaginacion la mas viva y sensible: todas sus ideas eran sentimientos; todos sus sentimientos eran imágenes. Su noble y hermosa fisonomía reflejaba radiante el fuego que ardia en su corazon, y cuanto se fijaba en su pensamiento; y el metal argentino, tierno, afectuoso y apasionado de su voz, daba á sus palabras un acento de fuerza, de encanto, de dulzura y de amor, que todavia resuena en mis oidos despues de seis años de penoso silencio.! La vista de estas láminas, las esplicaciones y los comentarios poéticos de mi madre, me inspiraron desde la mas tierna infancia gustos é inclinaciones bíblicas: y como del amor á las cosas, al deseo de ver el punto donde existen ó han existido estas no hay mas que un paso, á la edad de ocho años ardia yo en el deseo de visitar esas montañas sobre las cuales habia descendido el mismo Dios, los desiertos en que los ángeles descubrieron á Agar, la fuente oculta que reanimase á su pobre hijo desterrado y muriendo de sed, los rios que salian del Paraiso Terrenal y el Cielo hermoso en donde se veian subir y bajar los ángeles por la escala de Jacob. Nunca este deseo se entibiaba en mí; lejos de eso soñaba siempre un viaje al Oriente como un acto grande de mi vida. Yo construía en mi imaginacion el vasto y religioso plan de un poema épico, y en esos hermosos lugares debia colocar la escena principal: pareciendome tambien que las dudas del entendimiento y las perplejidades religiosas habian de encontrar en ellos su solucion y su calma: allí, en fin, debia ha-

llar los episodios de mi poema; porque la vida para mi espíritu ha sido siempre un gran poema, como para mi corazon el amor... Dios, amor y poesía, son las tres únicas palabras que desearia se grabasen sobre mi losa sepulcral, si yo mereciese una losa.

He aquí el origen de la idea que me conduce á las costas del Asia: he aquí por qué me encuentro en Marsella, y por que abandono mi país que amo tanto, donde dejo amigos queridos, y en donde existen afectos fraternales que me llorarán todos los dias y me seguirán en mi viaje.

22 *de mayo.*

He fletado un buque de 250 toneladas y de 16 hombres de tripulacion. El capitan es un sugeto escelente: su fisonomía me ha gustado. Tiene su voz el acento sincero de la probidad firme y de la conciencia pura; hay gravedad en la espresion de su rostro y su mirada franca y viva anuncia la resolucion, la energía y la inteligencia: es un hombre bien educado, apacible y cortés. Le he examinado tan detenidamente como se debe, cuando se trata de una persona á quien se confian no solo la fortuna y la vida, si no las vidas de una esposa y de una hija: dos vidas que estan identificadas con la propia. ¡Que Dios nos guie y nos restituya á nuestro suelo patrio!

El buque se titula el *Alcestes;* el capitan Mr. Blanc, natural de Ciotat: el dueño de él, es uno de los mas dignos comerciantes de Marsella, Mr. Rostaud, que nos ha colmado de atenciones y de bondades. Este sugeto es instruido y capaz de los

cargos mas eminentes en el pueblo de su naturaleza: ha residido mucho tiempo en Levante, y su probidad y sus talentos le han grangeado una consideracion igual á su riqueza: goza de ella sin ostentacion, y rodeado de una familia muy apreciable, se ocupa únicamente en imbuir á sus hijos la lealtad y la virtud. ¡Dichoso el pais en que se encuentran familias de esta especie en todas las clases de la sociedad, y dichosa institucion la de una familia, que protege, conserva y perpetúa la misma santidad de costumbres y la misma nobleza de sentimientos en la mezquina cabaña que en el palacio suntuoso!

25 de mayo.

Marsella nos ha acogido como si hubiesemos nacido bajo su hermoso cielo: es este un pais generoso, de sentimientos y de imaginaciones poéticas. Se recibe aquí á los poetas como á hermanos, y los habitantes mismos son poetas tambien: yo he encontrado entre los hombres del comun de la sociedad, entre los académicos y entre los jóvenes que entran apenas en la carrera de la vida, escesivo número de caractéres á propósito no solo para honrar el pueblo donde nacieron, sino la Francia entera. El mediodia y el norte de mi patria, me parecen en esta parte muy superiores á las provincias del centro. La imaginacion se adormece en las regiones intermedias y en los climas demasiado templados: esta facultad intelectual necesita un esceso en la temperatura. La poesía es hija del sol ardiente ó del hielo perpétuo: Homero ú Osian, Milton ó el Tasso.

28 de mayo.

Mi corazon conservará siempre una memoria de los marselleses. Parece que estos naturales han querido con su benevolencia aumentar la pena que oprime al corazon cuando uno va á ausentarse de su pais, sin saber si logrará volver á él. He tomado los nombres de las personas que mas particularmente me han acogido, y cuyo lisonjero recuerdo llevo conmigo como la última y dulce impresion de mi suelo natal: Mr. J. Freyssinet, Mr. de Montgrand, M. M. de Villeneuve, Mr. de Vaugaver, Mr. Autrau, Mr. Dufeu, Mr. Fauffret etc. etc. todos estos sugetos se distinguen por las eminentes cualidades de sus corazones y de sus talentos; los unos son sabios, otros empleados y los demas, ó escritores ó poetas. ¡Pueda yo volverlos á ver, y satisfacerles á mi regreso el tributo de reconocimiento y amistad que es tan dulce de pagar y de recibir!

He aquí los versos que escribí esta mañana paseándome por las orillas del mar entre las islas de Pomégua y la costa de la Provenza. En ellos hago mi despedida de Marsella, cuya poblacion dejo con la pena de un hijo. Hay sin embargo algunas estrofas inspiradas por otros sentimientos mas profundos.

A la Academia de Marsella.

Si yo abandono al impulso de una vela rápida cuanto me ha concedido el cielo de paz y de ventura: si confio á las olas del elemento pérfido á mi esposa y á mi hija, que son dos pedazos de mi corazon; si arrojo á la mar, á la arena y á las nubes tan dulce

porvenir, y tantos corazones que palpitan por la incertidumbre del regreso, sin otra seguridad que un mástil que se encorva con el furor del viento.

No es porque arda la sed insaciable del oro en un corazon que ha sabido adquirirse un tesoro de mas valía, ni porque me aliente la antorcha de la gloria con la ambicion de una nombradía fugaz; ni es tampoco porque la suerte del Dante me haga gustar la hiel amarga del destierro, ni porque me haya derribado el hogar paterno la cólera inconstante de los partidos....

Yo dejo llorando al estremo de un valle árboles frondosos que me brindan su sombra, y dejo un campo y una casa llena todavia de tibias memorias que muchas miradas amigables saludan desde lejos.... Tengo al abrigo de un bosque asilos apacibles en donde no resuena el ruido de las armas, y en donde no escucho mas que las bendiciones y la espansion de la alegria en vez del estruendo de las borrascas civiles....

Un padre anciano se estremece al ruido sordo que hacel viento en las almenas; y al despertar implora al dueño de los vientos para que envie su brisa á las blancas alas de los buques: los sencillos labradores, y los criados que van á perder sus señores, buscan con avidez en el musgo la señal de nuestras huellas; y mis lebreles tendidos al sol bajo mis ventanas aullan con melancolía al escuchar mi nombre....

Dejo hermanas, nutridas al mismo pecho que me ha nutrido, débiles ramas que el viento debiera mecer unidas á un mismo tronco!... dejo amigos del corazon, cuya alma está templada con el fuego de la mia; amigos que leen con mis ojos y piensan con mi pensamiento: dejo corazones desconocidos, cuya musa tiene enclavada en la mia su pensamiento y su religiosa atencion: amigos misteriosos con los cuales

me comunico por medio de mis versos: y ecos invisibles que se esparcen en mi ruta para inspirarme sus conciertos!

Empero el alma posee instintos ignorados por la naturaleza: instintos semejantes á los que dominan á los osados pajarillos, para atravesar de un vuelo el proceloso abismo de los mares en pos de alimento diferente! ¿Qué van á buscar á los climas de la aurora? Bajo nuestros techos ¿no tienen sus nidos y su musgo? El trigo de nuestros campos dorado por el sol ¿no les ofrece el grano generoso, para alimentar á sus bijuelos?

Como ellos poseo yo el cuotidiano pan: como ellos poseo la colina, y el espumoso rio, y el cristalino manantial. La sed de mis deseos no es ciertamente insaciable: y sin embargo parto como ellos, y como ellos voy á atravesar ese abismo insondable de las aguas; como á ellos me arrebata á Oriente una irresistible fuerza; y es que no he alcanzado ni con la vista, esa tierra de Canaan, nuestro imperio primitivo, en el cual plugo al Señor formar el corazon humano!

Y no he navegado todavía sobre el océano arenoso á impulso del soporífero movimiento del barco del desierto: ni á la caida de la tarde he apagado mi insaciable sed en el pozo de Hebron, ensombrado por el follage de tres palmeras: ni he estendido mi capa bajo las tiendas de campaña, ni dormido sobre el polvo en que Job fué revolcado por el Dios de Israel: ni he soñado por la noche, bajo las fúlgidas estrellas, los ensueños inefables de Jacob.

Quiero leer una de las siete páginas del mundo que aun me resta!... Ignoro como tiembla la estrella en el firmamento; no sé como acierta á respirar el pecho bajo el peso de la nada, ni como palpita el corazon al acercarse á su Criador: tampoco sé de que modo al pie

de una colina desde donde se estiende sobre el bardo la sombra de la antigüedad, habla la yerba al oido, la tierra se conmueve con sordo rumor, ó gime la brisa al pasar.

Ni he percibido el clamor de las naciones, resonante en los antiguos cedros, ni he visto las proféticas águilas desde lo alto del Líbano, cual abaten su vuelo sobre los palacios de Tiro á una señal de Dios!... Yo no he reclinado mi cabeza sobre la árida tierra en que solo conserva Palmira el eco de su nombre; yo no he hecho resonar con mi planta solitaria el vacío imperio de Memnon!

Desde el fondo de los abismos no he oido los lloros y los lamentos del Jordan, semejantes á aquellos con que sus olas espantaron un tiempo á Jeremías: yo no he oido cantar á mi alma dentro de mi mismo, en la gruta sonora en que el bardo de los reyes, sentia en el seno de las noches, arrancar del arpa los himnos de místico sabor con sus dedos de fuego!

Yo no he caminado sobre las divinas huellas en el campo regado por el lloro de Jesucristo, que cobija el olivo bajo sus verdes ramas: yo no he buscado la señal de estas lágrimas sobre las raices que no pudieron enjugar los ángeles!... Yo no he velado tampoco durante las noches sublimes en aquel jardin donde sudando sangre, resonaron en un solo corazon los ecos de nuestros dolores; los ecos de nuestros crímenes!

Ni he apoyado mi frente sobre el polvo en que al partir imprimió su huella el Salvador; ni he gastado con el contacto de mis labios la embalsamada piedra inundada con las lágrimas de la Virgen, al encerrar bajo sus entrañas los restos inmortales de su hijo divino; ni he golpeado mi pecho en aquellos sitios en que conquistando el porvenir con su muerte, tendió

sus cariñosos brazos para abrazar al mundo, y se inclinó para bendecirle!

Ved aquí porque parto: ved aquí porque aventuro el resto inútil de algunos dias pasados aquí abajo! Cualquiera que sea la costa en que el cierzo del invierno conmueva al árbol seco y estéril que ya no ofrece abrigo ni sombra al cansado viajero ¿qué importa? ¡*Insensato*! esclamará la muchedumbre.... mas ay!... ella es la insensata! No hallamos todos en todas partes nuestro alimento? Pues bien: el alimento del bardo viajero es el pensamiento: su corazon se nutre con las obras del Señor!

Anciano padre mio, adios!... Adios, hermanos queridos: adios mi, hermosa casa blanca, cobijada por el frondoso nogal!... mis ociosos caballos que retozais soberbios y rumiais la verde alfombra de mis prados.... mi perro leal, único guardian de mi casa ¡adios! vuestro recuerdo me turba y me sigue á todas partes como una sombra de mi pasada felicidad que intenta detener mis pasos!... Ah! que resuene menos sombría y dudosa la hora que nos debe reunir!

Y tú, suelo conmovido por el embate embravecido de las olas y de los vientos, aun mas que el débil esquife que conduce mi destino sobre los mares: tierra que encierras la dicha del universo.... ¡adios! Tú, costa, huye ante mi incierta mirada!... ¡Plegue al cielo desvanecer con un rayo la nube que ensombra tu templo, tu trono, tu pueblo y tu libertad, y encender aun mas puro en tu costa sagrada, el faro inestinguible de la inmortalidad!....

Y tú, Marsella, que ostentas tu magnífica belleza sentada ante las puertas de la Francia, como para recibir en tus aguas á sus numerosos huéspedes: tú, cuyo generoso puerto se abre en estos mares como el nido del

águila á las alas de los buques: ciudad en que mi mano estrecha todavía con efusion mas de una mano querida: suelo donde mi pie suspendido se detiene con amor.... recibe mis votos postreros y mi primer salutacion cuando regrese á la Francia.

13 *de junio.*

Hemos ido á examinar el buque que ha de servirnos, durante muchos meses de habitacion: se halla distribuido en pequeñas cámaras, en cada una de las cuales he hecho colocar una hamaca y un baúl. El capitan ha mandado abrir ventanas que les comuniquen aire y luz, y podrán abrirse cuando las olas lo permitan. La cámara principal está reservada para mi esposa, para mi hija y para mí: las criadas dormirán en otra mas pequeña que el capitan ha tenido la bondad de cedernos. Siendo como es tan deliciosa la estacion, comeremos sobre cubierta debajo de una tienda colocada junto al palo mayor. El buque está atestado de las provisiones de toda especie que son indispensables para un viaje de dos años, en un pais tan falto de recursos. Una biblioteca de quinientos volúmenes escogidos, de historia, poesía y viajes, es el mas bello ornamento de la cámara principal. Hay fardos de armas hacinadas en sus esquinas, y ademas he comprado suficiente número de fusiles, pistolas y sables para armarnos nosotros y nuestras gentes. Los piratas griegos infestan los mares del Archipiélago, y estamos decididos á combatir á todo trance, y á no dejarlos abordar hasta perder la existencia: yo defenderé dos vidas que me son mas caras que la propia,

Hay cuatro cañones sobre cubierta, y la tripulacion, que sabe la suerte que reservan los griegos á los desgraciados marineros que se dejan sorprender, estan resueltos á morir antes que rendirse á tales malvados.

17 de junio.

Tengo la fortuna de ir acompañado por tres amigos. El primero, es uno de esos hombres que la Providencia adhiere á nuestros pasos, cuando prevee que necesitamos de un apoyo que no ceda ni á la desgracia ni al peligro: su nombre es Amadeo Parseval. Estamos unidos desde nuestra mas tierna juventud por un afecto que no se ha desmentido en ninguna época de la vida: mi madre le amaba como á un hijo, y yo le amo como á un hermano. Siempre que he recibido un golpe de la suerte, ó lo he tenido á mi lado, ó le he visto llegar para tomar en él una parte muy principal, ó toda entera, si le fuese posible: posee un corazon que no goza ni padece sino de la dicha ó desdicha de los demas. Cuando me hallaba en París, hace quince años, solo, arruinado, desesperado y moribundo, él pasaba las noches velando junto á mi lecho de agonía: cuando yo he perdido una persona querida, siempre me ha dado él la noticia para suavizar mi amargura: á la muerte de mi madre, él llegó tan pronto como la noticia fatal, y me acompañó doscientas leguas hasta el sitio del sepulcro, adonde yo fuí inútilmente á buscar el último adios que me habia dirigido, y que no pude oir. Mas tarde.... pero mis desgracias no han concluido, y yo volveré á encontrar su amistad, tan-

tas veces como haya en mi alma desesperacion que calmar, ó en mis ojos lágrimas con que mezclar las suyas.

Dos personas apreciables por su bondad, instrucion y talento, dos hombres escogidos, han llegado tambien para acompañarnos en esta peregrinacion: el uno es Mr. de Capmas, subprefecto destituido por la revolucion de julio, el cual ha preferido correr la suerte de un porvenir incierto y penoso á la conservacion de su destino, pues hubiera repugnado á su lealtad prestar un juramento, por la misma razon que hubiera parecido en ello interesado. Es uno de aquellos hombres, que no admiten cálculo ante un escrupulo de honor, y en quien las opiniones políticas tienen todo el calor y la virginidad de un sentimiento.

El otro de nuestros compañeros es un médico de Hondschoote, Mr. de la Royere: yo le conocí en casa de mi hermana cuando meditaba este viaje. La pureza de su alma, la gracia original y franca de su espíritu, y la elevacion de sus sentimientos políticos y religiosos me llamaron la atencion: deseé llevarle conmigo mas bien como un recurso moral que como médico, y me he felicitado de ello, pues aprecio mas su carácter é ingenio, que sus talentos médicos, aunque los posee muy acreditados. Sus miras y sus ideas sobre el presente y sobre el porvenir de la Francia son vastas, y de ningun modo dirigidas por inclinaciones ó repugnancias personales: como yo sabe que la Providencia no hace acepcion de partido en su obra, y ve como yo en la política humana las ideas, y no los hombres. Su pensamiento se encamina al objeto sin detenerse en quién ó por dónde

debe pasar, y su entendimiento no tiene preocupacion ni prevencion; ni aun la de su fe religiosa, que es fervorosa y sincera.

Seis criados, casi todos antiguos ó nacidos en la casa, completan nuestra comitiva: todos parten gozosos, y miran este viaje con un interes personal: cada uno cree viajar por su provecho, y desafía alegremente las fatigas y los riesgos que no les he disimulado.

En rada y anclados delante del pequeño golfo de Montredon: 6 de julio.

Nos hemos dado á la vela: nuestra suerte está ya confiada á las olas: no me cuido de mi tierra natal sino por las personas queridas que dejo en ella: sobre todo por mi padre y hermanas.

Para esplicarme á mí propio de que modo, cercano al fin de mi juventud, época de la vida en que el hombre se retira de lo ideal para entrar en el mundo de los intereses materiales, he dejado mi bella y apacible residencia de Saint-Point, y todas las inocentes delicias del hogar doméstico, hermoseado por mi esposa, y embellecido por una hija: para esplicarme por qué estoy bogando por el estenso mar hácia una cosa y un porvenir desconocido, necesito remontarme al orígen de mis pensamientos, y buscar las causas de mis simpatías y de mi inclinacion á los viajes. ¡La imaginacion tiene sus necesidades y sus pasiones! Yo soy poeta; es decir, hombre mas ó menos inteligente del hermoso lenguage que Dios habla á todos los hombres; pero con mas claridad á algunos, por medio de sus obras.

Aun era niño cuando ya habia oido ese verbo de la naturaleza, esa palabra formada de imágenes y no de sonidos, en las montañas, en los bosques, sobre las lagunas y al borde de los abismos y de los torrentes de mi pais y de los Alpes: yo he traducido en la lengua escrita algunos de los acentos que me han conmovido y que á su vez conmovian á otros; pero estos acentos no me bastan ya; he apurado las pocas palabras divinas que nuestra Europa permite oir al hombre, y anhelo oir otras sobre riberas mas sonoras y brillantes. Mi imaginacion busca el mar, los desiertos, las montañas y las huellas de Dios en el Oriente. Toda mi vida fué el Oriente el sueño de mis dias tenebrosos en las nieblas de otoño y del invierno de mi valle natal; mi cuerpo, como mi alma, es hijo del sol; necesita de la luz, y le es preciso ese rayo de vida que vibra el astro divino, no al través de las entreabiertas nubes de Occidente, sino desde el fondo de ese cielo purpúreo, que semejante al hueco de un horno encendido, los rayos que despide no son una luz solamente; caen ardientes, y calcinan al caer las calcáreas rocas, los dentados picos de las montañas, y vienen á teñir el Océano de ese color rojizo que parece un incendio flotando sobre su superficie! Yo necesito deshacer y amasar en mis manos un puñado de esa tierra que fué la cuna de nuestra primer familia, la tierra de los prodigios; necesito ver, y recorrer esa evangélica escena donde tuvo lugar el drama de la sabiduría divina contra el error y la perversidad humana, y donde la verdad moral sufrió el martirio para fecundar con su sangre una civilizacion mas perfecta! Yo ademas, soy y he sido siempre cristiano en el corazon y

en la mente: mi madre me ha educado con estas ideas; y si alguna vez he dejado de serlo en los dias ménos puros de mi juventud primera, la desgracia y el amor, el amor verdadero que purifica cuanto enciende, me han hecho replegar á este primer asilo de mis pensamientos, á estos consuelos del corazon que uno reclama á su memoria y á su esperanza, cuando todo el torbellino del corazon cae sobre nosotros, cuando se nos presenta todo el vacío de la vida despues de una pasion que se ha estinguido, ó de una muerte que nos arrebata el objeto del amor! Ese cristianismo de sentimiento *habia* vuelto á ser para mí un hábito dulce del pensamiento. Yo me he preguntado muchas veces: ¿dónde existe la verdad perfecta, evidente é incontestable? Si está en alguna parte es en el corazon, es en la evidencia sentida, contra la cual no hay razonamiento que prevalezca. Pero la verdad del entendimiento humano no está completa jamas: ella está con Dios y no con nosotros, porque nuestros corazones son demasiado estrechos para absorver uno solo de sus rayos. La verdad para nosotros es relativa; la doctrina mas fecunda en virtudes divinas será la que contenga mas verdades, porque lo que es bueno es verdad. Tal era mi lógica religiosa; mi *filosofía* no se elevaba á mas; ella me prohibia las dudas y los diálogos interminables de la razon consigo misma, y ella finalmente me dejaba esta religiosa creencia del corazon, que tanto se asocia con todos los sentimientos de la eternidad de la vida del alma; que no resuelve ninguna duda, pero que las calma todas!

7 de julio á las siete de la tarde.

Algunas veces me digo á mí mismo ¡Cuánto hubiera gustado á mi madre esta peregrinacion, bien se la considere por la parte religiosa, ó bien por la parte poética....! Su alma, que era tan ardiente y que recibia con tanta perfeccion y prontitud las impresiones de los sitios y de las cosas, ¡como se hubiera exaltado á la vista del teatro vacío y sagrado del gran drama del Evangelio, de este drama completo y admirable, en el que la parte humana y la parte divina de la humanidad representan cada una su papel, crucificando la una, y la otra siendo crucificada! Desde la mansion celeste en donde la contemplo, debe aprobar este viaje de su querido hijo; velará por nosotros, y como una segunda providencia se colocará entre nuestras personas y las borrascas: entre nosotros y el Simoun: entre nosotros y el árabe del desierto! Ella protejerá en todos los riesgos á su hijo, á su hija adoptiva y á su nieta; ángel visible de nuestro destino que irá á todas partes en nuestra compañia ¡Ay! ¡la queria tanto! ¡Cual fijaba su vista en el rostro inefable de esta niña! ¡Con qué ternura la contemplaba! Ella es la última y la mas bella esperanza de sus generaciones, y si hay alguna imprudencia en esta empresa, que hemos meditado juntos, ella me la hará perdonar en consideracion á los motivos que la han determinado: ¡amor, poesía y religion!

El mismo dia por la noche.

La politica viene á acometerme hasta aquí! ¡Que hermoso es considerar la Francia en su cercano

y brillante porvenir! La generacion que crece, en razon á su edad se desprenderá enteramente de los agravios de cuarenta años de convulsiones. Poco la importará que uno haya pertenecido á las odiosas denominaciones de nuestros antiguos partidos: ella no ha figurado en nuestras contiendas, y no abriga preocupaciones, ni espíritu de venganza. Ella se presenta pura y fuerte á la entrada de una nueva carrera con el entusiasmo de una idea vírgen; pero esta carrera la llenamos todavía nosotros con nuestros odios, con nuestras pasiones, y con nuestras antiguas disputas. Hagamos lugar á esta generacion: ¡Qué grato me seria entrar en su número, unir mi voz á la suya desde esa tribuna, en donde solo resuenan aun repeticiones sin eco para el porvenir, y en donde se hace la guerra á los nombres! ¡Ya era hora de encender el faro de la razon y de la moral en nuestras tempestades políticas, y de formular el nuevo símbolo social, que empieza el mundo á presentir y comprender, el símbolo de amor y de caridad entre los hombres: la política evangélica! En cuanto á mí no tengo remordimiento del menor egoismo en esta parte, y hubiera sacrificado á este deber hasta este viaje, que es el objeto de mi anhelo hace diez años. ¡Quiera el cielo inspirar á los hombres, porque nuestra política es una vergüenza para ellos, y hace llorar á los ángeles!

El destino señala á la humanidad una hora por cada siglo para regenerarse: esta hora es la de la revolucion, y los hombres la pierden en destrozarse, y emplean en la venganza la hora señalada por la naturaleza á la regeneracion y al progreso!

El mismo dia, anclados aun.

La revolucion de julio me ha afligido profundamente, porque yo amaba á la familia de los Borbones que obtuvieron el amor y la sangre de mi padre, de mi abuelo y de todos mis parientes; y hubieran obtenido la mia, si la hubiesen querido: esta revolucion no me ha exasperado, porque no me ha sorprendido. Yo la he visto venir desde lejos. Nueve meses antes del dia fatal de la caida de la nueva monarquía, estaba escrita por mí en los nombres de las personas que la debian conducir. Estos hombres eran fieles y sinceros, mas pertenecian á otro siglo y á otras ideas. Mientras que el espíritu del siglo marchaba en un sentido, ellos iban á caminar en el opuesto: la separacion, pues, estaba consumada en los ánimos, y no podia tardar en verificarse con los hechos: era un negocio de dias y de horas. ¡He llorado á esta familia, que parecia condenada al destino y á la ceguera de Edipo, yo he deplorado este inútil divorcio entre lo pasado y lo futuro, cuando lo uno podia ser tan útil á lo otro! La libertad y el progreso social, hubieran adquirido mucha fuerza si las hubiesen adoptado las antiguas casas reales, las antiguas familias, las antiguas virtudes. ¡Qué dulce! y al mismo tiempo ¡qué político hubiera sido no separar la Francia en dos campos y en dos intereses distintos, y marchar juntos, los unos empujando y deteniendo los otros para no separarse en el camino. Pero ¡ay! es un puro sueño: es preciso sentirlo, pero no perder el tiempo en ocuparse de ello inútilmente: es preciso obrar y marchar, esta es la ley de todas

las cosas, esta es la ley de la naturaleza. Es de lamentar tambien que lo que se llama partido realista, que comprende tantas capacidades, tanta influencia y tantas virtudes, quiera tomar parte en la cuestion de julio: él no estaba comprometido en este hecho: era un hecho de palacio, de intriga, en el que no tuvo ninguna intervencion la grande mayoría realista. No debió, pues, tomar voluntariamente parte en una falta que no ha cometido. Debió abandonarse á quien quisiere vengar la falta de los golpes de estado y de la retrógrada marcha; compadecer y llorar á las augustas víctimas de tan fatal error, no renegar de unas honrosas atenciones, y no rechazar las esperanzas lejanas y legítimas. En cuanto á lo demas debió volver á entrar en las filas de los ciudadanos, pensar, hablar, obrar y combatir unido con la familia de las familias: con el pais. Pero dejemos esto. De aquí á dos años volveremos á Francia. ¡Que Dios la proteja, y asímismo á las personas queridas y escelentes que en todos los partidos dejamos!

8 *de julio: á la vela.*

A las cinco y media de la mañana nos hemos dado á la vela. Algunos amigos de pocos dias, pero muy afectuosos, se han anticipado al sol para acompañarnos corto número de millas, y dilatar nuestro último adios. El bergantin se deslizaba suavemente sobre un mar apacible, límpido y azul, como el agua de una fuente á la sombra del vacío de una roca: las vergas, estos largos brazos del buque cargadas de velas, le hacian inclinar levemente ya á una parte ya á otra: un jóven de Marsella, Mr. Au-

trau, nos leyó unos versos admirables, en los que espresaba sus votos porque nos fuesen propicios los vientos y las olas: nosotros estábamos enternecidos por esta separacion de la tierra; nuestros pensamientos volaban á ella, atravesaban la Provenza, y llegaban hasta mi padre, mis hermanos y mis amigos. Ademas nos enternecia la lectura de estos versos, la sombra de Marsella que se alejaba, y que disminuia á nuestra vista; y finalmente, la perspectiva de la estension del mar, que iba á ser por largo tiempo nuestra única patria.

¡Oh Marsella! ¡oh Francia! tú merecias mas; este tiempo, este pais, estos jóvenes eran dignos de contemplar á un verdadero poeta, á uno de esos hombres que graba un mundo y una época en la memoria armoniosa del género humano. Pero lo siento profundamente, yo no soy mas que uno de esos hombres sin efigie, de una época transitoria y fugaz, del cual han tenido eco tal vez algunos suspiros, porque el eco es mas poético que el poeta. Sin embargo, yo pertenezco por mis deseos á otro tiempo: yo he sentido muchas veces en mí otro hombre; horizontes inmensos, interminables, luminosos de poesía filosófica, nueva, épica y religiosa se han presentado ante mí, pero estos horizontes se han desvanecido ya en justo castigo de una juventud insensata y perdida. Yo los consideré demasiado vastos para mis fuerzas físicas, y yo cerré los ojos para evitar la tentacion de aventurarme á semejante empresa: Adios, pues, sueños fantásticos del genio y de la voluptuosidad intelectual. ¡Ya es tarde! Yo podria bosquejar algunas escenas, podria tartamudear algunos cantos; pero no podria mas. Reservadla, pues, á otros; ¡tengo un placer en

creer que otros me seguirán! Jamas ha sido la naturaleza tan pródiga en genios como lo es en la época presente. ¡Qué jóvenes se encuentran á la edad de veinte años! ¡Qué hombres deben ser, si es que llegan á serlo!

Pero si Dios quisiera oirme, he aquí lo que le pediria: un poema segun él, y segun mi corazon: una imágen viva, animada con el colorido de su visible creacion, y de su creacion invisible. Hé aquí una riquísima herencia que legar á este mundo de tinieblas, de dudas y tristeza: he aquí un alimento que le nutriría y le rejuveneceria por un siglo! Oh!... ¡Cuánto siento no podérselo legar, ó dármelo á mí mismo, siquiera aun cuando ninguno mas que yo llegase á oir un verso!

El mismo dia á las tres de la tarde.

El viento de Este, que contraria nuestra marcha, sopla con mayor fuerza; la mar ha subido, y la espuma blanquea; el capitan nos ha manifestado que era preciso virar hácia la costa y acogernos á una bahía, á dos horas de Marsella; hemos entrado. La ola nos mece blandamente: habla la mar, como dicen los marineros: á lo lejos se oye un murmullo, semejante al ruido de las grandes ciudades; y esta palabra amenazadora del mar, que oimos por la primera vez, resuena terriblemente en el oido y en el pecho de los que van á hablarle tan de cerca durante largo tiempo. Tenemos á la izquierda las islas de Pomegua y el castillo de If, antigua fortaleza, cuyos redondos y pardos torreones coronan una desnuda roca de pizarra. Delante, y sobre la costa elevada y corta-

da de rocas conicientas, se ven muchas casas de campo, cuyos jardines cercados de tapias, no permiten distinguir sino las estremidades de los arbustos, ó los verdes arcos de los parrales. Cerca de una milla mas adentro, y sobre una aislada y desnuda loma, se elevan el fuerte y la capilla de la Virgen de la Guarda, donde van en romería los marineros de la Provenza antes de su partida, y á la vuelta de todos sus viajes. Esta mañana, sin saberlo nosotros, á la hora en que el viento henchía nuestras velas, una mujer de Marsella, acompañada de sus hijos, se ha adelantado al amanecer, y ha ido á orar por nosotros á la cumbre de esta montaña, desde donde sus ojos propicios verian sin duda nuestro barco como un punto blanco en el mar.

¡Oh cuán admirable y sublime es la oracion! Ella es un lazo, un vínculo invisible, pero omnipotente, por el que los seres conocidos ó desconocidos entre sí, oran, juntos ó separados, los unos por los otros. Siempre me ha parecido que la oracion, instinto de nuestra naturaleza impotente, era la única fuerza real, ó al menos la mayor fuerza del hombre. El hombre no concibe su efecto, pero ¿qué es lo que sabe ó puede concebir? La necesidad, que le impele á respirar, le prueba que el aire es necesario á su existencia; el instinto de la oracion prueba tambien al alma su eficacia. Y tú que nos inspiras esta maravillosa comunicacion con tu divinidad, con los seres y con los mundos invisibles, oye, Dios mio, nuestras oraciones, y escede en oirlas nuestros propios deseos.

El mismo dia á las once de la noche.

La mas espléndida y hermosa luna parece ba-

lancearse entre los palos, las vergas y las jarcias de dos bergantines de guerra anclados no lejos de nosotros, y entre nuestro buque y las negras montañas del Var: cada cuerda de estos buques se dibuja sobre el fondo azul y purpúreo del cielo, como las fibras de un esqueleto giganteseo descarnado, visto de lejos á la pálida é inmóvil luz de las lámparas de Westminster ó Saint-Denis. Mañana estos esqueletos deben resucitar, desplegar como nosotros sus recogidas alas, y volar como pájaros del Océano para ir á situarse sobre otras costas. Nosotros oimos desde la cubierta, en donde yo estoy, el agudo y cadencioso silbido del contramaestre que manda la maniobra, los redobles del tambar y la voz del oficial de cuarto. Los pabellones se arrian, las lanchas suben la orilla con la viveza y rapidez de los seres animados: todo queda en silencio á su bordo y al nuestro.

Los hombres no se entregaban en otros tiempos al sueño sobre ese profundo y pérfido lecho del mar, sin elevar su alma y su voz al Señor, y sin glorificar al Hacedor Supremo en medio de todos esos astros, de todas esas olas, de todas esas cimas de montaña, y de todos los encantos y riesgos de la noche. Siempre se oraba por la noche á bordo de los buques: despues de la revolucion de julio esta práctica se ha suprimido. La oracion está muerta en los labios del viejo liberalismo del siglo XVIII, que no respiraba mas que odio contra las cosas del alma: el soplo sagrado del hombre, que los hijos de Adan nos habiamos trasmitido hasta nuestros dias, con sus goces y con sus dolores, se ha estinguido en Francia en esta época de disputa y de orgullo: hemos mezclado á Dios en nues-

tras querellas. El nombre de Dios infunde temor á ciertos hombres: estos insectos que acaban de nacer, que van á morir mañana, cuyo estéril polvo arrastrará el viento dentro de pocos dias, y cuyos huesos blanqueados arrojarán las olas contra cualquier escollo, temen confesar con una palabra y una demostracion al Ser infinito que confiesan los cielos y los mares: ¡se desdeñan de nombrar al que no se ha desdeñado de criarlos! ¿Y por qué? ¡Porque visten un uniforme, y porque se llaman franceses del siglo XIX! ¡Por fortuna el siglo XIX pasará, y le sucederá otro mejor: le sucederá un siglo verdaderamente religioso, en el que si los hombres no confiesan á Dios en la misma lengua, y bajo el mismo símbolo, le confesarán al menos en todos los símbolos y en todas las lenguas!

La misma noche.

Una hora he estado solo paseándome sobre la cubierta del buque, haciendo tristes, pero consoladoras reflexiones. He repetido con el corazon y los labios todas las oraciones que aprendí de mi madre cuando era niño: recordé los versos, los fragmentos de Salmos que le oia decir en voz baja mientras se paseaba por la tarde en el andél de su jardin, y sentí un íntimo y profundo placer en repetirlos al rumor de las olas y del viento, dirigiéndolos al Señor, cuyos oidos estan siempre abiertos, y para el que no se pierde jamas ningun movimiente del corazon ni de los labios. La oracion que uno ha aprendido de una persona á quien ha amado, y que ha visto morir, debe ser muy sagrada. ¿Quién de nosotros no prefiere las pocas palabras

que su madre le ha enseñado, á los mas hermosos himnos que él mismo pueda componer? He aquí por qué cualquiera que sea la religion que nos formemos nosotros á la edad de la razon, la oracion cristiana será siempre la del género humano. Así, pues, yo he rezado solo la oracion del mar y de la noche por una esposa que no teme ningun riesgo por unirse á mi suerte, por esta bella niña que jugaba con los cariñosos lebreles que lamian sus blancas manecitas, y mordian sus rubios y blondos cabellos!

9 *de julio, por la mañana, á la vela.*

Durante la noche ha cambiado y refrescado el viento: desde mi camarote he oido los pasos del entrepuente, las voces y el canto melancólico de los marineros, resonar sobre mi cabeza unidos á los golpes de la cadena del áncora que se ataba á la proa. Nos volvíamos, pues, á hacer á la vela y partíamos: entonces me dormí. Cuando me desperté abrí la ventana para ver la costa de la Francia, que tocabamos la víspera: pero solo ví la inmensidad del mar, vacío, desnudo, y murmurante, con solas dos velas que se elevábcan como dos límites, como dos pirámides del desierto, en esta superficie sin horizonte.

Lamen las olas suavemente los costados del buque, y murmuran con gracia bajo mi estrecha ventana, sobre la que se eleva la espuma algunas veces formando ligeras y blancas guirnaldas. Este susurro desigual, variado y confuso, se parece al que forman las golondrinas sobre una montaña cuando se eleva el sol sobre un campo

de trigo. Existe cierta armonía entre todos los elementos, así como una general entre la naturaleza material y la intelectual. Cada pensamiento tiene su reflexion sobre un objeto visible, que le repite como un eco, le refleja como un espejo, y le hace perceptible de dos maneras: á los sentidos por la imágen; y al alma por el pensamiento: esta es la poesía infinita de la doble creacion. Los hombres llaman á esto comparacion; pero la comparacion es el genio. La idea de la creacion es un pensamiento bajo mil formas. Comparar es el arte ó el instinto de descubrir mas palabras en esta lengua divina, de las analogías universales que solo Dios posee; pero que permite á algunos hombres descubrir algo de ellas. He aquí por qué el profeta poeta sagrado, y el poeta profeta profano, fueron siempre y en todas partes mirados como séres divinos: ahora se les considera como á insensatos, ó cuando menos como inútiles. La lógica es sencilla: si no teneis en cuenta sino al mundo material y palpable; á aquella parte de la naturaleza que se resuelve con guarismos, en estension, en dinero ó en fruiciones físicas, haceis bien en despreciar á los hombres que no conservan sino el culto del bello moral, la idea de Dios, y esa lengua de imágenes y de relaciones misteriosas entre lo visible y lo invisible. ¿Qué es lo que prueba esta lengua? ¡Dios y la inmortalidad! Y esto no es nada para vosotros!

10 *de julio, anclados en el pequeño golfo de la Ciotat.*

El viento favorable calmó enteramente, y nuestras velas caían á lo largo de los mástiles, oscilando al impulso de imperceptibles soplos. Este

estado presentaba la imágen de esos caractéres destituidos de una voluntad firme, que es el viento del alma, los cuales fatigan á los que los poseen, y los gasta mas la debilidad que los decididos esfuerzos, que imprime una voluntad firme á los hombres de accion y de energía, del mismo modo que los buques sobre un mar, en calma y sin viento, trabajan y se cansan mas que al impulso de un viento fresco que les impele y los sostiene sobre las espumas de las olas.

Por casualidad ó por idea combinada entre la tripulacion, nos vimos obligados á entrar á las tres de la tarde en el risueño golfo de la Ciotat, pueblo reducido de la Provenza, donde, tanto nuestro capitan, como todos los marineros, tienen sus casas, sus mujeres y sus hijos. Echamos el áncora al abrigo de un muelle que se desprende de una colina pintoresca, cubierta de viñas, de higueras y de olivos, como una mano amiga tendida por la costa. No tiene allí el agua movimiento alguno, y es tan trasparente que á veinte pies de profundidad veíamos las piedras y las conchas ondear las yerbas marinas, y correr millares de pescados de una brillante escama; tesoros ocultos en el seno del mar, tan rico y tan inagotable como la tierra en vegetacion y en habitantes.

La vida existe en todas partes: toda la naturaleza está animada: toda siente é inspira el pensamiento: el que no lo ve así, es porque no ha reflexionado sobre la inagotable fecundidad del pensamiento criador, el cual no ha debido ni podido tener límite. Lo infinito está poblado; y en todas partes en donde se encuentra la vida se halla el sentimiento: el pensa-

miento tiene grados muy desiguales ciertamente; pero se encuentra en todas partes. Si se desea una demostracion física, no hay sino mirar una gota de agua con el microscopio solar, y se verán gravitar infinidad de mundos; se encontrarian mundos hasta en la lágrima de un insecto; y si se llegase á descomponer cada uno de estos millares de mundos, millones de otros mundos aparecerian aun. Si de estos mundos sin límites, é infinitamente pequeños, nos elevamos de repente á los grandes é innumerables globos de las bovedas celestes; si sumergimos la vista en las vias lacteas, polvo incalculable de soles, cada uno de los cuales rige un sistema de globos mas vasto que la tierra y la luna, el entendimiento se oprime bajo el peso del cálculo; pero el alma lo sostiene y se gloria de ocupar un lugar en esta obra, de poderla comprender, y de poseer un sentimiento de ella para bendecir y adorar á su autor. ¡Oh Dios mio! que digna oracion es la naturaleza para aquel que te busca, que te descubre bajo todas las formas, y que comprende algunas sílabas de esa lengua muda, pero que lo espresa todo.

Golfo de la Ciotat el 11 por la tarde.

El viento ha espirado completamente: nada anuncia su regreso. La superficie del golfo está tersa, y el mar tan tranquilo, que se distinguen en algunos puntos las impresiones de las alas de las aves que flotan sobre este claro espejo, y que son las que ahora le empañan únicamente. He aquí á qué grado de calma y mansedumbre puede descender este elemento, que levanta los navíos

de tres puentes sin hacer caso de su peso, que roe y descarna á veces algunas leguas de la costa, que destruye las colinas y hunde las rocas, y que quebranta las montañas con el choque de sus mugientes olas. ¡No hay cosa tan apacible como la que es fuerte!

Hemos bajado á tierra á instancias de nuestro capitan, que quiso presentarnos a su mujer y enseñarnos su casa: el lugar se parece á los bonitos pueblos del reino de Nápoles sobre la costa de Gaeta: todo es radiante, sereno y alegre: la vida es una continua fiesta en los climas del Mediodia. ¡Dichoso el hombre que nace, y muere bajo la influencia de este sol! Dichoso sobre todo el que tiene su casa, la casa de sus padres á la orilla de este mar: cada ola de él es una chispa que difunde su luz y su brillo sobre la tierra. Si esceptuamos las altas montañas, las cuales reciben prestadas la claridad de sus cimas y de sus horizontes de las nieves que los cubren, y del cielo en que parecen internarse, ningun punto del interior puede competir en belleza con los que baña el Mediterráneo, por gracioso y risueño que lo hagan las colinas, los rios y los árboles: el mar es para las escenas de la naturaleza lo mismo que los ojos para un hermoso rostro; ellos le iluminan, inundan radiantes la fisonomía, y hacen encantar y fascinar al que la contempla.

El mismo dia.

Es la noche; ó mejor dicho, lo que en estos climas se llama noche. ¡Cuantos dias menos claros he contado en las laderas atercíopeladas de las

colinas de Richemond en Inglaterra, entre las nieblas espesas del Támesis, del Sena, ó del lago de Génova! Una luna llena se eleva en el firmamento y oculta con su sombra nuestro barco, que descansa inmóvil á corta distancia del puerto: la luna en su carrera ha dejado atrás como una cola rojiza de sirena, con la que parece haber sembrado la mitad del cielo. Lo que resta es de un azul que se aclara á medida que el astro se aproxima. A un horizonte de dos millas, con corta diferencia, y entre dos islas, una de las cuales presenta elevados amarillentos peñascos, como coliseo de Roma, y la otra violada como la flor de lila, se distingue sobre el mar el aspecto de una gran ciudad. La vista se engaña: se ven relucir cúpulas, palacios de fachadas brillantes, dilatados puertos inundados de una luz suave y serena: y las olas parecen envolverla. Cualquiera diria que era Venecia ó Malta durmiendo en medio de ellas. No es isla, ni tampoco ciudad: es la reverberacion de la luna en el punto en que su disco se encuentra perpendicular sobre el mar. Mas cerca de nosotros esta reverberacion se prolonga, y se asemeja al curso de un rio de oro y plata entre dos riberas de lapizlázuli. A nuestra izquierda el golfo estiende hasta un cabo elevado la larga y sombría cadena de sus colinas desiguales y escabrosas. A la derecha se halla un valle estrecho y cerrado, en el que se desliza una fuente á la sombra de algunos árboles: detrás una colina mas alta, cubierta hasta su cumbre de olivos que la noche hace parecer negros. Desde la cima de esta colina hasta el mar, se descubren torres cenicientas y casas blancas esparcidas á trechos en la monotona oscuridad de los oli-

vos, las cuales atraen la vista y el pensamiento á la mansion del hombre. Mas lejos aun, y á la estremidad del golfo, se elevan sobre las olas y sin base tres enormes peñascos: se ven formas originales, redondas como piedras pulidas por las olas y las borrascas, y estas piedras son nada menos que montañas, juegos gigantescos de un Océano primitivo, del que no son los mares sino débil imágen.

12 *de julio.*

Hemos visitado la casa del capitan de nuestro buque, la cual es bonita y modesta, y está bien adornada. Fuimos recibidos por su jóven esposa, que se hallaba triste y afligida por la precipitada marcha de su marido. Yo la ofrecí recibirla á bordo, rogándola que nos acompañase en este viaje, que debe ser mas largo que los ordinarios de un buque mercante; pero no se lo permitía su salud; y ella sola, sin hijos y enferma, va á contar muchos dias y tal vez años en ausencia de su marido: su fisonomía agradable y sensible espresaba la melancolía que la esperaba, y la soledad de su corazon. La casa se parecia á las de Flandes, y en las paredes estaban pintados en cuadros los buques que habia mandado su esposo. Desde allí nos llevó este á una casa de campo, poco distante, en la que disponia aunque jóven, un asilo para cuando se retirase de las olas y el viento. Me alegré de ver un establecimiento rural, en donde este hombre se preparaba con anticipacion el reposo y la felicidad de la vejez, porque siempre me ha gustado conocer el hogar y las circunstancias domésticas de las personas que he tratado de cerca: esta es

una parte de ellos mismos: es como una segunda fisonomía, que ofrece la llave de su carácter y destino.

Gran número de nuestros marineros son de estos pueblos; y todos apacibles, alegres, y laboriosos, manejan el viento, la borrasca y la ola, con el conocimiento y calma silenciosa que nuestros labradores de Saint-Point la azada y el arado: labradores de mar que gozan y cantan, así como siguen los de nuestos valles á los rayos del sol desde la mañana á la noche sus dilatados surcos sobre las laderas de las montañas.

13 de julio

He despertado muy temprano, y sobre el inmóvil puente he oido las voces de los marineros mezcladas con el canto del gallo y el balido de la cabra y de los carneros. Voces de mujeres y niños completaban la ilusion, y me he creido acostado en un cuarto de madera en las cabañas de los labradores sobre las orillas de los lagos de Zurich, ó de la Lucerna. Pero he subido, y he visto que eran los hijos de algunos de los marineros que sus mujeres habian conducido á sus padres. Estos los sentaban sobre los cañones, los ponian derechos sobre las balaustradas del buque, los tendian en la chalupa, y los mecian en las hamacas con esa ternura de acento, y con esas lágrimas en los ojos, que suele derramar una madre: hombres escelentes, que tienen el corazon de bronce para los riesgos y corazon de mujer para aquellos objetos que aman; duros y blandos como el elemento en que viven. Sea pastor ó ma-

rino, el hombre que tiene una familia, posee un corazon lleno de honrados y humanitarios sentimientos: el espíritu de familia es la segunda alma de los hombres: los legisladores modernos lo han olvidado: ellos no piensan sino en las naciones y en los individuos, y omiten las familias, fuente única de la fuerza y pureza de las poblaciones; santuario de tradiciones y costumbres, donde se confunden todas las virtudes sociales. La legislacion ha sido bárbara en esta parte, pues descuidó el espíritu de familia cuando lo debia infundir. Las esposas y los hijos, el campo y el hogar, son bienes que todos debian poseer desde que entran en la edad de los hombres, y de los que solo son indignos los delincuentes. La familia es una sociedad en pequeño, pero una sociedad, cuyas leyes son naturales, porque son sentimientos: el mayor castigo, la mayor pena que la ley debiera imponer en remplazo de la pena de muerte, debiera ser la privacion del derecho de familia: la pena de muerte en una legislacion cristiana y humana, hace siglos que debia estar borrada de nuestros códigos.

El mismo dia.—Anclados aun á causa del viento contrario.

Por la parte del Oeste, y á una milla de nosotros, baten las olas las montañas, cual si fuera con golpes de maza: y enormes pedazos de roca caen á un lado y á otro al pie de los montes, ó bajo las olas azules y verdinegras del mar. El mar tiene un contínuo choque y de la ola que se estrella con sordo y alternativo estrépito, se elevan lenguas de blanca espuma que van á lamer las saladas orillas.

Estos pedazos hacinados de montes, pues son demasiado grandes para llamarles rocas, estan arrojados y amontonados con tanta profusion los unos sobre los otros, que forman una muchedumbre de pequeñas bahías, de bóvedas profundas, y de cavernas sonoras, cuyos caminos, sinuosidades y salidas las conocen únicamente los muchachos de dos ó tres cabañas de pescadores que se hallan inmediatas. Una de estas cavernas, en la que se penetra por un arco que cubre un puente natural, cubierto de una roca enorme de granito, da entrada al mar, y se abre despues en un estrecho y oscuro valle que llenan sus límpidas aguas de una superficie tan tersa como el firmamento en una hermosa noche. Esta es una especie de cala conocida de los pescadores, en la que mientras que muge el mar con estrépito, conmoviendo fuera con su choque los flancos de la costa, se encuentran las pequeñas barcas al abrigo, pues no se siente otro movimiento que el del agua de una fuente al caer sobre un dilatado estanque. El mar conserva siempre allí ese verde y amarillento color que saben distinguir los pintores de cuadros marítimos, pero que no pueden copiar con exactitud, porque la vista percibe siempre mas de lo que puede imitarse con la mano.

A ambos lados de este marino valle se levantan, hasta perderse de vista, dos murallas de rocas cortadas casi á pico, sombrías y de un color uniforme, semejante á la escoria del hierro al salir de la fragua. Ninguna planta encuentra una grieta siquiera para suspenderse y arraigarse, y para hacer ondular esas guirnaldas de flores y enredaderas que se ven ondear frecuentemente en las hendi-

duras de las rocas de la Savoya á una altura que ninguna mano puede alcanzar, y que desnudas, derechas y oscuras no parecen estar allí sino con objeto de defender del aire del mar las colinas de viñas y olivos que vegetan á su abrigo: ellas representan la imágen de esos hombres que dominan una época ó una nacion, espuestos á todas las injurias del tiempo y á todas las borrascas, para proteger á otros mas débiles y dichosos. En el centro de la cala el mar se ensancha un poco, serpentea, toma un tinte mas claro á medida que descubre cielo y concluye al fin con una hermosa sábana de agua, durmiendo sobre un fondo de conchas quebrantadas y apretadas como la arena. Si salta uno de la lancha que le ha conducido allí, encuentra á la izquierda y en la hondura de un barranco un manantial de agua dulce, fresca, y pura, y á la derecha un pedregoso sendero de cabras, pendiente, desigual, sembrado de higueras silvestres, que baja de las tierras cultivadas á la soledad de las aguas. Pocos sitios me han hecho tanta impresion, ni me han halagado tanto en mi viaje, porque este presenta esa mezcla de gracia y de fuerza que constituye la hermosura en la armonía de los elementos como en los seres animados ó dotados de la facultad de pensar: misterioso himeneo de la tierra y del mar, sorprendido, por decirlo así, en la mas íntima y la mas oculta union; imágen de la calma y de la soledad mas inaccesible al lado del borrascoso teatro de las tempestades, y cerca del estrépito de las olas: una de las numerosas obras maestras de la creacion, que Dios ha esparcido por todas partes, como para juntar los contrastes; pero que frecuentemente le

ha placido ocultar sobre las impracticables cimas de escarpados montes, en el fondo de los barrancos sin entrada, y en los escollos inabordables del Océano, como joyas de la naturaleza que rara vez descubre á los pescadores, á los pastores, á los viajeros y á los poetas, ó á la contemplacion del piadoso solitario.

14 de julio.

La brisa ha soplado del Oeste sobre nuestra nave, á cosa de las diez de la mañana: hemos levado el áncora á las tres de la tarde, y bien pronto hemos tenido solo mar y cielo por horizonte. El mar está resplandeciente: el bergantin camina con un movimiento suave y acompasado, y el murmullo de la ola es tan regular, como la respiracion del pecho humano. Esta uniforme alternativa de la ola y del viento en la vela, se encuentra en todos los movimientos y en todos los ruidos de la naturaleza; ¿respirará ella tambien? Sí: la naturaleza respira, siente, sufre, goza y adora á su autor. La vida es el sello de todas sus obras.

15 de julio á las ocho de la noche.

Se han ocultado ya ante nosotros las últimas cumbres de los parduscos montes de la Francia y de la Italia; la línea azul-oscuro del mar lo ha sumergido todo, y la vista en este momento en que ha perdido el horizonte conocido, recorre el espacio y el vacío que le rodea, como un desdichado que ha perdido sucesivamente todos los objetos de su adhesion y de sus hábitos, y que busca inútilmente un punto en donde repose su corazon.

El firmamento es la grande y única escena de su contemplacion: desde él vuelve á dejar caer la vista sobre el buque que es un imperceptible punto del espacio, y que ha llegado á ser el universo entero para las personas que encierra.

Hállase el piloto junto al timon: su rostro varonil é impasible, y su mirada firme y vigilante, ya se fija sobre la brújula, ya se dirije hácia la proa para descubrir por entre la jarcia del palo de mesana su derrota al través de las olas; y con su brazo derecho, puesto sobre la barra del timon, imprime con un solo movimiento su voluntad á la masa tremenda del buque: toda su fisonomía, todo él manifiesta la importancia de su obra: el destino del buque, y las vidas de treinta personas dependen en este momento de su inteligencia y de su robusta mano.

Vense mas allá del puente, los marineros divididos en grupos, sentados, tendidos, ó de pie sobre las relucientes tablas de pino, ó sobre los cables enrollados en figura espiral; los unos remiendan las velas viejas con gordas agujas de hierro, del mismo modo que bordan las jóvenes doncellas el velo de su boda ó las cortinas de su cama virginal, y los otros se inclinan sobre los costados del barco, mirando sin ver las olas espumosas, del mismo modo que miramos nosotros el empedrado de un camino trillado, y arrojando al aire el humo de sus pipas hechas de tierra rojiza. Estos dan de beber á las gallinas, aquellos tienen en la mano un puñado de heno, que hacen comer á la cabra, cuyos cuernos sujetan con la otra; y otros finalmente juegan con los dos hermosos carneros que están colocados entre los palos que suspenden la

chalupa. Estos pobres animales alzan su cabeza por encima de los costados de ella, y no viendo sino la ondeante llanura blanqueada por la espuma, balan por la roca y por el árido musgo de sus montañas. A la estremidad del barco, limitado horizonte de este mundo flotante, está la aguda proa precedida de su bauprés inclinado hácia el mar; este palo se levanta delante del buque como el dardo de un mónstruo marino. Las ondulaciones del mar, casi insensibles al centro de gravedad, en medio del puente, hacen describir á la proa lentas y gigantescas oscilaciones: ya parece dirigir el camino del barco hácia una estrella del firmamento, ya sumergirse en algun valle profundo del mar, porque este sube y baja sin cesar, cuando uno se encuentra á la estremidad de un buque que por su masa y longitud multiplica el efecto de la ola.

Separados nosotros por el palo mayor de esta escena de costumbres marítimas, estamos sentados sobre el banco de popa, ó nos paseamos sobre el puente mirando como baja el sol, y como suben las olas.

En medio de todos estos rostros varoniles, sérios y pensativos, una niña con los cabellos sueltos y ondeando sobre su trage blanco, con su hermoso rostro sonrosado, alegre y *feliz*, cubierta con un sombrero de paja de marinero, atado por debajo de la barba, juega con el gato blanco del capitan, ó con un nido de pichones de mar que se ha cogido la víspera en la cureña de un cañon, á los cuales desmiaja el pan de su merienda.

El capitan, con su relox de observaciones en la mano, y mirando en silencio al Occidente, espera el momento en que la ola parece tocar la mi-

tad del disco del sol, y antes de surmergirse todo entero, alza la voz y dice: *A la oracion, señores.* Todas las conversaciones se suspenden, todos los juegos concluyen, los marineros arrojan al mar sus cigarros aun encendidos, se quitan sus gorros griegos de lana encarnada, y vienen á arrodillarse entre los dos palos. El mas jóven abre el libro de devocion y canta el *ave maris stella* y las letanías, de un modo tierno y grave que parece haber sido inspirado en medio del mar, y con esa melancolía inquieta de las últimas horas del dia, en que todas las memorias de la tierra, de la cabaña y del hogar doméstico se exaltan en la imaginacion de estos hombres sencillos. Las tinieblas van á descender sobre la tierra y á tragar en su oscuridad peligrosa el camino de los viajeros y las vidas de tantos seres que no tienen mas faro que la providencia divina, ni mas apoyo que su mano invisible que les sostiene sobre este piélago undoso.

Si la oracion no hubiese nacido con el hombre, hubiera sido inventada en el mar, y por hombres que se hallan solos con sus pensamientos y sus debilidades ante el abismo del cielo donde sus miradas se pierden ante el abismo de los mares, de que se encuentran separados por una débil tabla; ante el mugido del Océano que brama, silba y aulla, como las voces de mil bestias feroces, ante los golpes del viento, que hace exhalar un sonido agudo á cada cuerda y ante la proximidad de la noche que aumenta todos los peligros y multiplica todos los terrores. Pero la oracion no fué inventada; ella nació del primer suspiro, del primer gozo, de la primera pena del corazon humano; ó mas bien el hombre nació solo para orar y para glorificar á Dios é im-

plorarle. Tal es su única mision en la tierra: todo lo demas perece antes que él ó con él. El grito de gloria, la esclamacion de amor y de admiracion que eleva hácia su criador al pasar por la tierra, es lo que deja únicamente de perecer: este grito se eleva y resuena de edad en edad al oido de Dios, como el eco de su propia voz, como el reflejo de su magnificencia: sola y aislada cosa que es en el hombre completamente divina, y que puede exhalar con gozo y altivez, porque esta altivez es un homenage rendido al único que lo puede recibir: al Ser criador é infinito.

Me habia yo entregado á estas ú otras ideas semejantes, cuando oimos un grito en la parte del barco que miraba al Oriente. Parecía verse un incendio en el mar; un buque que se habia inflamado. Todos nos precipitamos á ver sobre las aguas este fuego lejano, y con efecto, una ascua inmensa flotaba al Oriente sobre la estremidad del horizonte, la cual subiendo despues y redondeándose en pocos minutos, reconocimos ser la luna llena, inflamada por el vapor del viento de Occidente, y saliendo del mar con lentitud, cual un hierro ardiendo, sacado por el herrero con sus tenazas de la fragua, y suspendido sobre el agua, en que debe apagarse. Por la parte opuesta del cielo, el sol que acababa de ocultarse, habia dejado en Occidente como un banco de arena de oro, semejante á la costa de una tierra desconocida. Nuestras miradas vagaban de un lado al otro entre estas dos magnificencias del cielo: poco á poco fueron estinguiéndose los resplandores de este doble crepúsculo; y millares de estrellas asomaron por encima de nuestras cabezas como para señalar su

derrota á nuestros mástiles. Entonces se señaló el primer cuarto de la noche, se desembarazó la cubierta *de* todo lo que podia entorpecer la maniobra, y los marineros se acercaron uno tras otro á dar las buenas noches al capitan.

Yo continué algun tiempo paseando silenciosamente: despues bajé dando gracias al eterno por que me habia permitido ver esta maravilla de la naturaleza. ¡Dios mio! ¡Dios mió! ¡Ver tu obra por todas sus fases, admirar tu magnificencia sobre los montes ó los mares, adorar y bendecir tu nombre, que no hay letras ni palabras que lo puedan espresar dignamente!... en esto se cifra la vida. ¡Multiplica, pues, los dias de la nuestra para acrecentar el amor y la admiracion en nuestros corazones! Despues dobla la hoja y háznos leer en un mundo distinto las maravillas sin fin de tu libro de grandeza y de bondad!

16 *de julio en alta mar.*

La noche y el dia entero nos ha hecho un hermoso tiempo, pero con bastante mar. Por la tarde comienza á refrescar el viento, y se forman olas que se estrellan con fuerza contra los costados del buque: la luna brillante prolonga los torrentes de una luz blanca y ondulante en los anchos y líquidos valles trazados entre las grandes olas. Estos flotantes resplandores de la luna se parecen á los arroyos de agua viva, y á las cascadas de nieve derretida en los cáuces de los frondosos valles del Jurá ó de la Suiza. El buque baja y sube con pesadéz por cada uno de estos hondos barrancos: es la primera vez que oimos en este viaje los gemidos

del buque. Sus costados responden á los golpes de las olas con un ruido, que no puede compararse sino con el de los últimos mugidos de un toro herido del golpe de la hacha, y tendido en tierra, en las convulsiones de la agonía. Este ruido, mezclado por la noche á los rugidos de las olas, á los saltos gigantescos del barco, al crujido de los palos, al silbo de las ráfagas, al polvo de la espuma que se oye llover silbando por el puente, á los fuertes y precipitados pasos de los hombres de cuarto, que corren á la maniobra, á las palabras estrañas, firmes y breves del oficial que manda; todo esto forma un conjunto de sonidos significativos y terribles que conmueven mas profundamente el alma del hombre que el estrépito del cañon en el campo de batalla. Es preciso haber contemplado estas escenas para conocer la penosa vida de los marineros, y para graduar su sensibilidad moral y física.

Hemos pasado sin dormir la noche entera: al amanecer ha calmado algo el viento; las olas no rompen con espuma, y todo nos promete un buen dia. Al través de la niebla coloreada del horizonte, distinguimos las altas y largas cadenas de montes de la Cerdeña. El capitan nos ha prometido que tendremos el mar en calma y tan terso como un lago entre esta isla y la de la Sicilia. Hacemos ocho y á veces nueve nudos cada cuarto de hora: las brillantes costas, á que nos impele el viento, se distinguen con mayor claridad: los golfos aparecen, los cabos se acercan, las rocas blancas se levantan sobre las olas, y las casas y los campos cultivados comienzan á distinguirse sobre la costa de la isla. Almedio dia estábamos próximos á la

entrada del puerto de San Pedro, pero en el momento de doblar los escollos que le cierran, estalló súbitamente en nuestras velas un huracán del viento-norte. La ola, gruesa ya desde la noche, impelida por el viento, se eleva en colinas movibles; el horizonte solo presenta una sábana de espuma: vacila el barco sobre la cresta de las olas, se precipita despues en las profundidades que dejan, y en vano queremos buscar un abrigo en el golfo. En el instante en que doblamos el cabo para entrar en él, un viento furioso, silbando como una nube de flechas, parte de cada valle y de cada bahía, y tiende el buque sobre su costado: apenas se tiene tiempo para arriar las velas, no conservamos sino las bajas y ceñimos el viento; corre el capitan á la barra del timon, el buque entonces como un caballo reprimido por una vigorosa mano, á quien se corta la brida, parece detener el paso con ostentacion de su fuerza sobre la espuma del golfo: pasan las olas rasando la baranda del costado por la parte que está inclinado el buque, y todo el flanco izquierdo hasta la quilla se halla fuera del agua. Así corrimos veinte minutos con la esperanza de entrar en la rada de la ciudad de San Pedro, y ya vemos las viñas y las casitas blancas á un tiro de cañon; pero se redobla la tempestad, el viento nos da un golpe como una bala, y nos vemos obligados á ceder y á birar con gran riesgo en el mas violento choque de la ráfaga. Lo conseguimos por fin; salimos del golfo por la misma maniobra con que habíamos entrado, y nos hallamos en alta mar. La fatiga de la noche y del dia nos hacia desear un abrigo para no pasar otra mas tempestuosa que debíamos temer: el capitan se de-

cidió á aventurarlo todo, hasta la pérdida de un palo, para encontrar un sitio donde poder echar el áncora sobre la costa de Cerdeña. El golfo de Palma, á algunas leguas del punto en que estábamos, nos ofrecia uno. Combatimos para entrar la misma furia del viento que nos habia arrojado del de San Pedro, y lo conseguimos despues de dos horas de lucha, entrando como un pájaro de mar inclinado sobre sus alas hasta el fondo de tan hermoso golfo. La tempestad no calma, y oimos el incesante mugido del alta mar, á tres leguas detrás de nosotros. El viento continúa silbando en nuestras jarcias; pero en este circuido estanque de montañas solo puede levantar rociadas de espuma, con las que refresca la cubierta, dejándonos andar por fin á tres cables de la playa de Cerdeña sobre un fondo de yerbas marinas y un agua casi tersa y tranquila. La impresion que recibe un navegante que ha escapado de la tempestad á fuerza de trabajo y de pena cuando oye el ruido de la cadena de hierro del áncora que asegura su barco al suelo de la hospitalidad, es ciertamente deliciosa. Tan pronto como el ancora ha clavado su diente, se esplayan todos los rostros de los marineros contraidos hasta allí; los pensamientos se suspenden: bajan al entrepuente, cambian sus vestidos mojados, suben luego con los de los dias de fiesta, y vuelven á tomar los hábitos apacibles de su vida de tierra. Ociosos, alegres y habladores, se sientan con los brazos cruzados en las barandas de cubierta, ó fuman tranquilamente sus pipas, mirando con indiferencia las casas y los paisages de la costa.

17 de julio.

Anclados en esta apacible rada, despues de una noche de un sueño delicioso, nos hemos desayunado sobre cubierta al abrigo de una vela que nos sirvió de tienda. La costa tostada, pero pintoresca de la Cerdeña, se estendia delante de nosotros: un buque armado con dos piezas de artilleria se desprende de la isla de S. Antioco, á dos leguas de distancia, y parece acercarse. Pronto lo distinguimos mejor; vemos que lleva marinos y soldados, y á poco tiempo se halla al alcance de nuestra voz. Entonces nos interroga y nos manda bajar á tierra; nosotros consultamos, nos resolvemos, y yo me he decidido á acompañar al capitan del bergantin. Nos armamos de muchos fusiles y pistolas para resistir si se nos queria detener á la fuerza, y nos hicimos á la vela en la falúa. Llegados cerca de la pequeña barca sarda que nos precedia, saltamos á tierra en la playa en el fondo del golfo. Esta playa termina una llanura inculta y pantanosa: arena blanca, grandes cardos silvestres, grupos de aloes, matorrales esparcidos de un arbusto, cuya corteza es de un color pardo claro, y cuya hoja se parece á la del cedro; nubes de caballos silvestres paciendo libremente en estas breñas, que vienen galopando á reconocernos y olernos, y parten despues relinchando como nubes de cuervos: á una milla de nosotros parduscas y desnudas montañas con algunas manchas solamente de un vegetal sin medro en las laderas: un cielo de Africa sobre estas cimas calcinadas; un vasto silencio en los campos, el aspecto de la soledad y de desolacion que califica á todas las playas de

mal aspecto en la Romania, en la Calabria, ó á lo largo de las lagunas pontinas,.. he aquí la escena que se ofrecia á nuestra vista. Siete ú ocho hombres de hermosa fisonomía, con la frente elevada y el ojo atrevido y salvage, medio desnudos, medio vestidos de pedazos de uniformes, armados de largas carabinas, y trayendo en una mano unas perchas de caña para tomar nuestras cartas ó presentarnos lo que tenian que ofrecernos, tales eran los actores de ella. Yo respondí á sus preguntas en mal dialecto napolitano: les nombré algunos de sus compatriotas, con quienes habia tenido amistad en mi juventud y estos hombres se hicieron atentos y finos, despues de haber sido imperiosos é insolentes: por último les compré y regalé un carnero, que despedazaron sobre la playa. Nosotros escribimos, y ellos tomaron nuestras cartas con la hendidura que á este fin tenian sus cañas en la estremidad: encendieron una yesca, recogieron algunas ramas verdes del arbusto que cubre la playa, y habiendo hecho una hoguera, pasaron las cartas mojadas en el agua del mar por el humo de este fuego antes de tocarlas con la mano. Nos prometieron disparar un tiro de fusil por la tarde para que á esta señal volviesemos á la costa cuando estuviesen prontas nuestras provisiones de aguas y legumbres. Despues sacaron de su barco una gran cesta de mariscos *frutti di mare*, y nos los regalaron, sin querer admitir precio ni recompensa.

Volvimos á bordo, y pasamos algunas horas de ocio y de contemplaciones deliciosas sobre la popa del anclado bergantin, mientras que la tempestad bramaba todavía á la estremidad de los dos

cabos que nos cubrian, y mientras que veíamos nosotros la espuma de la alta mar subir treinta ó cuarenta pies contra las doradas laderas de estos cabos.

18 *de julio.*

Se ha dado á la vela nuestro buque, saliendo del golfo de Palma con un mar tan llano como un espejo, y con un ligero viento de Oeste, que bastaba apenas para secar el rocío de la noche que brillaba sobre las cortadas ramas de los lentiscos, única verdura que se nota en estas costas, ya africanas. Pronto estuvimos en alta mar: disfrutamos de un dia tranquilo, de una brisa suave, que nos hacia andar seis ó siete nudos por hora, y de una clara y hermosa noche, en la que el mar parecia dormir.

19 *de julio.*

Al despertar nos encontramos á veinticinco leguas de la costa de Africa. Yo releí la historia de S. Luis para recordar las circunstancias de su muerte, acaecida sobre la playa de Túnez, cerca del cabo de Cartago, que debiamos avistar por la tarde ó al siguiente dia.

Ignoraba yo en mi juventud, por qué algunos pueblos me inspiraban una antipatia, por decirlo así, innata; mientras que me interesaban otros y me llamaban siempre á la lectura de su historia con un involuntario atractivo: sentia hácia estas vanas sombras de lo pasado, hácia estas muertas memorias de las naciones exactamente lo mismo que siento de un modo irresistible en favor ó en contra de las fisonomías de los hombres, con quie-

nes vivo ó trato. Amo ó aborrezco con la fuerza de la palabra: á primera vista, en un instante pronuncio para siempre mi juicio sobre un hombre ó sobre una mujer: la razon, la reflexion, el juicio, empleados frecuentemente por mí contra estas impresiones, no han podido vencerlas. Cuando el bronce ha recibido una vez la impresion que le da el golpe de la prensa, la conservará por mas vueltas que le den en la mano: así sucede con mi alma y así con mi carácter. Lo mismo acaece á todos aquellos séres, cuyo instinto es pronto, fuerte, inflexible, é instantáneo. Si se pregunta qué cosa es en nosotros el instinto, diremos que es la razon suprema, la razon innata, la razon no razonada, la razon finalmente tal cual Dios la ha hecho, y no como la encuentra el hombre: ella nos ilumina como el relámpago, sin que la vista se tome el trabajo de buscarla: la inspiracion en todas las artes, lo mismo que en el campo de batalla, es tambien un instinto, es la razon adivinada. El genio es tambien un instinto: no es lógica ni trabajo. Cuanto uno mas reflexiona, mas reconoce que el hombre nada posee que sea hermoso y grande, que le pertenezca á él, ó que proceda de su fuerza y de su voluntad; por el contrario echa de ver que todo lo que hay en él de soberanamente hermoso, lo recibe inmediatamente de la naturaleza y de Dios. El cristianismo, que lo sabe todo, lo ha comprendido desde luego: los apóstoles sintieron en sí esta accion inmediata de la Divinidad, y esclamaron desde el primer momento: *Todo don perfecto procede de Dios.*

Pero volvamos á los pueblos. Nunca he podido amar á los romanos, y mi corazon no se ha

interesado por Cartago, á pesar de su gloria y de sus desgracias. Aníbal no me ha parecido más que un general de la compañía de las Indias, haciendo una compaña industrial, y una brillante y heróica operacion de comercio en los llanos del Trasimeno: el pueblo, tan ingrato como los egoistas, lo recompensó con el destierro y con la muerte. Por lo que respecta á esta, fué patética y bella, y me reconcilia con sus triunfos, porque me ha conmovido desde niño. Para mí y para la humanidad entera hay una sublime y heróica armonia entre la soberana gloria, el soberano génio, y la soberana desgracia: estas tres influencias del destino no dejan de producir su efecto, el cual es una triste y á veces voluptuosa agitacion en el corazon de los hombres: no existe grado cierto de gloria, ni eminente virtud que no esperimente la ingratitud, la persecucion y la muerte. Jesucristo fué un ejemplo divino de ello, y su vida y su doctrina esplican este misterioso enigma del destino de los grandes hombres por el del hombre Dios.

Posteriormente he descubierto que el secreto de mis antipatías ó simpatías á la memoria de ciertos pueblos existe en la naturaleza misma de sus instituciones y actos. En cuanto á los pueblos como los Fenicios, Tiro, Sidon y Cartago, que eran como unas sociedades de comercio, que esplotaban la tierra en su provecho, y no graduaban la grandeza de sus empresas, sino por la utilidad material e inmediata del resultado: pienso como el Dante; no me ocupo de ellos; miro y paso de largo.

¡Non ragionar di lor, ma guarda é passa!

Dejémoslos, pues: han sido ricos y felices; he

aquí todo lo que puede decirse: solo trabajaron para su tiempo, y no tienen derecho á la memoria de la posteridad. *Receperunt mercedem.* Mas en cuanto á aquellos pueblos, que cuidándose poco de lo presente que reconocían fugaz, por instinto sublime de inmortalidad, y por una insaciable sed del porvenir, han elevado el pensamiento nacional mas allá de lo presente, y el sentimiento humano mas allá de las comodidades, de la riqueza, y de la utilidad material; aquellos que han consumido las generaciones y los siglos en en dejar sobre el camino que han recorrido una hermosa y perpetua huella que atestigua su tránsito; estas naciones grandes y generosas que han revuelto todas las elevadas y graves ideas de la humana inteligencia para formar ciencias, legislaciones, artes y sistemas; las que han removido masas enormes de mármol y granito para construir obeliscos ó pirámides que son como un cartel, como un guante sublime arrojado por ellos al tiempo, y como una voz muda con la cual están hablando siempre á las almas grandes y generosas; estas poéticas naciones como los egipcios, los judíos, los indios y los griegos, que han idealizado la política y hecho prevalecer en su vida de pueblos el principio divino, que es el alma, sobre el principio humano, que es la utilidad; á estos pueblos, pues, yo los amo y los venero, y busco con ansia sus huellas, sus memorias, sus obras escritas, edificadas ó esculpidas: vivo con su vida, asisto como espectador conmovido y parcial al drama interesante y heróico de su destino, y atravieso con gusto los mares para ir á meditar algunos dias sobre su polvo, y para ir á articular en su memoria el *memento* de

la posteridad. Estos merecieron bien de los hombres, porque elevaron sus pensamientos sobre este globo de fango, y mas allá del dia fugitivo: ellos se sintieron formados para un destino mas vasto y elevado; y no pudiendo darse á ellos mismos la inmortalidad, que es el anhelo de todo corazon noble y grande, dijeron á sus obras: inmortalizadnos vosotras; subsistid para nosotros; hablad de nosotros á los que atravesarán el desierto, ó surcarán las aguas del mar Jónico, delante del cabo Sigeo, ó frente al promontorio Sunium, donde entonaba Platon los ecos de una sabiduría que será eterna!

Estas ideas ocupaban mi imaginacion al tiempo que oia á la proa, sobre la que estaba sentado, cortar las olas del mar de Africa, y fijaba la vista á cada minuto en la niebla roja del horizonte para ver si distinguia el cabo de Cartago.

Cesó el viento, el mar calmó tambien, y el dia se pasó en mirar inútilmente la vaporosa costa de Africa. Por la tarde se levantó un viento muy fuerte; el bergantin, balanceado de un lado al otro, y abrumado por las velas semejantes á las alas de un pájaro de mar agujereadas por el plomo, nos sacudia entre sus flancos con el terrible mugido de un edificio que se desploma. Yo pasé la noche sobre cubierta con los brazos asidos á un cable; las blanquizcas nubes que se apiñaban como una alta montaña en el golfo profundo de Túnez, despedian los relámpagos y se oian los estampidos lejanos del rayo. El Africa se me presentó, cual siempre me la he figurado, con sus laderas destrozadas por los fuegos del cielo y con sus calcinadas cumbres ocultas en las nubes. A medida que nos acercá-

bamos y que los cabos de Biserta, y Cartago, se desprendian de la oscuridad, y parecian venir á nuestro encuentro, se ofrecieron á mi memoria todas las grandes imágenes y todos los nombres heróicos ó fabulosos que han resonado en estas costas, y me recordaron los dramas poéticos ó históricos de que han sido sucesivamente teatro. Virgilio, como todos los poetas que quieren esceder la verdad, la historia y la naturaleza, ha echado á perder, mas bien que embellecido, la memoria de Dido: la Dido histórica, viuda de Sicheo, y fiel á los manes de su primer esposo, hizo encender una hoguera sobre el cabo de Cartago, y subió á ella como víctima voluntaria y sublime de un amor puro y de una fidelidad hasta la muerte. Esto es algo mas bello, mas virtuoso y patético que las frias galanterías que le atribuye el poeta romano con su piadoso y ridículo Eneas, y la desesperacion amorosa que no inspira ninguna simpatía al lector: empero el *Anna Soror*, la magnífica despedida, y la inmortal imprecacion que siguen, hacen siempre perdonar á Virgilio.

La parte histórica de Cartago encierra mas poesía que su parte fabulosa ó poética. La muerte celestial y los funerales de San Luis; el ciego Belisario: Mario expiando entre las fieras, sobre las ruinas de Cartago, y fiera él mismo, los crímenes de Roma: Cartago sitiada por Scipion: Masinisa prendiendo fuego por sí misma á sus edificios y riqueza; la mujer de Asdrubal, encerrada con sus hijos en el templo de Júpiter, reconviniendo á su marido por no haber sabido morir, y encendiendo ella misma la antorcha que iba á consumirla con sus hijos para no dejar mas que cenizas á los ro-

manos: Caton de Utica: los dos Scipiones: Anibal..... todos estos grandes hombres se elevan aun sobre el cabo abandonado, como unas columnas en pie delante de un templo convertido en ruinas. La vista no distingue mas que un promontorio que se levanta sobre una mar desierta: algunas cisternas vacías ú obstruidas por sus propios escombros, acueductos aruinados; algun muelle destrozado y casi cubierto por las olas, y cerca de allí una ciudad bárbara, donde son desconocidos estos nombres, como de hombres demasiado viejos, y que llegan á ser estrangeros en su propio país. Pero basta lo pasado á un país donde luce tanto resplandor de recuerdos: yo mismo no sé si me encanta mas este suelo solitario, aislado en medio de su ruinas, que profanado y agitado por el ruido y confusion de otras generaciones nuevas. Con las ruinas sucede como con los sepulcros: en medio del tumulto de una gran ciudad y del lodo de las calles, son como una mancha en el cuadro de la vida ruidosa y agitada: pero en la soledad, á la orilla del mar, sobre un cabo abandonado, sobre una playa inculta, tres solas piedras ennegrecidas por los siglos ó quebrantadas por el rayo, hacen reflexionar, pensar, meditar ó llorar! La soledad y la muerte, la soledad y lo pasado, que es la muerte de las cosas, se unen en el pensamiento de los hombres: su analogía es una misteriosa armonía, y yo prefiero á todo, el promontorio desnudo de Cartago, el cabo melancólico de Súnium, y la playa desnuda é infestada de Poestum, para colocar las escenas de los tiempos pasados, á los templos, y los arcos y los coliseos de Roma muerta, derribados á los pies de Roma viva con la indiferencia del hábito y con la profanacion del olvido.

20 de julio.

El viento ha calmado á las diez de la mañana; hemos podido subir sobre cubierta, y andando siete nudos por hora, nos hemos encontrado bien pronto á la altura de Pantelleria, antigua isla de Calipso, deliciosa todavía, aun quedesierta, por su vegetacion africana, y por la frescura de sus valles y de sus aguas. Allí era donde los emperadores desterraban á los sentenciados políticos.

Se presenta esta isla ante nuestros ojos como un cono negro saliendo del mar, y cubierta hasta dos tercios de su cumbre por una blanca niebla que ha arrojado allí el viento de esta noche. Ningun buque la puede abordar, porque solo tiene puertos para las barcas pequeñas que conducen á los desterrados de Nápoles y Sicilia, los cuales vegetan allí tristemente hace diez años expiando los sueños de una libertad precoz.

Desgraciado el hombre que se adelanta á los tiempos, porque estos se hundirán! Tal es la suerte que está reservada para nosotros, hombres imparciales, razonables y políticos de la Francia. Esta nacion está aun siglo y medio mas atrás de nuestras ideas: ella quiere para todo, hombres é ideas de secta y de partido: nada le importa el patriotismo y la razon: su ignorancia necesita odio, rencor y persecucion alternativamente. Oh!.... los tendrá hasta que sea herida con las armas mortales de que absolutamente se quiere servir, ó los deseche lejos de sí, para volver la vista á la sola esperanza de nuestra mejora política. Dios, su ley y la razon!

21 *de julio.*

La mar parecía jugar con el resto del viento de ayer al despertar esta mañana, despues de una tempestuosa noche: la espuma la cubria aun como el sudor que cubre los ijares de un caballo fatigado de una larga carrera. Las olas corren aceleradamente, pero ligeras, poco profundas y trasparentes: el mar se parece á un campo de arena ondeando al soplo del aire suave de una mañana de primavera, despues de una noche de lluvia. A nuestra vista están las islas de Gozzo y de Malta, que se observan debajo de la niebla á cinco ó seis leguas de distancia.

22 *de julio.*

A medida que vamos acercándonos á Malta, se va elevando y distinguiéndose mejor la costa baja de esta isla, cuyo aspecto es triste y estéril. Pronto alcanzamos á ver las fortificaciones y los golfos que forman los puertos: una nube de barquichuelos, cada uno con dos remeros, salió de los golfos y acudió á la proa de nuestro buque; habia bastante mar, y las olas los precipitaban á veces en el profundo surco que haciamos nosotros, en términos que parecia que el mar los habia tragado; cuando aparecian de nuevo, corrian detrás de nosotros, y como si bailasen al lado del bergantin, nos echaban cuerdas para remolcarnos en la rada.

Nos anunciaron los pilotos una cuarentena de diez dias, y nos condujeron al puerto reservado de la Valetta. El consul de Francia, Mr. Miege, habló al gobernador Sir Federico Ponsombi, le instruyó de nuestro arribo, y este despues de reunir la junta

de sanidad, redujo á tres dias nuestra cuarentena.

Hoy, que es domingo, hemos obtenido licencia para pasear esta tarde en la lancha por los largos canales que prolongan el puerto de cuarentena. El sol ardiente se ha puesto por el lado de una bahia estrecha y apacible del golfo que se halla detrás de la proa de nuestro bergantin: el mar está llano y tranquilo y de un color de plomo ligero, semejante á una lámina de estaño recientemente hecha: el firmamento de color de naranja y rosa claro. A medida que la vista se acerca á nuestro zenit, y se aleja del occidente, va perdiendo el color, tienen al Oriente azul pálido que pardea, y no se parece al color brillante de lapislázuli que se nota en el golfo de Nápoles, ni al oscuro negro del firmamento que se ve sobre los Alpes de la Savoya. El tinte del cielo africano participa de la atmósfera y de la áspera severidad de este continente: la reverberacion de estas montañas desunidas comunica al firmamento cierta sequedad y calor, y el polvo inflamado de esos desiertos de árida arena, parece mezclarse al aire y oscurecer la bóveda de esta tierra. Nuestros remeros nos acercaron lentamente algunas toesas de la costa. La orilla baja y uniforme de una playa, que viene á morir á algunas pulgadas de elevacion sobre el mar, está cubierta de una fila de casas, que se tocan entre sí y que parecen acercarse al mar todo lo posible, para respirar su frescura y escuchar su murmullo. En viendo uno de estos edificios se ve la misma escena repetida en cada umbral y en cada terrado ó balcon. Si esta se multiplica por quinientas ó seiscientas casas semejantes, se formará una idea exacta de un paisage

original para un europeo que no haya visto á Sevilla, Córdoba ni Granada. Esta descripcion, y la de los detalles de las costumbres, si la grabamos bien en la memoria, la encontraremos aun en la sombría uniformidad de nuestras ciudades de Occidente, y apelando á estos recuerdos en los dias y los meses de nieve, de niebla y de lluvia, nos parecerá huir de sus rigores y hallarnos bajo un cielo sereno despues de una larga tempestad. Un poco de sol en los ojos, un poco de amor en el corazon, y un rayo de fe y de verdad en el alma, son tres consuelos sin los cuales no puedo vivir en este destierro terrestre: mis ojos son del Oriente, mi corazon del amor, y mi entendimiento de aquellos que llevan en sí un instinto de luz y una evidencia sin reflexion, que no se prueba; pero que no engaña y que consuela!

Procuremos bosquejar el cuadro de este hermoso paisage. Figurémonos una dorada luz, dulce y serena, como la que sale de los ojos y de las facciones de una jóven antes que haya grabado el amor una arruga sobre su frente, y dejado caer un velo sobre sus ojos. Esta luz, esparcida con igualdad sobre el agua, la tierra y el cielo, se refleja sobre la blanca ó amarillenta piedra de las casas, y presenta los dibujos de las cornisas, las aristas de los ángulos, las barandillas de los tejados, y el grabado de los balcones, ejecutado con limpieza y exactitud, bajo un horizonte azul, con ese aéreo temblor, con ese vago incierto, y esa neblina, de que el occidente, no pudiendo corregir el defecto de su clima, ha constituido una belleza para las artes. Esta cualidad del aire, este color blanco, amarillo ó dorado de la piedra, y este vigor de los

contornos da al menor edificio del mediodía una firmeza y una pulcritud que tranquilizan y hieren la vista de un modo agradable: cada casa tiene la apariencia, no de haber sido edificada colocando piedra sobre piedra, unida con argamasa y arena, sino de haber sido esculpida entera y derecha en la viva roca, y de estar sentada en tierra como una masa alzada de su seno, y tan duradera como ella misma. Dos anchas y elegantes pilastras se levantan á los ángulos de la fachada que llegan á la altura de piso y medio; allí una cornisa elegante, *esculpida en piedra luciente*, las *corona sirviendo* de base á una balaustrada *rica y maciza*, que se estiende por toda la parte *superior del edificio*, y reemplaza á esos techos llanos, irregulares, puntiagudos y estraños que desbonran la arquitectura, y que rompen la armoniosa línea del horizonte en nuestros conjuntos de edificios estraños, que llamamos ciudades en Alemania, en Inglaterra y Francia. Entre estas dos pilastras, que sobresalen algunas pulgadas del lienzo de la fachada, solo ha fijado el arquitecto tres aberturas, que son una puerta y dos ventanas: la puerta *alta*, ancha y arqueada, no tiene su umbral sobre la calle sino sobre dos bancos de piedra que sobresalen siete ú ocho pies de la casa, y estos bancos, rodeados de una balaustrada de piedra esculpida, sirven de vestíbulo ó sala esterior antes de penetrar en la casa. Demos alguna idea de uno de esos esteriores recintos, y la habremos dado de todos ellos. Uno ó dos hombres con chaqueta blanca, rostro moreno, ojo africano, y una larga pipa en la mano, están indolentemente reclinados sobre un divan de junco al lado de la puerta: delante de ellos, y graciosa-

mente apoyadas, con los codos sobre la balaustrada, se ven tres muchachas en diferentes actitudes, mirando silenciosamente pasar nuestra barca, ó sonriendo entre sí de nuestro estrangero aspecto: forman su trage unas faldas negras á media pierna, un córsé blanco con mangas anchas plegadas y flotantes, cabellos negros peinados, y por encima de los hombros y la cabeza un medio manton de seda negro, semejante á la falda, que cubre la mitad de su rostro, uno de sus hombros, y un brazo que sujeta el manton. Este manton ó medio pañuelo, de una ligera tela, hinchado por la brisa, se dibuja como una vela sobre un esquife; y en sus caprichosos pliegues, cubre ó descubre la misteriosa figura que envuelve ó que parece se le escapa. Las unas alzan con gracia la cabeza para hablar con otras jóvenes que se asoman al balcon superior y les arrojan granadas y naranjas, las otras hablan con jóvenes de largos bigotes, de tupidos y negros cabellos, con cortas y estrechas chaquetas, pantalones blancos y fajas encarnadas. Dos clérigos jóvenes sentados en los bancos de piedra, hablan familiarmente y juegan con grandes abanicos verdes, mientras que un fraile mendigo con los pies desnudos, la frente pálida, la cabeza calva, blanca y descubierta, y el cuerpo envuelto con los pliegues pesados de su hábito, se apoya como una estátua de la mendicidad sobre el umbral del hombre rico y dichoso, y mira con aire de indiferencia este espectáculo del gozo, de la abundancia y de la dicha. En la habitacion superior, sobre un balcon espacioso, cuya baranda está cubierta de una almohadilla guarnecida de cortinas y flecos, se vé una familia de ingleses, felices é impasibles

conquistadores de la Malta actual. Allí algunas nodrizas morenas, con los ojos brillantes, y la tez de color aplomado y negro, tienen en sus brazos á esos bellos niños de la Gran Bretaña, cuyos cabellos rubios y rizados, y cuya tez blanca y sonrosada, resisten al sol de Calcuta, lo mismo que al de Malta y Corfú. Al ver estos niños bajo el pañuelo negro, y la mirada de fuego de estas mujeres, medio africanas, se diria que son hermosos y blancos corderos suspendidos al pecho de las tigres del desierto. En el terrado se representa otra escena distinta entre ingleses y malteses. Por un lado se ven muchachas de la isla con la guitarra en la mano, ejecutando algunas notas de una antigua cancion nacional, y por el otro una jóven y hermosa inglesa, apoyada melancólicamente con su codo, contempla con indiferencia la escena que tienen á la vista, y ojea las páginas de los poetas inmortales de su pais.

Añadamos á este golpe de vista, árabes caballos montados por oficiales ingleses, y corriendo con las crines sueltas sobre la arena del puerto; carruages malteses que son como sillas de mano sobre dos ruedas, y arrastrados por un solo caballo que sigue el conductor á pie y corriendo, ceñido de una faja encarnada con largos flecos, y la frente cubierta con la redecilla ó gorro encarnado colgando hasta la cintura; gritos salvages de los muchachos desnudos que se precipitan al mar y nadan al rededor de nuestra lancha; los cantos de los griegos y sicilianos anclados en el puerto inmediato, y respondiendo en coro desde la cubierta de unos á otros buques; las monotonas y agudas notas de la guitarra, y el aire de la tarde formando un

dulce susurro por encima de estos sonidos agudos, y tendremos una idea de un puerto del Empsida en un domingo por la tarde.

24 *de julio.*

Entramos con libre plática en el puerto de la ciudad de la Valetta: el gobernador Sir Federico Ponsombi, que ha regresado de su casa de campo con objeto de obsequiarnos, nos recibió en su palacio del Gran Maestre á las dos de la tarde. El gobernador tiene la escelente figura de un buen inglés: la probidad se asienta en estos rostros: elevacion, gravedad y nobleza, he aquí el tipo del verdadero gran señor inglés. Hemos admirado su palacio que tiene magnificencia y sencilléz, y que, hermoso en su conjunto, está desnudo de adornos inútiles, tanto por fuera como por el interior. Contiene hermosas salas, largas galerías, severas pinturas; escalera ancha, suave y sonora; una sala de armas de doscientos pies de largo, enriquecida con armaduras de todas las épocas, de la historia del órden de San Juan de Jerusalen, y con una biblioteca de cuarenta mil volúmenes. Hemos sido recibidos en ella por su director, el abate Bollanti, que es un jóven eclesiástico maltés, semejante á os abates romanos de la antigua escuela. Este hombre tiene los ojos penetrantes y apacibles, la boca meditativa y amable, la frente pálida y elevada, su lenguage elegante y cadencioso, y su atencion tan sencilla como fina y natural. Hemos hablado mucho rato, porque es el hombre mas á propósito para una conversacion larga y agradable: en él, como en todos los distingidos eclesiasticos

que he encontrado en Italia, hay cierta cosa melancólica é indiferente, que parece espresar la noble y digna resignacion de un poder caido. Educados entre las ruinas, sobre las ruinas mismas de un monumento derrocado, han contraido una especie de tristeza é indiferencia sobre lo presente. Yo le digo: ¿puede un hombre como vos soportar el destierro intelectual y la reclusion en que vivís en este desierto palacio, y entre el polvo de estos libros? El me respondió; verdad es que vivo solo y triste; y que el horizonte de esta isla es sumamente limitado. La fama que yo podria adquirir con mis escritos no se estenderia muy lejos, y la que otros hombres adquieren con los suyos no llega tampoco hasta aquí; pero mi alma ve mas lejos un horizonte mas libre y mas vasto, al que me conduce mi pensamiento. Nosotros tenemos sobre nuestras cabezas un hermoso cielo, respiramos un aire templado, y tendemos la vista sobre un mar inmenso y azul: esto basta para la vida de los sentidos: en cuanto á la vida del alma, en ninguna parte es mas amplia que en la soledad y el silencio. De este modo se remonta directamente á Dios, que es el orígen de donde emana, sin estraviarse ni alterarse por el contacto de las cosas y por los cuidados del mundo. Cuando San Pablo al ir á llevar la palabra fecunda del cristianismo naufragó en Malta, permaneció en ella tres meses para esparcir la preciosa semilla del Evangelio, y no se quejó de su naufragio ni de su destierro, que valieron á esta isla el conocimiento precoz del Verbo y de la divina moral, ¿debo quejarme yo? Yo, nacido sobre estas áridas rocas, cuando el Señor me confina en ellas para conser-

var la verdad cristiana en unos corazones, donde tantas verdades están próximas á estinguirse! Esta vida tiene tambien su poesía, añadió. Cuando yo esté libre; cuando haya concluido mis clasificaciones y catálogos, quizá escribiré tambien la poesía de la soledad y de la oracion.

Yo me separé de él con sentimiento y con deseo de volverlo á ver.

La iglesia de San Juan, catedral de la isla, tiene todo el carácter y toda la gravedad que se puede uno prometer de semejante monumento y en semejante sitio: grandeza, nobleza y riqueza: las llaves de Rodas traidas por los caballeros despues de su derrota, se hallan colgadas en los dos lados del altar, como símbolos de memorias penosas y eternas, y de esperanzas que no son jamás defraudadas. La bóveda es soberbia, está toda pintada por el Calabrés, y es digna de la Roma moderna en sus hermosos dias de la pintura.

La capilla de la Eleccion solo me hizo notar un cuadro de Miguel Angel de Caravagio, llamado á la isla por los caballeros de aquel tiempo, para pintar la bóveda de la iglesia de San Juan: lo emprendió, pero la fogosidad y la irritabilidad de su adusto carácter le impidieron concluirlo. Tuvo miedo á la duracion de la obra, y partió dejando en Malta la Degollacion de San Juan, que es su obra maestra. Si nuestros pintores modernos que buscan el romanticismo por sistema, en vez de hallarlo con naturalidad, viesen este magnífico cuadro, encontrarían su pretendida invencion, inventada por otro con anterioridadad. Este es el fruto nacido en el árbol, en lugar del fruto artificial vaciado con molde en la cera, y pintado con falsos

colores: el cuadro presenta lo pintoresco en las actitudes, la energía en la composicion, la profundidad en los sentimientos, verdad y dignidad reunidas, vigor en los contrastes, y sin embargo unidad y armonía, horror y belleza todo junto. Esta pintura, una de las mas hermosas que yo he visto en mi vida, ofrece todo lo que buscan los pintores de la escuela actual. Allí lo hallarán todo y no tendrán nada que buscar: verán de este modo que no hay nada nuevo en la naturaleza ni en las artes: todo lo que se hace estaba hecho, todo lo que se dice estaba dicho, y todo lo que se inventa estaba ya inventado. Los siglos son plagiarios de otros, porque los hombres, ya seamos artistas ó pensadores, siempre perecederos y fugitivos, no hacemos mas que copiar de diferentes maneras el modelo inmutable de la naturaleza, pensamiento único y variado del Criador.

25 *de julio.*

El conjunto de los pueblos, puertos y campiña de Malta se presenta á nuestros ojos desde la cumbre del observatorio que domina al palacio del Gran Maestre. Los campos aparecen desnudos, sin forma, sin color, y áridos como el desierto: la ciudad se parece á la concha de una tortuga naufragada sobre la roca: se diría al verla que había sido esculpida en un solo pedazo de roca viva. Desde este punto se perciben las escenas de los terrados al declinar el dia, en las que se hallan sentadas las mujeres: así es como David vió á Bethsabé. Nada mas gracioso ni mas seductor que estas blancas ó negras figuras, semejantes á sombras movibles que se distinguen á los rayos suaves de

la luna, sobre los techos de esta muchedumbre de casas. Solo allí, en la iglesia ó en los balcones, es donde se ve á las mujeres; todo su lenguage está en los ojos, y todo su amor es un misterio que no alteran las palabras. Así se forma sin su recurso el enlace y desenlace de un importante y largo drama: este silencio, estas apariciones á ciertas horas, estos encuentros en los mismos lugares, estas intimidades, á pesar de las distancias, y estas espresiones mudas, son quizá el primitivo y mas enérgico lenguage del amor, cuyo sentimiento es superior á la espresion, y que del mismo modo que la música tiene un idioma propio para espresar y hacer sentir lo que no puede esplicar ninguna lengua.

Tan hermosas perspectivas, tan bellos pensamientos rejuvenecen el alma, hacen sentir el encanto indefinible con que Dios ha hermoseado la tierra, y nos hacen afligir de que las horas de la vida sean tan rápidas y tan atribuladas. Dos sentimientos solos bastarian para ocupar al hombre, aun cuando viviese tanto como una cordillera de perpétuas montañas; la contemplacion de Dios, y el amor. El amor y la religion son los dos pensamientos ó mas bien los pensamientos únicos de los pueblos del mediodia; así es, que no se ocupan de otros, y con ellos tienen suficiente. Nosotros los compadecemos, cuando los deberiamos envidiar! Qué comparacion puede hacerse entre nuestras fácticias pasiones, entre la tumultuosa agitacion de nuestros vanos pensamientos y estos dos solos pensamientos verdaderos que ocupan y llenan la vida de los hijos del sol? La religion y el amor! La una llenando de encanto lo pre-

sente, y la otra el porvenir. He aquí por qué he admirado siempre, á pesar de las preocupaciones contrarias, la calma apacible rara vez alterada de las fisonomías del mediodía, y la especie de reposo, de serenidad y de dicha que exhala en sus hábitos y semblantes esta silenciosa muchedumbre que respira, vive, ama, y canta á nuestra vista. El canto es la evaporacion de la plenitud de felicidad y de impresiones en un alma demasiado llena. Se canta en Roma, en Napoles, en Génova, en Malta, en Sicilia, en Grecia y en la Jonia: sobre la costa, sobre las olas y sobre los techos, no se oye sino el lento canto del pescador, ó los sonidos vagos de la guitarra en las noches serenas. Estos cantos respiran la felicidad, por mas que parezcan lo contrario: se me dirá que son esclavos: pero ¿lo saben ellos por ventura?

La esclavitud y la libertad, son como pueda convenir, felicidad ó desgracia: la dicha ó la desdicha están mas cerca de nosotros. ¿Qué importa á la apacible muchedumbre que respira la brisa del mar, ó se tiende á los tibios rayos del sol de Sicilia, de Malta ó del Bósforo, que la ley que obedece esté hecha por un clérigo, por un pachá, ó por un parlamento? ¿Cámbia esto sus relaciones con la naturaleza, que son las únicas que le ocupan? Toda sociedad, bien sea libre ó bien exista bajo el gobierno absoluto, se encuentra en una esclavitud que es mas ó menos dura. Nosotros somos esclavos de las caprichosas y variables leyes que nos damos nosotros, y ellos lo son de la ley inmutable de la fuerza hecha por la naturaleza, y todo viene á ser la misma cosa para la dicha ó la desdicha. En cuanto á la dignidad y al progreso de la inteli-

gencia y la moral del hombre no, eso es diverso; y aun deberiamos pensar antes de pronunciar esta negativa. Tomad indistintamente cien hombres de estos pueblos esclavos, y otros ciento de los nuestros que son libres; ved entonces donde se encuentra mas moral y virtud. Yo sé donde; pero me estremezco al querer decirlo....

Si leyese esto alguno con ligereza creeria que era yo partidario del absolutismo, y que miraba con desprecio la libertad. ¡Cómo se engañaria! Yo amo la libertad como un esfuerzo difícil que ennoblece los hombres, lo mismo que amo la virtud por su mérito, no por su recompensa: pero ahora se trata de la felicidad, y examinando las cosas como filósofo, digo como Montaigne: *¿Qué sé yo?* El hecho es, que nuestras cuestiones políticas, tan célebres en nuestros liceos, en nuestros cafés y en nuestros clubs, son bien pequeñas cuando se ven de lejos, en medio del Océano, sobre lo alto de los Alpes, y á la altura de la contemplacion filosófica ó religiosa. Estas cuestiones no interesan sino á los hombres que tienen medios de subsistencia y algunas horas de ociosidad: la muchedumbre no se ocupa mas que de la naturaleza. Una buena, hermosa y divina religion: he aqui la política de las masas: este principio de vida es el que falta á las nuestras, por esto tropezamos, caemos, volvemos á caer, y no adelantamos: nos falta el soplo de esta vida: nosotros creamos formas de séres, pero no podemos infundirles alma. ¡Oh Dios mio! inspiradnos para comunicar á las masas este soplo de vida, ó pereceremos sin remedio!

Malta 28, 29 y 30 de julio.

Hemos tenido que detenernos en este punto por una indisposicion de Julia. Ahora que se halla restablecida estamos determinados á dirigirnos á Smirna, haciendo escala en Atenas. Allí dejaré á mi mujer y á mi hija, y me iré solo al través del Asia menor á visitar otros puntos de Oriente. Levamos el áncora é íbamos á salir del puerto, cuando por un buque llegado del Archipiélago supimos la toma de algunos otros por los piratas griegos, y que habian pasado á cuchillo á sus tripulaciones. El cónsul de Francia Mr. Miege, nos aconsejó que esperásemos algunos dias, y Mr. Lyons, capitan de la fragata inglesa Madagascar, nos ofreció escoltarnos hasta Nauplia, y aun llevarnos á remolque si no podiamos seguir la fragata. Esta oferta fué acompañada de tantas atenciones é instancias, que nos decidimos á aceptar, y partimos el miércoles 1.º de agosto á las ocho de la mañana. Apenas tomamos altura, la fragata que parecia volar, pasó delante de nosotros, y el capitan hizo arriar velas, y nos esperó. En cuanto le alcanzamos echó al mar un barril con un cable; nosotros le recogimos, y asido á nuestro bergantin seguimos la fragata que cortaba las olas sin sentir nuestro peso.

No conocia yo al capitan Lyons, que hacia seis años era comandante de un buque de la estacion inglesa de Levante; él no me conocia tampoco, ni siquiera de nombre: no le habia visto en Malta, porque estaba de cuarentena; y no obstante he aquí un oficial de una nacion frecuentemente hostil, que á nuestra primera insinuacion consiente

en hacer mas lenta su marcha, y retardar dos ó tres dias su arribo, en someter su buque y su tripulacion á una maniobra muchas veces peligrosa, como es el remolque, y en oir quizá murmurar á los marineros de su bordo por una condescendencia semejante hácia un francés desconocido, sin otra causa que un sentimiento de nobleza de alma y de simpatía, y un espíritu de disipar los temores de una mujer, y aliviar los padecimientos de una niña. Tal fué la generosidad de este oficial inglés, y tal la dignidad de su carácter, que yo no olvidaré jamás su fineza ni á él mismo. Este hombre que vino varias veces á nuestro bordo para informarse de nuestro estado, y para renovarnos la seguridad del placer que esperimentaba en protegernos, me pareció uno de los mas francos y leales que he encontrado en mi vida: nada descubria en él la supuesta rudeza del marino; y la firmeza del hombre acostumbrado á luchar con el elemento mas terrible se unia admirablemente en su jóven y agradable fisonomía, á la elevacion del alma y á la amabilidad de carácter.

No por haber llegado á Malta desconocidos, hemos dejado de sentir ver alejarse, y desaparecer entre las ondas sus blancas murallas: aquellas casas que mirábamos con indiferencia hacia algunos dias, parecian entonces tener atractivo para nosotros. No conociamos á sus habitantes, y sus benévolas miradas seguian desde lo alto de los terrados las ya distantes velas de nuestros buques.

Inglaterra es un pueblo grande, moral y político, pero no un pueblo social. Concentrado en la dulce y santa intimidad del hogar doméstico, cuan-

do salen de él sus hijos no les guia la necesidad de comunicar sus ideas y de hallar simpatías, sino el hábito y la vanidad. La vanidad es el alma de la sociedad inglesa, ella la ha dado ese acompasado aspecto de frialdad y de etiqueta; ella la ha creado esas clasificaciones de rangos, de títulos, de dignidades y de riquezas, con las que se señalan solamente los hombres, los cuales han hecho una abstraccion completa de la persona para no considerar sino el nombre, el trage y la forma social. Yo me inclino á creer que son diferentes en sus colonias, por lo que he visto en Malta. Apenas llegamos á esta isla hemos recibido de todos los que componen tan hermosa colonia las pruebas mas desinteresadas y cordiales de benevolencia é interés. En nuestra corta mansion hemos hallado una hospitalidad brillante y continua. Sir Federico Ponsombi y lady Emilia Ponsombi su esposa, son una pareja que en todo representan dignamente, el uno la virtuosa y noble sencillez de los señores ingleses, y la otra la dulce y agradable modestia de las damas de alta clase en su patria. La familia de Sir Federico Hamkey, Mr. Nugent y su mujer, Mr. Greig y Mr. Freyre, que ha sido embajador en España, nos han acogido mas como amigos que como viajeros: los hemos tratado ocho dias, y no los veremos tal vez mas; pero llevamos en nuestro corazon el recuerdo de su cordialidad y atenciones. Malta ha sido para nosotros una colonia hospitalaria; y podemos decir que el espíritu caballeresco de sus antiguos poseedores se encuentra todavia en sus palacios, ocupados ahora por una nacion digna del elevado rango que ocupa en la civilizacion europea. Se podrá no amar a

los ingleses, pero es imposible no estimarlos.

Duro y opresor es el gobierno de Malta, é indigno de los ingleses, que han enseñado la libertad al mundo, tener en una de sus posesiones dos clases de hombres: ciudadanos y libertos.

El gobierno provincial y las corporaciones municipales se asociarían fácilmente en las colonias inglesas á la alta representacion de la madre patria: los gérmenes de libertad y de nacionalismo, respetados en todos los pueblos sometidos por conquista, son para el porvenir gérmenes de virtud, de fuerza y dignidad para la humanidad entera: la sombra del pabellon inglés solo deberia cobijar hombres libres.

1.º de agosto á media noche.

Esta mañana hemos salido con mucho mar, pero á mediodia hemos comenzado a sufrir una calma absoluta que dura todavia: no sopla ningun viento, y solo de vez en cuando algun céfiro perdido viene á rozar las velas de los dos buques, comunicando á estas grandes velas una palpitacion sonora, y haciéndolas batir de un modo irregular semejante á los sacudimientos de las alas de un pájaro moribundo. El mar está llano y terso cual la hoja de un sable; pero á largos intérvalos se perciben cilíndricas ondulaciones, que pasando por debajo de los buques, los conmueven como un temblor de tierra. En estos casos crujen y se estremecen los palos, las vergas, los obenques y las velas como sucederia con un viento muy recio, En una hora no avanzamos una línea; las cortezas

de naranja que Julia ha arrojado al mar flotan al rededor del buque, y mira el timonero con descuido las estrellas sin que la barra haga señal de movimiento en su mano distraida: hemos soltado el cable de remolque, porque no gobernándose los buques corrian riesgo de tropezar en la oscuridad de la noche.

—Estamos á unos quinientos pasos de la fragata: los faroles encendidos brillan al través de las troneras, y en el fondo de los espaciosos camarotes de los oficiales que coronan la popa; un fanal, que se puede confundir con los fuegos del cielo, está atado á la punta del palo del timon, para no perdernos en la noche. Mientras que nuestros ojos se fijan en este faro flotante que nos sirve de guía, una música deliciosa sale de repente de los iluminados costados de la fragata, y resuena debajo de una nube de velas cual si fuese bajo las sonoras bóvedas de un templo.

Las armonías se varian y suceden durante muchas horas, esparciendo á lo lejos y sobre este mar encantado y dormido, todos los sonidos que hemos oido en las horas mas deliciosas de nuestra vida. Las melodiosas reminiscencias de nuestras ciudades y teatros, y de nuestras sonatas campestres, elevan nuestros pensamientos á tiempos que no existen, y hácia seres separados de nosotros por la muerte ó la distancia.

Mañana, y quizá dentro de algunas horas, el zumbido del huracan hará crujir los palos; y los redoblados golpes de las olas sobre los costados huecos del bergantin, el cañon de socorro, el trueno y las voces convulsivas de dos elementos en guerra, y del hombre que lucha contra su furor combinado,

reemplazarán á esta música tan serena como magestuosa.

Tales pensamientos ocupan mi imaginacion, y reina un silencio completo sobre ambas cubiertas. Todos recuerdan algunas de estas notas significativas grabadas en el corazon por una impresion fuerte, y oidas en una circunstancia próspera ó adversa de la vida, y piensan con ternura en lo pasado: tambien uno se estremece al pensar de que modo el hombre desafía las borrascas! Este es uno de aquellos momentos que es preciso imprimir en la memoria para siempre, porque tiene en algunos minutos mas variedad y mas vida que años enteros pasados en las vicisitudes prosáicas de la vida comun: el corazon no basta á contenerlas, y el hombre mas vulgar se siente inspirado para la poesía. Este es uno de aquellos casos en que lo finito y lo infinito penetran por todos los poros, y es preciso ó elevarse á Dios, ó revelar á un corazon simpático, ó á la generalidad de los hombres en poético idioma lo que pasa en nuestro espíritu; en estos casos improvisaría uno cantos dignos de la tierra, que podrian llegar hasta el cielo, si uno poseyese una lengua; pero no la tenemos, sobre todo los franceses: no; no hay un idioma para la filosofía, para el amor, para la religion y lo poesía: las matemáticas son la lengua de este pueblo, y sus palabras son secas, precisas, áridas y descoloridas como el guarismo. Vámos, pues, á dormir!

El mismo dia á las dos de la noche y 2, 3 y 4 del citado.

No puedo dormir.... he sentido demasiado!...

vuelvo sobre cubierta. La luna ha desaparecido tras la niebla color de naranja que cubre el horizonte sin mas límites. Es muy de noche; pero es noche sobre el mar; esto es, sobre un elemento trasparente, que refleja la menor luz del firmamento, y que parece conservar una impresion luminosa del dia. Esta noche no es negra, es pálida solamente, ó de color de perla, como la superficie de un espejo cuando se ha retirado la luz, ó se ha colocado detrás de él: el aire parece tambien muerto ó dormido sobre la sábana suave de las olas: no se oye ruido alguno... ni un soplo de aire, ni una vela que dé contra la verga; ni siquiera una espuma que indique el surco del bergantin viene á lamer sus costados, que parecen dormidos tambien.

Miraba yo esta escena muda, de reposo, de vacio, de serenidad y silencio; respiraba este aire leve y tibio, que no hace sentir al pecho ni peso, ni calor, ni frescura, y me decia á mí mismo. «Así debe ser el aire que se respire en el país de los espíritus, en las regiones de la inmortalidad, en esa atmósfera divina, en que todo debe ser inmutable, todo voluptuoso y perfecto!»

Yo habia olvidado la fragata inglesa, y miraba hácia el lado opuesto; pero ella estaba allí á algunos cables de nosotros: me volví por casualidad, y mis ojos se fijaron sobre este coloso magnífico que descansaba inmóvil, inmenso y magestuoso, sin el menor balance de su quilla, cual si estuviera colocado sobre un pedestal de mármol bruñido. La masa gigantesca y negra del cuerpo del buque se desprendía como una sombra de su argentada base, y se dibujaba en el fondo azul

del cielo, del aire y del mar: un suspiro de vida no salia de este soberbio edificio; nada indicaba ni á la vista ni al oido que estuviese dirigido por tantas inteligencias y vidas, y poblado de tantos séres pensadores y activos. Al contemplarlo se le hubiese creido una de esas grandes ruinas flotantes sin timon, que dejan las borrascas, y que el navegante encuentra con horror en las vastas soledades del mar del Sud, y en donde no queda una voz para decir cómo ha perecido; mortuorio registro sin nombre ni fecha, que deja el mar sobrenadar algunos dias antes de tragárselo entero.

Sobre el sombrio cuerpo de la fragata, la nube de todas sus velas formaba alrededor de los mástiles un grupo piramidal y pintoresco: ellas se elevaban como por pisos ó habitaciones, de verga en verga, y se presentaban en formas estrañas, desarrolladas, y en pliegues anchos y hondos, semejantes á las numerosas y altas torrecillas de un palacio gótico, agrupadas alrededor del torreon. No tenian movimiento, y carecían del color brillante y dorado que tienen las velas, vistas en las horas del dia á cierta distancia sobre las ondas: inmóviles, sombrías y teñidas por la noche de un color de pizárra, parecian una inmensa nube de murciélagos ó pájaros desconocidos del mar, parados, apiñados, y estrechados unos contra otros sobre un árbol gigantesco, y suspendidos á su desnudo tronco al claro de la luna de una noche de invierno. Jamás apareció á Osian en sus ensueños un espectáculo mas estraño del mar! Allí se encontraba toda la poesía de las olas: la línea azul del horizonte se

confundía con el cielo, y todo lo que encima y debajo descansaba parecía un fluido etéreo, único, sobre el cual estábamos nadando. El vacio, sin cuerpo y sin límites, aumentaba el efecto de la desmesurada aparicion de la fragata sobre las ondas, é infundía la misma ilusion á la vista y al alma: parecía que la fragata, la pirámide aérea de sus velas, y nosotros mismos, habíamos sido elevados juntos, y arrebatados como cuerpos celestes á los líquidos abismos del eter sin nada que nos sostuviese, y manteniéndonos por una fuerza interior sobre el vacío de color de lapislázuli de un firmamento universal!

Pasamos muchos dias y noches en alta mar con una calma absoluta; el cielo parecía de fuego: las ondas inmensas del golfo Adriático corrian hácia las aguas de Africa, como vastos cilindros ligeramente dorados por la mañana y por la tarde, cual las columnas de los templos de Roma ó de Poestum.

Yo pasé los dias sobre cubierta, y escribí algunos versos á Mr. de Montherot, mi hermano político: hélos aquí:

Yo pienso en tí, mi dulce amigo, y mas que amigo, hermano de sangre y de alma, cuya húmeda mirada me sigue á través de tanto cielo y aire y de tantas olas lanzadas tras mi. Yo pienso en tí, y en aquellos solaces que disfrutábamos juntos al borde de los riachuelos bajo del álamo ó del sáuce, en nuestros paseos y en nuestros dulces coloquios que enlazaban á menudo tus versos á los mios; tus versos hijos del rayo, tus versos nacidos de una sonrisa, que no arrancas palpitantes de tu lira, pero que de dia en dia tu negligen-

te mano deja caer sobre tu camino, como esas perlas del rocio que llora la aurora, del cual se humedece el campo al despertar, y que formaria un torrente reuniendose, pero que cae sin ruido al pie del pasagero, y cuyo perfume absorven el sol y el viento que lo secan.

Antes que mi pensamiento vislumbrara la edad de la razon, cuando yo no era mas que un tierno niño que juega con su madre, y á quien se encanta ó asusta con una quimera, imitaba á mis iguales en los juegos, hablaba su lenguaje, y como ellos obraba. En los primeros meses en que el arbusto se eleva y la corteza del árbol parece destilar su jugo, me dirigia hácia el torrente que corre al pie de mi lugarcillo á cortar las frescas ramas de los sáuces; y calentando con mi aliento una savia tierna todavia, desprendia del tronco la corteza sin romperla: despues la animaba con mi soplo, y bien pronto bajo mis dedos exhalaba un sonido dulce y lastimero que resonaba por el bosque. Aquel sonido del cual ningun arte arreglaba el compás, no era sino un ruido hueco, un tierno y vago murmullo, semejante al de las olas, y de los vientos, cuyo susurro ama uno sin buscar la melodía; preludio de una imaginacion despertada harto temprano, que canta antes que ella cante, y llora antes que ella llore!

Pero pasó este tiempo y *poco* ya mi mediodia! he sufrido, y mi espíritu ha crecido tambien! Esos débiles juncos, juguetes de mi niñez, no podrian resistir el aliento que me oprime. No hay lenguage, ni rima, ni arpa, ni clarin guerrero que no rompiese cien veces el soplo de mi alma: todo desfallece á su impulso, ó todo se desvanece con su llama! Para exhalar sus acordes estrepitosos, tiene renunciado desde mucho ha los verbos de la tierra, y haria estallar sus frágiles símbolos, entrechocando rayos de palabras, y los ni-

ños dirian sacudiendo sus frentes: «qué nos hable mas bajo, señor, ó vamos á perecer!»

No mas les habla ya: él se habla á sí mismo, en lengua sin palabra, y con el verbo supremo que ninguna mano de carne habrá escrito jamas; que el alma habla al alma, y el genio al genio! Perdiendo todo hábito de los lenguages humanos solo puede consolar así su lúgubre soledad. Allá, dentro de mí mismo ruge incesantemente un mar estrepitoso, en movimiento perenne, que hace latir á grandes golpes las sienes en mi cabeza, con el sonido penetrante del vuelo de la tempestad. Resuena en mí como un torrente de noche, del cual cada ola se lleva y vuelve á traer el ruido, como el sacudimiento de los rayos de los montes, que mil ecos atronadores repiten á los valles, como la voz de aquellos pesados vientos de invierno que se desploman, y como una mole que se desprende del Líbano, y se precipita hasta sumergirse en el mar: he aquí las únicas voces; he aquí los únicos acentos que pueden cantar hoy lo que yo siento! No esperes, pues, mas de mi esos versos, en que el pensamiento lanzado con gracia, como de un arco sonoro, y vibrando sobre los acordes de dos palabras semejantes, danza con complacencia á capricho del sonido. Ese frio eco de versos repugna ya á mi oido; y si me despierta el recuerdo del tiempo pasado, si del desierto mudo del Oriente límpido se vuelve hácia ellos mi rostro sonriendo; si mi alma quiere confundirse con ellos todavía, es porque mi corazon enternecido les reclama una memoria. La oracion! acento fuerte, lengua voladora y suprema que en un solo suspiro confunde á cuanto se ama, que hace visible el corazon y presentes ante Dios mil seres adorados, dispersos por todas partes; lenguage universal que se estiende hasta el cielo; inestinguible incienso que arde y que perfuma al que lo recibe y al que lo enciende!

Así es como mi corazon se comunica con el tuyo. Todas las palabras de aquí abajo son nulas para mí; y si deseas saber el motivo porque las desprecio, sigue mi vela que se hincha, y que huye á impulso de la brisa, y ven á presenciar esta escena, en donde el mundo pasó, donde florece el desierto sobre el imperio borrado, y sobre la tumba de los dioses, de los héroes y de los sábios!

Yo acabo de dejar la tierra, cuyo tumulto atormenta; esa Europa, donde todo se desmorona, donde todo estalla y todo lucha; donde á cada hora se espera la caida de algun despojo, donde dos espíritus diversos, entre combates eternos se lanzan leyes y templo, trono y costumbres en astillas, y hacen, nivelando el suelo que los devora, puerto al espíritu de Dios que no ven todavía! Mi buque impelido por la invisible mano, se desliza levantando la espuma del camino. Doce veces el sol como un dios que se acuesta, ha hecho rodar hácia sí el Oriente, y se ha vuelto á levantar, revolcándose por los aires, como un águila de fuego, que parte de la cresta de los mares: mis mástiles duermen, plegada el ala al rededor de la entena: mi áncora muerde el lecho de los mares, y estoy en Atenas!

Es la hora en que en otra época aquella ciudad ruidosa, muda un poco de tiempo bajo el dedo de la noche, se despertaba á veces con la gloria, ó rodaba con la vergüenza sus olas vivientes, como una mar que crece: cada viento lanzaba á sus habitantes hácia sus ambiciones, los unos hácia la virtud, los otros hácia las facciones, Pericles al foro, Temístocles á las costas, los héroes á las armas, los sabios al pórtico, Arístides al destierro, Sócrates á la muerte, y el pueblo al azar y al remordimiento del crímen! Al pie del Paternon, que guarda un hombre con turbante, espero la llegada del dia: ya camina: ya veo!

De lo alto del Citheron el rayo parte: el dia va á herir los contornos de cien cumbres elevadas, y de los campos á los mares de Yllysse, sin que colore ni sitios resplandecientes de fuegos en lontananza, ni humo fluctuante, ni lugarejos en el declive de las montañas, ni velas sobre las aguas, ni torres por los campos. Al pasar la luz por aquel suelo de muerte, cae herida en la tierra, y no se divisa mas. Solo el encumbrado rayo de la aurora bosqueja sobre mi frente el Paternon. Despues resbalando con pesar sobre sus almenas ennegrecidas, donde duerme con la pipa en la mano el genízaro sentado, va como á llorar la cornisa destruida, y á morir sobre el frontis del templo de Teseo. Dos bellos rayos jugueteando sobre dos ruinas: he ahí todo lo que brilla todavía, y lo que dice: «Atenas está ahí!»

6 de agosto, en alta mar.

A la hora de mediodia del 5, distinguimos bajo las nubes blancas del horizonte las desiguales cimas de los montes de Grecia: el cielo estaba pálido y gris como sucede sobre el Támesis ó el Sena en el mes de octubre: por la parte de poniente existia una tempestad terrible, que arrastraba al mar una negra cortina de nieblas: estallan los relámpagos, retumba el horrísono estampido del trueno, y un recio viento del Sud-este, trae consigo la frescura y humedad de nuestros lluviosos vientos de otoño.

El huracan nos ha alejado de nuestra ruta. Pronto nos vimos cerca de la costa de Navarino, y descubrimos los dos islotes que cierran la entrada del puerto y la hermosa montaña de dos lomas que la corona. Allí es donde el cañon de la Europa ha dado el alarma á la Grecia resucitada; pero la Gre-

cia no ha correspondido bien á él, porque libertada por el valor de sus hijos y por la cooperacion de la Europa del oprobioso yugo de los turcos, se ve entregada á la desolacion de sus propios habitantes, y ha derramado la sangre de Capo de Istria que habia consagrado su vida á la defensa de su causa: el asesinato de uno de los primeros ciudadanos, mal podria abrir una era de resurreccion y virtud. Es muy sensible que la memoria de un crímen atróz sea la primera idea que se ofrezca al aspecto de esta tierra, adonde se vienen á buscar imágenes de gloria y patriotismo.

A medida que el buque se acercaba al golfo de Modon, se iban trasluciendo y dibujando las costas del Peloponeso, las cuales parecian salir de entre la niebla flotante que las cubria. Estas orillas, de las que hablan con desprecio los viajeros, me parecen por el contrario muy bien dibujadas por la naturaleza, pues ofrecen grandes cortaduras de montañas y una graciosa ondulacion de líneas. No puedo apartar la vista de este espectáculo, pues aunque la escena está vacía se encuentra llena de lo pasado, y lo puebla todo la memoria. El grupo negruzco de colinas, de cabos y de valles, que abarca la vista desde aquí, como una pequeña isla del Océano, y que solo ocupa un punto en el mapa, ha hecho él solo mas ruido, y ha producido mas gloria, mas esplendor, mas virtudes y mas crímenes, que enteros y dilatados continentes: este monton de islas y de montes, de donde salian casi á la vez los Milcíades y los Leonidas, los Trasíbulos y los Epaminondas, los Demóstenes y los Alcibiades, y que produjo á Pericles y Platon, á Arístides, á Sócrates y á Fidias: esta tierra que deshizo los

ejércitos de dos millones de hombres de Xerjes; que enviaba sus colonias á Bizancio, al Asia y al Africa, que creaba y renovaba las artes intelectuales y materiales, y que las llevó en siglo y medio á tal grado de perfeccion que han llegado á ser tipos, y no han sido escedidos; esta tierra, cuya historia es nuestra historia, y cuyo olimpo es el cielo de la imaginacion; esta tierra, desde la cual la filosofía y la poesía rompieron el vuelo para el resto del globo, y á la que vuelven sin cesar como niños á su cuna; esta tierra, está á mi vista; cada ola me está acercando á ella, y la voy á pisar. Su aspecto me conmueve profundamente, y mucho menos sin embargo que si todos estos recuerdos no estuviesen marchitos en mi imaginacion, á fuerza de tenerlos repasados antes que mi intelegencia pudiese comprenderlos. La Grecia es para mí como un libro cuyas bellezas están eclipsadas por habérnoslo hecho leer antes de comprenderlo.

Sin embargo, no está enteramente destruido el encanto: todavía estos nombres colosales conservan un resto de eco en mi corazon. En estos horizontes parece elevarse hácia mi alma una especie de vapor que tiene algo de dulce, de aromático y santo. Doy gracias á Dios por haber visto á mi tránsito por este globo sublunar, el pais de los *ejecutores de grandes cosas*, como Epaminondas llama á los moradores de su patria.

He deseado durante toda mi juventud hacer lo que hago y ver lo que estoy viendo; y satisfacer un deseo, es una gran dicha: al anhelado aspecto de estos soñados horizontes, esperimento lo que he sentido toda mi vida en el momento de lograr lo que he deseado ardientemente; un placer tranquilo y

contemplativo que se concentra y descansa en sí mismo: un reposo del corazon y del entendimiento, que dicen: *detengámonos y gocemos aquí;* pero en el fondo es bien fria esta satisfaccion. No es por cierto la felicidad del alma, porque esta no existe sino en el amor divino ó en el humano, pero siempre en el amor.

La tarde del mismo dia.

Navegamos á impulso de un viento favorable que nos impele entre el cabo Matapan y la isla de Cerigo.

Un pirata griego se ha acercado á nosotros mientras que la fragata se ha alejado algunas leguas en persecucion de un buque sospechoso. El pirata se encuentra á la corta distancia de un cable: todos nos ponemos en movimiento sobre cubierta y nos preparamos al combate: nuestros cañones están cargados, y el puente cubierto de fusiles y pistolas. El capitan intima al comandante del pirata que se retire, y este al ver á nuestro bordo veinticinco hombres bien armados, se decide á no arriesgar el abordage. Se aleja, pues; pero vuelve todavía, y casi toca á nuestro bergantin. Ibamos á romper el fuego; pero él se retira, se escusa, y permanece un cuarto de hora á tiro de pistola, suponiendo que es un buque mercante como el nuestro, que se dirige al Archipiélago. Entonces examiné su tripulacion, y no he visto jamás rostros, en los que el crímen, el asesinato y el robo, estuviesen escritos con mas horrorosos caractéres. Se componia de quince ó veinte bandidos, los unos con trages albaneses, los otros con pedazos de trages europeos, sentados, ó acostados so-

bre cubierta, ó maniobrando á bordo, todos armados con pistolas, ó puñales con los puños de plata cincelados. Sobre el puente habia fuego, y cerca de él dos mujeres de edad que cocian pescado. Una jóven de quince á diez y seis años se veia de vez en cuando entre aquellas: tenia un rostro celestial, y era como la aparicion de un ángel entre estas figuras infernales. Una de las viejas la *despide y empuja varias veces hácia el entrepuente*, ella baja llorando, y con este motivo sin duda se suscita una disputa entre algunos hombres de la tripulacion; relucen dos puñales y se van á blandir; mas el capitan, que fuma indolentemente su pipa apoyado sobre la barra del timon, se interpone, derriba á uno en el suelo, y todo se apacigua: la jóven griega vuelve á subir, enjuga sus lágrimas con las hermosas trenzas de sus cabellos, se sienta al pie del palo mayor, y una de las viejas se arrodilla detrás de ella y la peina. En esto refresca el viento, el pirata dirige á Cerigo su proa, y en un instante se cubre de velas, y no se ve sino como un punto blanco en el horizonte.

Entre tanto nos pusimos en facha para esperar á la fragata que habia tirado el cañonazo de señal: nos reunimos en pocas horas, y supimos que el pirata griego se habia escapado entrando en una de las bahías inaccesibles de la costa, en las que se refugian en casos semejantes.

A las once del mismo dia.

Siempre que se halla mi alma agitada por una fuerte impresion, siento una necesidad de exhalarla, de decir ó escribir lo que siento, de hacer

reflejar en otro el gozo de mi gozo, y de hacer resonar el eco de mi propia admiracion. El sentimiento aislado no es completo: el hombre ha sido criado para la sociedad.

Cuando miro en rededor de mí, encuentro un terrible vacío, que Julia y Mariana llenan enteramente; pero Julia es tan jóven todavía, que no puedo decirla sino lo que está al alcance de su edad: ella es la esperanza de nuestro porvenir, y pronto será la felicidad de lo presente; pero ¿qué se ha hecho de lo pasado?

La persona que hubiera gozado mas de mi felicidad seria mi madre: en todo lo que me sucede de próspero ó adverso, mi pensamiento se fija en ella involuntariamente, y creo oirla, hablarla y escribirla. Una persona de quien uno se acuerda tanto, se puede decir que no está ausente: no: la que vive tan completa y poderosamente en nosotros mismos, no está muerta para nosotros. Yo, lo mismo ahora que cuando existia, le comunico todas estas impresiones, que llegaban á ser tan pronto y tan enteramente suyas, y que se embellecian, tomaban color, y se inflamaban en su imaginacion ardiente. ¡Imaginacion que nunca pareció tener mas que diez y seis años! Yo busco su sombra en la modesta y piadosa soledad de Milly, donde nos ha criado, y donde pensaba en mí cuando las vicisitudes de mi juventud me separaban de su lado: la veo esperar, recibir, leer y comentar mis cartas, y embriagarse mas que yo mismo de mis propias impresiones. ¡Vana ilusion! ¡No existe! reside en el mundo de las realidades, y nuestros fugitivos sueños no son nada para ella; pero su espíritu está con nosotros; nos visita, nos sigue y nos

protege! Nuestra conversacion es con ella en las regiones eternales.

Antes de entrar en una edad madura he perdido la mayor parte de los seres que mas he amado, ó que me han amado mas: mi amor se ha concentrado; mi corazon tiene pocos corazones en donde refugiarse; mi memoria no puede fijarse en la tierra sino sobre sepulcros, y vivo mas con los muertos que con los vivos. Si Dios me hiriese ahora con dos ó tres golpes, conozco que me desprenderia enteramente de mí mismo, porque ya no pensaria en mí, porque no me amaria en los demas: yo no puedo amarme sino en estas personas!

Cuando fuí muy jóven me amaba en mí, porque la infancia es egoista; pero puede esto dispensárseme á la edad de diez y seis ó diez y ocho años, en que no me conocia, y en que conocia mucho menos la vida: ahora he vivido demasiado, y he aprendido demasiado para adherirme á esa forma de existencia que llamamos el *yo mismo!* ¿Qué es un hombre? ¡Qué locura es dar la menor importancia á lo que yo siento, á lo que yo pienso y á lo que yo escribo! ¿Qué lugar ocupo yo en el mundo, y qué vacío puedo dejar en él? Un vacío en dos ó tres corazones, un lugar al sol, un perro que me buscará, árboles que he amado, y que no volverán á verme bajo su sombra: he aquí todo, y todo esto pasará tambien á su vez! No se comienza á sentir la vaciedad de la existencia hasta el dia en que uno no es necesario á nadie, y hasta la hora en que uno no puede ser querido de nadie: la sola realidad de este mundo consiste en el amor; en el amor bajo todas sus formas!

7 de agosto á las seis de la tarde.

Tenemos las costas elevadas de la Laconia á algunos tiros de cañon; las bordeamos con una hermosa brisa, y se deslizan magestuosamente en direccion contraria. Apoyado sobre la baranda del buque, se fijan mis miradas en esas formas clásicas de las montañas de la Grecia para acordarme de ellas: estas formas se despliegan como ondas de piedra y tierra, y suben, bajan y se agrupan delante de mí, como las nubes de la patria de su alma delante del espíritu de Osian. Paso una ó dos horas examinando estas colinas y recordando los nombres sonoros de esta tierra muerta ya: los montes Crómios, en donde toma su orígen el Eurotas, lanzan á los aires sus atrevidas y redondas cumbres: el globo del sol baja y las hiere con sus rayos cual si fuesen cúpulas de cobre dorado, é inflama á su alrededor sus capas de nubes. Estas cumbres parecen trasparentes como el aire que las circunda, y es difícil distinguirlas, en términos que creo verlas uno al través de otro sol puesto ya, ó á la reverberacion de un incendio inmenso y lejano.

Una entre otras de estas montañas, presenta la forma de una media luna puesta del revés, y parece haberse vaciado para abrir un aéreo surco á la luz que allí se revuelve con el polvo de oro del vapor que reina en ella. Las crestas mas inmediatas donde ya ha llegado el sol se tiñen de color de violeta, púrpura ó lila claro, y nadan en una atmósfera tan rica en colores como la paleta de un pintor: mas cerca todavía otras colinas cubiertas por las sombras parecen vestidas de bos-

ques oscuros, y finalmente, las que forman el primer término, y las que casi nosotros tocamos lamidas por la espuma, están cubiertas por la oscuridad de la noche, y no distingue la vista sino algunas bahías adonde se refugian los muchos piratas que pueblan estas costas, y algunos promontorios avanzados al mar, que tienen, como Nápoles de Malvasía, ciudades y fortalezas sobre sus escarpadas cumbres.

Vistos estos montes desde la cubierta de un buque, y á esta hora en que la proximidad de la noche los viste de mil ilusiones, son quizá las mejores formas terrestres que he contemplado durante mi vida. Por otra parte flota el buque con una inclinacion suave como un balcon movible sobre el mar, que murmura y acaricia su quilla: el aire es templado y perfumado: las velas producen agradables sonidos á cada soplo de la brisa de la tarde; y casi todo lo que amo está aqui tranquilo, dichoso y seguro. Julia y su madre se hallan á mi lado asomadas á la baranda del bergantin: el rostro de esta niña se esplaya á la vista de estas perspectivas, y al oir los nombres y los hechos histórico que la esplica su madre, vagan sus miradas con las nuestras sobre estas escenas, cuyos grandiosos dramas le son conocidos ya. Sus ojos anuncian el genio, y en ellos se trasluce el pensamiento profundo, vivo, rápido y ardiente de una alma que se va desarrollando bajo la direccion del alma tierna y ardiente de su madre. Ella aparenta gozar tanto como nosotros, y especialmente en vernos tomar interés, porque el alma de esta niña parece recibir su vida de la nuestra: si me ve triste y pensativo, una lágrima asoma á sus ojos: sus

facciones son una copia viva de las mias, y la sonrisa de nuestros labios aparece al instante en los suyos: ¡cuán hermosa está entonces!

He visto por mucho espacio de tiempo y en todas sus fases los montes de Roma y de la Sabinia; estos les esceden en la variedad de los grupos, en la magestad de las formas, y en un esplendor de tintes que llega á deslumbrar: sus líneas son tantas que se necesitaría un tomo para describir lo que se ve de una mirada; para verlos con toda su belleza imaginaria es menester observarlos así á la caida de la tarde; á esta hora se les cree vestidos como en su juventud de bosques espesos y de verdes praderas, de cabañas rústicas y de ganados y pastores; las sombras los visten ahora solamente pues no tienen otros trages; del mismo modo que la historia de los hombres que los han ilustrado, tiene necesidad del nebuloso velo de lo pasado, y del prestigio que da la distancia para atraer y seducir nuestra imaginacion. A la luz del sol, y á la claridad de lo presente, nada aparece grande: en este triste mundo nada es completamente hermoso sino el bello ideal; la ilusion es el elemento de la hermosura de todas las cosas, esceptuando la virtud y el amor.

El mismo dia á las ocho de la tarde.

Ha refrescado el viento y navegamos por un hermoso mar, delante de la embocadura de diferentes golfos. Nos acercamos al cabo San Angelo, llamado antiguamente Cabo-Malia; pronto llegaremos á él.

8 *de agosto por la mañana.*

Nos ha faltado el viento: hemos pasado la noche sin adelantar nada, y nos hallamos á poca distancia del cabo Malia.

A mediodia del mismo.

La brisa es suave, y nos impele hácia el cabo. La fragata que nos remolca surca delante de nosotros un camino llano, y volamos tras ella sobre las nubes de espuma que su quilla levanta. El capitan Lyons, que conoce estos mares, quiere hacernos gozar de la vista del cabo y de las tierras, pasando cuando mas á cien toesas de la costa.

A la estremidad del cabo San Angelo ó Malia, que se interna bastante en el mar, comienza el estrecho paso que los marinos evitan, dejando á la izquierda la isla de Cerigo. Este cabo es sumamente peligroso para los marineros griegos, y solo se atreven los piratas á doblarle, porque saben que no les seguirán. El viento cae de este cabo sobre el mar con tanta furia, que frecuentemente arroja las piedras movedizas del monte hasta encima de las cubiertas de los buques.

Sobre la escarpada é inaccesible rampa de la roca que forma el diente del cabo, aguzado por los huracanes y la espuma de las olas, la casualidad ha suspendido tres rocas desprendidas de la cumbre, y detenidas en su caida á la mitad de la ladera, las cuales están allí como un nido de pájaros acuáticos colgando sobre el abismo espumoso del mar: un poco de tierra rojiza, detenida

tambien por estas desiguales rocas, sostiene cinco ó seis higueras sin medro, que cuelgan con sus tortuosas ramas, y sus anchas hojas oscuras sobre el abismo que tienen á sus pies. La vista no distingue ninguna senda, ni escarpadura alguna por donde se pueda llegar á este pequeño punto de vegetacion: no obstante, se percibe una pequeña casa bajo las higueras, sombría y parda como las rocas que las sostienen, y con las cuales se confunden á primera vista. Encima del techo llano de la casa se descubre una claraboya vacía, como las que hay en los conventos de Italia, en la que se nota una campana. A la derecha se ven antiguas ruinas construidas de ladrillo encarnado, en donde se observan tres arcadas que conducen á un terraplen que se estiende delante de la casa. Un águila temería edificar su nido en semejante parage, sin un tronco de árbol, sin una breña para abrigarse del viento que está silbando siempre, ni del ruido continuo de las olas que rompen con furor, ni de la espuma que lame y socava sin cesar la roca bruñida bajo un cielo siempre ardiente. Un hombre ha hecho lo que un pájaro no se atrevería á hacer: ha escogido este asilo y lo habita: este hombre es un ermitaño, y nosotros lo vimos. Como doblamos el cabo tan de cerca pudimos distinguir su larga barba blanca, su baston, su rosario, y su capucha de lana parda, semejante á la que usan los marineros en invierno. Mientras pasabamos se arrodilló con el rostro vuelto al mar, como si implorase el socorro del cielo en favor de unos estrangeros desconocidos en este paso peligroso. El viento que sale con furor de las gar-

gantas de la Laconia luego que uno ha doblado la roca del cabo, comenzó á resonar en nuestras velas, á hacer vacilar y ladear los dos buques, y á cubrir el mar de espuma, hasta el alcance de la vista. Un nuevo mar se abrió delante de nosotros: el ermitaño subió sobre la cresta de una de las tres rocas para seguirnos mas lejos con su vista, y le distinguimos allí de rodillas é inmóvil mientras que estuvimos enfrente del cabo.

¡Qué hombre tan prodigioso! Es preciso que tenga un alma de estraordinario temple para haber escogido una mansion tan horrorosa, y un corazon y unos sentidos ansiosos de fuertes y grandes conmociones para vivir en un nido de buitres, solo, con un horizonte sin límites, en medio del silbido de los huracanes y del bramido del mar! Su único espectáculo es un buque que pasa rara vez, y entonces la escena que presencia es el crujido de los palos, el desgarrar de las velas, el retumbar del cañon de socorro, y los clamores de los marineros amenazados de un naufragio!

Estas tres higueras, este pequeño campo inaccesible, este espectáculo de la lucha convulsiva de los elementos, estas impresiones tan ásperas, severas y meditativas, han sido uno de los sueños de mi infancia y de mi juventud. Por un instinto, que confirmó mas tarde el conocimiento de los hombres, jamás he colocado la dicha sino en la soledad; entonces ponia en ella el amor, y ahora colocaria á Dios, al pensamiento y al amor! Este desierto suspendido entre el cielo y el mar, conmovido por el incesante choque de los aires y las ondas, seria uno de los encantos de mi co-

razon: en él tomaria la actitud del pájaro de las montañas, apoyando el pié en la aguda cima de la roca, y agitando las alas para lanzarme mas alto á las regiones de la luz. No hay ningun hombre bien organizado que en una mansion semejante no llegue á ser un santo, ó un gran poeta, tal vez las dos cosas! Como quiera que sea no debe ser un hombre vulgar el que ha sentido la necesidad de encaramarse como una enredadera colgando de las paredes de la peña, y balancearse toda la vida al impulso de los elementos, y al terrible estruendo de las tempestades, solo con su pensamiento, delante de la naturaleza, y delante de Dios!

El mismo dia.

El mar apareció mas tranquilo á pocas leguas del cabo: ligeras embarcaciones sin puente y cubiertas de velas pasaban á nuestro lado por los profundos valles que dejaban las olas, cuyas embarcaciones estaban llenas de mujeres y niños que venian de Hidra, adonde habian ido á vender cestas de uvas y melones. El menor soplo del viento las tendia sobre el agua hasta mojar sus velas; no tenian mas baranda que un pedazo de lona tendido alrededor de ellas, que se elevaba algunos pies, y el borde espuesto á las olas: estas y la espuma nos las ocultaban muchas veces, y aparecian despues como una rama de enredaderas flotando sobre el agua. ¡Que vida! Y esta es la de casi todos los griegos, cuyo elemento es el mar; juegan en él como los niños de nuestras aldeas con los matorrales del monte. El

destino de los paises está escrito en la naturaleza; el de los griegos en el mar.

El mismo dia.

Hemos distinguido hácia la derecha las cumbres lejanas de la isla de Creta y del monte Ida, cubierto de nieve, que desde aquí parece un gran bajel en el mar con las velas tendidas. Hemos entrado en el vasto golfo de Argos, y corremos con la celeridad de una nube de pájaros marítimos. Las rocas, los montes y las islas de las dos costas huyen como sombras delante de nosotros: la noche se acerca, y percibimos el centro del golfo que tiene diez leguas de estension: los mástiles de tres escuadras ancladas delante de Nauplia se dibujan como un bosque en invierno en el fondo del cielo y en la llanura de Argos. La oscuridad es completa: aparecen los fuegos en las laderas de las montañas y en los bosques donde los pastores guardan sus ganados, y el estampido de los cañones anuncia la oracion. Sucesivamente se van iluminando las cañoneras de estos sesenta buques anclados, como las calles de una gran ciudad iluminada con reverberos. Nosotros entramos en este laberinto de buques, y fuimos á anclar con la noche cerrada cerca de una pequeña fortaleza que protege esta rada delante de la ciudad, y bajo la sombra del castillo de Palamide.

9 *de agosto.*

Me he levantado con el sol para ver el golfo de Argos, hoy Nauplia, actual capital de la Grecia.

¡Triste comparacion! Nauplia es un pueblo miserable, edificado á la orilla de un golfo profundo y estrecho sobre la tierra caida de las altas montañas que cubre la costa: sus casas no tienen nada de estraordinario, pues que se hallan edificadas como las habitaciones mas vulgares de los pueblos de Francia ó de la Savoya; la mayor parte están arruinadas, y los lienzos de los muros, derribados por el cañon de la última guerra, se hallan todavía esparcidos en escombros por medio de las calles. Dos ó tres casas nuevas pintadas se elevan sobre el puerto, y algunos cafés y tiendas de madera se adelantan hácia el mar sostenidos en el fondo por maderos elevados. Estos cafés y sus balcones sobre el agua están llenos de griegos con sus trages de lujo, pero muy sucios: y se les ve sentados, ó tendidos sobre las tablas ó la arena, formando mil pintorescos grupos. Todas las fisonomías son bellas, pero tristes ó feroces; el peso de la ociosidad se deja ver en sus actitudes. La pereza de los napolitanos es dulce, serena y alegre, como la indolencia de la felicidad: la pereza de los griegos es pesada, morosa y sombría; aparece como un vicio que se castiga á sí propio. Hemos apartado la vista de Nauplia, y hemos admirado la hermosa fortaleza de Palamide, que corona la montaña que domina la ciudad: sus muros terminados por troneras se parecen á los naturales picos de las rocas.

Empero ¿dónde está Argos? Una vasta llanura estéril, desnuda, é interceptada de lagunas se estiende desde la estremidad del golfo, y se halla circuida por todos lados de una cadena de montes parduzcos. Al fin de esta llanura, como á unas dos leguas de la costa, se distingue una loma con una

:

fortificacion de murallas sobre su cima, que un pueblo arruinado protege con su sombra: este es Argos; y muy cerca de allí está el sepulcro de Agamenon. Pero ¿qué nos importa Agamenon, ni tampoco su imperio? Estas vejeces históricas y políticas han perdido el interés de la juventud y de la verdad. ¡Cuánto mas quisiera ver un hermoso valle de la Arcadia! Yo prefiero un árbol, una fuente bajo una roca, un florido laurel á la orilla de un rio, ó bajo el arco desplomado de un puente tapizado de yedra, á los monumentos de esos reinos clásicos que no me recuerdan otra cosa que el tedio que me ocasionaron en la infancia.

10 de agosto.

Hace dos dias que estamos en Nauplia: como el estado de la salud de Julia me vuelva á tener con cuidado, he resuelto permanecer aquí dun algunos dias, hasta que se halle enteramente restablecida. Nos hallamos en tierra, y ocupamos un cuarto de una mala posada, enfrente de un cuartel de tropas griegas: los soldados pasan el dia tendidos á la sombra de los arruidados muros, en medio de las calles y plazas de la ciudad: Sus uniformes son ricos y pintorescos, pero sus rostros llevan impreso el sello de la miseria, de la desesperacion y de la ferocidad que la guerra civil enciende y fomenta en sus almas salvages. La anarquía mas completa reina actualmente en la Morea. Cada dia triunfa diferente faccion, y nosotros oimos desde aquí la fusilería de los kleptes y de los colocotronis que se baten al otro lado del golfo contra las tropas del gobierno. Cada correo que baja de las montañas nos trae la

noticia del incendio de una ciudad, de la devastacion de una llanura, ó de haber sido pasada á cuchillo toda una poblacion por uno de los partidos que causan la desolacion de su patria. No se puede salir de las puertas de Nauplia sin verse espuesto á un tiro de fusil: el príncipe Karadjaha tenido la bondad de ofrecerme una escolta de sus *palikares* para ir á ver el sepulcro de Agamenon; y el general Corbet, que manda las tropas francesas, quiere reforzarla con un dastacamento de ellas; yo lo he rehusado todo: no quiero esponer la vida de los hombres por una vana curiosidad, que nunca me perdonaría á mí mismo.

12 *de agosto.*

He asistido esta mañana á una sesion del Parlamento griego, bajo un cobertízo de madera: las paredes y los techos son de tablas de pino mal unidas: los diputados están sentados sobre altas banquetas colocadas al rededor del recinto, cuyo piso es de arena, y hablan desde su asiento.

Nos sentamos, para verles llegar, sobre un monton de piedras á la puerta del edificio; vinieron sucesivamente, montados, y acompañados cada uno de una ascolta mas ó menos numerosa, segun la respectiva importancia. Los diputados se apeaban de sus caballos, y sus palikares cargados de soberbias armas, formaban grupos á alguna distancia en el pequeño llano que rodea el edificio: este llano parecia un campamento ó una caravana. La actitud de los diputados es altiva y marcial, hablan sin confusion y sin interrupcion, y con un tono de voz sentimental, pero firme, comedido y armonioso: su aspec-

to no es el de esas figuras feroces, que repugnan á la vista en las calles de Nauplia: aparecen como gefes de un pueblo heróico, que conservan en la mano el sable ó el fusil con que acaban de combatir por su independencia, y que deliberan juntos sobre los medios de asegurar su libertad: su parlamento es un campo de guerra.

No puede concebirse una cosa tan sencilla ni mas imponente al mismo tiempo, que el espectáculo de esta armada nacion deliberando sobre las ruinas de su patria, bajo una bóveda de tablas levantada en el campo, mientras que los soldados bruñen sus armas, y los caballos relinchan de impaciencia por volver á tomar el sendero de los montes. Entre estos gefes se encuentran cabezas admirables en belleza, inteligencia y heroismo; sobre todo entre los montañeses. Los griegos, mercaderes de las islas, se reconocen fácilmente por sus afeminadas facciones, y por la espresion de la astucia retratada en sus fisonomías: el comercio y el ocio de las ciudades han borrado la nobleza, y han enervado la fuerza de sus rostros para imprimir en ellos el sello del talento vulgar y del ardid que les caracteriza.

13 *de agosto.*

Hemos disfrutado de una magnífica funcion, dada por el almirante Hotham, que manda la escuadra inglesa estacionada en la rada de Nauplia: este caballero nos ha convidado á su navío de tres puentes, llamado el *San Vicente*, y ha hecho ejecutar en nuestro honor el simulacro de un combate naval: un navío tripulado por mil seiscientos hombres, y visto en el momento de un com-

bate, es la obra maestra de la humana inteligencia.

Este escelente militar tiene un aspecto propio de los hombres de la alta aristocracia inglesa, porque une en su hermosa fisonomía la mezcla rara de la nobleza del antiguo guerrero con la dulzura de la benevolencia del filósofo: nos ha ofrecido uno de sus buques de guerra para acompañarnos á Smirna; mas yo lo he rehusado, y he pedido esta fineza al almirante Hugon, que manda la escuadra francesa, el cual nos ha dado el bergantin *El Genio*, mandado por el capitan Cuneo do Ornano, que nos escoltará hasta Rodas.

Hoy como en casa de Mr. Rouen, ministro plenipotenciario de Francia en Grecia, cuyo destino debia yo haber servido en el tiempo de la restauracion; me felicito de no haberlo obtenido, porque Mr. Rouen, que ha pasado en Nauplia los dias aciagos de la anarquía griega, está suspirando por su relevo. Este funcionario diplomático se desquita de la severidad de su destierro con acoger á sus compatriotas, y con representar con dignidad la alta proteccion de la Francia, hácia un pais que debe amarse en sus glorias pasadas y en el porvenir que le está reservado.

15 *de agosto.*

Nada puedo escribir: mi alma está triste y marchita como el horroroso terreno que me rodea: rocas desnudas, tierra rojiza ó negra, arbustos polvorosos y sin medro, llanuras pantanosas, donde el helado viento del norte sopla sobre una cosecha de cañas; tal es el cuadro que yo tengo á la

vista: esta tierra de la Grecia no es otra cosa mas que la sábana mortuoria con que se halla envuelto el cadáver de un pueblo! Se parece á un antiguo sepulcro despojado de los huesos, y cuyas piedras se encuentran dispersas, quebrantadas y ennegrecidas por los siglos: ¿Dónde está esta tierra tan celebrada? ¿dónde su cielo dorado y trasparente? Todo es sombrío y nebuloso como una de las gargantas de la Savoya ó de la Aubernia, en los últimos dias del otoño! La violencia del viento norte que entra con las olas estrepitosas hasta el centro del golfo, nos impide partir.

18 *de agosto, anclados ante los jardines de Hidra.*

Esta noche hemos salido por fin con viento favorable del Sud-Este, y hemos dormido en nuestras hamacas: á las siete de la mañana estábamos fuera del golfo: el mar se halla tranquilo, las olas se rompen suavemente contra los costados del buque, y nos hallamos en el canal que se prolonga entre la tierra firme y las islas de Hidra y de Spezia.

Al mediodia nos hemos acercado á la costa del continente, delante de Hidra, y los golpes de viento que parten de todos los puntos de la brújula, hacen peligrosa la maniobra: nuestras velas se despedazan, y peligramos de perder nuestros palos: tres horas há que luchamos contra violentos huracanes: los marineros están rendidos de cansancio: el capitan parece temer por la suerte del buque! Consigue por fin ganar el abrigo de una costa elevada y un anclage conocido de los marinos delante de los jardines de Hidra. Acabamos

de echar el áncora á una milla de la costa, y cerca del buque de guerra el *Genio*, que ha hecho la misma marcha.

Ha sido necesario tener un dia de descanso sobre un mar siempre agitado, y con los golpes de viento que sacuden nuestros palos: nos hemos acercado á la costa, y hemos descubierto la mas hermosa de las vistas que nos ha ofrecido hasta ahora la Grecia. El paisage está dominado por montes encumbrados, que conservan algunas capas de tierra y alguna menuda yerba de un verde claro sobre sus redondas laderas, las cuales van bajando suavemente hasta ocultar sus pies en un bosque de olivos; mas lejos se estienden en pendientes, menos inclinadas todavia, hasta el canal de Hidra, que corre á sus pies como un ancho rio, mas bien que como un brazo de mar. allí se detiene la vista en dos casas de campo circuidas de jardines y de vergeles, en cultivados terrenos, en grupos de castaños y verdes encinas, y en ganados y labradores griegos que cultivan sus tierras. Saltamos, echamos nuestros perros, cazamos todo el dia en el monte, y volvimos cargados de caza.

Hidra, que cubre la pequeña isla que lleva su nombre, se descubre al otro lado del canal: ciudad blanca y resplandeciente, que aparece como una roca cortada en el dia anterior. Esta isla presenta apenas una pulgada de tierra: toda es de piedra: la ciudad la cubre casi toda, y sus casas se levantan perpendicularmente las unas sobre las otras. Ella fué el refugio de la libertad del comercio, y de la opulencia de los griegos durante la dominacion de los turcos! El incremento ó decremento de

la civilizacion en una nacion, se puede calcular por la posicion que ocupan sus ciudades y sus pueblos: cuando la seguridad y la independencia van en aumento, las poblaciones bajan de las alturas á los llanos; cuando la tiranía y la anarquía renacen, estas poblaciones vuelven á subir sobre las rocas, ó se refugian entre los escollos del mar. Durante la edad media, tanto en Italia como á las orillas del Rin, y en la Francia, los pueblos eran como nidos de águilas colocados en las puntas de inaccesibles peñas.

El mismo dia.

La noche está tranquila; hemos pasado sobre cubierta una velada deliciosa, y saldremos mañana, si el viento del norte no vuelve á soplar con tanta fuerza.

18 *de agosto: alta mar.*

Hemos levado el áncora á las tres de la mañana, y un viento regular nos ha dejado aproximar á la punta del continente que se interna en el mar de Atenas: pero allí nos ha asaltado una nueva tempestad mas violenta que la anterior, y hemos estado un rato separados de los dos buques que navegaban con nosotros. El mar se ha enfurecido considerablemente, y rodamos de abismo en abismo, en términos que se hunden las vergas, en el agua, y se cubre de espuma la cubierta. El capitan se obstina en doblar este cabo, y lo consigue al fin despues de muchas horas de maniobras impotentes. Ya estamos en alta mar, pero el vien-

to es tan fuerte que el bergantin se desvía de la derrota, y nos vemos precisados á dirigir la proa á los montes que se vislumbran al otro lado del mar de Atenas. Hacemos diez nudos por hora, en medio de una nube de polvo húmedo, y bajo los copos de espuma que saltan por la proa y ambos costados del buque. De vez en cuando se aclara el horizonte, y nos deja entrever el cabo Coluna que blanquea delante de nosotros: confiamos anclar al pie de esas columnas y saludar la memoria de Platon, que hace doscientos años venia á meditar sobre este mismo promontorio de Sunium. Mis ojos están fijos en el horizonte de los montes de Atenas, de donde nos rechaza la tempestad. A la caida del sol calma el viento, y damos una abordada sobre la isla de Egina: al abrigo de esta isla y de la costa del continente caemos casi en calma, y entramos al declinar el dia en otro golfo formado por la isla, y por las hermosas costas de Corinto. El mar está en este momento como un espejo; creémos navegar sobre un rio sin olas, cuya corriente nos lleva insensiblemente al fondo para clavar el áncora, y la arrojamos con efecto en el mismo instante en que las sombras de la noche acaban de tender su denso velo sobre un lago inmenso y encantado, circuido de sombrias montañas, y donde la luna que se eleva, hiere con sus pálidos rayos el Acrópolis de Corinto, y las columnas del templo de Egina. Nos encontramos á pocos centenares de pasos de la isla, y enfrente de frondosos huertos de hermosos plátanos: en medio de las verduras se distinguen algunas casas blancas. Descansamos y cenamos tranquilamente sobre cubierta, despues de una jornada

de peligros y fatigas: he aquí la vida de los viajeros y de los hombres sobre la tierra!

Tenemos á la derecha la isla de Egina, que suavizando sus rápidas y negras laderas, estiende sobre un golfo una lengua de tierra plantada de cipreses, higueras y viñas, y terminada por la ciudad, la cual se halla mejor colocada que las escasas ciudades griegas que hemos visto hasta aquí. El gimnasio levantado por el conde Capo de Istria, blanquea en el centro: su museo..... no iré á verle, porque estoy fastidiado de los museos: son los cementerios de las artes; los fragmentos desprendidos de su lugar, de su conjunto y su destino, son obras muertas, que miro como polvo de un mármol que careció de vida. Bajado á tierra pasé dos horas deliciosas en un jardin de cipreses y naranjos de Gergio-Bey de Hidra. A las diez volví al buque, y al bajar sobre el puente, encontré la mitad de él cubierta de pastas, melones, inmensas cestas llenas de uvas de todas formas y colores, algunas de las cuales pesan de tres á cuatro libras, é higos de Atica, finalmente, de todas las flores que pueden producir el clima y la estacion, y me dijeron que las habia traido el gobernador de Egina, Nicolás Scuffo, el cual, como hubiese sabido la víspera por mi piloto griego mi llegada á aquel golfo, habia venido á visitarme en una lancha llena de estos presentes de sus tierras. Este hombre ha reconocido en mi apellido el de un amigo de la Grecia, y me ha traido una muestra de esa prosperidad que han deseado proporcionarla tantos corazones generosos. Habia dejado dicho que volveria por la tarde; mas yo pedí una lancha al capitan Cunco d' Ornano, y

me dirijí á Egina para darle las gracias: por fortuna le encontré en el mar, y volvimos juntos á bordo. Es un hombre de distincion y de una conversacion muy agradable: hablamos de la Grecia, de su estado futuro, y de su crísis presente, y ví con sentimiento que el espíritu religioso se halla estinguido en el pais; que el clero ignorante es mirado con desprecio; y que no teniendo bastante virtud para resucitar á un pueblo el espíritu de comercio, es de temer que este se descomponga nuevamente á la primera crísis europea. En Grecia sucede lo mismo que en Italia; hay hombres de valor é ilustracion, hay individualidades brillantes, pero no existe un vínculo comun: en resúmen hay griegos, pero no existe nacion.

El mediodía del 18 salimos de Egina y vimos ponerse el sol en el valle dorado que se advierte sobre el istmo de Corinto, entre el Acro-Corinto y los montes del Atica. Inflamaba en su ocaso toda aquella parte del cielo: allí fué donde vimos por la vez primera ese esplendor del firmamento que da al Oriente tanta gloria y encanto. Contemplamos despues á Salamina, sepulcro de la escuadra de Xerjes: su costa es sombría, su tierra negruzca y no tiene otro atractivo mas que su altivo nombre: la batalla naval y la memoria de Temístocles la hacen saludar con respeto. Los montes del Atica levantan sus negras cumbres por encima de Salamina, y a la derecha, sobre una de las cúspides ya menos elevadas de Egina, el templo de Júpiter Panheliano dorado por los últimos rayos del sol se eleva en medio de esta escena, que es una de las mas bellas de la naturaleza histórica, y difunde su religioso recuerdo sobre esta memoria de los luga-

res y de los tiempos. El pensamiento religioso de la humanidad se une á todo, y todo lo consagra; pero la religion de los griegos era una religion del entendimiento y de la imaginacion que no me hace impresion alguna, porque uno sabe que los dioses del pueblo eran un mero juego de la poesía y del arte, dioses fingidos é inventados: nada existe de grave, nada de realidad, nada sacado de la profundidad de la naturaleza, ni del alma humana antes de Sócrates y de Platon. Entonces comenzó el culto de la razon, y vino despues el cristianismo que habia recibido de su divino fundador la palabra y la clave del destino del hombre. Los siglos de barbarie que ha tenido que atravesar para llegar hasta nosotros, la han alterado y la han desfigurado algunas veces; pero si esta palabra y esta clave la hubiesen tenido los Platones y los Pitágoras, ¿adónde no habríamos llegado? Nosotros llegaremos por la gracia del fundador divino, y por él y con él!

Sufrimos una absoluta calma, y nadamos seis horas sin movimiento sobre el trasparente mar, en los coloreados vapores de las aguas de Atenas. El Acrópolis y el Partenon se elevan como altares delante de nosotros, desprendidos de los montes Penthelico, Himeto, y de Anchesmo. Atenas, efectivamente, es un altar de los dioses de la gentilidad: si fuese del verdadero Dios, seria el mas hermoso pedestal sobre el que los siglos podrian colocar la estátua del hombre! En el dia su aspecto es sombrío, triste, negro, árido y desolado: nada se ofrece en él de vivo, verde, gracioso y animado: es una naturaleza agotada que solo Dios puede vivificar; pero cuya hermosa metamórfosis no basta.

Sobre estas estériles montañas, sobre estos cabos blanquizcos de los tiempos pasados; sobre estas llanuras pantanosas ó pedregosas, que solo conservan nombres sonoros, está escrito para el poeta y para el pintor: «todo se ha concluido.» Es una tierra apocalíptica que parece cargada de alguna divina maldicion, ó de la gran palabra de un profeta: es como una Jerusalen de las naciones, en la que no quedan ni siquiera sepulcros. He aquí la impresion que causan Atenas, todas las costas del Atica, de las islas y del Peloponeso.

Llegados el 19 de agosto al Pireo á las ocho de la mañana, arrojamos el áncora. Los caballos nos esperaban sobre la playa, y montamos al instante que saltamos á tierra. Encontré un jumento, le pusimos para Julia una silla de mujer, y partimos. Durante media legua la llanura, aunque tiene un piso ligero, cultivable y fértil, está completamente inculta y desnuda, porque los turcos en la última guerra han quemado los olivos, cuyo plantío se estendia hasta el mar: algunos troncos ennegrecidos por el fuego subsisten todavía. Despues entramos en el bosque de olivos y de higueras, que cual una faja verde circuye el grupo avanzado de colinas de Atenas, y seguimos los cimientos que se ven todavía de la larga muralla edificada por Temístocles, que unia la ciudad al Pireo. De distancia en distancia se encuentran algunas fuentes turcas á manera de pozos, y á su rededor artesas ó pilas rústicas de piedra sin bruñir. Algunos labradores griegos y algunos soldados turcos estaban tendidos á la inmediacion de las fuentes, y se daban á beber recíprocamente. Por fin pasamos por bajo

las altas murallas, y por bajo las negras rocas que sirven de pedestal al Partenon. Este edificio nos pareció disminuir mas bien que aumentar en dimensiones á medida que nos acercábamos á él: el efecto de su fábrica, la mas hermosa que la mano del hombre ha construido, segun el juicio de las edades, no corresponde á lo que uno se promete mirado de esa suerte; y las pomposas descripciones de los viajeros, pintores ó poetas, se encuentran muy superiores á una realidad que es tan inferior á las imágenes. No está dorado, como dicen, por los rayos petrificados del sol de Grecia; no se eleva en los aires como una isla aérea que sostiene un monumento divino, y no brilla de lejos sobre el mar y la tierra como un faro esplendente, clamando »¡Aquí está Atenas! ¡aquí ha agotado el hombre su genio, y ha desafiado á los siglos!» Nada de esto dice. Sobre la cabeza se ven elevar con irregularidad antiguas murallas negruzcas con algunas manchas blancas: estas son mármoles de despojos ó ruinas de los monumentos que coronaban el Acrópolis antes de su restauracion por Pericles y Fidias. Las murallas, flanqueadas á trechos con otros muros que las sostienen, están coronadas por una torre cuadrada bizantina, con troneras venecianas, y rodean una vasta mole que encerraba todos los monumentos sagrados de la ciudad de Teseo. A la estremidad de esta mole y por el lado del mar Egeo, se presenta el Partenon ó el templo de Minerva, como una vírgen salida del cerebro de Júpiter. El templo, cuyas columnas son negruzcas, está señalado tambien con manchas de una blancura que deslumbra, y son las señales del cañon de los turcos, ó del martillo de las iconoclastas. Su

forma es un cuadrilongo, pero parece demasiado bajo y pequeño para una situacion monumental. Este edificio no publica su objeto, pues no tiene una suntuosidad que diga: «Soy yo: soy el Partenon y no puedo ser otra cosa.» Es preciso que uno lo pregunte á su conductor, y despues que á uno se lo han dicho, lo duda todavía. Mas lejos, al pie del Acrópolis, se pasa por una puerta oscura y baja, en la que algunos turcos mal vestidos estan tendidos al lado de sus hermosas y ricas armas, y por ella se entra en Atenas. El primer monumento digno de ser mirado es el templo de Júpiter Olímpico, cuyas magníficas columnas se elevan aisladas sobre una plaza desierta y desnuda á la derecha de lo que fué Atenas: ¡pórtico digno de la ciudad de las ruinas! A pocos pasos de allí entramos en la ciudad; esto es, en un intrincado laberinto de sendas estrechas sembradas de lienzos de paredes derribadas, de pizarras rotas, de piedras y de mármoles esparcidos y mezclados; ya bajando al patio de una casa derrocada, y ya subiendo la escalera, ó tal vez hasta el terrado de otra. En estas casuchas pequeñas, blancas, vulgares y dicho propiamente, ruinas de ruinas; en estas guaridas sucias é infectas, hay abrigadas y escondidas familias de labradores griegos. Alguna vez al ruido de los pasos de nuestros caballos salia al umbral de la puerta alguna mujer con ojos negros, y la graciosa hora de las atenienses nos sonreia con amabilidad y asombro, y nos hacia la graciosa salutacion del Africa. «Bien venidos á Atenas, señores estrangeros.» Despues de un cuarto de hora de marcha, entre las escenas de devastacion y los mismos montones de paredes y de te-

chos derrocados, llegamos á la modesta habitacion de Mr. Gaspari, agente en Atenas del consulado francés de Grecia. Yo le habia enviado por la mañana una carta de recomendacion, pero no habia necesidad, porque todos nuestros agentes en el estrangero son sumamente finos y atentos; así es que nos recibió como amigos á quienes no conocia, y mientras que envió á su hijo á buscar en la ciudad alguna casa en pie, una de sus hijas, atenienses, bella y graciosa imágen de la hermosura hereditaria de las mujeres del pais, nos sirvió zumo de naranja helado en vasijas de barro poroso y de figura antigua. Despues de haber descansado un momento, y de haber refrescado en este humilde asilo de una hospitalidad sencilla y cordial, que es tan dulce encontrar bajo un cielo ardiente, á ochocientas leguas de su pais, y al fin de un dia de tempestad, de sol y de polvo, Mr. Caspari nos acompañó á la parte baja de la ciudad, y al través de las mismas ruinas, á una casa blanca y ascada, alzada recientemente, en la que un italiano habia establecido una posada. Allí encontrarnos cuartos blanqueados con cal y amueblados con decencia; un patio refrescado por una fuente y alguna sombra; el pie de la escalera adornado con una hermosa leona de mármol blanco: frutos y legumbres abundantes: miel del Himeto, calumniada por Mr. de Chateaubriand; criados griegos que entendian el italiano, muy activos é inteligentes; y todo esto aumentó de precio á nuestros ojos en medio de la desolacion y de la desnudéz absoluta de Atenas.

Encontramos, pues, cuanto podíamos prometernos en un camino de Italia, Inglaterra ó Suiza.

desearíamos que esta posada pudiera sostenerse y prosperar para consuelo de los viajeros, pero ¡ay! hácia cuarenta dias que ningun estrangero habia pasado el umbral, ni alterado su silencio!

Mr. Gropius tuvo la atencion de venir por la tarde á ofrecérsenos para enseñarnos y esplicarnos á Atenas. Tan feliz como lo habia sido Mr. de Chateaubriand, que fué guiado en las ruinas por Mr. Fauvel, tuve yo la satisfaccion de hallar otro Fauvel en Mr. Gropius, que se ha hecho ateniense hace treinta y dos años, que edifica, como su amo, la casa de su vejez, entre los escombros de una ciudad, donde ha pasado su juventud, y que trabaja cuanto puede para sacarla por la centésima vez de su polvo poético. Cónsul de Austria en Grecia, y hombre de talento, Mr. Gropius une á la erudicion mas exacta y profunda de la antigüedad, ese carácter de franqueza, sencillez y amabilidad, el tipo de los verdaderos y dignos hijos de la sábia Alemania. Injustamente acusado por lord Byron en sus mordaces notas sobre Atenas, Mr. Gropius nose ha vengado de este gran poeta, y solamente se afligia de que su nombre hubiese sido estampado en tantas ediciones, y entregado al rigor de los fanáticos ignorantes de la antigüedad: pero no ha querido justificarse. Cuando uno está sobre el terreno; cuando ve por sí mismo los constantes esfuerzos que hace este hombre distinguido para restituir una palabra á una inscripcion, un fragmento perdido á una estátua, ó una forma y una fecha á un monumento, entonces se convence de que Mr. Gropius no ha profanado nunca lo que ama, ni ha hecho un vil comercio del noble y generoso estudio de las antigüedades.

Al lado de un hombre tal, los dias valen por años para un viajero ignorante como yo. Le supliqué que no me hablase de las antigüedades dudosas, de las celebridades de convencion, ni de las bellezas sistemáticas, porque aborrezco la mentira y la exageracion en todo. Yo solo quiero ver lo que Dios ó los hombres han hecho de hermoso: la belleza presente, real, palpable, y que habla á los ojos y al alma, y no la belleza de lugar y de época. La belleza crítica ó histórica será buena para los sabios; pero nosotros los poetas queremos la evidente y sensible, porque no somos seres de abstraccion, sino hombres de la naturaleza y del instinto. Así es como he recorrido tantas veces á Roma; así he visitado los mares y los montes; así he leido á los sabios y á los poetas, y así es como visito á Atenas.

Estaba la tarde muy serena y hermosa; el sol ardiente bajaba á sumergirse en una niebla de color de violeta, sobre la negra y estrecha barra que forma el histmo de Corinto, y con sus últimos rayos de luz cria las almenas del Acrópolis, que se redondeaba como la corona de una torre sobre el ancho y tortuoso valle donde duerme la sombra silenciosa de Atenas. Por senderos sin nombre ni huella, saltando brechas de tapias, de huertos, de casas sin techos, ó ruinas amontonadas, salimos á pisar el blanco polvo de la tierra del Atica. A medida que bajábamos al fondo del desierto, y profundo valle sombreado por el templo de Teseo, el Pnix, el Areópago y la colina de las Ninfas, descubrimos una estension mas vasta de la ciudad moderna que se desplegaba á nuestra izquierda. Esta ofrecia un conjunto, vasto, confuso, triste y

desordenado de derribadas casuchas, de lienzos de paredes en pie, de hundidos techos, de patios y jardines devastados, y de piedras hacinadas que obstruian los caminos y rodaban bajo nuestros pies: todo del color de ruinas recientes, y de ese gris descolorido y triste que carece del prestigio de la antigüedad y de la gracia de las ruinas. No existia allí mas señal de vegetacion que tres ó cuatro palmeras semejantes á los minaretes turcos, que quedan en pié sobre una ciudad destruida, y á trechos algunas casas particulares y modernas recientemente reedificadas por algunos europeos ó griegos de Constantinopla: estas casas son como las de los pequeños lugares de Francia é Inglaterra: tienen elevados techos sin gracia, y muchas ventanas estrechas; pero nada de terrados, de líneas de arquitectura, ni de adornos: son unas simples posadas para ir tanteando la vida, edificadas con el temor de una nueva destruccion; y de ningun modo esos suntuosos palacios que un pueblo civilizado edifica con confianza, para sí y para las generaciones futuras. En medio de este caos se distinguia rara vez algun pedazo de lienzo del estádio, algunas columnas ennegrecidas del arco de Adriano ó de Lazora, ó de la linterna de Diógenes, que llamaban la atencion, sin hacerla detener. Delante de nosotros se desprendia del terreno donde está colocado, el templo de Teseo, aislado, descubierto por todos lados, y todo entero sobre su pedestal de rocas. Este templo, segun los sábios, es despues del Paternon, el mas hermoso que ha alzado la Grecia á sus dioses y á sus héroes.

Convencido de la belleza de este monumento por lo que tengo leido de él, me admiré al acer-

carme de mi frialdad é indiferencia: mi corazon queria interesarse, y mis ojos buscaban qué admirar; mas ni el uno ni los otros lo conseguian: solo sentí ese negativo placer que se siente á la vista de una obra sin defecto alguno; pero nada menos que una impresion real y fuerte, y una sensacion nueva, involuntaria y poderosa. Este templo es demasiado pequeño, y me pareció un juego sublime del arte, pues no es un monumento para los dioses, para los hombres ni para los siglos: solo disfruté un instante de éstasis cuando sentado en el ángulo occidental del templo, y en una de las últimas gradas, mi vista contempló á un tiempo la magnífica armonía de sus formas, la elegancia magestuosa de sus columnas, el espacio vacío y sombrío de su pórtico, los bajos relieves de los combates de los Centauros y Lapithos de su friso; y encima, por la abertura del centro, el cielo azul y resplandeciente difundiendo una luz mística y serena sobre las cornisas y las formas salientes de las figuras de los bajos relieves, que parecian estar vivas y moverse. Solo los grandes artistas tienen este don de imprimir una vida aparente; pero ¡ay! á costa suya! En el Paternon quedan dos figuras (Venus y Marte), aunque medio aplastadas por dos enormes pedazos de la cornisa, que se han desprendido sobre sus cabezas; estas dos figuras solas son superiores en mi juicio á todo lo que he visto en escultura: tienen mas vida que todo lo que ha existido en mármoles y lienzos. No puede uno menos de sufrir al ver el peso que gravita sobre ellas; desearía aliviar de él unos miembros que parecen plegarse debajo y hacer fuerza para resistirlo: el buril de Fidias ardia en su mano cuando

estas sublimes figuras nacian bajo de ella: no parecia sino que infundía su propia individualidad y su propia sangre en las formas y en las venas de las figuras que creaba, y que es aun una parte de su vida la que uno cree ver palpitar en esas formas casi vivas, en esos miembros prontos á moverse, y en esos labios dispuestos á hablar.

El templo de Teseo no es digno de su fama, no vive como monumento, y no dice nada de lo que debia decir: hay en él belleza ciertamente, pero una belleza fria y muerta, cuyo paño mortuorio solo debe ser levantado por el artista y limpiado del polvo; en cuanto á mí lo admiro, y lo dejo sin sentimiento. Las bellas piedras de la columnata del Vaticano, las sombras magestuosas y colosales de S. Pedro de Roma, no me han permitido salir nunca de su lado sin una pena y una esperanza de volverlas á ver.

Subiendo una negra colina cubierta de cardos y piedras rojizas, se llega al Pnix, teatro de las tempestuosas asambleas del pueblo de Atenas y de las inconstantes ovaciones de uno de sus oradores ó de sus favoritos. Enormes pedazos de piedra negra, algunos de los cuales tienen hasta doce ó trece pies cúbicos, descansando los unos sobre los otros, sostenian el terraplen donde se reunia el pueblo: mas arriba, y á la distancia de unos cincuenta pasos, se ve una enorme piedra cuadrada, en la que se han formado escalones, que servian sin duda al orador para subir á aquella tribuna que dominaba á las masas, al mar y á la ciudad: esto carece del carácter de elegancia del pueblo de Pericles, y mas bien tiene aspecto romano; pero los recuerdos son bellos. Allí hablaba De-

móstenes, y allí sublevaba ó calmaba ese mar popular, mas borrascoso que el mar Égeo que oia mugir de tras de sí! Allí me senté solo y pensativo, y permanecí inmóvil hasta casi cerrada la noche, repasando sin esfuerzo toda esta historia, la mas hermosa, la mas fecunda en sucesos de todas las historias de los pueblos que han manejado la palabra ó la espada. ¡Qué tiempo para el génio! ¡y qué génio de grandeza, de sabiduría, de luces y hasta de virtud (porque no lejos de allí murió Sócrates) para aquel tiempo! La epoca actual se le parece algun tanto en Europa, y sobre todo en Francia, esa Atenas vulgar de los tiempos modernos; pero es solamente en cierta clase escogida en lo que se parece á Atenas: la plebe es bárbara todavía!

Supongamos á Demóstenes hablando su lengua fogosa, sonora y flexible, ante una reunion populosa de una de nuestras ciudades actuales; ¿quién le comprenderia? La desigualdad de educacion y de luces es el grande obstáculo que se presenta para el complemento de nuestra civilizacion moderna: el pueblo es el dueño, es verdad, pero no puede ejercer el poder por sí mismo: por eso destruye por todas partes y nada edifica de bueno, de durable y de grande. Todos los atenienses comprendian á Demóstenes, sabian su lengua, y todos juzgaban de su propia legislacion y de sus artes: entre nosotros no sucede asi, y esta es la razon porque la democracia, necesaria en derecho, parece imposible en el hecho en las grandes poblaciones modernas: solo el tiempo puede hacer á las masas capaces de gobernarse por sí mismas: su educacion se hace con las revoluciones.

La gloria de un orador como Demóstenes, ó Mirabeau, dignos ambos solamente de este nombre, es mas brillante que la del filósofo ó la del poeta. El orador participa á la vez de la gloria del escritor y del poder de las musas, sobre las cuales, y por las cuales obra; es el filósofo rey, si es filósofo; pero su arma terrible, que es el pueblo, se rompe entre sus manos, le hiere, y le mata tambien! Lo que hace, lo que dice, lo que conmueve en la sociedad son pasiones, principios é intereses pasajeros, y esto no es durable, ni perpetuo por su naturaleza. El poeta por el contrario, y entiendo por poeta á todo el que crea ideas en bronce, en piedra, en prosa, en palabras, ó en rimas, maneja lo que no perece en la naturaleza y en el corazon humano. Los tiempos pasan, las lenguas se gastan, pero él continúa viviendo siempre como al principio; tan grande, tan nuevo y tan poderoso sobre el alma de sus lectores: su suerte parece huir de lo humano y acercarse á lo divino: asi es superior al orador.

Fuera hermoso reunir estas dos cualidades, empero ninguno lo ha conseguido; sin embargo, no hay ninguna incompatibilidad entre la accion y el pensamiento en una inteligencia superior. Pero los hombres celosos de toda preeminencia, y menos generosos que la naturaleza, no conceden jamás dos poderes á una misma persona: proscriben del dominio de la accion al que sobresale en el dominio de la inteligencia y de la palabra; y no quieren que Platon haga leyes, ni que Sócrates gobierne un pueblo.

Anhelando ver el Paternon, envié á pedir licencia al bey turco Yussuf, bey comandante del

Atica, para subir á la ciudadela; me envió un genízaro para que me acompañase, y marchamos el veinte á las cinco de la mañana con Mr. Gropius. Es preciso confesar que no hay nada que deje de ceder á la estraordinaria impresion que produce esta fábrica de las fábricas, este templo edificado por Setino, de órden de Pericles, y adornado por Fidias, que es el tipo único y esclusivo de lo hermoso en las artes de la arquitectura y la escultura; que puede llamarse una especie de revelacion divina de la belleza ideal, recibida un dia por un pueblo que fué artista por escelencia, y trasmitida por él á la posteridad en pedazos de mármol duraderos, y en esculturas que han sobrevivido á tantos siglos. Este monumento, tal cual era, y con el conjunto que reunia de su situacion, de su pedestal natural, sus graderías adornadas de estátuas sin rivales, de sus grandiosas formas, de su ejecucion acabada en todos sus detalles, de sus materiales, su color y su luz petrificada; este monumento, pues, hace siglos que escita la admiracion del mundo. Cuando veo lo que he visto solamente en sus mutilados fragmentos por las bombas venecianas, por la esplosion de la mina de Morosini, por el martillo de Teodoro, y por los cañones de los turcos y de los griegos; cuando lo veo con sus columnas de piezas inmensas de mármol derribadas en el suelo, con sus chapiteles desplomados, con sus triglifos quebrantados por los agentes de lord Elgin, y con sus estátuas arrebatadas por los buques ingleses, no puedo menos de convencerme por lo que queda de él, que estos fragmentos son todavia suficientes para reconocer este edificio, por el poema mas perfecto escrito en mármol sobre la superficie de

la tierra, y no obstante confieso, porque lo siento así, que es demasiado pequeño, y que le falta efecto, acaso porque ha sido destruido. He pasado horas enteras y deliciosas tendido á la sombra de las Propileas, con los ojos fijos sobre su fachada que se desploma, y he sentido la antigüedad toda entera en lo que ha producido de mas asombroso y admirable: el resto no debe describirse. El aspecto del Paternon demuestra mucho mejor que la historia, la grandeza colosal de aquel pueblo. Pericles debe vivir en la memoria de los hombres. ¡Qué civilizacion aquella que ha producido un genio tan grande para mandar! ¡un arquitecto para concebir! ¡un escultor para adornar! ¡estatuarios para ejecutar! ¡artesanos para trabajar! ¡un pueblo para pagar! ¡y ojos para comprender y admirar semejante edificio! No parece creible que se pueda encontrar un pueblo y una época semejante! A medida que un hombre envejece pierde el entusiasmo y el desinterés necesarios para las artes. Las Propileas, el templo de Erecthea ó el de las Cariatides, estan al lado del Paternon: todos son obras maestras, pero puestos junto á esta superior, el asombro que produce no deja lugar á la admiracion de las otras: es preciso verlas y separar los ojos llorando, no tanto la destruccion de este esfuerzo del arte, cuanto la imposibilidad de igualar su sublimidad y armonía: es una de aquellas inspiraciones que el cielo no concede dos veces á la tierra: como el poema de Homero, ó la música de Morzart, que se compone, se ve y se oye, y despues ni se compone, ni se oye, ni se ve hasta la consumacion de los siglos. ¡Dichosos los hombres que han recibido tales inspiraciones! aunque mue-

ran dejan probado al mundo la capacidad de su especie, y viven en la posteridad! Yo vagué errante, silencioso y mudo todo el dia entre estas ruinas, y me retiré de ellas con la vista deslumbrada de formas y colores, el corazon penetrado de sentimiento, sobrecargada la memoria, y el alma llena de admiracion. Lo gótico es hermoso, es delicado y atrevido, pero le falta el órden y la luz, y el órden y la luz son los principios de la eterna creacion.

A mi modo de ver, el libro mas difícil de escribir es una traduccion: y si el escribir un viaje es traducir ante la vista, ante el pensamiento y el alma del lector las impresiones y los sentimientos que la naturaleza ó los monumentos humanos causan al viagero; es preciso saber mirar, sentir espresar á la vez. Y espresar ¿de qué modo? No con líneas y colores como el pintor, lo cuál es fácil y sencillo, no con sonidos como el músico, sino con palabras y con ideas que no encierran ni sonidos, ni líneas, ni colores. Estas son las reflexiones que me hacia á mi mismo sentado sobre las gradas del Paternon, teniendo á mi vista á Atenas con su bosque de olivos y el azulado mar Égeo; y sobre mi cabeza la sombra magestuosa del friso de este asombroso templo. Yo queria llevar un recuerdo vivo y una memoria escrita de este momento de mi vida. Conocia que este caos de mármoles, tan sublime y tan pintoresco á mi vista, se borraria de mi memoria, y deseaba poderle encontrar en la vulgaridad de mi vida futura. Le voy, pues, á describrir, y aunque no sea el Paternon, será al menos una sombra de esta grande sombra que se estiende sobre mí.

En medio de las ruinas, que fueron un dia la

célebre Atenas, pulverizadas por los cañones de los griegos y de los turcos, que se hallan dispersas por todo el valle, y sobre las dos colinas, hasta las cuales se estendia la ciudad de Minerva, se eleva un monte cortado á pico por todos sus lados. Le circuyen enormes murallas, que construidas en su base de pedazos de marmol blanco, y mas arriba de fragmentos de frisos y columnas antiguas, que terminan en algunos puntos con almenas venecianas. Este monte se parece á un magnífico pedestal colocado por los dioses para alzar sus altares. Su cumbre es aplastada para recibir los apoyos ó columnas que lo sostienen, y solo tiene quinientos pies de longitud, y sobre dos ó trescientos de latitud. Domina todas las colinas sobre las que se estendia el recinto de la Atenas antigua, los valles del Pentelico, el curso del rio Iliso, la llanura del Pireo, la cadena de valles y lomas que se estiende circularmente hasta Corinto, y finalmente el mar sembrado de las islas de Salamina y de Egina, sobre cuya elevacion se ve la fachada del templo de Júpiter Pantheliano. El horizonte es bellísimo, aun en el dia en que están desnudas todas estas colinas, y que reflejan, cual una plancha de cobre bruñido, los rayos del sol ardoroso del Atica. Pero, ¿qué perspectiva tendria Platon á la vista cuando Atenas, viva y vestida de sus mil templos inferiores, zumbaba á sus pies como una colmena demasiado llena; cuando la gran muralla del Pireo trazaba hasta el mar un arrecife de piedra y de marmol lleno de movimiento, donde la poblacion bulliciosa pasaba y repasaba sin cesar á oleadas; cuando el mismo Pireo, el puerto de Falero, el mar de Atenas y el golfo de Corinto, es-

taban cubiertos de un bosque de mástiles y velas desplegadas; cuando las laderas de todas las montañas, desde las que ocultan á Maraton, hasta el Acrópolis de Corinto, cuyo anfiteatro se estendía á cuarenta leguas en semicírculo, estaban cubiertas de bosques, de pastos, de olivos y de viñas, y cuando los pueblos y las ciudades servian de ornato por todas partes á esta faja espléndida de montes?

Veo desde aqui mil caminos que bajaban de estas montañas, trazados en la falda del Himeto, los cuales como cáuces de otros tantos torrentes vienen á desembocar en Atenas: me parece oir el rumor de esta inmensa poblacion *por todos* los lados; los golpes del martillo de los picapedreros en las canteras de mármol del monte Pentélico; el estrépito que hacen las enormes piezas de mármol que caen rodando por los precipicios, y todo el rumor y confusion que anuncian á cierta distancia la inmediacion de una gran capital. Por la parte de la ciudad veo subir por la via sagrada, trazada en el flanco del Acrópolis, á la religiosa poblacion de Atenas que viene á implorar á Minerva, y á elevar incienso á sus divinidades domésticas, en el lugar mismo en que me hallo sentado, y en donde solo respiro el polvo de estos templos.

Reedifiquemos el Paternon mentalmente, lo cual es muy fácil, pues que solo ha perdido el piso y sus repartimientos interiores: todavía existen las paredes esteriores cinceladas por Fidias, y sus columnas ó sus restos. El Paternon está todo construido de mármol blanco llamado *pentélico*, del nombre de la montaña donde estaba la cantera. Consiste en un cuadrilongo rodeado de un peristi-

lo de cuarenta y seis columnas de órden dórico. Cada columna tiene seis pies de diámetro en su base, y treinta y cuatro pies de altura. Las columnas están sentadas sobre el piso del templo, y carecen de base: á cada estremidad de él hay un pórtico de seis columnas: la dimension total del edificio es de doscientos veintiocho pies de largo, ciento dos de ancho, y sesenta de alto, y no presenta á la vista sino la sencillez magestuosa de sus líneas. Es un solo pensamiento ejecutado en piedra, y una sola, pero inteligible mirada como las ideas de los antiguos; pero es necesario acercarse para contemplar la riqueza de los materiales, y la inimitable perfeccion de los adornos y detalles. Pericles tuvo por objeto, tanto presentar un conjunto de las obras maestras del ingenio y la mano del hombre, cuanto ofrecer á los dioses el homenage de ellas; así es que su obra es el ingenio griego todo entero y en todos sus ramos, ofreciéndose él mismo como en homenage á la divinidad. Los nombres de todos los artistas que han cortado una piedra ó preparado el mármol para hacer una estátua, se han trasmitido á la posteridad.

Pero olvidemos lo pasado, y miremos al rededor nuestro, ahora que los siglos, la guerra, la barbarie de las sectas y los pueblos estúpidos lo están pisando hace dos mil años.

En el bosque de las columnas blancas solo faltan algunas de estas, cuyas piezas enteras y brillantes han caido sobre el pavimento ó sobre los templos vecinos; algunas, á semejanza de los grandes robles del bosque de Fontainebleau, han quedado sostenidas sobre otras columnas; otras han resbalado desde lo alto del parapeto que rodea el

Acrópolis, y yacen en monstruosas piezas encajadas entre sí como sucede en la cantera con los pedazos de piedra que ha desechado el arquitecto. Los costados están cubiertos de esa costra dorada por el sol con que cubre los mármoles la continuacion de los siglos, y sus grietas son blancas como el marfil trabajado en el dia anterior. Por este lado del templo los pedazos del mármol forman como la corriente de un arroyo de todas formas y de todos colores, arrojadas y hacinadas en el mas estraño y magestuoso desórden, en términos que se parecen á la espuma de las olas que vienen á estrellarse y blanquear un cabo batido por los mares. La vista no puede apartarse de estos objetos: los mira uno, los fija, los admira, y los compadece con esa especie de lástima que sentiría por unos seres que hubiesen tenido ó tuviesen aun sentimiento de vida. El efecto que producen estas ruinas es el mas grande y mas sublime, pues que son las ruinas de la obra mas perfecta y mas grande que han edificado los hombres.

Si penetramos en el peristilo ó bajo de los pórticos, cree uno hallarse en el momento en que se concluyó el edificio: las paredes interiores están tan bien tratadas, la superficie de los mármoles tan reluciente y tan bruñida, las columnas tan derechas y las partes conservadas de la obra tan admirablemente intactas, que todo parecería salir de la mano del artista, si el cielo brillante de luz no fuese el mismo techo del Paternon, y si al través de las grietas de las paredes no se estendiese la vista sobre el inmenso horizonte del Atica. Todo el suelo de la inmediacion está encumbrado

de fragmentos de escultura ó pedazos de arquitectura, que parecen esperar una mano protectora que los reponga en el lugar que ocupaban en aquel monumento: los pies tropiezan á cada paso con las obras maestras del buril de los griegos; se recogen estos pedazos, se arrojan para recoger otros mas preciosos, y se cansa uno al fin de este inútil trabajo, porque todos ellos son obras maestras convertidas en polvo. Las huellas se estampan en los restos del mármol; concluye uno por mirarlo con indiferencia, y queda como insensible y abismado en las numerosas ideas que escita cada uno de estos respetables escombros. Estas ideas son propias de la escena en que uno se halla; graves como las ruinas de los templos desplomados, como estos magestuosos testimonios de la nada de las obras del hombre; pero serenas como el sol que luce sobre nuestras cabezas, inundadas de una luz tan esplendente y pura, elevadas como el pedestal del Acrópolis que parece sobrenadar en la superficie de la tierra, resignadas y religiosas cual la idea de este monumento alzado á las divinidades quiméricas, y que Dios ha dejado destruir como monumento del error, para hacer lugar á otro que se alce á la pura verdad. Yo no siento aquí ni peso ni tristeza; el alma me parece ligera aunque meditativa; mi pensamiento se fija en el órden de las voluntades divinas y de los destinos humanos, y me admiro de que haya sido dado al hombre elevarse á tal punto en las artes y en la civilizacion material. Concibo la razon de que haya sido derrocada esta mole admirable, como producto de un pensamiento erróneo; concibo tambien cómo la unidad de Dios, reconocida en

este mismo sitio por Sócrates, haya retirado el soplo de vida á todas esas sectas concebidas é inventadas por la imaginacion de los primeros tiempos, y cómo estos templos se han desplomado con sus dioses: la idea de un solo Dios imbuida en el espíritu del hombre, vale mil veces mas que estas suntuosas mansiones de mármol, donde no se adoraba sino una vana sombra. Con esta idea, aunque el hombre no tuviese templos edificados por su mano, le adoraria en todas partes, porque le adoraria en su obra, en la naturaleza. A medida que las religiones se espiritualizan, disminuye el número de templos, y estos respiran distinta sencillez: el cristianismo, que inventó el órden gótico, lo va cambiando tambien, y sus templos van siendo mas desnudos y sencillos. Reine en ellos la grandeza de la idea de la unidad de Dios, y adóresele con la sinceridad humilde, y con la ardiente y pura fe de la virtud.

VISITA AL PACHA.

Fuí, en la tarde del dia 20, á dar gracias á Yussuf, bey del Negroponto y de Atenas. Entré en un patio morisco, cuyas anchas galerías de dos pisos estaban sostenidas por pequeñas columnas de mármol negro: en el centro habia una fuente sin agua: las cuadras estaban al rededor de él. Subí por una escalera de madera, bajo la cual se veian colocados algunos spahis, y se me introdujo en el aposento del bey. Éste se hallaba sentado á la turca en el fondo de una vasta y rica habitacion, cubierta de un enmaderamiento dividido en cuadros pequeños pintados de flores, arabescos y oro, y

en la esquina de un divan forrado de tela de Indias: tenia la cabeza entre las manos de un barbero, que era un hermoso jóven vestido con trage militar, y con magníficas armas en la cintura: en el aposento habia ademas ocho ó diez esclavos en diferentes actitudes. El bey me pidió perdon de haberse dejado sorprender á medio vestir, y me hizo sentar sobre el divan, cerca de él: yo lo hice así, y dimos principio á la conversacion. Hablamos del objeto de mi viaje, del estado de la Grecia, de los nuevos límites señalados en la conferencia de Lóndres y de las negociaciones terminada de Mr. Strasford, Canning: el bey parecia ignorars absolutamente todos estos sucesos, y me hacia preguntas sobre ellos con el mas vivo interés. A poco rato llegó un esclavo trayendo una larga pipa, cuya estremidad era de ámbar amarillo, y el tubo cubierto de seda á pliegues; se acercó á mí á pasos contados y mirando á tierra: cuando hubo calculado interiormente el punto preciso del suelo, en donde pondrian la pipa, la colocó en él, y andando circularmente y con cuidado para que no se volcase, se me acercó dando una media vuelta, y haciendo una inclinacion, puso la estremidad de ámbar entre mis manos, al alcance de mis lábios: yo me incliné a mi vez hácia el pachá, que correspondió á mi saludo, y comenzamos á fumar. A los pies del bey estaba tendido un lebrel blanco de Atenas, con la cola y las patas pintadas de amarillo: le alabé la belleza de este animal; le pregunté si era cazador, y me dijo que no; pero que su hijo, que se hallaba entonces en Negroponto, amaba con pasion este ejercicio. Añadió que me habia visto pasear en las calles de Atenas con otro

lebrel blanco tambien, pero de raza mas pequeña, que le habia parecido mucho mas hermoso, y que si yo tenia algunos agradeceria sobremanera adquirir uno igual. Yo le prometí que á mi regreso á Francia le enviaria uno en memoria y reconocimiento de las bondades que me habia dispensado en Atenas. Otro esclavo trajo entonces el café en tacitas de porcelana de la China, las cuales estaban dentro de una especie de enrejado de hilo de plata sobredorada.

El rostro de este turco tenia la misma apariencia que he reconocido despues en todos los de los musulmanes, que he tenido ocasion de ver en Siria y en Turquía, á saber: nobleza, dulzura, y esa tranquila y serena resignacion que comunica á esos hombres la creencia de la predestinacion ó el fatalismo, y á los verdaderos cristianos la fe y la confianza en la Providencia divina; en ellos, llevado hasta lo absurdo y el error, y en nosotros la espresion verdadera de la universal y misericordiosa sabiduría que preside al destino de cuanto se ha dignado crear: apartemos la vista del error, y creamos que solo la corrupcion de nuestra naturaleza se opone en nosotros á que produzca siempre su debido efecto la voluntad divina. Si bien lo miramos, reconoceremos, que alterada, estraviada, y pervertida nuestra naturaleza, cuando obramos mal, es por una voluntad puramente humana; la nuestra; y que obraríamos siempre bien, y seríamos siempre buenos y felices, si supiéramos resistir á esta pervertida voluntad. Por lo demas el Koran ha tomado muchas cosas del cristianismo, aunque lo ha alterado todo, conduciéndolo hasta el error.

22 *de agosto.*

He tenido vivas inquietudes por la salud de Julia: he dado un paseo melancólico, en el que he visitado el templo de Júpiter Olímpico y el Estadio. He bebido el agua infecta y cenagosa del Iliso, que apenas traía bastante para cubrir mi dedo: está árido todo el campo de Atenas, y presenta la desnudéz del cultivo, y el repugnante color de la herrumbre. ¡Oh campos de Roma! ¡Sepulcros dorados de los Scipiones, y fuente verde y sombría de Egeria! ¡Y tu cielo tambien! Este cielo celebrado del Atica, ¿escede por ventura al firmamento de Roma?

23 *de agosto.*

Hemos salido de Atenas antes de amanecer, y hemos visto una hermosa aurora bajo el bosque de olivos del Pireo, cuando nos dirijiamos al mar. El buque de guerra *El Genio*, cuyo capitan, como hemos dicho, es Cunco d' Ornano, nos esperaba ya, y hemos levado el áncora. Una brisa favorable del norte nos ha arrojado en tres horas delante del cabo Sunium, cuyas amarillas columnas señalaban al horizonte la huella viva siempre de la sabiduría griega, de ese Platon, de quien seria yo discípulo, si Jesucristo no hubiese venido al mundo, si no hubiese vivido ni hablado, ni hubiese muerto en una cruz sufriendo y perdonando!

Terrible ha sido la noche que hemos pasado en medio de las Cicladas: el viento ha calmado al amanecer, y hemos tenido una buena nave-

gacion hasta la caida de la tarde. Por la noche hemos sufrido un golpe de viento furioso entre la isla de Amargos y la de Stampalia; crugia el buque de modo que parecía exhalar un doloroso gemido. Sentíamos los golpes sordos de la ola sobre la popa, y sufrimos una marejada que nos arrojaba de una á otra ola. He pasado la noche cuidando á mi hija; ¡noche dolorosa! ¡Cuántas veces me he estremecido al pensar en las vidas que he espuesto tanto! ¡Qué feliz seria yo, si un espíritu celeste trasportase á Julia á la apacible mansion de Saint-Point! Mi vida, medio gastada ya, ha perdido la mitad de su precio para mí mismo; pero ¡esta vida de Julia, que es tambien mia, que resplandece en sus hermosos ojos, que palpita en ese jóven pecho, y que me es cien veces mas cara que la mia! ¡Ah! por ella es por quien oro con fervor; porque el viento que subleva las ondas respete la frágil cuna, á que la he confiado con tanta imprudencia!

Parece que el cielo escucha mis votos: las olas calman, el dia amanece, y las islas huyen á nuestra espalda. Rodas se descubre á la derecha en la lejana niebla del horizonte de Asia, y las altas cumas de la costa de Caramania, blancas como la nieve de los Alpes, se elevan resplandecientes por encima de las flotantes nubes de la noche. «Allí está el Asia!»

La impresion que su vista produce escede á la que causan los horizontes de la Grecia: el aire que se respira es mas suave; el mar y el cielo tienen un azul mas pálido y claro: la naturaleza se dibuja en masas de mayor magestad; yo respiro y siento mi entrada en una region mas vasta y

elevada. La Grecia es muy pequeña. Atormentada, oprimida y despojada, es el esqueleto de un enano, pero el Asia es el esqueleto de un gigante. Bosques negros y frondosos cubren las vertientes de los montes de Marmoriza, y desde lejos se ven caer los torrentes que blanquean con su espuma los precipicios profundos de la Caramania.

La isla de Rodas parece salir del seno de las aguas, como un ramillete de verdura: los ligeros y graciosos minaretes de las blancas mezquitas de la ciudad descuellan por encima de sus bosques de palmeras, de algarrobos, de sicomoros, de plátanos ó higueras. Este espectáculo atrae la vista del navegante desde lejos hácia esos silenciosos retiros de cementerios turcos, en los que se ve á los musulmanes por la tarde sentados sobre el musgo de los sepulcros de sus amigos, pensando y contando las horas con la misma tranquilidad que un centinela que espera su relevo, ó como hombres indolentes que gustan de tenderse sobre sus camas, y de probar á conciliar el sueño antes de que llegue la hora del último reposo. A las diez de la mañana nos hemos visto rodeados repentinamente de cinco ó seis fragatas turcas que cruzaban á todo trapo delante de Rodas: una de ellas se acerca al alcance de la voz, y nos interroga en francés; nos saluda con atencion, y de allí á poco echamos el áncora en la rada de Roda, sen medio de treinta y seis buques de guerra del capitan Halid-Pachá. No lejos de nosotros se encuentran anclados dos buques de guerra franceses; el uno es el vapor *la Esfinge*, mandado por el capitan Sarlat, y el otro una corbeta llamada *el Acteon*, mandada por el capitan Vaillant. Los ofi-

ciales vinieron á bordo á pedirnos noticias de Europa, y por la tarde nos despedimos de Mr. d'Ornano, comandante del *Genio*, que va á partir con el *Acteon*. Nosotros continuaremos solos nuestra navegacion á la isla de Chipre y la Siria.

Dos dias hemos pasado en Rodas; y hemos recorrido esta primera ciudad turca que tiene el carácter oriental en sus bazares ó mercados, y en sus tiendas de madera labrada. Tiene una calle llamada de los Caballeros, en la que todas las casas conservan intactas sobre sus puertas las armas de las antiguas familias de Francia, de España, de Italia y de Alemania. Rodas conserva hermosos restos de sus fortificaciones antiguas: y la rica vegetacion del Asia que las envuelve y las corona, les da mas gracia y hermosura que á las de Malta. La órden de san Juan recibió un golpe mortal cuando se dejó arrebatar una posesion tan magnífica: la naturaleza parece haber colocado esta isla como un puesto avanzado sobre el Asia. La potencia europea que la poseyese tendria con ella la llave del Archipiélago, de la Grecia, de Smirna, de los Dardanelos, del mar de Egipto y de la Siria. No conozco una posicion militar marítima mas ventajosa, ni mas hermoso cielo, ni un suelo mas risueño y fecundo: los turcos han impreso allí el carácter de inaccion y de indolencia que los caracteriza: todo en ella ofrece el aspecto de la miseria y de la inercia; mas este pueblo que nada renueva ni crea, pero que tan poco demuele ni destruye, deja al menos en torno suyo obrar libremente á la naturaleza, y respeta los árboles hasta en el medio de las calles y de las casas que habita; el agua, la sombra, el murmullo

narcótico y la frescura voluptuosa, son para él unas necesidades que mira como las primeras y las únicas, así es que ya en Europa ó en Asia, tan pronto como nos acercamos á un país que está bajo su dominacion, lo reconocemos desde lejos al instante en el rico y sombrío velo de verdura que ondea graciosamente sobre él. Arboles para sentarse á su sombra, surtidores de agua para meditar ó dormir arrullados por su dulce murmullo, el silencio de las mezquitas, y los ligeros minaretes que se desprenden de la tierra, hé aquí lo que necesita este pueblo propenso al descanso y á la oracion; que no sale jamás de su apatía sino para montar sus caballos del desierto, que son los mejores servidores del hombre, ó para volar á la muerte por su creencia religiosa. El fatalismo ha hecho á este pueblo desidioso y valiente; y aunque la vida sea agradable y dulce, porque halaga la mas fuerte de las pasiones, la que le promete el Koran en recompensa de la muerte recibida en su defensa, está concebida de un modo tan apropósito para fascinar las imaginaciones y halagar los sentidos, que no necesitan sino de un pequeño esfuerzo para renunciar á este mundo, desde el cual creen volar á una mansion celeste, radiante de hermosura, de reposo y de placeres. Esta secta ha producido heroes, pero se ha entibiado la fe del musulman, y con ella el heroismo que su fanatismo produjo: á medida que los pueblos pierden la fe en su vida futura, tienen mas apego á la presente, y se esponen con menos ardor á perderla. Lo mismo sucede en Europa, porque ¿quién se espone á morir, si esta vida la tiene por tan buena, y si no mira nada de inmortal

que ganar si se inmola á un deber? Así la guerra va á decaer en Europa hasta que se reanime la fe y obre en el corazon del hombre mas fuertemente que el instinto de la vida.

Son encantadoras las mujeres de este pais vistas por la noche sentadas en los terrados al claro de la luna: tienen los ojos de las italianas, pero mas dulces, mas tímidos, y mas penetrados de ternura y de amor. Su estatura es como la de las griegas, aunque mas formada, mas flexible y con mas suavidad y gracia en sus movimientos. Su frente es espaciosa, terso, blanca y resplandeciente, como la de las mujeres de la Suiza ó la Inglaterra; pero la línea regular recta y ancha de su nariz da mas magestad y nobleza antigua á su fisonomía. Los escultores griegos hubieran sido mas perfectos, si hubiesen tomado por modelos los rostros de las mujeres del Asia. ¡Qué dulce es para un europeo, acostumbrado á las facciones ya cansadas, á la fisonomía trabajada y contraida, y á la gesticulacion, estudiada muchas veces al espejo, de las mujeres de Europa, y particularmente de las de los salones, el ver unos rostros tan sencillos, tan puros, tan serenos como el mármol que sale de la cantera; rostros cuya sola espresion natural y no ficticia es el reposo y la ternura; rostros, en fin, donde el ojo lee tan pronto, con tanta facilidad y sin engaño, como los caractéres de una magnífica y lujosa edicion!

La civilizacion y la sociedad son evidentemente contrarias á la hermosura física, porque multiplican demasiado las impresiones y los sentimientos; y como la fisonomía recibe y conserva su sello involuntariamente, se complica y se altera á sí mis-

na, y adquiere un no sé que de inquieto y de confuso, que destruye su sencillez y su encanto. Una fisonomía de esta clase es un idioma demasiado sobrecargado de palabras; idioma que no puede entenderse por demasiado rico!

27 de agosto.

Hemos salido de Rodas á mediodia, y nos hemos dado á la vela en direccion á la isla de Chipre. La tarde era magnífica, y yo tenia los ojos fijos en Rodas, que poco á poco se iba hundiendo en el mar: echo menos esta hermosa isla como una aparicion que quisiera reanimar, y me fijaría en ella si estuviese menos separada del mundo vivo, en el cual me imponen la ley de vivir, mi deber, y mi destino. ¡Qué retiros tan deliciosos ofrecen las laderas de sus altas montañas sobre aquellas graderías sombreadas por los árboles gigantescos y frondosos del Asia! Me han enseñado una suntuosa casa que pertenecía al antiguo pachá, rodeada de tres grandes y esmerados jardines, regados por abundantes fuentes, y adornados de encantadores kioscos, no exigen por ella sino diez y seis mil duros de capital, cuatro mil francos de renta: he aquí una felicidad bien barata.

28 de agosto.

El mar está tranquilo, pero pesado: no corre ningun viento: las capas de agua, no pueden llamarse olas empujadas por la corriente del Oeste; pasan lentamente bajo nuestra popa, y durante tres dias y tres noches sacuden el buque del uno

al otro costado: este movimiento sin resultado es un insoportable martirio: es como si rodásemos dentro del tonel del infierno! El cuarto dia hemos divisado la punta oriental de la isla de Chipre, hemos pasado un dia entero en costearla, y no hemos echado el áncora en la rada de Larcana hasta la mañana del dia sesto.

Mr. Bottu, cónsul de Francia en Chipre, ha reconocido nuestro buque, y ha enviado á uno de los agentes del consulado para suplicarnos que fuésemos á su casa y aceptásemos una hospitalidad, á la cual yo no tenia otro derecho que su amabilidad y atencion. He aceptado, hemos bajado á tierra, y hemos debido la mas cordial acogida, tanto á él como á su esposa, á Mr. Perthier y Mr. Guillois adheridos al consulado. Hemos hecho y recibido visitas, lo mismo que presentes de café y vino de Chipre que nos ha enviado Mr. Mather, uno de los magnates de la isla.

31 *de agosto.*

Despues de una larga navegacion nos han hecho disfrutar el placer de descansar dos dias en Chipre: allí hemos recibido los obsequios de una hospitalidad tan inesperada como amable: tal ha sido el estado de mi ánimo y mi única ocupacion en esta isla. Este pais que me han celebrado tanto, y que me habian pintado como tipo escogido de las islas del Mediterráneo, se parece enteramente á todas las islas peladas, sombrías y desnudas del Archipiélago, y es como el casco de una de esas encantadas islas donde la antigüedad habia colocado la escena de uno de sus mas poéticos cultos. Es

verdad que con la prisa de llegar á Asia no he visitado sino de lejos con la vista las escenas pintorescas de que aseguran está llena; pero á mi vuelta me detendré en ella un mes, y recorreré las montañas de Chipre.

Sin embargo, la isla es toda fértil: produce naranjas, aceitunas, uvas, higos y vinos, algodon, todo prospera en ella, hasta la caña dulce. Esta tierra de promision, este hermoso reino para un caballero de las Cruzadas, ó para un compañero de Bonaparte, alimentaba en otro tiempo hasta dos millones de hombres: en el dia solo quedan treinta mil habitantes griegos y algunos turcos. Nada sería mas fácil que apoderarse de esta soberanía: un aventurero lo conseguiria fácilmente con pocos soldados y algunos millones de duros, lo cual valdria la pena si hubiese esperanza de conservarla; pero la Europa, que tiene tanta necesidad de colonias, se opone á su fundacion: la envidia de las potencias volaria al socorro de los turcos, sembraría la discordia en el pais conquistado, y el conquistador tendria la suerte del rey Teodoro. ¡Qué lástima! es un hermoso sueño, que solo necesitaba ocho dias para ser trocado en realidad!

2 de setiembre, en alta mar.

Ante anoche nos hemos dado á la vela: nuestros amigos de Chipre Mrs. Bottu y Perthier nos han acompañado hasta el bergantin, y permanecido sobre cubierta hasta media noche. Al dejar esta isla estamos animados de los mas vivos sentimientos de gratitud por la acogida que hemos debido á Mr. Bottu y su esposa: la suerte de los viajeros es la de

sembrar por todas partes afecto, recuerdos y pena: nunca dejamos ninguna costa, sin el deseo y la esperanza de volver á encontrar á personas á quienes pocos dias antes no conocíamos! Cuando se llega á un pais todo nos es indiferente en la tierra, sobre la que se estiende nuestra vista: cuando partimos, no ignoramos que hay ojos y corazones que nos siguen desde la costa que vemos desparecer. Despues fijamos en ella nuestra mirada, y creemos dejar allí parte del corazon: luego nos conduce el viento hácia un horizonte diverso, en el cual van á renovarse para nosotros las mismas escenas, é idénticas impresiones! Viajar es multiplicar los acaecimientos que una vida seductora no produce sino muy rara vez con la llegada á un punto, con la partida de él, con la formacion de nuevas relaciones y amistades, y con las despedidas; es esperimentar cien veces en un año lo que se esperimenta en la vida ordinaria al conocer, amar y perder aquellos que la Providencia coloca sobre nuestro tránsito por la tierra. El partir y dejar estos paises lejanos, adonde el destino no conduce á los viajeros dos veces, tiene alguna semejanza con la muerte: el viajero reasume en pocos años, una vida entera, y da á su corazon y á su pensamiento uno de los ejercicios mas fuertes. El filósofo, el hombre político y el poeta, deben viajar mucho: cambiar de horizonte moral, es ilustrarse con nuevas y desconocidas ideas.

3 *de setiembre.*

Acabo de despertar, en alta mar: ya no vemos ni las costas blancas de la isla, ni la redonda cum-

bre del Olimpo. El mar está en calma como un estenso lago; una niebla espesa y plateada cubre por todas partes el horizonte, y una brisa débil, perezosa y desigual viene alguna vez á morir en nuestras anchas velas. El sol es tan ardiente que quema las tablas de la cubierta: las rociamos con frecuencia para refrescarlas algun tanto. Todos estan tendidos sobre los costados, ó sobre los rollos de cuerdas, sin palabra, sin movimiento, y con un copioso sudor en la frente: falta el aire para la respiracion: estamos sufriendo un verdadero Simoun sobre el mar: parece que se respira ya con anticipacion la ardiente reverberacion de las arenas del desierto, á pesar de encontrarnos aun á ciento cincuenta leguas de distancia. De este modo pasamos los dias sin tener ánimo para leer ni hablar: yo abro algunas veces la Biblia para buscar lo que concierne al Líbano, cuyas cumbres son las primeras que debemos descubrir, y despues leo la historia de Herodes en el historiador Josefo.

4 de setiembre.

Esperimentamos la misma falta de viento, y el mismo incendio del cielo: las aguas humean de calor, y están muertas, cubiertas de un velo de niebla que no lo levanta ningun soplo de aire. Observamos con cuidado, y por toda la estension que alcanza la vista, los ligeros pliegues que algunas brisas perdidas, trazan sobre la superficie del mar: vemos una que se acerca al buque con lentitud, dando al mar otro color mas vivo: ha llegado ya: ha comunicado á nuestras velas una lijera hinchazon: cruje el bergantin: su proa levanta espuma: los pechos se dilatan, y nos acer-

camos todos á la baranda por el lado por donde ha llegado la brisa. Sentimos un poco de frescura en la frente, bajo los húmedos bucles de sus cabellos: despues todo vuelve á la calma y al incendio anterior. El agua que bebemos está tibia: nadie tiene aliento para comer. Si este estado se prolongase, no podriamos vivir; pero por fortuna solo quedan seis semanas de este calor terrible, porque concluye á mediados de octubre.

4 de setiembre por la tarde.

Por fin hemos disfrutado desde las cinco hasta las seis de la tarde de un viento fresco, que ha soplado del golfo de Alejandría, haciéndonos adelantar algunas leguas. Debemos encontrarnos á mitad de camino, desde Chipre á las costas de Siria: quizá cuando despertemos mañana, aparecerán estas ante nuestros ojos.

5 de setiembre.

He oido al despertar el ligero ruido que hace el surco del buque cuando anda. Me he apresurado á subir sobre cubierta para ver si se distinguian las costas, pero nada se ve. Las corrientes, que son tan comunes en este mar, pueden habernos llevado mas allá de lo que nosotros creemos. Seria posible que estuviésemos á la altura de las costas bajas de la Idumea ó del Egipto; la impaciencia se apodera de todos.

El mismo dia á las dos de la tarde.

El capitan del bergantin ha distinguido ya las cumbres del Líbano, y me ha llamado para

enseñármelas: yo las busco inútilmente en la niebla inflamada donde me las indica con el dedo, pero no veo mas que la niebla trasparente que levanta el calor, y por encima de ella algunos grupos de nubes de un blanco mate: el capitan insiste, y yo vuelvo á mirar, pero todo es en vano. Los marineros me señalan el Líbano, y el capitan se admira de que yo no lo vea del mismo modo que él. ¿Hácia donde mirais? me dice por fin: las buscais demasiado lejos. Aquí, mas cerca de nosotros. Con efecto, alcé la vista al sol, y vi la cresta blanca y dorada del Sanino, que se elevaba en el firmamento sobre nuestras cabezas: la niebla del mar impedia ver su base y laderas, y solo aparecia blanca y radiante su cima en el azul del cielo. Esta ha sido una de las mas soberbias y dulces impresiones que he recibido en mis largos viajes: veia la tierra que era objeto de mis pensamientos y de mi anhelo, como viajero y como hombre: veia la tierra sagrada, la tierra adonde yo iba desde tan lejos á buscar los recuerdos de la humanidad primitiva, y veia en fin la tierra donde iban á reposar mi mujer y mi hija, que son los objetos mas caros que poseo en el mundo. ¡Y qué reposo les iba á procurar! En un clima delicioso, á la sombra del aromático naranjo y de la gigantesca palmera, al borde de los torrentes de nieve derretida, y sobre alguna colina encantadora en la que hallasen la frondosidad y frescura. Creo que uno ó dos años pasados bajo este hermoso cielo bastarán para fortalecer la salud de mi querida Julia, que hace seis meses me tiene con tanto cuidado, y que me infunde á veces temores y presentimientos funestos. He saludado estas montañas del Asia

como el asilo adonde la conduce Dios para su curacion: mi pecho se inunda en un gozo secreto, y no puedo desprender mi vista de la enorme masa del Líbano.

Hemos comido sobre cubierta á la sombra de la tienda: la brisa continúa y refresca á medida que desciende el sol: corremos á cada instante á la proa para calcular lo que adelanta el buque por el ruido que hace surcando el mar. El viento ha refrescado ya: las olas se encrespan: hacemos cinco nudos por hora: las laderas de los montes se distinguen al través de la niebla, y se adelantan y acercan como si saliesen á recibirnos, semejantes á cabos aéreos. Comenzamos á distinguir los valles negros y profundos que terminan en la costa: blanquean los barrancos: las rocas de las crestas se alzan y se dibujan: las primeras colinas sentadas á la proximidad del mar se redondean, y poco á poco creemos reconocer aldeas situadas sobre algunas colinas, y grandes monasterios que coronan las cumbres de las montañas intermedias, como castillos góticos. Todos estamos sobre cubierta, y cada objeto que descubrimos es un motivo de regocijo general para los corazones. Quién hace observar al que tiene á su lado una particularidad que no ha visto; quién cree distinguir los corpulentos cedros como manchas negras en los flancos del monte; quien como torreones coronando las cumbres de los montes de Trípoli, y hay alguno que cree distinguir hasta la espuma de las cascadas en las rápidas pendientes de los profundos precipicios.

Quisiérámos llegar á esta deseada orilla antes de la noche: tememos que en el momento de tocarla

venga una nueva calma á adormecer el bergantin durante muchos dias sobre estas aguas que nos tienen impacientes, ó que un viento contrario de tierra nos rechace y arroje sobre la costa de Candia. Este mar de Siria, este golfo inmenso rodeado de las encumbradas cimas del Líbano y del Tauro, es pérfido para los marineros: aquí solo se conocen las borrascas, las calmas ó las corrientes: estas corrientes arrastran de un modo irresistible los buques, y los desvian lejos de su derrota. Ademas no hay puertos en las costas; es preciso anclar en peligrosas radas á mucha distancia de la playa, y una corriente casi constante y baja, altera y agita las radas en términos de cortar los cables de las áncoras: no estaremos tranquilos ni tendremos seguridad de llegar hasta hallarnos en tierra. Mientras hacemos estas reflexiones, y mientras flotamos entre la esperanza y el temor, cae de improviso la noche, no con la graduacion y lentitud de un crepúsculo, sino como una cortina corrida de repente entre el cielo y la tierra. Todo desaparece, todo se borra sobre las oscuras laderas del Líbano, y solo vemos las estrellas, entre las cuales se balancean nuestros mástiles: el viento calma tambien: el mar duerme, y todos bajamos á nuestros camarotes con la penosa incertidumbre del mañana!

Yo no podia dormir: estaba mi espíritu demasiado agitado. Al través de las mal unidas tablas que separaban del de Julia mi camarote, oia la respiracion de mi dormida hija, y todo mi corazon latia por ella. Pensaba que tal vez al otro dia dormiria yo mas tranquilo sobre la vida de esta hermosa criatura, que me arrepentía de ha-

ber espuesto á la inconstancia de los vientos y al furor de los mares, y que una tempestad podia arrebatar en su flor: rogaba á Dios interiormente que perdonase mi imprudencia y que no me castigase por haberle pedido mas de lo que debia. Despues me tranquilizaba y me decia: este es un ángel visible que protege su propio destino y los nuestros: el cielo tomará en cuenta su inocencia y pureza, y nos protegerá por ella á la ida y á la vuelta. En lo mejor de su edad, en esa época en que las impresiones se graban tan indeleblemente y llegan á hacerse como elementos de la existencia, habrá visto esta criatura todo lo que hay de mas hermoso en la naturaleza y en la creacion: los recuerdos de su infancia serán los maravillosos monumentos y las obras maestras de las artes en Italia. Atenas y el Paternon se grabarán en su memoria como las situaciones de su propio pais: las bellas islas del Archipiélago, el monte Tauro, las montañas del Líbano, Jerusalen, las pirámides del desierto, las tiendas del árabe y las palmeras de la Mesopotamia, serán las relaciones que podrá hacer en su edad avanzada. Dios le ha concedido la hermosura, la inocencia y el genio, y un corazon que se inflama en sentimientos generosos y sublimes: yo la habré dado todo lo que puedo añadir á estos dones celestiales, que es el espectáculo de las escenas mas maravillosas y encantadoras de la tierra. ¡Qué feliz y admirable debe ser á la edad de veinte años! Todo en torno suyo será dicha, piedad y hermosura. ¡Quién merecerá completar tanta felicidad con su amor! Yo lloraba y oraba con fervor y confianza, porque no puedo abrigar un sentimiento fuerte en el corazon

sin dirigirme á Dios, y sin resolverlo en un himno, ó en una invocacion á este Hacedor Supremo, que debe ser el fin de todos nuestros sentimientos, que es el que los produce, si son buenos, y el que debe absorverlos.

Cuando me iba á quedar dormido, oí sobre el puente pasos precipitados, como de una maniobra: lo estrañé, porque hacia largo rato que reinaba un silencio absoluto, y el mar no producía sino el ligero rumor de las olas, el cual me indicaba que el buque andaba todavía. No tardé en percibir el ruido de los sonoros eslabones de la cadena del áncora que se desarrollaba con pesadez del cabrestante. Despues oí el golpe seco que hace vibrar el buque cuando cae el áncora sobre un fondo sólido, y cuando muerde por fin la arena ó la yerba marina. Me levanté, abrí mi ventana: vi que habiamos llegado; vi que estábamos en la rada delante de Beyruth. Distinguí algunas luces esparcidas en una costa distante, y oí los ladridos de los perros sobre la playa: fué el primer ruido que percibí de la costa de Asia, el cual me regocijó sobremanera. Era entonces media noche, di gracias á Dios, y me rendí á un sueño apacible y tranquilo. Nadie mas que yo habia estado despierto bajo cubierta.

6 de setiembre de 1832 á las nueve de la mañana

Estamos delante de Beyruth, una de las mas populosas ciudades de la costa de Siria. Antiguamente se la llamaba Berita, y fué hecha colonia romana en tiempo de Augusto, que la dió el nombre de *Félix Julia*: mereció el epíteto *Félix* por

la fertilidad de sus inmediaciones, por la admirable temperatura de su clima, y por la magnificencia de su situacion. La ciudad ocupa una graciosa colina que baja al mar por una pendiente suave: algunos brazos de tierra ó de peñascos se adelantan hasta penetrar en las aguas, y están coronados de fortificaciones turcas, cuyo efecto es sumamente pintoresco: la rada está cerrada por una lengua de tierra, que la defiende de los vientos del Este: toda esta lengua, lo mismo que las colinas que la rodean, están cubiertas de una vegetacion riquísima. Las moreras plantadas por todas partes, y formando graderíos en terraplenes artificiales; los algarrobos de verde oscuro, y de magestuoso ramage; las higueras, los plátanos, los naranjos, los granados y muchos otros árboles ó arbustos que no produce nuestro clima, estienden sobre todos los puntos de la costa inmediatos al mar, el variado y hermoso velo de sus diferentes follages. Mas lejos, sobre las primeras pendientes de las montañas, los bosques de olivos comunican á este paisage un tinte mas grave y sombrío. A una legua escasa de la ciudad comienzan á nacer y levantarse las cadenas de los escarpados montes del Líbano, y abren sus gargantas profundas donde se pierde la vista en tinieblas lejanas. En ellas se derraman sus torrentes caudalosos, que llegan á convertirse en rios, y que toman direcciones distintas. los unos hácia Tiro y Sidón; los otros hácia Trípoli y Latakia, y las cumbres de estos montes, que ya se pierden en las nubes, ó ya blanquean por la repercusion del sol, se parecen á nuestros Alpes cubiertos de perpetuas nieves.

El puerto, lamido siempre por las olas, y cu-

bierto de espuma algunas veces, estaba lleno de una muchedumbre de árabes con todo el esplendor de sus trages suntuosos y sus brillantes armas: el movimiento que reinaba era tan activo como el de los puertos de nuestras ciudades marítimas. Muchos buques europeos estaban anclados en la rada cerca de nosotros, y las chalupas cargadas de mercancías de Damasco y de Bagdad, iban y venían sin cesar de la orilla á los buques. Las casas de la ciudad se elevaban agrupadas de un modo confuso, y los techos de las unas servían de terrado á las otras. Estas casas, cuyos techos eran llanos, algunas con tapias coronadas de almenas; estas ventanas adornadas con numerosas claraboyas góticas; estas rejas de madera pintada con que estaban cerradas como un velo de los celos orientales; las copas de las palmeras, que parecían arraigadas en la piedra, y que descollaban por encima de los techos, como para suministrar un poco de verdura á las mujeres presas en sus harems, todo cautivaba nuestra atencion y nos anunciaba el Oriente. Al mismo tiempo oiamos el grito agudo de los árabes del desierto que disputaban en el puerto, y los ásperos y lúgubres gemidos que daban los camellos cuando se les obligaba á doblar las rodillas para echarles la carga. Ocupados en un espectáculo tan nuevo y tan atractivo á nuestra vista, no pensábamos en bajar á nuestra nueva patria. El pabellon francés flotaba en lo alto de un mástil, sobre una de las casas mas altas de la ciudad, y parecía convidarnos á ir á descansar bajo su sombra, de nuestra navegacion larga y penosa.

Pero teníamos demasiada gente y demasiado

equipage para aventurarnos al desembarco antes de reconocer el país y escoger una casa si podíamos hallarla. Así, pues, dejé en el bergantin á mi mujer, á Julia y á dos de mis compañeros de viaje, é hice echar la lancha al mar para ir á hacer el reconocimiento.

En pocos minutos, y sobre una superficie tersa y plateada de agua, llegamos á la orilla, y algunos árabes con las piernas desnudas nos llevaron en brazos hasta la entrada de una calle pendiente y sombría que conducia al consulado de Francia. El cónsul Mr. Guys, para quien traia yo cartas, y á quien habia visto ya en Marsella, no habia llegado todavía, y hallé en su lugar á Mr. Jorelle, regente del consulado y dragoman de Francia, cuya graciosa y amable fisonomía me dió de él una favorable prevencion, que justificaron despues sus atenciones durante nuestra larga permanencia en la Siria. Este nos ofreció por de pronto una parte de la casa del consulado, y nos prometió hacer buscar una en las inmediaciones de la ciudad, donde pudiesemos establecer nuestro campamento. En pocas horas, y echando mano de las lanchas de todos los buques, de los mozos de esquina de Beyruth, y bajo la vigilancia de los genízaros del consulado, se verificó el desembarco de gente y provisiones, y antes de anochecer estábamos todos en tierra, alojados provisionalmente, y colmados de las atenciones y miramientos de Mr. Jorelle y su esposa. El momento en que uno llega á tierra, despues de una larga y peligrosa travesía, aun cuando sea á país desconocido, es ciertamente delicioso: así lo reconocíamos nosotros cuando desde lo alto de un terrado perfuma-

do y risueño estendíamos la vista sobre el elemento que dejábamos por algun tiempo, sobre el buque que nos habia traido al través de las borrascas, y que se balanceaba en la rada; sobre el campo apacible y sombreado que circuye la ciudad, y sobre todas estas escenas de la vida de tierra, que parecen tan dulces cuando uno ha estado privado de ellas largo tiempo. Esta satisfaccion de las primeras horas y los primeros dias, que se pasan en tierra despues de una navegacion, participa en algun modo del sentimiento de la convalecencia, despues de una larga enfermedad, y nosotros hemos gozado de ella todo el resto del dia. Madama Jorelle, que es una hermosa jóven nacida en Alepo, conserva el rico y noble trage de las mujeres árabes; así es que va vestida con su turbante, su chaqueta ó corpiño bordado, y su puñal en la cintura; nosotros no nos cansábamos de admirar este trage magnífico que daba á su hermosura oriental un singular realce.

Por la noche se nos sirvió una cena á la europea en un kiosco, cuyas ventanas anchas con rejas, daban al puerto, y en donde el viento fresco de la noche agitaba la llama de las bugías. Para alegrar este banquete de la hospitalidad hice abrir una de mis cajas de vinos de Francia, y pasamos nuestra primera velada en hablar de ambas patrias, á saber: la que habiamos dejado, y la que habiamos venido á buscar; y á una pregunta sobre la Francia, seguia otra pregunta sobre el Asia. Julia jugaba con las largas trenzas de pelo de las mujeres árabes, ó de algunas esclavas negras que vinieron á visitarnos, y admiraba los trages que eran tan nuevos para ella; su madre arre-

glaba los bucles de sus rubios cabellos, á imitacion de los de las damas de Beyruth, ó le acomodaba su chal en forma de turbante sobre su preciosa cabeza. Entre los rostros de las mujeres, cuya belleza se ha grabado en mi memoria, no he visto nada mas encantador que el de Julia, peinada de este modo, con turbante de Alepo, con la cogulla ó el casco de oro cincelado, del cual se desprendian franjas de perlas y cadenas de sequines de oro, con las trenzas de su cabello que colgaban sobre sus hombros, con la mirada de estrañeza que fijaba en su madre y en mí, y finalmente, con aquella sonrisa de satisfaccion que parecia decirnos: Vedme y gozad: tambien yo estoy hermosa!

Despues de haber hablado cien veces de la patria, y nombrado todos los lugares y personas que nuestra comun memoria nos podia recordar, despues que nos dimos todas las noticias y detalles que podian interesarnos, se habló de poesía. Madama Jorelle me suplicó que la hiciese conocer algo de la poesía francesa: ella nos tradujo algunos fragmentos de la de Alepo. Yo la contesté que la naturaleza era siempre mas poética que los poetas, y que ella misma en aquella hora y en aquel momento, en su situacion, al claro de la luna, con su trage estrangero, con su pipa oriental en la mano, y con su puñal guarnecido de diamantes en su cintura, era un asunto mas digno para la poesía que todos los que habiamos recorrido durante la conversacion. Entonces me dijo que le seria sumamente agradable tener un recuerdo de nuestro viaje para enviárselo á su padre que se hallaba en Alepo, con algunos versos

hechos por ella; yo me retiré un instante, y la traje los dísticos siguientes, que no tienen otro mérito que el lugar en que fueron escritos, y el sentimiento de gratitud que me los inspiró.

¡Como! ¿Eres tú quien me pide el incienso poético! ¡Tú, hija del Oriente, nacida bajo el soplo del aire del desierto? ¿Tú, flor de los jardines de Alepo, cuyo cáliz abierto hubiera escogido Bulbul (1), para entonar sus tiernas melodías?

¿Puede uno hacer volver á la flor el aroma que exhaló? ¿Debe clavar sus frutos en las ramas del naranjo? ¿Nos atreveremos á prestar fuego ó luz á la aurora oriental, ó á sembrar de estrellas de oro el brillante cielo de sus noches?

No: no me pidas versos aquí: si deseas ver lo que ofrece la poesía de mas encantador, mírale en el espejo de ese estanque, y contémplate á ti misma, porque mi poesía no puede describir una imágen igual á tu belleza!

Cuando por la noche apareces en el kiosco, cuyas ventanas resguardadas con rejas dejan entrar el rayo dulcísimo de la luna y la brisa del mar: cuando te sientas sobre la estera esmaltada en Palmira, sobre la que humea el amargo líquido del legítimo meka:

Cuando tu mano acerca á tus labios entreabiertos el tubo de marfil cubierto de adelgazado oro, y tu boca, aspirando el dulce perfume de las rosas, hace murmurar el agua tibia en el fondo de su mismo vaso:

Cuando la alada nube que flota y te acaricia, comienza á embriagarte con sus aromáticos vapores, y

(1) Nombre del ruiseñor en Oriente.

los sueños lejanos de juventud y de amor nadan para nosotros en el aire que tú haces respirar:

Cuando cabalgas el caballo del árabe errante, sujeto entre tus tiernas manos el espumoso freno, igualando tu mirada de relámpago al relámpago vivo de su ojo penetrante:

Cuando tu brazo redondo como el asa de un jarro apoyado sobre el codo, sostiene tu despejada frente, y cuando el reflejo repentino de tu lámpara nocturna hace brillar las facetas de los diamantes que guarnecen tu puñal...

No existe acento en los sonidos que la lengua articula: nada existe en la frente pensadora de un bardo como yo: nada en los tiernos suspiros de un alma fresca y pura: nada tan poético y sublime como tú!

He pasado de la dichosa edad en que el amor, que es la flor de la vida, se abre lozanamente y perfuma el corazon: ahora la admiracion en mi alma arrebatada, es para la belleza un rayo sin calor.

Solo ama el arpa mi tibio corazon; pero ¡cuántos versos hubiera dado yo á los diez y seis años por una sola nube de ese humo odorífico que tus labios distraidos abandonan al aire!

O por fijar con el dedo la forma encantadora que una mano invisible dibuja en oscuro contorno, cuando el rayo de la noche, despues de acariciarte el del dia, imprime en la pared las líneas de tu sombra!

No podíamos desprendernos de esta primera escena de nuestra vida árabe; la terminamos por fin, y al cabo de tres meses nos fuimos a descansar en nuestras camas, y á dormir sin temor de

las olas. Un viento impetuoso silbaba en el mar, conmovia las paredes del alto terrado en que nos habiamos acostado, y nos hacia apreciar mas la tranquilidad que disfrutábamos despues de tantos sacudimientos. Yo pensaba que mi esposa y mi Julia estaban mucho tiempo al abrigo de los riesgos, y combinaba en mi desvelo los medios de prepararles una estancia agradable y segura, mientras que continuaba yo el curso de mis viajes en la suspirada comarca á que habia llegado.

7 de setiembre.

Me he levantado al amanecer, y he abierto las puertas-ventanas de cedro, que son la única cerradura del cuarto donde duermo en este hermoso clima. Mi primera mirada se ha dirigido al mar y á la resplandeciente cadena de costas que se estienden circularmente desde Beyruth hasta el cabo Balrun á mitad de camino de Trípoli.

Ningun espectáculo de montes me ha hecho igual impresion. El Líbano tiene un aspecto que no he visto, ni en los Alpes ni en el Tauro: tiene una mezcla de la sublimidad imponente de las líneas y de las cumbres, con la gracia de los detalles y la variedad de los colores: es una montaña tan solemne como su nombre: son los Alpes bajo el cielo del Asia, sumergiendo sus aéreas cimas en la serenidad profunda de un esplendor perpétuo. Parece que el sol reposa sobre los dorados ángulos de sus crestas: la blancura que les imprime y que deslumbra se llega á confundir con la de las nieves, que resistiendo al calor del estío permanece sobre las mas elevadas de las cumbres. La cadena

que á la vista se desarrolla tendrá cuando menos la longitud de unas sesenta leguas, desde el cabo de Saida, que es la antigua Sidon, hasta las inmediaciones de Latakia, donde comienza á declinar para dejar al monte Tauro echar sus raices sobre el llano de Alejandreta. Las cadenas del Líbano ya se elevan casi perpendicularmente sobre el mar con aldeas y grandes monasterios suspendidos sobre sus precipicios, ya se apartan de la orilla formando golfos dilatados, ó ya dejan pedazos de verdura ó listones de arena dorada entre ellas y las aguas. Estos golfos los surcan muchísimas velas, y van á abordar á alguna de las numerosas radas que guarnecen las costas. El mar es siempre de un azul muy subido; y aunque haya alga casi siempre, la ola, que es muy grande y muy ancha, rueda á gruesos pliegues sobre las arenas, y refleja las montañas como un espejo claro y sin mancha. Estas olas difunden sobre la costa un murmullo sordo, armonioso y confuso, que sube hasta bajo la sombra de las viñas y algarrobos, y que esparce en los campos la vida y la armonía. A mi izquierda la costa de Beyruth era baja, y como una continuacion de lenguas pequeñas de tierra tapizadas de verdura, y resguardadas solamente de las ondas por una línea de rocas y escollos, la mayor parte cubiertos de ruinas antiguas: mas lejos se adelantan al mar, como formando un cabo, colinas ó lomas de arena encarnada, cual lade los desiertos de Egipto, y sirve de punto de reconocimiento para los marineros: en la cumbre de esta loma se ven las anchas copas de un bosque de pinos de Italia, y la vista penetrando al través de sus diseminados troncos, va á fijarse en las laderas de otra cadena del Líbano, y hasta sobre el pro-

montorio avanzado donde estaba Tiro, llamado Soun actualmente.

Cuando me volvia hácia el opuesto lado del mar, veia los altos minaretes de las mezquitas que se elevaban en el aire como aisladas columnas: las moriscas fortalezas que dominan la ciudad, y cuyos muros de un color alagartado, producen un bosque de plantas crecidas espontaneamente, como higueras silvestres y alhelíes: las almenas ovaladas de los muros; los techos planos, y las paredes de las casas de campo ó cabañas de labradores de la Siria: y mas allá finalmente las colinas de Beyruth cubiertas de menuda yerba, en todas las cuales hay pintorescos edificios, conventos griegos ó maronitas, mezquitas de santones, revestidas de follage y cultura como las mas fértiles colinas de Granoble ó de Chamberí: El fondo de todo este paisage es el Líbano, siempre formando mil curvas y agrupándose en gigantescas masas que despiden grandes sombras, ó haciendo brillar sus altas nieves sobre todas las escenas del horizonte.

El mismo dia.

He pasado todo el dia en recorrer las inmediaciones de Beyruth para buscar un sitio donde establecer nuestra morada.

Por fin he alquilado cinco casas, que se hallan contiguas, y que yo uniré con escaleras de madera, por medio de galerías, abriendo las comunicaciones necesarias. Las casas de este pais solo tienen un subterráneo que sirve de cocina, y un cuarto donde duerme toda la familia por numerosa que sea: en un clima como este la ver

dadera habitacion es el terrado que se forma sobre el techo; allí es donde las mujeres y los niños pasan los dias y aun las noches muchas veces Delante de las casas, y entre los troncos de algunas moreras ú olivos, construyen los árabes con tres piedras un hogar, y sus mujeres preparan allí la comida; se tiende una estera de paja sostenida con un palo, que va desde la pared á las ramas de un árbol, y allí solamente se hace todo el menage de casa. Las mujeres y las hijas pasan el dia en este sitio ocupadas en peinar y trenzar sus cabellos, lavar sus velos, tejer sus sedas, dar de comer á sus gallinas, ó jugar y conversar entre sí como sucede en los pueblos del mediodía de la Francia, donde los domingos por la mañana se reunen las jóvenes á las puertas de sus cabañas.

La tarde del mismo dia.

Se ha pasado el dia en descargar el buque, y en traer de la ciudad á nuestra casa de-campo el equipage de la caravana. Cada uno de nosotros tendrá su aposento separado. Un campo bastante estenso de moreras y naranjos se estiende en derredor de las cinco casas reunidas, y deja á cada uno algunos pasos libres delante de su puerta, con la sombra necesaria. He comprado esteras de Egipto y tapices de Damasco, para que nos sirvan de camas y divanes, y he encontrado carpinteros árabes muy activos é inteligentes que estan trabajando puertas y ventanas, en términos que esta noche iremos ya á dormir á nuestra nueva habitacion.

8 *de setiembre.*

Nada mas delicioso que el instante en que esta mañana nos hemos despertado, despues de haber pasado la noche en la nueva casa. Nos hemos hecho servir el desaynno en el mas capáz de nuestros terrados, y hemos reconocido con la vista todas las inmediaciones.

La casa se encuentra á diez minutos de la ciudad: se llega á ella por sendas sombreadas por inmensos aloes que dejan colgar sus espinosos higos sobre las cabezas de los que transitan por ellas, y se pasa por delante de unos arcos antiguos y de una inmensa torre cuadrada, construida por Fakardin, Emir de los druzos, cuya torre sirve de punto de observacion á los centinelas del ejército de Ibrahim pachá, desde donde descubren toda la campiña. Penetrando despues por entre los troncos de las moreras, se llega á un grupo de casas bajas ocultas entre los árboles y rodeadas por un bosque de limoneros y naranjos: estas casas son irregulares, y la de en medio descuella graciosamente sobre las demas como una torre cuadrada. Los techos de todas se comunican por medio de escalones de madera, y constituyen el conjunto de un edificio bastante cómodo para hospedar á gentes como nosotros, que acabamos de pasar meses enteros bajo la cubierta de un buque mercante.

A distancia de algunos centenares de pasos se interna el mar en la tierra; y visto desde aquí por encima de las copas de limoneros y aloes, parece un hermoso lago interior, ó un ancho rio, del que solo se distingue una parte del cáuce, y

en el que se ven ancladas algunas barcas árabes, que se balancean blandamente con insensibles ondulaciones. Si se asciende al terrado superior se cambia este lago en un inmenso golfo cerrado por una parte por el castillo morisco de Beyruth, y por la otra por las inmensas y sombrías murallas de la cadena de montes que corre hácia Trípoli. En frente de nosotros tiene mayor espacio el horizonte: comienza á estenderse sobre una llanura de campos admirablemente cultivados y plantados de árboles, que ocultan enteramente el suelo y sembrados de casas semejantes á la nuestra, las cuales elevan sus techos como otras tantas velas blancas sobre un océano de verdura: despues se estrecha entre una larga y graciosa colina, sobre la cual se ve un convento griego que ostenta sus blancas paredes y sus azules cúpulas: un poco mas arriba de estas cúpulas del convento, sombrean las anchurosas y altas copas de algunos pinos: la colina va bajando por gradas sostenidas con paredes de piedra, y estas gradas están plantadas de olivos y moreras. El mar baña las últimas gradas, se aparta despues, y avanza una segunda llanura mas distante, que se forma y redondea para abrir paso á un rio, el cual, despues de serpentear por una floresta de verdes encinas, va á precipitarse en el golfo, cuyas aguas hace amarillear á la orilla el desagüe del rio. El llano termina en las laderas doradas de las montañas, las cuales no se elevan de repente, sino que comienzan por grandes lomas, semejantes á inmensos pedazos de piedra, los unos redondos, y los otros casi cuadrados. Varias de estas lomas están cubiertas de vejetacion, y cada una de ellas

sirve de asiento á un monasterio ó á una aldea que refleja la luz del sol, y que atrae la vista; los lienzos ó cortinas de las laderas de las lomas resplandecen como el oro, y son como paredes de piedra arenisca y amarillenta quebrantadas por los terremotos, de la que cada partícula refleja y vibra los rayos de luz. Encima de estas primeras lomas se ensanchan las gradas del Líbano en términos que hay plataformas de una y de dos leguas, y algunas desiguales, llenas de sulcos y barrancos, de cáuces profundos, de torrentes y gargantas oscuras que confunden la vista. Despues de estas plataformas vuelven á levantarse los montes casi perpendicularmente; sin embargo, se ven las manchas negras de los cedros y de los pinos que los guarnecen, algunos conventos inaccesibles, y pueblos desconocidos que parecen colgar sobre los precipicios. En la mas aguda cumbre de esta segunda cadena hay jigantescos árboles que forman como una rara cabellera sobre una frente enteramente calva: desde aquí se distinguen sus cimas desiguales y á picos, semejantes á las almenas que coronan los baluartes de nuestras ciudadelas.

Detrás de la segunda cadena se levanta por fin el verdadero Líbano; pero no puede uno distinguir si sus laderas son suaves ó rápidas, ni si están desnudas ó tienen vegetacion, porque la distancia es demasiado grande. Sus costados se confunden con la trasparencia del aire, y con el aire mismo de que parecen formar parte; solo se ve la reverberacion del sol que los cubre, y sus inflamadas crestas que se pierden entre los purpúreos celajes de la mañana, y que como islas inaccesibles

flotan entre las olas del firmamento. Si la vista desciende de este horizonte sublime de montañas, no encuentra donde fijarse sino sobre magestuosos grupos de palmeras plantadas indistintamente en el campo cerca de las casas de los árabes, sobre oleadas de copas de pinos plantados á ramilletes en el llano ó en las pendientes de las colinas, ó sobre setos de nopales, cuyas pesadas hojas caen como adornos de piedra sobre las paredes que sostienen los terrados, y que solo tienen la elevacion necesaria para apoyarse sobre ellas. Estas mismas paredes están de tal modo cubiertas de higuera en flor, de zarzas terrestres, de viñas silvestres, y de plantas bulbosas con flores de todos colores, con racimos de ellas de diferentes formas, que no pueden distinguirse las piedras con que están edificadas, y que parecen murallas de flores y de verdura.

Ultimamente, muy cerca de nosotros existen dos ó tres casas semejantes á las nuestras, medio cubiertas por las copas de los naranjos que reunen el fruto y la flor, las cuales nos ofrecen esta escena animada y pintoresca, que es el alma de todo paisaje. Arabes sentados sobre esteras y fumando sobre los techos de las casas; mujeres que se asoman á las ventanas para vernos, y que se esconden cuando notan que las miramos, vienen á aumentar todavia la animacion del cuadro. Debajo de nuestro terrado hay dos familias árabes compuestas de padres, hermanos, esposas é hijos, que hacen su comida á la sombra de un plátano al umbral de su casa á pocos pasos de allí; y bajo otro árbol, dos jóvenes siriacas de admirable hermosura, se visten al aire libre, y cubren sus

cabellos con flores encarnadas y blancas. Una de ellas tiene un cabello tan largo y poblado, que la cubre enteramente, como las ramas de un sáuce llorón cubren completamente el tronco: solo cuando sacude su ondeante cabellera se descubre su hermosa frente y sus radiantes ojos de alegría y sencillez al descorrer este velo natural: parece gozar de nuestra admiracion. Yo la he arrojado un puñado de ghacis, que son unas pequeñas monedas de oro, con las cuales las siriacas se hacen brazaletes y collares, ensartándolas con una hebra de seda: las recoge, junta sus manos sobre la cabeza en demostracion de gratitud, y entra en su casa para enseñarlas á su madre y á su hermana.

12 *de setiembre.*

Nos sirve de intérprete ó dragoman Habib Bárbara, griego siriaco, establecido en Beyruth, cuya casa está vecina á la mia. Adherido hace veinte años en calidad de tal á los diferentes consulados de Francia, habla el francés y el italiano, y es uno de los hombres mas inteligentes y atentos. Sin su asistencia y la de Mr. Jorelle, hubiera tenido mucho trabajo en completar nuestro establecimiento en la Siria; pues además de otros muchos servicios, me ha procurado varios criados, unos griegos y otros árabes. Yo he comprado por de pronto seis caballos árabes de segunda raza, y los he colocado, como las gentes del país, al rigor del sol, en un campo delante de la puerta, trabándoles los pies con anillas de hierro y atándoles á un poste clavado en tierra. Los criados parecen serviciales y activos, y en cuanto á los caballos, á los dos dias nos conocen y

nos halagan como perros. Habib Bárbara nos ha presentado á su mujer y á su hija, que se casa dentro de pocos dias, y nos ha convidado á la boda. Nosotros hemos aceptado con gusto por la curiosidad de presenciar una boda siriaca, y Julia está disponiendo los presentes para la novia. Yo la regalo un relox de oro, de los que he traido para semejantes circunstancias; y ella añade una sarta de perlas. A fin de reconocer las inmediaciones de Beyruth, he montado un soberbio caballo arabe de madama Jorelle, con arreos de terciopelo azul, con planchas de plata, y el petral con adornos del propio metal esculpido y con granos de lo mismo, flotando en guirnaldas, que resuenan sobre el pecho de este hermoso animal. Mr. Jorelle me vende uno de sus caballos para mi mujer, y yo he mandado hacer sillas y bridas árabes para catorce caballos.

El emir Fakardin ha plantado á una media legua de la ciudad, por la parte de Levante, una floresta de pinos de la clase llamada quitasoles, sobre una arenosa plataforma que se estiende entre el mar y el llano de Bagdad, hermoso pueblo árabe situado al pie del Líbano, y se dice que ha hecho este plantío para defender á Beyruth de las inmensas lomas de arena que se van formando á corta distancia de esta ciudad, y que amenazan cubrirla con toda su campiña. Esta floresta se ha hecho soberbia en poco tiempo; pues los troncos tienen de sesenta á ochenta pies de elevacion, y sus frondosas é inmóviles copas se tocan entre sí, en términos que es inmenso el espacio que cubren con su sombra. El suelo está cubierto de un ligero musgo con flores de un encarnado brillante, y las cebollas de jacintos silvestres son tan gordas que re-

sisten á las herraduras de los caballos. Al través de esta columnata de troncos de pino se ven por un lado las dunas ó blancos y rojizos mogotes de arena que ocultan el mar, y por el otro el llano de Bagdad el curso del rio en su estension, y un pedazo del golfo, semejante á una pequeña laguna, circuida por el horizonte de tierras, por los doce ó quince pueblos árabes situados sobre las pendientes del Líbano, y por los grupos del Líbano que forman la cortina de la escena. La luz es tan clara y el aire tan puro, que á muchas leguas de elevacion se distinguen las formas de los cedros y de los algarrobos, ó las grandes águilas que parecen nadar sin mover las alas, en el océano del éter. Este bosque de pinos es el mas soberbio punto de vista que he observado en mi vida. El cielo, los montes, las nieves, el azul horizonte del mar, el horizonte rojo y fúnebre del desierto de arena; las tortuosas líneas del rio: las aisladas copas de los cipreses; los racimos de las palmeras esparcidos por los campos; el aspecto gracioso de las cabañas cubiertas de naranjos y viñas, cuyas ramas caen sobre los techos; el severo aspecto de los empinados monasterios de maronitas, imprimiendo grandes manchas de sombra ó rellejos de luz en las laderas cinceladas del Líbano; las caravanas de camellos cargados de mercancías de Damasco que pasan silenciosamente por entre los troncos de los árboles; las bandadas de judíos pobres montados sobre asnos, y llevando dos hijos en los brazos; las mujeres á caballo cubiertas con velos blancos, andando al son del atabal y de la chirimía, y rodeadas de una muchedumbre de niños vestidos con telas bordadas de oro y bailando delante de los caballos; algunos ginetes árabes cor-

riendo el *dgerid*, al rededor de nosotros sobre caballos cuyas crines barren materialmente la arena; los grupos de turcos sentados delante de un café, formado solamente por la hojarasca, y fumando su pipa ú orando: un poco mas lejos las lomas desiertas é interminables de arena, doradas por los rayos del sol de la tarde, y en donde el viento levanta nubes de inflamado polvo: finalmente, el sordo mugido del mar, que se mezcla con el ruido armonioso que hace el viento en las copas de los pinos, con el canto de miles de pájaros desconocidos, todo ofrece á la vista y á la meditacion del espectador el cuadro mas sublime y el mas grato, é inspira al mismo tiempo una melancolía dulce que embriaga mi alma. Esta es la perspectiva de mis sueños: volveré á gozar de ella *diariamente*.

16 *de setiembre*.

Estos dias nos hemos ocupado en obtener un conocimiento general de los hombres, de las costumbres y de los lugares, como tambien de los minuciosos detalles de un establecimiento, lo cual debe recrearnos y divertirnos tratándose de un pais enteramente nuevo. La cooperacion de mis amigos y la de árabes artesanos ha formado de nuestra casa una especie de *villa* (1) parecida á las que con tanto placer hemos habitado en otro tiempo sobre los montes de Luca ó en las hermosas costas de la Liorna. Cada cual de nosotros tenemos en ella un aposento independiente, y el centro en que solemos reunirnos todos, se halla en una

(1) Casa de campo italiana.

sala precedida de un bello terrado adornado de flores: en esta sala hemos colocado divanes, y arreglado sobre tablas la biblioteca que hemos traido en el buque. Mi esposa y mi hija han pintado al fresco sus paredes, y despues ocuparon una mesa de cedro con sus libros particulares, sus *neceseres*, y algunos juguetes preciosos con que las damas de Lóndres ó Paris suelen adornar las mesas de caoba ó de mármol. Durante las ardientes horas del dia nos reunimos aquí: por la noche pasamos al terrado, y al aire libre solemos recibir las visitas de todos los europeos que tienen establecido aquí su comercio con Damasco, cuya escala es Beyruth. El gobernador egipcio nombrado por Ibrain pachá nos ha visitado, y con una finura y cordialidad mas que europea, nos ha ofrecido su proteccion, lo mismo para durante nuestra permanencia aquí, como para los viajes que gustemos hacer. Hoy le he convidado á comer, y en honor de la verdad debo decir que es hombre que puede figurar en toda reunion de cualquier pais. Antiguo militar del pachá de Egipto, tiene á su gefe, y especialmente á Ibrain el afecto mas sincero, y aquella ciega confianza en su fortuna, que solo recuerdo haber observado en los generales del emperador Bonaparte; pero que procediendo de un sentimiento religioso, es mas noble é interesante que la última, cimentada en un mero interés personal. Ibrain pachá es el destino para sus oficiales; es Allah; Napoleon era únicamente el objeto de la ambicion y de la gloria de los suyos. Ha bebido con gusto nuestro vino de Champagne y se ha prestado y amoldado á nuestros usos como si le hubieran sido familiares du-

rante su vida. Despues de la comida nos han entretenido las pipas y el café. Le he entregado una carta para Ibrain pachá donde, al paso que le participo la llegada de un europeo á un pais sometido á sus armas, reclamo su proteccion, tal como la debe esperar un hombre que combate por la causa de la civilizacion de Europa. El pachá hace poco que pasó por aquí á la cabeza de su ejército: actualmente se halla cerca de Homs, ciudad importante situada en el desierto, entre Damasco y Alepo. Hallándose las ciudades principales como Beyruth, Sayde, Jaffa, Acre y Trípoli, ocupadas de acuerdo con Ibrain, por los soldados de Beschir, el emir, ó gran príncipe de los druzos, que reina en el Líbano, ha dejado aquel en Siria muy escasas tropas. Beschir el emir no se ha opuesto á Ibrain; y al menos en apariencia, despues de la toma de San Juan de Acre abandonó la causa de los turcos; tal es la razon porque sus huestes se han unido á las del pachá. Si este llegase á ser vencido en Homs, podria el emir cortarle la retirada, y acabar fácilmente con los restos del ejército egipcio. Beschir, príncipe político y guerrero reina en el Líbano cuarenta años ha: él ha confundido en un solo pueblo los druzos, los metualis, los maronitas, los siriacos, y los árabes que reconocen su dominio. Sus hijos son guerreros como él, y los envia á gobernar las ciudades que le confia Ibrain: uno de estos se halla acampado á un cuarto de milla de aquí, en un llano que limita en el Líbano, y tiene á sus órdenes quinientos ó seiscientos caballos árabes. Nosotros debemos verle porque nos han cumplimentado en su nombre.

Hoy me contaba un árabe la entrada en Beyruth de Ibrain pachá. A corta distancia de la puerta atravesaba un camino profundo, cubierto en sus márgenes por raices desprendidas y entrelazados arbustos. Una enorme serpiente atravesando por la maleza, se adelantaba lentamente, arrastrándose sobre la arena hasta llegar cerca de los pies del caballo, que lleno de espanto y de terror se alzó de manos manteniéndose sobre sus pies. Algunos esclavos que seguian á pié á Ibrain se arrojaron á matar el venenoso reptil; pero el pacha despues de haberlos contenido con un gesto, desenvainó su alfange y esgrimiéndolo con fuerza sobre la serpiente, cortó de una cuchillada su cabeza, haciéndola caer á los pies de su caballo. Las gentes lanzaron entonces gritos de admiracion, é Ibrain llevando en los labios la sonrisa, continuó su camino, contento de aquel suceso que entre los árabes es el agüero mas seguro de la victoria. Este pueblo no puede contemplar ningun accidente de la vida, ningun fenómeno por natural que sea, sin atribuirle una espresion moral y profética. ¿Será un recuerdo de aquella mas perfecta lengua primitiva, con que en otro tiempo se comunicaban los hombres, por medio de la cual la naturaleza entera se esplicaba por la naturaleza misma? ¿Será mas bien una rapidez mas esquisita de la imaginacion que busca en todas las cosas una relacion y armonía que en vano el hombre pugna por alcanzar? Lo ignoro: sin embargo, me inclino á creer lo primero. La humanidad no tiene instinto sin motivo y sin objeto: el instinto de la adivinacion se ha observado en todos los pueblos y en todas las épocas; y los pueblos y los tiempos primitivos

se han singularizado en esta parte. La adivinacion por lo tanto, bien ha podido existir; y el hombre al decaer de su estado superior al salir del Edeu, cuya idea conservan todos los hombres por medio de una tradicion confusa y alterada, bien ha podido perder la clave de aquel idioma sublime: la naturaleza en aquel estado perfecto hablaria á la inteligencia del hombre de un modo mas fuerte, mas claro y sonoro: el mortal podria entonces concebir la oculta relacion de los hechos naturales, y podria su encadenamiento conducirle hasta el dominio de verdades ó de hechos futuros: porque siendo lo presente el gérmen del porvenir, solo necesitaria ver y comprender lo actual para penetrar los arcanos de lo futuro.

17 de setiembre.

Nuestro genero de vida no ha sufrido alteracion: pasamos el dia en hacer y recibir visitas de los árabes y de los francos, y en recorrer los encantadores contornos de Beyruth. Todos los cónsules europeos de Siria reconcentrados aquí por la guerra nos han manifestado suma bondad y vehementes deseos de servirnos. El cónsul de Cerdeña, Mr. Bianco, el de Austria, Mr. Lorella y los de Inglaterra, MMr. Farren y Abost, nos han puesto inmediatamente en comunicacion con los arabes que pueden prestarnos su cooperacion á nuestros proyectos de viajes por el interior. No es posible hallar mas cumplida hospitalidad, ni acogida mejor. Algunos de aquellos señores llevando en Siria mucho tiempo de residencia, tienen relaciones amistosas con varias familias ára-

bes de Damasco, Alepo y Jerusalen, las cuales por su parte estan en la misma armonía con los principales scheiques ó gefes de árabes de los desiertos que debemos atravesar. Por este medio vamos procurando formar de antemano una cadena de recomendaciones y de hospitalidad, que deben servirnos mucho en las diversas rutas que nos conducirán á Bagdad. Mr. Jorelle me ha proporcionado un intérprete en Mr. Mazoyer, jóven de orígen francés, pero muy versado en la lengua sabia y en los diversos dialectos de las regiones porque debemos atravesar, en atencion á que ha nacido y se ha educado en Siria. Hoy ha quedado instalado en mi casa, y le he confiado el gobierno de la parte árabe de que consta: reducida á un cocinero de Alepo, llamado Abulias, un mozo del pais que habiendo servido á los cónsules, comprende algo el francés y el italiano, una jóven siriaca tambien que habla el francés y debe servirnos de intérprete con las mujeres, y por último cinco ó seis palafreneros griegos, árabes y de varios puntos de Siria y cuidaran los caballos, plantaran las tiendas y nos escoltaran en los viajes.

La historia de nuestro cocinero es bastante original para que deje de referirla.

Abulias era un jóven cristiano de talento, que habia establecido en Alepo un pobre comercio de telas del pais, que él mismo á caballo de un asno vendia á las tribus de árabes errantes que acampan en invierno en las inmediaciones de Antioquía. No dejaba de prosperar su comercio; pero ocasionandole varios disgustos, en cualidad de infiel, se asoció á un árabe mahometano de su misma ciudad. El comercio prosperó tanto, que al

cabo de cierto número de años era Abulias uno de los mas acreditados mercaderes del pais. Entonces se enamoró de una jóven griego-siriaca, mas para obtenerla le impusiéron la condicion de abandonar á Alepo é ir á establecerse en las cercanías de Sayda, morada de la familia de su amada. Fué pues necesario que Abulias liquidase cuentas con su consocio el mahometano para dividirse las ganancias adquiridas en comun; pero este le armó una zancadilla, haciendo deponer á varios testigos falsos, que en una disputa con el mahometano le habian oido blasfemar de Mahoma, cuyo crímen se castiga en un infiel con pena capital. El desgraciado Abulias fué delatado al pachá que le condenó á la horca. La sentencia fué ejecutada; pero habiéndose roto la cuerda, Abulias cayó sin sentido al pie del cadalso en la plaza de las ejecuciones. Sin embargo los parientes de la novia consiguieron del pachá que les fuese entregado su cadáver para envolverle y hacerle los honores establecidos por el islamismo, y como al llevarlo á su casa notasen que daba señales de vida, le reanimaron completamente, y lo ocultaron en un sótano durante los primeros dias, haciendo enterrar un ataud vacio para no dar sospechas á los turcos. Pero á pesar de tantas precauciones, estos conocieron al fin la supercheria, y el desventurado Abulias fué preso de nuevo en el momento de salir en una noche por las puertas de Alepo. Inmediatamente fué presentado al pachá, que habiendo oido de la boca del resucitado la forma con que se habia salvado, sin que en ello hubiese tenido cooperacion por su parte, le propuso conforme á un artículo del Koran, la alternativa de adoptar el

culto de Mahoma, ó de volver á ser ahorcado segunda vez. Abulias se decidió á escoger el primer estremo, y en efecto practicó el islamismo hasta que acreditada su conversion, y dada al olvido su aventura, halló medio de huir de Alepo y de embarcarse para Chipre, en cuya isla abrazó de nuevo el cristianismo, y contrajo matrimonio con la mujer que amaba. Entonces bajo la proteccion francesa pudo volver á Siria impunemente, y continuó su comercio ambulante entre los árabes, los druzos y los maronitas. Tal es el hombre que necesitamos para viajar por estas apartadas regiones. Sus conocimientos de cocina estan limitados á hacer fuego en el campo por medio de arbustos, zarzas ó estiércol seco de camello, á armar dos palos cruzados hincados en tierra y colgar en ellos una marmita de cobre, á cocer en ella pollos, arroz, ó trozos de carnero, y finalmente á calentar piedras en el hogar hasta un estremo infinito, que entonces cubre con pasta formada de harina de cebada amasada por él y que al fin nos sirve de pan.

19 *de setiembre.*

Mi esposa y mi hija han estado hoy convidadas por la hija y la esposa de un gefe árabe de las cercanías para pasar el dia en el baño, diversion que disfrutan entre sí las damas orientales. Un baño en este pais, es considerado como en Europa se considera un baile suntuoso: aquel se anuncia siempre con quince dias de anticipacion. La descripcion de esta fiesta tal como la he oido esta noche de boca de mi mujer, es la siguiente:

Las salas del baño se hallan establecidas en un

edificio público, cuya entrada en ciertas horas del dia está prohibida á los hombres, porque se reservan á las mujeres: cuando se trata del baño de una novia, como sucede en la presente ocasion, la entrada en el edificio está prohibida á los hombres durante el dia entero. Hállanse iluminadas las salas por una débil luz que penetra por pequeñas claraboyas practicadas en la bóveda, cuyos vidrios pintados de varios colores las resguardan del aire: el pavimento es de mármol y varios jaspes trabajados con suma perfeccion, y las paredes se hallan cubiertas tambien de mármol, y de mosaico, ó esculpidas con molduras, columnas ó adornos moriscos. La temperatura es diversa en estas salas, y á medida que uno se va internando en ellas, siente por grados crecer el calor: la primera sala se halla segun el temple esterior: tibias las segundas; y las demas sucesivamente mas calientes, hasta que en la última el vapor del agua hirviendo, que desde las pilas se eleva, comunica á su atmósfera un calor sofocante. No suelen encontrarse pilas profundas: generalmente existen en las salas grifos incrustados por las paredes que arrojan el agua sobre el terso pavimento hasta que llega á la altura de media pulgada. Esta agua en renovacion continua, tiene salida por medio de grietas ó ligeros canales. Lo que en Oriente llaman baños, no es, pues, una inmersion completa, sino una continua aspersion mas ó menos cálida y la impresion en el cutis del vapor.

En este dia hallábanse convidadas al baño doscientas mujeres de la ciudad y de las inmediaciones, entre las cuales se contaban muchas jóvenes europeas: todas se presentaron envueltas en

una inmensa y blanca sabana de lienzo, que oculta el suntuoso trage al salir de su casa. Cada una de estas damas llegó acompañada de sus negras esclavas, ó de sus criadas libres; y poco á poco se fueron todas reuniendo en corros, sentándose sobre esteras finísimas ó almohadones dispuestos en el primer vestíbulo: entonces sus sirvientas las despojaban de las sábanas y aparecian como por encanto con toda la rica y brillante magnificencia oriental que las comunicaban sus trajes y sus alhajas. Son diversos los colores de las telas de aquellos, y distintos tambien el número y esplendor de las joyas; empero no existe regularidad alguna en la forma y corte de los vestidos.

Consisten estos en un ancho pantalon de pliegues de raso rayado, sujetos á la cintura con una faja encarnada de seda, y estrechado hácia los tobillos con un brazalete de oro ó plata: una especie de peto formado de tela tejida de oro, abierto por delante, y prendido por bajo el pecho, que queda descubierto con sus mangas ceñidas por el sobaco y abiertas hasta el puño desde el codo, dejando asomar una camisa de gasa que cubre lo que del pecho queda descubierto: y finalmente, una chaqueta de terciopelo de color subido, colocada sobre el peto, forrada de martas ó de armiño, y bordada de oro por todas sus costuras: sus mangas están abiertas tambien.

Llevan dividido el cabello sobre la cabeza dejando caer una parte sobre el cuello, y formando de la restante unas trenzas bastante anchas, las cuales llegan hasta los pies añadidas á otras de seda negra que imitan á los cabellos. Sus estremi-

dales están sujetas con cordones de oro ó plata, cuyo peso las hace gravitar perfectamente por toda la estension del talle. Ademas de esto llevan adornada la cabeza con pequeñas sartas de perlas, de sequines de oro encadenados, y de flores naturales: todo mezclado y esparcido en la cabeza con increible profusion, presenta una apariencia original, como si hubiesen derramado una caja de joyas sobre estas cabelleras abrillantadas y perfumadas con flores y con alhajas. Este escesivo lujo produce el efecto mas admirable, sobre todo en los rostros de las jóvenes de quince á veinte años. Algunas llevan tambien en la coronilla un gorro chiquito de oro macizo, cincelado, cuya forma presenta una copa vuelta del revés, como si fuera un solideo: de su centro parte una bellota del mismo precioso metal, de que desciende una borla de perlas que cuelga por detrás.

Sus piernas van desnudas; y sus pies calzados en babuchas de tafilete de color amarillo que arrastran al caminar.

Sus brazos se ostentan cubiertos de brazaletes de oro, perlas, ó de plata: y su cuello oculto con las ondulaciones de muchos collares que, cayendo sobre el pecho, forman una ancha y abigarrada trenza de oro y de perlas.

Cuando hubieron llegado todas las damas, resonó de repente una música silvestre, compuesta por las voces desacordes de atabales, chirimías, y por los gritos penetrantes y lamentables alaridos que lanzaban ó hacian vibrar varias mujeres, cuya parte superior de cuerpo estaba cubierta simplemente por una gasa encarnada. La música no cesó en todo el dia y comunicaba á la escena de fiesta

y de placer, una fisiología de turnelto y frenesí completamente salvage.

La novia apareció acompañada de sus jóvenes amigas con tan lujoso trage, que su pelo, su cuello, sus brazos y su pecho, desaparecian completamente debajo del velo flotante y espeso de guirnaldas, perlas, oro y pedrería: las bañeras se apoderaron de la siriaca, y pieza por pieza la fueron despojando completamente de todas sus vestiduras: á este tiempo las otras damas habian sido tambien desnudadas por sus esclavas, y entónces comenzaron las diversas ceremonias de aquel acto.

Al compás de la música, y con palabras, genuflexiones y morisquetas estrañas, pasaron todas de una en otra sala; en primer lugar tomaron los baños de vapor; luego los de ablucion, y despues fueron derramadas sobre ellas las jabonadas de aguas aromáticas. Acto continuo comenzaron los juegos, y todas con sus gestos, gritos y ademanes, practicaron iguales locuras que haria una turba de calaveras estudiantes, conducida á bañarse en un rio. Se arrojaban agua, sumerjian en ella sus cabezas, se salpicaban los rostros mutuamente, y entre tanto la música resonaba con mas estrepito, tanto cuanto mayores eran las travesuras de las jóvenes, que las escitaba una risa mas estrepitosa todavia que la orquesta.

Al fin salieron del baño: las esclavas y sirvientas trenzaron de nuevo los húmedos cabellos de sus señoras, y volvieron á sujetarlas los brazaletes y collares, y á colocarlas los trages de seda, petos de tela de oro y chaquetas de terciopelo de colores: en seguida estendieron almohadones sobre las esteras de las salas, cuyos pisos estaban

ya enjutos, y sacaron cestas y envoltorios de provisiones dispuestas para el almuerzo. Aquellas estaban reducidas á artículos de pastelería, conservas y alimbares de todas especies, en cuya elaboracion los árabes son consumados profesores, y sorbetes de azahar y de cuantas clases de helados usan los orientales durante todas las horas del dia. Despues se trajeron pipas para las señoras de edad, y con esto la atmósfera fué oscurecida é impregnada con torbellinos de humo oloroso: sirvióse el café en tacitas introducidas dentro de otras formadas por un rejado de hilo de plata y oro, y al circular el café las conversaciones tomaron animacion. En seguida entraron las bailarinas, y al compás de la propia música ejecutaron los bailes egipcios, y las monotonas evoluciones de la Arabia.

El dia entero se pasó de este modo: á la entrada de la noche acompañaron á la novia todas las convidadas, hasta la casa de su padre. La ceremonia del baño, tal cual se ha descrito, suele celebrarse algunos dias antes del casamiento.

20 de setiembre.

Nuestro establecimiento está finalizado y completo, y es necesario organizar mi caravana para el viaje que voy á hacer al interior de la Siria y Palestina. He comprado al efecto catorce caballos árabes, unos de Alepo y del desierto, y los demás del Líbano: les he mandado hacer sillas y bridas segun los usos de este pais, que son lujosas y adornadas con flecos de seda y de hilo de oro y plata. El respeto que se inspira á los árabes está siem-

pre en proporcion del lujo que se despliega ante sus ojos: es preciso deslumbrarlos, herir su imaginacion para viajar entre sus tribus con una seguridad completa. He mandado componer mis armas, y pienso comprarlas mejores aun para armar á mis carvas, que son los turcos que ahora reemplazan á los genizaros, que en otro tiempo concedia la puerta á los embajadores ó á los viajeros á quienes dispensaba su proteccion. Los carvas hacen á la vez de soldados y magistrados, y con corta diferencia imitan á los cuerpos de gendarmeria de los estados de Europa. Cada cónsul conserva uno ó dos de ellos adheridos á su persona, y cuando viajan les acompañan á caballo, anunciando su llegada en las ciudades por donde tienen que pasar, advirtiendo su arribo al scheik, al pachá ó gobernador, haciendo preparar la casa en que se debe alojar, y protegiendo en fin con su autoridad y presencia, toda la caravana que los lleva por garantía. Sus trages varian en esplendor con arreglo á la categoría, rango, ó importancia de la persona á cuyo servicio marchan. Solamente tienen derecho á servirse de ellos los embajadores y cónsules europeos; pero gracias á la fina atencion de Mr. Jorelle, y á la estrema bondad del egipcio gobernador de Beyruth, se me ha concedido de ellos bastante número: pienso dejar algunos en casa para el servicio de mi esposa y de mi hija, y para su seguridad cuando quieran salir, y llevaré conmigo al mas jóven y mas valiente, que pondré á la cabeza de mi destacamento. Estos hombres son muy serviciales y atentos: apenas exigen otro premio que hermosas armas, ricos trages y escelentes caballos.

se mantienen lo mismo que los demás árabes, con frutos y galleta de harina de cebada, y duermen al campo raso, á la sombra de las moreras de los huertos, ó en una tienda de campaña que he mandado fijar cerca del sitio en que se hallan mis caballos.

Mr. Bianco, cónsul de Cerdeña que nos visita diariamente cual un amigo de muchos años, me sugiere todas estas disposiciones que deben constituir durante mi ausencia, la seguridad de mi esposa y de mi hija, y la nuestra durante el viaje en proyecto. Tengo compradas ya las tiendas de campaña y Mr. Bianco me presta para mi uso la menor de las suyas.

22 *de setiembre.*

Nuestra marcha está retardada por los terribles calores de este mes, y continuamos pasando los dias haciendo y recibiendo visitas de nuestros vecinos griegos, árabes y maronitas, y formando relaciones que deben recrear mas y mas nuestra mansion. En ningun pueblo de Europa podriamos hallar mas benevolencia, y recibimiento mas satisfactorio que el que nos han dispensado aquí. Estos pueblos estan acostumbrados á ver llegar á su pais infinitos europeos dedicados al comercio, cuyas miras al formar conocimientos y relaciones van dirigidas siempre por el mezquino interés; y no comprenden que uno pueda viajar y habitar entre ellos despues de una marcha tan dilatada y penosa, solo por conocerles, y visitar y admirar su clima benéfico y sus arruinados monumentos. De este modo al lle-

gar á sus costas un estrangero comienzan por revelar y sospechar de sus intenciones, y como vulgares tradiciones les han hecho creer que existen tesoros sepultados bajo sus ruinas, presumen que aquel esta iniciado en el secreto de encontrarlos, y que por esto no se escasean los gastos y fatigas. Pero cuando una vez podemos convencerles de que al hacer este viaje no estamos dominados por tal intencion, sino por la de visitar y admirar la obra del Señor en la mas hermosa region de la tierra, estudiar sus costumbres y ver y amar á sus habitantes; cuando por otra parte se les hacen presentes y regalos, sin exigir en cambio mas que la amistad; cuando como nosotros se lleva un médico y un farmacéutico que oyen sus consultas y les distribuyen gratis los necesarios medicamentos para curar sus dolencias, y por último, cuando ven que el viajero que llega á su país es considerado y obsequiado de los demas europeos, que posee un hermoso buque en el cual se traslada á su capricho de uno á otro punto, negándose á tomar ningun encargo ni comision especulativa y comercial, entonces se asombran: las ideas de grandeza, de poder y desinterés, destruyen todos sus sistemas y cálculos, desvaneciendo sus recelos; entonces pasan rápidamente desde la desconfianza á la admiracion, y desde la admiracion al cariño.

Tales son los sentimientos que les dominan respecto á nosotros. Nuestro patio se halla continuamente lleno de árabes de las montañas, de frailes maronitas, de Scheiks druzos, niños, mujeres y enfermos que vienen á vernos desde quince ó veinte leguas, consultándonos y ofre-

ciéndonos su hospitalidad, para en caso de que pasemos por sus tierras: casi todos se hacen preceder de regalos de frutos y vinos del pais. Nosotros les recibimos afectuosamente, les hacemos tomar café, fumar la pipa, beber sorbetes, y en cambio de sus presentes les hago algunas finezas de telas de Europa, armas, relojes y chucherías de poco valor de los cuales he traido un considerable número. Con esto se vuelven agradecidos, y satisfechos de la acogida que les hemos hecho, llevan lejos de estos lugares, y esparcen á su tránsito la fama y las virtudes del *Emir frangi* ó *príncipe francés*, como ellos me llaman. Este es mi nombre en los alrededores de Beyruth, y aun en esta misma ciudad; por él me conocen todos; y como en mis peligrosas correrías por la comarca puede serme de gran utilidad tal consideracion, Mr. Jorelle y los cónsules europeos tienen á bien no desengañarlos de su error, dejando pasar al humilde poeta por un magnate de Europa.

Es inconcebible la rapidez con que en la Arabia circulan las noticias; ya no se ignora en Damasco, en Alepo, en Latakia, en Sayda ni en Jerusalen, que ha llegado á Siria un estrangero que piensa recorrer todas estas regiones. En un pais en cuyos ánimos y cosas existe tan poco movimiento, un desusado acontecimiento por trivial é insignificante que sea, forma el objeto de todas las conversaciones, vuela con la rapidez del rayo de tribu en tribu, de ciudad en ciudad, de gente en gente; la imaginacion exaltada de los árabes lo aumenta y adorna todo, y en solos quince dias puede adquirirse una nombradía á cien leguas de distancia. Lady-Stan-

hope ha hecho en otra ocasion y en circunstancias semejantes á las mias con corta diferencia la esperiencia que yo estoy palpando, y son demasiado favorables á un estrangero estas disposiciones para que yo me queje de ellas. Nosotros les dejamos decir y hacer, y sin desengañarles recibo los títulos, las virtudes y las riquezas con que me dota la imaginacion arabesca, y que depondré humildemente cuando vuelva á ocupar las justas proporciones de mi medianía natal.

27 *de setiembre.—Torre de Facardin.*

Este dia le hemos pasado entero en la boda de la jóven siriaco—griega: la ceremonia de casamiento ha comenzado por una dilatada procesion de mujeres árabes, griegas y siriacas, las cuales han venido á ella, unas á caballo y las demas á pie, atravesando las sendas de aloes y moreras para acompañar en tan interesante ocasion a la novia, lo cual no deja de ser una circunstancia bien fastidiosa. Muchos dias, y muchas noches há que cierto número de mujeres no abandona la casa de Habeb, lanzando á todas horas gemidos agudos y prolongados, gritos y cantos de diversos generos, todo en conjunto semejante á las voces que dan en los collados de nuestra Francia los vendimiadores y jornaleros. En tales clamores, lágrimas, y alegres y gozosos cantos no existe uno siquiera que salga del corazon: todos son ficticios, y lanzados con el único objeto de no dejar dormir á la novia desde muchos dias precedentes al de su desposorio: el futuro tiene que pasar por la misma prueba, puesto que los jóvenes y los ancianos de su familia

practican desde los anteriores ocho dias, cerca de sus oidos, la misma gresca, llantos y algazara. Yo no comprendo la causa de tan rara costumbre.

Hemos sido introducidos en los jardines de la casa de Habeb, y han hecho pasar á las damas hasta el interior de los divanes para que cumplimenten á la jóven, admiren su tocador y gocen del espectáculo de las ceremonias: por lo que respecta á los hombres nos han dejado en el patio, que es un aposento ó divan interior. Una mesa á la europea existía en esta pieza, cubierta y atestada de frutos, confituras, pasteles de azúcar y miel, licores, helados y sorbetes, renovándose constantemente á medida que los numerosos convidados se regalaban á su antojo. Empero yo he merecido la notable distincion de ser introducido en la estancia de las damas, al tiempo en que el arzobispo griego echaba á los novios su bendicion nupcial. Hallábase entonces la jóven puesta en pie al lado de su futuro, cubierta de pies á cabeza con un velo de gasa de color encarnado ricamente bordado de oro: el sacerdote alzó por un momento el espeso velo; y en aquel instante el jóven vió por la vez primera á la mujer con quien iba á unirse para siempre: era verdaderamente hermosa. Su palidez era notable: el cansancio y la emocion habian comunicado á su semblante aquella morbidez lánguida, que hacia resaltar con mas fuerza el reflejo de los rayos de luz, atravesando por entre los hilos del velo, ó rechazados por las innumerables joyas de oro, de plata, de perlas y diamantes que cuajaban todo su trage: finalmente, las dilatadas trenzas de cabellos negros como el ébano que caian alrededor de su talle, destacaban

fuertemente aquel estraordinario color. Hallabanse pintadas de negro sus pestañas, como sus cejas y borde de los ojos: sus manos ostentaban en las uñas y en la estremidad de los dedos diferentes dibujos moriscos, pintados á divisiones con color encarnado; en una palabra, era tan estraño, tan nuevo y tan solemne el efecto que en conjunto comunicaban estos minuciosos detalles á su fisonomía, que nos dejó completamente admirados. Su esposo apenas tuvo tiempo para miraria: por otra parte el cansancio y el desvelo tenian agotadas sus fuerzas; y el sentimiento del amor no pareció herirle de un modo tan estraordinario que pudiese desvanecer su abatimiento: no es estraño que tan estravagantes costumbres venzan las fuerzas aun del mismo amor. Tomó el arzobispo de la mano de uno de los sacerdotes que le acompañaban una corona hecha de flores naturales, y la colocó sobre la cabeza de la esposa: volviola á tomar y tocando con ella la cabellera del jóven tornó á ponerla sobre el velo de la novia, volviendo de nuevo á coronar al esposo, pasándola á la cabeza de la esposa y practicando este cambio otra multitud de veces. Lo propio hizo con dos sortijas que pasó repetidas ocasiones de los dedos del uno á los del otro, y despues sirvió á los contrayentes la comunion en ambas especies, que consiste en comer del mismo pedazo de pan y beber ambos en la misma copa. Acabado esto condujeron á la esposa á una estancia adonde á las mujeres únicamente fué dado seguirla para cambiar de trage; y el novio fué llevado ál jardin por sus padres y amigos, haciendole sentar bajo un arbol que rodeaban todos los hombres de su familia. Los bailari-

nes y los músicos entraron y pasaron el dia hasta ponerse el sol tocando bárbaros y destemplados sones, lanzando agudos chillidos, y haciendo cabriolas y contorsiónes enfrente del jóven que se habia quedado dormido, y que en vano sus deudos y amigos procuraban despertar.

Entrada la noche le condujeron solo y en procesion á casa de su padre, pues á un recien casado solo al cabo de ocho dias le es dado conducir á su hogar la esposa que acaba de obtener.

Las mujeres que en casa de Habeb habian lanzado tantos gritos, salieron algo mas tarde; y nada hay mas pintoresco que contemplar la interminable procesion que forman, vestidas con los trages mas espléndidos y estraños, cubiertas de pedrería y acompañadas de esclavas y sirvientas que llevan hachas de viento para iluminar su marcha, que se prolonga por entre los estrechos y largos senderos de aloes y naranjos á la orilla del mar, unas veces en silencio, y las demas dando gritos que resuenan sobre las olas ó bajo los robustos plátanos de la falda del Líbano.

Nosotros nos retiramos á la casa que habitamos próxima á la de Habeb, en la cual oiamos aun el rumor de las conversaciones de aquellas mujeres, y largo tiempo seguimos con nuestros ojos los fuegos errantes que atravesaban el llano, ocultados y vueltos á aparecer por el efecto que en ellos producian los troncos de los árboles.

29 de setiembre.

Corre muy válida la voz de que Ibrain ha padecido un descalabro: si el ejército de Egipto lle-

gase á ser derrotado, la venganza de los turcos sería temible, gimiendo como ahora gimen bajo la opresion de los cristianos del Líbano; las casas aisladas como la nuestra correrian el mas grave riesgo. Esta circunstancia me ha determinado á tomar en alquiler una casa en la ciudad, y por fortuna la he hallado esta mañana, suficiente para alojarnos á todos. Nuestra futura vivienda, así como todos los palacios árabes, se compone de un pequeño corredor oscuro que da salida á la calle por una puerta baja: el corredor conduce á un patio, cuyo pavimento es de mármol, hallándose circundado de divanes ó abiertas estancias. Durante el verano se tiende una vela de buque, ó una tela de lana sobre el patio, y a su sombra reciben los árabes sus visitas: hállase en el centro un surtidor de agua, y cuando por su medio no se obtiene agua corriente, se proveen los árabes de este líquido en cualquiera de los cerrados pozos que ocupan los ángulos del cuadro. Este patio comunica con otras piezas grandes, baldosadas de mármol y adornadas de mosaico hasta la altura del pecho; de mármol labrado á nichos y á pilastras en fuentecitas, ó de madera prolijamente esculpida. La primera parte de estas salas ó divanes está formamada por un bajo escalon, la parte alta ó interior que forma otro escalon hállase dividida de la primera por medio de una baranda de madera labrada con elegancia y primor. Los criados y los esclavos ocupan la primera parte en pie, teniendo en la mano la taza del café, la pipa ó el sorbete; y en la segunda se hallan sus señores sentados sobre tapices y apoyados en almohadones. Generalmente en el fondo de las piezas existe una pequeña escale-

ra oculta entre el enmaderamiento, que va á parar á una especie de tribuna alta que ocupa una parte de aquel ángulo: esta tribuna tiene vistas á la calle por medio de pequeñas ventanas resguardadas con rejas por el esterior, y por el interior con celosías de madera formando variados dibujos, en cuyas obras ostentan todo su maravilloso gusto y primor los ebanistas del pais. Semejantes tribunas son tan reducidas que se asemejan á un pequeño retrete, y hállanse cubiertas de colchones y almohadones forrados de seda: los árabes ó los turcos poseedores de comodidades, pasan allí las horas de la noche. Los demas se hacen tender por el suelo almohadones mas humildes, y se quedan dormidos sobre ellos, sin mas abrigo que el que les prestan las hermosas pieles, con que van vestidos ordinariamente.

La casa que he tomado en alquiler tiene cinco ó seis piezas de esta clase en el primer piso, é igual número en el segundo: ademas tiene muchas otras piezas altas, pequeñas, separadas, que servirán para mis criados europeos. Los genizaros, sais y criados arabes, dormirán á la puerta de la calle, en el patio ó en el corredor, pues no hay necesidad de darles cuarto ni cama, mediante á que el unico lecho de que el pueblo de este pais se sirve, consiste en una estera de paja de Égipto tendida por el suelo. La belleza del clima dispensa de las comodidades nocturnas que tenemos en Europa; y nosotros mismos esperimentamos que no hay un cielo de cama más dilicioso que el estrellado manto azul del firmamento, al aire libre: la brisa del mar comunica á la atmósfera una frescura muy á proposito para conciliar el sueño. El rocío es insigni-

ficante, y por esta razon basta cubrirse los ojos con un pañuelo de seda, para poder dormir al raso, sin temor alguno.

La nueva habitacion es únicamente un asilo que debe servir á mi esposa é hija en el caso de que Ibrain pachá haga una retirada; yo me he contentado con tomar sus llaves, y no la ocuparemos mientras podamos vivir sin peligro en la aislada que actualmente nos sirve de habitacion. Bajo la garantía de los cónsules europeos, en una ciudad circuida de murallas y tan inmediata á un puerto donde existen buques anclados de todas naciones, no pueden temer inminente peligro los estrangeros. Tengo alquilada la casa por un año, por el estipendio de trescientos francos poco mas ó menos: de suerte que ella y las cinco que tengo en el campo á mi disposicion, solo me cuestan mil trescientos francos anuales: así pues por una cantidad que en Europa no seria suficiente á satisfacer una regular, me pertenecen en esta seis casas.

Un comerciante turco tiene á una legua, á la izquierda de Beyruth, una de las mas deliciosas viviendas que pueden desearse: le he propuesto que me la ceda, y aunque no ha accedido á alquilármela, está dispuesto á enagenármela por unos diez mil francos. Su situacion es pintoresca: hállase en el centro de un huerto muy vasto, plantado de cedros, viñas, higueras y naranjos, regado por una bellísima fuente de un agua esquisita que desciende del monte: el mar la circunda completamente, y la espuma de sus olas llega hasta bañar el pie de sus paredes. Delante de ella se estiende toda la anchurosa rada de Beyruth con sus buques anclados, y desde sus ventanas se puede oir has-

ta el rumor del viento que azota y balancea las complicadas jarcias y cordelaje. La ojeada del curioso se clava en la mole de una antigua fortaleza morisca internada en la mar, y unida por medio de puentes á unos colladitos cubiertos de menuda yerba. Las sombrías y elevadas almenas de este fuerte se destacan sobre el fondo de nieve que cubre el monte sautno, permitiendo ver en algunos intervalos los centinelas de Ibrain, paseando y observando la mar.

El edificio del comerciante turco es mucho mas hermoso que el que acabo de alquilar: sus paredes se hallan cubiertas de mármoles ó enmaderamientos de cedro delicadamente esculpidos: perpetuos surtidores de agua se oyen murmurar al nivel del pavimento del alto ó bajo piso; las ventanas resguardadas con espesas rejas permiten á las damas disfrutar al aire libre sin ser vistas, las noches y los dias, fijando sus ojos en la admirable perspectiva que las ofrece el mar, las montañas, y las escenas que dan vida y movimiento al puerto. Su dueño me ha recibido bien, prodigándome sorbetes, pipas y café, y acompañándome él mismo con amabilidad suma por todas las piezas de su casa. Cuando nos hemos acercado á la habitacion del harem, hemos visto cinco ó seis mujeres, las unas de quince ó diez y seis años á lo mas, y las restantes de veinte ó treinta, en el lindísimo trage de las árabes, y con todo el desórden de un tocador interrumpido, huyendo con precipitacion llevando desnudos piernas y pies, unas cubriéndose con apresuracion los rostros por medio de un denso velo, y las otras llevando al pecho sus hijos, retratada en la fisonomía toda la vergüenza y

confusion consiguientes á semejante sorpresa: es probable que su dueño las hubiese hecho advertir que se retirasen á algun pabellon del jardin: y muy factible que sus órdenes se hubiesen ejecutado con demasiada negligencia. Las mujeres se introdujeron por un corredor sombrío, y el eunuco se coloco á la puerta. Este incidente no causó al comerciante embarazo ni incomodidad alguna; por lo menos no lo manifestó por sus acciones y semblante, y continuamos examinando todas las piezas interiores del harem, con la misma franqueza que si este reconocimiento se verificase en un pueblo de Europa.

Visita a Lady Stiher Estanhope.

Lady Esther Stanhope, sobrina de Mr. Pitt, abandonó la Inglaterra al morir su tio, para recorrer la Europa. Jóven, rica, y hermosa, halló en todas partes una acogida análoga á su rango, riqueza, talento, hermosura y juventud; pero aun cuando se la presentaron ventajosos partidos de himeneo, no quiso unir jamás su suerte con la de algunos de sus admiradores, y despues de pasar algunos años en las principales capitales europeas, se dió á la vela para Constantinopla, llevando consigo una comitiva numerosa. Todos han ignorado la verdadera causa de esta separacion: unos pretenden que ha dado márgen á ella la prematura muerte de un jóven general inglés muerto por aquel tiempo en la guerra de España, cuyo amor conservó siempre en el fondo de su alma; y otros la atribuyen á la natural propension de buscar aventuras, innata en su carácter denodado y

emprendedor. Sea de esto lo que quiera, Lady Esther Stanhope partió, habitó en Constantinopla algunos años, y despues se embarcó para la Siria en un bajel inglés donde llevaba la mayor parte de sus riquezas, y un tesoro casi inagotable en joyas y presentes.

El buque fué asaltado en el golfo de Macri por una horrorosa tempestad, y en la derrota de Carmania se estrelló contra un escollo á pocas millas de la costa. En pocos momentos el barco fué hecho astillas ó sumergido con todas las riquezas que contenia; y la misma Lady Stanhope salvada milagrosamente, fué arrojada sobre un trozo del buque á una pequeña isla desierta, donde permaneció por espacio de veinte y cuatro horas sin tomar alimento ni recibir socorro. Pero afortunadamente unos pescadores de Marmoriza, que buscaban los restos del naufragio, la descubrieron y la trasladaron á Rodas, en cuya isla se hizo reconocer por el cónsul inglés.

Tan deplorable suceso no entibió su tenaz resolucion, é inmediatamente pasó á Malta y despues á Inglaterra. Allí reunió todo el resto de su fortuna, vendiendo á menos precio sus ricas posesiones; y despues de cargar otro buque con ricos presentes, joyas de inestimable precio, y sendas guineas, todo lo cual constituia un nuevo tesoro acaso mas rico que el anterior, se dió á la vela inmediatamente. Por esta vez su viaje fué dichoso y desembarcó en Latakía, que es la antigua Laodicea sobre la costa de Siria en Trípoli y Alejandreta. Por de pronto se estableció en sus cercanías, aprendió el árabe, y rodeándose de personas que pudiesen facilitarla relaciones por estos paises y en sus

distintas poblaciones drusas, árabes y maronitas, se preparó para hacer grandes incursiones, comenzándolas por emprender cortos viajes de descubierta hácia las partes menos accesibles de la Arabia, de la Mesopotamia y del desierto.

Despues de estar familiarizada con la lengua, trages y costumbres de estas regiones, organizó una caravana numerosa, y habiendo cargado muchos camellos con inumerables presentes para los árabes, recorrió todas las partes de la Siria, visitando á Jerusalen, Damasco, Alepo, Koms, Balbeck y Palmira. En este último punto las numerosas tribus de árabes errantes la proclamaron reina: despues de haberla allanado todos los obstáculos hasta su llegada á estas famosas ruinas, cercaron su ostentosa tienda en número de cuarenta ó cincuenta mil, y encantados de su magnificencia, de su gracia y hermosura, la alzaron sobre el pavés como soberana de Palmira, entregándola firmanes en que se obligaban á no molestar de ningun modo á los europeos á quien dispensara proteccion, permitiéndoles que visitasen con toda seguridad el desierto con las ruinas de Balbeck y de Palmira, con tal de que cada uno de ellos se obligase á pagar un tributo de mil piastras, cantidad que asciende á unos trescientos treinta francos. El tratado existe aun, y es observado religiosamente cuando se presentan irrecusables pruebas de la proteccion de Lady Stanhope.

No obstante su triunfo, á su regreso de Palmira estuvo próxima á ser hecha prisionera por una numerosa tribu de árabes distintos, enemiga de las de Palmira: pero advertida á tiempo por uno de sus servidores, se salvó del peligro con toda su caravana, merced á una marcha forzada que veri-

ficó por la noche, y á la ligereza estrema de sus caballos, que en veinte y cuatro horas atravesaron un espacio increible del desierto. Tornó, pues, á Damasco, y allí residió algunos meses bajo la proteccion del pachá turco, á quien habia sido vivamente recomendada por la Puerta.

Despues de una vida errante por todas las comarcas orientales, Lady Esther Stanhope fijó su residencia en una casi inaccesible soledad, que corona una de las montañas del Líbano, próxima á Saida, ó antigua Sidon. Abdalla-Pachá, que gobierna á San Juan de Acre, la miraba con el respeto mas profundo; y en prueba de esto y de su acendrado afecto la concedió un convento arruinado y la aldea de Digoun poblada por drusos. En este terreno edificó numerosas casas circundándolas con una muralla semejante á las fortificaciones europeas de la edad media, formó artificialmente un bellísimo jardin turco, que reunia frutos, flores parrales, kioscos enriquecidos de esculturas y pinturas arabescas, aguas corrientes que serpenteaban por canales de mármol con surtidores en el centro de los pisos de los kioscos, los cuales se encontraban colocados bajo las bovedas formadas por el follaje de higueras, limoneros y naranjos. Lady Stanhope vivió muchos años en tan delicioso Edén cercada de un lujo completamente oriental, rodeada de gran número de dragomanes árabes ó europeos, de una comitiva numerosa de mujeres y de esclavos negros, y con grandes relaciones de amistad y aun de política con la Sublime Puerta, con Abdalla-Pachá, con el Emir Beschir soberano del Líbano, y especialmente con los Scheiks árabes de los desiertos de Siria y de Bagdad.

La ausencia de esta dama, ocasionó el desarreglo de sus intereses y el decaimiento de su fortuna, viéndose poseedora únicamente de unos treinta ó cuarenta mil francos, resto insignificante de sus inmensos tesoros; pero suficiente aun para sostener en este pais el tren que se veia obligada á conservar. Sus amigos de Europa murieron ó la abandonaron; y se entibió la amistad de los árabes que para conservarse ha menester de contínuos regalos: las comunicaciones fueron haciéndose menos frecuentes y mas reducidas, y Lady Esther Stanhope cayó en el mas completo aislamiento. Este estado fatal es el que ha dado margen á que su carácter y su alma mostrase la energía y la constante resolucion de que está dotada: lejos de retroceder, lejos de amilanarse, no echó de ver la pérdida de su pasada prosperidad y grandeza: no se rindió bajo el peso de su infortunio ni se intimidó siquiera ante el aspecto de su vejez y del olvido de los vivos. Sola, abandonada, sin libros, sin papeles públicos de Europa, sin amigos y hasta sin criados para el servicio de su persona, conserva únicamente á su lado algunas negras, é hijos de esclavos de la misma raza, y cierto número de labradores árabes que cuidan su jardin y sus caballos, al paso que velan por su seguridad personal. Generalmente se cree en este pais, y mis relaciones con esta dama me autorizan á concebir la misma creencia, que este valor estraordinario, esta resolucion tenaz, no la debe únicamente á su firmeza de carácter, sino tambien á la exaltacion de sus religiosas ideas, en las cuales se halla confundida la ilustracion de las de Europa, con algunas creencias orientales,

y particularmente con las maravillas de la astrología. Pero de todos modos es indudable que Lady Esther Stanhope obtiene en el Oriente la nombradía mas asombrosa.

Hallándome tan cerca de ella he deseado verla: su inclinacion á la soledad y á la meditacion tiene tanta simpatía, aparente cuando menos, con mis ideas, que deseaba con ardor examinar por mí mismo los puntos de contacto que existen entre nuestros gustos y opiniones. Empero siendo muy difícil á un europeo conseguir el favor de ser admitido en su casa, porque se niega á toda comunicacion con los viajeros ingleses, con las mujeres, y aun con los miembros de que consta su propia familia, tenia yo una esperanza muy escasa de que me presentasen á ella: mas sabiendo que aun conserva algunas relaciones, aunque lejanas, con los árabes de la Palestina y de la Mesopotamia, y que una recomendacion de ella podria servirme de mucho en mis correrías, he tomado el partido de dirijirla por conducto de un árabe la siguiente carta.

»Milady:

»Viajero como vos y como vos estrangero en el »Oriente, adonde solo vengo á buscar el grandioso »espectáculo de su naturaleza, de sus ruinas y de »las obras admirables de que plugo enriquecerlo el »Eterno, acabo de llegar á la Siria con mi fami»lia; y consideraria como el mas interesante acae»cimiento de mi viaje, hacer conocimiento con una »mujer que por sí misma ha llegado á ser una de »las portentosas maravillas de la tierra que vengo á »visitar.

»Si os dignais dispensarme el alto honor de »recibirme, tened á bien indicarme el dia que

»gusteis, manifestándome al paso si debo presentar-»me solo ante vos, ó si me será permitido llevar en »mi compañía algunos amigos, que no tendrian en »mas escasa estima que yo, el honor de cono-»ceros.

»Deseo que mi súplica no influya de manera »alguna en vuestra voluntad, para concederme una »licencia tal vez repugnante á vuestro hábito del »absoluto retiro, porque comprendo bien el precio »de la libertad y el encanto de la vida solitaria, »y no atribuiré vuestra negativa á una causa que »pueda considerar tan en poco que no la sepa »respetar.

«Quedo, etc.»

Lady Stanhope no me hizo esperar la respuesta por mucho tiempo. El 30 de setiembre á las tres de la tarde llegó su escudero á mi casa, que la sirve de médico á un mismo tiempo, con órden de acompañarme á Dgioun, residencia de esta inglesa estraordinaria.

A las cuatro nos pusimos en marcha; yo fuí acompañado del Dr. Leonardy, de Mr. de Parseval, de un criado, y de un guia; todos á caballo. A cosa de media hora de Beyruth, atravesamos un magnífico bosque de pinos plantados en aquel sitio por el emir Fakardin, sobre un elevado promontorio, cuya vista se dilata á la derecha hácia el borrascoso mar de la Siria, y á la izquierda hácia el hermoso valle del Líbano. Es admirable este punto de vista: las riquezas de la vegetacion occidental que consisten especialmente en la viña, la higuera, el moral y el álamo piramidal, se ostentan unidas á las elevadas columnas de las palmeras orientales, cuyas anchas hojas mueve el

viento como un gran penacho sobre el azulado fondo del firmamento. A pocos pasos de este sitio existe una especie de desierto, cuyo piso es de arena encarnada, amontonada en ondas tan movibles y enormes como las líquidas del Océano.

Los momentos en que pasábamos por este desierto, pertenecian á la tarde de un dia de aire y furioso viento: las arenas conmovidas como las olas del mar, se agitaban y se mecian ante nuestros ojos: el espectáculo era para mí nuevo y melancólico á la par: representaba en miniatura el verdadero y vastísimo desierto que yo iba á recorrer bien pronto. No se distinguía huella alguna ni de hombres ni de animales, incrustada en este terreno movedizo é inconstante; así es, que para continuar nuestro camino, nos servian de guia solamente por un lado las embravecidas olas del mar, y por el otro las trasparentes cumbres del Líbano. Pero entramos muy pronto en una especie de camino sembrado de enormes piedras angulares: esta senda ceñida hasta llegar á Egipto por las aguas del mar, nos condujo á una ruinosa casa, resto de una fortificada torre: en ella pasamos las horas sombrías de la noche, acostados sobre esteras de junco, y envueltos en nuestras capas. Al salir la luna volvimos á montar á caballo. Hallábase el cielo brillante, fúlgido y sereno: las estrellas reflejaban en el firmamento con todo su esplendor: la calma mas perfecta reinaba en las etéreas alturas que contenplábamos desde un punto tan lejano: pero en rededor nuestro parecia que la naturaleza gemia y se atormentaba á sí propia con siniestras convulsiones. el desolado aspecto de algunas

leguas de costa, daba mas fuerza á tan penosa impresion. Habia quedado á nuestras espaldas el crepúsculo del dia con las bellas y sombreadas laderas, y los frondosos valles del Líbano: cerca de las colinas sembradas completamente de piedras blancas, grises y negras se alzaba á nuestro lado izquierdo el proceloso mar, convulso y agitado desde por la mañana por una tempestad: sus pesadas y amenazadoras olas se desplegaban en su admirable superficie, y nosotros las veiamos llegar desde lejos por medio de las sombras que las preceden en su marcha, y las oiamos y veiamos tambien estrellarse estrepitosamente contra la orilla, estendiendo su blanca espuma sobre la faja de arena húmeda por donde caminábamos nosotros, inundando á cada instante los pies de nuestros caballos, y amenazando arrastrarnos á nosotros mismos hasta las profundas entrañas del piélago incommensurable. La luna que brillaba con poco menos esplendor que un sol de invierno esparcía y derramaba sus rayos sobre el mar, como para patentizarnos su furor; empero no iluminaba nuestro camino lo suficiente para tranquilizar nuestra vista sobre los riesgos á que en él estábamos espuestos. Penosa es esta hora para el pensamiento, y melancólica para los ojos: ella representa la lucha de dos opuestos principios, cuya imágen dibujada algunas veces por la naturaleza la encontramos mas frecuentemente en el fondo del corazon. Eran las siete de la mañana, y con un sol ardiente dejamos á Saida, ó la antigua Sidon, que abanza sobre las olas, cual un glorioso recuerdo de su pasada dominacion: subimos las desnudas y quebradas lomas, que elevándose in-

sensiblemente como de uno á otro piso, nos conducian á la soledad, cuyo término buscabamos inútilmente con nuestros ojos. Cada collado que subiamos nos ponia delante otro mas alto que era necesario trepar: y los montes se unian entre sí como los eslabones de una cadena, dejando solamente espacios profundos de secos barrancos, blanqueados y sembrados de enormes y cenicientas rocas. Estos montes se hallan completamente áridos, desnudos de tierra y de vegetacion: son como esqueletos de roca, descarnados hace siglos por las aguas y los vientos. Ciertamente no era en este sitio en el que yo me figuraba que existiria la habitacion de una mujer que habia recorrido el mundo, y que tan hermosos y diferentes puntos para vivienda habria podido escoger. Por último, desde la cumbre de una de estas escalonadas lomas, distinguieron mis ojos un valle mas ancho y profundo, circundado por todos lados de montes tal vez mas elevados y magestuosos, pero no menos estériles. En el centro de este valle nacia el monte Digioun como los cimientos de una torre, y adquiria una forma circular en bancos de rocas, que adelgazándose á medida que se acercaban á la cumbre, formaban la esplanada de algunos centenares de toesas, apareciendo coronadas de una verde y graciosa vegetacion. Esta masa de verdura hallábase rodeada de un muro blanco, flanqueado por un kiosco que se elevaba en uno de sus ángulos. Aquella era la habitacion de Lady Esther: nosotros llegamos á ella al mediodia.

El edificio no es en verdad lo que en Europa llamamos casa, ni aun es tampoco vivienda propia-

mente dicha en Oriente, sino un estraño conjunto y confuso compuesto de diez ó doce pequeñas casas, cada una de las cuales tiene tan solo uno ó dos aposentos bajos, sin ventanas; las unas están separadas de las otras por medio de patios ó pequeños jardines, cuya reunion presenta completamente el aspecto de los pobres y míseros conventos que suelen verse en Italia ó en España sobre algunas eminencias, pertenecientes á alguna mendicante comunidad.

Lady Stanhope, segun su costumbre, no estaba visible hasta las tres ó cuatro de la tarde. Cada uno de nosotros fué colocado en una especie de celda estrecha, sin luz ni muebles: nos sirvieron el desayuno y esperamos tendidos en un divan á que despertase la invisible poseedora de tan romancesca mansion. Me quedé dormido; á cosa de las tres llamaron á mi puerta y me dijeron que nos esperaba la señora: levantéme inmediatamente, salí, atravesé un patio, un jardin y un kiosco descubierto, cuya luz tenia cierta sombra color de jazmin: penetré despues dos ó tres corredores casi tenebrosos, y por último, un negro de seis ú ocho años me introdujo en el gabinete de Lady Sther Stanhope. Era tanta la oscuridad que dominaba la estancia, que no pude distinguir apenas las facciones nobles, apacibles, graves y magestuosas de la blanca figura que en trage oriental se levantó de un divan y se me acercó tendiéndome la mano.

La dama europea elevada en Palmira á un solio de ruinas, podrá tener unos cincuenta años: su semblante es de aquellos que no puede alterar la edad: la gracia, el color y la frescura se

pierden con la juventud: pero cuando la hermosura se halla en la forma misma, en la pureza de las líneas, en la fisonómica magestad del rostro humano, la hermosura es posible que cambie en cada una de las épocas en que la vida está subdividida; pero no se perderá enteramente hasta la tumba. Tal es lo que sucede á Ladi Sther.

Llevaba un turbante blanco en la cabeza, y sobre la frente un bandó de lana purpurino que le caia por ambos lados desde su cabeza hasta los hombros; llevaba un largo chal de cachemir amarillo y una túnica turca, inmensa, de seda blanca, envolvia completamente su persona con pliegues magestuosos y sencillos: esta túnica dejaba ver únicamente por entre una abertura que formaba su union ante el pecho, un vestido interior de seda de Persia á mil flores que la subia hasta el cuello, sujetado á él con un broche de perlas. El trage oriental estaba completado con unos borceguíes turcos de tafilete amarillo, bordados de seda, y todo lo llevaba con la misma gracia é idéntica desenvoltura que una mujer que no hubiese usado otras ropas desde la aurora de su niñez.

Ella me dirigió la palabra.

—Habeis venido ciertamente desde bien lejos para ver á una ermitaña: seais bien venido. Yo recibo pocos estrángeros..... apenas uno ó dos no mas cada año: pero me ha gustado el estilo de vuestra carta y he deseado conocer á un mortal que lo mismo que yo ama á Dios, á la soledad y á la naturaleza. Ademas, tenia un presentimiento de que eran amigas nuestras estrellas, y que nos agradariamos mútuamente. Con sumo placer veo

que no me ha engañado este presentimiento; vuestras facciones que ahora contemplo y el ruido de vuestros pasos que ha herido mis oidos cuando atravesabais el corredor, me han dicho lo suficiente para que no me arrepienta de haber deseado veros. Sentaos y hablaremos: somos ya verdaderos amigos.

—¿Cómo Milady? la respondí: ¿honrais tan pronto con el título de amigo á una persona, cuyo nombre y cuya vida desconoceis completamente?

—Teneis razon, replicó: yo ignoro quien sois, segun el mundo, y tampoco sé lo que habeis hecho mientras entre los hombres habeis vivido, pero comprendo bien el puesto que ocupais ante Dios. No me creais una loca como el mundo ha dado en pensar: yo no puedo resistir á la fuerza de la necesidad que tengo de hablaros con el corazon en la mano. Existe una ciencia que en Europa se ha perdido, la cual habiendo nacido en Oriente, se conserva en su cuna y no ha dejado de existir. Yo poseo esta ciencia: leo en los astros, y sé que procedemos todos de alguno de estos celestes fuegos que presidieron nuestro alumbramiento, cuya influencia benéfica ó maligna ha quedado escrita en nuestros ojos, sobre nuestras frentes y facciones, en las líneas trazadas en nuestras manos, en la forma de nuestro pie, en la gesticulacion, y hasta en nuestro método de caminar. De este modo aun cuando há pocos minutos que os veo, os conozco tanto como si hubiera vivido un siglo junto á vos. ¿Quereis que os diga á vos mismo quien sois? Quereis que os prediga vuestro destino?

—Guardaos de hacerlo, la contesté sonriendo: yo no puedo negar lo que ignoro: yo creeré tambien

que en la naturaleza visible ó invisible, á la que todo es relativo, y con la cual se encadena todo, los seres que como el hombre, son de un órden inferior, se hallen bajo la influencia de otros mas superiores, como los ángeles, por ejemplo; empero para conocerme á mí mismo no he menester de su revelacion, convencido de que soy únicamente enfermedad, miseria y corrupcion. Por lo que respecta á los secretos de mi destino, temería ofender al Criador que me los oculta, preguntándoselos á la criatura: respecto á lo futuro solo creo en Dios, en la libertad y en la virtud.

—No importa, respondió: sois árbitro de creer lo que gusteis; por mi parte veo evidentemente que habeis nacido bajo la influencia de tres estrellas felices, buenas y poderosas, que os han dotado de análogas cualidades, y que os conducen hácia un objeto, que si quisieseis podria indicaros yo misma desde ahora. Dios os ha conducido aquí para iluminar vuestro espíritu; sois uno de esos hombres de deseo y recta voluntad, de quien quiere servirse como de instrumento para verificar las maravillosas obras que va á ejecutar con los hombres.

Luego añadió:

—¿Creeis que ha llegado el reino del Mesias?

—Soy cristiano, la respondí: con esto creo que he resuelto vuestra pregunta.

—¡Cristiano! repitió con acento sombrío: tambien soy yo cristiana! pero ¿no sabeis bien que el mismo á quien llamais Cristo, ha dicho: «Yo os hablo parabólicamente; pero el que vendrá en pos de mí os hablará en espíritu y en verdad? Pues bien: este es el que esperamos nosotros: este es el Mesías de que os hablo, que no ha venido aun, que

no está lejos y para cuya llegada se prepara todo en el mundo. ¿Qué respondeis?

--Perdonad, Milady: no entraré con vos en una discusion de tal naturaleza: ni aun conmigo mismo, interiormente, la sostengo jamas. El hombre posee dos luces: la primera le sirve para ilustrar su entendimiento, que si se quiere sujetar á la discusion le conduce al error y al estravio: la segunda ilumina el corazon y no le engaña jamas, siendo á un mismo tiempo la luz de la evidencia y de la conviccion: para nosotros, miseros mortales, la verdad es una conviccion. Tan solo Dios la posee como verdad: nosotros la poseemos como fe. Por mi parte creo en Jesucristo, porque él nos ha traido la doctrina mas santa, la mas fecunda, y la mas divina que ha ilustrado la humana inteligencia: doctrina tan sublime, ni ha podido ni puede ser un producto de la mentira y de la ficcion. Jesucristo lo ha dicho; y la razon nos lo dice tambien: las doctrinas se distinguen por su moral así como se distingue el árbol por sus frutos: los frutos del cristianismo no solo los que se han recogido, sino los que quedan aun por recoger, son tan infinitos como perfectos y divinos; luego la cristiana doctrina na es divina verdaderamente; y su autor el Verbo divino segun él mismo se llama. Por esto soy cristiano: y he aquí toda la controversia religiosa que yo puedo sostener conmigo mismo: con los demas no entablo ninguna, convencido de que al hombre no puede probarsele mas que las cosas que desea creer.

--¿Y creis que esté bien ordenado el mundo político, social y religioso? ¿No reconoceis la necesidad de un revelador... del Mesías á quien espe-

ramos, y cuya venida contemplamos como cierta en nuestro deseo?

--Es muy diversa esta cuestion. Ninguno mas que yo gime aquejado por el gemido universal de los hombres, de las sociedades y de la naturaleza entera. Ninguno mas altamente que yo reconoce los enormes abusos sociales, religiosos y políticos: ninguno en fin, anhela con mas ansia y ardor la reparacion de tantos males, ni mejor que yo está convencido de que este reparador ha de ser divino. Los vaivenes, alteraciones y contrastes que las creencias de los hombres padecen: el tumulto prodigioso de sus ideas: el vacío insondable de su corazon y las escesivas conmociones de sus instituciones políticas, me hacen ver los síntomas de un trastorno y de una revolucion general; y confio que en el momento en que el hombre se reconozca y se confiese insuficiente por sí mismo para el remedio de sus males, se manifestará el Señor, salvando á la humanidad entera de su terrible naufragio. No creais empero, que en esta manifestacion del criador aguardo un nuevo Mesías que pueda presentarnos su verdad, su sabiduría y su virtud, cuando Jesucristo nos lo ha presentado todo: yo espero al que el mismo hijo del hombre ha anunciado que vendría en su pos: al Espíritu Santo, que nos iluminará é inspirará con su gracia eficaz.

Nuestras ideas, pues, no son tan opuestas como tal vez os habreis figurado.

Lady Stanhope se sonrió, y sus ojos anublados por el disgusto que la causaba mi contradicion, brillaron con un resplandor estraordinario, al paso que me dirijian una mirada tierna. Luego me dijo:

—Podeis creer lo que os plazca, pero no por eso dejais de ser uno de los hombres que yo esperaba me enviase la Providencia, y que deben representar un importantísimo papel en el gran acaecimiento que se dispone. Pronto, muy pronto tornareis á Europa.... la Europa que ha espirado ya: en toda ella solo la Francia está llamada á ejercer una gran mision en que figurareis.... no sé de que modo todavia, pero os lo podré decir esta misma noche si gustais, despues que haya consultado vuestras estrellas. Aun ignoro sus nombres y ahora conozco que son mas de tres: distingo cuatro, cinco quizá.... y quien sabe si apareceran mas aún. Mercurio es indudablemente la primera: ella comunica carácter y claridad á la palabra y á la inteligencia: debeis ser poeta sin duda: se distingue esto en vuestros ojos y en la parte superior de vuestro rostro. Despues.... mas abajo estais sujeto á la influencia de astros enteramente diferentes, casi opuestos, y sentís la influencia de la energía y de la accion. Teneis algo del sol en la postura de vuestra cabeza, añadió vivamente sorprendida: la inclinais de cierto modo sobre el hombro izquierdo. Oh, bien podeis dar gracias á Dios: muy pocos son los hombres que han nacido bajo la influencia de mas de una estrella, muchos menos cuya estrella sea feliz, y mas escasos aun sometidos al dominio de una que aun cuando sea benigna, no esté combatida por el maligno de otra estrella adversa. Por el contrario, vos teneis muchas, y todas están en perfecta armonia para serviros y ayudaros recíprocamente. ¿Como os llamais?

La dije mi nombre, y ella me contestó con acento

de verdad, que no lo habia oido jamás. Entonces esclamé:

—Ved pues, Milady, cuán vana es la gloria: yo he compuesto algunos versos, que ha hecho repetir muchas veces el eco literario de la Europa; pero ya lo veis: este eco es demasiado débil para que haya podido conseguir atravesar los mares y las montañas que os separan de la Europa; y en este sitio, soy un hombre nuevo enteramente, un ser desconocido é ignorado; y mi nombre no ha sido en este caso pronunciado nunca delante de vos.

¡Oh Milady! si supierais cuanto me lisonjea esto! La bondad con que me acogeis no la debo pues á mi nombre, no: debo agradecerla á vos y á mí mismo.

—Sí: poeta ó no poeta os estimo: estad seguro de que nos volveremos á ver: regresareis á Occidente, pero descuidad; no tardareis en tornar á Oriente, porque el Oriente es vuestra patria.

—La patria de mi imaginacion cuando menos, respondí.

Milady replicó:

—No os riais: es vuestra verdadera patria: en ella han nacido vuestros padres, estoy de ello segura; y sino observaos los pies.

—Señora, contesté; en ellos solo percibo el polvo que en mi calzado han dejado vuestras sendas, y con el cual no hubiera querido presentarme en una estancia de nuestra anciana Europa.

—Nada de eso es, interrumpió: mirad, mirad vuestro pie

Yo no habia fijado en ello la atencion: ella prosiguió:

—Ved como se ostenta elevado el codo de vues-

tro pié: entre sus dedos y su talon hay un espacio suficiente para que el agua pueda pasar por debajo sin mojaros cuando lo teneis sentado en tierra: ese es el pie del árabe, el pie de Oriente: sin duda sois hijo de estos climas, y acordaos bien, se acerca el dia en que todos regresen al pais de que son oriundos los que les han dado el ser. Nos volveremos á ver.

En aquel instante entró un esclavo negro y acostándose ante sus pies, colocando la frente sobre la alfombra y las manos en la cabeza, pronunció en arabe algunas palabras. Ella me dijo:

—Id á comer: está preparada vuestra mesa: pero no tardeis en volver: voy á ocuparme de vos y aclarar mis confusas ideas sobre vuestra persona y porvenir. Respecto á mí, como sola siempre: vivo con mucha sobriedad, y bastan á mi alimento el pan y las frutas; no debo, pues sujetar á mis huéspedes á tan áspero régimen.

Salí entonces y fuí conducido á un cenador de laurel y jazmin que se halla á la puerta de sus jardines. La mesa estaba servida para Mr. Parseval y para mí.

Comimos con apresuracion, pero Lady Esther no esperó á que dejasemos la mesa, pues me envió á decir que me esperaba. Fuí inmediatamente á su lado; la hallé fumando en una larga pipa oriental, é hizo traer otra igual para mí. Estaba acostumbrado á ver fumar á las damas mas bellas y elegantes del Oriente, y nada encontré de chocante en la graciosa é indolente actitud de Lady Esther, ni en el humo que saliendo de sus hermosos labios en ligeras columnas interrumpia la conversacion, sin entibiarla. Hablamos largo rato,

siempre sobre su asunto favorito, y sobre el único y misterioso tema de tan estraordinaria mujer, que es una maga moderna, y que me recordaba las famosas magas de la antigüedad.... Circe de los desiertos.

Me pareció que las doctrinas religiosas de esta mujer eran una mescolanza estraordinaria y confusa de las de los diferentes paises en que su capricho le habia condenado á vivir. Misteriosa como los druzos, cuyo místico secreto sea ella quizá la única en el mundo que lo haya llegado á penetrar, resignada y fatalista como el musulman, judía al esperar la venida del Mesías, y finalmente, cristiana adorando á Jesucristo, y siguiendo su caritativa moral. Añádanse á esto los fantásticos jiros y los estraordinarios ensueños de una imaginacion que ha tomado la tintura del Oriente, y que se ha exaltado con la soledad y la meditacion: quizá haya recibido tambien revelaciones de los astrólogos de la Arabia, y se podrá formar idea de este conjunto singular, que es mas cómodo y sencillo llamarlo locura, que analizarlo y comprenderlo. Pero nó: esta mujer no está loca. La locura, que se nota de un modo evidente en los ojos, dista mucho de hallarse impresa en su hermosa y serena mirada; y la locura que se descubre siempre en la conversacion, cuya continuacion y enlace interrumpe con bruscos estravíos, inoportunos y desordenados, no se observa de ningun modo en la conversacion elevada, variada y mística, pero sostenida, encadenada y fuerte de Lady Esther. Cierto es que dice cosas inconciliables con la razon, por la muchedumbre de errores contrarios que envuelven; pero si me fuese preciso pronunciar

mi voto, diria que era una locura voluntaria, estudiada ó facticia; y que conociéndose á sí misma, tenia sus razones para quererlo parecer. La poderosa admiracion que el genio de esta mujer ha escitado y escita aun sobre las poblaciones árabes que rodean los montes, prueba bastante que esta pretendida locura no es otra cosa que un medio empleado por ella. Para entusiasmar á los hombres de esta tierra de prodigios, á estos hombres de las peñas y de los desiertos, cuya imaginacion es tan original y nebulosa como el horizonte de sus arenas y de sus mares, es sumamente á propósito la palabra de Mahoma ó de Lady Stanhope. Placeles que se les hable de la influencia de los astros; gustan de la adivinacion y de las maravillas asombrosas, y necesitan un genio de segunda intencion. Lady Stanhope lo ha comprendido desde luego por el alcance de su inteligencia, que no es ciertamente comun; y como todas las criaturas dotadas de sobresalientes facultades intelectuales, ha concluido tal vez por seducirse á sí misma, y por ser la primera neófita del símbolo que ha formado para los demás. Tal es el efecto que esta mujer ha producido en mí: no se la puede juzgar ni clasificar con una palabra; es como una estátua colosal, que es necesario verla á la distancia de su punto de vista. No me sorprenderia que un dia se realizase una parte del destino que á sí misma se promete, y se alzase hasta un trono en Arabia, ó en Jerusalen. La menor conmocion política en la region del Oriente que habita, podria elevarla hasta ocuparlo. En esta materia, la dije, solo tengo un cargo que hacer á vuestro genio: el de haber sido demasiado tímida con los

acaecimientos, no habiendo dado impulso á vuestra fortuna para llegar al punto adonde os podia conducir. Hablais, me contestó, como hombre que aun confia demasiado en la voluntad humana, y no bastante en el imperio irresistible del destino. ¿Está mi fuerza por ventura en mí misma? Yo la espero, pero no la tiemo. He envejecido: mi riqueza ha disminuido considerablemente, y me hallo sola y abandonada á mí misma sobre esta desierta roca, espuesta al primer osado que quiera violentar mis puertas; rodeada de criados infieles, y de esclavos ingratos que todos los dias me despojan, y que algunas veces amenazan mi vida. Ultimamente he debido mi salvacion á este puñal, del que he tenido que servirme para defender mi pecho del de un negro esclavo á quien habia criado! Pero en medio de tanta tribulacion, soy feliz, y respondo á todo con la palabra sagrada de los musulmanes: ¡Allah-Kerim! Hágase la voluntad de Dios; y espero con toda confianza el porvenir de que os he hablado, y del cual quisiera inspiraros la certidumbre que debiérais tener.

Despues de haber fumado muchas pipas y tomado muchas tazas de café que traian los esclavos á cada cuarto de hora, me condujo al jardin, el cual es como un santuario, en el que no deja entrar á ningun profano: tales son sus palabras. Bajamos algunos escalones, y recorrí con ella uno de los mas hermosos jardines que he visto en el Oriente. Parrales frondosos sostenian en sus bóvedas sombrías, cual si fuesen millares de arañas de cristal, los racimos de las uvas preciosas de la tierra prometida; kioscos encantadores, donde los esculpidos arabescos se cubrian y ofuscaban por las ra-

mas de jazmines y por las enredaderas del Asia; estanques de agua, artificiales, que venia desde una legua de distancia á murmurar y brotar en los surtidores de mármol; andeles guarnecidos de todos los árboles frutales de Europa y de estos hermosos climas; cuadros de menuda yerba sembrados de arbustos con variadas flores, y graciosas divisiones de mármol rodeando garbas de vistosísimas flores, enteramente nuevas para mí: tal era este jardin que parecia la mansion del encanto. Nosotros descansamos alternativamente en muchos de los kioscos que le adornan, y la inagotable conversacion de Lady Esther no perdió nunca el tono místico y la elevacion del asunto que habia tratado por la mañana.

—Puesto que el destino os ha conducido aquí, me dijo, y que la simpatía tan asombrosa de nuestros astros me permite confiaros lo que ocultaría á todos los profanos, quiero haceros ver con vuestros propios ojos un prodigio de la naturaleza, cuyo destino no es conocido sino por mí y por mis adeptos. Las profecías del Oriente hace siglos que lo habian anunciado, y vos mismo vais á juzgar si se han cumplido estas profecías.

Entonces abrió una puerta del jardin, que daba entrada á un pequeño patio, y ví dos magníficas yeguas árabes de la primera raza, y de una rara perfeccion en sus formas.

—Acercaos, me dijo: mirad esta yegua baya: ved si la naturaleza no la ha prodigado todas las cualidades que están escritas acerca de la yegua que debe servir al Mesías. *Ella nacerá ya ensillada.*

Yo me acerqué, y ví con efecto en el hermoso animal un capricho de la naturaleza, bas-

tante raro para poder alimentar la ilusion de una credulidad vulgar en unos pueblos medio bárbaros. La yegua tenia en vez de hombros una ancha y profunda cavidad que imitaba tan perfectamente la forma de una silla turca, que podia decirse que habia nacido ensillada: tenia ademas otras dos cavides en los puntos donde deben caer los estribos, en términos que se la podia montar sin necesidad de silla artificial. Esta yegua, en todo lo demas tan perfecta, parecia acostumbrada al respeto que se la manifestaba por Lady Stanhope y sus esclavos, como si presintiese su dignidad futura. No la ha montado nadie; dos palafreneros árabes la cuidan y vigilan constantemente sin perderla un instante de vista. Otra yegua blanca, y á mi parecer infinitamente mas hermosa, participaba con la otra del respeto y del cuidado de Lady Stanhope. Tampoco la ha montado ninguno. Lady Esther no me lo dijo, pero me dió á entender que aunque el destino de la yegua blanca no fuese tan elevado, tenia tambien uno muy importante y misterioso, y yo sospeché que Lay Esther la reservaba para montarla ella misma el dia que hiciese su entrada al lado del Mesías en la reconquistada Jerusalen. Despues de haber hecho pasear un rato estos dos animales soberbios, sobre un terreno sembrado de yerba fuera del recinto del patio, y despues de haber admirado su agilidad y su gracia, nos retiramos, y yo renové mis instancias á Lady Esther para que me permitiese presentarla á mi amigo y compañero de viaje Mr. de Parseval, el cual me habia seguido contra mi voluntad, y esperaba inútilmente desde aquella mañana un favor que

ella prodigaba tan poco. Me concedió por fin esta licencia, y los tres entramos para pasar juntos la velada en la pequeña sala en que me habia recibido. Volvieron á servirse el café y las pipas con la profusion oriental, y al cabo de algun rato la sala se llenó de tal nube de humo, que no veiamos el rostro de Lady Stanhope sino al través de una atmósfera semejante á la mágica atmósfera de las evocaciones. Ella habló con la misma fuerza, la misma gracia y fecundidad; pero con menos elevacion y sobre asuntos menos sagrados para ella, que los que conmigo sola habia tratado en el resto del dia.

—Creo, me dijo, que sois aristócrata, no tengo duda en ello.

—Os engañais, Milady, la contesté. Yo no soy ni demócrata ni aristócrata: he vivido bastante para poder ver el anverso y el reverso de la medalla de la humanidad, y para encontrarlos tan vacios al uno como al otro. No soy, repito, ni aristócrata ni demócrata: soy hombre simplemente: soy partidario esclusivo de todo lo que pueda mejorar y perfeccionar al hombre, ya sea que haya nacido en la cumbre ó al pie de la escala social: no estoy ni por el pueblo, ni por los grandes; estoy por la humanidad entera; y no puedo atribuir á las instituciones aristocráticas ó á las democráticas la esclusiva virtud de perfeccionar la humanidad: esta virtud no existe sino en una moral divina, que es el fruto de una religion perfecta. La cilizacion de los pueblos consiste en su fe.

—Es verdad, respondió: no obstante, yo soy aristócrata, bien á mi pesar. Convendreis conmigo

UNIVERSIDAD BIBLIOTECA DE

añadió, que si hay vicios en la aristocracia, hay al menos al lado de ellos elevadas virtudes; en la democracia yo solamente puedo ver los vicios, y los vicios mas bajos y envidiosos, y no encuentro las virtudes.

—No es eso Milady, respondí: en los dos lados hay vicios y virtudes; pero en las altas clases estos vicios tienen cierto barniz de esplendor, al paso que en las clases bajas estos vicios se muestran en toda su desnudez, y hieren con mas fuerza el sentimiento moral del que los observa: la diferencia está en la apariencia, y no en el hecho: pero en realidad el vicio es mas criminal en el rico, elevado é instruido, que en el hombre sin ilustracion ni subsistencia: en el uno el vicio es puramente voluntario; en el otro es casi consecuencia de su situacion. Despreciad el vicio donde quiera que le halleis, Milady; pero despreciadle mas aun en la aristocracia; no juzgueis á la humanidad por clases, sino por individuos. Los grandes tendrian sin duda los vicios del pueblo, si fuesen miembros de la plebe, y los plebeyos los vicios de los grandes si hubiesen nacido en su elevada clase. La balanza es igual, y no hay necesidad de comparar.

—Sea así, me dijo ella: mas dejadme creer que sois aristócrata como yo, porque me costaria trabajo persuadirme, que perteneceis al número de esos jóvenes franceses que agitan y sublevan la espuma popular, que Dios, la naturaleza y las sociedades han formado, y que derribando el edificio, construyen de sus ruinas un pedestal sobre el que elevan su bajeza envidiosa.

—No, la repliqué: tranquilizaos sobre ese pun-

to; yo no soy de esos hombres, pero sí de aquellos que no desprecian á los que están debajo en el órden social, y que respetan al mismo tiempo á los que están encima, y cuyo deseo sería llamar á todos los hombres independientes de las gerarquías arbitrarias de la política, á la misma luz, á la misma libertad, y á la misma perfeccion; y puesto que sois religiosa y creeis que Dios ama igualmente á todas sus criaturas; puesto que esperais un segundo Mesías para remediar todas las cosas, debeis pensar sin duda como yo.

—Sí, contestó; pero yo no me ocupo de la política humana; estoy cansada de ella. he visto bastante en los diez años que he pasado en el gabinete de mi tio Mr. Pitt, en el que han resonado en derredor de mí todas las intrigas de Europa. Desde jóven he despreciado la humanidad, y no quiero que me hablen de ella. Todo lo que los hombres hacen por sus semejantes, es sin fruto: las formas me son indiferentes.

—Y á mí tambien, repliqué: el fondo de las cosas es Dios y la virtud; yo pienso exactamente así; estamos acordes, y no debemos hablar mas sobre este punto.

Pasamos despues á menos graves materias, y chanceando sobre esa especie de adivinacion que la hacia comprender enteramente á un hombre á la primera mirada y á la sola inspeccion de su estrella, quise poner á prueba su sabiduría; á cuyo fin la pregunté sobre dos ó tres viajeros conocidos mios que ella habia visto pasar de quince años á esta parte; y quedé admirado de la perfecta exactitud de su juicio acerca de estos hombres. Entre otros analizó con una perspicacia prodigio-

sa, el carácter de uno, que yo conocia muy bien, cuyo fondo difícil de penetrar á primera vista era ruin, pero oculto bajo las mas sencillas apariencias, y las mas seductoras muestras de bondad: y lo que completó mi asombro y me hizo admirar su memoria, fué que este viajero no habia estado en su compañía sino dos horas, y que habian pasado diez y seis años entre esta visita y los detalles que me dió. La soledad concentra y fortifica todas las facultades del alma: los profetas, los santos, los grandes hombres y los poetas, lo han comprendido maravillosamente; y su naturaleza hace buscar á todos estos privilegiados seres el desierto ó el aislamiento de los hombres.

Bonaparte tuvo lugar como siempre en la conversacion; yo la dije que creia que su fanatismo por este hombre era otro motivo para que disintiésemos en nuestras opiniones; me contestó que no habia sido fanática sino por sus desgracias, y por compasion hacia él; la dije que me sucedia lo mismo, y convenimos tambien en esta parte.

Yo no podia esplicarme á mi propio, cómo una mujer religiosa y moral admiraba la fuerza sola sin la religion, sin la moral y sin la libertad. Bonaparte fué sin duda un grande reedificador; él reedificó el mundo social, pero no atendió bastante á los elementos de que le componia, y amasó la argamasa de su estátua con el barro del interés personal, en lugar de formarla de los sentimientos divinos y morales que son la libertad y la virtud.

Pasó la noche en recorrer libremente y sin afectacion por parte de Lady Esther todas las materias que suscita una palabra, y que lleva la conversacion al acaso. Yo conocí que á su alta inteligencia no

faltaba ninguna cuerda, y que todas las teclas de su clave producian un sonido acorde y lleno, con escepcion de la cuerda metafísica, que la demasiada tension habia hecho discordar, y sacado de su diapasón. Asi nos separamos, yo con sincero sentimiento y ella tambien con sentimiento, espresado al menos por atencion.

No hablemos de despedida, me dijo: nos volveremos á ver frecuentemente en este viaje, y mas frecuentemente aun en otros, que ni siquiera habeis proyectado. Idos á descansar, y acordaos que dejais una amiga en las soledades del Líbano.

Me tendió su mano, yo la coloqué sobre mi corazon, segun la costumbre de los árabes, y salimos de su presencia.

A las cuatro de la mañana del dia siguiente Mr. de Parseval y yo estábamos á caballo sobre la escarpada pendiente que baja de un monasterio al profundo valle que forma el torrente de Belo: vadeamos las aguas, secas por el estío, y comenzamos á subir las altas montañas del Líbano que separan á Dgioun de Deir-el-Kammar, ó convento de la Luna, palacio del emir Beschir, príncipe soberano de los druzos y de todas las montañas del Líbano. Lady Esther nos habia hecho acompañar de su médico para que nos sirviese de dragoman, y de uno de sus árabes palafreneros á fin de que nos guiase. Despues de dos horas de marcha llegamos á un valle muy profundo, mas estrecho y mas pintoresco que todos los que habiamos recorrido.

A derecha é izquierda se elevaban como dos murallas perpendiculares de trecientos ó cuatrocientos pies de altura, dos cadenas de montes que

parecian haber sido recientemente separadas á golpes de martillo por el arquitecto universal de los mundos, ó quizá por el temblor de tierra que conmovió el Líbano hasta sus cimientos, cuando el Hijo del hombre entregando su alma al Padre no lejos de estos montes, exhaló aquel suspiro postrero que ahuyentó el espíritu de error, de opresion y de mentira: soplo de verdad, de libertad y vida para un mundo reconstruido. Los gigantescos peñascos desprendidos de los dos flancos de estos montes, sembrados como las piedras esparcidas por la mano de los niños en el fondo de un arroyo, formaban el cáuce horrible, profundo, inmenso y erizado de este barranco seco. Algunas de estas peñas eran masas de mayores dimensiones, que las de los altos edificios: las unas estaban sentadas á plomo como cubos sólidos y perpétuos; las demas suspendidas sobre sus ángulos, y sostenidas por la presion de otras rocas ocultas, parecian estar aun cayendo, y rodar siempre, presentando la imágen de una ruina en accion, de una caida continua, de un caos de piedras, de una mole desprendida é interminable de peñas: rocas de color fúnebre negro ó pardo, con vetas de fuego y de blanco, opacas, y ondas petrificadas en un rio de granito. No aparecia una gota de agua en los profundos intersticios de este cauce, calcinado por el sol ardiente de la Siria; ni una yerba, ni un vástago, ni una sola planta que se encaramase por este precipicio, ni sobre las pizarrosas pendientes que formaban monstruosas almenas á los dos lados del abismo. Era un océano de piedras, una catarata de rocas, á la cual la diversidad de forma, la variedad de asientos, la estrañeza de las caidas, y el

fuego de las sombras ó de la luz sobre los flancos ó sobre la superficie, parecian prestar fluidez y movimiento. Si el Dante hubiera querido pintar en uno de los círculos de su infierno, el infierno de las piedras, el de la aridez de las ruinas y de lo caduco de las edades, simplemente hubiera debido copiar esta escena. Ella es un rio formado con las últimas aguas en las horas postreras del mundo, cuando el fuego lo haya todo consumido, cuando la tierra, descubriendo sus entrañas, no sea mas que una mole mutilada de piedras calcinadas bajo las huellas del terrible juez que vendrá á visitarlas.

Seguimos dos horas este valle de las lamentaciones, sin que la escena sufriese mas variacion que la de las diferentes direcciones que tomaba el barranco entre los montes, y la del modo mas ó menos terrible con que estaban agrupadas las rocas. Jamás se borrará este valle de mi imaginacion; él ha debido ser la tierra de la poesía terrible y de las lamentaciones humanas: el acento patético y grandioso de las profecías, se hace sentir en su grave y grandiosa naturaleza. Todas las imágenes de la poesía bíblica estan grabadas con letras mayúsculas en el aspecto sinuoso del Líbano, de sus doradas cumbres, de sus amenos valles, y de sus valles mudos y muertos. El espíritu divino, la inspiracion sobrehumana que ha soplado en el fondo de las almas y que ha agitado las cuerdas de las arpas del pueblo poético, á quien Dios hablaba por símbolos y por imágenes, hería mas fuertemente la vista de los bardos sagrados desde su infancia, nutriéndolos con una leche mas fuerte y mas crasa que á nosotros,

viejos y tristes herederos del arpa antigua; nosotros, que solo tenemos á la vista una naturaleza suave y cultivada; naturaleza civilizada; pero tan desfigurada como nosotros mismos.

A mediodia llegamos á los encumbrados montes que teniamos que atravesar, y comenzamos á bajar por los senderos mas escarpados, en los cuales los pies de nuestros caballos temblaban sobre las movedizas piedras que solas nos separaban de los mas horrorosos precipicios. Despues de una hora de descanso, y al doblar una colina, descubrimos el fantástico palacio de Dptedin, cerca de Deir-el-Kammar. Lanzamos entonces un grito involuntario de admiracion y de sorpresa, y detuvimos nuestros caballos para contemplar la escena nueva, pintoresca y oriental que se desplegaba ante nuestros ojos.

Una sábana inmensa de agua espumosa salia de la esclusa de un molino, á corta distancia de nosotros, y caia de una altura de cincuenta á sesenta pies sobre enormes rocas que la dividian en pedazos flotantes: el imponente ruido de esta cascada, y la frescura del agua, que cual húmedo polvo se esparcia en el aire, viniendo á humedecer nuestras abrasadas frentes, nos preparaban deliciosamente á la admiracion que nuestros sentidos se complacian en gozar.

Sobre esta caída de agua, que se perdia en abismos, cuyo fondo no alcanzaba la vista, se abria en círculo un vastísimo valle cultivado hasta la cumbre de los cerros, de que estaba circundado, plantado de moreras, viñas é higeras, todo cubierto de verdura fresca y ligera, y con algunas aldeas pintorescas sentadas sobre terraplenes en los decli-

ves ó laderas de los montes que forman el valle de Deirel-Kammar. Por un solo lado del horizonte se entreabria la cadena circular de los montes menos elevados del Líbano, y permitia ver por encima de sus cumbres el dilatado mar de Siria: *ecce mare magnum*, como dijo David. Ved allí abajo el inmenso mar con sus ondas, sus mugidos, y sus innumerables reptiles. David estaba allí tal vez cuando prorumpió en tan poética esclamacion. Con efecto, se distingue el mar de Egipto teñido de un azul mas subido que el del cielo, y confundido á lo lejos con el horizonte por la vaporosa niebla de color de violeta que se eleva sobre todas las costas de esta parte del Asia. En el centro de este valle inmenso nace y se eleva el collado de Dpte-din, que sostiene el palacio del Emir como una torre inmensa flanqueada de rocas vestidas de yedra; dejando colgar de sus grietas y de sus picos á manera de almenas, grandes manojos de verdura flotante. La elevacion de este collado estaba al nivel del peligroso camino en donde estabamos nosotros, pero un estrecho precipicio nos separaba de ella. El morisco palacio del emir se estendia magestuosamente por toda la plataforma del collado con sus cuadradas torres, taladradas ó dentadas con picos en sus remates. Las largas galerías que se elevaban unas sobre otras presentaban larguísimas filas de altas y ligeras arcadas, como los troncos de las palmeras coronados de aéreos penachos. Sus dilatados patios descendian en estensos escalones desde la cumbre del monte hasta los muros del recinto de las fortificiones. Al estremo del mas anchuroso que veíamos desde la elevacion en que nos encontrábamos, se presen-

taba el frontis irregular del palacio de las mujeres, adornado con ligeras y graciosas columnatas, cuyos troncos afilados y sutiles, y de formas irregulares y variadas, se elevaban hasta los techos y sostenian como un quitasol las ligeras colgaduras de madera pintada que servian de pórtico al harem. Una escalera de mármol guarnecida de balaustradas con esculpidos arabescos, conducía desde el pórtico á la puerta del palacio, y esta puerta de madera, labrada, pintada de diversos colores, colocada ó encajada en el mármol, y coronada con inscripciones árabes, se veia rodeada de esclavos negros magníficamente vestidos, y armados de pistolas plateadas, y de sables damasquinos, en cuyas guarniciones brillaba el oro cincelado. Los estensos patios que estan delante del palacio se hallaban llenos tambien de criados, de cortesanos, de sacerdotes y soldados, con todos los variados y pintorescos trages con que se distinguen las cinco poblaciones del Líbano, el druzo, el cristiano, el armenio, el griego, el maronita y el metualis. Quinientos ó seiscientos caballos árabes atados por pies y cabeza á unas cuerdas tendidas al través de los patios, se veian ensillados, embridados y cubiertos de gualdrapas brillantes de todos los colores: muchos camellos estaban acostados ó de rodillas, para que los cargasen ó descargasen, y sobre el mas elevado terraplen del patio habia algunos pages á caballo, que corriendo los unos hacia los otros, y lanzándose el algerid, evitaban el golpe tendiéndose sobre sus corceles; volvian despues á toda prisa contra su desarmado adversario, y hacian con gracia y admirable vigor las rápidas evoluciones de este ejercicio militar.

Despues de haber contemplado durante un corto rato esta escena oriental, tan nueva para nosotros, nos acercamos á la grande y maciza puerta del primer patio, guardada por árabes armados con fusiles y con espadas, cuyas hojas ligeras se parecian al tallo de la caña: desde allí enviamos al príncipe las cartas que traíamos para él, y pocos instantes despues nos envió á su primer médico Mr. Bertrand, nacido en Siria, de una familia francesa, el cual ha conservado el idioma y la memoria de su patria. Este nos condujo al aposento que nos ofrecia la hospitalidad del emir, y los esclavos acompañaron nuestra comitiva á otro departamento del palacio. Consistia nuestro aposento en un bonito patio, con una fuente en medio surtiendo en el centro de su pila de mármol. Al rededor de este patio habia tres piezas y un divan: este era un aposento de mayor estension que los demas, formado por una arcada que comunica al patio interior, y que no está cerrada con puertas ni cortinas. Puede considerarse como una transicion ó como una habitacion intermedia colocada entre la casa y la calle, que sirve de jardin á los perezosos musulmanes; y cuya inmóvil sombra reemplaza para ellos la sombra de los árboles, que carecen de la industria de plantar, y de aliento para ir á buscarlos en donde la naturaleza los produce. Nuestros aposentos en este magnífico palacio hubieran parecido ruinosos al mas pobre labrador de nuestras aldeas: las ventanas carecian de vidrieras, pues este lujo es desconocido en Oriente: á pesar del rigor del invierno, y en medio de estos montes, ni allí habia camas, ni muebles, ni sillas: solo teníamos paredes desnudas y

viejas, llenas de agujeros hechos por los ratones y los lagartos, y por piso, la tierra deshecha, desigual y mezclada con paja cortada. Los esclavos trajeron esteras de junco, que estendieron en el suelo, y alfombras de damasco, con que cubrieron las esteras: despues trajeron una mesita de Bethleem hecha de madera embutida de nácar; pero con solo medio pie de diámetro, é igual elevacion; asi es que se parecia á un pedazo de columna cortada. Estas reducidas mesas no pueden sostener mas que una fuente, sobre la cual colocan los musulmanes los cinco ó seis platos de que consta su comida.

Consistió la nuestra en arroz cocido con manteca y carne, en un plato de leche ágria, mezclada con aceite, en algunos pedazos de carnero picados, de los cuales habian hecho un pilon de arroz cocido, con lo que se rellenan calabazas semejantes á nuestros cohombros. Este es el mas sabroso y esquisito plato que se come en Oriente; en cuanto á bebida hay que contentarse con agua pura, servida en jarros de barro con largos picos, que pasan de mano en mano, por los que se derrama el agua en la boca entreabierta sin que toquen los labios en ellos. Nada de cuchillos, de cucharas ni tenedores; se come con las manos, pero las continuas abluciones hacen menos repugnante esta costumbre para los musulmanes.

Al acabar de comer recibimos recado de que nos esperaba el emir. Entonces atravesamos un dilatado patio adornado con fuentes, y un pórtico formado con delgadas columnas que se elevaban desde el suelo, y sostenian el techo del palacio. Nos introdujeron en una hermosa sala, cuyo pa-

vimento era de mármol, y sus techos y paredes pintados de muy vivos colores, con arabescos elegantes, por artistas de Constantinopla. En los ángulos habia surtidores de agua, y en el fondo y detras de una columnata que en los intercolumnios tenia rejas y vidrieras, se descubria durmiendo un enorme tigre, con la cabeza apoyada sobre sus cruzadas patas. La mitad de la sala estaba llena de secretarios con sus largos vestidos y tinteros de plata atravesados por la cintura á manera de puñal; de árabes ricamente vestidos y armados, de negros y de mulatos esperando las órdenes de su dueño, y de algunos oficiales egipcios con chaquetas europeas, y gorros griegos en la cabeza con una larga borla azul colgando hasta los hombros. El resto de la sala estaba un pie mas elevada que la otra mitad, rodeada toda con un ancho divan de terciopelo encarnado. El emir, que vimos sentado en el ángulo del divan, era un viejo de aspecto hermoso, con ojos vivos y penetrantes, el cutis fresco y animado, y la barba canosa: llevaba un vestido blanco con un cinturon de cachemir encarnado que le cubria todo, y por los pliegues de su vestido, á la altura del pecho, se descubria el brillante mango de su ancho y largo puñal con una joya de diamantes del tamaño de una naranja. Le saludamos segun el uso del pais, llevando primero nuestra mano á la frente, despues sobre el corazon: él nos volvió el saludo con gracia y sonriendo; nos hizo acercar y sentarnos junto á él sobre el divan. Un intérprete estaba de rodillas entre él y nosotros. Tomé la palabra, y le manifesté el placer que me cabia en recorrer la interesante y bella region que gobernaba con tanta fir

meza y prudencia, y añadí, entre otras cosas, que el mayor elogio que podia hacer de su administracion, era el de encontrarme allí, porque la seguridad de los caminos lo permitian; y la riqueza de la agricultura, el órden y la paz de las ciudades, eran testimonios que publicaban la virtud y el talento del príncipe. Me dió las gracias, y me hizo muchísimas preguntas sobre la Europa; especialmente sobre la política que esta observaba en la lucha de los turcos y de los egipcios, las cuales manifestaban todo el interés que tenia en esta cuestion, y su conocimiento é inteligencia en negocios tan poco comunes á un príncipe del Oriente.

Trajeron el café y las largas pipas, que se renovaron muchas veces, y la conversacion duró cerca de una hora.

Quedé asombrado de la prudencia y de las luces de este anciano príncipe, como asimismo de la dignidad y nobleza de sus modales; y me levanté despues de esta larga conversacion para acompañarle á los baños, que quiso enseñarnos él mismo. Estos consisten en cinco ó seis salas embaldosadas de mármol, con bóvedas y paredes de estuco, y pintadas por artistas de Damasco. Del piso salian surtidores de agua caliente, fria ó tibia, y esparcian su temperatura en las salas: la última era un baño de vapor, donde no pudimos permanecer un minuto. En estas salas hallábanse muchos y hermosos esclavos blancos con el cuerpo desnudo y las piernas envueltas en un chal de seda cruda para ejercer las funciones de bañeros. El príncipe nos propuso que nos bañásemos con él; pero no aceptamos su ofrecimiento, y le dejamos en manos de sus esclavos que iban á desnudarle.

Uno de sus escuderos nos acompañó á ver los patios y las cuadras en donde estaban atados los magníficos caballos árabes.

Es preciso haber visto las caballerizas de Damasco, ó las del emir Beschir, para tener una idea del caballo árabe. Este soberbio y gracioso animal pierde mucho de su hermosura, de su mansedumbre y de su figura original cuando se le trasplanta de su país y de sus hábitos á nuestros climas fríos y á la sombría soledad de nuestras cuadras. Debe uno verle á la puerta de la tienda del árabe del desierto, con la cabeza entre las piernas, sacudiendo sus largas y negras crines, como un movible quita-sol, y barriendo ó halagando sus bruñidos costados con el látigo en continuo giro de su poblada cola, cuya estremidad está siempre pintada de encarnado; es preciso contemplarle con aquellas mantillas brillantes, bordadas de oro y de perlas, la cabeza cubierta con la mosquitera de mornel, de seda encarnada ó azul, entretejida con hilo de plata ó de oro y sus cabos flotantes que caen de su frente hasta sus narices, con los que cubre ó descubre á cada movimiento de su cuello el globo inflamado de su ojo grande é inteligente, apacible y altivo á un mismo tiempo; es preciso verlos en gran número como allí, que había doscientos ó trescientos, unos tendidos sobre el polvo del patio, otros trabados con anillos de hierro y atados á las largas cuerdas que atraviesan los patios, y los demas corriendo á escape sobre la arena y salvando de un salto las filas de camellos que se oponian á su carrera. Algunos, sujetos por la mano de muchachos, esclavos negros, vestidos con chaquetas en-

carnadas, descansaban cariñosamente sus cabezas sobre los hombros de estos niños: y los otros jugando libres y retozándo como los potros en un prado, se levantaban dos á la vez frotándose la frente una contra otra, ó lamiéndose recíprocamente el reluciente y plateado pelo. Unos y otros nos miraban con inquieta y curiosa atencion, chocándoles nuestros trages europeos, y nuestro idioma estrangero: pero se familiarizaban pronto y venian graciosamente á ofrecer sus cuellos á los halagos y caricias de nuestra mano. Es increible la movilidad y trasparencia de las fisonomias de estos caballos cuando no se les ha visto de este modo: todas sus sensaciones se dibujan en sus ojos y en el convulsivo movimiento de su boca y narices, casi con tan marcada evidencia, como sucede á un niño que no ha llegado al uso de la razon con las impresiones que esperimenta. Cuando nos acercábamos á ellos por la primera vez, daban muestras de repugnancia y de cierta curiosidad, enteramente semejantes á las que podria hacer una criatura impresionable al aspecto de un objeto imprevisto y que la causa recelo. Nuestra lengua les asombraba mucho sobre todo; y el movimiento de sus orejas, ya derechas ó inclinadas, adelante ó atrás, manifestaban su inquietud y su sorpresa. Admiré especialmente la magnificencia y hermosura de muchas yeguas que no tienen precio, reservadas para el emir. Por medio del dragoman ofrecí al escudero hasta diez mil piastras (sobre tres mil y pico de francos) por una de las mas bonitas, pero no hay interés que decida á los árabes á desprenderse de una yegua de la primera raza, y no pude adquirirla.

Al declinar la tarde, volvimos á nuestros aposentos, y se nos sirvió una cena igual á la comida. Algunos oficiales del emir vinieron á visitarnos de su parte; su primer médico Mr. Bertrand pasó la velada con nosotros, y pudimos conversar con él á beneficio de un poco de italiano y francés que habia conservado de su familia; este caballero nos dió los mas interesantes detalles acerca de la vida interior del emir de los druzos.

El príncipe, aunque de edad de setenta y dos años, ha perdido recientemente su primera mujer, á quien debe toda su fortuna, y acababa de volverse á casar: nosotros sentimos no poder conocer á su nueva esposa, que dicen es hermosísima. Solo tiene quince años, y es una esclava circasiana, que el emir mandó comprar en Constantinopla, y á la que ha hecho adoptar el cristianismo antes de casarse con ella, porque el emir es cristiano y aun católico. Oficialmente observa todos los cultos: es musulman con los musulmanes, druzo con los druzos, y cristiano con los cristianos. En su palacio hay dos mezquitas y una iglesia; pero la religion de su corazon es verdaderamente la católica. Su política es tal, y el respeto que infunde su nombre está tambien establecido, que su fe cristiana no inspira ni recelo ni repugnancia á los árabes musulmanes, ni á los druzos y metualis que viven bajo su imperio: á todos hace justicia, y todos le respetan igualmente.

Despues de la cena nos envió el emir algunos de sus músicos y cantores, los cuales improvisaron versos árabes en honor nuestro: entre sus dependientes hay árabes dedicados únicamente á esta

clase de ceremonias, y son exactamente como los trovadores en los castillos de la edad media, ó como lo son en Escocia los poetas populares. Se ponen de pie colocándose detrás del almohadon del emir ó de sus hijos mientras comen y cantan, é improvisan versos en alabanza de sus amos ó de los convidados á quienes intentan obsequiar. Nosotros hicimos que Mr. Bertrand nos tradujera algunos de ellos, y en general son muy insignificantes ó envuelven tan originales ideas, que es imposible traducirlas ó espresarlas con palabras é imágenes apropiadas á nuestras lenguas europeas.

Tan solo un pensamiento pude hallar espresado con bastante claridad; lo anoté en mi album, y lo ofrezco á los lectores, como muestra.

«Es alado vuestro buque, pero es alado tambien el caballo del árabe. Cuando vuela sobre nuestras montañas, sus narices producen el mismo ruido que el viento cuando hiere las velas del buque. El movimiento de su rapido galope es como las corrientes del mar para el corazon de los débiles; pero regocija el corazon del arabe. ¡Pueda su espalda ser para vosotros un asiento de honor, y llevaros frecuentemente al divan del emir!»

Encontrábase entonces entre los secretarios del príncipe uno de los mejores poetas de la Arabia: yo lo ignoraba, y no lo supe hasta mas tarde. Cuando averiguó por otros arabes que yo era poeta europeo, me dirigió unos versos llenos de afectacion, atestados de ideas escogidas, y de esos fuegos fatuos de palabras que forman el tipo de las civilizaciones envejecidas, pero que en medio de

estos defectos respiran una grande elevacion y un órden de ideas muy superior á lo que nos figuramos en Europa.

Pasamos la noche sobre los almohadones del divan, estendidos sobre la estera, descansando al rumor de los surtidores de agua que murmuraban por todos los lados del jardin, en los patios y en las salas de esta parte del palacio. Apenas se hizo de dia vi al través de las rejas muchos musulmanes que hacian oracion en el gran patio. Para esto estienden en tierra una alfombra: se mantienen en pie, despues se inclinan sin doblarse, tocan muchas veces la alfombra con la frente, y teniendo el rostro vuelto siempre hácia el lado de la mezquita, se acuestan boca abajo sobre la alfombra y golpean la tierra con la frente. Despues se levantan y repiten muchas veces las mismas ceremonias recitando oraciones. Yo no he encontrado nada de ridículo en estas ceremonias, por estrañas que nos parezcan: la fisonomía de los musulmanes tiene tan impreso el sentimiento religioso que espresan con sus gestos, que yo no puedo menos de respetar su oracion, como dirigida al Dios único: he notado siempre que la idea de la Divinidad desciende y obra sobre el hombre, imprimiéndole una dignidad sobrehumana: el cristiano puede decir:

« Yo no oro como tú, pero oro al Señor de los dos; al Señor en quien tú crees, y á quien quieres reconocer y honrar del mismo modo que yo le reconozco y honro bajo distinta forma: no me es permitido, pues, burlarme de tí: solo Dios es el que debe juzgarnos.»

Pasamos la mañana siguiente en recorrer los

palacios de los hijos del emir, que se hallan á poca distancia del de su padre; una iglesia católica, semejante á las de nuestros pueblos pequeños de Francia ó de Italia y los jardines del palacio. El emir Beschir ha hecho edificar una magnífica casa de campo á una milla de Dptedin: este es el término de sus paseos á caballo, y casi el único camino en donde puede galopear sin riesgo un caballo, aun cuando sea árabe: todos los demas senderos que conducen á Dptedin son tan escarpados y suspendidos tan peligrosamente sobre los bordes, cortados á pico en los precipicios, que no se pueden atravesar ni aun al paso sin estremecerse.

Antes de abandonar á Dptedin y Deir-el-Kammar, he copiado las notas curiosas y verídicas que he recogido en estos mismos sitios acerca del hábil y del guerrero anciano que acabamos de visitar.

NOTAS HISTORICAS SOBRE EL EMIR BESCHIR.

Habiendo muerto el último descendiente del emir Fakardin, pasó el mando de los montes á manos de la familia Chab, que hace ciento y diez años se ha establecido en el Líbano. Las antiguas crónicas árabes del desierto de Damasco refieren las siguientes particularidades.

Como al principio del primer siglo de la hegira, en la época en que los ejércitos de Abubekr invadieron la Siria, un hombre de un estraordinario valor llamado Abdalla, habitante del lugar de Bet-Chiabi en el desierto de Damasco, se cubrió de gloria en el sitio de esta ciudad, y fué muerto á los pies de sus muros. El general musulman colmó de beneficios á su familia, que dejó enton-

ces á Bet Chiabi, y se estableció en Housbaye, situado en el anti-Líbano. Todavía se encuentra el tronco primitivo de esta familia, de la cual ha salido la rama que reina actualmente sobre el Líbano.

Beschir el emir, uno de los descendientes de Abdalla, quedó huérfano cuando tenia poca edad: su padre, el emir Hassen, habia sido revestido de la pelliza de kaken, y recibido el anillo del mando, cuando el emir Milhen su tio abandonó los negocios para acabar sus dias tranquilamente en el retiro; pero Hassen no mostró ni talento ni energía en la administracion, y Milhen obligado á encargarse del mando nuevamente, tuvo que reparar las faltas de su sobrino, y calmar las agitaciones que habia suscitado su impericia.

El poder, como lo refiere Wolney, pasó de Mansur á Jussef, el uno padre, é hijo el otro de Milhem. Cuando Jussef tomó el mando por la vez primera, Beschir el emir solo tenia siete años: Jussef lo tomó á su cargo, y lo hizo educar con todo esmero. Algunos años despues, habiendo reconocido en él bizarría y talento le hizo entrar en los negocios de su gobierno.

Entonces, Djezar, pachá de Acre, que habia sucedido á Dahor, molestaba hacia mucho tiempo al emir Jussef con ataques y con exorbitantes impuestos: declaróse la guerra, pero no pudiendo Beschir seguir á su tio en esta espedicion, no tuvo parte en la segunda campaña contra Djezar-pachá hasta el año 1784. Entonces el jóven Beschir, que solo tenia veintiun años, corrió un riesgo terrible en la ciudad de Ryde, de la que se habian apoderado los druzos. Obligado á aban-

donar la ciudad y perseguido por los enemigos, en su retirada se llegó á ver cercado por ellos. En esta situacion tan crítica, Beschir picó su caballo hácia una muralla, y se precipitó con él de lo alto de ella bajo una horrorosa lluvia de balas. Felizmente no le hirieron, pero su caballo quedó muerto en la caida.

El emir, de vuelta al Líbano, se dedicó enteramente á los negocios, y quiso restablecer el órden en la administracion de Jussef; pero la ambicion se despertó en su alma, se acordó de quien era su padre, y aspiró aunque pobre al poder supremo. Sus modales y su valor le habian grangeado el afecto de muchas poderosas familias; trabajó para captarse el de otras muchas mas, que no estaban conformes con la administracion del emir Jussef, y consiguió que entrase en sus miras la familia de Kantar, que gozaba de gran consideracion é influencia, y cuyo gefe, el hombre de mas talento que entonces se encontraba en el Líbano, poseía inmensas riquezas, y llevaba el título de Scheik Beschir, que quiere decir grande é ilustre. En este estado, solo faltaba al emir una ocasion, y esta se presentó.

En el año de 1785, en el cual Djezar-Pachá habia entregado á Jussef el mando de que le habia privado hacia mas de un año, cesaron todas las hostilidades entre estos dos príncipes: el emir Jussef enviaba todos los años á San Juan de Acre oficiales suyos que le traian la pelliza con los cumplimientos ó felicitaciones de costumbre; mas temia siempre una desavenencia entre él y el pachá; esta llegó por fin.

Rompieron abiertamente en 1789 ambos prín-

cipes; y no hallandose el emir Jussef en estado de hacer resistencia, determinó abdicar. Beschir tenia crédito, Jussef le amaba, y le aconsejó que fuese á San Juan de Acre y pidiese el anillo del mando. Beschir se escusó en un principio, manifestando a su tio que en tal caso se veria obligado á alejarse de sus estados, ya porque el pachá lo exigiria así, ya porque su presencia en el Líbano daria á las facciones un alimento ominoso y continuo. Al proponer Jussef este paso á su pariente, llevaba dos miras: la primera de que continuase el poder en la familia, y la segunda de conservarlo él cuando Beschir hubiese allanado las dificultades, fuese por medio de una conciliacion ó por vía de las armas.

Insistió Jussef, y habiendo prometido á Beschir ausentarse del pais tan pronto como llegase este á conseguir el mando, partió el jóven príncipe para S. Juan de Acre. Djezar pachá le hizo una afectuosa acogida, le confirió el mando del Líbano, y le dió ocho mil hombres, tanto para establecer y para asegurar su dominacion, como para apoderarse de la persona de Jussef. Cuando Beschir llegó al puente de Gesser-Cadi, escribió secretamente a su tio, le dió parte de las instrucciones que habia recibido del pachá, y le instó á que se retirase. El emir Jussef se replegó á Gihel en el Kosruan, reuniendo allí sus partidarios. Beschir juntó sus tropas con las que habia traido de Acre, y marchó contra Jussef, á quien encontró en el Kosruan; le presentó la batalla, y le hizo perder mucha gente; pero trascurrieron muchos meses sin que obtuviese un decisivo resultado.

A fin de terminar esta diferencia, Jussef envió

un espreso á S. Juan de Acre prometiendo al pachá un tributo mayor que el que Beschir le pagaba, si le volvia el mando. Djezar consintió en ello, lo llamó á Acre, le entregó la pelliza, y le dió contra Beschir los mismos ocho mil hombres que habian combatido contra él. Entonces el emir Beschir se retiró al distrito de Mar Méri, donde trabajó todo lo posible para derribar á su rival, ofreciendo mas tributo del que habia ofrecido Jussef; y habiendo aceptado el pachá, se vió inmediatamente obligado Jussef á ceder su lugar. Este volvió á Acre para tentar nuevas intrigas; mas Beschir ofreció al pachá cuatro mil bolsas (de quinientas piezas y cuarenta céntimos cada una) si hacia morir á Jussef para poner un término á las turbulencias que reinaban en la montaña.

Hallábase entonces Djezar en Damasco: su aduanero griego, que poseía toda su confianza, y que era considerado en su ausencia como pachá de Acre, trató en su nombre, é informó á su amo del ajuste que habia concluido. La proposicion gustó mucho desde luego á Djezar, y ratificando el contrato, dió órden de ahorcar al emir Jussef, juntamente con su ministro Gandur.

Mas apenas Djezar hubo dado esta órden, se arrepintió de ello, y considerando que la enemistad de los dos príncipes convenia á sus intereses, porque aumentaba los tributos, espidió una contraorden; mas sea que llegase demasiado tarde; sea que estuviese ganado el ministro, el emir Jussef fué ahorcado. Esta ejecucion irritó tanto al pachá, que se constituyó en S. Juan de Acre, se hizo dar cuenta del negocio, supuso que habia sido engañado, é hizo arrojar al agua y ahogar al aduanero

con toda su familia, y á muchas otras personas acusadas de haber tenido parte en el negocio.

Djezar confiscó los tesoros inmensos de su favorito, y escribió una carta reconviniendo agriamente al emir Beschir. Los términos en que estaba concebida la carta hicieron conocer al príncipe el terrible compromiso en que se hallaba, y trató de justificarse á los ojos del pachá; disimuló este hasta la época de la reelección del gobernador, y llegada que fué, invitó al príncipe á presentarse en S. Juan de Acre á tomar la investidura.

El emir se presentó sin recelo con su ministro el scheik Beschir: mas apenas llegaron fueron sumidos ambos en una mazmorra, donde sufrieron toda suerte de males durante los diez y ocho meses que duró su cautiverio. El objeto del pachá al tratarlos así, era el de obligarles á pagar un cuantioso rescate; pero el príncipe nada poseía, porque habia mandado muy poco tiempo para reunir grandes riquezas, y el ministro suplió. Para ello envió al pachá secretamente la viuda de un príncipe druzo, llamado Sest-Abbus, con la que habia tenido relaciones íntimas; la encargó de ofrecerle la suma que exigia, y de fingir que empeñaba sus propias alhajas para completar el rescate. Esta mujer se prestó á este servicio; era diestra, atrevida y de mucho talento; y habiéndose presentado en Acre al pachá, le supo cautivar de tal modo con las gracias de su persona y de su ingenio, que Djezar disminuyó considerablemente la suma que habia pedido en un principio. La investidura, pues, fué acordada al emir Beschir, y este recobró la gracia del pachá.

Durante esta cautividad, el hermano del emir Jussef, con su primo el emir Koidar de Bubda, se habian apoderado del mando, y tomado las medidas necesarias para impedir al emir Beschir que volviese á entrar en sus estados, si Djezar llegaba á concederle la libertad. Beschir al salir de la cárcel, no creyó prudente presentarse aun en sus tierras, y se contentó con enviar á su ministro el schoik Beschir para sondear el espíritu; retirándose entre tanto al pueblo de Homs á esperar el resultado de estas negociaciones. Ademas procuro ganar el afecto del emir Abbets, príncipe druzo de Solima, que se habia mantenido neutral hasta entonces, y que gozaba de una grande consideracion entre los druzos y los cristianos, especialmente entre los del distrito de Marcaeutre.

Afortunadamente el emir Abbets encontró justa la causa del emir Beschir, abrazó su partido, y le llamó á su lado. Como las comunicaciones eran muy difíciles, le envió su despacho por conducto de un italiano, fraile donado de un convento de Solima. Beschir se presentó en medio de sus partidarios, cuyo número aumentó el schoik Beschir con sus dádivas y talento, y entonces cayó impetuosamente sobre el ejército de sus rivales, lo dispersó, se apoderó de los dos, y los hizo ahogar, sin mas formalidades.

El emir Beschir pacífico poseedor del mando, se casó con la viuda de un príncipe turco como él, de la familia de Chab, á quien habia hecho morir dos años antes: esta union le hizo dueño de considerables riquezas. Antes de casarse con esta princesa, que era de una estraordinaria hermosura, la hizo bautizar, y esta union fué

de las mas felices. La princesa se vió acometida de achaques á los sesenta y ocho años de edad, y ademas atacada de una parálisis que le privaba el uso de las piernas: no obstante, estos esposos ofrecian el ejemplo del afecto mas vivo y de la union mas perfecta.

Jussef habia dejado á su muerte tres hijos de menor edad, y Giorgios bey y su hermano Abdallon se encargaron de educarlos con esmero; animados de la esperanza de que un dia reanimarian el partido de Jussef, y derribarian al emir Beschir; pero este triunfó de todos los obstáculos, y se mantuvo tranquilamente en el mando hasta el año 1804.

El Egipto fué en este tiempo teatro de acaecimientos de la mas alta importancia. Bonaparte entró en Siria con un cuerpo de ejército; llegó al frente de San Juan de Acre, que debia abrirle las puertas del Oriente; y por medio de emisarios y cartas instó al príncipe del Líbano para que abrazase su partido y le ayudase á apoderarse de la plaza. Beschir le respondió que estaba pronto á unirse á él, pero que no lo haria hasta despues de la toma de Acre. Un francés le hizo cargo un dia de no haber cumplido su promesa, y de haber impedido tal vez con esta conducta la regeneracion del Oriente, mas él respondió, que á pesar del vehemente deseo que tenia de unirse al general Bonaparte, y del ódio que conservaba al pachá, no pudo de ningun modo verificarlo, porque los quince ó veinte mil hombres que hubiera enviado de las montañas, no hubiesen contribuido en nada al éxito del sitio. «Si Bonaparte hubiese tomado á Acre sin mi asistencia, dijo, se hubiera apode-

rado de las montañas sin combatir, porque los druzos y los cristianos lo deseaban con ardor, y yo hubiera perdido el mando: mas por el contrario, si me hubiese unido á Bonaparte, y no consiguiésemos tomar la plaza, como hubiera sucedido, el pachá me habria hecho ahorcar, ó encerrar en una mazmorra. ¿Quién me hubiera entonces socorrido? ¿Qué proteccion hubiera yo implorado? ¿La de la Francia, que estaba tan distante, que tenia que hacer frente á la Inglaterra y á la Europa, y que ella misma se hallaba devorada por la guerra civil y las facciones?»

Bonaparte comprendió perfectamente la posicion del príncipe Beschir, y en prueba de su amistad le regaló una escopeta, que Beschir ha conservado siempre como memoria del gran capitan del siglo.

Antes de volver á tomar el hilo de los acaecimientos que siguieron á la ruina del partido de Jussef, será bien referir una aventura que quiza contribuyó á que el pachá Djezar se hiciese tan cruel y feroz.

Durante los primeros años de su mando iba, segun costumbre, á recibir la caravana que venia de la peregrinacion de la Meca. Posteriormente se confirió este cargo al pachá de Damasco, y el de San Juan de Acre solo quedó obligado al gasto de la caravana, y á pagar un tributo á los árabes del desierto. Los mamelucos, á quienes Djezar habia dejado la custodia de su serrallo, forzaron las puertas de él, y se entregaron á toda la brutalidad de sus pasiones: volvió el pachá, y los mamelucos, lejos de buscar su salvacion en la fuga, se apoderaron de su tesoro, y cerraron las puertas

de la ciudad, decididos á repeler la fuerza con la fuerza. Djézar no podia vencer con la débil escolta que tenia á su mando: no obstante los mamelucos le propusieron que si les dejaba salir con sus armas y sus caballos, le abririan las puertas; pero que sino, aceptaban la guerra, y estaban decididos á morir con las armas en la mano, antes de rendirse.

El pachá no podia vacilar: sabia que era aborrecido de los turcos y de los cristianos á causa de las exacciones que les imponia; y no ignoraba que si el emir Jussef llegaba á saber su posicion, haria liga con los turcos, y se declararia una guerra que podria serle sumamente fatal.

Concedió, pues, lo que pedian á los mamelucos, y estos huyeron aceleradamente cuando el entraba en la ciudad. Apenas penetró en su palacio hizo salir su caballería en persecucion de los fugitivos, pero inútilmente porque los mamelucos llegaron sanos y salvos al Egipto. Djezar se vengó entonces en sus propias mujeres; las hizo dar azotes, y precipitarlas en seguida en un foso profundo que hizo cubrir de cal viva. Su favorita fué esceptuada de esta sentencia atróz; pero la hizo ataviarse con sus joyas y mejores vestidos, y adornada de este modo la encerró en una caja, y la mandó arrojar al mar.

Tal acaecimiento exasperó el carácter de Djezar, el cual era ya muy avaro y espoliador; pero se hizo tan vengativo y tan cruel, que no hablaba sino de cortar narices, orejas y de sacar los ojos. En el momento de morir, y cuando ya no podia hablar ni mandar ejecuciones, hacia señas á los que le rodeaban, indicándoles la cabecera de

su cama. Felizmente, no pudieron comprenderle; pero despues de su muerte se encontró una larga lista de las personas que habia condenado á morir cuando recobrase la salud. Su ferocidad le siguió hasta el sepulcro. Pero volvamos al príncipe Beschir.

Tan pronto como los hijos del emir fueron bastante crecidos para disputar el poder, Giorgios-Bey y Abdalla pusieron en planta sus proyectos, y aprovechando un momento de frialdad entre Djezar y el príncipe Beschir, sublevaron el partido de sus pupilos. El emir, que se hallaba desprevenido, se vió obligado á retirarse á Hurun, desde donde imploró la proteccion del pachá, valiéndose del medio de halagar su codicia. Djezar intervino en efecto, y dictó un tratado que conciliaba los dos partidos, aunque favorecia mucho mas al emir Beschir, pues daba á este el pais de los druzos, mientras que á los hijos de Jussef les señalaba el de Gibel y de Kosruan.

El tratado duró pocos años, pues los hijos de Jussef emplearon todos los medios posibles para derribar á su enemigo, y como eran los mas fuertes, lo llegaron á conseguir. Djezar no quiso escuchar las reclamaciones de Beschir, y se llevó á cabo la usurpacion, en términos, que á Beschir no le quedó otro medio que el de implorar la proteccion del virey del Egipto.

A la sazon el almirante inglés Sydney-Smith se encontraba con su escuadra en las costas de Siria, y Beschir le pidió que lo recibiese á bordo de uno de los buques de ella y lo trasladase al Egipto. Despues de haber pasado muchos meses en el mar, y

haber estado en Chipre, Smirna, Candia y Malta, desembarcó por fin en Alejandría, y fué á presentarse al virey, juntamente con algunos que le habian permanecido fieles, y le habian acompañado en su desgracia.

Dióle el virey la mas grata acogida, trató con todo el miramiento debido á su desgraciada posicion, le colmó de presentes, y le hizo regresar á la Siria en uno de los buques de Sydney-Smith con una carta para Djezar, llena de reconvenciones y amenazas, en la cual le intimaba la órden de restablecer á Beschir en el mando.

El virey era poderoso: Djezar pachá se apresuró á obedecer, porque los términos en que estaba concebido el despacho, le hicieron conocer que no debia descuidarse en satisfacer al príncipe Beschir, é intimó á los hijos de Jussef, que no se atrevieron á oponer resistencia, que se arreglasen al tratado hasta la muerte de Beschir; de este modo se restableció la paz entre los dos partidos.

Sin embargo, no se hallaba el emir Beschir enteramente tranquilo con la proteccion de Mehemet-Alí; veia aumentar de dia en dia el partido de los tres príncipes, y temia que le hurdiesen alguna pérfida trama, porque sabia la sed ardiente de venganza que contra él les animaba. El talento de sus ministros Giorgios-Bey y Abdalla aumentaban además sus fundados temores, y determinó concluir con ellos por medio de un golpe decisivo que fuese capaz de aterrarlos. Para realizar su proyecto se valió de la investidura de Soliman pachá, que sucedió á Djezar. En esta época todo parecia tranquilo en el Líbano, y los tres príncipes gobernaban pacíficamente sus provincias, y

parecian someterse sin restriccion á la supremacía que el tratado acordaba á su enemigo, mientras que sus ministros trabajaban en secreto para la repeticion del ataque.

Beschir tomó la delantera. Llamó á Giorgios-Bey á Deir-el-Kammar, bajo pretesto de negocios, y al mismo tiempo su hermano el emir Hassem cayó sobre Gibel, se apoderó de los príncipes, é hizo ahorcar á Abdalla. Los dos hermanos fueron conducidos á Yong-Michael, donde se les sacaron los ojos, y sus bienes fueron confiscados en beneficio del emir Beschir. Cuando Giorgios-Bey recibió la noticia de estos sucesos, se arrojó desde una ventana de su cárcel y se mató, pero esto no impidió que el emir le hiciese ahorcar para que sirviese de ejemplo á sus enemigos. Cinco gefes de Deir-el-Kammar y un hermano del scheik Beschir, todos de la familia de Gruimbelad-el-Bescantar, acusados de partidarios de los príncipes vencidos, fueron condenados á muerte, y sus bienes confiscados.

Despues de hechas estas ejecuciones, el príncipe Beschir se apoderó de la suprema autoridad de todo el Líbano, y dió á su hermano Hassem el mando del Kosruan, cuya capital era Gazyr; mas como este muriese poco tiempo despues, se acusó al emir Beschir de haberle envenenado, por suponerle designios ambiciosos; esta acusacion carecia de fundamento, y la opinion ha concluido por hacerle justicia.

Por el año de 1819, se insurreccionaron los paises de Gibel-Biscarra, de Gibes y del Kosruan á causa de una contribucion que escitó el descontento. Los insurgentes siguiendo el consejo del obis-

po Jussef, resolvieron atacar al emir Beschir en el país de los druzos, donde se hallaba entonces. El príncipe sin darles tiempo para que reuniesen sus fuerzas, salió en persona á su encuentro á la cabeza de un pequeño cuerpo de ejército, y mandó á su teniente general el scheik Beschir que le siguiese con tres mil hombres que había reunido á toda prisa. El emir entró en el país de Gibes, y acampó en un valle del desierto de Agusta, entre Djaní y el territorio de Gazyr. Durante la noche siguiente y al otro dia por la mañana sufrió un vivo fuego de fusilería de muchos destacamentos enemigos que ocupaban las alturas: fué acribillada de balas su tienda, y á pesar de las instancias de su hijo Halil, no quiso mudar de posicion. Cuando el dia estuvo mas avanzado, se avivó el fuego de la fusilería, y Beschir creyó que los rebeldes habian aumentado sus fuerzas, y que querian cortarle el paso. Entonces se levantó de la alfombra sobre la cual había pasado la noche, montó á caballo, y marchó derecho al enemigo, seguido de su pequeña escolta; mas al acercarse el emir, los insurgentes se dispersaron sin hacer resistencia, y él llegó á Gibes, donde tomó enérgicas medidas para impedir el acrecentamiento de las fuerzas rebeldes.

Scheik Beschir, su teniente general que le seguia á pequeñas jornadas, pasó el rio de Chin, y se apoderó con sus tres mil hombres de los dos primeros pueblos del Kosruan, Yong-Michael y Yong-Monsbak que se hallaban á su paso: el mismo dia de esta ocupacion, las avanzadas detuvieron á un sacerdote que llevaba pliegos del obispo Jussef. El scheik Beschir, despues de haber leido estas cartas, presentó su kangiar al que se las ha-

bia traido y mandó matar al sacerdote, y enterrarlo en el lugar mismo en donde habia sido arrestado. Pocas horas despues tuvo la misma suerte otra mensagero secreto.

Scheik Beschir volvió el dia siguiente á emprender la marcha: invadió el Kosruan, sin encontrar obstáculo, hizo ahogar á todos los que habia inscrito el emir Beschir en una lista que le habia enviado, y llegó a Gibel-Bisarra, en donde se reunió al príncipe que venia de Gibes. El emir Beschir permaneció nueve dias en esta provincia, durante los cuales acabó de sofocar la rebelion, haciendo ahorcar ó ahogar á todos los rebeldes de distincion de los tres distritos de Gibes, del Kosruan y de Gibel-Bisarra, é impuso el castigo de los palos á muchos otros, de quienes exigió ademas ruinosos rescates.

Entre su número se hallaba un infeliz anciano de setenta y cinco años de edad, que fué condenado á pagar setenta bolsas. Como no pudiese satisfacer esta suma, escribió el hijo del anciano á su padre, que iba á hacer un empréstito, y le pidió la autorizacion para ello: el viejo respondió que no pagaria nada, y añadió espresiones poco benévolas al príncipe: y habiendo sido interceptada esta carta, fué condenado á un tormento, en el que le dislocaron los huesos: el desgraciado, abrumado ya por el peso de la edad, no pudo resistir el dolor, y cuando en virtud de órden del scheik Beschir fué conducido á su casa, murió en ella despues de veinte dias de sufrimiento. Su hijo heredó la condenacion de su padre, y sus bienes fueron confiscados en beneficio del emir, que no le dejó sino mil piastras (unos trescientos treinta francos).

Beschir subió hasta Eden, pasó los Cedros y bajo á Balbeck, por el lado opuesto de la montaña, mientras que el schoik Beschir ocupaba la provincia sublevada. Al llegar el emir á Balbeck, mandó á su *teniente general* que volviese por el mismo camino que había traido, y que á su paso impusiese á las tres provincias una contribucion de cuatrocientas bolsas (de á quinientas piezas cada una).

Pareceria milagroso que el príncipe del Líbano con solos tres mil hombres hubiese podido sofocar una rebelion en tres provincias tan estensas, si no se considerase que estas rebeliones eran parciales, y que el partido que el Beschir tenia en ellas contribuyó poderosamente á su victoria.

En estas circunstancias, el pachá de Damasco había enviado al Bkaa un agá con encargo de recoger las cosechas de las tierras que estaban bajo la dependencia de su bajalato. Este oficial penetró en el pueblo de Baunia, que pertenecia al principado del Líbano, y exigió contribuciones en ganado y en dinero: los habitantes se negaron á pagarlas, y dieron parte al Beschir, el cual escribió al agá manifestándole su descontento, pero este sin hacer caso de sus observaciones, cometió las exacciones mas terribles, y regresó á Damasco. Beschir resentido dió parte al pachá de Acre, espresándole su indignacion con energía; y Abdalla, fuese por consideracion al emir, ó fuese porque desease tomar del agá una venganza personal, escribió al pachá de Damasco para que le impusiese un severo castigo. Este respondió de un modo evasivo, y como estrañando que el pachá de Acre tomase tanta parte en el negocio en favor de los

cristianos: Abdalla trasmitió esta respuesta á Beschir, y le autorizó para tomar satisfaccion por sí mismo del pachá de Damasco. El príncipe del Líbano reunió entonces á toda prisa diez mil hombres, y marchó sobre Damasco: el pachá salió á su encuentro, y los dos ejércitos llegaron á las manos muchas veces; pero siempre con ventaja del Beschir.

Por este tiempo publicó Abdalla un firman falso de la Puerta, que declaraba destituido de su bajalato al pachá de Damasco, reuniendo ademas este al de Acre; pero aquel, habiendose dirigido á los pachás vecinos, y especialmente á la córte de Constantinopla, consiguió que esta condenase á muerte al pachá de Acre, y destituyese de su gobierno al príncipe Beschir. El emir se hallaba á las puertas de Damasco cuando llegó el firman; vió entonces que el de Abdalla era falso, y juzgó prudente retirarse á la provincia de Deïr-el-Kammar, donde conociendo que le estaba reservada la suerte de Abdalla, fué á refugiarse á las cercanías de Beyruth, y pidió al gobernador que le recibiese con su escolta. El gobernador se negó pretestando que la presencia del emir en la ciudad provocaría la sedicion; el príncipe, habiendo hecho saber á su hermano que queria volver á sus estados, y tentar la vía de de las armas contra los pachás enviados por la Sublime Puerta, supo por aquel que la montaña estaba sin víveres ni dinero, y que no era prudente poner por obra tan peligroso proyecto.

En trance tan apurado volvió otra vez los ojos al Egipto, se dirigió á un franco para que le proporcionase los medios de abandonar la Siria; y

Mr. Aubin le hizo embarcar entre Beyruth y Saida en un buque francés, que se hacia á la vela para el puerto de Alejandría. Despues de su marcha, el scheik Beschir y su hermano el emir Abest, se unieron con los pachás, que estaban coligados, y aspiraron al mando de la montaña. He aquí el origen de las turbulencias que agitaron el Líbano en el año 1823.

Un combinado ejército puso sitio á San Juan de Acre en julio de 1822, y lo continuó sin éxito hasta abril de 1823, en cuya época se levantó este sitio. Entonces el jóven pachá de Acre, estremadamente avaro, imaginó un medio para dispensarse del tributo que debia pagar á la Puerta, que fué el de mandar asesinar cerca de Latakia á los oficiales que lo llevaban, y hacer que los asesinos le entregasen el dinero. Despues de esto se quejó á la Puerta del asesinato cometido en la persona de uno de sus agentes, y del robo de aquellas sumas que pertenecian al gran señor. El pachá de Acre no solo se prometia con tan odiosa conducta eximirse del tributo, sino que comprometiendo al pacha de Latakia, confiaba que el gran señor le enviaría á este el cordon y que reuniría el bajalato de Latakia al de Acre. Pero Abdalla pachá se engañó torpemente.

El gran señor fué informado de la perfidia del pachá de Acre, y pidió su cabeza por la segunda vez: los pachás de Damasco, de Alepo y de Adana, nada podian hacer con un ejército de solos doce mil hombres de todas armas, mal disciplinados, y sin artillería que pudiese abrir brecha, pues no tenian sino algunas piezas de grueso calibre, cuyas balas no correspondian á él, tres ó cuatro mil gimetes sin víveres, y una infantería que pasaba el

dia y la noche en fumar en sus tiendas. Así que Abdalla pachá, que ocupaba la primera plaza fuerte del Oriente, se preparó sin temor á una vigorosa defensa.

Hallábase al áncora en la rada una corbeta inglesa, y su gefe ofreció un oficial de ella para dirigir la artillería de los sitiadores; efectivamente se pusieron á sus órdenes los cañones: pero al cabo de tres dias reconoció la imposibilidad de tomar la plaza con los turcos, los cuales no querian acercar al muro los cañones, cuya circunstancia era tan indispensable para abrir brecha.

Abdalla pues, a pesar del ejército reunido de los pachás permaneció tranquilo. Por parte de tierra nada tenia que temer de unas tropas tan mal organizadas, y al fuego de cañon respondia solamente con el de la fusileria, para manifestar el desprecio con que miraba sus ataques. Ademas tenia buenos y bien pagados soldados; recibia con abundancia cargamentos de víveres y municiones de Europa ó de Asia, y aun se sospechaba, que tenia inteligencia secreta con los griegos de la Morea.

Reschir, que ya se hallaba entonces bajo la proteccion del virey de Egipto, mantenia una correspondencia regular con Abdalla, el que por medio de Mehemet-Alí, solicitó la paz y el perdon de la Puerta. Por lo que respecta á Abdalla, si bien es verdad que no corria riesgo por la parte de tierra, debia temer no obstante que el divan de Constantinopla, bloqueando la plaza por mar, interceptase sus comunicaciones con el estrangero. Reducido entonces el pueblo á la hambre, se hubieran sublevado sus tropas, y se le hubiera forzado á

doblar el cuello al cordon de la Sublime Puerta. Mas el divan le perdonó sabiendo que hubiera podido entregar la plaza á los insurgentes de la Morea, y solo le condenó á una multa de tres mil bolsas, y á los gastos de la guerra.

Tan pronto como el virey de Egipto obtuvo la gracia del perdon de Abdallá-Pachá, pidió y consiguió tambien la del emir Beschir que volvió á recobrar el mando. El virey se aprovechó de esta circunstancia para hacer conocer su influencia al divan, y para tomar ascendiente sobre el príncipe del Líbano, cuyos intereses políticos se encuentran en el dia comprometidos y ligados á los de Mehemet-Alí.

A últimos de 1823, el emir Beschir desembarcó en San Juan de Acre, arregló con Abdalla la cuenta de los gastos del sitio, y convino en la suma con que debia contribuir por su parte para el pago de esta deuda.

Al entrar en el Líbano, impuso una contribucion de mil bolsas, porque su posicion era apurada con motivo de su destierro, y de los gastos que le habia ocasionado su permanencia en Egipto: sus pueblos estaban pobres, y no queriendo indisponerlos contra sí por una contribucion tan considerable, resolvió hacerla pagar á su lugar-teniente-general el scheick Beschir, vengándose por este medio de las intrigas que habia hurdido con su hermano Abets para quitarle el mando de la montaña. El scheick Beschir se negó al pago de la contribucion, y se retiró al Karan, provincia del Líbano: despues volvió á su palacio de Moctura, desde donde trató con el príncipe Abets para derribar á Beschir, y llegó á conseguir que entrasen

en la conspiracion tres hermanos jóvenes del príncipe, los cuales habian estado hasta entonces tranquilos en sus respectivas provincias.

La nueva conspiracion hubiera podido ser fatal al emir Beschir sin el auxilio de Abdalla-Pachá.

Scheik Beschir fué perseguido y arrestado en los llanos de Damasco con una escolta de doscientas personas: bien hubiera podido salvarse, mas como un oficial turco le hubiese asegurado en nombre del pachá que el príncipe del Líbano le habia perdonado, se entregó á este oficial y fué conducido á Damásco. Allí se le despojó de sus ropas, se le ató una mano al pecho y la otra á la espalda, y se le metió en una cárcel donde permaneció muchos meses. Instruida su causa en Constantinopla fué condenado á muerte. Cuando le presentaron el cordon se mostró sereno, y pidió únicamente que le permitiesen hablar con el pachá y el príncipe: le contestaron que era inútil; que ni el uno ni el otro podian hacer nada por él, en razon á que su sentencia habia sido pronunciada en Constantinopla: entonces se sometió á su suerte. Le ahorcaron primero, despues le cortaron la cabeza, y su cuerpo hecho pedazos fué arrojado á los perros.

Su ejecucion se verificó á principios del año 1824. Los tres hermanos del príncipe fueron arrestados, se les cortaron las lenguas, se les sacaron los ojos, y despues fueron desterrados con sus familias á pueblos muy distantes los unos de los otros. Desde entonces comenzó á reinar la tranquilidad en el Líbano, y los Chab gozaron en paz del poder; gracias á la activa policía que el emir estableció en su gobierno, y á la amistad de Abda-

lla-Pachá, el cual no ignoraba los fuertes vínculos que unian al príncipe con Mehemet-Alí.

Tal fué la política que ha seguido hasta el dia el emir Beschir; y todo anuncia que la seguirá con éxito en la nueva crisis en que le ha colocado la lucha de Mehemet-Alí con la Puerta Otomana. El emir no ha tomado parte en la guerra hasta el momento en que Ibrahim-Pachá ha conquistado á San Juan de Acre, venciendo y haciendo prisionero á Abdalla-Pachá, enviándolo á su padre en Egipto, y entrando vencedor en la Siria. En este caso el príncipe del Líbano ha creido deberse declarar á su favor: segun el uso de los orientales vió el dedo de la Providencia en la victoria, y se ha puesto de parte de ella. Aun así ha manifestado hacerlo como con sentimiento, y se ha reservado, segun parece, el pretesto de la violencia á los ojos de la Puerta. Es de creer que si Ibrahim-Pachá sufriese algun revés, el emir Beschir tomaria el partido de los turcos y les ayudaría para derrotar á los árabes. Ibrahim, que conoce esta política de dos filos, procura por todos medios comprometer al príncipe; así es que le ha obligado á que le confie uno de sus hijos, y algunos de sus mejores caballos para que le acompañen á Homs, y ha hecho que bajen los otros hijos de las montañas, y que gobiernen militarmente en nombre de los egipcios las principales ciudades de la Siria.

De este modo la cabeza de Beschir pende del triunfo en Homs de Ibrahim. Si este fuese vencido, los turcos harian una sangrienta reaccion contra los cristianos del Líbano y contra el mismo príncipe. Por otra parte, si Ibrahim llegase á dominar

la Siria, no sufriria tal vez un poder independiente del suyo, y procuraría, ó destruirle con la política ó derribarlo para siempre esterminando la familia de Chab. Si el emir Beschir fuese mas jóven y mas activo, podria resistir estas dos agresiones, y constituir para mucho tiempo, y tal vez para siempre, su dominacion y la de sus hijos, sobre la parte mas inaccesible, la mas poblada, y la mas rica de la Siria: los montañeses que manda son bizarros, inteligentes y disciplinados; los caminos para llegar al centro del Líbano son impracticables, y los maronitas, que se van haciendo numerosos en el Líbano, estarian siempre adheridos á él, por el sentimiento comun del cristianismo, y por el odio y el terror con que miran la dominacion de los turcos. El único obstáculo á la erreccion de una nueva potencia en estas regiones, es la diferencia de religion entre los maronitas, los druzos y los metualis, que con casi igual número pueblan las montañas sometidas á la autoridad del emir, porque el mas fuerte vínculo de nacionalidad es la conformidad de ideas religiosas, ó al menos lo ha sido hasta ahora. Los progresos de la civilizacion han reducido á individuales las ideas religiosas, y la nacionalidad está formada por otros intereses comunes: mas como estos intereses sean menos graves que el de la religion, las nacionalidades se van debilitando. ¿Qué cosa hay mas fuerte para el hombre que sus ideas religiosas, su dogma y su fe íntima? Ninguna. Esta es la voz de su inteligencia, este es el pensamiento que reasume todos los demas: costumbres, leyes, patria, todo lo cifra un pueblo en su religion. A mi modo de ver, esta es la causa de que el Oriente encuentre

tanta dificultad en constituirse en una nacion grande, única y poderosa, haciendo que se desplome el imperio de los turcos. No se conciben señales de una existencia comun, ni síntomas de nacionalidad posibles sino en las partes del imperio, en donde están reunidas las tribus de un mismo culto, como en la raza griega-asiática, entre los armenios; entre los búlgaros y entre los servios: fuera de estas, se ven hombres, pero no se ve nacion.

LOS DRUZOS.

3 de octubre.

Hoy he bajado las laderas del Líbano, que descienden desde Deir-el-Kammar hácia el Mediterráneo, y he ido á pasar la noche á un kan aislado de estos montes. A las cinco de la mañana montamos á caballo en uno de los patios del palacio del emir. Al salir de la puerta del palacio se comienza á bajar por un sendero cortado en la peña, que gira al rededor de la loma Dptedin. Tanto á la derecha como á la izquierda del sendero, los terraplenes artificiales están plantados de moreras admirablemente cultivadas: la sombra de los árboles y de las viñas cubre el suelo completamente, y arroyos numerosos, dirigidos por labradores árabes, bajan del monte, se dividen en plumas de agua, y van á regar los árboles y los jardines. La sombra gigantesca del palacio y de los terraplenes del Dptedin, ondea por encima de esta escena, y le sigue á uno hasta el pie de la loma, en donde se principia á subir otro monte, sobre cuya cumbre está situada la

ciudad de Deir-el-Kammar. Un cuarto de hora nos bastó para llegar á ella. Esta ciudad es la capital del emir Beschir y de los druzos, y su poblacion será de unas diez á doce mil almas. Pero á escepcion de un antiguo edificio, adornado con molduras moriscas y con altos balcones, enteramente semejantes á los restos de uno de nuestros castillos de la edad media, Deir-el-Kammar no tiene nada de ciudad, ni mucho menos de capital; pues se parece á un pueblo de la Savoya ó de la Auvernia, ó á un lugar grande de una provincia, distante en Francia de su capital. Cuando la atravesamos acababa de amanecer. Los ganados de yeguas y de camellos salian de los patios de las casas, y se esparcian en las plazas y en las calles, sin empedrar, de la ciudad. En una plaza un poco mas estensa que las demas, existian algunas negras tiendas de gitanos. Los hombres, los niños y las mujeres, medio desnudas, ó envueltas en su inmensa túnica de lana blanca, que es su único vestido, estaban encogidas alrededor de un fuego, y se pintaban los cabellos ó buscaban insectos, que devorar. Algunos árabes del servicio del emir pasaban á caballo con sus trages magníficos, con soberbias armas en el cinto, y con una lanza de doce á quince pies en la mano: los unos iban á llevar al emir noticias del ejército de Ibrahim, y los otros bajaban hácia la costa para comunicar las órdenes del príncipe á los destacamentos mandados por sus hijos, que se hallaban acampados en el llano. Nada es mas imponente ni rico que el trage y armaduras de estos guerreros druzos. Su inmenso turbante, por el que serpentean chales de colores vivísimos en

rollados con gracia, comunica á su ennegrecido rostro y á sus ojos negros una especie de sombra, que aumenta la magestad y la selvática energía de sus facciones: sus labios superiores están cubiertos de largos y poblados bigotes, que cuelgan á los lados de la boca, y el uniforme general de los druzos y de los montañeses es una túnica corta encarnada. Esta túnica es proporcionada á la importancia y á la riqueza de la persona que la lleva, y está tejida de oro y algodon ó solamente de algodon y seda, pero con dibujos elegantes, en los que la diversidad de colores, contrastando de un modo singular con el oro ó la plata del tejido, brillan sobre sus pechos ó sobre sus espaldas. De medio cuerpo abajo llevan pantalones con anchurosos pliegues, los pies calzados con botines de tafilete encarnado, y babuchas de tafilete amarillo sobre los botines. Por los hombros llevan chaquetas forradas de pieles con las mangas colgando, y á la cintura una faja de seda ó de tafilete como los albaneses con muchísimos pliegues, lo cual sirve al ginete para llevar sus armas. Sobre el pecho brillan los puños de dos ó tres kangiares ó yagatanes ó puñales, y sables cortos de los orientales, y dos ó tres culatas de pistolas guarnecidas de plata ó de oro, vienen á completar este portatil arsenal. Todos los árabes llevan ademas una lanza, cuya asta de madera es delgada, flexible y dura, semejante á una caña. Esta lanza, que es su arma principal, está adornada con borlas y cordones de seda: la tienen ordinariamente en la mano derecha con la punta hácia arriba, y casi tocando en tierra la estremidad del palo; mas cuando echan al galope sus caballos, la blandean

horizontalmente por encima de sus cabezas, y en sus juegos militares la arrojan á una distancia enorme, y van á recogerla inclinándose hasta la tierra. Antes de arrojarla la comunican un movimiento de oscilacion que aumenta la celeridad que le imprimen, haciéndola llegar así al punto que desean. Hemos encontrado muchos de estos ginetes, y como el emir nos habia dado una escolta de ellos para que nos sirviese de guia, todos nos han saludado con muchísima atencion, y detenido sus caballos para dejarnos pasar por la senda.

A distancia de unas dos millas de Deir-el-Kammar se encuentra una de las vistas mas hermosas del Líbano. Por una parte se abren de repente delante de uno las profundas gargantas adonde va á bajar. Por la otra se eleva el castillo de Dptedin, como una pirámide vestida de verdura surcada por espumosas aguas, y delante las montañas que bajan gradualmente hasta el mar, las unas negras, y las otras reflejando la luz, se desarrollan ó despliegan como una catarata de colinas, y van á ocultar sus pies, ya entre los listones de verdor que forman las florestas de olivos en los llanos de Sidon, ya en las playas de arena del color del pedernal que se notan á lo largo de las costas de Beyruth. El color de las laderas de estas montañas, y las variadas líneas de este inmenso horizonte en descenso, están interrumpidas acá y allá y cortadas por las copas de los cedros y de los pinos; y tanto en las bases como en las cumbres, se notan muchísimos pueblos. El mar termina este horizonte, y la vista se fija cual sobre un inmenso mapa, ó sobre un plano

de relieve, dominando las cortaduras escarpadas, las ondulaciones de las costas, los cabos, los promontorios y los golfos de todo el litoral, desde el monte Carmelo hasta el cabo Batrun, en cincuenta leguas de estension.

Es allí el aire tan puro, que uno se imagina llegar en pocas horas de bajada á puntos á donde no conseguiria penetrar en tres ó cuatro dias de marcha. A estas distancias se confunde el mar de tal modo con el firmamento, al cual se une en la estremidad del horizonte, que á primera vista no se pueden distinguir estos dos elementos; y la tierra parece nadar en un inmenso y doble Océano. Se necesita fijar mucho la atencion en el mar, y solo viendo blanquear las pequeñas velas de los buques sobre su sábana azulada, se puede uno dar razon de lo mismo que observa. Una niebla ligera mas ó menos dorada, flotaba á la estremidad de las olas, y separaba el agua del firmamento: á veces la brisa de la mañana hacia desprender ligeros vapores de las laderas de los montes; estas se desunian y elevaban como si fuesen plumas blancas soltadas por un pájaro á la merced del viento, é impelidas hasta el mar, se desvanecian á los rayos del sol, que comenzaba á calentar. Dejamos con sentimiento esta magnífica escena, y comenzamos á bajar por una senda, mas peligrosa que cuantas he visto en los Alpes. Esta trocha está cortada á pico, y solo tiene dos pies de anchura. Por un lado hay un precipicio sin fondo, y por el otro se elevan altísimas murallas de cerros. El piso de la senda está cubierto de peñas sueltas y de piedras movedizas alisadas ó pulimentadas por las aguas, por las herraduras de los caballos, ó por las pisa-

das de los camellos; de modo que estos animales se ven obligados á buscar sitio donde sentar sus pies, y como siempre los colocan en el mismo, han concluido por formar cavidades en la peña, donde su pezuña se hunde en la profundidad de algunas pulgadas; y solo estas cavidades, que ofrecen un punto de resistencia á las herraduras de los caballos, hacen que los animales se puedan sostener sin resbalar. De vez en cuando se encuentran escalones cortados en la roca de la elevacion de dos pies, ó masas de granito redondeadas é imposibles de salvar, y entonces es preciso rodearlas por intersticios que no tienen á veces mas anchura que los pies de los caballos. Asi son casi todos los caminos en esta parte del Líbano. Algunas veces se separan ó allanan las laderas de las montañas, y se anda con mas comodidad, sobre capas de tierra amarilla, de greda, ó tierra vegetal. No puede uno concebir cómo en un pais tan áspero y cortado se encuentra un número tan considerable de hermosísimos caballos, y cómo se hace tanto uso de ellos. Ningun árabe, por inaccesible que sea su pueblo ó su casa, sale de otro modo que á caballo, y nosotros les veiamos subir y bajar sin cuidado por escarpaduras, por quebradas y asperezas, en las que nuestros cabritos monteses podrian apenas trepar.

Despues de hora y media de bajada comenzamos á distinguir el fondo del barranco que debiamos atravesar, y seguia un rio que resonaba en sus profundidades ocultas aun por la niebla, y las copas de los nogales, algarrobos, plátanos y álamos de Persia, que crecian sobre las últimas cuestas del barranco. A la derecha del camino salian

bellísimas fuentes del centro de las grutas de rocas tapizadas de mil plantas desconocidas, ó de pedazos de tierra cubiertos de musgo y de flores de otoño. No tardamos en descubrir una casa a la orilla opuesta de este rio ó torrente; lo atravesamos por un vado, y nos detuvimos un rato para dar algun descanso a los caballos, y gozar un momento de una de las perspectivas mas estraordinarias que hemos visto en nuestra correría.

El barranco, á cuyo fondo habiamos bajado, estaba enteramente ocupado por las aguas del torrente que corria por entre desplomadas peñas que obstruian su cáuce. A ciertas distancias se notaban isletas de tierra vegetal que daban nacimiento á álamos gigantescos, los cuales elevándose á prodigiosa altura, estendian su sombra piramidal sobre la pendiente del monte, á cuyo pie estábamos sentados. Las aguas del rio se encajonaban a nuestra izquierda entre dos diques de granito, que parecian haber hendido para llegar á abrirse paso; y estos diques que se elevaban á cuatrocientos ó quinientos pies, se aproximaban en su estremidad superior, y parecian formar un grande arco que se habia derrocado por sí mismo: allí las copas de los pinos de Italia estaban esparcidas como ramilletes de alhelíes sobre las ruinas de paredes antiguas, desprendiéndose en verde oscuro sobre el vivo azul del cielo. A la derecha serpenteaba el barranco durante un cuarto de milla entre dos orillas menos estrechas y escarpadas, y las aguas se estendian con mas libertad abrazando muchedumbre de islas ó promontorios vestidos de verdura, y todas estas islas, todas estas lenguas de tierra se ostentaban cubiertas de la vegetacion mas rica y

mas graciosa. Esta fué la primera vez que volví á ver el álamo desde que habia dejado las riberas del Kó lano y del Saona. Este árbol estendia su velo pálido y movible sobre todo el valle del rio: pero como no está podado ni plantado por la mano del hombre, crece á grupos, y estiende sus ramas con libertad mucho mas magestuosamente, con mas diversidad en las formas, y con mas gracia que en nuestra Europa. Entre los grupos de estos árboles y algunos otros grupos de juncos y de cañas, que crecen tambien en las islas, distinguimos los arcos destruidos de un antiguo puente, construido por antiguos emires del Líbano, y arruinado hace ya siglos. Mas allá de los arcos del puente la garganta del barranco se abria enteramente, y presentaba una escena dilatada de valles, de llanos, y colinas sembradas de pueblos habitados por los druzos; y toda esta escena estaba circundada cual un anfiteatro por una cadena circular de montes encumbrados. Casi todas las colinas ofrecian verdura, y todas estaban vestidas de bosques de pinos. Los pueblos, colocados los unos sobre los otros, parecian tocarse; mas cuando hubimos atravesado algunos de ellos, reconocimos que estaban bastante distantes entre sí; ya por la dificultad de las sendas, ya tambien por la necesidad de bajar y subir los profundos barrancos, por los que se hallaban separados. Hay algun pueblo de estos en el que se puede oir la voz de un hombre que hable desde el otro, á pesar de que se necesita una hora para andar su distancia. Este risueño paisage está todavia hermoseado por dos grandes monasterios, sentados como dos fortalezas, en las cumbres de dos colinas que parecen dos masas enormes de granito

ennegrecido por el tiempo. El uno se halla habitado por maronitas que se dedican á la instruccion de los jóvenes destinados al sacerdocio: el otro, desierto, y que habia pertenecido en otro tiempo á la congregacion de los lazaristas del Líbano, servia entonces de asilo y de refugio á dos jóvenes jesuitas enviados allí por su órden, á peticion del obispo maronita, para dar reglamentos é instruccion, á los maestros árabes. Viven en una completa soledad, en la pobreza, y en una santidad ejemplar. Yo los he conocido posteriormente: el uno, hombre de talento é instruccion, aprende el árabe, y procura inútilmente convertir algunos druzos de los pueblos vecinos; el otro se dedica á la medicina, y recorre el país distribuyendo gratuitamente medicamentos: los dos son queridos y respetados por los druzos, y aun por los metualis. A pesar de esto no deben prometerse ningun fruto de su larga permanencia en la Siria, porque aunque el clero maronita está muy adherido á la iglesia romana, tiene sus tradiciones, su independencia y su disciplina particular, y no se dejaria invadir por el espíritu de los jesuítas. Además la autoridad espiritual, que gobierna las conciencias en el Líbano, veria una rivalidad en las corporaciones europeas, rivalidad que no consentiria.

Cuando hubimos descansado una media hora en este sitio encantador, volvimos á montar á caballo, y comenzamos á subir la escarpada cuesta que se levantaba enfrente de nosotros. La senda se hacia mas escabrosa á medida que se elevaba sobre la última cadena del Líbano, que nos separaba de las costas de Siria; pero al paso que su-

biamos se hacia mas imponente y vasto el lago inmenso que dejábamos á nuestra derecha.

Serpenteaba el rio que habiamos abandonado en el alto que acabábamos de hacer, en medio de este llano, ligeramente sembrado de colinas; y se estendía algunas veces en charcos de agua azul y brillante, cual los hermosos lagos de la Suiza. Los collados negros, coronados en sus cimas de ramos de pino, interrumpian su curso á cada instante, y lo dividian á nuestra vista en resplandecientes arroyos: las colinas que comenzaban en el llano se elevaban gradualmente, se acumulaban y se apoyaban las unas sobre las otras: pero todas cubiertas de jarales y de arbustos en flor; y á ciertos intervalos con árboles de copas frondosas que cubrian sus laderas de manchas sombrías. Grandes bosques de cedros y de pinos bajaban por mas arriba desde las cimas elevadas, y venian á concluir ya mas claros alrededor de muchos pueblos druzos, cuyos terrados, balcones y ventanas, distinguiamos al través del verdor de los pinos. Los habitantes, vestidos con su hermosa túnica de grana, y ceñida la frente con sus turbantes á grandes pliegues encarnados, subian á los terrados para vernos pasar, y con el espléndor de sus trages, y la magestad de sus actitudes, aumentaban el efecto estraño, grandioso y pintoresco de este paisage singular. A la entrada y á la salida de los pueblos corrian hermosas fuentes turcas; las mujeres y las muchachas que venian por agua estaban agrupadas alrededor de las pilas, y apartaban una punta de su velo para vernos mejor. La poblacion nos pareció admirable; pues tanto los hombres como las mujeres y los niños

tenian el aspecto de la robustez y energía. Estas son muy hermosas, y sus fisonomías conservan la espresion de una nobleza y altivéz muy distantes de la ferocidad.

Nos saludaron por todas partes con gracia y atencion, y nos brindaron con la hospitalidad en todas las aldeas. Nosotros no la aceptamos en ninguna, y continuamos subiendo tres horas por escarpadas cuestas y por entre bosques de pinos. Llegamos por fin á la última cresta blanca y desnuda de los montes, y se desplegó delante de nosotros el inmenso horizonte de las costas de Siria. Esta perspectiva era enteramente distinta á las que se nos habian presentado hacia algunos dias, pues se parecia al horizonte de Nápoles, visto desde la cumbre del Vesubio ó desde las alturas de Castellamare.

A nuestros pies se descubria el inmenso mar, sin mas límites que algunas nubecillas acumuladas á la estremidad de las aguas. Bajo estas nubes se podia uno figurar que se distinguía la tierra de Chipre, que se halla á treinta leguas; á la izquierda el monte Carmelo, y sobre la derecha y á pérdida de vista, la interminable cadena de las costas de Beyruth, de Trípoli, de Siria, de la Takia, de Alejandreta; y finalmente, al través de las nieblas doradas de la tarde, algunas cimas que resplandecian cual agujas de las cumbres del Tauro; pero esto último se notaba tan confusamente, que podia ser una ilusion, porque la distancia es muy grande. Inmediatamente comenzaba la bajada, la cual, despues de principiar con mucha inclinacion sobre las rocas y los matorrales de la cima, se suavizaba algun tanto

y se desarrollaba de cima, en cumbre, de collado en collado, y despues sobre las copas de verde oscuro de los pinos, de los algarrobos, de los cedros, y de verdes encinas; tras de estos, en pendientes mas suaves, sobre el verdor mas claro y mas amarillento de los plátanos y de los sicomoros; y últimamente en colinas de otro verde mas pálido y aterciopelado del ramage de un bosque de olivos. El todo de la perspectiva iba á terminar en la estrecha llanura que separa el Líbano del mar. A la orilla de este, y sobre los cabos salientes, se distinguen viejas torres moriscas que defienden la costa: en sus puntos entrantes, ciudades ó pueblos con sus muros que brillaban al sol, sus bahías, profundizadas en la arena, y sus barcas paradas á la orilla, ó con velas tendidas, entrando ó saliendo de los puertos. Se veian particularmente á Saida y á Beyruth rodeadas de llanuras plantadas de olivos, limoneros y moreras, y con sus minaretes y cúpulas de mezquitas, sus castillos y sus muros coronados de almenas que se destacaban y salian de este cúmulo de colores y líneas, y terminaban tan hermoso espectáculo en los dos puntos avanzados sobre el mar. Mas allá de la llanura de Beyruth el grande Líbano, interrumpido por el curso del rio, volvia á elevarse; al principio amarillo y dorado como las columnas de Poestum, despues pardo-oscuro, luego verde en la region de los inmensos bosques; y por último, levantando sus cimas agudas como agujas de nieve que se derretian en la trasparencia del cielo, en donde los blancos rayos de la luz parecian dormir en una serenidad contínua sobre capas de blancura perpetua. Ni Nápoles, ni Sorento,

ni Roma, ni Albano, ofrecen horizonte semejante.

Por espacio de dos horas habiamos descendido, cuando llegamos á un kan aislado, colocado bajo magníficos plátanos y próximo á una fuente. Es necesario espresar lo que en Siria se llama kan, y en general en todas las comarcas de Oriente.

El kan es una cabaña, cuyas paredes formadas de piedras mal unidas y sin arganasa, dejan pasar el viento ó la lluvia, y cuyas piedras estan ennegrecidas por el humo del hogar que tiene salida por sus grietas ó intersticios. Estas paredes tienen de siete á ocho pies de altura, y se hallan cubiertas de piezas de madera ó de troncos sin labrar, que conservan la corteza y las ramas principales del árbol. Todo está cubierto de haces de leña seca y menuda que les sirven de techo: el suelo no es pavimentado, y por consiguiente, la cama está formada segun la estacion, de polvo ó de barro. Uno ó dos postes sirven de apoyo al techo de follage, y en ellos se cuelgan las armas ó la capa del viajero. En un rincon hay un pequeño hogar elevado sobre algunas piedras sin trabajar: allí arde siempre un fuego de carbon, cerca del cual se hallan una ó dos cafeteras de cobre llenas del espeso y harinoso café, refrigerio habitual, y necesidad única de los turcos y de los árabes. Ordinariamente hay dos aposentos semejantes al que se acaba de describir, y uno ó dos árabes, que pagan una contribucion al pachá, son los encargados de hacer los honores de esta hospitalidad, y de vender á las caravanas el café ó las galletas de harina de cebada.

Cuando llega á la puerta de estos kanes el viajero, se apea de su camello ó de su ca-

bailo, hace desatar las esteras de paja y las alfombras de Damasco que deben servirle de lecho, y estenderlas en un rincon de esta ahumada casa: se sienta allí, pide el café, manda encender su pipa, y espera que sus esclavos hayan recogido leña seca para prepararle la comida. Esta consiste en dos ó tres galletas, apenas cocidas sobre una piedra bien caliente, y en algunos pedazos de carne de carnero picada y cocida con arróz en una marmita de cobre. Lo mas frecuente es no encontrar en el kan ni arroz ni carnero, y en tal caso se contenta con las galletas y con el agua fresca y escelente, que nunca falta á la inmediacion de los kanes. Los criados, los esclavos, los mukros ó conductores de camellos y caballos, se quedan al aire libre alrededor del kan. A la inmediacion de él suele haber algun árbol grande y antiguo que sirve desde lejos de punto de reconocimiento para la caravana, y que por lo comun es una inmensa higuera sicomoro, cuyo vegetal no he visto jamás en Europa, el cual es de la altura de la mayor encina, y vive mas años todavía. Su tronco tiene de treinta á cuarenta pies de circunferencia, y algunas veces mas: sus ramas, que comienzan á esparramarse á quince ó veinte pies de tierra, se estienden horizontalmente al principio á un espacio considerable; las ramas superiores se agrupan despues en conos menos anchos, y presentan de lejos la forma de las hayas de Europa. La sombra de estos árboles, que la Providencia parece haber plantado á trechos, como una nube hospitalaria sobre el ardiente suelo del desierto, alcanza á tan larga distancia del tronco, que no es estraño ver sesenta camellos ó caballos, é igual número de árabes acampados du-

rante las horas del calor al abrigo de uno solo de estos árboles.

Pero en esta parte, como en todo lo demas, se nota con dolor el vituperable descuido de los orientales y de su gobierno: estos árboles, que deberian ser conservados con esmero, como hospederías naturales para las caravanas, están abandonados á la estúpida imprevision de los mismos á quienes abrigan. Los árabes encienden sus fuegos al pie del sicomoro, y la mayor parte de estos hermosos árboles tienen el pie de su tronco ennegrecido, y aun ahuecado por la llama de tales fuegos.

Nuestra pequeña caravana se estableció bajo de uno de estos sicomoros, y nosotros pasamos la noche envueltos en nuestras capas y tendidos en un rincon del kan sobre una estera de paja.

4 de octubre.

Esta mañana hemos dejado el kan; y despues de algunas horas de marcha sobre las escarpadas pendientes del Líbano, hemos llegado á los hermosos pueblos que se encuentran á mitad de camino de la costa. Allí ha desaparecido enteramente la aspereza de los montes, y hemos andado dos horas por los mas risueños collados y mejor cultivados terrenos que uno puede figurarse, en términos que creí viajar por la Toscana.

Paredes de piedra seca sostienen por todas partes graderías de terraplenes, donde los parrizales, entrelazados á los árboles, dan sombra á toda clase de sembrados, sin impedirles que florezcan. Los pueblos esparcidos sobre estas colinas anuncian el ór-

den, la paz, el trabajo y la abundancia: las casas, ó mas bien los palacios de los scheik los dominan del mismo modo que los castillos góticos de Europa dominaban las poblaciones en otro tiempo; y las lomas de estos collados estan ocupadas por grandes conventos de frailes maronitas, semejantes á inmensas fortalezas.

Desde el camino veiamos entrar y salir á los monjes que conducian el arado á los campos, ó que iban á recojer la hoja de las moreras: los árabes, sin distincion de sexo, trabajaban pacíficamente en los cercados, y nos dejaban pasar sonriendo, al ver nuestros trages europeos. El scheik y sus principales oficiales estaban ordinariamente sentados sobre una alfombra á la puerta de su palacio ó debajo de un sicomoro: allí fumaban y nos saludaban al pasar, llevando la mano sobre su corazon, y diciendo: ¡*Sala el kaer*! ¡Dios bendiga el dia para vosotros, viajeros!

Por último llegamos á la llanura, que atravesamos por bajo una bóveda de follage formada de larguísimas cañas, por las palmeras, las higueras, las moreras y parras. A trechos salia de este bosque de hojarasca alguna casa aislada de un labrador árabe ó griego-siriaco, cuyos chicuelos jugaban delante de la puerta con carneros de Siria, que tienen una cola muy gruesa; las jóvenes con el rostro descubierto llevaban sobre sus cabezas los cántaros de agua, y el padre y la madre al pie de las moreras, haciendo vistosas telas de seda, atando las hebras desde un árbol al otro, y tejiéndolas andando por debajo de su sombra. La Escocia, la Sajonia, la Savoya y la Suiza no presentan al

viajero mas escenas de vida, de felicidad y de paz que las pendientes de estos montes del Líbano, donde uno solo esperaba encontrar bárbaros y hotentotes.

5 de octubre.

Felizmente he encontrado con salud á mi mujer é hija, ocupadas en embellecer y adornar nuestra mansion de invierno: he pasado con ellas algunos dias antes de partir para la Palestina y el Egipto.

Ibrahin-Pachá ha obtenido en Homs una decisiva victoria: se adelanta hácia la Caramania, y pasará el Tauro ahuyentando á los turcos. De este modo no hay que temer por la seguridad y la tranquilidad del pais, y yo viajaré sin cuidado por los objetos mas caros que poseo en el mundo. Nuestros nuevos amigos de Beyruth MMr. Bianco, Jorelle, Faren Laurella, y Abost, proveerán á las necesidades que les puedan sobrevenir. Voy á organizar definitivamente mi caravana, y á partir tan luego como la primera lluvia haya templado el calor de treinta grados, que todavia reina en la costa de Siria.

VIAJE POR SIRIA Y PALESTINA, DESDE BEYRUTH, A JERUSALEN.

8 de octubre.

Hoy á las tres de la tarde he montado á caballo, saliendo de mi casa con diez y ocho de comitiva y el bagage que forma la caravana: he pasado la noche en el kan, á tres horas de Beyruth,

por el mismo camino que he seguido y descrito para ir á casa de Ladi Stanhope. — Al dia siguiente he salido á las tres de la mañana, y á las cinco he pasado el rio Tamur, antiguo Tamiris, cuyas orillas están guarnecidas de adelfas: he seguido la playa, á donde la espuma de las olas venia á lavar los pies de los caballos, hasta Sayda, antigua Sidon, como he dicho otras veces, hermosa sombra de la destruida ciudad, cuyo nombre ha perdido, y de cuya grandeza pasada no queda resto alguno. Una línea circular de enormes rocas ciñe ó rodea una dársena obstruida por la arena: algunos pescadores con sus hijos, llevando las piernas desnudas, empujaban hácia el mar un barquichuelo sin palo y sin velas, y esta era toda la idea marítima que ofrecia este puerto de la reina de los mares.

En Saida nos apeamos en el kan francés, inmenso palacio de nuestro antiguo comercio en la Siria, donde nuestros cónsules reunian á los comerciantes de todas las naciones bajo el pabellon de la Francia. Ya no hay comercio ni franceses: en el vasto kan desierto de Sayda, solo queda el antiguo y respetable agente del consulado, Mr. Giraudin, el cual vive allí hace cincuenta años en medio de su familia enteramente oriental: él nos recibió como á un viajero compatriota en un pais en donde la hospitalidad antigua se ha conservado tanto. He comido allí, y dormido algunas horas, gracias á esta familia escelente que me ha prodigado las inesperadas atenciones de la hospitalidad mas cordial, y hasta los pequeños servicios que podian hacerme gratas estas cortas horas de descanso: sobre las cuatro de la tarde

hemos montado á caballo acompañados de los hijos y amigos de la familia de Giraudin: á uno de ellos corrió el Dgerid delante de nosotros sobre un caballo árabe: á dos leguas de Sayda se han despedido. Hemos continuado dos horas de marcha todavia, yendo á dormir bajo nuestras tiendas, junto á una hermosa fuente llamada *el Kantara*, á la orilla del mar. Un árbol gigantesco cubria toda la caravana, y bajaba hasta la playa un jardin delicioso: otra caravana de camellos estaba esparcida á nuestro rededor en el mismo campo: se ha pasado la noche en la tienda entre los relinchos de los caballos, los gritos de los camellos, el humo del fuego que se habia encendido por la tarde, y la trasparente luz de la lámpara al través del rayado lienzo de la tienda. Los recuerdos de una vida tranquila, de mi casa, de mi familia, y de los amigos distantes, vinieron á preocuparme, mientras que descansaba mi pesada y ardiente cabeza sobre la silla de montar que me servia de cabecera. Por la mañana, al tiempo que los mukres y los esclavos embridaban los caballos, dos ó tres árabes quitan las falcas de la tienda, conmueven el poste que la sostiene, cae, y los lienzos anchurosos y tendidos que cubrian á toda la familia del viajero, caen tambien á tierra, convirtiéndose en un lio de tela, que coloca un camellero debajo del brazo, y lo cuelga á la silla de su mula. El sitio en donde estaba uno establecido, como en una habitacion permanente, ha quedado vacio, y no ofrece otra cosa que el fuego abandonado que humea todavia, y que el sol va á acabar de estinguir. Esta verdadera, singular y viva imágen de la vida, presentada mucha veces en la Biblia, se reprodu-

ce en mi memoria cuantas se ofrece á mi vista espectáculo semejante.

Salimos de Kantara antes de amanecer: subimos algunos áridos y pedregosos collados, que se adelantan como promontorios en el mar. Desde la cumbre del último y mas elevado de ellos, se descubria á Tiro colocado á la estremidad de su vasta y estéril colina. Entre el mar y las últimas alturas del Líbano, que bajan aquí con mucha rapidez, se estiende una llanura de ocho leguas de largo, y de una ó dos de ancho, desnuda, amarillenta, con algunos arbustos espinosos, cuyos tallos han arrancado con los dientes y comido los camellos al pasar. Esta llanura penetra en el mar, y forma á su estremidad una península que se comunica con el continente por medio de una calzada cubierta de arena dorada, arrojada allí por los vientos de Egipto.

Tiro, llamado ahora Sour por los árabes, está situado en la mas aguda estremidad del promontorio, como si saliese de las olas: de lejos parece una ciudad nueva, blanca y viva, que se esta mirando en el mar, cual en un espejo; mas esta ilusion se desvanece al acercarse. Unos cuantos centenares de casas que se están desplomando, y casi desiertas, en donde los árabes reunen por la tarde los numerosos ganados de carneros, y de cabras negras con sus largas orejas colgando, que desfilan por delante de nosotros en el llano, he aquí á la Tiro actual. No tiene puerto sobre los mares, ni caminos sobre la tierra: hace tiempo que se han cumplido en ella las profecías!

Caminábamos en silencio contemplando el luto y el polvo del imperio que pisábamos. Se-

guiamos una trillada senda en medio de los campos de Tiro, entre la ciudad y las colinas desnudas que el Líbano prolonga hasta el borde del llano; llegamos á la altura misma de la ciudad, y tocamos un monton de arena que parece ser en el dia su única defensa, hasta que se sepulte enteramente; yo pensaba en las profecías y procuraba recordar algunas de las elocuentes amenazas que el soplo divino habia inspirado á Ezequiel. No recordaba las palabras, pero las veia en la deplorable realidad que tenia delante. Una estrofa compuesta por mí al partir de la Francia, vino solamente á mi memoria:

Ni he percibido el clamor de las naciones resonante en los antiguos cedros, ni he visto las proféticas águilas desde lo alto del Líbano cual abaten su vuelo sobre los palacios de Tiro á una señal de Dios.... Yo no he reclinado mi cabeza sobre la árida tierra en que solo conserva Palmira el eco de su nombre: yo no he hecho resonar con mi planta solitaria el vacio imperio de Memnon!

Hallábase delante de mí el negro Líbano; pero me decia á mí mismo: yo no veo ni las águilas, ni los buitres, que para cumplir las profecías debian bajar sin cesar de las montañas á devorar este cadáver de ciudad reprobada de Dios y enemiga de su pueblo. En el momento en que hacia esta reflexion, vimos á nuestra izquierda, y en la cima de un peñasco que se interna en el llano en este sitio, y hasta el camino que siguen las caravanas, cinco bultos inmóviles, estraordinarios, grandes, que parecian cinco estátuas negras colocadas sobre el risco, cual sobre un

pedestal. El casi imperceptible movimiento de estas figuras colosales, nos hizo creer al acercarnos que eran cinco árabes beduinos vestidos con sus sacos de pelo de cabra negro, que miraban como pasábamos desde lo alto de esta loma; mas cuando estuvimos á unos cincuenta pasos de distancia, vimos á una de estas cinco figuras abrir sus anchurosas alas, y agitarlas con un ruido semejante al de una vela que se despliega al viento: entonces reconocimos cinco águilas de la mas grande raza que se haya visto jamás en los Alpes, ó encadenadas en las casas de fieras de nuestras capitales. Estas aves no volaron ni se movieron cuando nos acercamos: fijas allí, como los reyes del desierto, sobre la estremidad de la peña, miraban á Tiro, como un alimento que les pertenecia, y adonde iban á volver. No parecia sino que la poseian por derecho divino, como instrumentos de una órden que ejecutaban, de una venganza profética que tenian la mision de cumplir con los hombres, y á pesar de los hombres. Yo no podia cansarme de contemplar esta profecía en accion, este asombroso cumplimiento de las amenazas divinas que habia llegado á presenciar: no habian distinguido mis ojos ninguna cosa mas sobrenatural, y necesitaba de un esfuerzo de mi razon para no figurarme detrás de estas cinco águilas gigantescas el grande y terrible rostro del profeta de las venganzas, Ezequiel, elevándose por encima de ellas, señalándoles con el dedo la ciudad que Dios les mandaba devorar, mientras que el viento de la cólera divina hacia ondear su blanca barba, y el fuego de la cólera celeste brillaba en sus ojos de profeta.

Nos detuvimos á cuarenta pasos de las águilas, y no hicieron mas que volver la cabeza con desden para observarnos. Dos de los nuestros se desprendieron de la caravana, y corrieron hácia ellas á galope con las escopetas en las manos hasta el pie mismo de la roca; tampoco se movieron. Algunos tiros con bala las hicieron volar con pesadez, pero rodaron algun tiempo sobre nuestras cabezas sin que las tocase bala alguna, como si nos hubiesen querido decir: «¡Nada nos podeis hacer porque somos las águilas de Dios!»

Reconocí entonces que mi imaginacion poética me habia representado las águilas de Tiro menos verdaderas, menos hermosas y menos estraordinarias de lo que eran, y que en el *mens divinior* de los poetas, hasta en los mas oscuros, hay algo del instinto profético que sin saberla dijo la verdad.

Despues de siete horas de marcha llegamos á mediodia á un sitio del llano de Tiro llamado los Pozos de Salomon, descritos por todos los viajeros. Estos son tres recipientes de agua límpida y corriente, que sale por encanto de una tierra baja, seca y árida, á dos millas de Tiro. Cada una de estas pilas ó recipientes tiene una elevacion de veinte pies sobre el nivel del llano, y el agua que contienen rebosa y se derrama, en términos que su curso mueve dos ruedas de molino: estas aguas llegan á Tiro por acueductos, medio antiguos y medio modernos, que producen buen efecto en el horizonte. Dícese que Salomon hizo construir estos tres pozos para recompensar á Tiro y á su rey Hiram de los servicios que habian prestado su marina y sus artis-

tas para la construccion del templo: Hiram habia conducido los mármoles y los cedros del Líbano. Tiene cada uno de estos pozos inmensos sesenta ú ochenta pies de circuito cuando menos; no se conoce su profundidad, y uno de ellos no tiene fondo. Nadie ha podido saber el conducto misterioso que lleva allí el agua de las montañas: al verlos creen algunos que son pozos artesianos muy vastos, inventados mucho antes de esta reinvencion moderna.

Dejamos los pozos de Salomon á las cinco de la tarde, y despues de andar dos horas en el llano de Tiro, llegamos de noche ya al pie de un alto monte, al parecer cortado á pico sobre el mar, y que forma el cabo Raz-el-Abiad. La luna se elevaba entonces por encima de la negra cumbre del Líbano, y á nuestra izquierda, pero no lo suficiente para iluminar sus laderas; y sus rayos que nos dejaban en la sombra, se rellejaban sobre grandes pedazos de rocas blancas, en los cuales brillaba su luz como una llama sobre el mármol. Estas rocas, que llegaban hasta el mar, presentaban un escollo donde se estrellaban las olas, cuya espuma saltaba hasta nosotros; y el ruido sordo que hacian estas al romper, resonaba y conmovia la cornisa estrecha y suspendida sobre el precipicio, por donde nosotros caminábamos; á lo lejos resplandecia el mar como una sábana de plata: el llano de Tiro se estendía á nuestra espalda, y se le distinguia aun confusamente por las líneas de arena amarilla y dorada que señalaban su estremidad á la inmediacion de las aguas; la sombra de Tiro venia á terminar un promontorio, y una luz encendida casualmente sin duda, iluminaba sus ruinas; mas esta luz, que podia tomarse desde

lejos por faro, era el faro de la soledad y del abandono, pues á ningun buque servia de guia; no la veian mas ojos que los nuestros, y no atraía otra cosa sino una mirada de compasion sobre aquellas desoladas ruinas. Este camino en el precipicio con todos los accidentes variados, sublimes y solemnes de la noche, la luna, el mar y los abismos, duró cerca de una hora, y esta hora fué una de las que mas fuertemente se han impreso en mi memoria, entre las que Dios me ha permitido contemplar sobre su tierra. ¡Puerto sublime para entrar al otro dia en el país de los milagros! ¡tierra de testimonio, que está impresa toda con las huellas del antiguo y del nuevo comercio entre Dios y los hombres!

Al descender de la cumbre del cabo, tuvimos las mismas vistas que habiamos contemplado al subir; precipicios igualmente profundos, sonoros, blanqueados por la espuma, y sembrados de quebraduras en las resplandecientes rocas vivas, se abrian bajo nuestros pies, ó se observaban á lo lejos: rompia el mar con el mismo estrépito que á lo largo de toda la borrascosa costa de Siria, como la llaman las antiguas poesias hebreas: la luna mas adelantada en su carrera, iluminaba mejor esta escena tumultuosa y solitaria á un tiempo, y la vasta llanura de Tolemayda se comenzaba á estender delante de nosotros. Eran las nueve de la noche; nuestros caballos fatigados por trece horas de marcha, sentaban sus herrados pies con lentitud sobre las puntiagudas y relucientes peñas que forman los caminos de Siria, y bajaban ó subian los irregulares escalones que no se espondria uno á pasar sobre los caballos ni sobre las mulas de

Europa. Nosotros mismos rendidos de cansancio, y penetrados de asombro por la grandeza del espectaculo y por los recuerdos de las escenas, que se habian sucedido sin interrupcion en aquella jornada, andábamos silenciosos á pie, llevando nuestros caballos de la brida, y mirando ya el mar, que teniamos que atravesar otra vez para restituirnos á nuestros rios y nuestros montes, ya la cima prolongada y sin ondulacion del Carmelo, que comenzaba á distinguirse en los últimos límites del horizonte.

Llegamos por fin á una especie de kan, ó mas bien á una masía medio destruida, donde un pobre árabe cultiva algunas higueras y calabazas entre las grietas de las peñas á la inmediacion de una fuente: esta masía estaba ocupada por camelleros de Naplusa que traian trigo á Siria para el ejército de Ibrahin: su fuente estaba apurada por los calores del otoño: á pesar de esto establecimos nuestras tiendas sobre un piso cubierto de piedras redondas y movedizas, atamos nuestros caballos á los postes, y bebimos con economía la poca agua que quedaba en las vasijas que habiamos llenado en los pozos de Salomon.

Desde el llano de Tiro y la bajada de las montañas, comienza á escasear el agua, porque las fuentes no se hallan sino á cinco ó seis horas de distancia, y muchas veces cuando se llega á ellas solo se encuentra en sus cáuces un fondo seco y ardiente, que conserva las huellas de los pies de los camellos ó de las cabras que han bebido las últimas.

El dia once por la mañana levantamos las tiendas al resplandor de las estrellas, que se refle-

jaban en las olas tendidas á nuestros pies; bajamos por espacio de una hora las últimas colinas que forman el cabo blanco, ó Raz-el-Abiad, y entramos en el llano de Acre, que es la antigua Tolemayda.

La ciudad de San Juan de Acre, sitiada por Ibrahim-Pachá, habia sido reducida á un monton de ruinas, entre las que estaban envueltos de diez á doce mil cadáveres, y millares de camellos. Ibrahim, vencedor y con prisa de volver á poner su importante conquista al abrigo de un golpe de mano, se ocupaba en alzar las murallas, y reedificar las casas. Cada dia se sacaban de los escombros centenares de muertos á medio consumir; las exhalaciones pútridas y los cadáveres hacinados habian corrompido el aire de la llanura; y nosotros, pasando lo mas lejos posible de los muros, fuimos á hacer el alto de mediodía al lugar árabe llamado las aguas de Acre, debajo de un vergel de granados, higueras y moreles, cerca de los molinos del pachá. A las cinco de la tarde volvimos á emprender nuestro camino, y fuimos á acampar debajo de un bosque de olivos plantados en las cumbres de los primeros collados de Galilea.

El 12 nos pusimos en marcha á los primeros resplandores del dia, y atravesamos una colina plantada de olivos y de algunas encinas verdes, unas esparcidas á grupos, y otras de la altura de los jarales que crecen bajo los roedores dientes de los camellos. Cuando llegamos á la otra parte opuesta de esta colina, se ofreció á nuestra vista la Tierra Santa, ó la Tierra de Canaan; y la impresion que nos causó fué grande, agradable y profunda. No es ciertamente este hermoso país la tierra desnuda, peñascosa y esté-

ril, ni la colmena de bajos y descarnados montes, como nos pintan la tierra de promision algunos escritores preocupados y algunos viajeros, que acosados por la prisa de llegar y escribir, solo han visto de los variados é inmensos dominios que ocuparon las doce tribus, la senda montuosa que conduce en dos dias desde Jaffa hasta Jerusalen.

Engañado por ellos, esperaba ver un pais sin estension, sin horizonte, sin valles, sin llanuras, sin árboles, y sin agua tambien: una tierra cubierta de montes pequeños, grises ó blancos, en la que el árabe ladron se oculta en los escondrijos de los barrancos para despojar al viajero. Asi puede considerarse quizá el camino que guia de Jerusalen hasta Jaffa; mas en cuanto á la Judea, es muy distinto, y la voy á describir tal cual la hemos visto el primer dia desde lo alto de los collados que rodean el llano de Tolemayda, tal cual la hemos observado al otro lado de las colinas de Zabulon, de las de Nazareth, y desde la falda del monte la Roseé-de-l'Hermon, ó del monte Carmelo; y tal, en fin, cual la hemos recorrido en toda su anchura y con toda su variedad, desde las alturas que dominan á Tiro y á Sidon, hasta el lago de Tiberiades, desde el monte Thabor, hasta las montañas de Samária y de Naplusa, y desde alli hasta los propios muros de Sion.

Lo primero que se presenta á nuestra vista es el llano de Zabulon. Nosotros nos hallamos situados entre dos ondulaciones ligeras, ó dos líneas de prominencias de la tierra que no pueden llamarse colinas: el vacío que dejan estas entre sí, profundizandose delante de nosotros, forma la senda por donde caminamos.

Está trazada esta senda por los camellos, cuyo paso disuelve el polvo hace cuatro mil años; y como estos animales sientan sus pesados pies siempre en el mismo sitio, tienen formado anchas y profundas cavidades en la roca blanca y poco dura que cubre la superficie de la tierra, desde el cabo de Tiro, hasta las primeras arenas del desierto líbico, ó de la Libia. A derecha é izquierda, las faldas redondeadas de estas lomas se encuentran de veinte en veinte pasos sombreadas por grupos variados de arbustos que conservan sus hojas en todas estaciones; á mayor distancia se elevan algunos árboles, cuyo tronco es nudoso, sus ramas gordas y entrelazadas, y su follage inmóvil y sombrío: en su mayor parte son encinas verdes de una especie particular, cuyo vástago es mas alto y delgado que el de las encinas de Europa, y cuya hoja alterciópelada y casi redonda carece de las puntas de la hoja de la encina comun. El terebinto, el algarrobo y alguna que otra vez el sicomoro y plátano, completan el adorno de estas lomas. Tambien se encuentran otros árboles, cuyos nombres ignoro: algunos de ellos tienen la hojarasca de los abetos y los cedros; otros, que son los mas hermosos, se parecen á los sáuces por el color de su corteza, la gracia de su ramage, y el claro tinte de su verde amarillento; pero les esceden, sin admitir comparacion alguna, en estension, en elevacion y en espesor: las mas numerosas caravanas podrian abrigarse al rededor de su tronco colosal, y acampar juntas bajo su sombra con sus bagages y camellos. En los anchos y frecuentes espacios que dejan estos árboles en las pendientes de las lomas, hay bancos de rocas blanquizcas ó de un

gris azulado que sobresalen de la tierra, y se muestran á la vista, cual los vigorosos músculos de la armazon del cuerpo humano, que se pronuncian mas fuertemente y con mas prominencia en la vejez, en términos que parece que van á agujerear el cútis que los cubre. Empero entre estos bancos ó moles de piedra, hay una tierra negra, ligera y profunda, que produce matorrales ó zarzas espinosas, granados silvestres, rosas de Jericó, como asimismo cardos, cuyo tallo sube á la altura de la cabeza de un camello: esta misma tierra produciría el trigo, la cebada y el maiz, á poco que la removiese el arado.

Descrita una de estas colinas es como si lo estuvieran todas, sin mas escepcion que alguna diferencia en la forma; y la imaginacion puede representarse su efecto, á medida que las vea citadas en los paisages de Tierra Santa. Andábamos, pues, entre estas dos colinas, y principiábamos á volver á bajar suavemente, dejando á nuestra espalda el mar y la llanura de Tolemayda, cuando descubrimos el primer llano de la tierra de Canaan, que era el de Zabulon, jardin de la tribu de este nombre.

Las colinas que acabamos de atravesar se separaban graciosamente á derecha é izquierda delante de nosotros, formando dos curvas simétricas, semejantes á dos olas que han perdido su fuerza, y que al tiempo de mezclarse y confundirse, se cortan y separan por la proa de un buque. El espacio que dejan entre sí las colinas, y que se iba ensanchando gradualmente, era como una bahía de poca profundidad que el mar dejaba penetrar entre los montes: esta bahía, ó golfo de tierra lisa

y fértil, formaba despues un espacioso valle, y en el punto donde las dos colinas que lo encerraban se estinguian, se convertia este valle en ovalada llanura, cuyas dos estremidades se hundían de nuevo en la sombra de otras dos filas de colinas. El llano se puede calcular de una legua y media de latitud, y sobre tres ó cuatro leguas de longitud. Desde la elevacion que ocupábamos á la desembocadura de las colinas de Acre, nuestra vista se tendia naturalmente; seguia sin querer las sinuosidades de ellas, penetraba en las estrechas bahías que formaban estas cadenas ó cordilleras de pequeños collados, y se perdian en las raices de los montecillos que las terminan: á la izquierda las altas cimas doradas y escabrosas del Líbano desprendian sus atrevidas pirámides hasta el azul oscuro del firmamento de la mañana: á la derecha, la colina en que estábamos se elevaba insensiblemente, á medida que se alejaba de nosotros, y yendo como á encadenarse con otras formaba diferentes grupos de elevaciones ó de alturas, las unas áridas y desnudas, las otras vestidas de olivos é higueras, y coronadas las demas en su cumbre por poblaciones turcas, cuyos blancos minaretes contrastaban con la sombría columnata de cipreses, que casi rodean siempre las mezquitas. Mas á nuestro frente, el horizonte que terminaba la llanura de Zabulon, y que se estendía á un espacio de tres ó cuatro leguas, formaba una perspectiva de colinas, de montañas, de valles, de cielo, de luz, de vapores y de sombra, ordenados con tal armonía de colores y de líneas, confundidos tan felizmente en la composicion, entrelazados con una simetría tan preciosa, y varia-

dos por efectos tan diversos, que no podíamos apartar la vista; y no encontrando yo en mis recuerdos de los Alpes, de la Italia ó de la Grecia nada con que comparar este mágico conjunto, esclamé entusiasmado: «*Esto pertenece al pincel del Pousin, ó al de Claudio Loreno.*»

Nada en efecto puede igualar la suavidad grandiosa de este horizonte del Canaan, mas que el pincel de estos dos pintores, á quienes el divino génio de la naturaleza ha revelado su hermosura. Esta conformidad, esta admirable alianza de la grandeza y la suavidad, de la fuerza y la gracia, y de lo pintoresco y lo fértil, solo se encuentra en los paisages de los dos grandes hombres, ó en la naturaleza inimitable del hermoso pais que teniamos delante, y que la mano del Supremo pintor habia dibujado por sí misma, dándole un colorido soberano, al destinarlo para habitacion de un pueblo todavía pastor, todavia inocente.

Al pie de los montes, y en el llano á una media legua de ellos, se veía una aislada loma, enteramente desprendida de las colinas, y que salía de la tierra como un pedestal natural, destinado por la naturaleza para construir sobre su cresta una ciudad fortificada. Sus laderas ó costados se elevaban casi perpendicularmente desde el nivel del llano hasta la cumbre de este altar de tierra, y parecian exactamente las murallas de una plaza de armas delincadas y construidas por la mano del hombre. La misma cumbre, en lugar de ser desigual y convexa, como todas las cumbres de colinas ó montañas, estaba llana y anivelada, como para sostener alguna cosa con

que debiese coronarse, cuando á su suelo llegase el pueblo para cuya mansion estaba destinada. En todas las hermosas llanuras del pais de Canaan he vuelto á ver despues estas lomas ó mogotes en forma de altares cuadrados ú oblongados, destinados de un modo evidente para proteger las primeras habitaciones de una nacion tímida y débil: este destino está tan bien descrito en su figura aislada y estraña, que solo su materia es la que impide engañarse, y no creer que han sido fabricadas por el pueblo que las cubria con sus ciudades. Pero una nacion tan pequeña, ¿hubiera podido levantar de tierra unas ciudadelas tan enormes, que los ejércitos de Xerjes no hubieran podido apoderarse de una sola? Cualquiera que sea la fe que uno profese, es preciso estar ciego para no reconocer un destino especial y providencial ó natural en estas fortalezas, levantadas á la entrada y á la salida de casi todas las llanuras de la Galilea y de la Judea. Detrás de esta loma, en la que la imaginacion construye naturalmente una ciudad antigua, con sus murallas, sus baluartes y sus torres, las primeras colinas subian del llano con gradacion, y ostentaban en sus costados florestas de olivos y de verdes abetos, que parecian manchas cenicientas ó negras. Entre estas colinas y las montañas mas encumbradas y sombrías, á las cuales servian de base, y por las que eran dominadas magestuosamente, corria sin duda algun torrente; ó algun lago profundo se evaporaba á los primeros ardores del sol de la mañana; porque en el espacio vacío se estendia un blanco y azulado vapor, que ocultaba algun tanto con este velo, penetrado en algunos puntos

por los rayos de la aurora, el segundo órden de las montañas. Mas lejos, y mas alto todavía, se veía una tercera cadena de montañas enteramente sombría, que subia en grupos desiguales y redondos, y que daba á este delicado paisage el tinte de magestad, de gravedad y fuerza, que debe reinar en todo lo que es bello, sea como elemento, sea como contraste. De distancia en distancia se interrumpia esta tercera cadena de montañas, se prolongaba el horizonte, y la vista se esplayaba en una vasta estension de cielo plateado, sembrado de ligeras nubecillas ó de celages de un color de púrpura muy claro. Finalmente, detrás de este magnífico anfiteatro, dos ó tres cúspides del lejano Líbano se levantaban, parecian penetrar en el cielo, recibian las primeras la luminosa lluvia de los rayos primeros del sol, suspendido sobre ellas, y parecia tal su trasparencia, que se figuraba uno ver temblar la luz del cielo, cuyo paso impedian. Añadamos á este espectáculo la serena y caliente bóveda del firmamento, el resplandor de la luz, y la fuerza de las sombras que caracteriza la atmósfera de Asia: coloquemos ademas en el llano un kan arruinado, y en él una inmensa fila de vacas rojizas, de camellos blancos, ó cabras negras que se dirigen lentamente á este kan á buscar un agua escasa, pero límpida y grata: representémonos algunos ginetes árabes sobre sus ligerísimos corceles, que atraviesan el llano ostentando sus armas plateadas y sus túnicas de grana; algunas mujeres de los pueblos inmediatos cubiertas con sus mantos celestes, y con un cinturon blanco, cuyas puntas les cuelgan hasta el suelo, y con un turbante azul adornado

de cadenas de enhebrados sequines de Venecia; sobre los costados de las colinas, aldeas árabes y turcas, cuyas paredes del color de las peñas, y las casas sin techos se confunden con ellas; algunas columnas de humo azulado que se elevan á trechos entre los olivos y los cipreses que rodean los pueblos, piedras vaciadas como artesas (sepulcros de patriarcas) varias columnas de granito, y chapiteles esculpidos, que se encuentran á la inmediacion de las fuentes, á los pies de los caballos; y despues, reunido todo en universal conjunto, se tendrá la pintura mas fiel y mas exacta de la deliciosa llanura de Zabulon, de la de Nazareth, de la de Sefora y de la del Thabor. Un pais semejante, vuelto á poblar por una nueva nacion judía, cultivado y regado por manos inteligentes, fecundado por el sol del trópico, y que produce por sí mismo todas las plantas de necesidad, y de lujo y regalo para el hombre, desde la caña dulce y el banano, hasta la espiga y la viña de los climas templados, y hasta el cedro y el abeto de los Alpes; un pais semejante, repito, seria todavía una tierra de promision, si la Providencia le diese un pueblo y la política el reposo y la libertad.

Desde las llanuras de Zabulon, atravesando montecillos mas áridos que los primeros, pasamos al pueblo de Sefora, que es la antigua Safora de la Escritura, diocesana antigua de los romanos, la cual era despues de Jerusalen la mas populosa ciudad de Palestina en tiempo de Herodes Agrippa. Muchas piedras de considerable tamaño cortadas y vaciadas como para sepulcros, nos indicaron el camino hasta la cumbre de la loma en

donde estaba construida Safora. Llegados á la última altura, vimos una columna de granito aislada y derecha todavía, que señalaba el lugar donde habia existido un templo: yacian por tierra hermosos chapiteles al pie de la columna; y muchos escombros de piedras labradas arrancadas de grandes monumentos romanos estaban esparcidos por todas partes, sirviendo de límites á los campos de los árabes hasta una milla de Safora, donde nos detuvimos para hacer un alto de medio dia: allí corria una fuente de escelente é inagotable agua para los habitantes de dos ó tres valles, la cual está rodeada de vergeles de higueras y granados. Nosotros nos sentamos á su sombra, y esperamos mas de una hora antes de poder dar agua á nuestra caravana; tal era el número de ganados de vacas y camellos, que los pastores árabes conducian de todos los puntos del valle. Innumerables filas de cabras negras y de vacas poblaban la llanura y las laderas de las colinas que suben hácia Nazareth.

Yo me tendí entretanto envuelto en mi capa bajo una higuera á poca distancia de la fuente, y contemplé esta escena de los antiguos dias. Nuestros caballos estaban esparcidos alrededor con los pies trabados, con sus sillas turcas, las crines colgando, las cabezas bajas, y buscando la sombra de sus propias crines: nuestras armas, que consistian en sables, fusiles y pistolas, colgaban sobre nuestras cabezas de las ramas de los granados y las higueras: árabes beduinos cubiertos solamente con una pieza de tela rayada de negro y blanco, y tejida de pelo de cabra, estaban sentados en corro no lejos de nosotros, y las contemplaban con una

codiciosa mirada de buitre: las mujeres de Sefora vestidas exactamente como las mujeres de Abraham y de Isaac, con una túnica azul atada por la cintura, y los pliegues henchidos de otra túnica blanca que caia graciosamente sobre la azul, traian sus cabezas cubiertas con el turbante del mismo color, llevando las vasijas vacías apoyadas en el vientre, ó llenas y derechas sobre sus cabezas, sosteniéndolas con ambas manos como las cariatides del Acrópolis; otras muchachas con el mismo trage lavaban en la fuente, y al vernos reian entre si; otras, en fin, vestidas de telas mas ricas y las cabezas adornadas con bandós de piastras ó sequinos de oro, bailaban á la sombra de un granado corpulento, á alguna distancia de la fuente y de nosotros.

Su baile lento y perezoso, se parecia á un monotono rigodon, acompañado de tiempo en tiempo de algunos pasos sin arte, aunque no destituidos de gracia. La mujer ha sido formada graciosa: las costumbres y los trages no pueden alterar en ella el encanto de la belleza y del amor con que se halla adornada, y que se trasluce por do quiera. Estas mujeres árabes no tenian los rostros cubiertos con velos, como todas las que hasta entonces habiamos visto en Oriente; y sus facciones, aunque algo pintadas, tenian la finura y regularidad que las distingue de la raza turca. Continuaron bailando y cantando todo el tiempo que duró nuestro alto, y no dieron muestras de incomodarse de que fijásemos la atencion en ellas y en sus trages: nos dijeron que se habian reunido para esperar los regalos de boda, que un jóven árabe habia ido á comprar á Nazareth para una

muchacha de Sefora, con quien iba á casarse; y aquel mismo dia encontramos, en efecto, en el camino estos regalos, los cuales consistian en un cedazo, una pieza de tela de algodon, y otra pieza de tela mas rica para hacer un vestido á la novia. En este dia comenzé á sentir impresiones nuevas y enteramente distintas de las que el viaje me habia inspirado hasta allí: yo habia viajado solamente con los ojos y con el entendimiento; pero mi corazon y mi alma no habian tomado la parte que comenzaron á tomar al pisar la tierra de los prodigios; la tierra de Jehová y de Jesu-Cristo, la tierra, cuyos nombres articularon tantas veces mis labios en la niñez, y cuyas imágenes habian sido las primeras que se presentaron á mi inesperta imaginacion: finalmente, la tierra de donde despues habia yo recibido las lecciones y las dulzuras de una religion que era en mí una segunda alma! Asi es que sentí interiormente como si principiase á cobrar calor y vida en mí mismo alguna cosa que estuviese muerta y fria; sentí lo que se siente al reconocer entre mil rostros desconocidos, el de una madre, una hermana ó una mujer amada, y lo que se siente al salir de una calle para entrar en un templo.... ese recogimiento dulce, íntimo, tierno y consolador que no se esperimenta en ninguna otra ocasion! Para mí era un templo esta tierra de la Biblia y del Evangelio, en donde comenzaba á imprimir mis huellas. Oré en silencio, y di gracias á Dios por haberme conservado la vida para dirigir mis pasos, y llegar á este santuario de los prodigios. Desde este dia, las impresiones poéticas materiales que yo recibia al aspecto de los nombres

y los lugares durante mi viaje, tanto por la Judea, como la Galilea y Palestina, estaban mezcladas de un sentimiento mas vivo de respeto y de ternura: mi viaje era muchas veces una oracion; y los dos entusiamos ordinarios de mi alma, el de la naturaleza y el de su autor, se encontraban todas las mañanas tan frescos y tan vivos en mí, como si tantos años de olvido que acarrea la disipacion del gran mundo no los hubiesen marchitado ó agostado en mi seno: me reconocí hombre al comparecer delante de la sombra del Dios de mi primera juventud.

Al visitar los lugares consagrados por uno de esos acaecimientos misteriosos que han cambiado la faz del mundo, esperimenta uno una sensacion semejante á la del viajero, que despues de subir penosamente el curso de un gran rio como el Nilo ó el Ganges, llega al origen ignorado y oculto que deseaba descubrir; y esta fué la que yo esperimenté al subir las últimas colinas que me separaban de Nazareth, donde yo iba á contemplar en su misterioso nacimiento esta religion, que cual un rio caudaloso y fecundo hace cerca de dos mil años que desde lo alto de las montañas de Galilea se ha abierto en el universo un anchuroso cáuce, y ha dado á beber a las generaciones humanas las vivificantes y límpidas aguas de su inmensa y apacible corriente. Allí en el hueco del peñasco que hollaba yo con mis pies, se encontraba el orígen; y las laderas del collado por el que yo trepaba, habian sostenido la luz, la vida, la esperanza del mundo: allí á pocos pasos de donde me encontraba, el hombre modelo habia nacido entre los hombres, para sacarles con sus pala-

bras y con su ejemplo del océano de error y corrupcion en que el género humano se hallaba sumergido. Aun considerando á Jesu-Cristo solo como simple filósofo, de aquí habia partido el mas grande acaecimiento que ha conmovido hasta ahora el mundo moral y político; acaecimiento cuya sola consecuencia imprime todavia en el mundo intelectual un resto de movimiento y de vida: allí habia nacido entre la oscuridad, la pobreza y la ignorancia, el mas grande, el mas justo, el mas sábio y el mas virtuoso de todos los hombres: allí estaba su cuna, allí el teatro de sus grandes acciones, y allí el de su predicacion admirable. De allí habia salido aun jóven, con algunos hombres oscuros é ignorantes, á los cuales habia inspirado la confianza de su genio y el valor de su mision, para ir con conocimiento y prescincia á invadir un órden de ideas y de cosas demasiado débil para resistirle, pero bastante fuerte para hacerle morir; y habia salido de allí para conquistar la muerte y el imperio universal de la posteridad: de allí habia tomado su curso el cristianismo de un manantial oscuro, de una gota de agua inadvertida en el hueco de la roca de Nazareth, de la que apenas hubieran podido beber dos pájaros, que un rayo de sol hubiera podido secar, y que en el dia, como un grande océano espiritual, ha colmado todos los abismos de la sabiduría humana, bañando con sus inagotables olas lo pasado, lo presente y lo futuro. Aun cuando yo hubiera sido incrédulo acerca de la divinidad, de este acaecimiento, mi alma se hubiese conmovido fuertemente al acercarme á su primer teatro, y hubiese descubierto mi cabeza é inclinado mi frente ante la oculta voluntad que habia hecho producir tan grandiosos resulta-

dos de un suceso que habia tenido un principio tan insensible y débil!

Pero si consideramos el misterio del cristianismo como verdaderos cristianos, hablaremos de otro modo. Allí bajo ese pedazo de cielo azul, tuvo su nacimiento, en el fondo de ese valle tan estrecho y oscuro, y á la sombra de ese collado, cuyas antiguas rocas parecen hendidas aun por el estremecimiento de gozo que sintieron al nacimiento del Verbo divino, y por el estremecimiento de dolor que sufrieron al sepultar á su humanidad muerta! Ese es el sagrado punto del globo, elegido por Dios desde la eternidad, para hacer bajar sobre la tierra su verdad, su justicia y su amor encarnado en el Niño Dios! Allí fué donde en el señalado momento descendió el soplo divino sobre una infeliz cabaña, mansion del trabajo humilde, del infortunio y de la sencillez del espíritu, y allí animó en el seno de una inocente y pura vírgen un ser manso, tierno y misericordioso como ella, sufrido, paciente y doliente como el hombre, y al mismo tiempo sobrenatural, sábio, fuerte y omnipotente como el Criador! Allí fué donde el Hombre Dios existió por nuestra debilidad é ignorancia y por nuestros trabajos y miserias, durante los años oscuros de su vida ignorada; allí pisó la tierra antes de enseñarla con su palabra, de curarla con sus prodigios, y de regenerarla con su muerte; y allí finalmente, donde se abrió el cielo, y desde donde lanzó sobre la tierra á su espíritu encarnado, y á su Verbo fulminante, para consumir y estinguir la iniquidad y el error hasta la consumacion de los siglos; alambicar como por el fuego del crisol nuestras virtudes y nuestros

vicios, y quemar delante del Dios único, el santo incienso que no debe estinguirse, el incienso del ara renovada, el perfume de la caridad y de la verdad ambas universales! Al propio tiempo que hacía yo estas reflexiones con la cabeza inclinada al suelo, y preocupada de tan graves ideas, distinguí á mis pies, en el fondo de un valle, formado á manera de estanque ó laguna de tierra, las casas blancas y agrupadas graciosamente de Nazareth sobre los dos bordes y en el fondo de este estanque.

Lo primero que distinguimos fué la iglesia griega; el alto minarete de la mezquita de los turcos, y las prolongadas y anchas murallas del convento de los padres latinos; algunas calles formadas por casas menos vastas, pero de una figura elegante y oriental, circuían estos edificios mas grandes, y animados de un ruido y de un movimiento de vida. Al rededor del valle ó estanque seco de Nazareth, grupos de altos nopales espinosos, de higueras despojadas de sus hojas de otoño, y de granados con sus ligeras hojas de verde claro, se veian sembrados indistintamente y daban al paisage cierta frescura y gracia, como las flores de los campos al rededor del altar de una aldea. Solo Dios sabe lo que me sucedió entonces. Por un movimiento espontáneo y casi involuntario, me encontré á los pies de mi caballo, de rodillas en el polvo, y sobre una de las peñas azules y sucias del sendero en el precipicio que nosotros bajábamos. Permanecí algunos instantes en una muda contemplacion, y durante ella se agolparon á mi mente todas las ideas de mi vida de hombre escéptico y de cristiano; mas con tal confusion, que no pude distinguir una sola. Las únicas palabras que soltaron

mis labios fueron: *El verbum caro factum est, et habitavit in nobis*: Yo las pronuncié con el sentimiento sublime, profundo y de reconocimiento que encierran, y que este lugar las inspira tan naturalmente; de modo que cuando despues fuí á visitar el santuario de la iglesia latina, me asombré al verlas grabadas con letras de oro sobre la mesa de mármol del altar subterráneo en la casa de la Vírgen y San José. Despues, bajando religiosamente la cabeza hácia esta tierra en donde habia nacido Jesucristo, la besé y la humedecí con algunas lágrimas de arrepentimiento, de amor y de esperanza: volví á contemplar esta tierra, que tantas habia visto derramar, y que tantas habia enjugado, y reclamé de ella el amor y la fe.

Cuando los últimos resplandores del dia doraban apenas las altas y amarillas murallas de la iglesia y monasterio, llegamos al convento de los padres latinos. Nos abrieron una grande puerta de hierro, y nuestros caballos entraron resbalando y haciendo resonar sus herraduras sobre las baldosas del patio esterior del convento. La puerta se volvió á cerrar detras de nosotros, y nos apeamos delante de la iglesia, que fué un tiempo la humilde morada de esta Madre que prestó sus entrañas á un huésped inmortal y que alimentó á un Dios con la leche de sus pechos. El superior y el guardian estaban ausentes, y algunos hermanos napolitanos y españoles, que se ocupaban en aventar el trigo, nos recibieron con bastante frialdad, y nos condujeron á un vasto corredor, en que se hallaban las celdas de los frailes, y los aposentos destinados para los estrangeros. Allí esperamos mucho tiempo al párroco de

Nazareth, el cual nos colmó de atenciones, y nos hizo preparar á cada uno un cuarto con su cama. Cansados de la jornada y de las agitaciones del dia nos tendimos sobre nuestras camas, y diferimos para el dia siguiente ver los lugares sagrados, con la mira de no debilitar las impresiones, dando una ojeada de prisa á los lugares santos, en cuyos recintos nos hallábamos ya.

Me levanté muchas veces durante la noche para elevar á Dios mi consideracion y mi palabra: él habia escogido en este lugar a la que debia engendrar á su divino Verbo!

A la mañana siguiente vino un padre italiano para acompañarnos á la iglesia y al santuario subterráneo, que fué en otro tiempo la casa de la Vírgen y San José: la iglesia es una ancha y alta nave que se eleva á tres pisos: el superior de ellos está ocupado por el coro de los padres de la Tierra Santa, y se comunica con el convento por una puerta que tiene detrás; el inferior está destinado á los fieles, y se comunica con el coro y el altar mayor por una hermosa escalera de doble rampa, con doradas balaustradas. En esta parte de iglesia, y debajo del altar mayor, hay una escalera de algunas gradas, la cual conduce á una pequeña capilla y á un altar de mármol, iluminado con lámparas de plata, colocadas en el sitio en que la tradicion supone que se verificó la Anunciacion. Este altar está elevado debajo de una bóveda medio natural y medio artificial de una roca, contra la cual estaba apoyada sin duda la santa casa, y detrás de esta primera bóveda hay dos altares subterráneos mas oscuros, que se dice servian de cocina y bodega á la Santa Familia. Estas

tradiciones mas ó menos fieles, mas ó menos alteradas por la piadosa necesidad de la credulidad popular, ó por el deseo natural á todos estos frailes, poseedores de una reliquia tan preciosa, de abultar el interés multiplicando los detalles, han aumentado quizá por medio de algunas invenciones benévolas el poderoso recuerdo del lugar, pero no cabe duda que el convento, y sobre todo la iglesia, han sido primitivamente construidas sobre el mismo terreno que ocupaba la casa del divino heredero del cielo y de la tierra. Cuando se esparció su nombre por el globo, del mismo modo que la luz de la aurora, poco tiempo despues de su muerte, cuando su madre y sus discípulos vivian aun, es cierto que los unos á los otros debieron trasmitirse el culto de amor y de dolor que la ausencia del divino maestro les habia dejado, é ir ellos mismos y conducir á los nuevos cristianos á los lugares, en donde habian visto vivir, obrar y morir al que ellos adoraban. Ninguna piedad humana podia conservar tan fielmente la tradicion de un lugar tan caro á su memoria como la piedad de los fieles y de los mártires.

En cuanto á la exactitud de los sitios principales de la redencion, se puede uno referir al fervor de un culto naciente, y á la vigilancia de un culto inmortal.

Nosotros nos arrodillamos sobre estas piedras, y oramos bajo estas bóvedas, que han sido testigos del mas incomprensible misterio de la caridad divina con el hombre! El entusiasmo de la oracion es tambien un misterio entre Dios y los hombres, del mismo modo

que el pudor deja caer un velo sobre el pensamiento y oculta á los hombres lo que es para el cielo. Recorrimos el convento que tiene comodidad y estension, y que es un edificio semejante á todos los conventos de Italia y de Francia, en donde los padres latinos ejercen las ceremonias de su culto con tanta libertad y seguridad, y tan públicamente como lo harian en una calle de Roma, que es la capital del cristianismo. En cuanto á esto se calumnia mucho á los musulmanes: la tolerancia religiosa, y aun el respeto religioso está manifestado en todas sus costumbres. Como ellos son religiosos, y muy celosos de la libertad de sus ejercicios, la última cosa contra la que osarian atentar, seria la religion de los demas hombres. Suelen considerar con horror una creencia religiosa, cuyo símbolo está en oposicion con el suyo; pero no miran con odio y con desprecio sino al hombre que no ora en ninguna lengua: estos hombres no pueden comprenderlos, porque la idea de un Dios Omnipotente está siempre fija en sus entendimientos, y es la que ocupa mas sus almas.

En este convento hay quince ó veinte padres entre italianos y españoles, empleados en cantar las alabanzas del Hijo de Dios y de su Madre, en el sitio mismo en que vivieron ignorados y pobres. Uno de ellos, que es el párroco de Nazareth, está encargado de la comunidad cristiana de la ciudad, que consta de unos ochocientos cristianos católicos, dos mil griegos cismáticos, algunos maronitas, y mil musulmanes. Durante el discurso del dia nos acompañaron los padres á las iglesias maronitas, á la antigua Sinagoga, donde el niño Jesus iba á

instruirse, como hombre, en la ley que debia purificar un dia; y últimamente al taller donde ejerció San José el humilde oficio de carpintero. Entonces vimos con sorpresa y placer las muestras de la deferencia y respeto con que miran á los padres de Tierra Santa los habitantes de Nazareth, sin esceptuar los mismos turcos. Un obispo no se veria mas honrado, ni seria mirado con mas benevolencia en las calles de un pueblo puramente católico. El sacerdote está mas seguro de la persecucion en Oriente que en Europa; si desea el martirio, no es ciertamente en la primera de estas regiones donde debe buscarle.

14 *de octubre.*

Salimos para el monte Thabor á las cuatro de la mañana: su eminencia es el lugar donde se coloca la Transfiguracion, lo cual no sé como conciliarlo con la circunstancia de que la cumbre de este monte estaba ocupada en aquella época por una romana ciudadela: la aislada posicion y la elevacion de este monte, que sale como un ramillete de verdor del llano de Estraelon, la ha hecho escoger en tiempo de San Gerónimo para lugar de esta sagrada escena.

En su cumbre se ha construido una capilla, á la que van á oir misa los peregrinos; mas el sacerdote va de Nazareth á celebrarla, porque allí no reside ninguno. Llegamos al pie del Thabor, que es un soberbio cono de una regularidad absoluta, cubierto todo de vegetacion y de verdes encinas. El guia nos estravió, y yo me senté debajo de una de aquellas, en el sitio

con corta diferencia en que coloca Rafael á los discípulos deslumbrados de la claridad de la cumbre, y esperé á que el sacerdote celebrase la misa: desde arriba se nos anunció con un tiro de pistola, á fin de que pudiésemos arrodillarnos sobre las gradas naturales de este altar gigantesco, delante de aquel que ha levantado su enorme pedestal, y estendido sobre él la bóveda brillante del cielo.

Partimos al mediodia para el Jordan y el mar de Galilea: á la una atravesamos las colinas bajas y bastante sombreadas que se encuentran al pie del Thabor, y entramos en una vasta llanura de ocho leguas de largo y otro tanto cuando menos de ancho: allí encontramos un kan arruinado en medio, de arquitectura de la edad media. Atravesamos varios pueblecillos arabes pobres que cultivan el llano. Cada uno de ellos tenia á cierta distancia un pozo, y algunas higueras y granados.

La muestra de sus comodidades y abundancia, eran unas casas que no se distinguian sino estando muy cerca, pues son una especie de chozas de seis á ocho pies de elevacion, y unos cubos de barro amasado con paja cortada constituyen el techo que forma el terrado. Estos terrados sirven de patio y habitacion, y todos sus muebles consisten en una manta para cubrirse y una estera: los niños y mujeres están en ellos casi siempre. Las mujeres no se cubren con velos; llevan los labios teñidos de azul, el contorno de los párpados del mismo color, y un ligero colorido al rededor de los labios y sobre las mejillas. Su trage es una sola camisa azul atada con un cinturon blanco por encima de las caderas, y

todas ellas ofrecen el aspecto del padecimiento y de la miseria. Los hombres se cubren con unas capas sin costura de una pesada tela, tejida á rayas negras y blancas, que no tiene forma, y van con las piernas, los brazos y los pechos desnudos. Despues de atravesar en seis horas este llano amarillento y pedregoso, aunque fértil, vimos repentinamente declinar el terreno, y descubrimos el inmenso valle del Jordan, y los primeros resplandores azulados del hermoso lago de Genazareth ó del mar de Galilea, como le llaman los antiguos y el Evangelio. No tardó este en desarollarse enteramente á nuestra vista rodeado por todos lados, á escepcion del Mediodia, de montañas cenicientas y negras: á su meridional estremidad, precisamente á nuestros pies, se estrecha y se abre para dejar paso al rio de los profetas y del Evangelio, el Jordan. Este sale serpenteando del lago, se introduce en la llanura baja y pantanosa de Esdraelon, á unos cincuenta pasos del lago, y pasa dejando oir su primer murmullo por debajo de los arcos arruinados de un puente de arquitectura romana. Allí fué donde nos dirigimos por una pendiente rápida y pedregosa, para saludar estas aguas consagradas por los recuerdos de la ley escrita y la de Gracia. Tardamos muy pocos minutos en llegar á su orilla, nos apeamos y nos mojamos las cabezas, los pies y las manos, con estas aguas dulces, tibias y azuladas como las aguas del Ródano cuando se escapan del lago de Ginebra. El Jordan en este parage, que debe ser á mitad de su carrera, no merecería el nombre de rio en un pais de mayores dimensiones; pero es no obstante mucho mayor que el Eurotas y el Cefiso, y que todos

esos rios, cuyos nombres fabulosos é históricos resuenan desde la niñez en nuestros oidos, y nos presentan una imágen de fuerza, de rapidez y de abundancia que tan solo destruye el aspecto de la realidad.

El Jordan, aun aquí, es mas que un torrente, á pesar de que estamos al fin de un otoño sin lluvias; estiende suavemente, en un cáuce de unos mil pies de anchura, una sábana de agua de dos ó tres de profundidad, tan clara, tan trasparente y límpida, que permite contar las piedrecillas de su fondo: su color es de ese azul del hermoso firmamento de Asia, y mas subido todavía, á manera de una imágen, mas bella que el objeto, y de un espejo que da color á la imágen que se retrata en él: á veinte ó treinta pasos de su corriente, la parte de cáuce que deja enjuta, está sembrada de piedras movedizas y de adelfas en flor: este cáuce tendrá una profundidad de cinco ó seis pies bajo el nivel del llano, y demuestra la anchura y elevacion del rio en la estacion ordinaria de la avenida: segun mi cálculo debe tener entonces de ocho á diez pies de profundidad sobre unos ciento veinte de anchura. En el llano es mas estrecho y alto, pero allí está mas encajonado y profundo; debiendo advertir que el punto en que nosotros nos hallábamos, es uno de los cuatro vados que tiene este rio en su curso. Yo bebí del agua del Jordan en la palma de la mano, de esa agua que tantos profetas han bebido antes que yo, y de esa agua que cayó sobre la cabeza sagrada de la víctima voluntaria que instituyó el bautismo: la encontré enteramente dulce, de un sabor agradable, y sumamente clara: la cos-

tumbre que se contrae en los viajes al Oriente de beber solo agua, constituye al paladar en escelente juez de las cualidades de la que se bebe por primera vez. A la del Jordan solo le falta la frescura, pues está casi tibia, y aunque mis labios y mis manos estaban cuardecidos por una marcha de once horas, sin sombra, y con un sol abrasador, recibieron la impresion de tibieza al tocar el agua de este rio.

Como todos los viajeros que llegan al través de tantas fatigas y distancias y riesgos, á ver en su abandono este rio, en otro tiempo rey, llené algunas botellas de esta agua para amigos menos afortunados, y llené tambien las cañoneras de mis pistolas, de piedras recogidas á la orilla de su curso ¡Así hubiera podido llevarme tambien la santa y profética inspiracion de los bardos de sus privilegiadas riberas, y mas que todo la santidad y pureza de corazon y espíritu que debia contraer esta agua al bañar la cabeza del mas puro y mas santo de los hijos de los hombres!

Monté á caballo, dí algunas vueltas alrededor de los pilares que sostenian el puente, ó el acueducto de que he hablado anteriormente, y no ví otra cosa que la mamposteria degradada de todas las construcciones romanas de esta época, sin mármol, escultura, ni inscripciones. No subsistía ya ningun arco; pero habia diez machos ó pilares derechos, y se distinguian los cimientos de cuatro ó cinco mas: cada arco tendria la abertura de unos diez pies, lo cual conviene exactamente con la dimension de ciento veinte pies que á la simple vista he creido debia dar de anchura al Jordan.

Tales detalles sobre las dimensiones del Jordan

no tienen mas objeto que el de satisfacer la curiosidad de las personas que desean saber las medidas exactas de los objetos para acomodar á ellos las imágenes hasta en su pensamiento; pero no ciertamente para dar armas á los enemigos de nuestra fe cristiana, ni aun á sus defensores. ¿Qué importa que el Jordan sea un rio ó un torrente? ¿Qué importa que la Judea sea un monton de rocas estériles, ó un delicioso jardin? ¿Qué puede sacarse en consecuencia de que tal monte sea solo un collado, ó de que tal reino no sea mas que una provincia? Los hombres que se acaloran disputando sobre cuestiones semejantes, son unos insensatos, del mismo modo que los que se figuran haber derribado una creencia de dos mil años con haber desmentido la Biblia y los profetas. Al oir estas acaloradas cuestiones sobre una palabra mal comprendida ó mal interpetrada, ¿no se creerá que la religion es una cosa geométrica que se demuestra por medio de guarismos, ó se destruye con argumentos solos, y que las generaciones de los creyentes ó de los incrédulos estan esperando el fin de la discusion para tomar el partido del mejor lógico ó del anticuario mas erudito ó ingenioso? Tan estériles disputas ni convierten ni pervierten á nadie. La religion no se prueba, no se demuestra, no se establece ni se derriba con la lógica. De todos los misterios de la naturaleza es el mas misterioso y el mas inesplicable; pertenece al instinto, pero no á la razon: así como los vientos que soplan de Oriente ó de Occidente, cuya causa nadie conoce, como tampoco el punto de su partida: ellos soplan, y solo Dios sabe de dónde por qué, para cuántos siglos y para qué comarcas. La religion existe porque existe; no se toma ni se

deja á voluntad por la palabra de un hombre cualquiera sin mision; las conversiones se hacen por la gracia, y la creencia reside en el corazon mas aun que en el entendimiento. ¿Quien es el que dirá yo soy cristiano, porque tengo pronta tal respuesta en tal libro, ó tal objecion insoluble en tal otro? Todo hombre sensato, a quien se le pida cuenta de su fe, responderá: «soy cristiano porque la fibra de mi corazon es cristiana; porque mi madre me ha nutrido con leche cristiana; por que las simpatías de mi corazon y de mi entendimiento están en favor de su doctrina, y porque vivo con el aire de mi tiempo, sin prever con cuál vivirá el porvenir.»

Sobre las orillas escarpadas del lago de Genezareth se ven dos pueblas, el uno enfrente de nosotros, á la otra parte del Jordan, á un cuarto de hora de distancia; el otro algunos centenares de toesas á nuestra izquierda, y sobre la misma orilla del rio. Ignorábamos por qué raza de árabes estaban habitados, y se nos habia advertido que estuviésemos alerta, porque podiamos ser sorprendidos por los del Jordan, los cuales no sufren que se atraviese impunemente su llanura y su rio; pero estábamos bien montados y armados, y la conquista rápida é imprevista de la Siria por Mehemet-Alí, les habia infundido tanto temor y asombro, que el momento era el mas oportuno para tentar escursiones atrevidas sobre su territorio: ademas ignoraban quienes éramos, porque marchábamos con mucha confianza entre ellos, y naturalmente podian suponer que nos seguian fuerzas superiores á las que podian desplegar, en términos que el miedo de lo que podria

sucederles despues, y el temor de una pronta venganza, nos daban seguridad en el camino. Con esta idea hice acampar atrevidamente en medio del último pueblo árabe, de que acabo de hablar, y cuyo nombre ignoro, el que está edificado, si se puede llamar edificios á unas moles informes de barro y de piedra, sobre la misma estremidad de la playa elevada que domina el mar de Galilea. Mientras que nuestros árabes plantaban las tiendas, bajé solo por la punta escarpada que conducía al lago; este la bañaba susurrando, y la guarnecia de una franja de espuma ligera que se desvanecia, y volvia á formarse á la llegada de otra ola corta y rápida, semejante á las de un dulce y profundo mar, que vienen á morir sobre la arena desde el seno de un estrecho golfo. Apenas tuve tiempo para bañarme en sus aguas, que han sido el teatro de tantas acciones del poema moral moderno del Evangelio, y de recoger para mis amigos de Europa algunas conchas, cuando el sol se habia puesto por detras de las altas cimas volcánicas y negras del collado de Tiberiades; y como algunos árabes que me habian visto bajar solo, y andaban por la playa, podian alentarse con la ocasion, volví á subir recto hácia ellos con mi fusil en la mano; pero me miraron y saludaron poniendo la mano sobre su corazon, y yo me introduje en la tienda. Estendimos nuestras esteras rendidos de cansancio, mas con las armas siempre á mano, dispuestos á ponernos en pie á la primera señal de alarma. Nada felizmente turbó el silencio y el sueño de esta hermosa noche, en la que estuvimos mecidos por los soplos del viento que resonaba armoniosamente al sacudir las cuer-

das de las tiendas, y halagados por el susurro de las olas del mar de Jesucristo, que batian sus orillas, y por las ideas piadosas y sagrados recuerdos que cada uno de estos rumores escitaba en nosotros al despertar.

Al dia siguiente por la mañana cuando salimos de nuestras tiendas para ir á bañarnos otra vez en el lago, solo vimos las esposas de los árabes, peinando sus largos cabellos negros sobre los terrados de sus chozas, algunos pastores ocupados en ordeñar las vacas y cabras, y los muchachos del pueblo, desnudos, que jugaban familiarmente con nuestros caballos y perros: el gallo cantaba sereno; lloraba el niño, la madre mecía ó daba el pecho, como si nos hallásemos en una apacible aldea de Suiza ó de Francia. Nos felicitamos, pues, de habernos aventurado á hacer una incursion en una parte de Galilea, tan temida y tan poco conocida, y nos prometimos hallar igual acogida mas adelante aun, si queríamos internarnos en la Arabia. Para esto teníamos todos los medios de atravesar con seguridad la Samaria y el pais de Naplusa, antigua Sichen, porque Mr. de Cattafago, muy influyente en el pais, nos habia ofrecido hacernos anunciar por sus numerosos amigos árabes, y hacer aun que nos acompañase su hermano.

Pero me obligaron á renunciar á esta idea cuidados personales y volví á tomar el camino de Nazareth, y del monte Carmelo, donde esperaba encontrar un espreso con cartas de Beyruth: volvimos á montar á caballo sin embargo para seguir hasta su estremidad la orilla del mar de Tiberiades, y la costa sagrada del hermoso lago de Gene-

zareth. La caravana se alejaba silenciosamente del pueblo en donde habíamos dormido, y marchaba sobre la orilla occidental del lago á pocos pasos de sus olas, sobre una playa de arena y de piedras sembrada de algunas adelfas, y de otros arbustos con ligeras hojas que producen una flor semejante á las lilas. A nuestra izquierda se estendia una cadena de collados cortados á pico, negros y desnudos, surcada por barrancos profundos y con manchas á trechos de inmensas piedras volcánicas esparcidas por el suelo. Esta cadena se prolongaba por la orilla que costeábamos, y adelantándose como un promontorio sombrío y desnudo casi hasta el medio del mar, nos ocultaba la ciudad de Tiberiades y el fondo del lago por la parte del Líbano.

Ninguno de nosotros desplegaba sus labios. todos los pensamientos eran íntimos y profundos; ¡tan imperioso era el lenguage con que nos hablaban á todos los sagrados recuerdos! En cuanto á mí, ningun punto de la tierra ha hablado á mi alma con mayor energía: siempre ha gustado mi corazon de recorrer la física escena de los lugares habitados por los hombres vivos ó muertos que he conocido, admirado, amado ó reverenciado. El pais que un hombre ha habitado y preferido durante su vida, me ha parecido la mas segura reliquia, y la que me lo podria recordar mejor; ella me parecía una manifestacion material de su genio, una revelacion muda de una parte de su alma, y un comentario vivo de su vida, de sus acciones y de sus pensamientos. Era jóven aun cuando pasaba solitarias y contemplativas horas, tendido bajo los olivos que sombreaban los

jardines de Horacio, y mirando las bellas cascadas de Tibur: me he tendido muchas veces por la tarde al ruido del hermoso mar de Nápoles, bajo las colgantes ramas de las parras, cerca del lugar donde quiso Virgilio que reposasen sus cenizas; porque este es el sitio mas hermoso en donde se habia fijado su vista ¡Cuántas mañanas y cuántas tardes he pasado despues, sentado al pie de los castaños en el vallecito de Charmettes, donde el recuerdo de Juan Jacobo Rousseau me atraía y retenia por la simpatía de sus impresiones, de sus meditaciones, de sus desgracias y de su genio estraordinario! Lo mismo me ha sucedido con otros escritores o grandes hombres, cuyos escritos ó acciones he llegado á admirar: he querido conocerlos y estudiarlos en los paises que los han producido, ó inspirado. Es muy rara la vez que una inteligente ojeada no descubre una secreta y profunda analogía entre la patria y el grande hombre, entre la escena y el actor, entre la naturaleza y el genio a quien ha formado y querido inspirar.

Mas aquí en el Oriente no era un grande hombre, no era un poeta sobresaliente aquel cuya mansion venia yo á recorrer y contemplar: era el hombre de los hombres; era el Hombre-Dios: era la naturaleza, el genio, la virtud misma y la divinidad encarnada, cuyas huellas venia á adorar sobre las sagradas riberas, donde mas las imprimió, sobre las olas que le sostuvieron, sobre las colinas donde se sentaba, y sobre las piedras en que apoyaba su frente. El habia visto con sus ojos mortales este mar, estas olas, estas colinas, estas piedras; ó mas bien este mar, estas olas, estas co-

linas y estas piedras lo habian visto á él: él habia pisado cien veces el camino por donde yo transitaba con respeto; ¡sus pies habian levantado este polvo que alzaban los mios! Durante los tres años de su mision divina, va y viene sin cesar desde Nazareth á Tiberiades, y de Jerusalen á Tiberiades; se pasea en las barcas de los pescadores sobre el mar de Galilea, y calma allí sus tempestades; sube sobre las olas, y da la mano á su apóstol de una fé tan débil como la mia; Mano celestial de la que yo necesito mas que él en las tempestades de opiniones y de ideas terribles! La escena grande y misteriosa del Evangelio sucede casi toda sobre este lago, á las orillas de este lago, y sobre las montañas que rodean y que dan vista á este lago! Ved allí á Emmans, donde escoge sus discípulos al acaso entre los últimos de los hombres, para hacer ver que la fuerza de su doctrina está en la doctrina misma, y no en sus impotentes órganos; ved allí á Tiberiades, donde se aparece á Pedro, y funda en tres palabras la eterna gerarquía de su iglesia; ved á Capharnaum, y el monte donde predica su mision admirable; ved el monte sobre el cual pronuncia las nuevas bienaventuranzas segun Dios; ved aquel en donde esclama: *Misereor super turbam*, y multiplica los panes y los peces, del mismo modo que su palabra engendra y multiplica la vida del alma; ved el golfo de la pesca milagrosa; ved casi todo el Evangelio con sus interesantes parábolas y sus imágenes tiernas y deliciosas, que aparecen ante nosotros, tales como aparecian al feliz auditorio del divino Maestro, al tiempo que le señalaba con el dedo el cordero, el redil, el buen pastor, y el lirio ó la azucena del

valle! Ved, en fin, el país que Jesucristo ha preferido sobre esta tierra, y el que ha escogido para las primeras escenas de su misterioso drama; aquel en donde tenia sus parientes y amigos, segun la humanidad, durante los treinta años de su oscura é ignorada vida, y aquel en donde la naturaleza, cuya llave tenia, se le representaba con mayores atractivos. Desde esas montañas miraba del mismo modo que nosotros como nacia y se ponia ese sol que con tanta rapidez media sus mortales dias: aquí venia á descansar, á meditar, á orar, y á amar á los hombres y á su Padre Celestial!

SIRIA- GALILEA.

15 de octubre.

El mar de Galilea tendrá una legua de ancho en su meridional estremidad, por la que nosotros llegamos á él, y se ensancha desde luego insensiblemente hasta la altura de Emmaus, á la estremidad del promontorio que nos ocultaba la ciudad de Tiberiades; desde allí los montes que le encierran se abren en vastos golfos por los dos lados, y le forman un cáuce, cuya circunferencia será de doce á quince leguas. No tiene el cáuce una forma regular, porque los montes no bajan por todos los lados hasta su orilla; ya se apartan á alguna distancia de ella, y dejan entre ellos y el mar una pequeña llanura, baja, fértil y verde como las de Genezareth, ya se cortan, se interrumpen y se abren entre sí para dejar que penetren sus aguas azuladas en pequeños golfos, vaciados á sus pies, y al abrigo de su sombra. La mano del mas dies-

tro y mas delicado pintor no podria dibujar contornos mas redondos, mas indefinibles, ni mas variados que los que ha dado á estas aguas y á estos montes la mano del Omnipotente; parece haber preparado la escena evangélica para la obra de gracia, de paz, de reconciliacion y de amor que debia un dia tener en ella cumplimiento.

Por el lado de Oriente, desde las cumbres de Jelboe, que se divisan al mediodía, hasta las cimas del Líbano que se muestran al Norte, forman los montes una apretada cadena, pero flexible y ondulante, cuyos sombríos eslabones parece van á desprenderse, y aun se desprenden en algunos puntos, para dejar descubrir un espacio de cielo. Estos montes no terminan en sus cumbres con picos, ni con esas agrizadas rocas, que presentan á las centellas y á los vientos en sus embotadas puntas y dan siempre á las elevadas cadenas un aspecto anciano, terrible y arruinado, que entristece el corazon al elevar el pensamiento. Aquí se disminuyen suavemente en grupos mas ó menos anchos y mas ó menos rápidos; los unos vestidos de algunas encinas diseminadas; los otros de verdes matorrales; estos de una tierra desnuda, pero fértil, que presenta las señales de una reciente y variada cultura; y los otros, en fin, de la sola luz de la mañana ó de la tarde, que se desliza sobre la superficie, y que los tiñe de un amarillo claro y de un tinte entre azul y morado que el pincel no podria imitar. Sus laderas, aunque no dejan paso á valle alguno verdadero, no forman una pendiente siempre igual; estan cortadas a ciertas distancias por anchos y profundos barrancos, como si los montes se hubiesen desplomado por su propio peso. Los

accidentes naturales de la luz y la sombra, imprimen en estas quiebras manchas luminosas y mas frecuentemente oscuras, que atraen la vista é interrumpen la uniformidad de los contornos y del color. Mas abajo descienden por sí mismas, y se adelantan hácia el lago pequeñas lomas, ó redondos montecillos, cuya transicion de las cumbres á las aguas que las reflejan, es sumamente suave y graciosa. La peña casi en ninguna parte por el lado de Oriente penetra ó agujerea la gruesa capa de tierra vegetal de que se halla vestida; así es, que esta Arcadia de la Judea reune, á la magestad y gravedad de los terrenos montuosos, la imágen de la fertilidad y abundancia, variadas de la tierra. ¡Ah! Si el rocío del Hermon cayese todavía sobre su seno!

Al estremo del lago, hácia el norte, va bajando esta cadena de montañas al tiempo que se aleja y distingue á lo largo un llano que viene á morir en las olas, y que termina con una masa de espuma que parece haber rodado de lo alto hasta el mar. Éste es el Jordan, que se precipita desde allí en el lago, que lo atraviesa sin mezclar sus aguas, y que va á salir tranquilo, puro y silencioso, por el punto en donde le he descrito. Toda esta estremidad norte del mar de Galilea, se halla guarnecida de una faja de terrenos, en que se distinguen rastrojos de la última cosecha, y vastísimos campos de juncos, que los árabes cultivan, donde se encuentra una fuente que pueda suministrarles el riego. Por la parte occidental he descrito ya las cadenas de pequeños y volcánicos montes que hemos seguido desde el amanecer, y que se prolongan uniformemente hasta Tiberiades. Moles

inmensas de piedras negras vomitadas por las gargantas todavía entreabiertas de un centenar de conos volcánicos apagados, aparecen á cada instante sobre las pendientes de esta costa fúnebre y sombría. El camino no ofrece mas variedad que la de las particulares formas, la de los colores estraños de las altas masas de lava endurecida, esparcidas en nuestro derredor, y los escombros de murallas, de puertas de ciudades destruidas, y de columnas derribadas, por encima de las cuales tenian que pasar nuestros caballos: la orilla del mar de Galilea por este lado de la Judea, no era al parecer mas que una ciudad destruida. Estos escombros multiplicados á nuestra vista, la muchedumbre de ciudades, y la magnificencia de construccion, que manifestaban sus fragmentos mutilados, me recordaron el camino que se prolonga al pie del Vesubio, desde Castellamara á Portici: del mismo modo que en este punto, los bordes del lago de Genezareth, parecian haber estado cubiertos de ciudades, en vez de cosechas y bosques. Despues de dos horas de marcha llegamos á la punta de un promontorio que penetra en el lago, y descubrimos de improviso á Tiberiades, como una aparicion viva y brillante de una ciudad de dos mil años. Esta ciudad que cubre la pendiente de un negro y desnudo collado que se inclina con rapidez al llano, está circundada de una alta muralla cuadrada, flanqueada por quince ó veinte torres coronadas de almenas. Por encima de estas murallas y torres, descollaban solamente dos blancos minaretes, y todo el resto de la ciudad parecia ocultarse del árabe detras de sus altos muros, no presentando á la vista mas

que la bóveda baja y uniforme de sus techos cenicientos, semejantes á la vacía concha de la tortuga.

Nos detuvimos en el baño turco mineral de Emmaus, cuya aislada cúpula está circundada de soberbios restos de baños romanos ó hebreos, y nos establecimos en la misma sala del baño. Nos bañamos en una pila llena de agua corriente al calor de cien grados de Farenheit: dormimos una hora, y volvimos á montar á caballo. Entonces pudimos observar una tempestad sobre el lago que yo tenia deseos de ver. El agua era verde como las hojas de los juncos que circundan la orilla, la lívida y resplandeciente espuma, las olas bastante altas y muy frecuentes, hacian mucho ruido al estrellarse sobre las volcánicas piedras que arrastraban en su retirada, pero no habia ninguna barca en peligro, ni siquiera á la vista, porque no existe ninguna sobre el lago.

Entramos en Tiberiades con una tempestad y una copiosa lluvia del Sur: nos refugiamos en la iglesia latina, é hicimos encender fuego en medio de esta desierta iglesia, primera del cristianismo.

El interior de Tiberiades no merece siquiera una rápida ojeada: es un confuso y cenagoso conjunto de algunos centenares de casas semejantes á las chozas árabes, construidas de barro y de paja. Nos saludaron en italiano y aleman muchos judíos polacos ó alemanes, los cuales al fin de sus dias, cuando no tienen nada que esperar, mas que la hora incierta de la muerte, vienen á pasar sus últimos instantes en Tiberiodes, sobre la costa de su mar, y en el corazon mismo de su caro pais, á fin de morir bajo su sol, y ser sepultados en su tier-

ra, lo mismo que Abraham y Jacob. ¡Dormir en el lecho de sus padres! Testimonio del inestinguible amor á la patria, que inútilmente se querria negar!... Hay una especie de afinidad y simpatía entre el hombre y la tierra de que ha sido formado y de la que ha salido, y es dulce y justo restituir á su lugar este poco de polvo que uno ha tomado prestado por cierto número de dias! Concededme, Dios mio, que yo duerma tambien en la tierra, y al lado del polvo de mis padres!

Nueve horas de marcha sin descanso nos restituyeron á Nazareth por Cana, lugar donde el Salvador obró el primero de sus milgros: es un bonito pueblo turco graciosamente situado sobre las dos pendientes de una hondonada de tierra fértil rodeada de collados, cubiertos de nopales, encinas y olivos: hay tambien algunos granados é higueras. Las mujeres y los ganados estaban á la inmediacion de las artesas de piedra próximas á la fuente. Allí se encuentra la casa del Apóstol San Bartolomé, y á su lado la en que tuvo lugar el milagro del agua convertida en vino, que está arruinada y sin techo. Los religiosos enseñan todavía los jarros que contuvieron el prodigioso vino; monacales añadiduras con que adornan por todas partes la semilla y riquísima tela de las tradiciones religiosas.

Habiendo descansado un momento, y refrigerado en la fuente de Cana, nos pusimos en marcha para Nazareth á la claridad de la luna. Atravesamos algunas llanuras bastante bien cultivadas: despues una série de colinas con mucho arbolado, que se elevan á medida que uno se acerca á Nazareth, y al cabo de tres horas y media de marcha llegamos á las puertas del convento latino de

Nazareth, en el que fuimos nuevamente recibidos.

Me sorprendió al despertar una voz que me saludaba en italiano: era la de Mr. de Cattafago, antiguo vice-cónsul de Francia en San Juan de Acre; persona muy conocida y muy influyente en la Siria, donde su título de agente de los europeos, su amistad con Abdalla, pachá de Acre, y finalmente, su comercio y sus riquezas lo han hecho célebre y poderoso. Todavía es cónsul de Austria en San Juan de Acre, y su trage corresponde á su doble carácter de árabe y europeo, pues lleva la pelliza encarnada forrada de armiños, y un inmenso sombrero de tres picos, que es la divisa de los agentes franceses en Oriente. Este sombrero lo conserva desde el tiempo de la guerra de Egipto, y será sin duda un desecho conservado religiosamente de algun general de brigada de Bonaparte: solo se lo pone en los casos de oficio, en las audiencia del pachá, y cuando un europeo pasa por el pais, porque entonces se figura ver á sus dioses penates. Mr. Cattafago es un viejecito que tiene una fisonomía que anuncia el talento, y que es fuerte y penetrante como la de los árabes: sus ojos llenos de un fuego, suavizado por la benevolencia y la atencion, iluminan sus rostro con un rayo de una inteligencia superior. A primera vista se concibe el ascendiente que un hombre semejante ha debido tomar sobre los árabes y los turcos, que carecen por lo general de ese principio de actividad que chispea en las miradas, y que se descubre en los movimientos y gesticulacion de Mr. Cattafago. Tenia en la mano un paquete de cartas que acababa de recibir para mí de la costa de Siria por un correo de Ibraim-Pachá, y una serie de dia-

rios franceses que llegaban para él y me traía porque había previsto la agradable sorpresa que causaría á un viajero francés que se encontraba en medio de un desierto, recibir á mil leguas de su patria recientes noticias de la Europa. Leí las cartas, que aumentaron mis cuidados por la salud de Julia; y habiéndome dejado Mr. Cattafago despues de convidarme á almorzar bajo un emparrado que había hecho en Nazareth, me puse á leer los diarios. Lo primero que llamó mi atencion fué un folletin del *Diario de los Debates*, donde se habian incluido unos versos que yo había hecho á Walter Scott, cuyo sentido melancólico convenia perfectamente á la escena en que me hallaba, escena de las mas grandes revoluciones del espíritu humano, escena donde el espíritu de Dios había conmovido tan fuertemente los *hombres*, y *desde* donde la regeneradora idea del cristianismo había tomado su vuelo sobre el mundo, del mismo modo que una idea, tambien hija del cristianismo, conmovía la otra costa de estos mares, sobre cuyas orillas me hallaba, y á la que volvian á mí mis propios acentos prorumpidos en la otra.

Recité mis versos como si hubiesen sido agenos; pues se habian borrado de mi memoria, y me admiré del sentimiento que me los había inspirado en otro tiempo, de este sentimiento de trastorno general de las cosas, de vértigo y ceguera del humano entendimiento, que corre con demasiada rapidez, para enterarse del camino que recorre; pero que descubre y manifiesta el instinto de un nuevo y desconocido objeto, al que le conduce Dios por el áspero y peligroso camino de las catástrofes sociales. Admiré la idea poderosa de la

locomocion del pensamiento humano, de la prensa y del periodismo, por medio de los cuales una idea que me habia ocurrido seis meses antes en el bosque de Saint-Point, venia á buscarme del mismo modo que una hija busca á su padre, y hacer resonar en los antiguos ecos de las rocas de Nazareth los sonidos de una lengua jóven, que se ha hecho universal!

20 *de octubre.*

Almórcé bajo el emparrado de Mr. Cattafago con uno de sus hermanos y algunos árabes: despues recorrí nuevamente los alrededores de Nazareth, y fuí á ver la piedra en el monte adonde iba Jesus, segun las tradiciones, á comer con sus primeros discípulos. Mr. Cattafago me dió cartas de recomendacion para San Juan de Acre, y para el mutzelim de Jerusalen.

El dia 21 por la mañana partimos de Nazareth. Todos los padres del convento, españoles é italianos, reunidos en el patio, se apiñaron en torno de nosotros, ofreciéndonos los unos votos y oraciones por la prosperidad del viaje, y los otros frescas provisiones de escelente pan, cocido en la noche anterior, aceitunas y rico chocolate de España. Yo di quinientas piastras al superior en pago de su hospitalidad; pero esto no impidió que algunos jóvenes padres me pidiesen al oido y recibiesen con disimulo algunos puñados mas de piastras, para comprar tabaco y otras golosinas monacales con que distraerse en la soledad.

Los viajeros han hecho una pintura romanesca y falsa de los conventos de Tierra Santa; pero nada es menos poético ni me-

nos exacto. El pensamiento es grande y hermoso. Los hombres, dicen estos viajeros, renuncian á las delicias de la civilizacion de Occidente, para ir á esponer su existencia, ó arrastrar una vida de persecucion y martirio entre los enemigos de su culto, sobre los lugares mismos que los misterios de su religion han consagrado: entre la vigilia y el ayuno oran en medio de las blasfemias de los turcos y de los árabes, para que el incienso cristiano humee en los sitios donde ha nacido el cristianismo. Son los guardianes de la casa y la tumba de Jesucristo, y el ángel del juicio los encontrará solos en estos lugares, como las mujeres santas que velaban y oraban cerca del sepulcro vacío. Todo esto es grande y hermoso en idea; mas en el hecho hay que rebajar casi toda la parte grandiosa. Allí no existe persecucion ni martirio, y en derredor de estos hospicios hay una poblacion cristiana á las órdenes y al servicio de estos frailes. Los cuales no solo no les incomodan, sino que por el contrario los protegen, pues son los hombres mas tolerantes de la tierra, y respetan el culto y la oracion en cualquiera lengua y bajo cualquiera forma que se ofrezca á su vista. Solo odian el ateismo, porque lo miran, con razon, como una degradacion de la inteligencia humana, y como un insulto á Dios, que es un Ser evidente. Estos conventos están además bajo la proteccion temible é inviolable de las potencias europeas representadas por sus cónsules: á una queja del superior, el cónsul escribiria al pachá, y se les haria al instante justicia. Los frailes que he visto en Tierra Santa, lejos de presentarme la idea del largo martirio que se les quiera atribuir, me han pare-

cido los mas felices, los mas respetados, y hasta los mas temidos de los habitantes de estos paises. Ocupan especies de castillos semejantes á nuestros antiguos palacios de la edad media; sus mansiones son inviolables, y están rodeadas de muros, y cerradas con puertas de hierro: estas puertas no se abren sino á la católica poblacion del vecindario, que viene á asistir á los oficios, á recibir alguna instruccion religiosa, y á pagar á los frailes con respeto y afecto el tributo del altar. No he salido en compañía de uno de estos padres por las calles de los pueblos de Siria, sin que los niños y las mujeres viniesen á inclinarse ante el sacerdote, y besasen su mano y la estremidad de su hábito. Los mismos turcos, lejos de insultarles, parecen participar del respeto que inspiran. Ahora veamos quiénes son estos frailes. Por lo general son labradores de España ó de Italia, que entran jóvenes en los conventos de su patria, y que fastidiados de la vida monacal, desean diversificarla al menos por el aspecto de nuevos paises, y piden ser enviados á Tierra Santa. Su residencia en los conventos de su órden, establecidos en Oriente, no dura por lo general mas que dos ó tres años. Un buque viene á tomarles, y trae otros en su reemplazo. Los que aprenden el árabe, y se consagran al pasto espiritual de la poblacion católica de las ciudades, permanecen allí mas; á veces pasan su vida entera y tienen las ocupaciones y la vida de los párrocos de los lugares; pero disfrutan de mas veneracion y afecto. Los otros permanecen encerrados en el recinto del convento, ó pasan en peregrinacion de uno á otro, ya á Nazareth ó á Belen, algunas veces á Roma, y otras á Jaffa, ó

al convento de san Juan en el desierto: sus obligaciones se reducen á la asistencia á los oficios divinos, y sus recreos son el paseo por los jardines ó los terrados del convento. Nada de libros, nada de estudio, ni ocupacion instructiva. El tédio los devora, se forman cábalas en lo interior del convento, los españoles murmuran de los italianos, y estos de aquellos. Las proposiciones que vertian con frecuencia unos frailes de los otros en el convento de Nazareth, nos edificaron muy poco: no encontramos ninguno que pudiera sostener una conversacion razonable ni aun sobre las materias que debia hacerles familiares su vocacion: no tienen ninguna idea de la antigüedad sagrada, de los Santos Padres, ni de la historia de los mismos lugares que habitan: todos sus conocimientos se reducen á cierto número de tradiciones populares y ridículas que se trasmiten sin exámen, y que comunican á los viajeros, del mismo modo que las han recibido de la ignorancia y la credulidad de los árabes cristianos del pais: todos suspiran por su regreso y vuelven á Italia ó á España sin sacar fruto para ellos ni para la religion. Por lo demas los graneros de los conventos están llenos, y sus bodegas encierran los mejores vinos que produce el pais, y que son ellos los únicos que los saben hacer. Cada dos años llega un buque de España que lleva al padre superior la renta que las potencias católicas, la España, el Portugal y la Italia les envian: esta suma, aumentada con las piadosas limosnas de los cristianos del Egipto, de la Grecia, de Constantinopla y de la Siria, les produce, segun dicen, una renta de tres ó cuatrocientos mil francos. Esto se reparte entre los diferentes con-

ventos, segun el número de frailes y las necesidades de las comunidades. Los conventos están bien conservados y todo indica en ellos la abundancia, y aun la riqueza relativa, al menos en aquellos que he estado. En honor de la verdad, no he visto ningun escándalo en los conventos de los frailes de Tierra Santa: las tres plagas que en ellos convendria, y sería preciso curar, son el fastidio, la ociosidad y la ignorancia.

Estos religiosos me han parecido sencillos, y sincera, pero fanáticamente crédulos. Algunos en Nazareth me han merecido el concepto hasta de verdaderos santos, animados de la fe mas ardiente y de la caridad mas activa, humildes, pacientes, y voluntariamente serviciales con sus hermanos y con los estrangeros: yo llevo impresas en mi memoria sus fisonomías de paz y de candor y su hospitalidad en mi corazon. Tambien he tomado sus nombres; pero ¡qué les importa que estos nombres resuenen en la tierra, con tal de que el cielo los conozca, y que sus virtudes permanezcan ocultas entre lo sombra del cláustro, donde las practican y tienen el placer de sepultarlas!

El mismo dia.

Al salir de Nazareth rodeamos una montaña llena de higueras y nopales: á la izquierda se abre un valle verde y sombrío, donde vimos una casa de campo asentada sobre una de las pendientes que bajan al valle, que nos recordó nuestras casas de Europa: pertenece á un negociante árabe de San Juan de Acre. Los europeos no corren ningun riesgo en las inmediaciones de Nazareth,

porque la poblacion, casi toda cristiana, está de su parte: en dos horas de marcha llegamos á una série de vallecitos, que circundan graciosamente dos montecillos cubiertos de hermosos bosques de encinas verdes, que separan el llano de Caifás del pais de Nazareth y del desierto del monte Thabor. El monte Carmelo, cadena elevada de montañas que parte del curso del Jordan, y viene á morir cortada á pico sobre el mar, comienza á dibujarse á nuestra izquierda: su línea, de color verde oscuro, se destaca sobre un cielo de azul muy subido bajo un velo de vapores calientes, como el que sale de la boca de un horno: sus arcillosas laderas están sembradas de una fuerte y robusta vegetacion: por todas partes se ve una capa forrada de arbustos, dominados á trechos por las copas elevadas de las encinas; y rocas pardas, cortadas por la naturaleza en caprichosas y colosales formas, penetran alguna vez al través de este verdor, y reflejan los rayos brillantes del sol. Tal era la perspectiva que teníamos en lontananza sobre nuestra izquierda: á nuestros pies los valles que seguíamos bajaban en suaves pendientes, y comenzaban á abrirse sobre el precioso llano de Caifás. Subíamos las últimas lomas que nos separaban de él, y no lo perdíamos de vista sino para volverlo á ver de allí á poco: estas lomas que se encuentran entre la Palestina y la Siria marítima, forman uno de los paisages mas suaves y solemnes que hemos contemplado. Por uno y otro lado los bosques de encinas, abandonadas á su propia vegetacion, dejan estensos espacios de tierra cubierta de menuda yerba, alercio-pelada, del mismo modo que nuestros prados de

Occidente. Detras de la cima del Thabor se eleva como un magestuoso altar, coronado de guirnaldas verdes, bajo un cielo de fuego; mas lejos se ve temblar en las ondas del horizonte la cima azul de los montes de Gelboe y las colinas de la Samaria: el Carmelo corre, digámoslo así, una cortina sombría y á grandes pliegues sobre uno de los lados de la escena, y la vista al seguirla se estiende hasta el mar que lo termina todo así como el cielo en los hermosos paisages. ¡Cuántos sitios he escogido en mi pensamiento para construir una casa y una fortaleza agrícola, en que fundar una colonia con algunos amigos europeos, y algunos centenares de esos jóvenes destituidos de esperanza de un grato porvenir en nuestras regiones demasiado pobladas! La belleza de los sitios; la hermosura del cielo; la fertilidad prodigiosa del suelo; la variedad de producciones equinocciales que se pueden reclamar de la tierra; la facilidad de procurarse jornaleros por poco precio; el vecindario de dos valles inmensos, fecundos, regados é incultos; la proximidad del mar para la esportacion de los productos; la seguridad que se adquiriría fácilmente contra los árabes del Jordan, construyendo fortificaciones pequeñas á la salida de estas gargantas de colinas, todo me hace escoger esta parte de la Siria para la empresa agrícola y civilizadora que he imaginado.

El mismo dia por la noche.

Nos ha sorprendido una tempestad tal en medio del dia, que no la he visto mas terrible. Las nubes se han elevado sobre el monte Carmelo

como torres, perpendicularmente, y al instante han cubierto toda la prolongada cresta de esta cadena de montañas; y las que pocos momentos antes estaban tan serenas y brillantes, se han ido cubriendo de ondas de tinieblas movibles, hendidas á espacios por rastros de fuego. Todo el horizonte se bajó y estrechó sobre nosotros. Se sucedian los relámpagos como torrentes de fuego del cielo sobre los negros costados del Carmelo, y las encinas del monte y de las colinas donde estábamos, se doblaban como cañas: el viento que soplaba con violencia de las gargantas y cavernas, nos hubiera derribado en el suelo, si no nos hubiésemos apeado de los caballos, y encontrado un abrigo detras de una roca en el cáuce de un barranco. Las hojas secas de los árboles, sacudidas por la tempestad, caian sobre nuestras cabezas como nubes, y las mismas ramas se desgajaban cayendo en nuestro derredor. Entonces me ocordé de la Biblia y de los prodigios de Elias, de este profeta esterminador sobre su monte: su gruta no estaba lejos.

La tempestad duró cosa de media hora; bebimos agua de la lluvia, recogida en las cubiertas de lana de nuestros caballos; descansamos algunos momentos á mitad de camino de Nazareth á Caifás, y volvimos á emprender el camino siguiendo el pie del monte Carmelo, la montaña de nuestra izquierda, y una dilatada llanura con un rio á nuestra derecha. El Carmelo, que seguimos por espacio de cuatro horas, presentó siempre el mismo aspecto severo y solemne de una muralla gigantesca cortada casi á pico y cubierta de una sábana verde de arbustos y yerbas aromá-

ticas. La peña no se ve por ningun lado desnuda, y algunas rocas como ruinas ó escombros desprendidos del monte que han caido hasta el llano, figuran como fortalezas suministradas por la naraleza para servir de base y abrigo á pueblos de labradores arabes; mas solo encontramos uno de estos como unas dos horas antes de distinguir la ciudad de Caifás. Las casas son bajas, sin ventana ninguna, y cubiertas de un terrado que las preserva de la lluvia: encima de ellas levantan sus habitantes un segundo piso de ramage y hojarasca sostenida con troncos, en donde habitan el estío; y estos terrados estaban cubiertos de hombres y de mujeres que nos veian pasar, y que nos decian injurias. El aspecto de esta poblacion es feroz; mas ninguno se atrevió á bajar de la loma para insultarnos desde mas cerca.

Eran las siete cuando nos acercamos á Caifás, cuyas cúpulas, minaretes y blancas murallas presentan como todas las ciudades de Oriente un aspecto alegre y aun brillante, vistas á cierta distancia. Caifás se eleva al pie del Carmelo sobre una playa de arena blanca. Esta ciudad se halla establecida al estremo de un arco ó herradura, cuya otra estremidad está ocupada por San Juan de Acre: ambas ciudades se hallan separadas por una distancia de dos leguas, y este arco ofrece una de las mas deliciosas orillas del mar en que pueda fijarse la vista. San Juan de Acre, cuyas murallas están estropeadas por los cañonazos de Ibrahin-Pachá y Napoleon, con la cúpula trepada de su hermosa aunque desplomada mezquita, y con las velas que entran y salen de su puerto, llama la vista sobre este punto, uno de los mas im-

portantes y mas ilustrados por la guerra. En el fondo de este arco, ó golfo, hay una llanura cultivada; el monte Carmelo tiende su sombra sobre este llano, y la ciudad de Caifás abraza el otro lado del golfo, como hermana de Acre, avanzando en el mar su reducido muelle, en el que se mecen algunos buques árabes. Encima de Caifás se ve una floresta de olivos; mas arriba aun un camino cortado en la roca que se dirige á la cumbre del Carmelo, y allí se distinguen dos vastos edificios que coronan el monte, uno de los cuales es una casa de recreo de Abdalla, pachá de Acre; y el otro el convento de los religiosos del Carmelo, edificado recientemente con las limosnas de la cristiandad, sobre el que ondea el pabellon tricolor, para designar el asilo y la proteccion á los franceses. Un poco mas abajo del convento hay cavernas inmensas, vaciadas en el granito del monte, cuyas cavernas son las famosas grutas de los profetas: he aquí el paisage que admiramos al entrar por las calles polvorosas y estrechas de la ciudad de Caifás. Los habitantes asombrados veian desfilar con terror nuestra larga caravana: á nadie conociamos, y no teniamos donde alojarnos, ni hospitalidad que reclamar. La casualidad nos hizo encontrar á un jóven piamontés, que ejercia allí las funciones de vice-cónsul, despues de la toma de Acre: Mr. Bianco, cónsul de Cerdeña en la Siria, le habia escrito, sin que lo supiésemos nosotros, encargándole que nos acogiese bien si pasábamos por esta ciudad. Con este motivo se dirigió á nosotros, se informó de quiénes éramos, y nos llevó á la puerta de una casa arruinada, en donde vivia con su madre y dos hermanas jóvenes. De-

jámos, pues, nuestros caballos, y nuestros árabes que acampasen á la orilla del mar, cerca de la ciudad, y entramos en casa de Mr. Malagamba, que así se llama este jóven y amable vice-cónsul, el cual es el único europeo que ha quedado sobre este campo de batalla, devastado despues de la ruina completa de Acre por los egipcios.

Un reducido patio y una escalera de madera conducian á un pequeño terrado de hojas de palmera: detrás de él habia dos cuartos sin otros muebles que un divan que los rodeaba, y que es en Oriente el único indispensable para el rico y para el pobre. En el terrado se veian algunos jarros de flores, un palomar con bonitas palomas ecnicientas, cuidadas por las hermanas de Mr. Malagamba, y al rededor de las paredes algunos vasares en los que estaban colocados con órden, tazas, pipas, copas para licor, copas de plata para los perfumes, y crucifijos de madera embutidos de nacar y hechos en Belen. Tal era el mueblage de esta pobre casa, en la que una familia casi abandonada, está encargada, por el salario de unos trescientos francos, de representar á una de las potencias europeas.

La madre del vice-cónsul, Madama Malagamba, nos recibió con las ceremonias del pais; nos presentó perfumes y aguas de olor, y apenas nos habiamos sentado en el divan, y enjugado el sudor, cuando sus hijas, como dos celestes apariciones, salieron del cuarto inmediato y nos dieron agua de azahar, y almibares servidos en fuentes de China del Japon.

Tan fuerte es el imperio de la belleza sobre nuestras almas, que aunque devorados por

la sed, y rendidos por una marcha de doce horas, hubiéramos permanecido en contemplacion muda delante de estas dos muchachas sin acercar el vaso á nuestros labios, si su madre no nos hubiese instado á que aceptásemos lo que sus hijas nos ofrecian. El Oriente todo entero se cifraba en aquellas hermosuras, tal cual yo lo habia soñado en los años de mi fogosa juventud, y mi imaginacion estaba llena de las encantadoras imágenes de los que le habian descrito y cantado. Una de estas hijas, niña todavía, no era mas que el acompañamiento de su hermana, como dos imágenes que se reflejan la una en la otra. Despues de habernos ofrecido este servicio con todo el esmero de la hospitalidad mas sencilla, y sin embargo mas poética, vinieron á sentarse en el divan al lado de su madre enfrente de nosotros. Este es el cuadro que yo quisiera pintar con palabras para conservarle en mis notas, tal cual lo estoy viendo en mi imaginacion; pero nosotros tenemos medios para admirar y sentir la belleza en todas sus fases, en todas sus delicadezas, y en todos sus misterios, y solo tenemos una palabra vaga y abstracta para designar la hermosura. El pintor triunfa en esta parte del poeta, pues copia las facciones y conserva y perpetúa la radiante espresion de un rostro de mujer, mientras que el poeta solo puede decir: *es hermosa*, y aunque se le deba creer bajo su palabra, esta palabra ni dibuja ni pinta la belleza.

La jóven estaba sentada sobre la alfombra, con los pies cruzados bajo de ella, el codo apoyado sobre las rodillas de su madre, y el rostro un poco inclinado hácia atrás; ya levantaba sus hermosos ojos azules para espresar á su madre el natural

asombro que le causaba nuestro aspecto y nuestras palabras, ya los fijaba en nosotros con una graciosa curiosidad ó ya los bajaba involuntariamente y los ocultaba bajo las hebras de seda de sus negras pestañas; al paso que un nuevo encarnado daba un color mas subido á sus lindas mejillas, ó que una sonrisa leve y mal reprimida venia á espirar en sus delgados y rubicundos labios, interiormente guarnecidos de perlas. La singularidad de nuestro trage, y la estrañeza de nuestros usos, la causaban á cada instante una nueva admiracion; y aunque su madre la hacia señas para que no manifestase su sorpresa, por temor de ofendernos, su sencilléz y su naturalidad la denotaban con claridad sobre aquel rostro de diez y seis años, y su alma se retrataba en cada espresion de sus facciones, con tal gracia y con tal trasparencia, que se veian sus ideas hasta en su mismo cútis, antes que ella advirtiese que las habia concebido. El agua mas límpida al refractar los rayos del sol que penetran en ella, es menos movible, menos diáfana que su fisonomía. Ninguno de nosotros podia apartar los ojos de ella, y habíamos olvidado nuestras fatigas, y estábamos enteramente descansados con solo la vista de aquel rostro, que nunca podremos olvidar.

Su hermosura es de un género que muy rara vez se encuentra en otra parte que en el Oriente. sus formas son perfectas como las de la estátua griega; el alma revelada en el mirar como lo está en las razas del Mediodia; y la sencillez en la espresion, como no existe mas que en los primitivos pueblos. Cuando estas tres circunstancias de la belleza se encuentran reunidas en una mujer, y

guardan armonía entre sí con la primera flor de la adolescencia; cuando el pensamiento meditabundo ó vago ilumina unos ojos que dejan leer hasta el fondo del alma, porque la inocencia no supone la necesidad de ocultar nada; cuando la delicadeza de los contornos, la pureza de las líneas virginales, la elegancia y la flexibilidad de las formas, revelan en el ojo la voluptuosa sensibilidad de un ser nacido para amar, y mezclan de tal modo el alma y los sentidos, que no se sabe al mirarla si os que siente ó admira, entonces la hermosura es perfecta, y entonces es cuando uno esperimenta á su aspecto esa completa satisfaccion del corazon y los sentidos, esa armonía de fruiciones, que no es lo que llamamos amor; pero que es el amor de la inteligencia, el amor del artista, el amor del génio hácia una obra perfecta: entonces es cuando se dice: ¡Qué bien está uno aquí! y no puede uno apartarse del sitio, en donde se ha sentado con indiferencia unos momentos antes. Hasta tal punto constituye lo bello, la luz del entendimiento y el invencible atractivo del corazon!

Los encantos naturales de su persona estaban aumentados por un bellísimo trage: sus largos cabellos, de un rubio oscuro y resplandeciente, se veian divididos desde su cabeza en mil trenzas, que caian por ambos lados sobre sus descubiertos hombros: una confusa mezcla de perlas, de sequines de oro enhebrados, y de flores blancas y encarnadas, estaban esparcidas sobre ellos, como si una mano llena de lo que hubiese sacado de una caja, se hubiese abierto sobre esta cabeza, y hubiese dejado caer al acaso y sin eleccion una lluvia de flores y alhajas. Todo la estaba bien; na-

da sentaba mal en esta cabeza de quince años: su pecho aparecia descubierto, segun la costumbre de las mujeres de Arabia: una túnica de muselina bordada de flores de plata, iba atada alrededor de su cintura; sus brazos estaban introducidos en mangas flotantes, abiertas hasta el codo, de una chaqueta verde, cuyas dos faldas pendian libremente sobre las caderas: anchos pantalones á mil pliegues completaban este trage, y sus piernas desnudas se veian ajustadas por encima de los tobillos con brazaletes de plata cincelados, uno de los cuales tenia cascabeles colgando, cuyo ruido acompañaba el movimiento de sus pies. Ningun poeta ha descrito una aparicion tan seductora. La Aide de *lord* Byron en don Juan, tiene algo de la señorita Malagamba, pero está muy lejos de la perfeccion, de la gracia, de la inocencia, de la dulce confusion, de la voluptuosa languidez, y de la brillante serenidad que se confundian en estas facciones adolescentes todavía; así es que la tengo grabada en mi memoria para pintarla algun dia como el tipo de la hermosura y del amor en el poema donde pienso consignar mis impresiones.

Seria un hermoso cuadro esta escena de mi viaje si hubiese entre nosotros algun pintor. Nuestros trages turcos, vistosos y ricos; nuestras armas de todas clases esparcidas por el suelo; nuestros lebreles tendidos á los pies; estas tres mujeres en grupo delante de nosotros sobre una alfombra de Alepo; sus actitudes respirando la sencillez, el abandono y un aire totalmente estrangero; la espresion de sus fisonomías, mientras que yo les contaba mis viajes, ó comparaba nuestros usos de Europa con el género de hospitalidad que

nos ofrecian; los pebeteros que ardian sin cesar en un rincon embalsamando el aire de la tarde; la figura antigua de los vasos en que nos servian los sorbetes ó bebidas aromáticas; todo esto en medio de un cuarto sin alhajar, que daba vista al mar, y en el que las ramas de una palmera que crecia en el patio se introducian por las anchas aberturas de las paredes sin ventanas ¡qué cuadro formaria tan bello! ¡Cuánto siento no llevar á mis amigos esta memoria, así como la llevo en mi imaginacion!

La esposa de Mr. Malagamba padre, es griega, y nacida en la isla de Chipre: se casó á los catorce años con este rico comerciante franco, que se hallaba al mismo tiempo de cónsul en Larnaca. Las desgracias y las revoluciones le arrebataron sus tesoros; y habiendo conseguido en Acre el pobre destino de agente consular, murió allí, dejando á su mujer y cuatro hijos en el más absoluto abandono. Su hijo, que es un jóven distinguido por su educacion y despejo, fué empleado por algunos cónsules, obtuvo por fin la plaza de agente consular de Cerdeña en Caifás, y con el pequeño honorario de este destino tan precario, mantiene á su madre y hermanas. La hermana mayor de la señorita Malagamba, cuya hermosura acabamos de admirar y describir, se dice que inspiró una pasion tan violenta á uno de los jóvenes religiosos del convento de Caifas, que la habia visto desde su terrado, que se fugó en un buque inglés, abrazó la religion protestante para pedirla en casamiento, y habia tentado todos los medios de verificar el rapto bajo diferentes disfraces. Todavía se le creia oculto en algun pue-

blo de la costa de Siria, con el fin de llevar á cabo su proyecto; mas las autoridades turcas velaban por la seguridad de esta familia, y si los frailes, que ejercen la autoridad mas arbitraria é inflexible sobre los religiosos de su órden, llegasen á descubrir al fugitivo, expiaria en perpétua cárcel el insensato amor que esta hermosura fatal habia encendido en su corazon. Nosotros no vimos á esta hermana.

Pero se adelantaba la noche, y era preciso arrancarnos al encanto de esta acogida, y buscar un asilo en el convento del monte Carmelo. Mr. Malagamba habia *ido* á advertir á la comunidad de los numerosos huéspedes que les iban á llegar. Nos levantamos pues; para conformarnos con los usos del pais, hubimos de permitir que la señora y señoritas Malagamba imprimiesen sus labios en nuestras manos, y montamos á caballo.

Comienza el monte Carmelo á elevarse á pocos minutos de marcha desde la salida de Caifás, y le subimos por un camino bastante bueno, cortado en la roca sobre la punta misma del cabo. Cada paso que dábamos nos descubria un horizonte nuevo sobre el mar, sobre las colinas de la Palestina, y sobre las costas de la Idumea. A mitad de camino encontramos á un padre del Carmelo, que hace cuarenta años habita una casita, que sirve de hospederia á los pobres de la ciudad de Caifás, y que sube y baja el monte dos veces al dia para ir á orar con sus hermanos, y nos admiró ciertamente la serenidad de alma y la alegria de corazon que brillaba en todas sus facciones: esta espresion de felicidad inalterable y apacible solo se encuentra en los hombres de una

vida sencilla y áspera, y de resoluciones generosas. La escala de la felicidad está en proporcion descendente, pues se halla mucho mas en las humildes situaciones de la vida, que en las posiciones elevadas. Dios concede á los unos en felicidad interior, lo que da á los otros en riquezas, en brillo y nombradía. Muchas veces he esperimentado esta verdad. Si entramos en una sociedad, y buscamos el hombre cuyo rostro respire mas contento interior, hallaremos siempre que este es un pobre desconocido y olvidado del mundo. La equidad de la Providencia se ve en todas partes.

A la puerta del hermoso monasterio actual, construido de nuevo, y cuya blancura deslumbra sobre la cima mas aguda del cabo del Carmelo, habia dos padres que nos esperaban, y que eran los dos solos habitantes de este vasto y magnífico retiro de cenobitas, los cuales nos recibieron como compatriotas y amigos, y pusieron á nuestra disposicion tres celdas, cada una de las cuales estaba provista de una cama, mueble muy raro en Oriente, una silla, y una mesa. Nuestros árabes se establecieron con los caballos en los dilatados patios interiores del monasterio: nos sirvieron una cena compuesta de pescado fresco y de legumbres cultivadas en el monte, y despues de tantas fatigas pasamos una velada deliciosa, sentados en los espaciosos balcones que dominan el mar y las cavernas de los profetas. Una luna clara y serena reflejaba sus suaves y pálidos rayos sobre la superficie del mar, de cuyo murmullo y frescura gozábamos, y nos propusimos permanecer en este asilo todo el dia siguiente, tanto para dar algun descanso á los caballos, como para reparar el

consumo que habiamos hecho de nuestras provisiones: íbamos á entrar en una comarca nueva, en la que teniendo que atravesar cinco jornadas de desierto, no debíamos hallar ni ciudades ni pueblos, y ni siquiera manantiales de agua.

22 de octubre.

Pasamos todo este dia en el monasterio del Carmelo, y lo empleamos en procurarnos algun descanso, y en examinar los puntos del monte y las grutas de Elias y los demas profetas. La principal de estas grutas está vaciada evidentemente por la mano del hombre en la parte mas dura de la peña, y es una sala de una prodigiosa elevacion sin mas vista que un mar interminable, en la que no se oye mas ruido que el de las olas que rompen continuamente contra el ariete ó pico del cabo. Las tradiciones dicen que allí tenia Elias la escuela, donde enseñaba los misterios y la elevada poesía. El punto era el mas á propósito, y la voz del viejo profeta, maestro de una innumerable generacion de otros, debia resonar magestuosamente bajo la vaciada bóveda en el monte que llenó de prodigios, y al cual ha dejado su nombre.

La historia de Elias es una de las mas asombrosas de la antigüedad; él es el gigante de los sagrados bardos. Al leer su vida y sus terribles venganzas, parece que este hombre tenia por alma el rayo del Señor, y que el elemento sobre que fué arrebatado al cielo era su elemento natal: bella imágen lírica ó épica para ponerla en el poema de las antiguas maravillas de la civilizacion del pueblo hebreo! Toda la época de los

profetas, considerándola solo históricamente, es una de las épocas menos inteligibles de este pueblo fugitivo: á pesar de esto se nota en ella, y particularmente en el tiempo de Elías, la llave de esta organizacion singular del cuerpo de los profetas. Esta era evidentemente una clase santa y literata, en oposicion continua con los reyes: tribunos sagrados del pueblo, lo sublevaban ó apaciguaban con cantos, con palabras y con amenazas: formaban facciones en Israel, como la palabra y la prensa las forman entre nosotros; y se combatian los unos á los otros, primero con el arma de la palabra, y despues con la lapidacion ó la espada, esterminándose de la faz de la tierra, como se ve á Elías esterminarlos á centenares; despues sucumbian á su vez, y cedian su lugar á otros dominadores del pueblo. Nunca la poesía, propiamente dicha, ha representado tan grande papel en el drama político y en los destinos de la civilizacion: la razon ó la pasion, segun eran falsos ó verdaderos profetas, no hablaba por sus bocas, mas que la lengua enérgica y armoniosa de las imágenes: no habia oradores como en Roma ó Atenas: el orador es demasiado hombre! Todo eran himnos; todo lamentaciones: la poesía tiene algo de divino!

¡Que imaginacion tan ardiente, tan viva y delirante supone en un pueblo una influencia, una dominacion ejercida hasta tal punto por la palabra cantada ó poetizada! Podemos admirarnos de que, independientemente del alto sentido religioso que encerraban, estas poesías hayan sido un monumento tan completo é inimitable de gracia, de sublimidad y de genio. El premio de los poetas en-

tonces, aun en la tierra, era la sociedad misma: su inspiracion les sometía el pueblo, y segun eran buenos ó malos, le arrastraban al crímen ó al heroismo. Hacian temblar á los reyes culpables, les arrojaban la ceniza sobre sus frentes, ó despertando el patriotismo en el corazon de sus conciudadanos, los hacian triunfar de sus enemigos, ó les recordaban en el destierro y en la esclavitud las colinas de Sion y la libertad de los hijos de Dios. Es de admirar que entre tantos dramas como ha producido la poesia moderna, sacados de la historia de los judios, no se haya escrito aun el maravilloso drama de los profetas, hermoso canto de la historia del mundo.

El mismo dia

Acabo de pasear solo sobre las embalsamadas laderas del Carmelo. Estuve sentado bajo un madroño, un poco mas arriba de la senda cortada á pico que sube á la cumbre del monte, y que guia al convento. Mi vista se fijaba en el mar, que me separaba de tantos objetos y de tantos seres que he conocido y amado, pero cuya inmensa estension no los separaba de mi memoria. Examinaba mi vida anterior: recordaba las horas semejantes que habia pasado sobre costas tan diversas y con pensamientos tan diferentes, y me preguntaba á mí mismo si era verdad que me hallaba sobre la aislada cumbre del monte Carmelo, á pocas leguas de la Arabia y del Desierto, y por qué estaba allí, á dónde iba, á dónde volvería; qué mano me guiaba, y qué era lo que buscaba, con conocimiento ó sin él, en estas correrías perpétuas sobre puntos tan distintos del globo. Apenas podia

comprenderme á mí mismo como un solo sér, con las fases tan opuestas é imprevistas de mi corta existencia; pero las impresiones tan vivas, tan rápidas ó lucidas, y tan presentes de todos los séres que he amado y que he perdido, haciéndose sentir á la vez, y agobiándome á mí mismo, me probaban demasiado que esta unidad, que no hallaba en mi vida, se encontraba toda entera en mi oprimido corazon. Al considerar lo pasado se humedecian mis ojos de lágrimas, y solo distinguia cinco ó seis sepulcros que se habian tragado otras tantas veces la felicidad de mi vida! Despues, como suelo hacer cuándo son demasiado fuertes mis impresiones, y están á pique de oprimir y sofocar mi pensamiento, he elevado hácia Dios mi consideracion, por un impulso religioso, á este Sér infinito que todo lo recibe, que lo absorve todo, y que todo lo restituye; he orado, y le he dicho: Todo está bien, Señor, pues que vos lo habeis querido: vedme aquí todavía sometido á vuestra voluntad siempre buena; continuad guiándome por vuestro camino y no por el mio; guardadme, conducidme adonde querais y como querais, con tal que yo sea conducido por vos, y que os descubrais ú os mostreis alguna vez en mi oscuridad por uno de esos rayos del alma, que á la manera del relámpago nos muestran un horizonte momentáneo en medio de la noche profunda; con tal que yo me sienta sostenido por esa esperanza que habeis dejado sobre la tierra, como una voz de los que se han ausentado de ella; con tal que los encuentre en vuestra presencia, que ellos me reconozcan, y que nos amemos por una eternidad en vuestra gloria! Esto me basta para seguir aun y marchar hasta su

término por esta senda que parece no tenerlo; mas haced que el camino no sea demasiado escabroso para unos pies tan cansados y heridos!

Despues me he levantado con mas agilidad, y me he ocupado en coger odoríferas yerbas, de que el monte está lleno. Los religiosos hacen una especie de te mas aromático que la yerba-buena ó la menta y la salvia de nuestros huertos; pero me han distraido de mis pensamientos y de mi última ocupacion los pasos de los pollinos, cuyas herraduras resonaban sobre la roca lisa del sendero. Dos mujeres iban sentadas sobre ellos, cubiertas desde la cabeza á los pies con una larga túnica de lienzo blanco: un jóven conducia por el diestro el primero de los pollinos, y dos árabes las seguian detrás llevando sobre las cabezas dos canastos de cañas cubiertos con servilletas de muselina bordada. El jóven era Mr. Malagamba, y las mujeres su madre y hermana, que subian al monasterio á ofrecernos provisiones para el camino, que habian preparado aquella noche. Una de las canastas estaba llena de panecillos amarillos como el oro, de un sabor esquisito, lo cual era una preciosa adquisicion en un pais en que el pan es casi desconocido: la otra estaba llena de frutas de todas especies, de algunas botellas de vino de Chipre y del Líbano y de esas innumerables confituras, que constituyen las delicias de los orientales. Yo recibí con reconocimiento las finezas de estas amables señoras; envié los árabes á llevar las canastas al monasterio, y nos sentamos para hablar un momento de los infortunios de la señora Malagamba.

El sitio era hermoso; estábamos debajo de dos ó tres grandes olivos que estendian su sombra sobre

una de las sillas que la fuente del Elías habia formado al caer el agua de roca en roca en una de las quebradas del monte. Los árabes habian tendido los cobertores ó mantas de sus asnos sobre la yerba que crece al lado de la fuente, y las dos señoras que habian dejado caer sus vélos sobre los hombros, sentadas sobre el divan del viajero á la orilla del agua, y con sus trages mas ricos y brillantes, formaban un grupo dígno de la observacion del pintor: en cuanto á mí, me habia colocado sobre la cornisa que formaba la roca por la que caía la vertiente. Muchas lágrimas humedecieron los ojos de la madre al hablar conmigo del tiempo de su prosperidad, de su caida en el infortunio, de su presente desgracia, de su fuga de San Juan de Acre, y de sus maternales temores sobre el porvenir de su hijo y de sus bellísimas hijas.

Escuchaba esta relacion la señorita Malagamba con la indiferencia tranquila de la primera edad; mientras tanto se entretenia en hacer ramos de las flores que tenia á su alcance, y solamente cuando la voz de su madre se alteraba al hablar, y que las lágrimas caian de sus ojos, pasaba el brazo al rededor del cuello maternal y enjugaba aquellas lágrimas con el pañuelo de muselina bordado de plata que tenia en la mano; mas cuando la sonrisa volvia á aparecer sobre el rostro de su madre tornaba á su pueril distraccion, y arreglaba las flores de su ramo.

Prometí á estas señoras acordarme de ellas y de su hospitalidad inesperada á mi regreso á Europa, y valerme de mis amigos en Turni para solicitar el adelanto del jóven agente consular de Caifas. La esperanza, aunque incierta y

distante, penetró en el corazon de la señora Malagamba, y la conversacion tomó un giro distinto. Hablamos de las costumbres del pais, y de la monotonía de la vida de las mujeres árabes, cuyos hábitos se ven precisadas á adoptar las europeas que viven en Arabia. Pero tanto la hija como la madre, no habian conocido otro género de vida, y se admiraban por el contrario de lo que las refería de Europa. Vivir para un hombre solo y con un solo pensamiento en el interior de sus habitaciones; pasar el dia en un divan en trenzar sus cabellos y acomodar con gracia las numerosas joyas con que se adornan; respirar el aire fresco del monte ó del mar, desde lo alto de un terrado, ó al través de una ventana enrejada; andar algunos pasos por debajo de los naranjos ó granados de un jardin reducido, para ir á meditar á la orilla de un estanque animado por el ruido de la caída del agua; cuidar de la casa, amasar el pan, hacer el sorbete y los almíbares; ir á pasar el dia en el baño público en compañía de las jóvenes de la ciudad, y finalmente, cantar algunas estrofas de los poetas árabes, acompañándose con la guitarra, he aquí á lo que se reduce la vida de las mujeres en Oriente. Como la sociedad no existe para ellas, no tienen ninguna de las pasiones facticias del amor propio que produce la misma; cuando son jóvenes y bonitas se dedican enteramente al amor, y mas tarde á sus hijos y á sus cuidados domésticos. Esta civilizacion vale tanto como cualquiera otra.

Al cabo de mucho rato que estuvimos hablando de diversas materias, mi dragoman, nacido en Arabia, y versado en la literatura del pais, que

me estaba buscando por las cercanías del convento, y me vió junto á la fuente, me trajo á un jóven árabe que habia sabido mi llegada á Caifás, y que habia venido de San Juan de Acre para hacer conocimiento con un poeta de Occidente. Este jóven, nacido en el Líbano, y educado en Alepo, era ya celebre por su génio poético, en términos, que yo tenia ya noticias de él, y habia hecho traducir muchas de sus composiciones. Me trajo algunas de ellas, se sentó con nosotros, y hablamos largo tiempo con la ayuda de mi dragoman; mas declinaba el dia, y era preciso separarnos. Entonces me ocurrió decirle: «Ya que la casualidad reune dos poetas venidos de dos puntos tan opuestos del globo, en un sitio tan hermoso, á una hora tan oportuna, y en presencia de una belleza tan perfecta, deberiamos cada uno en su lengua celebrar con algunos versos nuestro encuentro, y consignar en ellos nuestras respectivas impresiones.» Se sonrió, sacó de su faja el tintero que llevan siempre los escritores arabes, lo mismo que el sable los ginetes del pais, nos separamos algunos pasos para meditar un momento, y volvimos despues. El concluyó antes que yo: he aquí sus versos y los mios. Desde luego se reconocerá el carácter de estas composiciones; pero no es necesario advertir lo que desmerecen al traducirse en otro idioma.

«En los jardines de Caifás existe una flor que buscan los rayos del sol al través del follage de las palmeras.

Esta flor tiene ojos mas bellos que los del gamo, son mas puros que una gota de agua del mar encerrada en una concha.

Tan delicioso es el aroma que exhala esta flor, que el scheik que huye sobre su yegua de la lanza de la tribu enemiga, y cuya carrera es tan rápida como la caida de las aguas, percibe al pasar tanta fragancia, y se detiene para tener el placer de aspirarla.

Sin duda despoja el viento de Simoun de todos los olores el vestido del viajero; pero no arrebata jamás de su corazon el aroma de esta asombrosa flor.

Se encuentra á la orilla de un apacible arroyo que se desliza sin murmullo á sus pies.

Dime, jóven hermosa, cuál es el nombre de tu padre? Yo te diré en cambio el nombre de la flor!

Yo escribí los siguientes, é hice que mi dragoman los tradujese en árabe.

Azulado espejo de la fuente; cuando sobre tu hermosa orilla viene á sentarse la pensativa Lila, é inclinada sobre tus linfas imprime en ellas su encantadora imágen, como la estrella de la noche sobre el inmóvil golfo.

Se conmueven tus aguas, y no se distingue tu fondo de guijarros ó arena; empero tus linfas se llenan de esplendor y de encanto, y los ojos no buscan el cielo sino en tu superficie.

Ofreces el reflejo de objetos que deslumbran: ojos azules, como las flores que guarnecen tu orilla; dientes de nácar, riendo al través de lábios de rosas, y dos globos que un purísimo soplo conmueve con el seno.

Cabellos trenzados con flores, cuyo peso les hace colgar; brazaletes que realzan el sonrosado de tus brazos, y perlas que brillan en el fondo, y que uno cree coger, cual tu dorada arena, al ahondar la mano.

Mi mano se alarga hácia tí ¡oh fuente en que nada esta sombra! teme que la borre el viento, y mis labios celosos de tu orilla, quisieran beber las bienhadadas linfas que retratan su imágen!

Pero cuando Lila se levanta risueña y se aleja con su madre, solo queda una agua escasa en un oscuro cáuce; si la pruebo con el dedo, hallo su amarga linfa, y el fango y el insecto empañan su hermoso color azul.

Pues bien: tu influencia ¡oh Lila! sobre el agua, es la que ha tenido siempre la belleza en mi mente: solo hay luz y alegría para mí cuando brillan tus ojos; mas cuando estos se cierran, quedo en la mas profunda oscuridad!

La jóven para quien acabábamos de escribir estos versos en árabe y francés, nó entendia ningun idioma de los dos; solo comprendía un poco el italiano.

23 de octubre.

Hemos dejado al amanecer, el convento del monte Carmelo y los dos escelentes religiosos que lo habitan, y hemos tomado unos escarpados senderos que bajan al mar desde el cabo. Allí hemos entrado en el desierto, situado entre el mar de Siria, cuyas costas generalmente son llanas, arenosas, y hacen ondulaciones que forman algunos golfitos, y los montes que constituyen una continua-

cion del Carmelo, los cuales bajan insensiblemente por grados al acercarse á Galilea. Mas estos montes son negruzcos y desnudos, las peñas penetran á veces la capa de tierra que los cubre y los arbustos que les quedan: su aspecto es triste y sombrío, y no tienen otra cosa que el esplendor de su luz y la magestad ideal de lo pasado. La cadena de montes que se prolonga hasta unas diez leguas se rompe algunas veces, y deja ver algun vallecito poco profundo. En su seno ó en las laderas de los montes que forman uno de estos valles, se ven distintamente las ruinas de un castillo y de una ciudad árabe que se estiende bajo los muros de aquel; el humo de las casas sube y serpentea á lo largo de las laderas del Carmelo, y largas filas de camellos, de cabras negras y vacas rojizas, se prolongan desde el pueblo hasta el llano que atravesábamos.

Algunos árabes á caballo armados con lanzas, y vestidos únicamente con sus túnicas de lana blanca, con piernas y brazos desnudos, marchaban á la cabeza, y sobre los flancos de ambas caravanas de pastores que llevaban los ganados á la única fuente que hemos hallado despues de [illegible] horas. Las fuentes se han encontrado [illegible] en otro tiempo por los habitantes de los pueblos situados á la orilla del mar: los árabes actuales han abandonado estos pue[illegible] hace siglos; sólo queda la fuente, y hacen todos los dias este viaje de una ó dos horas para dar de beber á los ganados.

Hemos caminado todo el dia sobre escombros de murallas ó de mosáicos que sobresalen entre la arena, y todo el camino está sembrado de ruinas que atestiguan el esplendor y la inmensa poblacion.

que hubieron de tener estas costas en los tiempos remotos.

En el horizonte que teníamos á la vista desde la mañana hacia la orilla del mar, se veía una columna inmensa que reflejaba los rayos del sol, y que parecia aumentar y salir de las olas á medida que avanzábamos; y al acercarnos, reconocimos que esta columna es una reunion de magníficas ruinas pertenecientes á épocas distintas. Por de pronto distinguimos una gran muralla, que por la forma, color y corte de las piedras, se parece enteramente á una cortina ó lienzo del coliseo de Roma: es de altura prodigiosa, y se levanta sola y sesgada sobre un monton de otras ruinas de construcciones griegas y romanas. Detrás de este lienzo de muralla descubrimos los elegantes y trepados restos, cual si fuera un encaje de piedra de un monumento mosaico, iglesia ó mezquita, ó quizá ambas cosas, y despues una série continuada de otros escombros de bella construccion, y de otros edificios antiguos; y como la senda arenosa que seguian nuestros mukres nos acercaba bastante, podiamos contemplar á corta distancia estos curiosos restos de lo pasado, de los cuales ignorábamos nombre, fecha y existencia.

A una milla de este grupo de monumentos se hace mas elevada la costa, y se convierte en peña cortada por la mano del hombre sobre una estension de una milla de circuito, en términos, que parece un pueblo, cuyas casas ó habitaciones han sido vaciadas en la peña, antes que los hombres hubiesen aprendido á arrancarla, y á edificar casas sobre la superficie de la tierra. Con efecto, parece una de esas subterráneas ciudades de

que los primeros historiadores hablan, ó cuando menos una de esas vastas necrópolis ó panteones que profundizaban en todas direcciones la tierra ó la peña al rededor de las grandes ciudades de los vivientes; pero la figura de las rocas y las innumerables cavernas de sus costados indicaban mas bien á mi parecer una mansion de vivos; pues son estensas sus entradas, tienen bastante elevacion, hay muchas y anchurosas escaleras que conducen á estas entradas, hay abiertos agugeros ó ventanas en la roca viva para dar luz á las habitaciones; y estas entradas y ventanas dan sobre calles cortadas profundamente en las entrañas de la colina. Hemos seguido muchas de estas anchas y hondas calles, y visto en ellas carriles que atestiguan el tránsito de las ruedas de los carros. Al acercarnos salieron de estas cavernas una muchedumbre de águilas, de buitres, y nubes de estorninos; arbustos de enredaderas, parietarias, y espesuras de mirto y de higuera han arraigado en el polvo de estas calles de piedra, tapizando sus largas avenidas. En algunas partes los antiguos habitantes habian hendido la colina con el escoplo, y habian abierto canales que dejaban entrar el agua del mar, y permitian á la vista abrazar una parte del golfo que se forma detrás de la ciudad. Este es un paisaje nuevo enteramente, grave y aspero como la roca; risueño y luminoso como las ojeadas sobre la sábana azulada del mar, y como la selva de plantas, nacidas por sí mismas en las grietas ó hendiduras del granito. Caminamos algun tiempo por este maravilloso laberinto, y llegamos por fin al pie de la gran muralla y de los monumentos moriscos que teniamos delante, donde nos de-

tuvimos un instante para deliberar. Estas ruinas tienen muy mala fama, porque allí es donde se ocultan las cuadrillas de árabes ladrones que roban y asesinan las caravanas. En Kaifás nos habian advertido que no pasásemos por ellas, ó que fuésemos alerta y no permitiésemos á ninguno que se separase de la caravana. La curiosidad triunfó; no pudimos resistir al deseo de ver estos monumentos, de que no hace mencion la historia antigua ni moderna, é ignorábamos si estaban desiertos ó habitados. Llegados al pie del muro que las circuye, descubrimos la abertura por donde debiamos entrar; mas en el mismo instante se presentó un grupo de árabes á caballo con lanza en la mano, sobre la arena que nos separaba de la entrada, cayendo sobre nosotros. Nos sorprendimos, á la verdad, pero estábamos dispuestos; teníamos en las manos nuestras escopetas de dos cañones cargadas y preparadas, y pistolas en los cintos, y así es que avanzamos sobre ellos que se detuvieron: yo me desprendí de la caravana, mandándola que permaneciese sobre las armas: me adelanté con mis dos compañeros y mi dragoman, y parlamentamos: el scheik con sus principales ginetes nos escoltaron hasta la brecha, y dieron órden á los de adentro para que nos respetasen y nos dejasen examinar las ruinas A pesar de esto juzgué prudente no dejar entrar con nosotros mas que una parte de mi jente, y que la restante permaneciese acampada á un tiro de fusil del otero, dispuesta á socorrernos en caso de que cayésemos en alguna emboscada, cuya precaucion fué útil, porque encontramos en el interior de los muros una poblacion de dos

cientos á trescientos árabes beduinos, comprendiendo las mujeres y niños. Las ruinas no tenian mas que una salida, y fácilmente hubiéramos podido ser cortados y degollados, si estos bárbaros no hubiesen tenido á la vista la fuerza que estaba fuera, la que podian suponer mas considerable de lo que realmente era, porque habíamos tenido cuidado de no presentarla toda, y de dejar atras algunos mukres sobre un cerro que quedaba á la vista. Luego que entramos por la brecha nos hallamos en un dédalo de sendas tortuosas al rededor de los escombros derribados de la grande muralla, y de otros edificios antiguos, que sucesivamente descubrimos. Las sendas no estaban trazadas con regularidad, sino formadas al acaso entre los escombros por las pisadas de los árabes de los camellos y de las cabras. Las familias de la tribu tampoco habian edificado ninguna habitacion, sino que se habian aprovechado de las cavidades que habian dejado al caer estas moles de piedra para abrigarse en ellas; unas á la sombra de las columnas ó de chapiteles hacinados sobre diversos escombros; y otras al abrigo de un pedazo de tela de pelo de cabra negra, atado de un pilar á otro para servir de techo. El scheik mismo, sus mujeres é hijos, que ocupaban sin duda el palacio del pueblo, habitaban á la entrada de él entre las ruinas de un templo romano, sobre un punto mas elevado, encima de la salida por donde entramos; su casa estaba formada por una gran mole de piedra esculpida, que se levantaba casi perpendicularmente apoyada en uno de sus ángulos sobre otros escombros, que habian caido confusamente y amontonados. Este caos de piedras

parecia aun estarse desplomando, y aplastar á la familia del scheik, cuyas mujeres é hijos asomaban sus cabezas por encima de nosotros desde esta caverna artificial. Las mujeres no estaban tapadas con velos, ni llevaban otro vestido que una camisa de algodon, que dejaba descubierto su pecho y sus piernas, y que se hallaba ceñida al cuerpo con un cinturon de cuero. A pesar de los anillos que atravesaban sus narices, y de los estraños colores con que estaban pintados á rayas sus pechos y mejillas, nos parecieron muy bien. Los niños aparecieron desnudos ó puestos á horcajadas sobre los trozos de piedras cortadas que formaban el terraplen de estas horrorosas mansiones, y algunas cabras negras, con sus anchas orejas colgando, estaban encaramadas al lado de los niños sobre la entrada de estas grutas, y nos veian pasar, ó saltaban por encima de nuestras cabezas de la una parte á la otra de la honda senda por donde íbamos. Vimos tambien algunos camellos esparcidos y acostados en los sombríos huecos que dejaban los escombros, los cuales levantaban con calma sus cabezas indolentes por encima de los pedazos de columnas y chapiteles que habian rodado. A cada paso variaba la escena, y atraia nuevamente nuestra atencion: un pintor encontraria mil objetos que copiar en el modo, siempre nuevo é inesperado, con que las habitaciones de la tribu se han mezclado y confundido con las ruinas de los teatros, de los baños, de las iglesias ó de las mezquitas. Cuanto menos ha trabajado el hombre para construirse un asilo en este caos de arruinado pueblo, tanto mas estas habitaciones aparecen improvisadas por la caprichosa caida de

los monumentos, y tanto mas es poética y admirable la escena. Las mujeres ordeñaban sus cabras sobre la escalinata del anfiteatro; los carneros saltaban uno á uno desde la ventana gótica del palacio de un emir ó de una iglesia gótica tambien del tiempo de las Cruzadas. Los scheiks, sentados en el suelo, fumaban sus pipas bajo la bóveda esculpida de un arco romano, y los camellos estaban atados á las delgadas y moriscas columnas de la puerta de un harem. A fin de examinar en detall las ruinas principales, nos apeamos de los caballos; mas los árabes opusieron grandes dificultades, cuando manifestamos el deseo de entrar en el recinto del gran templo que se encuentra al estremo de la ciudad, sobre un cerro á la orilla del mar. Para cada patio y para cada pared que teníamos que atravesar necesitábamos nuevas contestaciones, y al fin nos vimos precisados á emplear la amenaza para obligarles á que nos cediesen el paso. Las mujeres y los niños se apartaron lanzando imprecaciones; el scheik se retiró un momento y los demas árabes mostraron el descontento en sus rostros y ademanes; pero el aire de indecision y de temor que llegamos á traslucir en ellos, nos alentó á insistir, y medio por grado, medio por fuerza, penetramos en el interior de este último y mas admirable monumento.

Es tal la variedad en la forma y adornos que presenta el edificio, que no puedo decir lo que es, y me inclino á creer que ha sido un templo antiguo que los cruzados convirtieron en iglesia, en la época en que ocuparon á Cesárea de Siria y las costas inmediatas, y que los árabes lo convirtieron despues en mezquita. El tiempo, que destruye

las obras y los proyectos de los hombres, lo ha reducido á polvo; y las rodillas de los camellos se doblan ahora sobre las baldosas, donde se prosternaron tres ó cuatro generaciones de diferentes cultos.

Las bases del edificio son evidentemente de arquitectura griega, perteneciente á la época de su decadencia; al nacimiento de las bóvedas, la arquitectura toma el tipo morisco; las ventanas antiguamente corintias, han sido convertidas con mucho gusto y arte en ventanas moriscas con ogivas y ligeras columnas pareadas: lo que subsiste de las bóvedas está esculpido de arabescos perfectamente concluidos y de una esquisita delicadeza. El edificio tiene ocho frentes, y cada uno de los ángulos de esta octágona figura, tiene sin duda un altar, segun los nichos que se ven en las paredes, en que estos debian apoyarse. La parte principal del monumento debia estar ocupada tambien por un altar mayor; pues esto se conoce fácilmente por la elevacion del terreno, en la parte indicada del templo, cuya elevacion debe ser producida por las gradas que rodearian al altar. Los lienzos de las paredes están á medio desplomar, y en algunos puntos dejan tender la vista sobre el mar y los escollos que le rodean; plantas enredaderas dejaban colgar sus ramas y sus flores desde lo alto de las bóvedas á medio rasgar, y pájaros con el cuello encarnado y nubes de golondrinas susurraban en estos aéreos bosques, ó revoloteaban á lo largo de las cornisas: la naturaleza vuelve á entonar su himno, donde concluye el del hombre. Al salir de este desconocido templo, recorrimos á pie sus diferentes callejuelas, encontrando

á cada paso ruinas curiosas ó escenas inesperadas, formadas por esta mezcla de costumbres salvajes con los hermosos testimonios de la muerta civilizacion.

Observamos muchas mujeres y muchachas árabes ocupadas en los pequeños patios de sus chozas en las diferentes faenas de la vida pastoral; las unas tejian telas de pelo de cabra, las otras molian cebada ó hacian cocer el arroz: por lo general son hermosas, altas y robustas; la tez quemada por el sol, pero con la apariencia de la salud y del vigor. Sus cabellos negros estaban cubiertos de piastras de plata enhebradas y collares guarnecidos de lo mismo; al vernos lanzaban gritos de sorpresa, y nos seguian hasta las otras casas. Ningun árabe nos ofreció regalo alguno, y nosotros juzgamos que no debiamos ofrecerlos tampoco; de modo que salimos del recinto con toda precaucion. Nadie nos siguió de la tribu, y fuimos á plantar nuestras tiendas á un cuarto de legua de la muralla, en el fondo de un pequeño golfo circundado de murallas antiguas, que fue en otro tiempo puerto de esta desconocida ciudad. El calor era de treinta y dos grados, y nos bañamos en el mar á la sombra de un antiguo muelle, que las olas no han destruido aun, mientras que nuestros árabes levantaban las tiendas, daban cebada á nuestros caballos, y encendian fuego contra un arco que servia de salida á este puerto.

Dan los árabes á este lugar un nombre que quiere decir *escarpada roca*. Los cruzados le llaman en sus crónicas *Castel peregrino* (Castillo de los peregrinos); pero yo no he podido descubrir el nombre de la ciudad intermedia griega, judía ó roma-

na, á que pertenecian las grandes ruinas que acabábamos de ver. Al dia siguiente prolongamos la orilla del mar hasta Cesárea, adonde llegamos á mediodia, despues de haber atravesado un rio, que los árabes llaman Zirka, y que es el de los cocodrilos de Plinio.

Cesárea, antigua y espléndida capital de Herodes, no tiene habitante alguno: sus murallas reedificadas por San Luis durante la cruzada, estan intactas todavía, y podrian servir de escelente fortificacion á una ciudad moderna. Pasamos el hondo foso que las circunda sobre un puente de piedras, colocado en el centro del recinto, entramos en un laberinto de piedras, de cavernas entreabiertas, y de ruinas de edificios y fragmentos de mármol y de pórfido, que cubren el suelo de esta antigua ciudad: hicimos saltar tres chakales de los escombros, sobre los que resonaban las pisadas de nuestros caballos, en busca de la fuente que nos habian indicado, y no la hallamos sino despues de mucho trabajo al estremo oriental de las ruinas dondè nos acampamos. Por la tarde llegó un jóven pastor árabe con un numeroso ganado de vacas negras, de carneros y cabras; empleó dos horas en sacar agua de la fuente para dar de beber á sus reses, que esperaban su vez con impaciencia, y se retiraban con órden despues de haber bebido como si hubiesen estado dirigidas por los pastores. Este muchacho, absolutamente desnudo, iba montado en un asno; fue el último que salió de las ruinas de Cesárea, y nos dijo que venia todos los dias desde dos leguas de distancia á llevar á beber los ganados de su tribu, que estaba establecida en la montaña. Tal fué el único encuentro que tuvi-

mos en esta ciudad, en que Herodes, segun Josefo, habia acumulado todas las maravillas de las artes griegas y romanas, y donde habia construido un puerto artificial, que servia de abrigo á toda la marina de Siria. Cesárea es la ciudad donde San Pablo fué preso, donde hizo en su defensa y la del cristianismo la notable arenga que se conserva en el capítulo 26 de las actas de los apóstoles. Cornelio el Centurion y San Felipe apóstol, eran de Cesárea, y en el puerto de Cesárea fué donde se embarcaron los apóstoles para ir á sembrar la evangélica palabra en la Grecia y la Italia.

Pasamos el resto de la tarde en recorrer las ruinas, y en recoger trozos de esculturas que tuvimos que dejar por falta de medios de trasporte. Pasamos una noche tranquila al abrigo del acueducto de esta ciudad.

Al siguiente dia continuamos el camino por medio de un arenoso desierto, cubierto en parte de arbustos, y aun de bosques de verdes encinas, que servian á los árabes de guardia. Mr. de Parseval se durmió á caballo, y se quedó atrás de la caravana: cuando advertimos que se habia atrasado, oimos dos tiros de fusil, y partimos al galope en su socorro disparando nuestras armas con el objeto de intimidar á los árabes: felizmente no le habian atacado, y los dos tiros los habia dirigido contra dos gamos que atravesaron la llanura. Por la tarde llegamos, sin haber encontrado una gota de agua, cerca del pueblo árabe Mukhalid. Un inmenso sicomoro, colocado como una tienda natural sobre la ladera de un cerro desnudo y polvoroso, nos llamó la atencion y nos sirvió de abrigo. Nuestros árabes se dirigieron al pueblo á pre-

guntar el camino de la fuente: y habiéndoselo indicado corrimos todos á ella, bebimos, nos mojamos cabezas y brazos, y volvimos á nuestro campamento, donde nuestro cocinero habia encendido fuego al pie del árbol. Su tronco estaba calcinado ya por los sucesivos fuegos de tantas caravanas, como habrian disfrutado su sombra: todas nuestras tiendas y todos nuestros caballos se colocaron bajo sus dilatadas ramas. El scheik de Mukhalid vino á traerme melones; se sentó en mi tienda y me pidió noticias de Ibrahim-Pacha y algunas medicinas para él y sus mujeres: yo le regalé agua de Colonia, y le convidé á cenar con nosotros: aceptó y nos costó gran trabajo despedirlo.

Era tan calorosa la noche, que yo no podia tolerar el calor en la tienda, de modo que me levanté y fuí á sentarme bajo un olivo á la inmediacion de la fuente. La luna iluminaba toda la cadena de montes de Galilea, la cual hacia graciosas ondulaciones al horizonte á cerca de dos leguas del punto donde me hallaba acampado. La línea que formaba este horizonte era ciertamente admirable, pues las primeras flores de lilas de Persia que cuelgan por la primavera en racimos, no tienen un color de violeta mas fresco ni de mas bellas transiciones que los montes que la formaban á esta hora. A medida que subia la luna y se acercaba, se oscurecia el color tornándose mas purpúreo.

Todos estos montes tienen nombres que figuran en la primera historia que hemos leido en nuestra infancia sobre las rodillas de nuestras madres: allí está la Judea, me decia á mi mismo, con sus prodigios y sus ruinas: allí Jerusalen situado detras de una de aquellas lomas, de cuya

ciudad, que es el término anhelado de mi viaje, solo dista algunas horas. Esta idea producia en mí esa alegria y regocijo que es natural al hombre cuando llega al logro de sus deseos aun los mas insignificantes; pero cuya intensidad está siempre en proporcion de la vehemencia del deseo, y he pasado una ó dos horas en contemplar esas líneas, esos colores, ese cielo trasparente y de color de rosa, esa soledad y ese silencio para grabarlo indeleblemente en mi memoria; mas la humedad de la noche empapaba mi capa, y volví á entrar en mi tienda para entregarme al sueño. Apenas haria una hora que me habia dormido, cuando me despertó un ligero ruido: me incorporé un poco, miré alrededor de mí, y como estaba levantada una de las puntas de la cortina de mi tienda para que entrase el aire, á la luz de la luna que penetraba en lo interior, vi un enorme chakal que entraba con cautela, y miraba hácia donde yo estaba con sus ojos de fuego: cogí la escopeta: á este movimiento echó á correr, y me volví á dormir. Mas vuelto á despertar vi al chakal á mis pies revolviendo con el hocico los pliegues de mi capa, y que iba á hacer su presa mi hermoso lebrel que dormia sobre mi propia estera, el cual hace ocho años que no se separa de mí, y al que defenderia hasta con riesgo de mi vida. Yo le habia cubierto con el vuelo de mi capa, y dormia tan profundamente, que nada habia oido ni sentido, y no sospechaba el peligro de que se veía amenazado. Un solo segundo que me hubiese descuidado el chakal se hubiera apoderado de él, y lo hubiera despedazado. Entonces di un grito, mis compañeros se despertaron, y cuando salieron estaba yo fuera de la tien-

da, y habia disparado un tiro; pero el chakal se hallaba lejos, y ninguna mancha de sangre indicaba que hubiese sido herido.

Cuando los primeros rayos del sol blanquearon los collados de la Judea, nos pusimos en marcha, y seguimos una tortuosa línea de colinas que se perdia de vista; el calor nos molestaba mucho; reinaba entre nosotros un silencio profundo, y á las once, rendidos todos de sed y de cansancio, llegamos á las escarpadas orillas de un rio, cuyas aguas sombrías corrian con lentitud entre dos márgenes cubiertas de cañas, en términos que es menester estar sobre él para verlo. En estas cañas y en el rio estaba tendida una manada de búfalos silvestres, los cuales levantaban sus cabezas por encima del agua: allí supimos que pasan así inmóviles las ardientes horas del dia: nos miraron sin hacer movimiento, y nosotros atravesamos á vado este rio, y llegamos á un abandonado kan. Los árabes llaman á este rio Nahr-el-Arsuf. El antiguo Apolonia debe estar colocado por aquí, á no ser que su situacion esté determinada por otro rio, que atravesamos una hora despues, y se llama actualmente Nahr-el-Petras.

Nos habiamos tendido sobre las frescas y sombrías grutas que forman las paredes del kan, y nos hallábamos sentados al rededor de un plato de arroz que nos habia traido para almorzar el cocinero, cuando una terrible serpiente de ocho pies de largo, y tan gorda como el brazo, salió de uno de los agugeros de la pared, y vino á desarrollarse entre nuestras piernas: nosotros nos precipitamos á la entrada para huir; pero ella llegó antes que nosotros, y desapareció pausadamente, vibrando su

cola á manera de cuerda de un arco entre las cañas del márgen del rio. Su piel era de un bello color azul oscuro, y si bien nos repugnaba volver á tendernos allí, el calor era tan fuerte, que fué preciso resignarnos, y nos dormimos profundamente, y sin cuidado por las visitas de esta especie, que podian venir á interrumpir nuestro sueño. A las cuatro de la tarde volvimos á montar á caballo, y á poca distancia del rio, sobre una loma, distinguí á un árabe á caballo, con una escopeta en la mano, y un esclavo jóven que le seguia á pie. El árabe parecia cazar: mas á cada instante detenia su caballo, y nos miraba desfilar con un aire de atencion ó de incertidumbre. De repente echó al galope, se acerca á mí, y dirigiéndome la palabra en italiano, me preguntó si era el viajero que estaba recorriendo la Arabia, y de quien los cónsules europeos habian anunciado la próxima llegada á Jaffa. Yo le dije mi nombre, y el saltó de su caballo y vino á besarme la mano. Entonces me dijo que su padre era Mr. Damiani, vice-cónsul de Francia en Jaffa, y que advertido de nuestra llegada por cartas venidas de Sayda en un buque inglés, hacia muchos dias que salia á la caza de gamos por este lado, para esperarme y conducirnos á su casa. Nuestro nombre, añadió, es italiano, nuestro orígen es europeo; pero establecidos en Arabia de tiempo inmemorial, somos árabes propiamente; empero nuestro corazon es frances, y miraríamos como un agravio y un insulto hecho á nuestros sentimientos, si aceptaseis otra hospitalidad que la nuestra. Pensad en que soy el primero que ha tocado vuestra persona, y que en Oriente el primero que toca á un estran-

gero, tiene derecho á que sea su huésped. Os lo advierto porque hay otras familias en Jaffa, que saben vuestra venida por cartas recibidas por el mismo buque, y que saldrán á recibiros en el momento en que por mi esclavo se sepa en la ciudad vuestro arribo.

Concluido este discurso se volvió al esclavo, le dijo algunas palabras en árabe, y este montando la yegua de su amo, desapareció en un abrir y cerrar de ojos detrás de los montecillos de arena que terminaban el horizonte. Le hice dar uno de mis caballos de mano que llevaba de reserva, y seguimos el camino de Jaffa, cuya ciudad no descubríamos aun.

Despues de dos horas de marcha, vimos á la otra parte de un rio, que nos quedaba que pasar, unos treinta ginetes con magníficos trages y con brillantes armas sobre caballos árabes hermosísimos que esperaban á la orilla del rio. Tan pronto como nos distinguieron picaron los caballos hácia el agua gritando y tirando pistoletazos para saludarnos: eran los hijos, los parientes y amigos de los principales habitantes que salian á recibirnos. Todos se acercaron á mí para saludarme: respondí á los unos por médio de mi dragoman y en italiano á los que lo entendian; se colocaron a nuestro derredor, corrieron acá y acullá por la arena y nos dieron el espectáculo de las carreras del Djerid, en las que los ginetes ostentan todo el vigor de sus caballos y la destreza de sus brazos. En esto nos acercamos á Jaffa, y la ciudad comenzaba á presentarse sobre una colina que se interna en el mar. El golpe de vista es asombroso cuando se llega á ella por la parte del desierto. Por la de Oc-

cidente el pie de la ciudad está bañado por el mar, que despliega continuamente sus espumosas olas sobre los escollos que defienden el recinto del puerto; por el Norte, que era el lado por donde nosotros llegamos, está rodeada de jardines deliciosos, que parecen salir por encanto del desierto para coronar y sombrear sus murallas: de modo que se anda bajo la bóveda elevada y olorosa de las palmeras, de los granados cargados de fruta, de cedros marítimos, cuyas hojas parecen de encage; de naranjos, de higueras, y de limoneros grandes, como los nogales de Europa que se encorvan bajo el peso de sus frutos y de sus flores: la atmósfera está impregnada de un elevado perfume esparcido por la brisa del mar, el suelo enramado de flores de azahar que arrastra y barre el viento, del mismo modo que en nuestro país las hojas muertas en el otoño. De distancia en distancia se encuentran fuentes turcas con mosaicos de jaspes de colores diversos, las cuales con sus tazas de cobre atadas con cadenas, ofrecen al pasagero su límpida agua rodeadas de grupos de mujeres que se lavan los pies, y que sacan agua con vasijas de una figura antigua. La ciudad alza sus blancos minaretes, sus terrados con almenas, y sus balcones á ogivas moriscas del seno de este océano de árboles balsámicos; y del lado de Oriente se destaca del fondo de arena blanca que estiende inmediatamente detrás de ella el interminable desierto que la separa del Egipto. Junto á una de estas fuentes descubrimos de improviso una tercera cabalgata, á la cabeza de la cual iba Mr. Dauniani padre, agente consular de muchas naciones europeas y uno de los personages mas influyentes de la ciudad. Su trage nos hizo

sonreir: llevaba un cafetan azul celeste forrado de armiño y atado por la cintura con una faja de seda carmesí, sus piernas desnudas salian de un ancho pantalon de muselina sucia, y en la cabeza llevaba un gran sombrero de tres picos, raido por los años y empapado de sudor y de polvo que atestiguaba sus muchos servicios prestados durante la guerra de Egipto. La escelente acogida, y la cordialidad patriarcal de nuestro viejo vice-cónsul, suspendieron la risa en nuestros labios, y no dejaron lugar en nuestros corazones sino al reconocimiento que le manifestamos. Iba acompañado de muchos de sus yernos, de sus hijos y nietos, todos á caballo como él. Uno de estos nietos, de doce á catorce años, que montaba una yegua árabe sin brida, al lado de su abuelo, tenia el mas hermoso rostro de niño que he visto en mi vida.

Mr. Damiani, iba delante de nosotros, guiándonos por medio de un numeroso gentío que se apiñaba al rededor de nuestros caballos, hasta la puerta de su casa, donde nuestros nuevos amigos nos saludaron y nos dejaron al cuidado de nuestro huésped.

La casa de Mr. Damiani es pequeña, pero admirablemente situada en la parte mas elevada de la ciudad, dominando el horizonte por tres lados, á saber: el del mar, el de la costa de Gaza y el de Askalon hácia el Egipto, y el de la costa de Siria por el lado del Norte. Los aposentos están rodeados de terrados descubiertos, en los que sopla la brisa del mar, y desde los que se distingue á diez leguas de distancia la menor vela que atraviese el golfo de Damietta. Estos cuartos carecen de ventanas, porque las hace inútiles el clima; el aire es

siempre tan templado como en los dias mas hermosos de nuestra primavera, y una simple cortina es todo lo que se necesita para defenderse del sol; así es que dividen con los pajáros las habitaciones construidas por el hombre, y que en la sala de Mr. Damiani y en los vasares de madera, que rodean las paredes, centenares de golondrinas con los cuellos encarnados estaban tranquilas, entre la porcelana de la China, las tazas de plata y los tubos de las pipas que adornan la cornisa. Estas aves revoloteaban todo el dia por encima de nuestras cabezas, y por la noche venian á colocarse sobre los brazos de metal del velon que iluminaba nuestra cena.

La familia de Mr. Damiani, padre está compuesta de este, cuya figura es indecisa entre el patriarca y el comerciante italiano, pero en ella prevalece la parte de patriarca; de la Señora Damiani madre, hermosa mujer árabe, y madre de doce hijos, pero que conserva sus formas, y en su tez el brillo y la frescura de la belleza turca; de muchas jóvenes casi todas hermosas; y de tres hijos, el mayor de los cuales es el primero de quien hemos hablado. Los otros dos tuvieron con nosotros las mismas atenciones, y nos sirvieron de igual utilidad. Las mujeres no comparecieron mas que una sola vez en trage de ceremonia, adornadas con sus ricas alhajas, se sentaron en la mesa é hicieron con nosotros una sola comida. Lo demás del tiempo estaban ocupadas en preparar nuestro servicio en un pequeño patio interior, en el que las veíamos al salir y al entrar en la casa. Los jóvenes, educados con el respeto que las costumbres orientales imponen á los hijos, no se sentaban

nunca con nosotros durante la comida, sino que permanecian en pie detrás de su padre, y cuidaban de que no faltase nada á los convidados.

Tan pronto como entramos en la casa se presentaron muchos habitantes de la ciudad, que venían á felicitarnos y ofrecernos sus servicios. Se tomó el café, se trajeron las pipas, y se pasó la tarde en las interesantes conversaciones que suscitaba nuestra curiosidad. El gobernador de Jaffa, á quien yo habia enviado mi intérprete para cumplimentarle, no tardó en venir á visitarme: era este un jóven y hermoso árabe, vestido con un trage riquísimo, y cuyas maneras y lenguage denotaban la nobleza de su corazon y la esquisita elegancia de sus hábitos. Su cabeza es de las mas hermosas que he visto en los hombres. Su barba negra, rizada y reluciente, se abria como un abanico sobre su pecho: su mano, cuyos dedos estaban cubiertos de diamantes que deslumbraban, jugaban sin cesar con los rizos de esta barba, y los pasaba y repasaba continuamente para suavizarla y peinarla. Su mirada era altiva, pero apacible y franca como la de todos los turcos en general. Se conoce que estos hombres no tienen nada que ocultar: son francos porque son fuertes, y son fuertes porque no se apoyan jamás sobre ellos mismos, sino siempre sobre la idea de Dios que todo lo dirige, y en la Providencia que llaman fatalidad. Colocad á un turco entre diez europeos y se le reconocerá siempre en la altivéz de la mirada, en la gravedad del pensamiento, impresa por el hábito en sus facciones, y en la sencilléz noble de la espresion. Este gobernador habia recibido cartas de Mehemet-Alí y de Ibrahim-Pachá que me re-

comendaban enérgicamente. Conservo estas cartas y le hice leer otra de Ibrahim que llevaba conmigo: he aquí su contenido.

«Tengo noticias de que nuestro amigo Mr. de Lamartine ha llegado de Francia con su familia y muchos compañeros de viaje para recorrer el país sometido á mis armas, y conocer nuestras leyes y costumbres. Deseo, pues, que tú y todos mis gobernadores de ciudad ó provincia, los gefes de mis escuadras, y los generales y oficiales que mandan mis ejércitos, le deis todas las pruebas de amistad, y le presteis todos los auxilios que mi afecto hácia él y hácia su nacion me prescriben, y que le suministreis, si lo pide, las casas, los caballos y los víveres que pueda necesitar con su comitiva. Le procurareis los medios de recorrer los puntos de mis estados que desee examinar, y le facilitareis escoltas tan numerosas como sean necesarias para su seguridad, de la que respondeis con vuestra cabeza. Si por razon de los árabes encontrase dificultad en penetrar en algunas provincias de mis dominios, hareis marchar vuestras tropas para asegurar sus escursiones.»

Puso el gobernador esta carta sobre su frente despues de haberla leido, y me la devolvió. Me preguntó despues que era lo que podria hacer para dar la obediencia debida á las órdenes de su amo, y se informó de los puntos á donde yo queria ir; mas como nombrase á Jerusalen y la Judea, tanto sus oficiales como Mr. Damiani y los padres del convento de Tierra Santa en Jaffa, que se hallaban presentes, manifestaron que era imposible: la peste acababa de declararse con una intensidad alarmante en Jerusalen, en Belen y

por todo el camino: reinaba ya en Ramla, y era la primera ciudad que tenía que pasar para ir á Jerusalen; el pachá habia puesto en cuarentena á los que volvian de Palestina; y aun cuando tuviese yo la temeridad de penetrar y la felicidad de no contraer la peste, no podria quizá volver á entrar en Siria durante muchos meses. Finalmente, los conventos en que los estrangeros reciben la hospitalidad en Tierra Santa, estaban cerrados todos, y no nos recibirian en ninguno; por consiguiente era de absoluta necesidad diferir para otra época, y para una estacion mas favorable, el viaje que yo intentaba hacer á lo interior de la Judea.

Tales noticias me afligieron profundamente, pero no me hicieron desistir de mi resolucion. Aunque yo haya nacido, dije al gobernador, en otra religion que la vuestra, no adoro menos que vos la voluntad soberana de Allah: vuestro culto le llama *fatalismo* y el mio *Providencia*, pero estas dos palabras espresan una misma idea: Dios es grande, Dios es el Señor *Allah Kerim*: he venido á través de tantos mares, de tantos montes y de tantas llanuras, para visitar los manantiales de donde ha salido al mundo el cristianismo, para ver la ciudad Santa de los cristianos, y para comparar los lugares con las historias; y me he adelantado demasiado para retroceder y diferir á la incertidumbre de los tiempos y de las cosas un proyecto casi realizado: la vida de un hombre no es mas que una gota de agua en el Océano y un grano de arena en el desierto, y no vale la pena de tomarse en cuenta; además lo que está escrito está escrito; si Allah quiere preservarme de la peste en medio de los apestados de la Judea, le

será tan fácil como libertarme de las olas del mar en medio de una tempestad, ó de las balas de los árabes á las orillas del Jordan; por consiguiente, persisto en mi intencion de penetrar en lo interior de la Judea, y aun de entrar en Jerusalen, cualquiera que sea el peligro que pueda correr: empero lo que yo puedo decir respecto á mí, no puedo ni debo decirlo respecto á los demás; y dejaré á todos mis amigos, á todos mis criados y á todos los árabes que me acompañan en plena libertad de seguirme ó de permanecer en Jaffa, segun sus sentimientos.

El gobernador aplaudió mi sumision á la voluntad de Allah, y me dijo que no consentiria que me espusiese solo á los riesgos del camino y de la peste, y que entre las tropas de guarnicion en Jaffa, iba hacer escoger valerosos y disciplinados soldados, que pondria á mis órdenes, los cuales escoltarian mi caravana en el camino, y mis tiendas por la noche, para preservarme del contacto con los inficionados de la peste: envió al instante un espreso á su amigo el gobernador de Jerusalen, para noticiarle mi viaje y recomendarme á él, y se retiró. Mis amigos y yo entramos entonces en deliberacion, y nuestros criados fueron llamados á este consejo para saber la determinacion que cada uno de ellos adoptaba. Despues de varias dudas resolvieron todos por unanimidad tentar fortuna, y correr el riesgo de la peste, antes que renunciar á ver Jerusalen; y se resolvió la salida para dos dias despues. Nos acostamos aquella noche sobre las esteras y los divanes de la sala de Mr. Damiani, y nos despertamos al canto ó mas bien al susurro de innumerables golon-

drinas que revoloteaban en la sala sobre nuestras cabezas.

Pasamos el siguiente dia en devolver las visitas que habíamos recibido al gobernador y al superior del convento de Tierra Santa en Jaffa, el cual es un venerable religioso español que reside en esta ciudad desde la época en que vinieron á ella los franceses, y que nos confirmó el envenenamiento de los apestados.

Jaffa ó Yaffa, es uno de los mas antiguos y célebres puertos del Universo. Plinio habla de él como de una ciudad antediluviana, y segun las tradiciones, es donde Andromeda fué atada á la roca y espuesta al mónstruo marino. Allí fué donde Noé construyó el arca; y allí, donde por órden de Salomon, abordaban los cedros del Líbano para la construccion del templo. El profeta Jonas se embarcó allí ochocientos años antes de la venida de Jesucristo: San Pablo resucitó allí á Tabitha: la ciudad fué fortificada por San Luis en el tiempo de las Cruzadas: en 1799 la tomó Bonaparte por asalto, y pasó á cuchillo los prisioneros turcos. Tiene un mal puerto solamente para las barcas, y una rada muy peligrosa, como nosotros lo esperimentamos en nuestro segundo viaje por mar. Su poblacion es de cinco ó de seismil habitantes turcos, árabes, armenios, griegos, católicos y maronitas; y cada una de estas comuniones tiene su iglesia particular. El convento latino es magnífico, y todavia lo estaban hermoseando á nuestro tránsito; mas no disfrutamos de su hospitalidad. Sus vastos aposentos no se abrieron para nosotros ni para ninguno de los estrangeros que encontramos en Jaffa; ellos estan siempre desier-

tos, mientras que los peregrinos tienen que buscar con trabajo el abrigo de algun miserable kan turco, ó la onerosa hospitalidad del pobre techo judío ó armenio.

Al salir por las puertas de la ciudad se entra en el gran desierto de Egipto. Decidido entonces á ir al Cairo por este camino, envié un correo para El-Arich, á fin de alquilar dromedarios para pasar el desierto. El camino de Jaffa al Cairo se puede andar en doce ó quince dias: es verdad que ofrece muchas dificultades y privaciones; pero las órdenes del gobernador, y la atencion de los principales habitantes de la ciudad, que tenian relaciones con los de Gaza y El-Arich, habian allanado estos inconvenientes.

Me habia enviado el gobernador algunos soldados de caballería y ocho de infantería, escogidos entre los mas valientes y disciplinados del depósito de tropas egipcias que tenia á su mando, y acamparon esta noche á nuestra misma puerta. Al amanecer estábamos á caballo á la puerta de la ciudad por el lado de Ramla; encontramos muchos ginetes pertenecientes á todas las naciones, que habitan en Jaffa, los cuales corrieron el Djerid delante de nosotros, y nos acompañaron hasta una fuente magnífica, sombreada de sicomoros y palmeras, que está á una legua de distancia: allí descargaron las pistolas en señal de saludo, y regresaron á la ciudad.

Es imposible describir la novedad y la magnificencia de la vegetacion que se despliega á los dos lados de este camino, saliendo de Jaffa. A derecha é izquierda se descubre un bosque variado de todos los árboles frutales, y de todos los ar-

bustos del Oriente con flores. Este bosque con varias divisiones de hileras de mirtos, de jazmines y granados, está regado por arroyuelos de agua que vienen de las hermosas fuentes turcas de que he hecho mencion: en cada una de estas divisiones se nota un pabellon ó tienda, debajo de la cual la familia que la posee va á pasar algunas semanas de la primavera ó del otoño. Tres postes y un pedazo de tela forman una casa de campo para estas dichosas familias: duermen las mujeres sobre esteras ó almohadones dentro de la tienda, y los hombres al aire libre, bajo la bóveda de los limoneros y granados. Los melones y las sandías, y los higos de treinta y dos especies que sombrean estos sitios encantadores, contribuyen á sus mesas; apenas se añade alguna vez un cordero criado por los niños, y del que, como en los tiempos de la Biblia, se hace el sacrificio en los dias solemnes. Jaffa es precisamente el sitio que debe escoger en el Oriente para pasar el invierno un amante de la naturaleza y de la soledad: su clima es una transicion indecisa, ó un medio término entre los ardientes calores del Egipto y las lluvias de la costa de Siria en otoño. Si yo debiese elegir mi residencia, habitaria al pie del Líbano, Saida, Beyruth ó Latakia, durante la primavera y el otoño: las alturas del Líbano, refrescadas por la brisa del mar, ó por el aire que sale del valle de los cedros y la proximidad de las nieves, en el calor de los estíos; y en el invierno los jardines de Jaffa. Esta ciudad tiene en su cielo y en su suelo un *no sé qué* de mas grandioso y mas pintoresco, que todos los demas puntos que he recorrido. La vista se estiende sobre un mar

sin límites, tan azul como el cielo sobre las dilatadas playas del desierto de Egipto, cuyo horizonte solo se interrumpe alguna vez por el perfil del camello, que adelanta con pausa, como la ondulacion de una ola cuando el mar está en calma, y sobre las copas verdes y amarillentas de los innumerables bosques de naranjos que se apiñan en torno. Los trages de los habitantes ó viajeros que animan los caminos son estraños y pintorescos: estos son beduinos de Jericó ó de Tiberiades, vestidos con la ropa talar de lana blanca; armenios con largas túnicas rayadas de azul y blanco, judíos de todas las partes del globo, y con todos los trages del mundo, que se distinguen solamente por sus largas barbas y por la nobleza y magestad de sus facciones: pueblo rey mal habituado á su esclavitud y en cuyas miradas se descubre el recuerdo y la esperanza de grandes destinos, al través de la humillacion del continente, y de la bajeza de su estado actual: soldados egipcios con chaquetas encarnadas, y enteramente semejantes á nuestros conscriptos franceses, por la viveza de sus ojos y la celeridad de su paso. Parece que se les haya impreso el genio y la actividad de un grande hombre y que estas cualidades les animen para un objeto desconocido. Son como *agas* turcos, que pasan con orgullo por el camino montados en caballos del desierto, y seguidos de árabes y de esclavos negros: finalmente, familias de pobres peregrinos griegos, sentados en la esquina de una calle, comiendo en una taza de madera el arroz ó la cebada hervida que economizan para llegar á la Ciudad Santa, y pobres mujeres judías á medio vestir encorvadas bajo el peso enorme de un saco de remien-

dos, arreando delante de sí dos jumentos con dos canastas llenas de chicuelos de distintas edades.

Nosotros marchábamos alegremente ostentando la viveza de nuestros caballos al lado de la de los caballos árabes que montaban los señores Damiani y los hijos del vice-cónsul de Cerdeña: estos dos jóvenes, hijos de un comerciante árabe de Ramla, establecido en Jaffa, habian querido acompañarnos hasta la primera de estas ciudades, y habian enviado á ella sus esclavos para prepararnos la casa de su padre y la cena. Nos seguia además otro personage que se habia agregado voluntariamente a nuestra caravana, y que nos sorprendió por la estraña magnificencia de su trage europeo: era un jóven de veinte á veinticinco años, y de un rostro jovial y grotesco, aunque fino y despejado. Llevaba un gran turbante de muselina amarilla, una casaca verde de la hechura de nuestros vestidos de córte, con el cuello recto y faldas anchas, guarnecida en todas las costuras, de galones tambien anchos de oro, pantalones de terciopelo blanco, botas de campana y un par de espuelas sujetas con cadenas de plata. Un kandjiar ó sable corto le servia de cuchillo de monte, y un par de pistolas, con las culatas guarnecidas de plata cincelada se veian sobre su pecho. Salido de Italia desde su infancia habia llegado al Egipto por uno de los vaivenes de la fortuna, y hacia algunos años que residia en Jaffa ó en Ramla, ejerciendo su comercio en los montes de la Judea, á espensas de los scheiks y de los beduinos que no prosperaban. Su conversacion nos divirtió mucho: yo hubiera deseado llevarle conmigo á Jerusalen, y á las montañas de la costa del mar Muerto, que parecia conocer perfec-

tamente, mas como hace tantos años que vive en Oriente, ha contraido el invencible terror que tienen los francos á la peste, y ninguna de mis razones ni ofrecimientos pudieron bastar á persuadirle. En tiempo de peste, me dijo, me rio de los médicos, y no conozco remedio para combatirla, mas que el de partir muy pronto, ir muy lejos y permanecer mucho tiempo distante, á fin de que el mal no me pueda alcanzar. Parecia que nos miraba con compasion, como víctimas predestinadas á buscar la muerte en Jerusalen; y de tantos como íbamos no contaba ver volver sino á muy pocos. Hace algunos dias, añadió, me encontraba en Acre; un viajero que venia de Belen tocó á la puerta del convento de San Francisco, y le abrieron sus siete religiosos. Dos dias despues las puertas del convento se tapiaron de órden del gobernador, porque el peregrino y los siete religiosos habian muerto en veinticuatro horas.

Comenzábamos á distinguir la torre y los minaretes de Ramla que descollaban delante de nosotros, en medio de una selva de olivos, cuyos troncos son tan gordos como los de nuestras mas viejas encinas. Ramla, que se llamaba antes Rama-Ephraim, es la antigua Arimathia del Nuevo Testamento y encierra unos dos mil vecinos. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, fundó allí un convento latino, que subsiste aun; los armenios y griegos tienen tambien conventos para dar asilo á los peregrinos de su nacion que van á Tierra Santa. Las antiguas iglesias están convertidas en mezquitas, y en una de estas se encuentra el sepulcro de mármol de Ayud-Bey, que huyó de Egipto á la llegada de los franceses, y murió en Ramla. Al entrar en la ciudad preguntamos si

la peste hacia en ella estragos, y nos dijeron que aquel dia habian muerto dos religiosos llegados de Jerusalen, y que el convento estaba en cuarentena. Nuestros amigos de Jaffa nos llevaron á su casa situada en el centro de la ciudad. Un árabe, que me dijeron habia sido calderero, pero sugeto amable y escelente, habitaba la mitad de ella, y como ejercia las funciones de agente consular de no sé qué nacion, tenia una bandera europea ondeando sobre el techo, lo cual es la salvaguardia mas segura contra los insultos de los turcos y de los árabes. Nos esperaba allí una opípara cena; tuvimos el gusto de encontrar sillas, camas, mesas y todos los utensilios de Europa, y aun nos llevamos una provision de pan tierno que nos regalaron nuestros atentos huéspedes. Al otro dia por la mañana nos despedimos de nuestros amigos de Jaffa y de Ramla, que no nos acompañaron mas lejos, y partimos escoltados de nuestros soldados egipcios de caballería y de infantería. Yo establecí el órden de marcha siguiente. Dos soldados de caballería delante, á unos cincuenta pasos de la caravana, para hacer apartar los árabes ó los peregrinos judíos que podríamos encontrar, y mantenerlos á cierta distancia de nosotros y de nuestros caballos: á derecha é izquierda sobre nuestros flancos, nosotros y los soldados de infantería marchábamos á la desfilada uno á uno, sin descomponer el órden: los bagages en el centro. Un pequeño destacamento de nuestros mejores caballos formaba la retaguardia, con órden de no dejar atrás ni hombres ni bagages. A la vista de un cuerpo de árabes sospechosos, la caravana haria alto y se formaria en batalla, mientras que los ginetes, los

intérpretes y yo haríamos el reconocimiento. De este modo teníamos poco que temer de los beduinos y de la peste, y debo decir en honor de la verdad, que este órden de marcha fué obedecido y observado con una escrupulosidad que haria honor al mas disciplinado cuerpo de Europa. Le conservamos durante los veinticinco dias de camino: en las ocasiones mas embarazosas no me ví en la necesidad de reprender á nadie, y á estas prudentes medidas debimos habernos libertado de todos los riesgos.

Muy poco despues de puesto el sol llegamos al fin de la llanura de Ramla, cerca de una fuente que salia de la roca, y que regaba un campo plantado de calabazas: nos hallabamos al pie de las montañas de Judea; á nuestra derecha se abria un vallecito de unos cien pies de anchura, y bajamos á él: allí es donde empieza la dominacion de los bandidos árabes de los montes. Como se aproximaba la noche, creimos conveniente establecer nuestro campamento en este valle, y plantamos nuestras tiendas á unos doscientos pasos de la fuente: colocamos una avanzada sobre una loma que domina el camino de Jerusalen, y mientras que nos preparaban la cena, fuimos á cazar perdices sobre los collados, sin perder las tiendas de vista. Matamos algunas, ó hicimos salir de los escondrijos de las rocas una muchedumbre de águilas, las cuales se remontaban dando gritos y girando sobre nuestras cabezas, y volvian á nosotros despues que los habiamos tirado: todos los animales temen el fuego y la esplosion de las armas; pero el aguila parece despreciarlas; bien porque no conozca el peligro ó porque quiera hacerle frente.

Desde lo alto de uno de estos collados he admirado el pintoresco golpe de vista que presenta nuestro campamento, con su piquete de caballería árabe sobre la loma, sus caballos atados á la inmediacion de las tiendas, sus mukres sentados en tierra, y ocupados en limpiar nuestras armas y arneses, y la llama del fuego distinguiéndose al través de la tela de una de las tiendas, y levantando una columna de ligero humo azul que disipaba el viento. ¡Cuánto me satisfaria esta vida errante bajo este cielo, si pudiese llevar conmigo todas las personas que amo, y cuya compañía echo tanto de menos! El globo entero pertenece á los pueblos pastores y errantes como los árabes de la Mesopotamia: mas poesía se halla en una de sus jornadas, que en años enteros de nuestra vida en las ciudades. A medida que el hombre reclama cada vez mas de la vida civilizada, se fija mas en un punto de la tierra, y no puede desprenderse de las superfluidades innumerables, que el uso ha convertido en necesidad. Nuestras casas son voluntarias cárceles: yo quisiera que la vida fuese un viaje como este; pero sin otro término que la muerte, si no estuviese ligado á la Europa por tantas afecciones, lo continuaría mientras mis fuerzas y mis medios pudiesen soportarlo.

Estábamos precisamente en los confines de las tribus de Ephraim y de Benjamin, y cerca del pozo de Job se habian establecido nuestras tiendas.

Partimos al siguiente dia antes de amanecer, y seguimos durante dos horas un valle estrecho, estéril y pedregoso, que es muy célebre por los robos de los árabes. en todos estos contornos es

el lugar mas espuesto á sus correrías pues pueden caer sobre él por una muchedumbre de vallecitos sinuosos, ocultos por colinas inhabitadas, mantenerse en emboscada detrás de las rocas y los arbustos, y atacar de improviso las caravanas. El célebre Abugosh, gefe de las tribus árabes de estos montes, tiene la llave de los desfiladeros que conducen á Jerusalen: los abre ó los cierra segun su capricho, y pide rescate de los viajeros. Su cuartel general está á pocas leguas de nosotros en el pueblo de Jeremías. A cada instante se nos figura ver presentarse á su caballería: mas hasta ahora no hemos hallado á nadie sino á un jóven agá, pariente del gobernador de Jerusalen, montado sobre una hermosísima yegua, y acompañado de siete ú ocho caballos: nos ha saludado con atencion, y se ha separado con su comitiva para dejarnos pasar sin tocar nuestros caballos ni vestidos.

A una hora de Jeremías se estrecha el valle, y cubren los árboles con sus ramas el camino: allí se encuentra una antigua fuente y los restos de un arruinado kiosco: se sube durante una hora una senda escabrosa y desigual, vaciada en la peña en medio de los bosques, y se ve de repente á sus pies el pueblo y la iglesia de Jeremías: la iglesia, actualmente convertida en mezquita, parece haber sido construida con magnificencia durante el reinado de los Lusignanes sobre Jerusalen. El pueblo se compone de cuarenta ó cincuenta casas sobre las pendientes de dos collados que abrazan el valle: algunas higueras diseminadas y algunas viñas anuncian solamente una especie de cultura: vimos ganados esparcidos al rededor de las casas, y un corto número de árabes con magníficos

cafetanes fumando sus pipas sobre el terrado de la casa principal, á cien pasos del camino por donde nosotros bajábamos: quince ó veinte caballos ensillados y con bridas estaban atados en el patio de la casa. Luego que los árabes nos vieron, bajaron del terrado, montaron á caballo, se adelantaron á nosotros al paso, y nos encontramos sobre un espacio inculto que se halla enfrente del lugar sombreado por cinco ó seis higueras.

Era el famoso Abugosh con su familia: se adelantó solo hácia mí con un hermano suyo, y su comitiva hizo alto; yo hice detener tambien la mia, y me aproximé con mi intérprete. Despues de los saludos de costumbre y de los interminables cumplimientos que preceden á todas las conversaciones con los árabes, me preguntó Abugosh si era yo el emir franco que su amiga Lady Stanhope, reina de Palmira, ponia bajo su proteccion y en nombre de quien le habia enviado la soberbia chaqueta de tisú de oro que llevaba puesta, y que me enseñó con orgullo y reconocimiento. Yo ignoraba que Lady Stanhope hubiese hecho en mi nombre este regalo, y respondí que era con efecto el estrangero que esta ilustre mujer habia confiado á la generosidad de sus amigos de Jeremias; que iba á reconocer toda la Palestina, donde su dominacion era reconocida, y que le suplicaba diese las órdenes necesarias para que Lady Stanhope no tuviese motivos de queja. A estas palabras echó pie á tierra lo mismo que su hermano; llamó algunos ginetes de su comitiva, y les mandó traer esteras, alfombras y almohadones; hizo tender todo esto bajo una higuera en el campo mismo donde estábamos, y nos suplicó con tantas

instancias que nos apeásemos y sentásemos sobre este rústico divan, que nos fué imposible rehusarlo. Como la peste reinaba en Jeremias, Abugosh, que sabia que los europeos estaban en cuarentena, tuvo cuidado de no tocar nuestros vestidos, y estableció su divan y el de sus hermanos enfrente de nosotros á cierta distancia. Por lo que respecta á nosotros, solo aceptamos las esteras de paja y de junco, porque se cree que no comunican el contagio: se trajo el café y los sorbetes; tuvimos una conversacion general bastante larga, y despues Abugosh me pidió que alejase mi comitiva, y él hizo apartar la suya para comunicarme ciertas noticias secretas que no puedo publicar. Hablamos algunos minutos, y él hizo acercar á sus hermanos y yo á mis amigos. Se conoce mi nombre en Europa? me preguntó entonces.—Sí, le respondí yo: unos dicen que sois un bandido que roba y asesina las caravanas; que esclaviza los francos, y que sois un enemigo feroz de los cristianos: otros que sois un príncipe valiente y generoso, que reprime las tropelías de los árabes de los montes; que da la seguridad en los caminos, que protege las caravanas, y que sois el amigo de todos los francos que son dignos de vuestra amistad.—¿Y vos qué direis de mí? me preguntó riendo.—Diré lo que he visto, le respondí: diré que sois tan poderoso y hospitalario como un príncipe de los francos; que se os ha calumniado, y que mereceis tener por amigos á todos los europeos, que como yo han esperimentado vuestra benevolencia y la proteccion de vuestro alfange.

Abugost se mostró muy contento; él y sus her-

mano me hicieron muchísimas preguntas sobre los usos de Europa, sobre nuestras costumbres y nuestras armas que les gustaron mucho, y despues nos separamos. En el momomento de dejarnos dió órden á uno de sus sobrinos y á algunos ginetes para que se pusiesen á la cabeza de nuestra caravana, y no nos dejáran mientras yo permaneciese en Jerusalen ó sus inmediaciones: yo le dí gracias y partimos.

Abugosh reina de hecho sobre cuarenta mil árabes de las montañas de la Judea desde Ramla hasta Jerusalen, y desde el Hebron hasta las montañas de Jericó: esta dominacion, que se ha perpetuado en su familia por algunas generaciones, no tiene mas título que su solo poder. En Arabia no se discute acerca del origen ó la legitimidad del poder, sino que se le reconoce y se obedece mientras existe. Cuando una familia es mas antigua, mas numerosa, mas rica, mas valiente que las demás, su gefe se hace mas influyente sobre la tribu; y la tribu tambien mejor gobernada, y mas diestra ó mas valientemente conducida en la guerra, llega á hacerse dominante sobre las demás. Tal es el origen de las supremacías de gefes y de tribus que se reconocen en Asia. El poder se forma y se conserva como una cosa natural; todo deriba de la familia; y una vez reconocido el hecho de este ascendiente sobre las costumbres y los hábitos, ninguno lo contradice: la obediencia se hace como filial y religiosa, y son necesarios grandes acaecimientos para derribar á una familia, cuya nobleza, que podemos llamar voluntaria, se perpetua siglos. El régimen feudal no se comprende bien sino despues de haber re-

corrido estas regiones: entonces se ve como se formaron en la edad media todas esas familias, todos esos poderes locales, que reinaron en los castillos, en las ciudades, y sobre las provincias: es el primer grado de civilizacion: á medida que la sociedad se perfecciona, estos pequeños poderes son absorvidos por otros mayores, y nace el municipio que protege el derecho de los pueblos contra el ascendiente en diminucion ó decremento de las casas feudales. Despues se levantan los dilatados reinos, que destruyen á su vez los privilegios municipales; y despues se presentan otras fases sociales, cuyos fenómenos numerosos no son todos conocidos aun.

Nos hallabamos lejos de Abugosh y de su pueblo de organizados bandidos: su sobrino iba delante por el camino de Jerusalen. A una milla de Jeremías dejó el camino, y tomó sobre la derecha una de las sendas de rocas que atraviesan un monte cubierto de mirtos y terebinthos, y la caravana le siguió. Las noticias que nos habia dado Abugosh de Jerusalen eran tan malas, que veiamos una imposibilidad absoluta de entrar: la peste se aumentaba de un modo horroroso, todos los dias morian de sesenta á ochenta personas; todos los hospicios y todos los conventos estaban cerrados, y nosotros habiamos determinado ir por de pronto al desierto de San Juan Bautista, á unas dos leguas de Jerusalen, en los mas escarpados montes de la Judea, y pedir allí un asilo de algunos dias en el convento de religiosos latinos, reservando para despues obrar segun las circunstancias: el camino de esta soledad era el que habia tomado el sobrino de Abugosh. Despues de

haber andado dos horas por horrorosas sendas y con un sol abrasador, hallamos al otro lado del monte una pequeña fuente y la sombra de algunos olivos, donde hicimos alto. El sitio era sublime; dominábamos el negro y profundo valle de Terebintho, donde mató David con la honda al gigante filisteo. La posicion de dos ejércitos está tambien descrita en lo estrecho del valle, en la pendiente y en la disposicion del terreno, que no puede uno engañarse: el torrente seco, á la orilla del cual recogió David la piedra, trazaba con su línea blanquizca el medio del valle, y señalaba, cual se lee en la Biblia, la separacion de ambos campos. Yo no tenia allí la Biblia ni ningunos viajes á mano: no tenia quien me indicase los lugares ni los nombres antiguos de los valles, ni de los montes; pero mi imaginacion de niño se habia representado la figura de los lugares, y el aspecto físico de las escenas del antiguo y nuevo Testamento, por el relato y los grabados de los libros Santos: reconocí, pues, desde luego el valle de Terebintho, y el campo de batalla de Saul. Cuando llegué al convento confirmaron los padres la exactitud de mi cálculo: mis compañeros de viaje tenian dificultad en creerlo. Lo mismo me sucedió en Sephora, en medio de las colinas de Galilea: el lugar probable del nacimiento de la Virgen lo designé con el dedo, y dije el verdadero nombre de una colina, coronada por un arruinado castillo: al dia siguiente me sucedió lo mismo, en cuanto al lugar que ocuparon en Modin los macabeos; y al pasar por el pie de un monte árido, en cuya cumbre se veian ruinas de un acueducto, reconocí el sepulcro de los primeros ciudadanos del pueblo

judío, y dije la verdad sin saberlo. La imaginacion del hombre es mas segura de lo que se piensa; no siempre edifica sobre quimeras, sino que procede por asimilaciones instintivas de las cosas y las imágenes que le dan mas seguros y evidentes resultados que la ciencia y la lógica. Escepto los valles del Líbano, las ruinas de Balbek, las costas del Bósforo, en Constantinopla, y el primer aspecto de Damasco desde lo alto del antiguo Líbano, no he encontrado ni cosa ni lugar, cuya primera vista no me haya parecido un recuerdo. ¿Tendrá por ventura nuestra imaginacion la facultad de presentir y ver lo que realmente no hemos visto?

A las dos de la tarde bajamos las escarpadas pendientes del valle de Terebintho; pasamos el barranco enteramente seco, y subimos por escaleras, cortadas en la peña al pueblo árabe de San Juan Bautista, que teníamos delante. Los árabes nos miran desde los terrados de sus casas con feróz semblante; los niños y las mujeres se apiñan en derredor de nosotros en las estrechas calles del pueblo; los religiosos asustados del tumulto, que desde lo alto de sus terrados ven el número crecido de hombres y caballos, y que creen les llevamos la peste, se niegan á abrirnos las puertas de hierro del monasterio. En este conflicto volvimos atrás para ir á acampar á un collado inmediato al lugar; maldecimos la dureza de corazon de los frailes, y yo envio mi dragoman á parlamentar segunda vez con ellos para hacerles los cargos que merecen. Entonces la poblacion entera baja de los techos de las casas; los scheiks nos cercan y mezclan sus gritos salvages con los re-

linchos de nuestros caballos; se introduce en la caravana una horrible confusion, y preparamos nuestros fusiles; mas el sobrino de Abugosh sube al techo de una casa inmediata al convento, y se dirige alternativamente á los religiosos y al pueblo. Finalmente, obtenemos la entrada en el convento por capitulacion, se nos abre un postigo de hierro; lo pasamos encorvándonos uno á uno, y descargamos nuestros caballos que habiamos hecho pasar detrás: el sobrino de Abugosh y su escolta de árabes se quedan fuera y acampan á la puerta, los religiosos pálidos y temblando no se atreven á tocarnos, pero los tranquilizamos asegurándoles que no nos hemos comunicado con nadie desde Jaffa, prometiéndoles no entrar en Jerusalen mientras permanezcamos en el asilo del convento. Con esta seguridad se serenaron los irritados rostros, y se nos introdujo en los vastos corredores del monasterio. Cada uno fué conducido á una pequeña celda provista de una cama y una mesa, y adornada con algunas estampas. Nuestros árabes, soldados y caballos acamparon en un patio del convento, y les arrojaron paja y cebada por encima de las paredes: en la calle se mataron carneros y una ternera que Abugosh nos habia enviado de regalo, y mientras que mi árabe cocinero ayudado de los legos preparaba nuestra comida en la cocina del convento, nos retiramos á descansar á nuestras celdas, refrescadas por el aire de las montañas, ó á contemplar las estrañas vistas que ofrece el monasterio.

El convento de San Juan en el desierto, es un anejo de parroquia del latino de Tierra Santa en Jerusalen: los religiosos, cuya edad, achaques ó

propension á mayor retiro, les hacen voluntarios cenobitas, son destinados á este convento. El edificio es grande y hermoso; está circuido de huertos cortados en la peña y tienen lagares para hacer el escelente vino de Jerusalen. Cuando llegamos habia unos veinte religiosos; la mayor parte eran viejos, que habian pasado su vida ejercitando las funciones de párrocos en Jerusalen, en Belen ó en otros pueblos de Palestina. Algunos eran novicios recientemente venidos de España; y los ocho ó diez dias que hemos pasado en su compañia nos han dado una idea ventajosa de su caracter, de su caridad y de la pureza de sus costumbres. El padre superior, sobre todo, es un completo modelo de virtudes cristianas; sencillo, apacible y humilde tiene una inalterable paciencia, una atencion agradable, un celo oportuno, cuidados infatigables por sus hermanos y por los estrangeros, sin hacer escepcion de rango ni riqueza; fe natural, activa y contemplativa á la vez, y una serenidad é igualdad de humor, de palabra y de semblante, que ninguna contrariedad consigue alterar jamas. Este padre es uno de los pocos ejemplos de lo que puede producir la perfeccion del principio religioso en el alma del hombre; el hombre no existe sino en su visible forma: su alma se trasforma en cierta cosa de sobrehumano y de angelical, que huye de la admiracion al mismo tiempo que la escita. Tanto amos como criados y cristianos como árabes, quedamos todos igualmente sorprendidos al ver la comunicativa santidad de este respetable religioso: su alma parecia haberse esparcido sobre todos los hermanos del convento, porque en unos mas y en otros menos,

vimos en todos algun tanto de las cualidades del superior, y este asilo de santidad y de paz nos ha dejado un indeleble recuerdo. El estado monacal en esta época ha repugnado mucho á mi inteligencia y á mi razon; pero el aspecto del convento de San Juan Bautista podria llegar á quitarme esta repugnancia si no fuese una escepcion. Fuera de esto los conventos de Tierra Santa no estan en el caso de los demas, porque son útiles al mundo, ya por el asilo que ofrecen á los peregrinos de Occidente, ya por el ejemplo de virtudes cristianas que pueden dar á los pueblos que las ignoran, y ya por las relaciones que mantienen entre algunos puntos de Oriente, y las naciones del Occidente.

Nos despertaron los padres por la tarde para acompañarnos al refectorio, donde sus sirvientes y los nuestros habian preparado la comida. Esta, como la de todos los dias que pasamos en el convento, consistió en tortillas de huevos, en carnero asado y en arroz. Nos dieron por la primera vez escelente vino blanco de las viñas de las inmediaciones, que es el solo conocido en Judea. Los religiosos de San Juan son los únicos que lo saben hacer, y lo suministran á todos los conventos de Palestina: yo compré un barrilito y lo remití á Europa. Durante la comida todos los religiosos se paseaban por el refectorio y hablaban alternativamente con nosotros; mas el superior cuidaba de que no nos faltase cosa alguna; nos servia muchas veces por sí mismo, é iba á las alacenas del convento á buscar licores, chocolate, y todas las golosinas que le quedaban del último buque que habia llegado de España. Despues de la cena su-

bimos con ellos á los terrados del monasterio, que es el habitual paseo de los religiosos en tiempo de peste, á cuya reclusion se ven reducidos á veces durante algunos meses. Esta reclusion nos dijeron es menos penosa de lo que parece, porque les autoriza á cerrar las puertas del convento á los árabes del pais, que les importunan con sus visitas y exigencias. Cuando se levanta la cuarentena, el convento se ve siempre lleno de estos hombres insaciables, y prefieren la peste á la necesidad de verlos. Me convencí de que tenian razon cuando los llegué á conocer.

Hállase el pueblo de San Juan del desierto sobre una loma circundada por todos lados de valles, cuyo fondo se pierde de vista; las laderas de estos valles, que dan cara á las ventanas del convento, están cortadas casi á pico en la peña parda, que les sirve de base: las rocas están llenas de profundas cavernas vaciadas por la naturaleza, y profundizadas ó ensanchadas por los primeros solitarios del mundo, para llevar una vida de águilas ó palomas. En varios puntos, y sobre las menos rápidas pendientes se notan plantíos de parras, cuyas ramas suben á los de las higueras, y vuelven á caer sobre las peñas: tal es el aspecto que ofrecen todas estas soledades. Todo el paisage presenta un tinte pardo, con manchas de un verde amarillento. Desde el techo del monasterio se hunde la vista en abismos sin fondo, y algunas casas pobres de árabes mahometanos ó cristianos hállanse agrupadas sobre las rocas á la sombra del convento. Estos árabes son los mas feroces y mas pérfidos del mundo; reconocen la autoridad de Abugosh; pero este es un nombre que estremece

á los frailes, los cuales no podian comprender por qué medio de seduccion ó autoridad nos habia dispensado su proteccion, y hasta su propio sobrino para que nos guiase: como de esto colegian una grande inteligencia diplomática, reclamaban sin cesar mi intercesion para con el tirano de sus tiranos. Cuando anocheció nos retiramos, y pasamos la velada en el corredor del convento en agradable conversacion con el superior, y con los escelentes padres españoles, que ignoraban absolutamente cuanto sucedia en el mundo; pues ninguna noticia de Europa llega á penetrar en estos inaccesibles montes: así no podian comprender la nueva revolucion francesa, y cuando concluimos la relacion de este gran suceso, esclamaron: ¡*Todo* irá bien con tal de que el rey de Francia sea católico, que continúe protegiendo los conventos de Tierra Santa! Despues nos llevaron á ver su iglesia, que es una nave hermosa, edificada sobre el sitio en que nació el precursor de Jesucristo: tiene un órgano, y está adornada con muchos cuadros medianos de escuela española.

Al dia siguiente no pudimos resistir al deseo de dirigir una mirada, aunque lejana, sobre Jerusalen.

Entramos en arreglo con los padres, y convenimos en que dejaríamos en el convento una parte de nuestras gentes y de nuestros caballos y de nuestro bagaje; que no tomaríamos sino la escolta de Abugosh, los soldados egipcios, y los criados árabes que fuesen necesarios para cuidar nuestros caballos de montar; que no entraríamos en la ciudad, y que nos limitaríamos á reconocerla por fuera, evitando el contacto con los habitantes; y que en el caso de que

por casualidad, ó de otro modo, tuviese lugar este contacto no pediríamos que se nos recibiese en el convento, sino que retiraríamos nuestros efectos y nuestra gente, y acamparíamos junto á Jerusalen. Aceptadas estas condiciones, sin mas garantía que nuestra verdad y palabra, nos decidimos á salir del convento.

JERUSALEN.

El 28 de octubre por la mañana nos dispusimos á dejar el desierto de San Juan Bautista. A las cinco nos hallábamos montados esperando que amaneciese á fin de impedir durante la noche toda comunicacion con los arabes y turcos apostados del pueblo y de Belen. Nos pusimos en marcha á las cinco y media y trepamos por un monte sembrado de enormes peñascos pardos, y unidos los unos á los otros, como si los hubiese quebrantado el martillo.

Algunas viñas, cuyas hojas estaban ya amarillas por el otoño, tendian sus sarmientos por el suelo en varios pedazos de tierra cultivados en los intermedios de las peñas: se levantaban entre estas viñas grandes torres de piedras semejantes á aquellas de que habla el *Cántico de los cánticos*. Muchas higueras, cuyas copas estaban ya desnudas de hojas, se encontraban sobre las márgenes de las viñas, y dejaban caer sus higos negros sobre la roca. A nuestra derecha se hallaba el desierto de San Juan, donde resonaban las palabras *Vox clamantis in deserto*, el cual se presentaba vaciado, como un inmenso abismo, entre cinco ó seis encumbradas y negras montañas: y en el interme-

dio que dejaban sus cumbres pedregosas, se veia el mar de Egipto cubierto de una niebla negruzca. A nuestra izquierda, y cerca de nosotros, existian las ruinas de una torre ó antiguo castillo sobre una loma muy elevada que se despojaba de ellas. Tambien se distinguian otras ruinas, parecidas á los arcos de un acueducto, que bajaban del castillo, y algunas cepas plantadas á su pie levantaban las ramas sobre estos arcos arruinados, y formaban bóvedas de un verde pálido y amarillo. Uno ó dos terebinthos habian crecido entre estas ruinas: aquí se halla Modin, que fué castillo y sepulcro de los Macabeos, últimos héroes de la historia sagrada.

Dejamos atras estas ruinas, que resplandecian con los rayos de la mañana, los cuales no se funden como en Europa, en una vaga y confusa claridad, y en una radiacion universal, sino que se lanzan desde lo alto de los montes que nos ocultan á Jerusalen, como flechas de fuego de diversos tintes reunidos en su centro, y divergentes en el cielo, á medida que se alejan de la vista. Eran los unos de un azul plateado, los otros de un blanco mate; estos de un color de rosa fresca, que se hacia mas claro hácia su estremidad, y aquellos de un color de fuego, ardientes como las llamas de un incendio: estaban separados entre sí, y no obstante acordes armoniosamente por sus tintes graduados y sucesivos. Estos rayos se parecen á un brillante arco iris, cuyo círculo roto en el firmamento se hubiese esparcido en los aires. Despues que estamos en Galilea y Judea, hemos notado por tercera vez este fenómeno á la salida y al ponerse el sol: esta es la aurora y el ocaso, tales como las representan los pintores antiguos, cuya imagen de-

be parecer falsa al que no haya sido testigo de la realidad.

A medida que ascendia el sol, el brillo distinto y el color azulado ó inflamado de estas barras luminosas, se disminuía y fundia en la luz general de la atmósfera: la luna que estaba sobre nuestras cabezas, de color de rosa y fuego, se iba borrando, tomaba el tinte del nácar, y se perdia en la profundidad del firmamento, como un disco de plata, cuyo valor va bajando á medida que se hunde en el agua. Despues de haber subido otro monte mas alto y desnudo que el primero, se abrió de repente el horizonte sobre la derecha, y dejó ver todo el espacio que se estiende entre las últimas cumbres de la Judea, donde nosotros estábamos, y la cadena de los montes de Arabia. Este espacio estaba inundado ya por la vaporosa luz de la mañana: detras de las colinas inferiores que se hallaban á nuestros pies, rodeadas y acumuladas de peñascos quebrantados y pardos, no distinguia la vista mas que el resplandeciente espacio, tan semejante á un dilatado mar, que la ilusion fué completa para nosotros, en términos que creimos discernir los intervalos de sombra y de placas mates y plateadas, que hace brillar el dia naciente ó desvanecer sobre un mar que está en calma.

A la orilla de este piélago imaginario, un poco á la izquierda, en el horizonte, y como á una legua de nosotros, resplandecia el sol sobre una torre cuadrada, un alto minarete y las anchas y amarillentas paredes de algunos edificios que coronan la cumbre de una baja colina, cuya base no podiamos ver; pero por las puntas de algunos minaretes, por las almenas de mas altos muros, por las

cimas negras y azules de cúpulas que subian como pirámides por detras de la torre y del gran minarete se reconocia una ciudad, de la cual no podiamos descubrir sino la mas elevada parte, pero que bajaba á lo largo de las laderas de la colina, y no podia ser sino Jerusalen, de la que nos creiamos mas distantes. Gozábamos todos en secreto de esta ilusion, y ninguno se atrevia á preguntar al guia, por el temor de verla desvanecer. Era en efecto la Ciudad Santa que se desprendia en un amarillo mate y sombrío sobre el fondo azul del firmamento y sobre el negro fondo del monte de los Olivos; detuvimos nuestros caballos para contemplarla en su misteriosa y brillante aparicion, pues cada paso que debiamos dar para bajar á los profundos valles que teniamos á nuestros pies la iba á ocultar á nuestra vista.

Detras de las altas murallas y de las bajas cúpulas de Jerusalen, se elevaba en segunda línea una ancha y alta colina mas sombría que la que servia de base y ocultaba la ciudad, que terminaba nuestro horizonte. El sol no daba sobre su flanco occidental, pero rasaba su cima con rayos verticales; semejante á una tremenda cúpula, parecia hacerla trasparente y nadar en la luz, y no se distinguia la línea divisoria de la tierra y el cielo, sino por algunos copudos y negros árboles, plantados sobre el pico mas encumbrado de ella, por entre los cuales atravesaban los rayos del sol. Este era el monte de los Olivos, y estos los olivos, testigos antiguos de tantos dias escritos en la tierra y en el cielo, regados con lágrimas divinas, con el sudor de sangre, y con tantas lágrimas, y tantos sudores desde la noche que los ha hecho sagrados!

Confusamente se distinguian algunos otros árboles que imprimian sobre las laderas unas manchas oscuras; despues las murallas de Jerusalen que ocultaban el pie del sagrado monte, y mas cerca, bajo nosotros, el desierto de piedras que sirve de camino á la ciudad.

Estas, que son grandes, enormes y de un color ceniciento é igual, se estienden sin interrupcion, desde el punto donde estábamos, hasta Jerusalen. Las colinas suben y bajan; estrechos valles circulan y serpentean entre sus raices; otros mas dilatados se estienden en algunos puntos como para engañar la vista y prometer vegetacion; pero valles, llanos, colinas, todo es piedra; y no se ve mas que una sola capa de diez ó doce pies de espesor de rocas unidas, que solo dejan entre sí el necesario interstício para que se arrastre el reptil, ó se rompa la pierna del camello que quiera atravesarlo. Si se figura uno un dilatado lienzo de muralla formada de grandísimas piedras, como las del coliseo ó los grandes teatros de Roma, desplomado todo entero, y cubriendo con su quebrantada cortina la tierra que antes la sostenia, se formará una exacta idea de la capa de rocas y de la naturaleza de ellas que cubren por todas partes estas inmediaciones de la ciudad del desierto: cuanto mas se acerca uno se apiñan mas, y se elevan como moles que ven á caer sobre el pasajero. Los últimos pasos que se dan antes de llegar á Jerusalen, parecen vaciados en una inmóvil y fúnebre avenida de estas rocas que sobrepujan y suben hasta diez pies por encima de la cabeza del viajero, y no permiten ver sino la parte de cielo que tienen sobre sí. En esta última y lúgubre ave-

nida nos hallábamos nosotros, y hacia un cuarto de hora que por ella caminábamos, cuando de repente se separan estas peñas á derecha é izquierda, y nos dejan ver enfrente los muros de Jerusalen, de los que estábamos tan cerca sin saberlo. Solo mediaba entre nosotros y la puerta de Belen un vacio espacio de algunos centenares de pasos; este espacio, árido y tortuoso como los glasis que rodean las fortificadas plazas de Europa, estaba desolado como ellos, y abriéndose á la derecha formaba un valle que bajaba con suave declive: á la izquierda habia cinco viejísimos troncos de olivo, encorvados hasta cerca de tierra por el peso del tiempo y de los soles, y estaban como petrificados, lo mismo que los estériles campos que los habian producido. La puerta de Belen, abierta delante de nosotros, se veia dominada por dos torres coronadas de almenas góticas, y mas desierta y silenciosa que las puertas viejas de un castillo abandonado.

Permanecimos inmóviles algunos momentos á su vista, y ardiamos en deseos de entrar; pero la peste estaba en el periodo de su mayor intensidad, y como se nos habia recibido en el convento de San Juan Bautista del desierto bajo la formal promesa de no entrar en la ciudad, no nos atrevimos á penetrar en ella; y volviendo á la izquierda bajamos lentamente á lo largo de las altas murallas construidas á la otra parte de un profundo barranco, donde distinguiamos á trechos las piedras fundamentales del antiguo circuito de Herodes. A cada paso hallábamos cementerios turcos, en los que blanqueaban los funerarios emblemas coronados de un turbante, y como la peste poblaba cada noche

estas terribles soledades, se veian muchos grupos de mujeres árabes y turcas, que venian á llorar sus maridos ó sus padres. En derredor de los sepulcros habia plantadas algunas tiendas, y siete ú ocho mujeres de rodillas ó sentadas, tenian sus niños en brazos, y les daban el pecho; de cuando en cuando hacian cadenciosas lamentaciones, que eran sin duda cantos ú oraciones fúnebres, y esta melancolía religiosa convenia maravillosamente con la escena de desolacion y de horror que se ofrecia á nuestra vista. Estas mujeres no estaban cubiertas con velos, algunas eran jóvenes y bonitas, tenian á su lado cestas de flores artificiales, pintadas con colores muy vivos, las plantaban alrededor de los sepulcros, regándolos de lágrimas. Algunas veces se inclinaban hácia la tierra, removida recientemente, y susurraban al muerto algunos versos de lamentacion; de modo que parecia que le hablaban en voz baja, despues callaban y aplicaban el oido al sepulcro como si esperasen y oyesen la respuesta. Estos grupos de mujeres y niños, sentados allí todo el dia para llorar, fueron la sola señal de vida y poblacion humana que notamos en toda la vuelta que dimos al rededor de las murallas. Por lo demas, ni se oia ruido ni salia humo; y algunas palomas que volaban desde las higueras á las almenas, y desde estas á los bordes de las santas piscinas, eran el movimiento solo que se observaba, y el único susurro que se oia en este mudo y vacio recinto.

A la mitad de camino de la bajada que nos conducia al Cedron, y al pie del monte de los Olivos vimos una profunda gruta, no lejos de los fosos de la ciudad, bajo un montecillo de roca amarillen-

ta; no quise detenerme para examinarlo, porque queria ver primero á Jerusalen, abrazándola entera de una sola mirada, con sus valles y sus colinas, su Josafá y su Cedron, su templo y su sepulcro, sus ruinas y su horizonte.

Pasamos despues delante de la puerta de Damasco, que es un hermoso monumento construido segun el gusto árabe, flanqueado por dos torres, abierto en ancha, alta y aun elegante ogiva y rematado con arabescas almenas en figura de turbantes de piedra. Volvimos á la derecha contra el ángulo de las murallas, que forman un cuadro regular por el lado del Norte, teniendo á la izquierda el profundo y oscuro valle de Gethsemaní, cuyo torrente del Cedron, seco entonces, ocupa y llena el fondo, y seguimos hasta la puerta de San Estéban una estrecha senda al pie de las murallas, interrumpida por dos hermosas piscinas, en una de las cuales curó el Salvador al paralítico. Esta senda está suspendida sobre un estrecho márgen que domina el de Gethsemaní y el valle de Josafá: á la puerta de San Estéban está interceptada su direccion todo lo largo de los terrados cortados á pico, que sontenian el templo de Salomon y en el dia la mezquita de Omar; y una pendiente bastante ancha y rápida, baja de repente á la izquierda hácia el puente que atraviesa el Cedron, y conduce á Gethsemaní y al huerto de los Olivos Despues de haber pasado este puente nos apeamos de los caballos delante de un hermoso edificio de arquitectura del órden compuesto, pero de un carácter severo y antiguo, que está como envuelto en la profundidad del valle de Gethsemaní, y que ocupa toda su anchura. Este es el supuesto sepulcro de la Vírgen

y pertenece á los armenios, cuyos conventos eran los mas desolados por la peste. No entramos ni aun en el santuario del sepulcro, y yo me contenté con arrodillarme sobre la grada de mármol del patio que precede á este bonito templo, á invocar á aquella que ha enseñado á todas las madres á doctrinar sus hijos en el tierno y piadoso culto. Vi al levantarme un pedazo de tierra de la estension de una yugada, que por un lado terminaba con el alto márgen del Cedron, y por el otro subia suavemente hasta la base del monte Olivete ó de los Olivos, los cuales son los mas corpulentos que he visto en su especie. La tradicion hace subir su antigüedad hasta la fecha memorable de la agonia del Señor, que los escogió para ocultar sus divinas angustias. En caso de necesidad su aspecto confirmaría la verdad de la tradicion que los venera; sus robustas raices han tomado tal incremento por la duracion de los siglos, que han llegado á conmover la tierra, las piedras que las cubrian se han levantado á muchos pies sobre el nivel del suelo, y ofrecen al peregrino naturales bancos para arrodillarse ó sentarse, y entregarse con recogimiento á las santas y piadosas ideas que bajan de sus vastas, venerables y silenciosas copas. Un nudoso tronco, ahuecado por la vejez en grietas ó arrugas profundas, se levanta como una columna de grandes dimensiones, como si estuviese abrumado con el peso de los dias, se inclina á derecha é izquierda, y deja colgar sus grandes y entrelazadas ramas, que la hacha rejuvenecedora ha cortado mil veces. Estas viejas y pesadas ramas, que gravitan sobre el tronco, han producido otras mas jóvenes, que se

elevan un poco hácia el cielo, de las que nacen vástagos recientes con ramilletes de follage ennegrecidos con algunas aceitunas azuladas, que, como reliquias celestes, se desprenden y caen á los pies del cristiano viajero. Yo me separé de la caravana que se habia detenido al rededor del monasterio maronita, y me senté un instante sobre las raices del mas solitario y mas viejo de estos olivos. Su sombra me encubria los muros de Jerusalen; su ancho tronco me ocultaba á los pastores que apacentaban ovejas negras sobre la pendiente del monte; no tenia á la vista mas que el barranco profundo y destrozado del Cedron, y las copas de otros olivos que cubrian toda la anchura del valle de Josafá.

Ningun ruido salia de aquel barranco seco; ninguna hoja se movia ni se agitaba en el árbol; cerré los ojos un instante, y trasporté mi pensamiento á aquella memorable noche, víspera de la Redencion del género humano, en la que el mensagero divino, habia bebido hasta la hez el cáliz de agonia, antes de recibir la muerte por mano de los hombres, en precio, en compensacion y salario de su celeste mision! Entonces reclamé mi parte de salud, que á tanto precio habia venido á traer al mundo, y me representé el océano de angustias, que debió inundar el corazon del Hijo del hombre, cuando contempló todas las miserias, todas las tinieblas, todas las penas, todas las vanidades, todas las inquietudes del hombre, cuando quiso tomar sobre sí la ponderosa carga de desgracias y crímenes, bajo que se encorvaba y gemiá la humanidad entera en este circunscrito valle de lágrimas; cuando vió que no podia darla

un nuevo consuelo y una nueva verdad, sino con el precio de su vida; y cuando retrocediendo un instante de horror ante la sombra de la muerte que gravitaba sobre sí, decia á su padre: «*Que este cáliz pase lejos de mí.*» Y yo, ignorante y miserable, puedo tambien esclamar al pie del árbol de la debilidad humana: haced, Señor, que todos estos cálices de amargura se alejen de mí, y sean derramados por vos en el cáliz ya bebido y apurado para todos nosotros! Nuestro Redentor Jesucristo tenia fuerzas para beberlo hasta la hez: os conocia, os habia visto; sabia por qué iba á beberlo, y la vida inmortal que le esperaba en el fondo de su sepulcro de tres dias: pero yo, Señor, no sé otra cosa sino el sufrimiento que despedaza mi corazon, y no tengo sino la esperanza de la fe!

Me levanté, y admiré cuán dignamente habia sido predestinado y escogido este lugar para la mas dolorosa escena de la Pasion del Hombre-Dios. El valle es estrecho, encajonado y hondo: está cerrado al norte por alturas sombrías y oscuras, en las que se hallan los sepulcros de los reyes; al Occidente se halla cubierto por la sombra de los gigantescos muros de la ciudad de iniquidades, y al Oriente por la cumbre del monte de los Olivos y atravesado por un torrente, cuyas amargas y amarillentas aguas corrieron por entre las desgajadas rocas del valle de Josafá. A pocos pasos un negro y desnudo peñasco se desprende cual un promontorio del pie del monte, y suspendido sobre el Cedron y el valle, sostiene algunos antiguos sepulcros de reyes, de una arquitectura gigantesca y estraña, lanzándose como el puente de la muerte sobre el valle de las lamentaciones.

Sin duda en aquella época las laderas, ahora medio desnudas, del monte de los olivos, estarian regadas por el agua de las piscinas, y por las todavía corrientes del Cedron. Huertos de granados, naranjos y olivos, cubrian con su sombra espesa el valle de Gethsemaní, que se forma como un asilo de dolor en el fondo mas estrecho y tenebroso del de Josafá. El Hombre-Dios, blanco del oprobio y del dolor, podía ocultarse allí como si fuese un criminal, entre las raices de algunos árboles, entre las rocas del torrente, y bajo la triple sombra de la ciudad, del monte y de la noche; podia oir los secretos pasos de su Madre y sus discípulos, que pasaban por el camino en busca de su Hijo y maestro: allí oia los ruidos confusos, las aclamaciones estúpidas de la ciudad, que se levantaba por encima de su cabeza, y que se regocijaba de haber vencido á la verdad y á la justicia, y el gemido del Cedron, cuyas aguas corrian á sus pies, y que bien pronto iba á ver su ciudad derribada, y sus fuentes destruidas por la ruina de una nacion ciega y culpable. ¿Podía Jesucristo escoger mejor el lugar de sus lágrimas? ¿Podía regar con el sudor precioso de su sangre una tierra mas trabajada de miserias, mas sacia da de tristeza, mas embebida en lamentos?

Monté de nuevo, y volviendo á cada instante la cabeza para ver si podia distinguir algo mas del valle y de la ciudad, subí en un cuarto de hora el monte de los Olivos, y á cada paso que daba el caballo descubria un nuevo barrio ó un edificio mas de Jerusalen. Llegado á la cumbre, coronada por las ruinas de una mezquita que cubre el lugar desde donde subió al cielo el Señor despues de su

Resurreccion, volví un poco á la derecha de la mezquita para acercarme á dos columnas derrocadas en tierra á los pies de algunos olivos, sobre un terraplen, que á un tiempo mira á Jerusalen á Sion, á los valles de San Sabas, que guian al mar Muerto, y aun este mismo mar se veía resplandecer desde allí por entre las cimas de los montes y el horizonte inmenso sembrado de diversas cumbres que termina en los montes de Arabia. Allí me senté, y se me presentó la escena que voy á bosquejar.

Desciende el monte de los Olivos, sobre cuya cumbre me habia sentado, en pendiente rápida hasta lo profundo del abismo que lo separa de Jerusalen, y se llama valle de Josafá. Desde el fondo de este valle estrecho y sombrío, cuyas laderas están tachonadas de piedras negras y blancas; piedras fúnebres de la muerte, con las que están como pavimentadas, se eleva una inmensa colina, cuya inclinacion rápida se parece á la de una alta muralla derribada: ningun árbol puede estender allí sus raices; el musgo mismo no puede enganchar sus delgados filamentos, y la pendiente está tan sumamente inclinada, que ruedan sin cesar las piedras, y no presenta al que lo mira mas que una superficie de árido y seco polvo, como los montones de cenizas arrojados desde lo alto de la ciudad.

Hácia el medio de esta colina, ó muralla natural, toman nacimiento unas altas y fuertes murallas formadas de grandes piedras sin cortar en su esterior superficie: ellas ocultan su fundacion romana y hebrea bajo la misma ceniza que cubre sus pies, y que se eleva á cincuenta, á ciento, y mas lejos á doscientos ó trescientos pies sobre la base de esta tierra. Las murallas tienen tres puertas, dos

de las cuales están tapiadas, y la que queda abierta á nuestra vista, está tan vacia y desierta, como si diese entrada á una ciudad sin poblacion. Estas murallas se elevan aun por encima de las puertas, y sostienen un vasto terraplen que se estiende á dos tercios de la longitud de Jerusalen, por el lado que mira al Oriente. El terraplen puede tener á la vista sobre mil pies de longitud, y unos quinientos á seiscientos de latitud; está casi perfectamente nivelado, á escepcion de su centro, donde se ahonda insensiblemente, como para indicar el valle poco profundo que separaba en otro tiempo la colina de Sion de la ciudad de Jerusalen. Esta plataforma magnífica, preparada sin duda por la naturaleza, pero acabada evidentemente por la mano del hombre, era el pedestal sublime que servia de base al templo de Salomon. En el dia sostiene dos mezquitas turcas, llamada la una El-Sakara en el centro de la plataforma, y en el mismo lugar donde debia estar el templo, y la otra á la estremidad sudeste del terraplen, tocando á los muros de la ciudad.

La mezquita de Omar ó El-Sacara, es un edificio de admirable arquitectura árabe, que parece de una pieza de mármol; es octágono, y cada frente ó lienzo está adornado de siete arcadas que terminan en ogiva: encima de este primer cuerpo de arquitectura, hay un techo en forma de terrado, del que parte otro órden de arcadas mas estrechas, las cuales rematan con una graciosa cúpula, cubierta de cobre, dorado en otro tiempo. Las paredes de la mezquita están vestidas de esmalte azul; y á derecha é izquierda se estienden otras mas anchas terminadas por ligeras columnatas moris-

cas que corresponden á las ocho puertas de la mezquita. Mas allá de estos arcos desprendidos de todo otro edificio, continuan las plataformas, terminando la una en la parte norte de la ciudad, y la otra en la muralla hacia el mediodía. Altos cipreses, algunos olivos y verdes y graciosos arbustos crecen indistintamente entre las mezquitas, y dan realce á la elegante arquitectura y al color resplandeciente de las paredes, ya por su figura piramidal, ya por el oscuro verde que se destaca de la fachada de los templos y de las cúpulas de la ciudad. Despues de las mezquitas y del emplazamiento del templo, se estiende Jerusalen toda entera, y salta por decirlo asi, delante de nosotros, sin que pueda perderse ni un techo, ni una piedra, como el plano de una ciudad en relieve puesto sobre una mesa por el artista. Esta ciudad no es como nos pintan, un hacinamiento informe y confuso de ruinas y cenizas, con algunas cabañas de árabes, ó algunas tiendas de beduinos sembradas sobre él; tampoco es como Atenas un caos de polvo y de murallas desplomadas, entre las que busca el viajero inútilmente la sombra de los edificios, las líneas de las calles, el aspecto de una ciudad, y no de una ciudad cualquiera, sino brillante de color y de luz. Jerusalen presenta noblemente á la vista sus intactos muros y sus almenas, su mezquita azul con sus blancas columnatas, sus millares de resplandecientes cúpulas sobre las que el sol de otoño se refleja en un vapor brillante, las fachadas de sus casas teñidas por el tiempo, y los estíos, de un color amarillo y dorado como los edificios de Poestum y de Roma, las antiguas torres que defienden sus muros, á las que no falta ni una piedra, ni una

tronera, ni una almena; y en medio, en fin, de una nube de casas y de pequeñas cúpulas que las cubren, una cúpula negra y rebajada del medio punto, mas ancha que las demas y dominada por otra blanca: ellas cubren el santo Sepulcro y el Calvario, los cuales están confundidos y como anegados en el dédalo ó en el laberinto de cúpulas, edificios y calles de que se hallan rodeados. A la verdad es difícil comprender el emplazamiento del Calvario y del Sepulcro, que segun la idea que el Evangelio nos da, deberian encontrarse sobre una colina separada de los muros, y no en el centro de Jerusalen; mas la ciudad que se ha estrechado por el lado de Sion, se habrá ensanchado sin duda por la parte del Norte, para abrazar en su recinto los dos puntos que constituyen su vergüenza y su gloria, el sitio del suplicio del Justo, y el de la Resurreccion del Hombre-Dios.

Así aparece la ciudad desde lo alto del monte de los Olivos; detrás de ella no se descubre horizonte, ni por Occidente ni por el Norte. La línea de sus murallas y de sus torres, las agujas de sus numerosos minaretes, y los cimbrios de sus cúpulas se destacan con desnudéz y crudeza sobre el azul del cielo de Oriente; y la ciudad, sentada sobre un estenso y elevado terraplen, parece brillar aun con el antiguo esplendor de sus profetas, y no esperar mas que una palabra para salir resplandeciente de sus diez y siete ruinas sucesivas, y llegar á ser la *Jerusalen nueva que sale del seno del desierto refulgente de luz.* Esta perspectiva es la mas asombrosa que puede presentar á la vista una ciudad que ya no existe: ella parece existir radiante aun de juventud y vida, y si se mira con

mayor atencion se conoce que no es en efecto sino una hermosa sombra de la ciudad de David y de Salomon. Ningun ruido se percibe de sus plazas y calles; no hay caminos que conduzcan á ninguna de sus puertas por Oriente ni Occidente, por Mediodía ni Setentrion: solo se hallan algunas tortuosas sendas que serpentean al acaso por entre peñas, en las que únicamente se encuentran algunos árabes medio desnudos montados sobre sus jumentos, algunos camellos de Damasco, y algunas mujeres de Belen ó de Jericó, que llevan sobre sus cabezas una cesta de uvas de Engaddi ó una canasta con palomas, que van á vender por la mañana bajo los terebinthos, fuera de la ciudad.

Pasamos el dia sentados enfrente de Jerusalen; dimos la vuelta entera á sus murallas, y pasamos por delante de todas sus puertas. Nadie entraba por ellas, nadie salia, ni siquiera el mendigo: el centinela no se presentaba en el umbral; nada absolutamente vimos ni oimos, y el mismo silencio, el mismo vacío observamos á la entrada de una ciudad de treinta mil almas, durante las doce horas del dia, que si las hubiésemos pasado delante de las puertas del Herculano ó de Pompeya. Solo percibimos cuatro fúnebres convoyes que salieron silenciosos por la puerta de Damasco, y á lo largo de la muralla se dirigieron hácia los cementerios turcos, y á un pobre cristiano que habia muerto de la peste, y que cuatro enterradores conducian al cementerio de los griegos: estos pasaron por cerca de nosotros, estendieron en tierra el cadaver envuelto en sus vestidos, y cavaron silenciosamente su último lecho á los pies de nuestros caballos. Al rededor de

la ciudad está la tierra removida recientemente por las sepulturas que diariamente multiplica la peste; y el solo ruido que se oía fuera del recinto de Jerusalen era el monotono lamento de las mujeres turcas que lloraban sus muertos. No sé si sería la peste la única causa del profundo silencio que reinaba dentro y fuera de la ciudad; mas no lo creo porque los turcos y los árabes no huyen de plagas de Dios, persuadidos de que en cualquiera parte les pueden alcanzar, y que no hay camino para evitarlas. Esta razon, que por una parte es sublime, les hace deducir funestas y falsas consecuencias.

A la izquierda de la plataforma del templo y de las murallas de Jerusalen, la colina que sostiene la ciudad, se baja de repente, se ensancha y se despliega ante la vista en suaves pendientes, sostenidas acá y allá por terraplenes de piedras movedizas: en la cumbre de esta colina, á algunos centenares de pasos de Jerusalen, se ve una mezquita y un grupo de turcos edificios, semejantes á una aldea de Europa con su iglesia y campanario: allí está Sion y el palacio y el sepulcro de David, el lugar de sus inspiraciones y de sus delicias, de su vida y su descanso. Este sitio es sumamente sagrado para mí, cuyo corazon ha conmovido tantas veces, y cuya imaginacion ha exaltado tanto este cantor divino. David es el primero de los poetas para escitar el sentimiento, y es el rey de los líricos. ¡Jamás la fibra humana ha producido sonidos tan acordes ni íntimos! ¡Jamás el pensamiento del poeta se ha elevado tanto, ni clamado con tanta exactitud! ¡Jamás el alma del hombre se ha esplayado ante Dios, y delante del hombre con es-

presiones y sentimientos tan tiernos, tan simpáticos, y tan capaces de conmover! Los gemidos mas secretos del corazon humano, han hallado su espresion en los labios, y la arpa sagrada de este hombre admirable. Si uno se traslada á la época remota, en que resonaron sus cantos en la tierra; si uno medita que en aquel tiempo la poesía lírica de las mas cultas naciones, solo cantaba el vino, el amor, la sangre y los triunfos de las musas y de las carreras en los juegos de la Elida, se estremece uno de asombro al contemplar las acentos místicos de ese rey profeta, que habla al Dios criador, como habla un hombre á su amigo; que comprende y ensalza sus maravillas, que admira su justicia, que implora su misericordia, y que parece un eco anticipado de la poesía evangélica, repitiendo las dulces palabras de Jesucristo sin haberlas oido. Profeta, segun el cristiano, y poeta segun el filósofo, ninguno de los dos podrá negarle una inspiracion que no ha sido concedida á ningun hombre; el que llegue á dudarlo, que lea á Pindaro y á Horacio, despues de haber leido un salmo: en cuanto á mí, no puedo leer los primeros, despues de leer á David!

Si yo, poeta humilde, en un tiempo de decadencia y de silencio, debiese vivir en Jerusalen, escogeria para mi habitacion y para mi sepulcro el lugar que escogió David en el Sion; es la mejor vista que ofrecen Judea, Palestina y Galilea. Jerusalen está á la izquierda con el templo y con sus edificios, y el rey profeta podia fijar en ella sus ojos sin ser visto. Delante tenia deliciosos jardines, que bajando en suavísimas pendientes podian conducirle hasta el fondo del cáuce del tor-

rente, cuya espuma le gustaba ver, y cuyo rumor se complacia en oir. Mas abajo se abre y estiende el valle sombreado por las higueras, por los granados y los olivos; y sobre algunas de las rocas suspendidas encima de la corriente, en algunas de estas grutas sonoras refrescadas por su brisa y al dulce murmullo de sus aguas; al pie de alguno de los terebinthos abuelos del mismo que me cubre, es adonde venia sin duda el poeta sagrado á esperar el soplo divino, que con tanta melodia le inspiraba. ¡Ah! que no pueda yo adquirir este soplo para cantar las tristezas de mi corazon y de las de todos los hombres en una era de inquietud; así como él cantaba sus esperanzas en una edad de juventud y de fe! Pero ya no hay canto en el corazon de los hombres, porque no lo sabe entonar la desesperacion: mientras que no baje un nuevo rayo de luz sobre la tenebrosa humanidad, el hombre pasará en silencio entre abismos de dudas, sin amar, sin orar, ni cantar! Pero volvamos al palacio de David, desde donde se sumerge la vista en el barranco de Josafá, regado y frondoso en aquel tiempo. Una ancha abertura en las colinas del Este conduce de pendiente en pendiente, de cima en cima, de ondulacion en ondulacion, hasta el lago del mar Muerto que refleja los rayos de la tarde en sus pesadas y espesas aguas; del mismo modo que un espejo de Venecia que da un tinte mate y de color de plomo al rayo de luz que lo ilumina: este mar no es, como uno se figura, un lago petrificado en un horizonte triste y sin color: Desde aquí se asemeja á uno de los mas hermosos lagos de Suiza ó de Italia, dejando dormir sus aguas tranquilas á la sombra

de las altas montañas de Arabia, que á la manera de los Alpes, se estienden hasta perderse de vista por detrás de sus olas, y entre las cimas elevadas, piramidales, cónicas, ligeras, á picos, y brillantes de los últimos montes de Judea. Tal es la perspectiva que ofrece Sion.

Existe otra escena en el paisage de Jerusalen, que yo desearía grabar en mi memoria, pero carezco de pincel y colores para trazarla; es el valle de Josafá. Este valle es célebre en las tradiciones de tres religiones; los judíos, los cristianos y los mahometanos, convienen en fijar en él la escena terrible del juicio final. Valle que ha visto ya en sus orillas la principal escena del drama evangélico; las lágrimas, los gemidos y la muerte del Redentor; valle que al pasar por él los profetas han lanzado un grito de tristeza y terror que resuena todavia; y valle, en fin, que debe oir el ruido del grande torrente de las almas, corriendo á la presencia del Señor, al presentarse ellas mismas á su juicio fatal!

La misma fecha.

Tornamos al convento sin haber violado ninguna de las condiciones del pacto que habiamos hecho con los religiosos de San Juan del Desierto, los cuales nos recibieron con una confianza y una caridad que nos enternecieron; porque si no hubiésemos sido hombres de honor; si uno solo de nuestros árabes, burlando nuestra vigilancia, se hubiese comunicado con los que conducian á los apestados en medio de nosotros, llevaríamos sin duda al convento el contagio y la muerte.

29 de octubre.

Salimos del desierto de San Juan á las cinco de la mañana con todos nuestros caballos, escoltas, árabes de Abugosh, y cuatro ginetes que nos habia enviado el gobernador de Jerusalen, y establecimos nuestro campo á dos tiros de fusil de los muros, al lado del cementerio turco, el cual estaba lleno de tiendas de las mujeres que iban á llorar, y de niños y esclavos que llevaban cestas de flores para plantarlas de dia al rededor de los sepulcros. Los ginetes que traíamos de Naplusa entraron solos en la ciudad á advertir nuestra llegada al gobernador; y mientras que volvian nos quitamos nuestros zapatos ó botas y nuestros escarpines de lana que son mas susceptibles de contraer la peste; nos calzamos unas babuchas de tafilete, y nos frotamos con aceite y ajo, cuyo preservativo fue inventado por mí en razon á lo que se observa en Constantinopla. Despues de media hora vimos salir por la puerta de Belen al Kiaya del gobernador; al intérprete del convento de padres latinos, cinco ó seis ginetes ricamente vestidos que llevaban bastones con puños de oro y plata, juntamente con nuestros ginetes de Naplusa y algunos pages á caballo tambien. Salimos á recibirles y formando ellos dos filas á nuestros flancos, entramos por la puerta indicada. En el mismo instante sacaban á tres apestados, muertos aquella noche, y los que los llevaban nos disputaron el paso un momento bajo la bóveda sombría de la entrada. Inmediatamente, despues de pasada esta bóveda, nos hallamos en una encrucijada de mise-

rables y pequeñas casas, y de algunos huertos incultos, cuyas tapias estaban derribadas. Seguimos el mas ancho camino de la encrucijada, y llegamos á una ó dos callejuelas igualmente oscuras, estrechas y sucias, en las que no encontramos mas que convoyes de muertos que pasaban precipitadamente, y que se arrimaban á las paredes á la intimacion y amenaza de los genízaros del gobernador; en varios puntos, vendedores de pan y de frutas cubiertos de harapos, sentados bajo sus tiendecitas, y pregonando sus mercancías lo mismo que en nuestras populosas ciudades: de vez en cuando alguna mujer, tapada con un velo, se asomaba á una ventana con rejas de madera, y un muchacho abria una puerta baja y sombría é iba á comprar la provision diaria. Estas calles estan obstruidas de escombros, de inmundicias acumuladas, y sobre todo de montones de retales ó trapos de tela de algodon azul, barridas por el viento como las hojas muertas, cuyo contacto no podíamos evitar. Estas inmundicias y estos harapos que cubren el suelo de los pueblos de Oriente, son la causa de que la peste se comunique tanto. Hasta aquí no habiamos visto en Jerusalen nada que anunciase la existencia de una nacion, ninguna señal de riqueza, de movimiento y vida; y el aspecto esterior nos habia engañado, como frecuentemente nos habia sucedido en otras ciudades de la Grecia ó de la Siria. La mas miserable aldea de los Alpes ó de los Pirineos; las callejuelas mas descuidadas de nuestros arrabales, abandonados á las últimas clases de menestrales, presentan mas aseo, mas lujo y elegancia que las desiertas calles de la reina de las ciudades. Solo encontramos algunos beduinos

montados en yeguas árabes, cuyos pies resbalaban en el empedrado, ó se ahondaban en hoyos: estos árabes no tienen el aire noble y caballeresco de los scheiks árabes de la Siria ó del Líbano: su fisonomía es feróz, sus ojos de buitre, y su trage el de los bandidos.

Caminamos por estas calles algun tiempo, todas iguales entre sí, y éramos detenidos de cuando en cuando por el intérprete del convento latino, el cual al señalarnos una casa turca arruinada, una puerta vieja de madera carcomida, ó los restos de una ventana morisca, nos decia que era la casa de la Verónica, la puerta del judío errante, y la ventana del Pretorio; empero estas palabras no nos hacian impresion; estaban desmentidas por la estructura evidentemente moderna, y la inverosimilitud que saltaba á los ojos de tan arbitrarias aplicaciones. Son unos fraudes piadosos, de los cuales á nadie se puede echar la culpa, porque no se sabe de quién derivan, ni de qué fecha datan, sino que se repiten hace siglos á los peregrinos, cuya credulidad ignorante los habrá inventado tal vez. Por fin, vimos el techo del convento latino; mas no podíamos entrar, porque los religiosos estaban en cuarentena y tenian cerrado el convento. Una casita que depende de él queda abierta solamente para los estrangeros: está bajo la direccion del religioso que regenta el curato de la ciudad; mas esta casa solo tiene uno ó dos aposentos, y nosotros no entramos.

Nos introdujeron en un patio cuadrado, circuido de arcos, que sostienen el terrado de los religiosos, que es el patio del convento: los padres se asomaron, conversaron con nosotros en

español y en italiano, pues ninguno entendía el francés: los que vinos eran casi todos ancianos, y sus fisonomías apacibles, venerables, espresando la satisfaccion de la felicidad. Nos acogieron con alegría y cordialidad, y manifestaron sentir que la calamidad reinante les impidiese la comunicacion con unos huéspedes, espuestos como ellos mismos á contagiarse y propagar la peste. Les dimos noticias de Europa; ellos nos ofrecieron los socorros que suministra el pais; se mataron carneros en el patio para nosotros, y desde los terrados nos bajaron pan tierno por medio de una cuerda. Además nos regalaron cruces, rosarios, y otras piadosas curiosidades, de que tienen abastecidos sus almacenes, y en cambio les hicimos algunas limosnas, y les entregamos las cartas que para ellos nos habian dado sus amigos de Chipre y de Siria. Los objetos que les dimos fueron sujetados á una rigorosa fumigacion; los sumergieron en una vasija de agua fria, y despues los pusieron al ventileo, metiéndolos en una caldera de cobre colgada de una cuerda en lo alto del terrado. Estos buenos religiosos nos parecieron mas aterrados que nosotros del peligro comun; como han esperimentado tantas veces que una ligera imprudencia ha arrebatado en pocos momentos una comunidad entera, observan las reglas sanitarias con la mayor escrupulosidad. Lo que no pueden comprender es el que nos hayamos precipitado con conocimiento y voluntariamente en este océano de contagio, cuando una gota de él hace estremecer á cualquiera: el párroco de Jerusalen, por el contrario, abligado por su ministerio á correr la suerte de sus feligre-

ses, nos quiso persuadir de que no habia peste.

Despues de media hora de conversacion les llamó á misa la campana; les dimos las gracias; ellos hicieron sinceros votos por nuestro buen viaje, y despues de enviar al campamento las provisiones de que nos habian abastecido, salimos del patio del convento. Bajamos otras calles semejantes á las que ya he descrito, y entramos en una plazuela abierta al Norte y al pie de la colina de los olivos; á nuestra izquierda descendimos algunos escalones y nos encontramos en un cuadrado, donde se halla la fachada de la iglesia del Santo Sepulcro, la cual ha sido descrita tan bien, y tantas veces, que de ella me abstengo de hacer una estensa descripcion. En el esterior, sobre todo, es un vasto y nuevo monumento de la época bizantina; su arquitectura es grave, solemne, grandiosa y rica, para el tiempo en que fué construida: es un digno pabellon elevado por la piedad humana sobre el sepulcro del Hijo Hombre. Si se compara esta iglesia con los edificios construidos entonces, se ve que es superior á todo. Santa Sofía, aunque mucho mas colosal, es mas bárbara en su forma: por la parte esterior es un monte de piedras, flanqueado por collados de piedras; empero el Santo Sepulcro por el contrario, es una aérea y cincelada cúpula, en la que el sábio y gracioso corte de las puertas, de las ventanas, de los chapiteles y las cornisas, añade á la masa el inestimable precio de un trabajo delicado, en donde la piedra se ha convertido en encaje para merecer ocupar un lugar en un monumento levantado al mas sublime pensamiento del hombre, y en donde este mismo pensamiento ó idea está trazado tanto en los de-

talles como en el conjunto del edificio. Es verdad que la iglesia del Santo Sepulcro no está en el dia como cuando la hizo construir Santa Helena, madre de Constantino: los reyes de Jerusalen la retocaron y hermosearon con los adornos de esa arquitectura medio occidental y medio morisca, cuyos modelos y gusto habian encontrado en Oriente; pero tal cual se ve ahora en su esterior con su masa bizantina y sus adornos griegos, góticos y arabes, y con los deterioros sufridos, cuyas llagas abiertas por el tiempo y por los bárbaros, permanecen impresas en su fachada, no contrasta con la idea que uno trae cuando viene á contemplarla, ni con la *idea* que espresa. Al verla, no solo no se siente esa impresion pensa, de una idea mal espresada, ó de un gran recuerdo profanado por la mano del hombre, sino que hace esclamar involuntariamente: *esto es lo que yo me prometia: el artista ha hecho lo mejor que ha podido: el monumento no es digno del Sepulcro, pero es digno del hombre que ha querido honrar este gran Sepulcro.* Con esta impresion se entra en el vestíbulo embovedado de la nave. Al penetrar bajo este vestíbulo que da entrada al pavimento de la iglesia, se nota sobre la izquierda y en el fondo un ancho y profundo nicho, en el que habia imágenes en otro tiempo; en el dia han establecido allí los turcos su divan, pues son los que guardan el Santo Sepulcro, y los solos que tienen derecho de cerrarlo y abrirlo. Cuando pasamos por delante habia cinco ó seis turcos de aspecto respetable, y con largas barbas blancas sentados sobre este divan, cubierto de ricas alfombras de Alepo; á su rededor y sobre estas alfombras habia pipas y tazas de café

nos saludaron con dignidad y gracia, y dieron órden á uno de los vigilantes ó guardianes para que nos acompañase por toda la iglesia. No observé en sus rostros, en sus palabras, ni en sus acciones, nada que pudiese revelar la irreverencia que se les atribuye; ellos permanecen á la puerta, y hablan á los cristianos con la gravedad y el respeto que ordenan el lugar y el objeto de la visita. Poseedores por la guerra del monumento sagrado de los cristianos, no lo destruyen ni arrojan al viento sus cenizas; por el contrario lo conservan, mantienen en él el órden, la policía, y una silenciosa reverencia, que las mismas comuniones cristianas que se lo disputan, estan muy lejos de conservar. Cuidan de que la reliquia comun á todos los que llevan el nombre de cristianos, esté preservada para todos, á fin de que cada comunion goce á su vez del culto que quiera tributar al Santo Sepulcro. Sin los turcos este sepulcro, que les disputan los griegos, los católicos y las diferentes ramificaciones de cristianos, hubiera sido cien veces el objeto de una lucha entre estas rivales comuniones: hubiera pasado al esclusivo poder de la una al de la otra, y sin duda hubiera sido prohibida su entrada á los enemigos de la comunion que triunfase. No creo ver en esto un motivo para atacar ni injuriar á los turcos. La brutal intolerancia de que se les acusa, no se manifiesta de ningun modo con la tolerancia y el respeto á lo que otros hombres veneran y adoran. Por todas partes, por donde ve el musulman la idea de Dios en el pensamiento de los hombres, se inclina y lo respeta; cree que la idea santifica la forma, y esto es ser tolerante. Si los cristianos se

hubiesen hecho dueños por la suerte de la guerra de la Meka y de la Kaaba ¿irian los turcos de todos los puntos de la Europa y del Asia á venerar en paz los monumentos conservados del islamismo?

Despues de este vestíbulo nos hallamos bajo la ancha cúpula de la iglesia: el centro de esta cúpula, que las locales tradiciones designan por el centro de la tierra, está ocupado por un pequeño monumento encerrado en el mayor, como una piedra preciosa encajada dentro de otra. Este interior monumento es un cuadrilongo adornado de algunas pilastras, de una cornisa y de una cúpula de mármol: el todo es de mal gusto, y de un pesado y estraño dibujo: ha sido reconstruido en 1817 por un arquitecto europeo á espensas de la iglesia griega que ahora lo posee. Al rededor de este pabellon interior del Sepulcro reina el vacío de la gran cúpula esterior, por donde se anda libremente; y de pilar á pilar hay grandes y profundas capillas, consagradas cada una á representar uno de los misterios de la Pasion de Jesucristo: todas encierran testimonios ó reliquias de las escenas de nuestra Redencion.

La parte de la iglesia del Santo Sepulcro que no está bajo la cúpula, se halla reservada esclusivamente á los griegos cismáticos, y una separacion de madera pintada y cubierta de cuadros de la escuela griega divide esta nave de la otra. A pesar de la estraña profusion de pinturas y adornos de toda clase, de que estan sobrecargadas las paredes y el altar, su conjunto produce un efecto muy grave y religioso; se conoce que la oracion bajo todas las formas ha penetrado en este santuario, y que las fervorosas generaciones han acumulado delante de

Dios todo lo que creian tener de mas precioso. Una escalera cortada en la peña conduce desde allí á la cumbre del Calvario, donde fueron plantadas las tres cruces; de modo que el Calvario y muchos otros puntos de la Redencion, se encuentran reunidos bajo el solo techo de un edificio de mediana estension; esto parece poco conforme á la relacion de los Evangelios, y uno no espera hallar el sepulcro de Arimatías cavado en la peña fuera de los muros de Sion, á cincuenta pasos del Calvario, que era el lugar de las ejecuciones, encerrado en el recinto de las murallas modernas; pero tales son las tradiciones. El entendimiento no disputa acerca del lugar de la escena por algunos pasos de diferencia, entre las probabilidades históricas y las tradiciones; sea mas aquí ó mas allá, es siempre cierto y muy cierto que no fué lejos de los puntos que se designan. Despues de dedicar un momento á la profunda y silenciosa meditacion en cada uno de estos lugares sagrados, y á los recuerdos que representaban, volvimos á bajar al recinto de la iglesia, y penetramos en el monumento interior, que sirve de cortina de piedra, y que envuelve el mismo Sepulcro, que está dividido en dos pequeños santuarios. En el primero se halla la piedra donde estaban sentados los angeles cuando dijeron á las santas mujeres: *no está aquí: ha resucitado*: el segundo y último santuario encierra el Sepulcro cubierto todavía de una especie de sarcófago que rodea y oculta enteramente á la vista la sustancia de la peña primitiva, en la que fué vaciado el Sepulcro. Esta capilla está perpetuamente iluminada por lámparas de oro y plata: noche y dia arde en ella el incienso, y el aire que

se respira es caliente y embalsamado. Entramos uno á uno separadamente sin permitir á ninguno de los que servian el templo que entrase con nosotros, y quedamos apartados del primer santuario por una cortina de seda carmesí. No quisimos que ninguna mirada turbase la solemnidad del lugar, ni la intimidad de las impresiones que podia inspirar á cada uno, segun su pensamiento, y la naturaleza y grado de su fe, en el grande acaecimiento que recuerda este Sepulcro. Cada uno de nosotros permaneció sobre un cuarto de hora, y ninguno salió con los ojos enjutos. Cualquiera que sea el religioso sentimiento que exista impreso en el alma del hombre, la meditacion interior, la lectura de la historia, los años y las vicisitudes del corazon ó de la razon; sea que el cristianismo conserve en su verdadera pureza los dogmas recibidos en su infancia; sea que pervertido lo haya trocado en un cristianismo filosófico, acomodado á su débil razon; y que partiendo de la primera de estas dos disposiciones, considere á Jesucristo, segun el dogma, como un Dios crucificado, ó partiendo de la segunda lo considere simplemente como el mas santo de los hombres, divinizado por la virtud, inspirado por la verdad suprema, y muriendo para dar testimonio á su padre; finalmente, que Jesus aparezca á sus ojos como verdadero hijo de Dios, ó como hijo del hombre; la divinidad hecha hombre ó la humanidad divinizada, hará siempre que el cristianismo sea la religion de sus recuerdos, de su corazon y de su imaginacion. El alma, donde ha sido derramada esta fecunda y preciosa semilla, no puede ser tan combatida y contrastada por las ráfagas de las pa-

siones de la vida y del siglo, que no conserve su primer gérmen, y que el aspecto de los lugares y de los monumentos visibles de su primer culto, no renueve, no rejuvenezca en él sus primeras impresiones, y no le conmueva con un estremecimiento solemne. Para el filósofo, para el cristiano, para el moralista y para el historiador, es este Sepulcro el límite que separa dos mundos, el antiguo y el nuevo; es el punto de donde ha salido una idea que ha renovado el universo; es una civilizacion que lo ha trastornado todo: una palabra que ha resonado en todo el globo: este sepulcro es la tumba del mundo antiguo y la cuna del nuevo: ninguna piedra de este globo ha formado el cimiento de tan vasto edificio; ningun sepulcro ha sido tan fecundo; ninguna doctrina encerrada tres dias en él, ha quebrantado tan victoriosamente la roca con que el hombre la habia sellado, ni ha dado un mentís á la muerte con una Resurreccion tan brillante y perpétua!

El último de todos, cuando llegó mi vez, entré en el santuario del Sepulcro con la imaginacion exaltada por inmensas ideas, y con el corazon conmovido por las mas íntimas impresiones. Estas impresiones no se escriben, porque son un misterio entre el hombre y su alma; entre el Criador y la criatura que piensa: son impresiones que se exhalan con el humo de las lámparas piadosas, con el perfume de los inciensos, y con el vago y confuso murmullo de los suspiros; impresiones que caen con las lágrimas que destilan los ojos al recuerdo de los primeros nombres que hemos articulado en la infancia, los nombres del padre y de la madre que nos los enseñaron, los de los her-

manos, de las hermanas y de los amigos que los pronunciaron con nosotros. Todas las impresiones piadosas que han conmovido mi alma en esta vida; todas las oraciones que han salido de mi corazon y de mis labios, en nombre de aquel que nos enseñó á orar á su Padre y al nuestro; todos los gozos, todas las tristezas de estas oraciones se despertaron en mi alma, y por su recuerdo y su tropel produjeron un resplandor que deslumbró la inteligencia, y un enternecimiento del corazon, que en vano busca palabras; se resuelve y se espresa en los ojos humedecidos, en el corazon oprimido, en una frente que se inclina, y en una boca que se aplica silenciosamente sobre la piedra de un sepulcro. Permanecí orando largo tiempo en aquel mismo lugar, desde el cual subió al cielo por la primera vez, la mas bella, la mas pura, y la mas fervorosa de las oraciones de la tierra: oré por mi padre aqui bajo, por mi madre en el otro mundo: por todos aquellos que viven, ó que han muerto: pero cuyo vínculo invisible no se ha roto jamas, pues la comunion del amor existe siempre El nombre de todos los seres á quienes he amado, y de quienes he sido amado, pasó de mis labios á la piedra del Santo Sepulcro: solo despues de haber orado por los demás, fué cuando oré por mi! Mi oracion fué fervorosa: reclamé la verdad y el aliento á aquel mismo que esparció la verdad sobre la tierra, y que murió con mas decision por la verdad, de la que Dios le habia hecho Verbo. Siempre me acordaré de las palabras que pronunció en esta hora de crisis de mi vida moral: ¡Quizás tuve la dicha de ser oido! Una gran luz

de razon y conviccion resplandeció en mi inteligencia, y separó con mayor fuerza la luz de las tinieblas y el error de la verdad. Hay momentos en la vida, en que las ideas del hombre, vagas y flotantes mucho tiempo, como olas sin cáuce, llegan á tocar una orilla, y refluyen sobre sí mismas con formas nuevas, y contraria corriente á la que las habia impelido hasta allí. Para mí este fué uno de esos momentos que comprende solo el que sondea los pensamientos y los corazones; yo lo comprenderé tal vez un dia. Fué un misterio de mi vida que se revelará mas tarde!

El mismo dia.

Salimos de la iglesia del Santo Sepulcro, y seguimos la via Dolorosa ó calle de Amargura, de la que ha publicado Chateaubriand un itinerario tan poético; pero no vimos nada que nos sorprendiese y nada de verosímil, pues las masas de construcion moderna están indicadas por los frailes á los peregrinos, como vestigios incontestables de las diversas estaciones de Jesucristo. Es una cosa sobre la que uno no puede engañarse á la simple vista, y toda confianza en estas locales tradiciones, se destruye con anticipacion por la historia de los primeros años del cristianismo, en los que Jerusalen no conservó piedra sobre piedra, y en los que los cristianos fueron desterrados de la ciudad durante mucho tiempo. Esceptuando sus piscinas y los sepulcros de sus reyes, Jerusalen no conserva ningun monumento ó edificio de estas grandes épocas; solamente se pueden reconocer algunos puntos como el del templo designado por

sus terraplenes, en los que está situada la grande y hermosa mezquita de Omar-el-Sakara, el monte Sion, ocupado por el convento de los armenios, y el sepulcro de David; y todavía solo con la historia en la mano, y con una especie de duda pueden ser determinados con cierta precision. A escepcion de las murallas que sostienen los terraplenes sobre el valle de Josafá, ninguna piedra data de aquel tiempo por su forma y color; todo lo antiguo es polvo, todo lo que existe es moderno. El ánimo vaga incierto sobre el horizonte de la ciudad sin saber donde fijarse; pero la ciudad trazada entera por la colina circunscrita que la sostiene, por los diferentes valles que la circundan, y sobre todo por el valle profundo del Cedron, no deja duda alguna de que allí estaba situada Sion, punto original y desgraciado para la capital de un pueblo grande y mas bien una fortaleza natural de un pueblo pequeño, arrojado de la tierra, y refugiado con su Dios y su templo á un suelo que nadie tenia interés en disputarle: la mirada se estiende sobre rocas que ningun camino puede hacer accesibles, en valles sin agua, en un clima áspero y estéril, y sin otro horizonte que las montañas, calcinadas por el fuego interior de los volcanes, los montes de la Arabia y de Jericó, y un mar infecto sin costas y sin navegacion, como es el mar Muerto. ¡He aquí la Judea: he aquí el sitio de un pueblo, cuyo destino es el de ser perseguido en todas las épocas de su historia, y al que las naciones han disputado aun esta capital de sus proscripciones, situada como el nido de un águila sobre este grupo de montañas! Sin embargo, este pueblo llevaba consigo la gran-

de idea de la unidad de Dios y la verdad de esta idea bastaba para separarle de los demás pueblos, engreirle en sus proscripciones, y hacerle confiar en sus providenciales doctrinas!

La misma fecha.

Hemos recorrido diferentes barrios de la ciudad, todos tan desnudos, tan miserables y tan desmantelados como los primeros por donde habíamos entrado: bajamos despues por el lado de la mezquita famosa, que ocupa el lugar donde estaba el templo de Salomon.

El gobernador de Jerusalen tiene su serrallo en un edificio contiguo á los jardines y á las paredes de la mezquita, y fuimos á visitarle y darle gracias; el patio de aquel está rodeado de calabozos con rejas, en las que vimos los rostros de algunos bandidos de Samaria y de Jericó, que esperaban su libertad, ó el sable del Pachá. Ginetes tendidos á los pies de sus caballos, scheiks del desierto, y árabes de Naplusa, estaban asparcidos sobre las escaleras, ó bajo los hangares, aguardando la hora del diván, pero el gobernador, que supo nuestra llegada, nos envió su hijo para hacernos subir. Es este un jóven de treinta años, el mas hermoso de los árabes, y quizas de todos los hombres que he visto. La fuerza, la gracia, la inteligencia y la amabilidad, están fundidas y espresadas de tal modo en sus facciones, y brillan á la vez en sus azules ojos con una evidencia tan atractiva, que nos admiramos al verle. Es samaritano, y el gobernador su padre es el árabe mas poderoso de los habitantes de Naplusa. Perseguí-

do por Abdalla, pachá de Acre, y muchas veces en guerra con él durante la dominacion de los turcos, se habia visto obligado á refugiarse con su familia en los montes, mas allá del mar Muerto, y la victoria de Ibrahim-Pachá sobre Abdalla lo habia restituido á su patria. Allí habia encontrado sus riquezas y su influencia, y el pachá de Egipto, para suplir la insuficiencia de las tropas egipcias, le habia confiado el gobierno de Samaria y Jerusalen: todas las fuerzas de que disponia, se reducian á algunos centenares de caballos de su tribu, con los cuales mantenia el órden y la dominacion de Ibrahim sobre las poblaciones inmediatas. Entramos en el divan, que es una gran sala, sin mas adornos que algunas alfombras sobre esteras, pipas y tazas de café por el suelo: el gobernador, rodeado de muchos esclavos, muchos árabes armados, y algunos secretarios, que escribian de rodillas, estaba ocupado en hacer justicia y dar salida á los negocios. Al vernos se levantó, se adelantó á recibirnos, y mandó quitar las alfombras del divan que podian comunicar la peste, y sustituirlas con esteras de Egipto, que no la comunican: nos sentamos, y nos sirvieron las pipas y el café. Le hizo mi dragoman en mi nombre los cumplimientos de costumbre, y yo le dí las gracias por mí mismo de sus atenciones y de la pena que se tomaba para que unos estrangeros como nosotros pudiésemos ver sin peligro los lugares consagrados por su religion. A esto me respondió con atenta sonrisa, que hacia solo lo que debia, que los amigos de Ibrahim lo eran suyos, que él era responsable hasta de un cabello de sus cabezas, y que estaba dispuesto, no solo á hacer lo que habia

hecho, sino á marchar él mismo, si yo quería, con sus tropas, y acompañarme á todas partes adonde mi curiosidad ó mi religion me inspirasen el deseo de ir, en los límites de su gobierno, pues tal era la órden del pachá. Quiso despues que le diésemos noticias de la guerra, y de la parte que tomaban las potencias de Europa en la suerte de Ibrahim. Le respondí de un modo que satisfaciese sus secretas miras, y le dije que la Europa miraba á Ibrahim-pachá, como un guerrero civilizador, bajo cuyo aspecto tomaba interés en sus victorias, que ya era tiempo que el Oriente participase de los beneficios de una administracion mejor; que el pachá de Egipto tenia la armada mision de la civilizacion europea en Arabia; que su valor, y la táctica que habia aprendido de nosotros, le daban la certidumbre de vencer al gran visir, que se adelantaba á su encuentro en Caramania; que segun todas las apariencias conseguiria una gran victoria, y marcharía sobre Constantinopla; y que si bien no entraría en esta capital, porque los europeos no se lo permitirían aun, haria la paz con la mediacion de ellos y conservaría la soberanía permanente de la Arabia y de la Siria. Esto era lo que deseaba el viejo sublevado de Naplusa: sus ojos bebian mis palabras, y su hijo y sus amigos inclinaban y acercaban sus cabezas á la mia, para no perder una palabra de esta conversacion, que era para ellos el augurio de una larga y pacífica dominacion en la Samaria. Cuando vi con tan favorables disposiciones al gobernador, le manifesté mi deseo, no de entrar en la mezquita de Omar, pues sabia que un paso semejante era contrario á las costumbres del pais, sino de examinarlo esteriormente. Si lo

exigís, me respondió, se os abrirán todas las puertas; pero yo me espondria á irritar contra mí á los musulmanes de la ciudad, que son ignorantes todavía y que creen que la entrada de un cristiano en la mezquita seria muy peligrosa para ellos, porque esta profetizado que lo que un cristiano pida á Dios dentro de El-Sakara, lo conseguirá; y creen que un cristiano no dejará de pedir la ruina de la religion del profeta y el esterminio de los musulmanes. En cuanto á mí, añadió, no creo nada de eso, todos los hombres son hermanos, aun cuando adoren al Padre comun, cada uno en su lengua: pienso que este no dará nada á los unos, á espensas de los otros; que hará lucir su sol para los adoradores de todos los profetas; y que los hombres no saben nada, sino que Dios lo sabe todo. ¡Allah-Kerim! ¡Dios es grande! Y al decir esto inclinó su cabeza sonriendo. Dios me libre, contesté, de abusar de vuestra hospitalidad, y de esponeros á ningun disgusto por satisfacer una vana curiosidad de viajero; mas si entrase en la mezquita de El-sakara, no pediría la esterminacion de ningun pueblo, sino la iluminacion y la felicidad de todos los hijos de Dios. A estas palabras nos levantamos, y nos condujo por un corredor á una ventana de su serrallo, que da á los patios esteriores de la mezquita. Desde este punto no pudimos abrazar su conjunto tan bien como desde lo alto del monte de los Olivos, y solo distinguimos las paredes de la cúpula, algunos moriscos pórticos de una arquitectura elegante, y las copas de los cipreses que crecen en los jardines interiores. Me despedí del gobernador, y le manifesté que mi proyecto era permanecer ocho ó diez dias acampa-

do á las inmediaciones de la ciudad, y partir despues para el mar Muerto, para el Jordan y Jericó, y hasta el pie de los montes de la Arabia Petrea; que volveria á entrar muchas veces en Jerusalen, y que solo pedia el número de caballos que fuese suficiente para nuestra seguridad en las diferentes escursiones que me proponia hacer en la Judea. Salimos de Jerusalen por la misma puerta de Belen cerca de la cual estaban establecidas nuestras tiendas, y por la tarde acabamos de examinar todos los puntos consagrados fuera de las murallas.

El mismo dia.

Hemos recorrido en esta tarde las pendientes que se estienden al sud de Jerusalen, entre el sepulcro de David y el valle de Josafá, que son el único lado de la ciudad que presenta la apariencia de alguna vegetacion. A la parte de Poniente me senté frente del monte de los Olivos, á unos quinientos pasos de la fuente de Silhoé, donde estaban con corta diferencia los jardines de David: tenia á mis pies el valle de Josafá, las paredes de los terraplenes del templo á mi izquierda, un poco mas altas que yo; y veia las copas de los hermosos cipreses que suben piramidalmente por encima de los pórticos de la mezquita, el-Aksa y las copas de los naranjos que sombrean la hermosa fuente del templo, llamada de los naranjos. Esta fuente me recuerda una de las mas deliciosas tradiciones orientales, inventadas, trasmitidas ó conservadas por los árabes. He aquí como ellos refieren que escogió Salomon el sitio de la mezquita.

Jerusalen era un cultivado campo, y dos her-

manos poseian el terreno que ocupa la mezquita: uno de estos hermanos era casado y tenia muchos hijos; el otro vivia soltero, y ambos cultivaban en comun el campo que habian heredado de su madre. Llegado el tiempo de la siega, los dos hermanos ataron las garbas, hicieron de ellas dos montones iguales y los dejaron en el campo. Cuando llegó la noche, el hermano soltero pensó que su hermano tenia una mujer é hijos que mantener, y que él era solo; por consiguiente que no era justo que su parte fuese tan grande como la de su hermano, y determinó tomar secretamente algunas garbas de su monton y añadirlas al de su hermano, el cual no lo advertiria y no podria rehusar este don: lo hizo como lo habia imaginado. La misma noche el hermano casado se despertó y dijo á su mujer: mi hermano es jóven, vive solo y sin compañera, no tiene nadie que le ayude al trabajo y que le consuele en sus penas, y no es justo que nosotros tomemos del campo comun tantas garbas como él: levantémonos, pues, llevemos algunas garbas á su monton, y como él no lo advertirá, no podrá rehusarlas, lo que ejecutaron tambien, segun habian ideado. Al dia siguiente fueron al campo los dos hermanos y quedaron sorprendidos al ver que los dos montones eran exactamente iguales: ni el uno ni el otro podian comprender este prodigio. Hicieron lo mismo muchas noches: mas como fuese el mismo el número de las garbas que cada uno aumentaba al monton de su hermano, los dos montones quedaban iguales siempre, hasta que una noche habiéndose quedado los dos en observacion para averiguar este arcano, se encontraron trasladando las garbas que re-

ciprocamente se destinaban. De esto se infirió que el lugar en donde había ocurrido un pensamiento tan escelente á dos hombres, en el que habian tenido tanta perseverancia, debia ser agradable á Dios, por lo que lo bendijeron los hombres y lo escogieron para edificar un templo en él.

¡Qué hermosa tradicion! ¡y cómo respira la sencilla bondad de las costumbres patriarcales! ¡Qué sencilla, antigua y natural es la inspiracion de consagrar á Dios un lugar en el que la virtud ha germinado sobre la tierra! He oido centenares de leyendas de esta naturaleza entre los árabes: en todas las partes del Oriente se respira el aire de la Biblia.

El valle de Josafá presenta el aspecto mas conforme al destino que le da la cristiandad, pues si bien es algo estrecho, se parece á un vasto sepulcro dominado por todas partes de monumentos fúnebres, encajonado en su estremidad meridional en la peña de Siloé, y todo agugereado de hoyos ó cavidades sepulcrales, como una colmena de la muerte. Los límites de estos túmulos son los sepulcros de Josafá y Absalon, cortados en la roca viva en figura piramidal, sombreados por un lado por los negros collados del monte de las Ofensas, y por el otro por los muros del templo derrocado. Este lugar inspira un terror santo, pues fué destinado desde muy temprano para las gemonias (1); y es en donde los profetas han colocado las escenas de muerte, de resurreccion y juicio. La idea que se tiene del valle de Josafá, es la de un ancho valle encajonado entre montañas, por el que corren con

(1) Ejecuciones de justicia.

lamentable murmullo las aguas lúgubres del ancho y negro torrente del Cedron, en el que hay anchas gargantas abiertas sobre los cuatro puntos cardinales, las cuales se van ensanchando para abrir paso á los cuatro torrentes de muertos que vengan de Oriente y Occidente, de Setentrion y Mediodía, y en el que los inmensos graderíos de colinas, se abren en anfiteatro para dar lugar á los innumerables hijos de Adan que deben asistir al final desenlace del gran drama de la humanidad. Pero no es nada de eso; este valle es un foso natural, vaciado entre dos montes de la elevacion de algunos centenares de pies, uno de los cuales va á parar á Jerusalen, y termina el otro en la cumbre de los Olivos. Si se desplomasen las murallas de Jerusalen colmarian su mayor parte; no hay ninguna garganta que desemboque allí; y el Cedron que sale de tierra á algunos pasos mas arriba del valle, es solo un torrente que se forma en invierno por la acumulacion de las aguas pluviales que bajan de algunos campos de olivos debajo de los sepulcros de los reyes; está atravesado por un puente en medio del valle, y delante de una de las puertas de Jerusalen, tiene algunos pasos de anchura, y el valle en este punto no es mas amplio que el rio. Este torrente, que se halla seco actualmente, indica su cáuce y rápida corriente con una caja de piedras blancas que cubre el fondo del barranco. Para dar una idea de este valle, diremos que se parece á un ancho foso de una ciudad fortificada, al que arrastran sus inmundicias en invierno los albañales ó sumideros de la ciudad, en el que los pobres habitantes de los arrabales disputan á la fortificacion un pedazo de tierra pa-

ra cultivar algunas legumbres, y al que van á pacer los asnos y las cabras abandonadas sobre sus escarpadas pendientes las yerbas agostadas y marchitas por el polvo y la inmundicia: que se siembre ademas de piedras sepulcrales pertenecientes á diferentes cultos, y he aquí lo que es el valle de Josafá.

El mismo dia.

Estoy delante de la fuente de Silhoé única que se encuentra en el valle: él es el manantial que daba inspiraciones á los reyes y á los profetas. No sé como son tantos los viajeros que han tenido dificultad en hallarla, y que disputan todavía sobre el lugar que ocupa: héla aquí llena de sabrosa y límpida agua esparciendo su húmedo vapor en el aire abrasado y polvoroso del valle, a veinte escalones de profundidad, en la roca que sostenía el palacio de David, con su bóveda de piedras alisadas por los siglos, y tapizadas en sus intersticios de musgo y de yedra antiquísima. Las gradas están gastadas y relucientes como el marmol, por los pies de las mujeres que vienen á llenar sus cantaros del pueblo de Silhoé: he bajado á ella; me he sentado sobre sus fresquísimas baldosas; he escuchado con atencion su ligero murmullo para acordarme de él; he lavado en sus aguas mis manos y mi frente, y he repetido los versos de Milton para invocar sus inspiraciones, que estan mudas hace ya tanto tiempo. Este es el solo punto de los alrededores de la ciudad Santa, donde puede el viajero humedecer sus dedos, apagar su sed, é inclinar su cabeza á la sombra de una peña refrescada y de dos ó tres copos de ver-

dura. Algunos huertecitos plantados de granados y de otros arbolillos por los árabes de Silhoé, esparcen al rededor de la fuente algunos ramos de hojarasca de un color verde caido: estos árboles están regados y nutridos por las sobrantes aguas de la fuente: allí concluye el valle de Josafá: mas abajo hay un pequeño llano, al que se llega por una suave pendiente, que atrae la vista á las anchas y profundas gargantas de los montes volcánicos de Jericó y San Sabas: el mar Muerto concluye el horizonte.

MARGENES DEL JORDAN, MAS ALLA DEL LLANO DE JERICÓ, Y POCAS LEGUAS DE LA DESEMBOCADURA DEL RIO EN EL MAR MUERTO.

A las siete de la mañana del 30 de octubre dejamos á Jerusalen toda la caravana, seis soldados de Ibrahim pachá, el sobrino de Abugost con sus cuatro caballos, y ocho caballos árabes de Naplusa enviados por el gobernador de Jerusalen: dimos la vuelta á la ciudad, bajamos al fondo del valle de Josafá, y subiendo despues á lo largo del monte de los Olivos, dejando á la derecha el *mons offensionis*, atravesamos en su estremidad meridional la cadena de montes, que son continuacion del de los Olivos, y llegamos al lugar de Bethulia, poblado aun por algunas familias árabes, donde reconocimos los restos de un cristiano monumento. Allí hay una fuente, y un árabe estuvo una hora sacando agua para dar á beber á nuestros caballos, y llenar nuestras vasijas, que siempre llevábamos colgadas de las sillas de nuestras

mulas: no se encuentra agua hasta Jericó, que está á diez ó doce horas de camino.

Salimos de Bethulia á las cuatro de la tarde, y bajamos dos horas por un camino ancho y por pendientes artificiales, cortadas á pico en los montes, que sin interrupcion se sucedian. Este es el único camino que he encontrado en Oriente, el cual va á Jericó y á las fértiles llanuras regadas por el Jordán, y guia á las posesiones de las tribus de Israel, á las que tocó todo el curso de este rio y el llano de Tiberiades hasta las inmediaciones de Tiro y el pie del Líbano. El mismo camino conduce á la Arabia, á la Mesopotamia, y desde allí á la Persia y á la India, con cuyos paises habia establecido Salomon sus grandes relaciones comerciales: el fué sin duda quien lo hizo construir, y por estos valles fué probablemente tambien por donde pasó el pueblo judío la primera vez que bajó de la Arabia Petrea para tomar posesion de su herencia.

Al salir de Bethulia no se encuentran casas ni cultivo, y los montes están desnudos de vegetacion enteramente: todo es peña, ó polvo que traslada el viento segun su direccion: un color ceniciento subido, cual si fuera un paño fúnebre, cubre toda esta tierra. De tiempo en tiempo se quebrantan y hienden los montes en estrechas y profundas gargantas, que son abismos sin senda, en los que no distingue la vista mas que la repeticion de las escenas mismas que le rodean. Casi todos estos montes tienen apariencia volcánica, y las piedras que han rodado sobre sus laderas ó sobre el camino, parecen pedazos de lava endurecida, con grietas abiertas por los siglos. A trechos, aunque á gran distancia, y sobre las crestas de algunos co-

llados, se nota tambien ese ligero tinte amarillento y sulfúreo, que se ve sobre el Vesubio y sobre el Etna; de modo que no se puede resistir mucho tiempo la impresion de tristeza y horror que inspira este espectáculo, opresion del corazon, y afliccion para la vista. Cuando uno llega á la cumbre de alguna de estas montañas, y se estiende un instante el horizonte ante sus ojos, no ve sino cordilleras negruzcas, cimas cónicas ó truncadas, amontonadas unas sobre otras, que se dibujan en el subido azul del firmamento: es un laberinto sin límites, avenidas de montañas de todas formas despedazadas, rotas, hendidas en inmensos pedazos, y vueltas á encadenar ó atar las unas á las otras, por eslabones de collados semejantes, con barrancos sin fondo, en donde al menos espera uno oir el ruido de un torrente: pero en donde nada se oía, y sin que se pudiese descubrir un árbol, una yerba, una flor, un solo musgo siquiera: ruinas en fin de un mundo calcinado, donde el hervor de su tierra de fuego con su caldo petrificado ha formado estas ondas de piedra y de tierra. A las seis encontramos en el fondo de un barranco las paredes de un arruinado kan, y una fuente defendida por una pared, en la que estaban escritas sentencias del Koran; la fuente corria gota á gota, y nuestros árabes aplicaron á ella en vano sus labios: hicimos descansar los caballos un momento, y como hacia tanto tiempo que bajábamos, creíamos hallarnos al nivel del llano de Jericó y del mar Muerto. Volvimos á tomar el camino, rendidos del calor y del cansancio del dia; nuestros ginetes árabes nos lisonjeaban con la esperanza de hallarnos á pocas horas de Jericó: mas la

noche se acercaba, y el crepúsculo añadió pronto su horror al de las gargantas en donde nos hallábamos. Despues de una hora de marcha en el fondo de este valle, nos hallábamos todavia sobre las escarpadas pendientes de una nueva cadena de montes que nos pareció la última para bajar al llano de Jericó: la noche cerrada nos ocultó enteramente el horizonte; no podiamos distinguir los precipicios sin fondo que teniamos á nuestros pies, en cuyos abismos íbamos á caer al menor paso dado en falso: la sed nos devoraba; nuestras vasijas se habian agotado, y como uno de los samaritanos dijese á mi dragoman que sabia donde habia una fuente allí cerca, nos decidimos á hacer alto si la encontraba; mas al cabo de media hora de esperar, volvió diciendo que no habia podido encontrarla, y nos determinamos á seguir adelante. Nos quedaban todavia cuatro horas de camino: colocamos los árabes de Naplusa á la cabeza de la caravana; se dió órden á los ginetes de seguir paso a paso al que le precedia sin perder su huella; y se estableció el mas profundo silencio.

Era la noche tan oscura, que no se alcanzaba á distinguir la cabeza del caballo, y solo seguíamos á nuestros compañeros por el ruido de los pasos; mas la caravana se detenia á cada instante, porque los que iban delante tenian que sondear la senda, por temor de precipitarnos en el abismo; así es que nos apeamos para marchar con mas seguridad, y veinte veces nos vimos precisados á detenernos por los gritos que se daban á la cabeza ó á la cola de la caravana, de haber rodado un caballo, ó de haber caido un hombre. Ya estuvimos á punto de hacer alto, y esperar in-

móviles en nuestro sitio á que pasase una noche tan larga y profunda; pero la cabeza andaba, y era preciso seguirla. Al cabo de tres horas, pasadas en este peligro y ansiedad, oimos muchos gritos y tiros á la cabeza de la caravana; creimos que nos atacaban los árabes de Jericó, y cada uno se dispuso á hacer fuego; pero de uno á otro se nos comunicó la noticia de que eran los naplusianos, que gritaban de alegría, y que disparaban sus armas porque nos habíamos salvado del mal paso. Con efecto, sentimos que el camino se allanaba, y yo volví á montar: mi caballo llega á sentir la inmediacion del agua, se resiste al freno, yo quiero sujetarlo, y en la lucha cae conmigo en una quebrada: nadie lo advierte con la oscuridad; pero no suelto la brida, recobro la silla, abandono el animal á su instinto, sin saber si me encuentro en una coraisa del monte ó en el barranco de un llano, y él echa al galope relinchando, y no para hasta la orilla de un ancho arroyo, poco profundo, y rodeado de zarzas ó espinosos arbustos. Mientras que bebe oigo á mi izquierda los gritos y los tiros de pistola de mis árabes, que han notado mi falta, y que me buscan en el llano: al mismo tiempo veo brillar un fuego al través de las hojas de los arbustos, dirijo mi caballo por este lado, y en pocos minutos me encuentro á la entrada de mi tienda, plantada á la orilla del riachuelo. Entonces era ya media noche; comimos un pedazo de pan mojado en agua, y nos dormimos, sin saber donde estabamos, y sin llegar á concebir cómo habiamos pasado tan repentinamente desde aquella soledad sin sombra y sin agua á la orilla de un arroyo que á la luz de nuestras hachas y de la hoguera de los árabes,

nos pareció un riachuelo de los Alpes, con su cortina de sauces y sus malorrales de juncos.

Si hubiese tenido el Tasso la inspiracion de los lugares al escribir su Jerusalen Libertada, como Mr. de Chateaubriand supone (de lo que no le alabaré por mas que sea su admirador, pues es imposible haber comprendido menos los sitios, ni mentido mas con respecto á las costumbres, aunque esto nada importe, pues la poesía está en el corazon;) si hubiese tenido, repito, semejante inspiracion, la orilla de este arroyo hubiera sido el punto adonde hubiera hecho llegar á Herminia huyendo en su caballo abandonado á su capricho, y donde hubiera encontrado á ese pastor de la Arcadia, y no árabe, del que hace tan brillante descripcion.

Nos despertamos muy de mañana al ruido del canto de mil pájaros que volaban entre las ramas de los árboles, y al murmullo del agua que corria en su cáuce sobre un fondo cubierto de guijarros, y salimos de las tiendas para recorrer el sitio adonde la noche nos habia arrojado. Los montes de la Judea que habíamos atravesado la víspera, quedaban al Oriente, á una legua de nuestro campo: su cadena árida siempre, se estendia hasta perderse de vista al Mediodía y Norte, y de distancia en distancia veíamos anchísimas gargantas que desembocaban en el llano, de las cuales salian como rios, olas de vapores nocturnos que se estendian á manera de sabanas de niebla sobre las arenas onduladas de las orillas del lago Asphaltite. Al Occidente un vasto desierto de arena nos separaba del Jordan que no alcanzábamos á ver, del mar Muerto, y de las montañas azules de la Arabia Petrea. Estas

montañas, vistas á tales horas y desde semejante distancia, por el juego de sus sombras sobre sus cumbres y en sus valles sembrados de cultura, y sombreados de bosques, y por los blanquizcos barrancos que los surcan, nos parecian la caida del agua, y el resplandor de una cascada. Era sin embargo una equivocacion, pues cuando nos acercamos reconocí que su mayor parte presentaba el mismo aspecto de esterilidad y desnudez que las de la Judea. Todo en derredor nuestro era fresco y risueño, aunque inculto, porque el agua lo anima todo, hasta el desierto; y los ligeros arbustos que estaban esparcidos á su orilla como florestas artificiales á grupos de dos y tres, nos recordaban los hermosos paisages de nuestra patria. Montamos á caballo, y aunque no debíamos estar sino á una legua de Jericó, como no distinguíamos ni las murallas, ni el humo en la llanura, no sabíamos á punto fijo la direccion que debíamos tomar, cuando unos treinta beduinos montados sobre caballos soberbios desembocaron por entre dos lomas de arena, y se acercaron á nosotros. Esta cabalgata se componia del scheik y de los principales habitantes de Jericó, los cuales habian sabido nuestra llegada por un árabe del gobernador de Jerusalen y nos buscaban en el desierto para unirse á nuestra comitiva. No conocíamos hasta entonces á los árabes del desierto de Jericó mas que por la nombradía de ferocidad que tienen en toda la Siria, y en el primer momento no sabíamos con exactitud si venian como amigos ó enemigos; pero en los muchos dias que permanecieron con nosotros no hicieron cosa que indicase mala intencion. Aterrados por el nombre de Ibrahim, de quien nos creian emi-

sarios, nos daban todo lo que ofrecia el pais, la libertad del desierto, el agua de las fuentes y la comida para nuestros caballos. Di gracias al scheik y sus amigos por la escolta que me ofrecian; se unieron á nosotros y corriendo á nuestros flancos por encima de los montes de arena se presentaban y desparecian con la celeridad del rayo. Un hermano del scheik montaba un caballo muy hermoso y de una viveza estraordinaria, y encargué á mi dragoman que lo comprase á cualquier precio; mas como una oferta semejante no puede hacerse directamente sin herir la delicadeza de su dueño, fueron necesarios muchos dias de negociaciones para adquirir este precioso animal que destiné para mi hija.

JERICÓ.

Despues de una hora de camino nos encontramos, cuando menos lo esperábamos, á los pies de los muros de Jericó, los cuales son unas verdaderas murallas de veinte pies de elevacion sobre quince ó veinte de espesor, formadas de haces de espinos, puestos unos sobre otros, y arreglados con admirable industria, para impedir el paso de los hombres y de los ganados: estas murallas, si bien no caerian naturalmente al son de trompeta, una chispa del fuego del pastor, ó la zorra de Sanson, las incendiarian fácilmente. Esta fortificacion de pinos secos tenia dos ó tres puertas, abiertas siempre, que guardarian sin duda por la noche los centinelas árabes. Al entrar por una de estas puertas vimos sobre los anchos techos de algunas cabañas de barro todas las mujeres y niños de la ciudad, agrupados en actitudes las mas pintorescas, que se

apiñaban unas á otras para vernos pasar. Estas mujeres, desnudas de hombros y piernas, no llevaban mas vestido que un pedazo de tela de algodon azul, atado á la mitad del cuerpo con un cinturon de cuero, brazos y piernas adornados con brazaletes de oro y plata, y el pelo crespo flotando sobre el cuello; algunas lo tenian trenzado como muchas pleitas, entrelazado con piastras y sequines que caian con profusion sobre sus pechos y hombros. Hay varias de ellas muy hermosas, pero no tienen el aire de dulzura, de tímida modestia y languidez voluptuosa de las árabes de la Siria. No parecen mujeres sino hembras de bárbaros: tienen en los ojos y ademanes el mismo fuego, la misma audacia y la propia ferocidad del beduino. Habia muchas negras en medio de ellas que no parecian esclavas; y no lo serian tal vez, porque los beduinos se casan indistintamente con negras ó blancas, sin que influya el color en las categorías. Las mujeres prorumpian en gritos salvages y reian al vernos pasar: los hombres al contrario mostraban reprobar su curiosidad indiscreta, y solo aparentaban gravedad y respeto. No lejos de las murallas de espinos pasamos por cerca de dos ó tres casas de scheiks, edificadas con barro secado al sol; tienen pocos pies de elevacion; el terrado cubierto de esteras y alfombras es la habitacion principal, y la familia pasa en él el dia y la noche. Delante de la puerta hay un ancho banco de barro seco, allí se estiende una alfombra para el dueño de la casa, que se establece en él desde por la mañana rodeado de sus esclavos, y recibe las visitas de sus amigos. El café y la pipa humean sin cesar; un gran patio

lleno de caballos, de camellos, de cabras y de vacas, rodea la casa, y hay siempre ensilladas y embridadas dos ó tres hermosas yeguas para las correrías del dueño.

Nos detuvimos algunos momentos cerca del palacio de barro del scheik, que nos ofreció agua, café, la pipa, y hacer matar una ternera y algunos carneros. Recibimos de él también, pollos, sandías y otras cosas, y volvimos á tomar el camino precedidos del scheik y de quince ó veinte caballos de los árabes principales de la ciudad. A la inmediacion de Jericó encontramos algunos campos de maiz bien cultivados, huertos de naranjos y granados y hermosas palmeras que circundan las casas esparcidas por las cercanías de la ciudad; pasado todo esto se convierte otra vez en arena y desierto, llanura inmensa con muchas graderías que sucesivamente bajan hasta el Jordan, cuyos escalones ó gradas son tan regulares como los de una escalera artificial. La vista solo distingue una lisa llanura, pero despues que se ha andado una hora, se encuentra la orilla de una rampa; se vuelve á andar una hora mas para bajar otra, y así sucesivamente. El suelo es de blanca arena cubierto de una costra salinosa, producida sin duda por las nieblas del mar Muerto que caen sobre el suelo, y que al evaporarse dejan esta costra de sal: no se ve ni piedra ni tierra sino á la orilla del rio y al pie de los montes; por todas partes se descubre un vasto horizonte, en que se puede distinguir desde muy lejos á un árabe galopando en el llano. Como esta llanura es el teatro del asalto y saqueo de las caravanas que van de Jerusalen á Damasco, ó de la Mesopotamia al Egipto, los ára-

bes se han aprovechado de algunas lomas formadas por la movediza arena, y han levantado otras para ocultarse á la vista de las caravanas y observarlas desde lejos: en la cumbre de estas lomas hacen en la arena un grande hoyo y allí se ocultan con sus caballos. En el momento que distinguen las víctimas, corren á advertir á su tribu, vuelven con ella, y se arrojan al ataque con la rapidez del halcon. Su única industria, su única gloria y su civilizacion particular es el asesinato y el robo; y dan tanta estimacion al éxito de estas espediciones, como nuestros generales á la conquista de una provincia entera. Sus poetas, pues los hay entre ellos, celebran en sus versos estas escenas de barbarie, y hacen pasar de generacion en generacion el recuerdo aplaudido de su ferocidad y de sus crímenes. Los caballos tienen tambien parte en la gloria de estas relaciones: he aquí una que nos contó en el camino el hijo del scheik.

Cierto árabe con su tribu habian atacado en el Desierto la caravana de Damasco: la victoria habia sido completa, y los árabes se ocupaban ya en cargar su rico botin, cuando la caballería del pachá de Acre, que salia á recibir esta caravana, cayó de improviso sobre los victoriosos, mató de ellos un número considerable, hizo prisioneros los otros, que maniataron y llevaron al pachá. El árabe de quien hablaba, llamado Abou-el-Masch, habia recibido una herida de una bala en el brazo durante la refriega; como no era mortal su herida, los turcos lo habian atado sobre un camello, y se habian apoderado del ginete y del caballo. La tarde del dia en que debian en-

trar en Acre acamparon con sus prisioneros en las montañas de Saphadt: el árabe herido tenia las piernas sujetas con una correa de cuero, y estaba tendido cerca de la tienda que ocupaban los turcos. El dolor de su herida no le dejaba dormir aquella noche: oyó relinchar su caballo entre los demas que estaban trabados al rededor de las tiendas, segun la costumbre de los orientales, y habiéndole reconocido, no pudo resistir al deseo de hablar por última vez al compañero de su suerte: se arrastró, pues, penosamente por tierra con la ayuda de sus manos y de sus rodillas, y llegando adonde estaba su corcél: «Pobre amigo mio, le dijo, ¿qué harás entre los turcos? Te verás aprisionado bajo el techo de un kan con los caballos de un pachá ó de un agá; sus mujeres é hijos no te llevarán la leche del camello, ni el puñado de grano en las palmas de sus manos; no correrás ya libremente por el desierto como el viento del Egipto, y no hendirás con tu petrel las aguas del Jordan que refrescaban tu pelo, blanco como la espuma. Al menos, ya que soy esclavo, queda libre tú: Vé, pues, vuelve á la tienda que conoces, dí á mi mujer que Abou-el-Masch no volverá ya mas, é introduce tu cabeza por entre las cortinas de lo tienda, y lame las manos de mis hijos.»

Mientras hablaba así Abou-el-Masch, rompió con los dientes la cuerda de pelo de cabra, que servia de traba á los caballos árabes, y el animal estaba libre; mas viendo á su dueño herido y atado á sus pies el fiel é inteligente corcel le comprendió con ese instinto, que ninguna lengua puede esplicar; bajó la cabeza, olió el cuerpo de su amo, y cogiéndole con la boca por la correa de cuero que rodeaba su

cintura, partió al galope, y lo llevó á su tienda. Cuando llegó y dejó á su amo sobre la arena á los pies de su mujer y de sus hijos, el caballo espiró de cansancio: toda la tribu le lloró; los poetas lo han encomiado, y su nombre está siempre en la boca de los árabes de Jericó.

Nosotros carecemos de la idea del grado de inteligencia y de adhesion á que llega el instinto del caballo árabe por el hábito de vivir con la familia, de ser acariciado por los niños, alimentado por las mujeres, y reprimido ó alentado por la voz de su amo. Este animal por su misma raza es ya mas inteligente, y está mas domesticado que el de nuestros climas; lo mismo sucede con todos los animales de Arabia. La naturaleza les ha dotado de mas instinto, y de fraternidad mayor para el hombre que á los de Europa. Parece que se acuerdan de los dias de Eden, en que estaban voluntariamente sometidos á la dominacion del rey de la naturaleza. Yo mismo he visto frecuentemente en Siria pájaros cogidos por los niños por la mañana, perfectamente domesticados por la tarde, que no tenian necesidad ni de jaulas, ni de atarles las patas con hilos, para retenerlos entre la familia que los habia adoptado, sino que volaban libres sobre los naranjos y sobre las moreras del huerto, y volvian á la voz á posarse sobre los dedos de los niños, ó sobre la cabeza de las muchachas.

El caballo del scheik de Jericó que yo habia comprado y montaba, me conoció por su amo al cabo de pocos dias: no se dejaba montar por otro, y atravesaba toda la caravana para acudir á mi voz, á pesar de que mi lengua le era desconocida. Apacible y cariñoso para mí, y habituado al cui-

dado de mis árabes, marchaba apaciblemente en su fila en la caravana, mientras que no encontraba mas que turcos, árabes vestidos á la turca, ó sirios; mas si advertia un beduino montado sobre un caballo del desierto, se convertia en un animal completamente distinto: su ojo se inflamaba, se hinchaba su cuello, su cola se levantaba, y batia sus flancos como un látigo; se alzaba de manos y marchaba así bajo el peso de su silla y ginete; no relinchaba entonces; pero lanzaba un belicoso grito, como el de una trompeta de bronce, un grito que asustaba á todos los caballos, en términos que se paraban, é inclinaban las orejas al escucharlo.

El mismo dia.

Despues de cinco horas de marcha, durante las cuales parecia que el rio Jordan se alejaba, llegamos á la última elevacion, al pie de la cual debia correr; mas aunque nos hallábamos á doscientos ó trescientos pasos de él, no distinguíamos delante de nosotros sino el llano y el desierto, y ninguna apariencia de rio: sin duda es esto lo que ha hecho decir y creer á algunos viajeros que las aguas cenagosas del Jordan corrian sobre un cáuce de piedras, y entre dos márgenes de arena en el desierto de Jericó. Estos viajeros no pueden haber llegado hasta el rio; y no viendo desde lejos sino un océano de arena, no han podido imaginarse que existia un oasis profundo, fresco, sombreado y delicioso, mas bajo que el monotono desierto, en que el Jordan tenia su cáuce, cuyas aguas corrian murmurando por él á flor de tierra, y cuyo oasis estaba cubierto por una sábana de verdura que envi-

diaria el mismo Tamesis. Nosotros quedamos admirados y confundidos, cuando llegados al borde de esta llanura de arena que queda cortada de improviso, vimos un valle que parecia ahondado á golpe de pico, y que es uno de los mas amenos en que se habia fijado nuestra vista. Asi es que pusimos nuestros caballos al galope, y nos precipitamos en este valle atraidos por la frescura, la humedad y la sombra que le cubre. Por todo él no se veía otra cosa que una capa de menuda yerba del mas hermoso verde; crecian indistintamente matas de juncos en flor, y bulbosas plantas, cuyas flores sembraban de estrellas de todos los colores el musgo y el pie de los árboles: bosquecillos de arbustos, cuyos largos y flexibles vástagos volvian á caer como penachos al rededor de sus multiplicados troncos; grandes álamos de Persia, cuyas ligeras ramas no se elevaban en pirámides como las de los nuestros, sino que esparcian libremente por todos lados sus nerviosos miembros como los robles, y cuya cortoza lisa y blanca reflejaba los rayos movibles del sol de la mañana: bosques de sáuces de toda especie y de tan espesos mimbres que era imposible penetrar por ellos, tanto por su espesor y apiñamiento, como por las innumerables enredaderas, que serpenteaban á sus pies, y que se entretejian de un vástago al otro, formando un enrejado impenetrable. Estos bosques se estendian hasta perderse de vista por ambas márgenes del rio, y eran tan sumamente espesos, que nos fué preciso apearnos y acampar en uno de los mas claros puntos para llegar hasta el curso del rio, cuyo ruido oíamos sin verlo todavía. Avanzábamos, pues, no sin mucho trabajo, ya entre la terrible espesu-

ra, ya al través de los altos vástagos de juncos, y encontramos por fin un punto donde solo habia musgo á la orilla del agua: en ella mojamos nuestros pies y nuestras manos.

El Jordan podrá tener allí de ciento á ciento y veinte pies de anchura; su profundidad parece considerable, y su curso es rápido como en Ginebra el del Ródano. Sus aguas son de un color azul caido, ligeramente empañado por la mezcla de terrenos que atraviesa y de las tierras que arrastra; nosotros oimos frecuentemente los terrones que se desplomaban de sus márgenes, los cuales están cortados perpendicularmente; pero la corriente los cubre hasta el pie de los juncos y de los árboles que allí crecen. Estos árboles, minados muchas veces por las aguas, dejan colgando y arrastrando sus raices, y desarraigados y faltos de apoyo sus troncos, por la tierra que se desploma, se inclinan con todo su ramage sobre el agua, ahondan sus ramas en ella, y se elevan como arcos de verdura de la una á la otra orilla. Sucede que la corriente arrastra alguno de estos árboles con la porcion de suelo que lo sostiene, y sobrenada en el rio con su hojarasca, sus enredaderas arrancadas y enganchadas en sus ramas, con pájaros sobre ellas y sus nidos sumergidos; de estos vimos pasar muchos durante las pocas horas que permanecimos en este oasis encantador. Sigue el bosque todas las sinuosidades del Jordan, y por todas partes le va tejiendo una guirnalda de ramas y de hojas que se mojan en el agua y hacen murmurar sus ligeras olas. Este bosque impenetrable está habitado por muchedumbre de pájaros, y los árabes nos advirtieron que no dejásemos las armas de la mano

y que no anduviésemos sino con mucha precaucion, porque estas espesuras abrigaban leones, panteras y gatos tigres. No vimos ninguno á la verdad; pero oimos en el fondo de la espesura muchos rugidos y ruidos semejantes á los que hacen los grandes animales al atravesar los espesos matorrales. Empleamos una ó dos horas en recorrer las partes accesibles de la orilla de este famoso rio, y vimos que en algunos puntos los árabes de las tribus salvages de los montes de la Arabia Petrea, á cuyos pies estábamos, habian incendiado el bosque para penetrar en él, ó para llevarse la leña, y quedaban muchos troncos que tenian calcinadas las cortezas; pero que al rededor habian retoñado, y las enredaderas de este fértil suelo habian enlazado de tal modo los árboles viejos con los jóvenes, que daban al bosque una singular estrañeza, sin ser por eso menos vasto y lujoso. Cogimos una gran porcion de ramas de sáuces, de álamos y de todos los árboles de vástago largo y bonita corteza, cuyos nombres ignoro, para regalar á nuestros amigos de Europa, y nos dirigimos al campamento que nuestros árabes habian cambiado de sitio durante nuestra escursion á la orilla del rio. Habian descubierto otro punto mas ameno y mas á propósito para fijar las tiendas; era un prado de menuda yerba, tan fina y tan espesa, como si sus tallos hubiesen sido despuntados por una manada de carneros. En este prado habia diseminados algunos arbustos de hoja ancha, y algunas copas de pequeños plátanos y sicomoros, imprimian sobre la yerba una mancha de sombra, que podia abrigarnos del sol, y mantener al fresco nuestros caballos. El Jordan, cuyo curso estaba á veinte pasos, habia formado

un pequeño golfo poco profundo en medio de este claro del bosque, y sus aguas venian á girar á los pies de dos ó tres álamos grandes; una pendiente suave conducia hasta el rio, y permitia llevar á beber uno á uno nuestros caballos, é ir tambien á bañarnos nosotros: plantamos pues allí nuestras dos tiendas, é hicimos el alto del dia.

Al siguiente, 2 de noviembre, continuamos nuestra marcha en direccion de los altos montes de la Arabia Petrea, perdiendo de vista y volviendo á encontrar el Jordan, segun las sinuosidades de su curso, y adelantando siempre hacia el mar Muerto. No lejos del rio, en un punto del desierto, que no sabria designar, se encuentran las ruinas todavía imponentes de un castillo de los cruzados, construido sin duda para proteger el camino: esta construccion, que está inhabitada, y puede servir de emboscada á los árabes para asaltar y robar las caravanas, produce en medio de estas olas de arena el efecto de un casco de un buque abandonado en el horizonte del mar. A medida que uno se aproxima al mar Muerto disminuyen las ondulaciones del terreno, la pendiente se inclina insensiblemente hácia la costa, la arena está mas esponjosa, y los caballos, que abondan en ella los pies, adelantan con mas trabajo. Cuando advertimos la reverberacion de las olas, no pudimos reprimir nuestra impaciencia, y partimos al galope para precipitarnos en las primeras que dormian delante de nosotros, y que resplandecian como el plomo derretido sobre la arena. El scheik de Jericó y sus árabes que nos seguian, creyeron que queriamos correr con ellos el Djerid, y partieron al mismo tiempo por el llano

en todas direcciones, volvian hácia nosotros lanzando gritos, y blandian sus largas lanzas de cañas, como si hubiesen querido atravesarnos; despues detenian en seco sus caballos, los hacian arrodillar, y volvian á partir nuevamente para volver aun. Llegué yo el primero, gracias á la celeridad de mi caballo turco; pero á treinta ó cuarenta pasos de las olas, la arena mezclada de tierra es tan húmeda, y tiene un fondo tan pantanoso, que mi caballo se ahondó hasta el vientre, y creí sumergirme. Volví, pues, atras, y bajando de él, nos acercamos á pié hasta la orilla. El mar Muerto ha sido descrito por muchos viajeros, y yo no he averiguado ni el peso específico de sus aguas, ni la cantidad relativa de sal que contienen; no era la ciencia ni la crítica lo que yo iba á buscar. Me habia dirijido á él simplemente porque era mi camino; porque estaba en medio de un famoso desierto, y porque era famoso el mismo por haberse tragado las ciudades situadas en otro tiempo en aquel mismo sitio, en donde veia estenderse sus inmóviles olas. Sus costas son llanas por los lados de Oriente y Occidente; y por Norte y Mediodía está encajonado entre los altos montes de la Judea y de la Arabia, que bajan casi hasta sus aguas. Las de la Arabia, no obstante, se separan algo mas especialmente por el lado de la desembocadura del Jordan, donde nosotros estábamos. Estas costas se hallan enteramente desiertas; el aire está inficionado y es malsano; nosotros mismos sufrimos su influencia en los pocos dias que pasamos en este desierto; todos sentimos una grande pesadez en la cabeza, y como un movimiento febril, cuyos síntomas no nos dejaron

hasta que abandonamos esta atmósfera. No se distingue isla alguna, y sin embargo, á la puesta del sol, y desde lo alto de una loma de arena, creí descubrir dos á la estremidad del horizonte por el lado de la Idumea; mas los árabes no conocen ninguna, porque el mar tiene treinta leguas de largo, y ellos no se aventuran á seguir hasta tan lejos esta costa.

Ningun viajero ha podido tentar una navegacion por todo el rededor del mar Muerto, ni este ha sido visto jamás por la estremidad opuesta, ni por sus dos costas de Judea y de Arabia. Creo que somos los primeros que hemos podido examinarle en tres de sus fases, y si hubiésemos tenido mas tiempo, nada nos hubiese impedido hacer traer tablas de pino del Líbano, de Jerusalen ó de Jaffa; construir allí mismo una chalupa, y visitar pacíficamente todas las costas de este maravilloso mediterráneo. Los árabes, que por lo comun no dejan acercar á los viajeros á este mar, y cuyas preocupaciones se oponen á que se intente navegar por él, estaban entonces tan sujetos á nuestra voluntad, que no hubieran puesto obstáculo á esta tentativa. Ciertamente la hubiera yo puesto por obra si hubiera podido prever la acogida que nos hicieron estos árabes: mas era tarde; hubiera sido necesario enviar á Jerusalen á buscar carpinteros para construir la chalupa: esto y la navegacion nos hubiese costado tres semanas, y teníamos contados los dias; así es que tuve que renunciar á este proyecto, aunque con mucho sentimiento. Otro viajero que se encuentre en iguales circunstancias que yo, podrá fácilmente verificarlo, y difundir sobre este fenómeno natural y sobre esta

geográfica cuestion, las luces que la ciencia reclama hace tanto tiempo.

El aspecto que el mar Muerto presenta no tiene de triste ni fúnebre sino la idea de él, pues á la vista es un resplandeciente lago, cuya sábana inmensa y argentada refleja la luz y el cielo como un espejo de Venecia, con montes de hermosas formas que estienden sus sombras hasta sus orillas. Se dice que en su seno no hay pescados, ni pájaros en sus costas. nada puedo decir acerca de esto: pues si bien es verdad que no vi gaviotas ni otros pájaros marítimos. ni esas hermosas aves blancas semejantes á palomas marinas que nadan todo el dia sobre las olas del mar de Siria y acompañan los barcos sobre el Bósforo, tambien lo es que á algunos centenares de pasos del mar Muerto, tiré y maté pájaros, semejantes á los patos silvestres, que se levantan de las orillas pantanosas del Jordan. Si el aire de este mar fuese para ellos mortal, no se acercarian tanto ni se aventurarian á respirar sus mefíticos vapores. Tampoco noté las ruinas de las ciudades tragadas por el mar, que dicen se ven á poca profundidad del agua: los árabes que me acompañaban suponian que se descubrian á veces; mas yo seguí mucho tiempo las costas de este mar, tanto por el lado de la Arabia en donde desemboca el Jordan, cuyo rio es allí verdaderamente como lo describen los viajeros, un pantano de agua salada sobre un fondo de cieno; como por el lado de las montañas de la Judea, donde las costas se elevan y toman á veces la forma de las ligeras dunas del Océano. La superficie del agua nos presentó por todas partes el mismo aspecto de brillo, de color

azulado y de inmovilidad. Los hombres han conservado la facultad que Dios les dió en el Génesis de llamar las cosas por sus nombres: este mar es hermoso, resplandece con la reflexion de sus aguas, inunda de luz el desierto inmenso, atrae la vista y fija el pensamiento; pero está verdaderamente muerto: allí no hay ruido ni movimiento. Sus ondas, demasiado pesadas para el viento, nunca se despliegan sonoras, nunca la blanca guarnicion de su espuma salta ni blanquea las piedras de su orilla, y parece un mar petrificado. ¿Cómo se ha formado este mar? Ciertamente como dice la Biblia, y como lo indica la verosimilitud: en el vasto centro de cadenas volcánicas que se estiende desde Jerusalen hasta Mesopotamia, y desde el Líbano á la Idumea, se habrá abierto un cráter en el tiempo en que las siete ciudades poblaban su llanura: las ciudades habrán sido conmovidas por el temblor de tierra: el Jordan, que corria segun toda probabilidad al través de estos llanos é iba á desembocar en el mar Rojo, destinado repentinamente por los volcánicos montecillos salidos de la tierra, y engolfándose en los cráteres de Sodoma y de Gomorra, habrá formado este mar, corrompido por la sal, el azufre y el betun, que son alimentos y productos ordinarios de los volcanes: he aquí lo mas verosimil; esto no da ni quita cosa alguna á la accion de la eterna voluntad, que unos llaman milagro y otros naturaleza. ¿Naturaleza y milagro no es una misma cosa? ¿El universo mismo no es á cada instante un milagro continuado?

La misma fecha.

Hemos vuelto al valle de San Sabas por la parte setentrional del mar Muerto. El desierto por esta parte está mucho mas pronunciado, cubierto de olas enormes de tierra y arena que nos es preciso rodear ó saltar. La fila de nuestra caravana se dibujaba ondulante por encima de estas olas, como una gran escuadra sobre un alborotado mar, de cuya escuadra distingue uno y pierde alternativamente de vista diferentes buques entre los pliegues de las olas. Despues de dos horas de camino, algunas veces sobre llanuras lisas, en las que corriamos al galope, y otras sobre barrancos de arena á los que rodaban algunas veces los caballos, distinguimos el humo de las casas de Jericó. Los árabes se desprendieron de la caravana y corrieron á la ciudad, y dos solos se quedaron con nosotros para enseñarnos el camino: á la inmediacion de ellas los principales árabes salieron á recibirnos, y nosotros acampamos en un terreno sembrado de palmeras, en que corria un riachuelo: establecidas inmediatamente nuestras tiendas, encontramos preparada la cena, gracias á los regalos de toda especie que nos trajeron los árabes. El que montaba el caballo que yo habia querido comprar, pareció admirar el caballo turco que yo habia montado la víspera: la conversacion se entabló diestramente sobre nuestros mutuos caballos, y él alabó mucho los que me pertenecian: le propuse cambiar el suyo por el mio, y entramos en materia sobre lo que yo le debia volver; pero nada se decidió, porque cuando yo iba á fijar el precio manifestaba tanto sentimiento de des-

prenderse de su animal, que nos fuimos á acostar sin hacer ajuste. A la siguiente mañana cuando todos los caballos estaban embridados y montados para marchar, le hice algunas proposiciones, y se determinó á montar mi caballo turco: galopó en él por el llano, y seducido por sus brillantes cualidades me envió el suyo por medio de su hijo; le dí novecientas piastras en el acto, lo tomé y partí. Toda la tribu parecia verlo alejar con sentimiento; los muchachos le hablaban; las mujeres lo señalaban con el dedo, y el scheik volvia á cada instante á mirarle y hacerle signos cabalísticos, que hacen siempre los árabes á los caballos que compran ó venden. El animal mismo parecia comprender la separacion de su amo, y bajaba tristemente la cabeza sombreada por sus soberbias crines, mirando á derecha é izquierda el desierto con un ojo triste é inquieto. El ojo de los caballos árabes puede suplir por una lengua; este hermoso ojo destaca su pupila de fuego en el blanco de su globo y de la ensangrentada órbita, y todo lo dice y todo lo comprende. Hacia algunos dias que yo habia dejado de montar el caballo que me gustaba mas. Una de las innumerables supersticiones de los árabes es la de tener setenta señales buenas ó malas para conocer el horóscopo del caballo; y el conocimiento de estas señales es una ciencia que poseen todos los hombres del desierto. El caballo de que hablo, que yo llamaba Líbano, porque le habia comprado en este monte, era jóven y soberbio, entero, grande, valiente, infatigable y manso; en él no he advertido ni la sombra de un vicio en el trascurso de quince meses que lo he montado; empero tenia en su pecho y

en la disposicion occidental de su hermoso pelo tordo, una especie de espiga, que los árabes comprenden entre las señales funestas. Me lo habian advertido al comprarlo; yo no habia puesto reparo alguno, por la sencilla razon de que una señal funesta para un mahometano era una señal favorable para un cristiano: á esto no tuvieron que responder, y yo montaba el Líbano, siempre que tenia que hacer jornadas mas largas ó mas malas que las ordinarias. Cuando llegábamos á una ciudad, ó nos acercábamos á una tribu, los árabes y los turcos, admirados de la belleza y vigor de mi caballo, comenzaban por felicitarme de esta adquisicion, y lo miraban con envidia; pero despues de un momento de admiracion, si descubrian la señal funesta, tapada por el petral y por el amuleto ó preservativo que todos los caballos llevan allí colgado al cuello, los árabes se acercaban á mí, y cambiando la espresion de su fisonomía en un aire grave y afligido, me indicaban que no debia montar aquel caballo. Esto me importaba muy poco en la Siria, pero en la Judea y en las tribus del desierto podia influir en contra de mi consideracion, y destruir el respeto y prestigio de que estaba rodeado; con este motivo dejé de montarlo, y lo conducian de la mano. Mucha parte de la deferencia y veneracion que nos mostraron, creo que fué debida á la hermosura de doce ó quince caballos árabes que llevábamos. Un caballo en Arabia es la fortuna de un hombre, porque lo supone todo, ocupa lugar de todo, y se forma una idea muy ventajosa de un franco que posee tantos y tan hermosos caballos como su scheik ó su pachá.

Tornamos á Jerusalen por el mismo valle que habíamos atravesado de noche al llegar á Jericó. Antes de entrar en la primera garganta de los montes, y sobre una ancha y hermosa plataforma que domina el llano, vimos evidentes señales de antiguas construcciones, y supusimos que este era el sitio donde habia existido la antigua Jericó; pues se han necesitado grandes progresos de civilizacion para construir las ciudades en los llanos, y nunca se suele uno engañar cuando busca sobre las alturas las ruinas de los pueblos antiguos. En esta garganta es donde coloca la interesante parábola del samaritano, la escena del homicidio y de la caridad. Parece que en el tiempo del Evangelio estos valles tenian mala fama.

Nuestra jornada fué muy pesada, tanto por catorce horas de camino monotono, cuanto por el escesivo ardor del sol, reflejado por las laderas escarpadas de los cerros que formaban los valles. En estas catorce horas de marcha solo encontramos á un pastor árabe que apacentaba sobre la cumbre de un collado, un gran rebaño de cabras negras.

ACAMPADOS AL PIÉ DE LOS MUROS DE JERUSALEN, JUNTO A LA PISCINA DE SALOMON—2 DE NOVIEMBRE.

Deseábamos dedicar un dia á la oracion en el mismo lugar, hácia el cual se vuelven los cristianos á orar, del mismo modo que los mahometanos se vuelven hácia la Meca. Para ello nos valimos del religioso que regenta el curato de Jerusalen, á fin de que por todos nuestros parientes vivos y muertos, por todos los amigos, de todos

los tiempos y de todos los lugares, y por nosotros mismos, celébrase la conmemoracion del grande y doloroso sacrificio, que habia regado esta tierra con la sangre del Justo, para que germinase en ella la caridad y la esperanza: todos asistimos, con los sentimientos que nuestros recuerdos, nuestros dolores, nuestras pérdidas, nuestros deseos, y los diferentes grados de piedad y de fe nos inspiraban á cada uno.

Escogimos por templo y altar la gruta de Gethsemaní en el hueco del valle de Josafá; pues en esta caverna, que está al pie del monte de los Olivos, es donde Jesucristo se retiraba, segun las tradicciones, para huir de la persecucion de sus enemigos, y de la importunidad de sus discípulos: allí se entregaba á su celestial contemplacion, y pedia á su Padre, que el cáliz demasiado amargo que él mismo habia llenado, no pasase por sus lábios: allí fué donde dijo á sus tres amigos la víspera de su muerte, que quedasen á cierta distancia, y que no se durmiesen; y en donde se vió precisado á despertarlos por tres veces, pues tanta es la facilidad que el celo de la caridad tiene para entibiarse en los hombres; allí finalmente fué donde pasó las horas terribles de agonía las cuales fueron una lucha inefable, entre la vida, y la muerte, la voluntad y el instinto: entre el alma que quiere libertarse de la materia, y esta que resiste porque está ciega. Allí fué donde sudó agua y sangre, y donde cansado de combatir consigo mismo, sin que la victoria de la inteligencia tranquilizase sus pensamientos, pronunció aquellas palabras finales, aquellas que reasumen al hombre y el Dios, aquellas palabras que han llegado á ser la sabiduría de todos los si-

bios, y que deberian ser el epitafio de todas las vidas, y la única inscripcion de todas las cosas criadas. «*¡Padre mio, hágase vuestra voluntad y no la mia!*»

Entre los diversos lugares que la piadosa credulidad de los fieles designa para colocar las santas escenas del evangélico drama, el sitio de esta gruta, vaciada en la roca del Cedron, es uno de los mas probables y mejor justificados por su situacion y aspecto; allí está el valle sentado á la sombra de la muerte, el abismo escondido bajo los muros de la ciudad, el vacío mas profundo y verosimilmente el menos frecuentado de los hombres, donde Jesucristo que los tenia por enemigos, porque venia á atacar sus mentiras, debió buscar algunas veces un abrigo y el necesario recogimiento para meditar, para orar y sufrir. El impuro torrente del Cedron, que era entonces un albañal de Jerusalen, corre á muy pocos pasos; la colina de los olivos se replega para unirse á las que sostienen los sepulcros de los reyes, y forma allí un recodo bastante hondo, en el cual los olivos, los terebintos y las higueras, esos árboles frutales que el pobre pueblo cultiva siempre en el polvo mismo de la roca, y á la inmediacion de una gran ciudad, debian ocultar la entrada de la gruta. Fuera de esto, este sitio no ha padecido, ni sufrido alteracion por las ruinas que envolvieron á Jerusalen. Los discípulos que habian velado y orado con el Señor pudieron señalar este sitio, esta roca y los árboles mismos, y finalmente, un valle no se borra como una calle, pues la menor peña, que es obra de la naturaleza, dura mas que el mas soberbio templo obra de los hombres. La gru-

ta de Gethsemaní y la peña que la cubre están ahora dentro de las paredes de una capilla cerrada, cuya llave conservan los padres latinos de Jerusalen, á quienes pertenece la gruta y los siete olivos inmediatos á ella. La puerta abierta en la peña da entrada al patio de otro santuario que se llama *Sepulcro de la Virgen*, el cual pertenece á los griegos: la gruta es alta y profunda, está dividida en dos cavidades, que se comunican por medio de una especie de pórtico subterráneo. Hay muchos altares cortados en la peña viva; y este santuario construido por la naturaleza, no se ha desfigurado tanto por adornos artificiales como los demas santuarios del Santo Sepulcro: las bóvedas, el suelo y las paredes, son de la misma roca, y se filtran como lágrimas de la humedad cavernosa de la tierra que la envuelve. Solamente se ha colocado sobre cada altar una mala pintura en planchas de cobre, pintado del color de la carne, que en tamaño natural representan la escena de la agonía del Señor, con los ángeles que le ofrecen el cáliz de la muerte. Si en lugar de estas malas pinturas que destruyen las que se forma una imaginacion piadosa en la sombra de este santo lugar, se colocasen cuadros dignos de representar tan sublimes objetos, seria esta gruta una de las reliquias mas hermosas de Sion.

El mismo dia.

Existe no lejos de la gruta de Gethsemaní un pequeño rincon de tierra, en el que hay siete olivos señalados por las tradiciones populares, como los mismos árboles bajo los cuales lloró Jesucristo: con efecto, estos olivos tienen en sus troncos y en

la inmensidad de sus raices una confirmacion de la fecha de diez y ocho siglos trascurridos despues de esta tremenda noche. Los troncos son enormes y formados como los de todos los viejos olivos, de muchísimas ramas que parecen incorporarse al árbol bajo la misma corteza, que forman como un haz de columnas emparejadas. Sus ramas están casi secas, pero tienen olivas aun: cogimos las que había en el suelo, hicimos tambien caer algunas con piadosa prudencia, y las metimos en los bolsillos para llevarlas á nuestros amigos, como reliquias de esta tierra; pues concebimos que debia ser muy dulce para un alma cristiana orar teniendo entre sus dedos los huesos de las olivas de estos árboles, cuyas raices fecundó el mismo Jesucristo con sus lágrimas cuando oró por última vez sobre la tierra. Si no son los mismos troncos, son al menos retoños de estos árboles sagrados; pero nada se opone á que sean los troncos mismos: yo he recorrido todos los paises que producen el olivo, este árbol vive siglos, y en ninguna parte los he visto tan corpulentos, aunque plantados en un suelo árido y pedregoso. Sobre la cumbre del Líbano he visto cedros que atribuyen las tradiciones árabes al tiempo de Salomon, y no tiene nada de imposible, porque la naturaleza ha dado á ciertas generaciones mas duracion que á los imperios: hay encinas que han visto sucederse dinastías, la bellota que pisamos, el hueso de aceituna que uno maneja con los dedos, y la bola del cedro arrastrada por el viento, se reproducirán, florecerán y estenderán sus sombra sobre la tierra cuando centenares de generaciones que vendrán despues de nosotros la habrán devuelto el puñado de polvo que ella les ha pres-

tado. Esto no puede ceder en menoscabo de la naturaleza del hombre: la importancia relativa de los seres no se mide ni calcula por la duracion, sino por la intensidad de la existencia: hay mas vida en una hora de pensamiento, de contemplacion, de oracion y de amor, que en toda la existencia puramente física del hombre; hay mas vida en un pensamiento que recorre el mundo, y se eleva hasta el cielo en un espacio de tiempo tan instantáneo, que no puede medirse, y que será la millonésima parte de un segundo, en los diez y ocho siglos de vegetacion de los olivos de que hablo ó en los dos mil quinientos años de los cedros de Salomon.

La misma fecha.

Me he desayunado sobre uno de los escalones de la fuente de Silhoé: he escrito algunos versos, pero los he roto y he arrojado en la fuente los pedazos de papel. La palabra es una arma embotada, y los mas hermosos versos son aquellos que no se pueden escribir. Las palabras de todas las lenguas son incompletas, y el corazon del hombre halla cada dia en la gradacion de sus sentimientos, y la imaginacion, en las impresiones de la naturaleza visible, cosas que la lengua no puede espresar por carecer de palabras. El corazon y el pensamiento del hombre son iguales á un músico que se ve precisado á tocar una sonata cuyo número de notas no alcanza á conocer, sobre un clave ó piano que tiene poquísimas teclas: el silencio es una hermosa poesía en algunos momentos: el entendimiento la oye y esto basta.

El mismo dia.

He visitado el sepulcro de Absalon que se halla subiendo el valle de Josafá: es una pieza de peña vaciada en la misma roca del monte Silhoé, no desprendida de la roca primitiva que le sirve de base. Tendrá unos treinta pies de elevacion y veinte de anchura en cada uno de sus frentes, segun mi cálculo, pues yo no mido nada y dejo este trabajo para los arquitectos. Su figura es cuadrangular con una puerta griega en medio, y cornisa corintia rematando en piramide: no tiene carácter romano ni griego, pero su apariencia es grave, caprichosa, monumental y nueva como las construcciones egipcias, pues los judios no tuvieron jamas arquitectura propia. Se cree que la tomaron del Egipto y la Grecia; mas yo soy de opinion que de la India, pues allí está la llave de todo, y la generacion de las ideas y de las artes. Los indios han producido la Asiria, la Caldea, la Mesopotamia, la Siria y las grandes ciudades del desierto, como Balbeck, despues el Egipto, y las islas como Creta y Chipre, despues la Etruria, y Roma finalmente A esto siguió la oscuridad de la noche, y el cristianismo cubierto en un principio por la platónica filosofía, y despues por la bárbara ignorancia de la edad media, ha creado la civilizacion y las artes modernas. Todavía somos jóvenes y entramos apenas en la edad viril: un mundo nuevo en las ideas, en las formas sociales y en las artes, saldrá probablemente antes de pocos siglos de la grande ruina de la edad media, cuyas resultas estamos presenciando aun. Se conoce que se está engendrando el mundo moral: su parto se verificará con convulsiones y dolor, y la palabra es-

crita y multiplicada por medio de la prensa, estendiendo y propagando la crítica y sobre todo el exámen, está llamando la luz de las inteligencias á cada punto de hecho ó de discusion, y conduce de un modo invencible la edad de la razon humana; la reverberacion de la luz divina que es razon y religion por todos los centros de la humanidad. Seria dignísimo un libro que tratase de la historia de la influencia del espíritu divino en las diferentes fases que la humanidad ha presentado, pues se encontraria el espíritu religioso influyendo y obrando desde los primeros tiempos conocidos del hombre, por el instinto y los ciegos impulsos; despues cantando por la voz de los poetas *mens divinior*, y manifestandose despues en las mesas de los legisladores ó en las iniciaciones misteriosas de las teocracias, egipcias ó indias. Cuando se desvanecen del espíritu humano estas mitológicas formas gastadas por el tiempo y apuradas por la credulidad de los hombres, se veia esta influencia religiosa diseminada y esparcida en las grandes escuelas filosóficas de la Grecia, del Asia menor, y en las sectas pitagóricas, buscar inútilmente signos universales, hasta que el cristianismo reasumió toda verdad, especulativa y contestada, en estas dos verdades prácticas é incontestables. La adoracion del Dios único, y la caridad y fraternidad entre todos los hombres.

En la misma fecha.

Poco mas arriba del nacimiento del valle del Cedron, al norte de Jerusalen, atravesamos algunos campos de rojiza tierra, plantada de espe-

sos olivos, y á unos quinientos pasos de la ciudad nos hallamos á la orilla de una profunda cantera. Bajamos á ella y vimos á la izquierda una gran piedra de una pieza, esculpida primorosamente, que se estendia á toda la anchura de la cantera, y dejaba debajo una abertura estrecha, medio cerrada por la tierra y por las piedras caidas. Un hombre podia apenas entrar arrastrando, y nosotros penetramos asi; mas como no teniamos luces ni con qué encenderlas, volvimos á salir al instante, y no visitamos los interiores aposentos que sôn sepulcros de reyes. El friso magníficamente esculpido y de trabajo griego delicadísimo, indica á este adorno de los monumentos la mas bella y floreciente época de las artes en Grecia. Sin embargo es del tiempo de Salomon: ¿quién, pues, es capaz de comprender lo que este gran príncipe habia tomado del génio de la India ó del Egipto?

3 *de noviembre.*

Hacía la peste mas estragos cada dia en Jerusalen y sus inmediaciones, y no nos fué permitido entrar en Belén, cuyo convento y santuario se encontraban cerrados. A pesar de todo montamos á caballo á la caida de la tarde, y despues de haber atravesado un llano de dos leguas, al Oriente de Jerusalen, llegamos á una altura á corta distancia de Belén, desde la que se descubre perfectamente esta reducida ciudad. Apenas nos habiamos sentado, cuando llegó una numerosa cabalgata de árabes belemitas, y preguntó por mí. Despues de los cumplimientos de costumbre, me dijeron que habian sido diputados por la po-

blacion de Belén, para suplicarme que hiciese disminuir la contribucion que les habia impuesto Ibrahim pachá, que tanto por la fama, como por los árabes de Abugosh, su gefe, sabian que era mi amigo: y que no me desairaría si solicitaba en favor de ellos su indulgencia. Como los árabes belemitas son los mas detestables de estas comarcas, que están en guerra siempre con sus vecinos, y pidiendo siempre rescates al convento latino de Belén, les respondí con gravedad, reprendiéndoles severamente sus rapiñas, que atendería á su peticion, y que la presentaría al pachá: mas que esto seria con condicion de que respetarian á los europeos, á los peregrinos, y sobre todo á los conventos de Belén y de San Juan Bautista; empero que si se permitian la menor violacion de domicilio, con respecto á estos religiosos, la resolucion de Ibrahim era la de esterminar hasta el último de ellos, ó arrojarlos á los desiertos de la Arabia Petrea. Añadí tambien, y esto me pareció que les hizo una viva impresion, que cuando no bastasen las fuerzas de Ibrahim, los pachas de Europa estaban decididos á venir ellos mismos y sujetarlos; y que les aconsejaba mientras tanto que pagasen el tributo. Desde este dia he tenido siempre en mi comitiva un cierto número de scheiks, beduinos de Belén, del Hebron, y del desierto de San Juan, á pesar de mis instancias para que se retirasen, cuyos scheiks no cesaban de rogarme para que interc diese por la reduccion del tributo. Regresado á mi campamento en el valle de la piscina de Salomon, y al pie de los muros de Sion, recibí la visita de Abugosh, que vino á verme con su hermano y su tio: les hice servir la pipa y el

café, y conversamos una hora á la puerta de mi tienda, sentado cada cual bajo distinto olivo.

El mismo dia.

Un correo de Jaffa que recibí al pie de los muros de Jerusalen, me trajo cartas de Europa y de Beyruth. Estas cartas me tranquilizaron acerca de la salud de mi hija; mas como su madre me indica al pie de la suya, que no queria absolutamente que me alejase entonces hasta el Egipto, cambié mi marcha; envié mi caravana de camellos á El-Arisch, y decidí volver por la costa de Siria. Con este motivo levantamos nuestras tiendas, envié al convento quinientas piastras, además de las mil y quinientas que habia pagado por los rosarios, reliquias, etc. etc., y tomamos nuevamente el camino del desierto de San Juan.

El general aspecto de las inmediaciones de Jerusalen se puede pintar en pocas palabras. Montes sin sombra, valles sin agua, tierras desnudas de vegetacion, rocas sin tierra y sin grandiosidad, algunas piezas de tierra parda sobresaliendo por encima de la tierra desmenuzada y á grietas, y de vez en cuando alguna higuera: un gamo ó un chakal escondiéndose entre las anchas quebraduras del monte; algunas plantas de viña arrastrando sobre la ceniza gris ó rojiza del suelo; á ciertas distancias algunos olivos imprimiendo una mancha de sombra sobre las escarpadas laderas de un collado; al horizonte un terebintho ó un oscuro algarrobo, que se desprende solo y triste del azulado cielo: finalmente, las murallas y las pardas torres de las fortificaciones de la ciudad,

apareciendo desde lejos sobre la cresta del Sion, tales son estas inmediaciones si se mira la tierra: por lo demas, un cielo elevado, puro, límpido y profundo, en el que no aparece una nube, y que no toma jamás el color de púrpura de la mañana ó de la tarde. Por el lado de la Arabia un ancho abismo abierto entre montañas negras, por el cual se tiende la vista hasta las resplandecientes olas del mar Muerto, y hasta el morado horizonte de las cumbres de los montes de Moab: no silba un soplo de aire entre las almenas de las murallas, ni entre las ramas secas de los olivos: no se oye el canto de un pájaro, ni de un grillo: reina un silencio absoluto en la ciudad, sobre los caminos, y en los campos. Tal se nos presentó Jerusalen en los dias que estuvimos al pie de sus murallas. Allí no hemos oido mas que el relincho de nuestros caballos, que se impacientaban al sol, y que herian el suelo con sus pies; y de tiempo en tiempo el canto melancólico del muetzelin, que anunciaba las horas desde lo alto de los minaretes, ó las lamentaciones cadenciosas de los llorones turcos, que en prolongadas filas acompañaban los cadáveres de los apestados á los diferentes cementerios que rodean los muros. Jerusalen, adonde va uno á visitar un sepulcro, es ella misma el sepulcro de un pueblo; pero sepulcro sin cipreses, sin inscripciones, sin monumentos, cuya losa han quebrantado, cuyas cenizas parecen cubrir la tierra, que lo rodea de luto, de silencio y de esterilidad. Al dejarla volviamos hácia ella nuestra vista en cada altura desde que podiamos distinguirla, y por última vez solo vimos la corona de olivos, que domina el monte de este nombre, el

cual desciende largo tiempo en el horizonte, despues que se ha perdido de vista la ciudad, y que se va bajando: y desaparece por fin como las guirnaldas de flores que se arrojan á la tumba fria y cavernosa.

Nosotros debiamos de volver sin embargo; pero ¡ay! no con los mismos sentimientos; no ya para llorar sobre las miserias agenas, sino para gemir por la propias, y para empapar con nuestras lágrimas esta tierra que tantas ha absorvido y secado.

Yo habia plantado mi tienda el dia anterior en un campo pedregoso, donde crecian algunos troncos de olivos sin medro y nudosos, al pie de los muros de Jerusalen, á algunos centenares de pasos de la torre de David, un poco mas arriba de la fuente de Silhoé, que corre sobre las gastadas baldosas de su gruta, y no lejos del sepulcro del rey poeta, que tan frecuentemente la ha cantado. Los altos y negros terraplenes, que en otro tiempo sostuvieron el templo de Salomon, se elevaban á mi izquierda, coronados de sus tres cúpulas azules, y de las ligeras columnatas de la mezquita de Omar, que ondea en el dia sobre las ruinas de la casa de Jehová. La ciudad de Jerusalen, devastada por la peste, estaba inundada por los rayos del sol resplandeciente, reflejados por un millar de cúpulas, por sus mármoles blancos, por sus torres de piedra dorada, y por sus murallas pulimentadas por los siglos y por los salitrosos vientos del lago Asphaltite. Ningun ruido salia de su mudo recinto, muerto, como el lecho de un hombre que agoniza: sus anchas puertas estaban abiertas, y alguna vez se distinguia el tur-

bante blanco, y el encarnado manto de los soldados árabes, guardias inútiles de estas abandonadas puertas: ninguno entraba, ninguno salia, el aire de la mañana levantaba solo alguna vez el ligero polvo del camino, causando por un instante la ilusion de que llegaba alguna caravana; pero cuando el soplo pasaba, cuando venia á morir en las almenas de la torre de las Pisanos, ó en las tres palmeras de la casa de Caifás, el polvo caia por su peso, el desierto aparecia nuevamente, y no resonaban ya los pasos de ninguna mula ni camello sobre el empedrado del camino. Solamente á cada cuarto de hora se abrian los postigos de hierro de todas las puertas de Jerusalen, y veíamos los cadáveres de las víctimas de la peste conducidos en andas por esclavos desnudos, á los cementerios que teníamos á nuestra inmediacion. Alguna vez acompañaba al cadáver una procesion de turcos, de árabes, de armenios ó judios; desfilaba cantando por entre los troncos de olivos, y volvia despues á la ciudad con lento y silencioso paso. Muchas veces eran los muertos solos, y cuando los esclavos habian ahondado algunos palmos en la arena ó la tierra, y habian depositado y cubierto el cadáver, se sentaban sobre la misma tierra removida, se repartian los vestidos del difunto, encendian sus largas pipas, fumaban sin hablar, y contemplaban la ligera y azul columna del humo que se desvanecia en el aire límpido, puro y trasparente de estos dias de otoño.

Se estendia á mis pies el valle de Josafá como una inmensa sepultura; el seco Cedron lo señalaba con una faja ancha y blanquizca, sembrada de piedras muy gordas, y las laderas que lo circun-

dan blanqueaban por las tumbas y esculpidos turbantes, monumento banal de los osmanlis: un poco á la derecha se hundía el monte de los Olivos, y entre las esparcidas cadenas de los conos volcánicos de los desnudos montes de Jericó y San Sabas, se dejaba estender y prolongar el horizonte como una avenida luminosa al través de los desiguales cipreses: la vista se dirigia involuntariamente hácia allí, atraida por el brillo azulado y plomizo del mar Muerto, que resplandecía á los pies de los graderios de los montes: detrás se distinguía la cadena azul de las montañas de la Arabia Petrea, que limitaba el horizonte. Limitar no es una palabra exacta, porque estas montañas parecian trasparentes como el cristal, y uno se figuraba ver mas allá un indefinido y vago horizonte en los vapores de una atmósfera de púrpura y de albayalde.

Era justamente la hora de mediodia; el muetcelin, que espiaba el curso del sol sobre la mas alta galería del minarete, cantaba la hora y la oracion de todas las horas: esta viva y animada voz, que sabe lo que dice y lo que canta, me pareció superior al sonido material y sin conciencia de las campanas de nuestras catedrales. Mis árabes habian dado pienso á mis caballos, atados alrededor de mi tienda, con los pies trabados con anillas de hierro; y estos animales tan hermosos y mansos, tenian bajas las cabezas, y la sombra de sus crines, y su pelo castaño reluciente, humeaba á los rayos de un sol ardiente. Los hombres se habian reunido debajo del mas grande de los olivos, habian tendido en tierra las esteras de Damasco, y fumaban contándose historias del desierto, ó cantando versos de Antar. Antar es el tipo del árabe

errante. Pastor, guerrero, y poeta á la vez, ha descrito el desierto todo entero en sus poesías nacionales; épico como Homero, imita el tono lamentable de Job; amoroso como Teócrito, procura ser filósofo como Salomon. Sus versos que adormecen ó exaltan la imaginacion de los árabes del mismo modo que el humo de sus pipas ó narguilés, resonaban en guturales sonidos en el grupo de mis sais; y cuando el poeta heria con mas exactitud ó mas fuerza la sensible cuerda de estos hombres salvages, aunque impresionables, se oia un ligero murmullo que salia de sus labios, juntaban sus manos, las alzaban sobre sus orejas, y esclamaban: *¡Allah! ¡Allah! ¡Allah!*

El recuerdo de tales horas pasadas en oir versos, que no podia comprender, me hizo buscar despues algunos fragmentos de poesías árabes populares, y particularmente del poema heróico de Antar. Conseguí procurarme un cierto número de ellas, y me las hacia traducir por mi dragoman en las noches de invierno pasadas en el Líbano. Yo comenzaba á entender un poco el árabe, pero no lo bastante para leerlo; mi intérprete me traducia los fragmentos del poema en italiano vulgar, y yo los traducia literalmente en francés; de este modo he conservado estos ensayos poéticos, é insertándolos al fin de este tomo, se verá que la poesía es de todos los tiempos, de todos los paises y de todas las civilizaciones.

Como dejo dicho, el poema de Antar, es la poesía nacional del árabe errante, y el embeleso de su imaginacion. ¡Cuántas veces he visto despues á estos árabes sentados y apiñados por la noche al rededor del fuego de mi vivac, tendiendo el cuello, apli-

cando el oido y dirigiendo sus miradas de fuego á uno de sus compañeros que les recitaba pasages de estas admirables poesías, mientras que la nube de humo que exhalaban sus pipas, formaba sobre sus cabezas la atmósfera fantástica de los sueños, y que nuestros caballos con la cabeza baja parecian escuchar con atencion la monótona voz de sus amos! Tambien yo me sentaba inmediato á este corro, y aunque no entendiese las palabras, por el sonido de la voz, por la espresion de las fisonomías y por la agitacion de los oyentes, comprendia que era poesía, y me figuraba las relaciones interesantes, dramáticas y maravillosas que me imaginaba yo mismo: del propio modo me sucede en tales ocasiones, que oyendo una música melodiosa ó apasionada, creo oir las palabras, y que la poesía de la lengua cantada, me revela y me dice la poesía escrita. Puedo añadir aun, que no he leido jamas una poesía comparable á esta que oia en la lengua ininteligible para mí de los árabes; la imaginacion escediendo siempre á la realidad me hacia creer oir la primitiva y patriarcal poesía del desierto, me figuraba ver al camello, al caballo y al gamo; descubria un oasis frondoso del cual se desprendian las copas de las palmeras de un verde amarillento, por encima de unas inmensas de arena encarnada: presenciaba los combates de los guerreros; y contemplaba las bellezas árabes arrebatadas en la lucha, que se mostraban reconocidas á sus amantes y á sus libertadores. Esto me recuerda la originalidad de que siempre he tenido mas gusto de leeer á un poeta estrangero en una detestable y llana traduccion, que en el mismo original: el mejor original deja

siempre algo que desear en la espresion: la mala traduccion no hace mas que indicar el pensamiento y el asunto, y la imaginacion se lo viste y embellece por sí misma con palabras que supone tan trasparentes cual la idea; gozando de un placer por completo creado por sí misma tambien. La perfeccion ideal está en el pensamiento: la imaginacion supone la espresion de esta perfeccion. Es verdad que para disfrutar de este placer es preciso ser hasta cierto punto músico ó poeta; ¿pero quién no lo es?

Antar á un mismo tiempo héroe y poeta del árabe errante, es poco conocido en Europa: apenas sabemos su historia é ignoramos aun la fecha exacta de su existencia. Algunos sabios suponen que vivió en el siglo VI de nuestra era, pero las tradiciones locales lo hacen mas antiguo. Segun estas tradiciones, sacadas en parte de su poema, era Antar un negro esclavo que conquistó su libertad con sus proezas y sus virtudes, y que se grangeó el corazon de Abla á fuerza de amor y de heroismo. El poema de Antar no es como el de Homero, escrito en verso todo: su poema está en prosa poética del árabe mas puro, con algunos versos intercalados. Lo que hay de particular en esto, es, que la parte de la relacion escrita en prosa es infinitamente superior á los fragmentos líricos intercalados. La parte poética se resiente del trabajo, de la afectacion y del modo de los literatos en decadencia; por el contrario, nada es mas sencillo, mas natural y mas verdaderamente apasionado que su prosa. Cuanto he leido de poesías árabes, antiguas ó modernas, participa mas ó menos de este trabajoso esmero, que se descubre por

desgracia en las poesías de Antar; pues si bien no son juegos de palabras, son juegos de ideas y juegos de imaginacion, mas á propósito para divertir el entendimiento que para interesar el corazon. El arte necesita de muchos siglos para imitar á la naturaleza; y entre los árabes no son los versos todavía mas que un modo agudo de chancearse con el ingenio ó con los sentimientos. De esta clase deben esceptuarse algunas poesías religiosas, escritas hace treinta años por un obispo maronita del Libano, de las cuales traigo algunos fragmentos dignos de los lugares que las han inspirado, y de los asuntos sagrados á que habia consagrado esclusivamente su númen varonil este cenobita piadoso. Sus poesías religiosas son mas sublimes y mas íntimas que cuantas conozco de Europa; se nota en ellas cierta cosa del acento de Job, de la grandeza de Salomon, y de la melancolía de David.

Siento que un práctico orientalista no nos dé una traduccion entera del Antar, pues valdria esto mas que un viaje, porque nada refleja mejor las costumbres que un poema; esto rejuveneceria también nuestras inspiraciones, por la novedad del colorido que las soledades presentaron á Antar, y seria mas divertido que el Ariosto, y mas interesante que el Tasso. Creo que la poesía italiana de Ariosto y del Tasso es hermana de las poesías árabes; la misma alianza de ideas que produjo la Alhambra, Sevilla, Granada y algunas de nuestras catedrales, ha producido la Jerusalen y los hermosos dramas del poeta de Reggio. Antar es mas interesante que las *Mil y una noches*, porque es menos maravilloso: todo el interés está sacado del corazon del hombre, y de las verdaderas ó verosími-

les aventuras del héroe y de su amante. Los ingleses tienen una traduccion casi completa de este delicioso poema; nosotros solo tenemos algunos bellos trozos diseminados en la Revista Literaria: el lector podrá apenas traslucir las admirables bellezas del original al través de las imperfecciones de la traduccion de los fragmentos.

Una jóven turca llora á su marido á corta distancia de mí sobre uno de esos pequeños monumentos de piedra blanca, de que están sembradas todas las colinas alrededor de Jerusalen; parece tener unos diez y ocho años, y no he visto tan interesante imágen del dolor. Su velo echado atrás, me dejaba verla de perfil, el cual tenia la pureza de las mas hermosas líneas de las cabezas del Parthenon, mas al mismo tiempo tenia la molicie, la suavidad y la graciosa languidéz de las asiáticas, cuya belleza es mas femenina, mas tierna, y fascina mas el corazon, que la belleza severa, y aun algo varonil de las estátuas griegas. Su pelo era de un rubi bronceado, dorado como el cobre de las estátuas antiguas, color muy estimado en este pais del sol, del cual es como un reflejo permanente. Estos cabellos, desprendidos de su cabeza, caian alrededor de ella, y barrian materialmente el suelo. Su pecho estaba descubierto enteramente, segun la costumbre de las mujeres de esta parte de la Arabia; y cuando se bajaba para besar la piedra del turbante, ó para aplicar su oido al sepulcro, tocaban en tierra sus dos pechos é imprimian su molde en el polvo; del mismo modo que el molde del hermoso seno de Atala sepultada se dibujaba aun sobre la arena del sepulcro en la hermosa epopeya de Mr. de Chateaubriand. Esta mujer habia

enramado de toda clase de flores el sepulcro y la tierra del rededor: una hermosa alfombra de Damasco estaba tendida bajo sus rodillas: sobre la alfombra habia algunos vasos de flores, una cesta de higos, y algunas galletas de cebada, porque esta mujer debia pasar todo el dia llorando. Un hoyo hecho en la tierra, que debia corresponder á la oreja del muerto, servia de conducto á la voz hácia el otro mundo, donde descansaba el que iba á visitar: se inclinaba á cada momento sobre esta abertura; cantaba, interpolando con suspiros su cancion; aplicaba el oido como si oyese la respuesta, y volvia despues á empezar á cantar y llorar. Procuré oir las palabras que articulaba, pues llegaban hasta mí; pero mi dragoman no las pudo entender. ¡Cuánto lo siento! ¡Qué secretos de dolor y de amor encerrarian! Palabras confusas y tan anegadas en lágrimas ¡qué suspiros debian contener animados con la vida de dos almas arrancadas la una á la otra! Si alguna cosa en la tierra fuese capáz de interrumpir el sueño de la muerte, serian ciertamente palabras pronunciadas por semejante boca!

A dos pasos de esta mujer llorosa, y bajo un pedazo de tela negra, sostenida por dos cañas clavadas en tierra, para servir de quitasol, jugaban sus dos niños con tres negras esclavas de Abisinia, arrodilladas como su ama sobre la arena que cubria la alfombra. Estas tres mujeres, jóvenes y hermosas tambien, con talles esbeltos y el aguileño perfil de las negras de la Abisinia, estaban agrupadas en actitudes diversas, como tres estátuas formadas de una sola pieza de mármol. La una tenia en tierra una rodilla y sobre la otra

sostenia á uno de los niños, que tendia los brazos hácia el punto en que lloraba su madre; la otra estaba sentada sobre sus piernas, y tenia sus manos juntas como la Magdalena de Canova, sobre el delantal de lienzo azul: y la tercera estaba derecha, inclinada un poco sobre sus compañeras; y balanceándose á derecha é izquierda, mecia contra su seno, apenas dibujado, el mas pequeño de los niños, que inútilmente procuraba hacer dormir. Cuando los sollozos de la jóven viuda llegaban á sus hijos, estos principiaban á llorar, y las tres esclavas, despues de haber respondido con un sollozo al de su ama, cantaban canciones, y decian cariñosas palabras para acallar y adormecer los niños.

Era domingo: á doscientos pasos de mí, detrás de las anchas y altas murallas de Jerusalen, oía salir de la negra cúpula del convento griego los lejanos ecos, débiles ya, del oficio de vísperas. Los himnos y los salmos de David se entonaban despues de tres mil años, traidos por voces estrangeras, y en una lengua nueva, sobre las mismas colinas que los habian inspirado; y yo veía sobre los terrados del convento algunos rostros de frailes ancianos de Tierra Santa, que iban y venian con su breviario en la mano, recitando estas oraciones que habian sido recitadas despues de tantos siglos, en tantas lenguas, y en rimas tan distintas.

Yo me hallaba allí tambien para cantar estas maravillas, para estudiar los siglos en su cuna, para remontar hasta en su orígen el desconocido curso de una civilizacion, de una religion; para recibir la inspiracion del espíritu, de los lugares,

y del oculto sentido de las historias y de los monumentos, sobre las márgenes que fueron el punto de donde partió el mundo moderno, y para alimentar, finalmente, la poesía grave y pensadora del siglo en que vivimos, con una sabiduría mas real, y con una filosofía mas verdadera!

Esta escena presentada á mi vista, recogida y acumulada entre los recuerdos de mis viajes, me presentó los destinos y las fases casi completas de todas las poesías. Las tres esclavas negras meciendo los niños y entonando sencillas canciones, sin ningun recuerdo de su país natal; he aquí la poesía pastoral é instintiva de la infancia de las naciones: la jóven viuda turca llorando la pérdida de su marido, y cantando con sollozos á la tierra; he aquí la poesía elegíaca y apasionada, la poesía del corazon: los soldados y los mukres árabes recitando trozos belicosos, amorosos y maravillosos de Antar; he aquí la poesía épica y guerrera de los pueblos conquistadores: los frailes griegos cantando los salmos sobre los solitarios terrados de su convento; he aquí la poesía sagrada y lírica de las edades de entusiasmo y de renovacion religiosa: y yo, meditando bajo mi tienda, y recogiendo las verdades históricas ó pensamientos sobre toda la tierra; he aquí, finalmente, la poesía filosófica, hija de una época en que la humanidad se estudia y se reasume ella misma hasta en los cantos en que emplea sus ocios.

He aquí la poesía toda entera en lo pasado: mas ¿cuál será la poesía futura? . . . . . .

. . . . . .

4 de noviembre.

Hemos pasado tarde y noche en el desierto de San Juan, y nos hemos despedido de los escelentes religiosos, cuya memoria nos acompañará siempre; porque el recuerdo de la virtud humilde y perfecta queda impreso en el alma, como el perfume del incienso de un templo que uno ha atravesado. Dimos á estos buenos padres una limosna, apenas suficiente para indemnizarles del gasto que les habiamos causado; ellos no hicieron mérito del riesgo á que les habiamos espuesto, y me pidieron que los recomendase á la proteccion del terrible Abusgosh, que debia encontrar en Jeremías. Partimos antes de amanecer para evitar la importunidad de los beduinos de Belen y del desierto de San Juan, que nos seguian siempre, y comenzaban aun á amenazarnos: á las ocho de la mañana habiamos pasado ya los altos montes coronados por los sepulcros de los Macabeos, y estábamos sentados bajo las higueras de Jeremías fumando la pipa, y tomando café con Abusgosh, sus hermanos y tio. El primero me dió muchas pruebas de benevolencia, me colmó de atenciones, y quiso regalarme un caballo, que no quise admitir; porque me hubiera visto precisado á hacerle otro presente, el cual hubiera podido parecer un reconocimiento del tributo que impone á los peregrinos, del cual les ha relevado Ibrahim. Aproveché esta ocasion para recomendarle los religiosos de San Juan, de Belen y de Jerusalen, y los puse bajo su proteccion. Con efecto supe despues que habia ido á libertarles de las exigencias de los beduinos del desier-

to; él no podia figurarse, cuando yo reclamaba su proteccion en favor de unos pobres religiosos francos desterrados en las montañas, que á los ocho meses siendo hombre tan poderoso imploraría mi mediacion para libertar á su hermano, conducido preso á Damasco, y que yo tendria la dichosa ocasion de serle útil á mi vez. Tomado el café y refrescados nuestros caballos, seguimos la marcha escoltados por la inmensa poblacion de Jeremías, y fuimos á acampar mas allá de Ramla, en un bosque soberbio de olivos que rodea la ciudad. Rendidos de cansancio y sin víveres, pedimos la hospitalidad á los religiosos del convento de Tierra Santa; pero nos la negaron, temiendo que estuviésemos apestados, como hubiera podido suceder muy bien. Nos quedamos sin cenar aquella noche, y dormimos al ruido del viento del mar, que agitaba el follage de los olivos. Allí fué donde la Virgen, San José y el Niño Jesus pasaron la noche cuando huyeron á Egipto, y este pensamiento nos consoló de nuestras privaciones.

Dejamos á Ramla el dia siguiente á las seis de la mañana, y nos fuimos á desayunar en Jaffa, á casa de Mr. Damiani, donde permanecimos un dia para descansar, y acopiar las provisiones necesarias para el camino de Siria por la costa.

Nada hay mas delicioso que un viaje en caravana, cuando el país es bello, cuando los caballos están descansados, y andan con ligereza al amanecer; cuando el piso es igual y arenoso, cuando la vista es variada, y sobre todo, cuando nos da en el rostro el aire del mar refrescado por las ligeras y regulares olas, y cuando la estensa superficie verde ó azul de este se despliega desde los pies de los

caballos, y á veces nos rocía con las polvorosas gotas de su espuma: este placer es el que tuvimos mientras se prolongó el camino por el bello golfo que separa á Caifás de San Juan de Acre.

El desierto del llano de Zabulon se oculta á la derecha por un alto y espeso cañaveral, y por las copas de las palmeras que separan la tierra de la costa; se anda sobre un piso de arena blanca y fina continuamente rociada por la ola que se despliega, y esparce sobre ella manteles blancos de espuma el golfo cerrado al Oriente por la alta cima del Carmelo coronada de su monasterio, y al Occidente por las blancas y casi demolidas murallas de San Juan de Acre; parece un vasto lago en que las mas pequeñas barcas se pueden mecer sin riesgo por las olas; pero esto es ilusion: la costa de Siria es peligrosa por todas partes, y mas aun en el golfo de Caifás; los buques que se refugian en él, y que echan el áncora, tienen un fondo de arena poco sólido, y son arrojados sobre la costa como lo atestiguan los tristes restos de buques naufragados que suelen presentarse á la vista. Con efecto, toda la playa estaba llena de cascos medio enterrados en la arena, y algunos descubrian aun su quebrantada proa, en la que hacen sus nidos los pájaros de mar. Muchos de estos cascos solo muestran por fuera de la arena sus mástiles, y estos fúnebres árboles, sin hojas, se parecen á las cruces que se colocan sobre las cenizas de los muertos: algunos habia que conservaban sus vergas y su jarcia, que colgaba al rededor del mástil, enmohecida por el vapor salado del mar. Los arabes no tocan estos restos de buques naufragados: solo el tiempo y las tempestades de invierno completan su esterminio

ó la arena concluye por sepultarlos. Allí vimos como pescan los árabes en casi todos los mares de Siria: un hombre con una pequeña red plegada sobre la cabeza y en disposicion de arrojarse, se introduce algunos pasos en el mar, escogiendo la hora y el sitio en que tenga el sol á la espalda, y que ilumine la ola sin deslumbrarle: allí espera las olas que amontonando y levantándose van á estrellarse á sus pies contra el escollo ó la arena; fija una mirada práctica y penetrante en la espuma, y si ve que trae pescado arroja su red en el mismo momento de estrellarse, y en que lo arrastra el reflujo hácia dentro; la red cae, la ola se retira, y el pescado queda: para esta clase de pesca es preciso que esté revuelto el mar en las costas de Siria, porque cuando se halla en calma, nada puede ver el pescador, en razon á que la ola no se hace trasparente al levantarse sobre la superficie del mar.

El olor hediondo de los campos de batalla nos anunció la inmediacion de San Juan de Acre, de cuyas murallas no distábamos sino un cuarto de hora. Esta ciudad es un solo monton de ruinas: las cúpulas de las mezquitas están acribilladas; las murallas tienen numerosas brechas, y las torres están desplomadas en el puerto; acababa de sufrir un año de sitio, y ha sido tomada por asalto por los cuarenta mil héroes de Ibrahim.

En Europa no se conoce la política de Oriente: se le atribuyen designios cuando solo tiene caprichos; se le suponen planes, cuando solo sigue pasiones y miras futuras, cuando solo cuenta con el dia y el siguiente. En la agresion de Mehemet-Alí se ha creido ver la premeditacion de una antigua y progresiva ambicion; mas ha sido solamente la

suerte la que de un paso al otro le ha arrastrado casi involuntariamente á un punto, en el que ha llegado á conmover el trono de su amo, y á conquistar la mitad de su imperio: un nuevo golpe de la suerte podria conducirle mas lejos todavía. Veamos ahora como principió esta querella.

Abdalla era un jóven sin prudencia, que elevado al gobierno de Acre por un juego de la casualidad y el favor, se habia rebelado contra el Gran Señor, y que habiendo sido vencido, imploró la proteccion del pachá de Egipto, el cual habia comprado su gracia al divan. Faltando despues al reconocimiento que debia á Mehemet, se negó á cumplir las condiciones á que se habia obligado en el tiempo de su desgracia. Ibrahim marcha á San Juan de Acre para obligarle á que los cumpla, y encuentra una imprevista resistencia: pide mas tropas á su padre, y llegan estas tropas, pero son rechazadas nuevamente. Mehemet se cansa y llama á su hijo; el amor propio de este se resiente, y quiere morir bajo los muros de Acre ó someter esta ciudad al dominio de su padre. A fuerza de sacrificar hombres derriba las puertas de la plaza, se apodera de ella, hace prisionero á Abdalla, y este espera la muerte. Sin embargo, le hace presentar en su tienda, le dirige algunos sarcasmos amargos, y le manda ir á Alejandría. Llegado allí, en vez del cordon y del sable, le envia Mahomet su caballo, le hace entrar en triunfo, lo sienta á su lado en el divan, alaba su valor y su fidelidad al Sultan, y le da un palacio, esclavos y considerables riquezas.

Abdalla mereció por su valor este trato; encerrado en Acre con tres mil osmanlis habia re-

sistido un año á todas las fuerzas de mar y tierra de Egipto; la fortuna de Ibrahim se hubiese estrellado contra este escollo, si el Gran Señor, solicitado reiteradas veces por Abdalla, le hubiese enviado oportunamente algunos miles de hombres, ó hubiese al menos mandado á los mares de Siria dos ó tres de las bellas fragatas que duermen inútilmente sobre sus áncoras delante de los caiques ó isletas del Bósforo. En este caso nada hubiera podido hacer Ibrahim, y hubiera tenido que retirarse á Egipto con el doloroso desengaño de la impotencia de su cólera, pero la Puerta, fiel á su sistema de fatalismo, dejó completar la ruina de su pachá.

Derribado el baluarte de la Siria, el divan despertó demasiado tarde. A pesar de esto Mehemet-Alí mandó á su general que volviese; mas este, hombre de valor y amante de aventuras, quiere saber hasta dónde llega la debilidad del Sultan y su propio destino, y sigue adelante en vez de verificar la retirada. Dos victorias brillantes y mal disputadas, la de Homs en Siria y la de Konia en el Asia menor, le hicieron dueño absoluto de la Arabia, de la Siria, y de todos esos reinos del Ponto, Bithinia y Capadocia, que forman en el dia la Caramania. La Puerta podia cortarle todavía la retirada, y desembarcando tropas á retaguardia recobrar las ciudades y provincias, en donde él no habia podido dejar guarniciones suficientes, pues un solo cuerpo de seis mil hombres establecidos en los desfiladeros del Tauro y de la Siria, hubiera encerrado y encarcelado á Ibrahim y su ejército en el teatro de sus propias victorias. La escuadra turca era incomparablemente mayor que la de Ibrahim,

ó mas bien la Puerta tenia una numerosa y magnífica escuadra, é Ibrahim contaba solamente con dos ó tres fragatas; pero desde el principio de la campaña Kalil-Pachá, jóven elegante, favorito del Gran Señor, que le habia nombrado pachá, se retiró en el mar delante de las débiles fuerzas de Ibrahim: nosotros le vimos abandonar la rada de Rhodas y encerrarse en la de Marmoriza sobre la costa de Caramania en el fondo del golfo de Macri. Una vez metido en este puerto, cuya entrada es tan estrecha, Ibrahim con solos dos buques podia impedirle la salida: con efecto no salió, y todo el invierno, en el que las operaciones militares sobre las costas de Siria fueron tan importantes y decisivas, los buques de Ibrahim se presentaron solos sobre estos mares, y le trasportaron refuerzos y municiones sin obstáculo ninguno. A pesar de esto Kalil-Pachá no era ni traidor ni cobarde; pero así van los negocios de un pueblo que permanece quieto cuando todos los demas adelantan. La fortuna de las naciones es su genio, y el genio de los musulmanes tiembla ahora delante de sus mismos pachás. Por lo demas, ya se sabe el resto de esta campaña que recuerda la de Alejandro: Ibrahim es sin disputa un héroe, y Mehemet-Alí un hombre grande, pero toda su suerte se apoya en estas dos solas cabezas; en faltando estos dos hombres, ha faltado el Egipto, falta el imperio árabe, no hay mas macabeos para el islamismo: y el Oriente pertenece al Occidente por la ley invencible de las cosas, que da el dominio y el imperio adonde está la luz.

El mismo dia.

La arena que terminaba el golfo de San Juan

de Acre se hacia mas fétida á cada instante: comenzábamos á ver huesos de hombres, de caballos y de camellos sobre la costa, los cuales blanqueaban al sol, lavados por la espuma de las olas; estos restos se amontonaban y multiplicaban á cada instante. Bien pronto la línea que separaba la tierra de la ribera, se vió cubierta enteramente de ellos, y el ruido de los pasos de nuestros caballos ahuyentaba á cada momento las bandas de perros silvestres, de horrorosos chakales y de aves de rapiña, que hacia dos meses venian á saciar su voracidad en el atroz banquete que les habian preparado los cañones de Ibrahim y Abdalla. Los unos arrastraban al huir miembros de hombres mal enterrados, los otros piernas de caballos que conservaban todavía la piel, y las águilas se remontaban al acercarnos dando gritos de cólera, y volvian á volar al alcance de nuestros tiros sobre sus presas horribles é inmundas. Las altas yerbas, los juncos y los arbustos de la ribera, estaban tambien interpolados con estos lastimosos restos de hombres y caballos. Todo presentaba el cruel espectáculo y la huella reciente de la guerra, y el tifus que desolaba á Acre hacia algunos meses, acababa de esterminar lo poco que habia respetado la guerra, en términos que apenas quedaban mil doscientos ó mil quinientos hombres en una ciudad de doce á quince mil almas, y todos los dias se arrojaban fuera de los muros ó en el mar nuevos cadáveres que las olas desechaban del seno de las aguas, ó que los chakales desenterraban en los campos.

Llegamos por fin á la puerta oriental de esta desgraciada ciudad; mas como el aire no era respirable, no entramos en ella, sino que volviendo

á la derecha seguimos á lo largo de los muros desplomados, donde trabajaban algunos esclavos, y atravesamos el campo de batalla en toda su estension, desde los muros de la ciudad, hasta la casa de campo de los antiguos pachás de Acre, edificada en medio del llano á una ó dos horas de la orilla del mar. Al aproximarnos á esta casa de magnífico esterior, flanqueada de elegantes kioscos de arquitectura india, vimos unos sulcos larguísimos, cuyos márgenes eran algo mas elevados que los que hace el arado en las mas fuertes de nuestras tierras. Estas líneas de sulcos tendrian una media legua de largo, su número otra media de anchura, y el reverso del sulco se alzaba á uno ó dos pies del suelo. Este punto era el campo de Ibrahim, tumba de quince mil hombres, que habia hecho enterrar en estos hoyos sepulcrales, y anduvimos algun tiempo con mucha dificultad sobre este suelo, que apenas podria cubrir tantas víctimas desgraciadas de la ambicion y del capricho de lo que llamamos un héroe.

Aceleramos el paso de nuestros caballos, que tropezaban con los muertos sin cesar, y que quebrantaban los huesos que los chakales habian descubierto, y fuimos a acampar á una hora de este lugar funesto, en un sitio hermoso del llano, regado de agua corriente, plantado de palmeras, naranjos y limoneros dulces, fuera de la corriente del aire de San Juan de Acre, cuyas emanaciones nos perseguian. Bellos jardines, esparcidos como un oasis en medio de la desnudez del llano de Acre, habian sido plantados por el penúltimo pachá sucesor del famoso Djezar pachá: algunos pobres árabes, refugiados en chozas de tierra y barro, nos

suministraron naranjas, huevos y pollos, y dormimos allí

Al siguiente dia, Mr. de Laroyère, apenas podia levantarse de la estera y montar á caballo: sus miembros, entorpecidos por el dolor, se negaban al menor movimiento, y sintió los primeros síntomas del tifus que su facultad de médico le hizo luego advertir mejor que á cualquier otro. Como el sitio no nos ofrecia ni abrigo ni medios para colocar un enfermo, nos apresuramos á alejarnos de allí antes que la enfermedad se agravase, y fuímos á dormir á quince leguas, en el llano de Tiro, á la orilla de un rio que corre entre dos márgenes de espesos cañares, no lejos de unas aisladas ruinas, que parecen haber pertenecido á la época de los cruzados. El movimiento y el calor habian reanimado á Mr. de Laroyère; le tendimos en la tienda, y fuimos á cazar patos y gansos silvestres que salian á bandadas de los cañares, cuyos pájaros alimentaron toda la caravana.

El dia siguiente encontramos á la orilla del mar, y en un sitio delicioso plantado de platanos y de marítimos cedros, á un agá turco, que venia de la Meca con una numerosa comitiva de hombres y caballos. Nos establecimos bajo un árbol, cerca de la fuente, y no lejos de otro árbol bajo el cual almorzaba el agá: sus esclavos paseaban sus caballos, y admirado de la perfeccion de las formas y de la ligereza de un caballo árabe jóven y de la primera raza, mandé á mi dragoman que entrase en conversacion con el agá. Le regalamos algunas de nuestras provisiones de camino y un par de pistolas de piston: él nos dió en cambio un yatagan, y yo hice pasar mis ca-

ballos por delante de él para poder entablar la conversacion de un modo que pareciese natural. Conseguimos entablarla en efecto; pero la dificultad consistia en proponerle que me vendiese el suyo. Mi dragoman le dijo que uno de nuestros compañeros de camino se habia puesto tan enfermo que no hallaba ningun caballo cuyo paso fuese bastante suave: el agá dijo que tenia uno, sobre el cual se podia tomar al galope una taza de café, sin que se derramase una sola gota: era precisamente el que me habia gustado tanto y el que deseaba vivamente adquirir para mi mujer. Despues de mucha conversacion entramos en ajuste, me quedé con él, y le puse por nombre El-kantara, en memoria del lugar de la fuente, donde le habia comprado. Lo monté al instante para concluir la jornada, y en mi vida he montado animal tan ligero: no se sentia ni el movimiento elástico de sus remos ó miembros, ni la reaccion de su casco al sentar el pie sobre la peña, ni la menor resistencia de su boca en la brida. El cuello era corto y elevado, movia sus pies como un gamo, y uno creia montar un pájaro, cuyas alas hacian una marcha insensible. Su pelo era de color perla: corria mas que cuantos caballos árabes he probado, y se lo regalé á mi mujer, que no quiso montar otro mientras estuvimos en Oriente. Siempre echaré menos este caballo sin defecto alguno, que habia nacido en el Korassan, y que solo tenia cinco años.

Llegamos por la tarde á los pozos de Salomon, y al otro dia temprano entramos en Saida, antigua Sidon, escoltados por los hijos de Mr. Giraudin, nuestro escelente vice-cónsul en aquella ciudad.

Allí encontramos á Mr. Cattafago, á quien habiamos conocido en Nazareth, el cual estaba con su familia, acababa de edificar una casa, y se hallaba ocupado con los preparativos del casamiento de una de sus hijas. Como la antigua Sidon no presentaba ningun vestigio de su pasada grandeza, nos entregamos enteramente á disfrutar de los obsequios y atenciones de Mr. Giraudin, y al placer de hablar de la Europa y del Oriente con este amable anciano, que constituido en patriarca en la tierra de los patriarcas, nos presentaba en su persona y en las de su familia la imágen de todas las costumbres y de todas las virtudes patriarcales. El tifus se caracterizó con todos sus síntomas en la enfermedad que se habia agravado de Mr. de Laroyère, imposibilitado de levantarse para montar á caballo; fletamos un barco en Saida que lo trasportarse á Beyruth: nosotros partimos con el resto de la caravana, y yo envié un correo á Lady Stanhope, tanto para darla gracias por la fineza del paso que habia dado con respecto á Abugosh, como para suplicarla que aprovechase las ocasiones que se la ofreciesen, para anunciar mi próxima llegada á los árabes del desierto de Bka, de Balbek y de Palmira.

5 *de noviembre.*

La noche pasada hemos dormido en un mal edificio antiguo abandonado, á la orilla del mar, y he escrito algunos versos en las hojas de mi Biblia. El gozo de acercarme á Beyruth, despues de un viaje concluido tan felizmente, hacia latir mi corazon. En el camino encontré un ginete árabe, que me traia una carta de mi mujer, en la cual me

decia que Julia estaba buena, y que me esperaban para ir á pasar algunos dias en el monasterio de Antura, en el Líbano, en casa del patriarca católico, que habia ido á convidarnos. A las cuatro y media nos vimos atacados por una espantosa tempestad. Un gorro de nubes densísimas parecia caer de improviso sobre los montes que teníamos á la derecha, y el ruido que hacian estas nubes contra los picos del Líbano, en los que se estrellaban y dividian, se confundia con el del mar, que parecia una dilatada llanura de nieve, removida y agitada por un furioso viento. La lluvia no caia, como en Occidente, á gotas mas ó menos apiñadas, sino á torrentes contínuos y pesados que golpeaban y abrumaban á hombres y caballos, como la mano de la tempestad. El dia se oscureció enteramente, nuestros caballos andaban entre torrentes de agua y de piedras, y á cada momento nos veíamos á pique de ser arrastrados al mar. Cuando se aclaró un poco, y volvió á parecer el dia, nos encontramos á la entrada del bosque de juncos de Fakardin, á media legua de la ciudad.

La patria tiene tambien su influencia sobre los animales; pues mis caballos, que reconocieron el sitio, por haberme llevado muchas veces, aunque cansados por un viaje de trescientas leguas, empezaron á relinchar, enderezaban las orejas, y daban saltos de gozo sobre la arena. Yo dejé que la caravana desfilase lentamente por entre los pinos; puse á mi Líbano al galope, llegué con el corazon agitado de gozo y de inquietud, y me arrojé en los brazos de mi mujer. Julia estaba divirtiéndose en una casa vecina con las hijas del príncipe

de las montañas, que habia sido gobernador de Beyruth durante mi ausencia; mas desde lo alto del terrado me habia visto llegar, y oí que corria gritando: ¿Dónde está? dónde está? ¿Es de veras, papá? Entró, se precipitó en mis brazos, me colmo de caricias, despues corria por el cuarto con los ojos inundados de lágrimas, levantando las manos y repitiendo: ¡Qué contenta estoy! ¡que contenta! En la sala habia dos jóvenes, padres jesuitas del Líbano, que habian venido á visitar á mi mujer, y no pude en mucho tiempo dirigirles una palabra de atencion: ellos mismos enmudecieron ante la espresion apasionada y sincera de la ternura de una hija con su padre, y ante el celeste brillo con que el gozo aumentaba su radiante hermosura: se quedaron en pie con admiracion y silencio: nuestros amigos y nuestra comitiva llegaron luego, y los campos de moreras se llenaron de nuestros caballos y tiendas.

Pasé muchos dias de felicidad y de reposo en recibir las visitas de nuestros amigos de Beyruth: los hijos del emir Beschir, que han bajado de las montañas por órden de Ibrahim para ocupar el pais que se ve amenazado de una sublevacion en favor de los turcos, estaban acampados á una hora de nuestra casa, en el vàlle de Nar-el-kelb.

7 de noviembre.

Mr. Bianco, cónsul de Cerdeña, que hacia muchos años estaba relacionado con estos príncipes, nos convidó á un festin que les dió; y les vimos llegar con cafetanes magníficos de alama ó de glasse de oro; su turbante era tambien de las mas ri-

cas telas de Cachemir. El mayor de estos príncipes, que manda el ejército de su padre, llevaba un puñal, cuyo mango era enteramente de diamantes de un inestimable valor: su comitiva es numerosa y singular. En medio de muchos musulmanes y negros esclavos tiene un poeta, enteramente semejante por sus atribuciones á los bardos de la edad media; sus funciones consisten en cantar las virtudes y las espediciones de su amo, en forjarle historias cuando le llama para que le distraiga, y en estar de pie derecho detras de él, durante las comidas, improvisando versos, que son una especie de brindis políticos en honor suyo y en el de los convidados, á quienes el príncipe quiere distinguir. Tambien hay un capellan ó confesor maronita católico que nunca se separa de él, ni aun cuando está en la mesa, y á quien únicamente permite la entrada en el harem: es un fraile de un rostro jovial y guerrero, enteramente semejante á lo que nosotros llamamos un capellan de regimiento. El capellan, por respeto á su carácter de eclesiástico, se sienta á la mesa; mas el poeta permanece derecho. Estos príncipes, y sobre todo el mayor, no manifiestan embarazo ninguno á la vista de nuestros usos, ni á la presencia de las mujeres europeas. Hablaron alternativamente con nosotros, con la misma gracia en los modales, la misma oportunidad y la misma libertad y despejo, que si hubiesen estado educados en una corte la mas elegante de Europa.

La civilizacion oriental está siempre al nivel de nuestra civilizacion europea, porque la suya es mas antigua y originariamente mas pura y mas perfecta. Un observador que no esté preocupado

no hallará comparacion entre la nobleza, la decencia y la gracia severa de las costumbres árabes ó turcas, é indianas ó persianas, y las nuestras: nuestras costumbres se resienten de la juventud de los pueblos que acaban de salir de las civilizaciones duras, groseras é imperfectas, y en las de ellos se distinguen ó notan los hijos de casas ó familias principales: los pueblos herederos de la sabiduria y virtudes antiguas. Su nobleza, que no es otra cosa mas que la filiacion de las virtudes primitivas, está escrita sobre sus frentes, é impresa en todas sus costumbres; y ademas entre ellos no hay pueblo. La civilizacion moral, la unica que yo aprecio, está al nivel por todas partes: el pastor y el emir son de la misma familia, hablan la misma lengua, tienen los mismos usos, y participan de la misma sabiduria y de las mismas tradiciones, que son la atmósfera de un pueblo.

Circularon con abundancia en los postres los vinos de Chipre y del Líbano: los árabes cristianos y la familia del emir Beschir, que es cristiana ó cree serlo, bebian sin dificultad cuando se les presentaba la ocasion. Se brindó por la victoria de Ibrahim, por la libertad del Líbano, y por la amistad de los franceses y de los árabes: el príncipe brindó despues por las señoras que se hallaban presentes, y el bardo se puso á improvisar por órden del príncipe, y cantó en voz alta unos versos cuyo sentido es el siguiente.

Bebamos el nectar del Eden que embriaga y regocija el corazon del príncipe y del esclavo: este es el vino de aquellas mismas viñas plantadas por Noé, cuando la paloma en lugar del ramo de olivo le tra-

o la copa del cielo. Por la virtud de este vino el poeta se hace un instante príncipe, y el príncipe se torna poeta.

Bebamos en honor de estas hermosas y jóvenes francesas que vienen del pais donde son reinas todas las mujeres. Los ojos de las mujeres de Siria son apacibles; pero están cubiertos: en los ojos de las hijas de Occidente hay mas embriaguez que en la trasparente copa que libo.

Beber, y contemplar el rostro de las mujeres, es para el musulman pecar dos veces; mas para el árabe es gozar dos veces y bendecir á Dios de dos maneras.

El mismo capellan pareció gustar mucho de estos versos, y repetia los refranes del bardo riendo, y apurando su vaso. El príncipe nos propuso la diversion de una caza con el halcon, de la cual gustan mucho los príncipes y los scheiks de Siria: de allí la trajeron á Europa los cruzados.

9 *de noviembre.*

A escepcion de algunas ráfagas de viento de mar y de algunas tormentas, que descargan en lluvia á la hora de mediodia, es tan hermoso el tiempo como el mes de mayo lo es en Francia. Tan pronto como comenzaron las lluvias, empezó tambien una nueva primavera. Las paredes de los terraplenes que sostienen la tierra de las pendientes cultivadas del Líbano, y las fértiles colinas de los alrededores de Beyruth, se cubrieron en pocos dias de una vegetacion tal, que la tierra quedó oculta enteramente bajo el musgo, la yerba, las enredaderas y las flores; la verde cebada tapi-

zaba los campos, que á nuestra llegada no presentaban mas que polvo: las moreras brotaban su segunda hoja, y formaban al rededor de nuestras casas bosques impenetrables al sol: acá y acullá se veian los techos de las casas diseminadas en la llanura que salian de este océano de verdura; las mujeres griegas y siriacas con sus trages ostentosos y ricos parecian unas reinas sobre los pabellones de sus jardines. Sendas estrechas encajonadas en la arena conducian de unas casas á otras, y de las unas á las otras colinas al través de estos jardines continuados, que llegan desde las orillas del mar hasta los pies del Líbano. Si se siguen estas sendas, encuentra uno de improviso sobre los umbrales de estas pequeñas casas las escenas mas interesantes de la vida patriarcal; las mujeres y las jóvenes sentadas bajo la higuera y el moral, que tienen á la puerta, bordan ricas alfombras de lana con opuestos y brillantes colores; otras atan las hebras de la seda á árboles distantes, y las desovillan, andando lentamente y cantando, desde un árbol al otro. Los hombres tejen tambien telas de seda, pero caminando hácia atrás desde un árbol á otro, y arrojando la lanzadera que otro operario les devuelve: los niños están acostados en cunas de junco, ó sobre esteras, á la sombra; y algunos suspendidos en las ramas de los naranjos. Los grandes carneros de Siria con la inmensa cola que les arrastra, demasiado pesados para moverse, están metidos en hoyos que se hacen á propósito en la fresca tierra: delante de la puerta una ó dos hermosas cabras con largas orejas colgando, como las de nuestros perros de caza, y alguna vez una vaca, completan este cua-

dro campestre. El caballo del dueño está siempre allí con sus magníficos arneses en estado de montar; hace parte de la familia, y parece tomar interés en cuanto se hace ó se dice junto á él; su fisonomía se anima cual la del rostro humano. Cuando un forastero se presenta y le habla, endereza sus orejas, abre sus labios, arruga sus narices, tiende la cabeza, y olfatea al desconocido que lo halaga; sus dos ojos profundos brillan como dos ascuas al través de sus hermosas crines. Las familias de los labradores griegos, siriacos y árabes, que habitan estas casas al pie del Líbano, no tienen nada de salvaje ni de bárbaro; mas instruidos aun que los labradores de nuestras provincias, saben todos leer, entienden el árabe y el griego, son pacíficos, laboriosos y sóbrios. Se ocupan toda la semana en las labores de la tierra, ó en el tejido de la seda, descansan el domingo, asistiendo con sus familias á los largos oficios del culto griego ó siriaco, y se retiran despues á sus casas, donde tienen preparada una comida mas delicada que en los dias ordinarios. Las mujeres casadas y solteras se ponen sus mejores vestidos, trenzan sus cabellos, y los adornan con variadas flores, y se sientan despues sobre esteras á las puertas de las casas con sus amigas y vecinas. Seria imposible describir los admirables grupos de visualidad, de riqueza de traje y de hermosura que forman entonces estas mujeres en el campo. A cada paso veo rostros de mujeres, dignos de haber sido vistos por Rafael, aunque solo hubiera sido en ensueños de artista: su belleza es mucho mayor que la hermosura italiana ó la griega: allí se ve la pureza de las formas, la delicadeza de los

contornos, y en una palabra, todo lo que las artes griegas y romanas han dejado de mas completo; pero esto es mas seductor por la sencillez primitiva de la espresion, por una languidez serena y voluptuosa, por un esplendor celestial que esparcen sobre todas las facciones unos ojos azules guarnecidos de negras pestañas, por una sonrisa encantadora, una armonía de proporciones, una blancura animada, y una trasparencia indecible del cútis, un barniz metálico del pelo, una gracia de movimientos, una originalidad de actitudes, y un sonido de voz que constituye á las jóvenes siriacas en verdaderas hurís del paraiso de los ojos. Estas bellezas admirables y variadas son muy comunes tambien; no se anda una hora por el campo, sin encontrar muchas de ellas que van ó vuelven de la fuente con sus vasijas etruscas al hombro, y sus piernas desnudas con brazaletes de plata. Los hombres, tanto casados como solteros, no tienen otra distraccion el domíngo que la de sentarse sobre esteras al pie de algun gran sicomoro, inmediato á una fuente; y allí permanecen inmóviles todo el dia contándose asombrosos cuentos; de cuando en cuando toman una taza de café, ó beben agua fresca; otros van á lo alto de las colinas y se sientan en corro bajo los parrales ó los olivos, gozando con recreo de la vista del mar, que dominan estas alturas, de la serenidad del cielo, del canto de los pájaros, y de todas estas voluptuosidades instintivas del hombre sencillo, que han perdido ya nuestras poblaciones, por la estrepitosa embriaguez de las tabernas, ó por la corrupcion de las orgías. Estas escenas tan hermosas de la creacion, en ninguna parte se ven

animadas de mas puras impresiones: la naturaleza es ciertamente aquí un himno perpetuo á la bondad del Criador, sin que ningun falso tono, ni ningun espectáculo de miseria altere ante la vista del estrangero la interesante armonía de este himno. Los hombres, las mujeres, los animales, los árboles, los montes, el mar, el cielo y el clima, todo es puro y hermoso; todo religioso y esplendente.

10 *de noviembre.*

He salido á paseo con Julia muy de mañana, y nos hemos dirigido á la colina que los griegos llaman de San Demetrio, á una legua de Beyruht, por el lado del Líbano, siguiendo oblicuamente la curvatura de la línea del mar. Dos árabes nos acompañaban, uno para servirnos de guía, y otro para mantenerse á la cabeza del caballo de Julia, y recibirla en sus brazos si el caballo se avivaba ó enardecia. Cuando las sendas eran demasiado pendientes, echábamos pie á tierra y recorríamos los terraplenes naturales ó artificiales que forman los cultivados graderíos de la colina de San Demetrio.

En mi infancia me he representado muchas veces este paraiso terrenal, este Eden, del que todas las naciones tienen idea, unas como un sueño, otras como tradicion de un tiempo y una mansion mas perfecta: he seguido á Milton en las deliciosas descripciones de este encantado paraiso de nuestros primeros padres; mas en esto como en todas las cosas, he encontrado que la naturaleza escede mucho á la imaginacion, porque Dios no ha concedido al hombre ni aun soñar cosas tan her-

mosas como las que ha criado. Yo habia soñado el Edeu; mas ahora lo he visto.

Despues de andar durante media hora por entre setos de nopales que guarnecen todos los senderos del llano, comenzamos á subir estrechas sendas y escarpadas que guian á plataformas sucesivas, desde las cuales se estiende progresivamente mas el horizonte del campo, del mar y del Líbano. Estas plataformas de estension mediana están circundadas de árboles desconocidos en nuestros climas, cuyos nombres ignoro; pero su tronco, la figura de sus ramas, y las formas estrañas y nuevas de sus cónicas copas, desparramadas ó esparcidas, piramidales tambien, se estienden como alas, y dan á esta guarnicion de los campos un aspecto de gracia y de novedad esclusiva del Asia. Sus follages tienen todas las formas y todos los tintes, desde el verdinegro del ciprés hasta el verde pálido del olivo, y hasta el amarillento del limonero y el naranjo, y desde las anchas hojas del moral de la China, cada una de las cuales bastaria á cubrir con su sombra la cabeza de un niño, hasta las pequeñas del árbol del té, del granado, y de otros innumerables arbustos, cuyas hojas se parecen á las del peregil, y se presentan como guarniciones de encajes vegetales á la trasluz.

A lo largo de estas líneas de árboles hay una faja de arbustos que florecen á su sombra: el interior de las plataformas está sombreado de cebada, y en alguno de los ángulos descuellan dos ó tres palmeras, ó la copa redonda y colosal del algarrobo, que indican el lugar donde ha construido su cabaña el labrador, rodeada de parras, de un foso defendido por empalizadas verdes de higueras chum-

bas, cubiertas de sus espinosos frutos, y un pequeño jardin de naranjos, sembrado de claveles y alhelíes para adornar los cabellos de sus hijas. Cuando por casualidad nos guia la senda á estas casas vaciadas como nidos humanos entre estas ondas de verdura, no veíamos en la fisonomía de estos dichosos y buenos habitantes ni sorpresa, ni enfado, ni cólera; sino por el contrario nos saludaban sonriendo al ver la hermosura de Julia, con el piadoso saludo de los orientales *saba el cair*; que el dia sea bendito para vosotros. Algunos querian que nos detuviésemos bajo su palmera, y otros, segun sus medios ó posibles, nos traian una estera ó una alfombra, y nos ofrecian frutos, leche ó flores de su jardin. Nosotros aceptábamos algunas veces, y prometíamos volver para traerles alguna cosa de Europa; pero su atencion y su hospitalidad distaban mucho de ser interesadas: ellos aman á los franceses que saben curar las enfermedades, que conocen las virtudes de todas las plantas, y que adoran al mismo Dios.

Subiamos de una á otra plataforma y allí encontrábamos la mismas escenas, los mismos circuitos de árboles, el mismo mosáico de vegetacion, y solamente á medida que subíamos se estendia el suntuoso horizonte, y las plataformas inferiores parecian un tablero de damas de todos colores, en el que las líneas de los árboles aproximadas por el efecto de la óptica, formaban bosques y manchas oscuras á nuestros pies. Seguimos algun tiempo las plataformas de estas colinas, bajando algunas veces á los valles que las separan, los cuales están mil veces mas sombreados, y son mas deliciosos aun que las colinas, pues están cubiertos por las

cortinas de árboles de los terraplenes que los dominan, y envueltos entre estas ondas de olorosa vegetacion: tienen todos una abertura por donde se estiende la vista sobre el llano y el mar. A proporcion que desaparece el llano por la elevacion de estos valles, se ven desembocar mas inmediatos á la playa; sus árboles se destacan negros sobre el azul de las aguas, y alguna vez sentados al pie de una palmera, nos divertiamos en ver las velas de los buques que estaban realmente á cuatro ó cinco leguas de distancia, deslizarse lentamente del un árbol al otro, como si navegasen sobre un lago, y como si los árboles estuviesen plantados á su orilla.

Llegamos finalmente por casualidad al mas completo y mas encantador de estos valles, al cual volveré muchas veces: es un valle superior, abierto de Oriente á Occidente, y encajonado en los pliegues de la última cadena de colinas que avanza hácia el estenso valle, en que corre el Narh-Beyruh. No puede describirse la prodigiosa vegetacion que tapiza su cáuce y sus laderas, aunque por ambos lados sean de roca sus paredes, pues están totalmente vestidas de líquenes de toda especie, y tan empapadas de la humedad que filtra y se destila gota á gota, tan vestidos de jarales, de helechos, de yerbas aromáticas, de enredaderas, de yedras y de arbustos arraigados en los imperceptibles instersticios, que es imposible figurarse que sea peña viva la que produzca esta vegetacion, pues es una alfombra tupida de uno ó dos pies de espesor; un apretado terciopelo de vegetacion teñido de tintes y colores diversos, y sembrado de flores desconocidas de mil formas y

olores, que ya duermen inmóviles como las flores pintadas sobre una tela, ya se bajan al leve impulso de la brisa del mar, ya se levantan con las yerbas y las ramas de las que se sueltan y desprenden como los pelos finos de un animal al que se acaricia á repelo, se matizan, ondean y se parecen á un arroyo de verdura y de flores, deslizando sus perfumadas linfas. Entonces se desprenden suaves soplos de deliciosos perfumes, y muchedumbre de insectos con las alas pintadas, y bandadas de pájaros que se van á poner sobre los árboles vecinos. El aire se llena de sus voces, del zumbido de avispas y de abejas, y de ese leve murmullo de la tierra en la estacion de la primavera, que se atribuye tal vez con razon al ruido sensible de las mil vegetaciones de su superficie. Las gotas del rocío de la noche caen de cada hoja, brillan sobre los retoños de las yerbas, y refrescan el fondo de este pequeño valle, á medida que sube y hiere el sol con sus rayos las altas copas de los árboles y de las rocas que lo circundan.

Almorzamos sobre una piedra en aquel sitio delicioso, y á la entrada de una caverna, donde se habian refugiado dos gamos huyendo de nosotros, y nos abstuvimos de violar el asilo de estos hermosos animales, que son en este desierto lo que el cordero en nuestros prados, y lo que las palomas domesticadas son en los techos ó en los patios de nuestras casas.

Por toda la estension del valle estaba tendida la misma cortina movible de follage, de musgo y de vegetacion, en términos que no podiamos reprimir una esclamacion á cada paso; no recuerdo haber visto tanta vida en la naturaleza, acumula-

da y rebosando en tan pequeño espacio. Seguimos este valle en toda su longitud, nos sentábamos de cuando en cuando, y golpeábamos con la mano la yerba para hacer saltar las gotas del rocío, y las exhalaciones olorosas, y las nubes de insectos se elevaban de su seno como si fuera polvo. ¡Cuán grande es el Señor! ¡Qué profunda é infinita debe ser la fuente de donde nacen tantas vidas, tantas bellezas y bondades! Si hay tanto que ver y admirar, tanto porque asombrarse y confundirse en un solo y pequeño rincon de la naturaleza, ¿qué será cuando se descorra la cortina y se rompa el velo de los mundos para nosotros, y podamos contemplar el conjunto de esta obra sin fin? Es imposible ver y reflexionar sin ser inundados de una evidencia interior en la que la idea de Dios se refleja. Toda la naturaleza está sembrada de brillantes fragmentos de este espejo portentoso en que se pinta la imágen de Dios.

Al llegar á la embocadura occidental del valle se ensancha el cielo, sus laderas se bajan, la pendiente se suaviza, y las brillantes nieves del Líbano se elevan en el horizonte, en el que ondean vapores ardientes; baja uno la vista desde estas perpetuas nieves á las negras manchas de pinos, de cipreses y cedros, despues á los barrancos profundos, donde descansa la sombra como en su centro; despues, en fin, á los picos de estas peñas de color de oro, al pie de las cuales se estienden las alturas maronitas y los pueblos de los druzos; y todo concluye con una faja de olivos que termina en el llano, el cual estendiéndose por entre las colinas en que estábamos y las raices del alto Líbano, puede tener una legua

de ancho. Esta llanura es sinuosa, y nosotros no alcanzabamos con la vista mas de dos leguas de longitud: el resto lo ocultaban algunas lomas coronadas de pinos. El Narh-Beyruth ó rio de Beyruth que toma su curso desde algunas millas de la ciudad, y sale de una de las mas profundas y peñascosas gargantas del Líbano, divide en dos partes la llanura, corre graciosamente, ya encerrado entre orillas de juncos, semejantes á los campos de azúcar, y llevando su cáuce hasta la altura de los márgenes, ya esparcido por campos de yerba menuda ó bajo los lentiscos, dejando pequeñas lagunas en el llano. Toda su ribera está cubierta de vegetacion; los jumentos, caballos, cabras, búfalos negros y vacas blancas, estaban esparcidos en manadas á lo largo de ella, y algunos pastores árabes vadeaban el rio sobre camellos. Mas lejos y hácia la parte de la montuosa costa se veian frailes maronitas con su hábito negro y capucha de marinero, que guiaban con silencio el arado por sus campos de olivos, y se oia la campana de los conventos que los llamaba á la oracion. Entonces detenian sus bueyes, colocaban la percha sobre el arado, se arodillaban á poca distancia, y dejaban respirar á los animales mientras que oraban ellos. Avanzando algo mas, y al tiempo que comenzabamos á bajar hácia el rio, descubrimos repentinamente el mar oculto hasta entonces por las laderas que sostienen el valle, y la desembocadura mas ancha del Narh-Beyruth. No lejos de esta desembocadura hay un puente romano casi arruinado sobre arcos muy elevados y sin baranda, por el cual pasaba una larga caravana que iba á Alepo, y los veíamos subir desfilan-

do uno sobre un dromedario, y otro sobre un caballo: cuando llegaban á la altura de los arcos se dibujaban sobre el azul del mar con su montura y su trage lujoso y estraño; despues bajaban de esta cima de ruinas, y desaparecian con su larga fila de asnos y de camellos entre la espesura de los cañares, de las adelfas y los plátanos á la orilla opuesta del rio. Poco despues aparecian sobre la playa donde las elevadas olas esparcian la espuma hasta los pies de sus monturas, se ocultaban detrás de las inmensas rocas de un cabo avanzado, y se prolongaban por la orilla del mar que terminaba por este lado el horizonte. A la desembocadura del rio aparecia el mar de dos colores, á lo lejos azul y verde brillando con movibles diamantes, y amarillo y empañado donde las aguas del rio luchaban con las olas tiñéndolas de la dorada arena que arrastran continuamente á la rada. En el golfo habia diez y siete buques anclados, que se mecian con pesadez sobre las recias olas que lo surcaban, y sus mástiles se levantaban y bajaban á manera de largas cañas movidas por el viento. Los unos presentaban estos mástiles desnudos como árboles de invierno, y los otros estendiendo sus velas para que se secasen al sol, se parecian á esos blancos pajarotes marítimos que vuelan sin que uno distinga el movimiento de sus alas. El golfo, mas brillante todavía que el cielo que lo cubre, reflejaba en una parte las nieves del Líbano, y los monasterios con sus muros de almenas derechos sobre los avanzados picachos. Algunas barcas de pescadores pasaban á todo trapo, y venian á abrigarse en el rio. Ahora, pues, el valle bajo nosotros con las pendientes inclinadas al llano: el

mar con sus bahías entre las peñas: el Líbano grandioso, con los variados accidentes de su estructura: sus pirámides de nieve que se internaban como si fueran conos de plata en las profundidades del cielo, donde las buscaba la vista, del mismo modo que si fuesen estrellas: los rumores casi insensibles de los insectos que giraban en torno de nosotros: el canto de miles de pájaros en los árboles: los mugidos de los búfalos ó los lamentos casi humanos del camello de las caravanas: el sordo y periódico ruido de las olas que rompian sobre la arena á la embocadura del rio: la ilimitada estension del Mediterráneo: la verde ribera del Nahr-Beyruth que serpenteaba á la derecha, la muralla gigantesca del Líbano enfrente: la radiante y serena cúpula del cielo, interrumpida solamente por las cumbres de los montes y por las copas cónicas de los árboles gigantescos: el temple y perfume del aire en que nadaba todo esto como una imágen en el lago trasparente de la Suiza: todos estos objetos, todos estos ruidos, todas estas sombras, toda esta luz, todas estas impresiones, comunicaban á esta escena las formas del mas gracioso y sublime paisage que yo he visto en mi vida. ¿Qué sería, pues, á los ójos de Julia? Estaba conmovida, radiante y temblando de gozo, ¡y yo que gustaba tanto de grabar espectáculos de esta naturaleza en su imaginacion infantil! El Ser Supremo se retrata y pinta en ellas, y se retrata en rasgos dignos de él, pues que son trazados por su mano divina. La belleza suprema, la bondad soberana de una naturaleza admirable y perfecta, lo revelan, tal cual es, al alma de un niño, y esta hermosura física y material es traducida por ella en

belleza moral. A los artistas se les presentan las estátuas de la Grecia para inspirarles el instinto de lo bello, y á las almas jóvenes es preciso hacerles ver las grandes escenas de la naturaleza, para que formen una idea aproximada y digna de su autor.

Montamos á caballo en el llano al pie de la colina, y á la orilla del rio: atravesamos el puente y subimos algunas cuestas arboladas del Líbano hasta el primer monasterio, que se encontraba como una fortaleza sobre un pedestal de granito. Los frailes, que me conocian por las relaciones de los árabes, me recibieron en el convento, y recorrí las celdas, el refectorio y las capillas: ellos se retiraban del trabajo, y estaban ocupados en desuncir los bueyes y los búfalos en el estenso patio, que tenia el aspecto de una grande heredad, y que estaba obstruido de ganado, de estiércol, de aves y de todos los instrumentos de labranza. El trabajo se hacia sin ruido y sin gritos; mas sin la afectacion del silencio, y como por hombres animados de una decencia natural, no reprimida por una regla inflexible y severa. Los rostros de estos hombres eran apacibles y serenos, y respiraban esa paz y ese contento que es el aspecto de una comunidad de labradores. Cuando sonó la hora de la comida entraron en el refectorio, no todos juntos sino uno en uno, ó dos en dos, segun lo mas ó menos pronto que concluian su trabajo. Su comida diaria consistía en galletas de harina amasada, y secada, mas bien que cocida, sobre la piedra caliente, agua y cinco aceitunas curtidas con aceite: se suele añadir un poco de queso ó leche ágria; tal es el alimento de estos cenobitas, que lo toman de pie ó sentados en tierra. Todos los muebles de

nuestros paises son desconocidos para ellos. Despues de haber asistido á su comida, haber comido nosotros tambien un pedazo de galleta, y haber bebido un poco de escelente vino del Líbano, que nos hizo servir el prior, visitamos algunas celdas enteramente iguales y reducidas á un pequeño aposento de cinco ó seis pies en cuadro con una estera y una alfombra. Tales eran sus muebles: algunas estampas clavadas en las paredes, una biblia árabe, y algunos manuscritos siriacos, eran sus propiedades y adornos. Una larga galería interior cubierta de paja, servia de corredor y daba entrada á los aposentos. La vista que ofrecian las ventanas del monasterio y de casi todos los demas, era ciertamente admirable: las primeras pendientes del Líbano, el llano, el rio Beyruth, las aéreas cúpulas de los bosques de pinos, destacadas del horizonte encarnado del desierto de arena, y el mar encajonado por todas partes por sus cabos, sus golfos, sus bahías, sus costas peñascosas, y con las velas blancas que lo cruzan en todas direcciones, he aquí el horizonte que tienen siempre á la vista estos frailes. Nos hicieron muchos regalos de frutas secas y pellejos de vino, que se cargaron sobre asnos, y dejamos el convento para volver por otro camino á Beyruth: todavía volveré á hablar de ellos.

Bajamos por escarpados escalones cortados en piedra arenisca, que cubre todos los primeros planos del Líbano: el sendero circula al través de esta piedra en los intersticios de la roca, y crecen allí algunos arbustos y se arraigan algunas yerbas. Hay lindísimas flores semejantes al tulipán de nuestros jardines: pero mucho mas grandes: hicimos saltar muchos gamos y algunos chakales que se abrigan

en los huecos de las peñas, y al acercarnos volaron muchísimas perdices, codornices y becadas. Llegados al llano encontramos cultivada la viña, la cebada y la palmera: atravesamos la mitad de él por medio de esta rica vegetacion, y nos encontramos al pie de una ancha loma, plantada de espesos pinos de Italia, con algunos claros, por medio de los cuales distinguíamos los ganados de camellos y cabras. Esta loma nos ocultaba el Nahr-Beyruth, que queríamos atravesar entre su parte meridional. Penetramos, pues, bajo la bóveda de estos hermosos pinos quita-soles, y despues de andar un cuarto de hora á su sombra, oimos de improviso graandes gritos, y el ruido de los pasos de una muchedumbre de hombres, de mujeres y niños que venian hácia nosotros, los redobles de tambores, y los sonidos de las gaitas y de las chirimías. En un instante nos vimos cercados por quinientos ó seiscientos árabes de estraordinario aspecto: los gefes, vestidos con magníficos trages, pero sucios y destrozados, se adelantaron á nosotros á la cabeza de la música; se inclinaron, y nos cumplimentaron al parecer respetnosamente, mas no pudimos comprenderlos. Sus ademanes y clamores, acompañados de los de la tribu, nos ayudaron á interpretarlos, y nos rogaron, ú obligaron mas bien, á seguirlos al interior del bosque, donde habian sentado su campo. Estas gentes eran una tribu de kurdas, que vienen de las provincias inmediatas á la Persia á pasar el invierno, unas veces en los llanos de la Mesopotamia, á los alrededores de Damasco, y otras en los de la Siria, y que llevan consigo sus familias y ganado: se apoderan de un bosque, de un llano ó de una

colina abandonada, y se establecen allí por cinco ó seis meses. Mucho mas bárbaros que los árabes se temen generalmente sus invasiones y vecindario; pues son los gitanos armados del Oriente.

Rodeados de tal muchedumbre de hombres, mujeres y niños, anduvimos algunos minutos al compas de su música salvage, y entre los gritos de la turba que nos miraba con una curiosidad medio risueña, medio feroz, y no tardamos en llegar al centro del campo, delante de la puerta de la tienda del scheik de la tribu; allí nos hicieron apear, entregaron nuestros caballos, que celebraron mucho, á la custodia de algunos jóvenes kurdos, y nos tendieron alfombras de Caramania, sobre las cuales nos sentamos al pie de un árbol. Los esclavos del scheik nos presentaron las pipas y el café, y las mujeres de la tienda trajeron leche de camella para Julia. La vista de este campo de una tribu errante, en medio de un bosque sombrío de pinos, merece describirse.

El bosque no estaba en este punto enmarañado, y se veía interrumpido por algunos claros. Al pie de cada árbol había establecido su tienda una familia: la mayor parte de estas tiendas consistian en un pedazo de tela negra de pelo de cabra, atada al tronco por un lado con una cuerda, y por el otro sostenida por dos postes clavados en tierra: la tela no cubria por lo comun el espacio que ocupaba la familia, sino que colgaba un pedazo por el lado del viento ó del sol, y abrigaba el aire de la tienda y el fuego del hogar. No se veian otros muebles que vasijas de tierra, negruzcas, tendidas á lo largo, con las cuales iban

las mujeres por agua, algunos pellejos de piel de cabra, sables y largas escopetas colgadas de las ramas de los árboles, esteras y alfombras y algunos vestidos de hombres ó de mujeres tendidos por el suelo. Algunos de estos árabes tenian dos ó tres cofres cuadrados de madera pintada de encarnado, claveteados á dibujos de tachuelas doradas para cerrar en ellos sus efectos. No ví sino dos ó tres caballos en la tribu. La mayor parte de las familias solo tenia un camello acostado junto á su tienda, con su alta cabeza levantada y tendida hácia la puerta; algunas bellas cabras con su largo y suave pelo negro y sus largas orejas, los carneros y los búfalos: casi todos tenian además uno ó dos magníficos lebreles de gran talla y pelo blanco. Estos animales, contra la costumbre de los mahometanos, estaban gordos y bien cuidados; parecian conocer á sus amos, y presumo que se servirian de ellos para la caza. Los scheik ejercian una autoridad absoluta: á su menor señal se restableció el órden y el silencio que habia alterado nuestra llegada. Algunos muchachos, que llevados de la curiosidad, cometieron leves indiscreciones con nosotros, los cogieron los hombres al instante y se los llevaron á otro punto del campo. Los hombres eran por lo comun altos, robustos, hermosos y bien hechos, sus trages no indicaban ni la pobreza ni el descuido: muchos llevaban chaquetas de seda, tejida con hilos de oro y plata, y pellizas de seda azul forradas de riquísimas pieles: sus armas eran igualmente notables por su trabajo y los embutidos de plata con que estaban adornadas. Las mujeres no solo no estaban encerradas, sino que tampoco llevaban velos; antes

bien iban medio desnudas, especialmente las muchachas de diez á quince años; todo su vestido consistia en un pantalon á pliegues anchos, que dejaba desnudas las piernas y los pies, y todas llevaban brazaletes de plata sobre el tobillo. La parte superior del cuerpo estaba cubierta con una camisa de tela de algodon ceñida por la cintura, que descubria tambien el pecho y el cuello. Sus cabellos, generalmente muy negros, estaban tejidos en trenzas que colgaban hasta los talones, adornadas con monedas enhebradas, y las caderas y garganta, cubiertas con un enrejado de piastras que resonaban á cada paso que daban, como las escamas de la serpiente: no eran ni altas, ni blancas, ni modestas, ni graciosas como las árabes sirias; tampoco tenian el aire feroz y temible de las beduinas; eran comunmente pequeñas, delgadas, y con el cútis tomado del sol; pero alegres, vivas, bulliciosas y ágiles, bailaban y cantaban al compas de su música, que no habia suspendido un momento sus aires animados y vivos: no les embarazaban nuestras miradas, ni mostraban ningun pudor por su casi total desnudez delante de los hombres de su tribu: estos mismos no parecian ejercer autoridad ninguna sobre ellas; se contentaban con reir de su curiosidad indiscreta, y las apartaban con suavidad chanceando. Algunas de estas jóvenes eran sumamente bonitas é interesantes: sus ojos negros tenian los bordes de los párpados teñidos del mismo color, y esto añadia mucha viveza á sus miradas. Sus piernas y sus manos estaban pintadas de color de caoba; sus dientes eran blancos como el marfil, y sus labios pintados de azul hacian resaltar su blancura, comunicando á sus fisonomías y á

su sonrisa un aspecto salvage, pero no feroz: así es que parecian jóvenes provenzales ó napolitanas, con la frente mas elevada, el andar mas libre, la sonrisa mas franca, y las maneras mas naturales. Sus rostros se graban profundamente en la memoria, porque no se ven otros de su carácter.

Al rededor nuestro habia un círculo de cien ó doscientas personas de la tribu: despues que examinamos el campo manifestamos por señas que deseábamos retirarnos. Al momento nos trajeron nuestros caballos, mas como estaban asustados por el aspecto de la tribu, los gritos de la muchedumbre y los redobles de los tambores, el scheik hizo que dos de las mujeres tomasen á Julia, y que la llevasen hasta la salida del bosque, adonde nos acompañó la tribu entera. Allí volvimos á montar á caballo: nos quisieron regalar una cabra y un pequeño camello: mas nosotros no los aceptamos, y les dimos un puñado de piastras turcas que se repartieron las muchachas para añadirlas á sus collares, y dos gazzis de oro á las mujeres del scheik. A poca distancia del bosque encontramos el rio; lo pasamos á vado por entre las adelfas que lo guarnecen, y encontramos á un centenar de muchachas de la tribu de los kurdos que volvian de Beyruth, adonde habian ido á comprar vasijas de barro, y algunas piezas de tela para una novia de ella: estaban paradas y bailaban á la sombra, teniendo cada una en su mano una pieza del menage, ó una prenda del adorno de su compañera: nos siguieron mucho tiempo dando agudos gritos, asiendo las faldas de Julia y la crin de los caballos para que les diésemos algunas monedas: se las echamos con efec-

to, y huyeron y se precipitaron en el rio para restituirse á su campo.

Despues de atravesar el Narh-Beyruth, y la otra mitad del llano cultivado y plantado de palmeras y de pinos, entramos en las colinas de encarnada arena, que se estienden al Oriente de Beyruth, entre el mar y el valle del rio. Este es un trozo del desierto de Egipto, colocado al pie del Líbano, en el que se encuentran magníficos oasis: la arena es enteramente encarnada y fina como impalpable polvo, y los árabes dicen que este desierto de arena no ha sido traido por los vientos, ni acumulado por las olas, sino vomitado por un torrente subterráneo, que se comunica con los desiertos de Gaza y El-Arish, y suponen que existen manantiales de arena como fuentes de agua. Para confirmar su opinion enseñan el color y la forma de la arena del mar, que efectivamente no se parece en nada á la del desierto, pues son tan diferentes como una cantera de mármol á otra de granito. Sea que esta arena haya sido vomitada por minas subterráneas, ó traida y esparcida por los grandes vientos del invierno, de todos modos se despliega en sábanas de cinco á seis leguas, se acumula en montes, y ahonda ó profundiza valles que cambian de forma á cada tempestad. Apenas ha andado uno algun tiempo por estos laberintos ondulados, es imposible saber donde se encuentra, porque las colinas de arena ocultan el horizonte por todas partes; no queda ninguna senda sobre la superficie de estas olas; el caballo y el camello pasan por encima de ellas, sin dejar mas huella ni señal que la que dejan los barcos en el agua: lo borra todo la menor brisa. Algunas de

estas dunas ó lomas son tan altas, y tienen las pendientes tan rápidas, que nuestros caballos tenian gran dificultad en trepar á ellas, y necesitábamos de mucha precaucion, para no hundirnos en los frecuentes barrancos ú hondonadas de estos mares de arena. Sobre ella no se descubre vegetacion, sino algunas cebollas gordas de plantas bulbosas, que ruedan á veces bajo los pies de los caballos; de modo que la impresion de estas soledades movibles es tan triste, como una tempestad sin ruido, y con todos los horrores del riesgo de la muerte. Cuando sopla el Simoun, que es el viento del desierto, ondean estas colinas lo mismo que las olas del mar; se repliegan y acumulan en los valles profundos, se tragan los camellos de las caravanas, y avanzan todos los años algunos pasos sobre las cultivadas tierras que la rodean; asi es que se ven las copas de las palmeras y de las higueras derechas y secas sobre su superficie, lo mismo que los palos de un buque naufragado en el mar. No oíamos ningun ruido mas que el del lejano choque de las olas, que se estrellaban á una legua de nosotros, en los escollos; y el sol que se ponia, tiñendo de púrpura las crestas de los montes, en términos que parecia el hierro encandecido que sale de las fraguas, ó que penetrando en los valles los inundaba de fuego como un edificio incendiado. De tiempo en tiempo y al llegar á una altura, descubríamos las blancas cimas del Líbano, ó el mar con la faja de espuma que guarnece las sinuosas costas del golfo de Saida; despues nos volviamos á hundir en barrancos de arena, en los que no veiamos mas que cielo sobre nuestras cabezas. Yo seguia á Julia, que volvia hácia mí su hermosísimo

rostro, enrojecido por el cansancio, y leía en sus ojos, cuya mirada parecia interrogarme las alternativas impresiones del terror, del placer, ó del cansancio. El ruido del mar se aumentaba y nos anunciaba la proximidad de la costa: la descubrimos de repente muy elevada, escarpada, y como cortada á pico á los pies de nuestros caballos: ella dominaba el Mediterráneo desde la altura de unos doscientos pies. El piso que era sólido, y sobre el cual resonaban los pasos de los caballos, aunque cubierto aun de una delgada capa de arena blanca, nos anunciaba que la roca habia sucedido á la arena; y con efecto era la peña que rodea por todas partes la costa de Siria. Por casualidad habiamos llegado á uno de los puntos de ella, en donde la lucha de la piedra y del agua presenta á la vista el espectáculo mas raro. El repetido choque de las olas, ó tal vez los temblores de tierra, han desprendido del continuado monte de la costa, colinas enteras, que rodando hasta el mar, y tomando su aplomo, han sido lamidas, pulidas y gastadas por las olas durante algunos siglos, llegando á tomar las mas estrañas formas. Delante de nosotros, y á la distancia de unos cien pies, habia uno de estos peñascos derecho, saliendo del mar y elevando su cúspide por encima del nivel de la costa: las olas que lo batian sin cesar habian llegado á hendirle y agujerearle por el medio, y habian formado un arco muy alto, semejante á la abertura de un arco triunfal. Las paredes interiores de este arco estaban pulidas y relucientes como el mármol de Carrara, las olas al retirarse las dejaban descubiertas escurriendo la espuma que volvia á caer sobre el agua; á la vuelta de la ola penetraba esta con estrépito en el

arco, que llenaba hasta su bóveda, y empujada por el choque de otra, saltaba un torrente de espuma nueva, que se levantaba en lenguas furiosas hasta la cúspide de la peña, desde donde volvia á caer como una desgreñada melena, esparciendo una nube de polvorosa espuma. Los caballos se estremecian de horror á cada choque de la ola; mas nosotros no podiamos apartar nuestra vista de esta lucha de los dos elementos. Durante media hora de camino está sembrada la costa de estos juegos magníficos de la naturaleza: se ven como torres con almenas cubiertas de nidos de golondrinas de mar; puentes naturales que unen la costa á los escollos, debajo de los cuales se oyen mugir las subterráneas olas, y en varios puntos rocas agujereadas por la reiteracion del choque, hacen saltar la espuma con violencia como surtidores de agua, y se elevan á muchos pies de la tierra, cual si fueran inmensas colinas, volviendo á caer en sus abismos cuando se ha retirado la ola. En aquel momento habia mucho mar, las encrespadas olas se levantaban en altas y recias columnas azules, presentaban sus crestas trasparentes y rompian con un estruendo y una furia, que la costa temblaba á lo lejos, y creíamos ver vacilar el arco marítimo que teníamos delante. Despues de las silenciosas y terribles soledades que acabábamos de atravesar, el aspecto sin límites de un mar inmenso y desierto de buques á la caida de la tarde, en que las primeras sombras comenzaban á oscurecer ya sus abismos, las gigantescas quebraduras de la costa, y este ruido estrepitoso de las olas que arrastraban peñas enormes, lo mismo que los pájaros hacen rodar los granos de arena: las ráfagas del viento que sa-

cudian nuestras frentes, y las crines de nuestros caballos; los inmensos ecos subterráneos que multiplicaban los sordos mugidos de la borrasca; todo esto causaba en nuestras almas impresiones tan diversas, tan solemnes, tan poderosas, que no podíamos hablar, y las lágrimas de la emocion brillaban en los ojos de Julia.

Tornamos silenciosos al desierto de Arena Roja, le atravesamos por la parte mas angosta, aproximándonos á las colinas de Beyruth, y á la puesta del sol nos hallamos bajo el bosque de pinos del emir Fakar-el-Din. Allí recobrando Julia la voz se volvió á mí y me dijo con entusiasmo. ¡No es verdad que he dado el paseo mas hermoso que uno pueda dar en el mundo? ¡Cuan grande es el Señor y cuan bueno para mí, que tan jóven todavía se digna hacerme contemplar escenas tan hermosas!

La noche habia cerrado ya cuando nos apeamos á la puerta de casa: aquella noche proyectamos otros paseos para los dias que me quedaban antes de emprender mi viaje á Damasco.

EL LÍBANO.

LOS MARONITAS.

El orígen de los maronitas, está envuelto en tinieblas: su historia tan incompleta y fabulosa en todo lo que concierne á los primeros siglos de nuestra era, nos deja en duda sobre las diferentes causas que se atribuyen á sus instituciones. Tienen muy pocos libros y estos carecen de crítica y exámen: mas como es preciso referirse á lo que un pueblo sabe de sí mismo, mas bien que á las noticias del viajero, voy á decir lo que he sacado de sus propias historias. Por el año 400 vivia un santo solitario llamado Marron, de quien hacen mencion Teodorico y San Gerónimo: este solitario habitaba el desierto, y sus discípulos que se habian esparcido en varias comarcas de la Siria, edificaron allí monasterios, de los cuales el principal estaba situado en las inmediaciones de Apamea, sobre las fértiles orillas del Orontes. Todos los cristianos sirios no inficionados de la heregía de los monothelitas, se refugiaron al re-

dedor de estos monasterios, y de aquí tomaron el nombre de maronitas. Wolney ha vivido algunos meses entre ellos, y las noticias que ha recogido sobre su orígen están conformes con las que yo he adquirido por las tradiciones locales. De todos modos, los maronitas forman en el dia un pueblo gobernado por la mas pura teocracia, la cual amenazada contínuamente por la tiranía de los musulmanes, se ha visto obligada á moderarse y hacerse protectora, y ha dejado germinar los principios de libertad, que están prontos á desarrollarse en la nacion. La de los maronitas, que segun Wolney constaba en 1784 de ciento veinte mil almas, asciende á mas de doscientas mil en el dia, y va siempre en aumento. El territorio que ocupa es de ciento cincuenta leguas cuadradas, pero sus límites son arbitrarios, pues se estiende sobre las laderas del Líbano y sobre los valles y llanuras que le rodean, á medida que los enjambres de poblacion van á fundar nuevos pueblos. La ciudadde Zbarklé á la embocadura del valle de Bka, enfrente de Balbek, que apenas contaba mil doscientas almas hace veinte años, en el dia tiene diez ó doce mil, y propende á aumentarse.

Los maronitas se hallan sometidos al emir Beschir, y en union con los druzos y los metualis, forman una especie de confederacion despótica, bajo el gobierno de este emir. Aunque los miembros de las tres naciones difieran en orígen, religion y costumbres; y aunque casi nunca se confundan en unos mismos pueblos, los mantiene unidos en un solo cuerpo político el interés de la defensa de la independencia comun, y la mano fuerte del emir. Este pueblo ocupa el espacio

comprendido entre Satakia y San Juan de Acre por un lado, y Damasco y Beyruth por el otro: hablaré despues de los druzos y de los metualis.

Los maronitas ocupan los valles mas céntricos y las mas elevadas cadenas del grupo principal del monte Líbano, desde las inmediaciones de Beyruth hasta Trípoli de Siria. Las pendientes de estos montes que bajan al mar son fértiles, están atravesadas por muchos rios, y tienen cascadas inagotables: sus cosechas consisten en seda, aceite, cebada y trigo: las alturas son casi inaccesibles, y la peña se descubre por todas partes en las laderas de estos montes; pero la actividad infatigable de este pueblo, que no tenia mas asilo para su religion que las espaldas de estos riscos y precipicios, ha fertilizado la misma peña, y ha levantado, de piso en piso hasta las últimas crestas y hasta las perpetuas nieves, paredes construidas con piedras, que sostienen terraplenes, sobre los cuales han colocado la poca tierra vegetal que han arrastrado las aguas á los barrancos; picando la piedra para mezclarla con la tierra y hacerla mas feraz, y haciendo del Líbano entero un jardin, atestado de morales, de higueras, de olivos y cereales, de modo que el viajero no puede menos de asombrarse, cuando despues de haber subido jornadas enteras sobre las paredes casi perpendiculares de los montes, que son una pieza de roca, encuentra de improviso en las honduras de una alta garganta ó sobre la plataforma de una pirámide de montes, un hermoso pueblo edificado con piedras blancas, habitado por un numeroso vecindario, con un castillo morisco en medio, un monasterio algo mas lejos, un torrente que corre al

pie del pueblo, y por todas partes en derredor un horizonte de vegetacion y verdor en que los pinos y castaños sombrean las viñas ó los campos plantados de maiz y de trigo. Estos pueblos estan á veces unos encima de otros, casi perpendicularmente, y se hallan al alcance de la voz y de una piedra; pero la sinuosidad y la rapidez del declive, exigen tantos rodeos para trazar la senda de comunicacion, que se necesita de una ó dos horas para llegar del uno al otro. Cada uno de estos pueblos tiene un scheik, especie de señor feudal, que ejerce el gobierno administrativo y judicial; pero esta administracion y esta justicia es solo sumariamente, y con las simples atribuciones de policía, porque los scheiks no son absolutos, ni sin apelacion. La administracion superior pertenece al emir y su divan. La justicia corresponde parte al emir y parte al obispo; y hay tambien competencia de jurisdiccion entre el emir y la autoridad eclesiástica. El patriarca maronita conserva solo la decision en los casos en que la ley civil está en competencia con la ley religiosa, como los casamientos, dispensas y divorcios, y el príncipe tiene que guardar muchas consideraciones al patriarca y á los obispos, porque el clero conserva en los ánimos grande influencia. Este clero se compone del patriarca, elegido por los obispos, confirmado por el papa, y un legado del papa enviado de Roma, que reside en el monasterio de Antura ó de Kanubin, de los obispos, de los superiores de los monasterios, y de los curas párrocos. Aunque la iglesia de Roma ha mantenido severamente la ley del celibato de los sacerdotes en Europa; y aunque muchos de sus escritores

quieran mirar como ley dogmática este reglamento de disciplina, se ha visto precisada á ceder en este punto en el Oriente; los sacerdotes maronitas son casados, aunque fervorosos y adictos católicos. Mas esta facultad del casamiento no se estiende á los frailes que viven en comunidad, ni á los obispos; solo usan de este privilegio los párrocos y el clero secular. La reclusion en que viven las mujeres árabes, la sencillez de las costumbres patriarcales de este pueblo, y el hábito, quitan todos los inconvenientes de este uso. Lejos de haber perjudicado, como se nos dice, a la pureza de las costumbres sacerdotales, al respeto de las poblaciones hácia el ministro del altar, ó al precepto de la confesion, se puede decir con verdad que en ninguna region de Europa es el clero tan puro, tan esclusivamente dedicado al ejercicio de su ministerio, tan venerable y tan poderoso sobre el pueblo. Si se quiere ver realizado lo que la imaginacion se figura sobre el tiempo del cristianismo naciente y puro; si se quieren ver la sencillez y el fervor de la fe primitiva, la pureza de las costumbres, el desinterés de los ministros de la caridad, la influencia sacerdotal sin abuso, la autoridad sin dominacion, la pobreza sin mendicidad, la dignidad sin orgullo, la oracion, la vigilia, la sobriedad, la castidad, y el trabajo corporal, es preciso buscar estas virtudes entre los maronitas. El mas rígido filósofo no hallará una reforma que hacer en la vida pública y privada de estos sacerdotes, que son los modelos, los consejeros y los servidores del pueblo.

Existen en la superficie del Líbano sobre veinte conventos maronitas de órdenes diferentes, que contienen de veinte á veinte y cinco mil frailes; estos

no son ricos ni mendicantes, ni opresores ni sanguijuelas del pueblo. Son reuniones de hombres sencillos y laboriosos, que queriendo dedicarse á una vida de oracion y libertad de espíritu, renuncian á los cuidados de educar una familia, y se consagran á Dios y al trabajo en uno de estos retiros: su vida es la de un laborioso labrador, cuidan del ganado y de los gusanos de seda, fabrican con sus manos las paredes de los terraplenes; ellos mismos cavan, labran la tierra, y siegan sus cosechas. Los monasterios poseen poco terreno, y no admiten mas frailes que los que pueden mantener. He vivido mucho tiempo entre este pueblo; he frecuentado muchos de sus monasterios, y jamás he oido hablar de un escándalo dado por estos frailes. Nadie murmura de ellos, cada monasterio es una casa de campo, y los que la sirven no reciben mas salario que su techo, un alimento de anacoretas, y las oraciones de su iglesia. El trabajo útil es de tal modo allí la ley del hombre, y es de tal modo la condicion de la felicidad y de la virud aquí bajo, que no he visto á ninguno de estos solitarios, dejar de llevar impreso en el rostro el sello de la paz del alma, el de la salud, y el de la satisfaccion. Los obispos tienen una autoridad absoluta sobre los monasterios que se encuentran en su jurisdiccion; mas estas jurisdicciones son muy circunscritas, porque cada pueblo tiene su obispo.

El pueblo maronita, acaso porque descienda de los árabes ó de los sirios, participa de todas las virtudes de su clero, y forma un pueblo aparte en el Oriente: al verlo se diria que era una colonia europea establecida por casualidad entre las tribus del desierto: su fisonomía es árabe sin em-

bargo, son altos y hermosos sus individuos: tienen un mirar franco y altivo, una sonrisa significativa y afable; los ojos azules, la nariz aguileña, la barba rubia, el gesto noble, la voz grave y gutural, los modales finos sin afectacion, el trage suntuoso, y las armas brillantes.

Cuando se atraviesa un pueblo y se ve al scheik sentado á la puerta de su casa con almenas, sus hermosos caballos trabados en el patio, y los principales del pueblo vestidos con sus ricas pellizas, con sus cinturones de seda encarnada, llenos de yataganes y kandgiares con paños de plata, con su grande turbante de telas de diversos colores, y un pedazo de tela de seda encarnada que cae sobre el hombro, no parecen mas que un pueblo de reyes. Aman á los europeos como hermanos, pues están unidos á nosotros por el vínculo de la comunidad de religion que es el mas fuerte de todos los vínculos: creen que les protejemos por medio de nuestros cónsules y nuestros embajadores contra los turcos; reciben en los pueblos á nuestros misioneros y á nuestros jóvenes intérpretes que van á aprender la lengua árabe, del mismo modo que se recibe en una familia á un pariente lejano: y el viajero, el misionero y el intérprete llegan á ser el huésped querido en el pais. Le alojan en el monasterio ó en casa del scheik; le suministran con abundancia todo lo que el pais produce; le llevan á la caza del halcon, ó le introducen con confianza en la sociedad de las mujeres: le hablan con respeto, y forman con él vínculos de amistad que no se rompen jamas, y los gefes de la familia conservan su recuerdo á sus hijos. Si este pueblo fuese mas conocido: si la region magnífica que habi-

ta fuese mas conocida, creo que muchos europeos irian á establecerse entre los maronitas: la hermosura de los sitios, la admirable perfeccion del clima, la baratura de los precios de todas las cosas, la analogía de religion, la hospitalidad, las costumbres, y finalmente la seguridad individual, todo concurre á inspirar el deseo de vivir entre ellos. En cuanto á mí, si el hombre pudiese desárraigarse enteramente, sino debiese vivir donde la Providencia ha fijado su cuna y su sepulcro para servir y amar á sus compatriotas, y si llegase á alzarse el destierro voluntario, ninguna parte me seria mas dulce que uno de estos apacibles pueblos de maronitas, al pie ó sobre las laderas del Líbano, en el seno de una poblacion sencilla, religiosa y benévola, con la vista del mar y de las altas nieves, y bajo la palmera y el naranjo de uno de los huertos de estos monasterios. En toda la estension del país que ocupan los maronitas, reina la policía mas admirable, la cual es mas bien el resultado de la religion y las costumbres, que de legislacion ninguna. Se viaja de dia y de noche solo y sin guia, y sin temor á la violencia ni al robo: los crímenes son casi desconocidos: el estrangero es sagrado para el árabe mahometano; pero lo es mucho mas para el árabe cristiano: la puerta de este está abierta para él á todas horas: mata su cabrito para honrarle, y le cede su estera de juncos para hacerle lugar.

En sus pueblos existe una capilla ó iglesia donde se celebran las ceremonias del culto católico, en la forma y en la lengua siria. Al llegar al evangelio se vuelve á los asistentes el sacerdote, y lee el del dia en lengua árabe. Las religiones, que du-

ran mas que las razas humanas, conservan su lengua sagrada, cuando los pueblos han perdido las suyas. Los maronitas son valientes, y naturalmente guerreros, como todos los montañeses: á la órden del emir Beschir toman las armas treinta ó cuarenta mil hombres, bien para defender las inaccesibles entradas de sus montes, ó bien para caer sobre el llano y hacer temblar á Damasco y á los pueblos de Siria. Los turcos no osan penetrar en el Líbano cuando estos pueblos están en paz entre sí, y los pachás de Acre y de Damasco no han entrado en él sino cuando las disensiones intestinas les han llamado al socorro de uno de los partidos. Creo que el pueblo maronita está llamado á grandes destinos: es un pueblo vírgen y primitivo por sus costumbres, por su religion y por su valor: es un pueblo que conserva las virtudes tradicionales de los patriarcas, la propiedad, algo de libertad, y mucho patriotismo: pueblo que por la semejanza de religion, las relaciones de comercio y de culto, se impregna cada dia mas de la civilizacion de Occidente. Mientras que todo perece de impotencia y vejez en derredor de él, él solo parece rejuvenecer y tomar nuevas fuerzas: á medida que se despoblará la Siria, él bajará de las montañas, caerá sobre los pueblos comerciales de la costa, cultivará las fértiles llanuras que estan en posesion del chakal y del gamo, y establecerá una dominacion nueva en estas regiones, donde espiran las dominaciones antiguas. Si hoy mismo figurase entre ellos un hombre de génio emprendedor, ya de la clase del poderoso clero, ó de una de esas familias de emires ó de scheiks que ellos veneran tanto: si este conociese el por-

venir, é hiciese alianza con una potencia de Europa, renovaría fácilmente las maravillas de Mehemet-Alí, y dejaría fundado un imperio en Arabia. La Europa está interesada en realizar esta idea; esta sería una colonia ya formada que hallaría en esta hermosa costa; la Siria repoblándose de una nacion cristiana é industriosa, enriqueceria el Mediterráneo con un comercio que decae, abriría el camino de las Indias, alejaría las tribus salvages del desierto, y haria revivir el Oriente. Esto ofrece mas esperanzas que el Egipto: el Egipto solo tiene un hombre; el Líbano tiene un pueblo.

LOS DRUZOS.

Los druzos forman con los metualis y maronitas la principal poblacion del Líbano: han pasado mucho tiempo por una colonia europea, dejada por los cruzados en Oriente. Pero esto es un absurdo. Las dos cosas que se conservan mas entre los pueblos son la religion y la lengua; los druzos son idólatras y hablan el árabe: luego no descienden de un pueblo franco y cristiano. Lo que presenta mas probabilidad, es que sean una tribu árabe del desierto como los maronitas, que no habiendo querido admitir el islamismo seria perseguida por los secuaces de él, y se veria precisada á refugiarse en las inaccesibles alturas del Líbano, para conservar su creencia y su libertad. Allí prosperaron, prevalecieron algunas veces sobre las poblaciones que habitan con ellos en la Siria, y la historia de su gefe principal el emir Fakar-el-Din, que llamamos Fakardin, los hizo célebres hasta en Europa. Este príncipe figura en la historia al prin-

cipio del siglo XVII, cuando nombrado gobernador de los druzos, se granjeó la confianza de la Puerta, rechazó las tribus feroces de Balbek, libertó á Tiro y San Juan de Acre de las incursiones de los árabes beduinos, echó de Beyruth al agá, y estableció en esta ciudad su capital. En vano los pachás de Alepo y de Damasco lo amenazaron y lo denunciaron al divan: él corrompió los jueces, y empleando el ardid y la fuerza, triunfó de todos sus enemigos. La Puerta no obstante, advertida tantas veces de los progresos de los druzos, se alarma, resuelve combatirlos, y prepara una espedicion formidable: el emir Fagar-el-Din quiere contemporizar. Habia formado anteriormente alianzas y concluido tratados de comercio con algunos príncipes de Italia; marcha él mismo á solicitar personalmente los auxilios que se le han prometido; encarga el gobierno á su hijo Alí; se embarca en Beyruth y se refugia á la costa de Médicis en Florencia. La llegada de un príncipe mahometano llama siempre la atencion en Europa: se esparció el rumor de que Fakar-el-Din descendia de los príncipes de la casa de Lorena, y que los druzos procedian de los compañeros de un conde de Dreux que se quedó en el Líbano despues de las cruzadas. En vano el historiador Benjamin de Tudela habia hecho mencion de los druzos antes de la época de las cruzadas, pues el hábil aventurero apoyó la opinion, y propagó el absurdo para interesar en su suerte á los soberanos de Europa. El emir Fakar-el-Din permaneció nueve años en Florencia; pasado este tiempo se restituyó á Siria, y su hijo Alí, que habia rechazado á los turcos y conservado la integridad de los dominios conquistados por su padre, le

restituyó las riendas del gobierno. Mas el emir se habia corrompido por las artes, el lujo y las delicias de Florencia; olvidó que la condicion de su reinado era la de inspirar el respeto y el terror á sus enemigos, y edificó en Beyruth magníficos palacios, adornándolos como los palacios de Italia con estátuas y pinturas que herian las preocupaciones de los orientales. Sus vasallos se exasperaron, é irritado el sultan Amurath IV, envió nuevamente al pachá de Damasco contra él, con un poderoso ejército. Al mismo tiempo que bajaba del Líbano, el pachá, una escuadra turca bloqueaba el puerto de Beyruth. Alí, hijo primogénito del emir y gobernador de Safad, fué muerto combatiendo contra el pachá de Damasco, y Fakar-el-Din envió á su segundo hijo á implorar clemencia á bordo del navío almirante: mas fué retenido prisionero, y el general de la escuadra se negó á toda negociacion. El emir consternado huyó, y con un pequeño número de adictos á su persona se retiró á la peña inaccesible de Nilka: los turcos lo sitiaron inútilmente un año y se retiraron; entonces Fakar-el-Din quedó libre y volvió á tomar el camino de su montaña; mas vendido por algunos de los suyos, fué entregado á los turcos y conducido á Constantinopla. Allí se prosternó á los pies del sultan: este príncipe por de pronto se mostró generoso y benévolo, y le concedió un palacio y esclavos; pero poco tiempo despues, habiendo concebido sospechas hizo ahogar al valiente y desgraciado Fakar-el-Din. Los turcos, cuya política original se contenta con apartar de un puntillon al enemigo que les hace sombra, y que fuera de esto respetan los hábitos de los pueblos y las legitimida-

es tradicionales de las familias, dejaron reinar á la posteridad del Fakar-el-Din, y solo habrá unos cien años que por la muerte del último descendiente del célebre emir, ha pasado el cetro del Líbano á la familia del Chab, originaria de la Moka, y cuyo gefe actual, el viejo emir Beschir, gobierna estas comarcas.

La religion de los druzos es un misterio que ningun viajero ha podido penetrar. He conocido infinitos europeos que han vivido muchos años entre ellos, y me han confesado su ignorancia con respecto á este punto. La misma Lady Stanhope, que es una escepcion por su residencia habitual entre los árabes de esta tribu, y por la confianza que á estas gentes inspira, cuya lengua habla y cuyas costumbres imita, me ha dicho que la religion de los druzos era tambien un misterio para ella. La mayor parte de los viajeros que han tratado de la materia, creen que su religion es un cisma del islamismo, pero yo estoy convencido de que se engañan.

Como la religion de los druzos les permite fingir ó afectar todos los cultos de las gentes con quienes viven, deriva de aquí la opinion de que son mahometanos cismáticos; pero esto no es cierto, siendo un hecho acreditado que adoran la ternera. Sus instituciones son las de los pueblos de la antigüedad; están divididos en dos castas: *los akkals* ó *los que saben*, y *los djahels* ó *los que ignoran*; y á medida que un druzo pertenece á una de estas dos castas practica diferente culto. Veneran á Jesus, á Moisés y á Mahoma: se reunen un dia de la semana, cada uno en el lugar designado al grado de iniciacion á que ha llegado, y celebran sus ritos: esta-

blecen guardias que velan durante la ceremonia, para que ningun profano pueda acercarse á los iniciados, y el temerario que contraviene es castigado con la muerte. Las mujeres son admitidas á estos misterios: los sacerdotes ó akkals son casados, y tienen gerarquía sacerdotal. El gefe de los akkals ó el soberano pontífice, de los druzos, reside en el pueblo de El-mutna. Despues de la muerte de un druzo se reunen al rededor de su sepulcro, se reciben declaraciones acerca de su vida, y si estas declaraciones son favorables, el akkals esclama: «*Que el Todo-poderoso tenga con él misericordia!*» Si las declaraciones le son contrarias, el sacerdote y los asistentes callan. El pueblo en general cree en la trasmigracion de las almas; y está persuadido de que si la vida de un druzo ha sido pura, renacerá en un hombre favorecido de la fortuna, valiente y amado de sus compatriotas; y si es que ha sido vil ó cobarde, renacerá en el cuerpo de un perro ó de un camello. Tienen muchas escuelas para los niños, que dirijen los akkals, y aprenden á leer en el Koran. A veces si hay pocos druzos en un pueblo y faltan escuelas, dejan instruir á los niños con los cristianos, y cuando los inician despues en sus ritos misteriosos, borran de su memoria la enseñanza cristiana. Las mujeres son admitidas al sacerdocio, lo mismo que los hombres; el divorcio es frecuente: el adulterio se compensa con cierto precio, y la hospitalidad es tan sagrada que ninguna amenaza ni promesa obligaria á un druzo á entregar, ni aun al príncipe, al huésped que hubiese abrigado en el asilo de su umbral. En el tiempo de la batalla de Navarino, los europeos que ha-

bitaban los pueblos de la Siria, temiendo la venganza de los turcos se escondieron muchos meses entre los druzos, y vivieron en la mas absoluta seguridad. Todos los hombres son hermanos, es su moral proverbial, como la del Evangelio, pero la observan mejor que nosotros.

Los druzos son en mi concepto uno de esos pueblos cuyo orígen se ha perdido en la noche de los tiempos, pero que asciende á la antigüedad mas remota. Su raza, en cuanto á lo físico, tiene mucha analogía con la judía; y la adoracion de la ternera me induce á creer que descienden de uno de aquellos pueblos de la Arabia Petrea, que escitaron á los judíos á este género de idolatría; ó que son de orígen samaritano. Habituados en el dia á una especie de fraternidad con los cristianos maronitas, detestando como detestan el yugo de los matrimonios, y siendo numerosos, ricos, susceptibles de disciplinar y amando la agricultura y el comercio, formarán con facilidad un cuerpo con el pueblo maronita, y adelantarán al mismo paso en la carrera de la civilizacion, con tal que se respeten sus ritos religiosos.

LOS METUALIS.

Estos componen una tercera parte de la poblacion del bajo Líbano, y son mahometanos de la secta de Alí, que es la que domina la Persia; por el contrario, los turcos pertenecen á la secta de Omar. Este cisma del islamismo, se verificó en el año 36 de la hegira: los partidarios de Alí maldicen á los de Omar, como usurpador del Califato, Hussein y Alí son sus santos. Del mismo modo que

los persas no beben ni comen con los sectarios de otra religion que la suya; rompen el vaso ó el plato, en que ha comido ó bebido el estrangero, y se consideran impuros si sus vestidos tocan los nuestros. Sin embargo, como son generalmente débiles y despreciados en la Siria, se acomodan á las circunstancias, y yo he tenido muchos criados á mi servicio, que no observaban tan rigurosamente estos preceptos de intolerancia. Su orígen es conocido. Hácia el siglo XVI eran los dueños de Balbek, y aumentándose su tribu, se estendió primero sobre el desierto de Bka: despues lo atravesaron y se mezclaron con los druzos en la parte de los montes que existen entre Tiro y Saida: el emir Yussef, receloso de su vecindario, armó contra ellos á los druzos, y los rechazó á la parte de Saphadt y de las montañas de Galilea: Daher, pachá de Acre, los acogió é hizo con ellos alianza en 1760, en cuyo tiempo eran bastante numerosos para poner diez mil caballos en campaña: se apoderaron de las ruinas de Tiro, á la orilla del mar, que como hemos dicho se llama ahora Sour: acometieron intrépidamente contra los druzos, y batieron el ejército del emir Yussef, que constaba de veinticinco mil hombres; pues aunque no eran sino quinientos ó seiscientos, la rabia y el espíritu de venganza hizo un héroe de cada uno de ellos; y las disensiones intestinas que dividian á los druzos entre Mansour y el emir Yussef, contribuyeron al triunfo de los metualis: abandonaron á Daher, pachá de Acre, y su abandono causó la pérdida y la muerte de este. Mas Djezar-Pachá, su sucesor, se vengó cruelmente de ellos. Desde el año 1777, Djezar-Pachá, dueño de Saida y de

Acre, trabajó sin descanso para perder á este pueblo; sus persecuciones le obligaron á reconciliarse con los druzos; entraron en el partido de Yussef: y aunque reducidos á setecientos ú ochocientos combatientes, hicieron mas en esta campaña por la causa comun, que los veinte mil druzos y maronitas reunidos á Deir-le-Kammar: se apoderaron solos de la fortaleza de Mar-Djebba, y pasaron á cuchillo á ochocientos arnautas. Desalojados al año siguiente de Balbek, despues de una resistencia desesperada, se refugiaron en número de quinientas á seiscientas familias entre los druzos y los maronitas; bajaron despues al valle, y ocupan todavía las magníficas ruinas de Heliópolis; pero la mayor parte de la nacion ha quedado en las faldas y valles del Líbano por la parte de Sour. En estos últimos tiempos el principado de Balbek ha dado motivo á una encarnizada lucha entre dos hermanos de la familia Harfoush; Djadjha y Sultan, alternativamente se despojaron de este monton de escombros, y han perdido en la lucha mas de ochocientas personas de su propia familia. Desde el año 1810 el emir Djadjha ha reinado sobre Belbek definitivamente.

LOS ANSARIOS.

Wolney nos ha dado noticias tan juiciosas sobre la nacion de los ansarios que ocupa la parte occidental de la cadena del Líbano y las llanuras de Latakia, que nada tendré que añadir. Idólatras como los druzos, ocultan como ellos su religion en las tinieblas de la iniciacion; pero son mucho mas

bárbaros aun. Me ocuparé solamente de la parte de su historia que asciende al año 1807.

Una tribu de ansarios fingió en esta época una querella con su gefe, dejó su territorio de las montañas, y fué á pedir asilo y proteccion al emir de Maizyad. El emir aprovechó con afan una ocasion tan favorable para debilitar á sus enemigos dividiéndolos: acogió á los ansarios y á su schcik Mahamud en los muros de Maizyad, y llevó la hospitalidad hasta el punto de desalojar á una parte de sus habitantes, para hacer lugar á los fugitivos. En los primeros meses hubo buena armonía entre ellos; mas un dia, en que la mayor parte de los ismaelianos de Maizyad, habian salido de la ciudad para ir á trabajar en el campo, á una señal dada, se arrojaron los ansarios sobre el emir y sobre su hijo, les dieron de puñaladas, se apoderaron del castillo, asesinaron á todos los ismaelianos que se hallaban en la ciudad, y la prendieron fuego. Al otro dia llegó un número considerable de ansarios, y se juntó en Maizyad, con los ejecutores de este complot terrible, cuyo secreto habia guardado un pueblo entero durante cuatro ó cinco meses. Perecieron sobre trescientos ismaelianos, y se refugiaron los restantes en Hama, Homs, ó Trípoli.

Las piadosas prácticas y costumbres de los ansarios han hecho creer á Burckhardt que eran una tribu emigrada del Indostan, pero lo que hay de cierto es, que se han establecido en la Siria mucho tiempo antes de la conquista de los otomanos, y que algunos de ellos son todavía idólatras. El culto del perro, que parece ha existido entre los siriacos y dado su nombre al rio del perro Nahr-el-kelb, cerca de la antigua Beryte, dicen que se ha con-

servado entre algunas familias de ellos. Este pueblo se halla en decadencia, y seria arrojado fácilmente del pais, y sojuzgado por los druzos y por los maronitas.

18 *de noviembre.*

Acabamos de llegar del monasterio de Antura uno de los mas célebres y hermosos del Líbano. Al salir de Beyruth se camina una hora por la orilla del mar, bajo una boveda de árboles de todos follages y formas. La mayor parte son frutales, higueras, granados, naranjos, aloes é higueras-sicomoros, árboles gigantescos, cuyos innumerables frutos, semejantes á higos pequeños, no nacen en la estremidad de las ramas, sino pegados como musgo al tronco, á los brazos de él. Despues de haber atravesado el rio sobre el puente romano, cuya construccion he descrito mas arriba, se sigue una playa arenosa hasta el cabo Batroune, formado por un brazo del Líbano, que se interna en el mar. Este brazo no es mas que una roca, en la cual se ha practicado antiguamente un camino, como si fuera una cornisa, cuya vista es magnífica. Las laderas de la peña están cubiertas en muchos puntos con inscripciones griegas, latinas y siriacas, y figuras esculpidas en la piedra cuyos símbolos y significaciones se han perdido. Es verosímil que se refieran al culto que se tributaba á Adónis en estos paises; pues segun las tradiciones, tenia templos, y se celebraban ceremonias fúnebres cerca del lugar donde pereció, que se cree fué á la orilla del rio que hemos acabado de atravesar. Al bajar de esta alta y pintoresca cornisa, cambia repentinamente de aspecto el pais,

y se engolfa en una estrecha y profunda garganta, que constituye el cáuce de otro rio, llamado Nahr-el-Kelb, ó rio del Perro; el cual corre silenciosamente entre dos diques de piedra perpendiculares, de dos ó trescientos pies de elevacion. En algunos puntos llena todo el valle, y en otros deja un estrecho márgen entre su corriente y la roca, cuyo márgen está lleno de árboles, de cañas dulces, de cañaverales comunes y de enredaderas que forman sobre él una bóveda, y que cubre algunas veces todo el cáuce del rio. Sobre la peña se encuentra un arruinado kan y enfrente de él existe un puente sobre un arco elevado que se pasa temblando. En las laderas de los montes entre los cuales está vaciado este valle, la paciencia de los árabes ha trazado sendas con escalones de piedra, perpendiculares al rio, y que sin embargo es preciso subir y bajar á caballo, asi es que nos abandonamos al instinto y á los pies de cabra de los nuestros; pero es imposible dejar de cerrar los ojos en algunos puntos para no ver la altura de los escalones, la lisura de las piedras, la pendiente de la senda y la profundidad del precipicio: allí, hace algunos años, pereció el último legado del Papa, cerca de los maronitas, el cual se precipitó por un paso en vago que dió el caballo. A la salida de esta senda se halla uno sobre elevadas plataformas cultivadas de viñas, y delante se ve una bonita casa nueva, de arquitectura italiana, con pórtico, terrados y balaustradas, donde habita Monseñor Lozana, obispo de Abidos, y legado actual en Siria de la Santa Sede, cuyo edificio ha hecho construir para pasar los inviernos, pues los veranos habita en el mo-

nasterio de Kanovin, residencia del patriarca y capital eclesiástica de los maronitas. El convento está mas elevado que el monte, es casi inaccesible, y en el invierno está cubierto por las nieves. Monseñor Lozana, hombre de elegantes costumbres, de modales romanos, de un talento cultivado y de erudicion profunda, ha sido elegido felizmente por la corte de Roma para representar la política y conservar la influencia católica sobre el alto clero maronita. Es hombre que mereceria desempeñar esta mision en Viena ó en Paris, como el tipo de uno de esos prelados romanos, herederos de las grandes y nobles tradiciones diplomáticas de este gobierno, cuya importancia no consiste en la fuerza, sino en el talento y la dignidad personal: es piamontés y opino que no permanecerá mucho tiempo en estas soledades, porque es regular que su córte le confie mas delicada mision, pues justifica con su porte la eleccion que se ha hecho de él, y lleva escrito su adelantamiento en su frente activa é inteligente. Conociendo el carácter del pais se presenta con ese lujo oriental, esa magnificencia de trage y esa solemnidad de modales, sin los cuales estos hombres del Asia no reconocen ni santidad ni poder Ademas va vestido á lo árabe, su barba larga, rubia y cuidadosamente peinada, ondea sobre su hábito de púrpura, y su yegua árabe de primera raza, brillante y dócil á su mano, puede competir con la mas hermosa de las de los scheiks del desierto. Salió á recibirnos seguido de una numerosa comitiva, y haciendo primores con su yegua sobre precipicios donde andábamos nosotros con suma precaucion. Despues de los prime-

ros cumplimientos, nos condujo á su hermosa casa de campo, en la cual nos tenia preparado un refrigerio, y nos acompañó despues al monasterio de Antura, donde residia provisionalmente. Dos sacerdotes jóvenes, lazaristas, venidos de Francia despues de la revolucion de julio, ocupan ahora solamente este vasto y hermoso edificio, construido en otro tiempo por los jesuitas, que han tratado muchas veces de establecer su mision é influencia entre los árabes: mas nunca lo han podido conseguir, ni hay apariencias de que lo consigan en esta época. La razon es muy sencilla: la política no se mezcla en Oriente con la religion: separada enteramente del poder civil, no influye ni da accion al Estado: este es mahometano, y aunque sea libre el catolicismo, no tiene medio humano para alcanzar una dominacion; así pues, como los jesuitas quieren obrar por los medios humanos, y obran religiosamente por ellos, nada pueden hacer en el pais.

La religion está dividida en comuniones ortodoxas y cismáticas, cuyas creencias forman parte de la sangre y espíritu hereditario de las familias, y entre las diversas comuniones cristianas existe una separacion y un odio mas irreconciliable que entre los cristianos y los turcos. Las conversiones son sumamente difíciles en un pais donde el cambio de comunion se mira como oprobio, y en que una tribu, un pueblo ó una familia las castigaría con la muerte: en cuanto á los mahometanos no se dice que haya habido ejemplos de conversiones. Su religion es un deismo práctico, cuya moral es muy semejante en principio á la del cristianismo, á escepcion del dogma de la divinidad de Jesucristo:

El islamismo no cree en Mahoma sino la inspiracion divina, manifestada en un hombre mas santo, y mas favorecido de la emanacion celeste que el comun de los hombres. Ultimamente, se han añadido algunos hechos milagrosos á la mision que suponen en Mahoma; pero estos milagros de las islámicas leyendas, no son el fondo de su religion, ni están admitidos por los turcos algo ilustrados. Todas las religiones tienen sus leyendas, sus tradiciones y su lado popular: el lado filosófico del islamismo está libre de estas mezclas; consiste solo en la resignacion á la voluntad de Dios, que llevan hasta el fatalismo, y en la caridad entre los hombres; yo he visto muchos árabes y turcos profundamente religiosos, que no admitian de su creencia sino lo que tiene de razonable y de humano. Su razon no necesitaba hacer ningun esfuerzo para admitir dogmas contrarios á ella; pues era el deismo práctico y contemplativo. Estos hombres no son fáciles de convertir, porque del dogma maravilloso ó misterioso al dogma simple, se desciende sin dificultad; pero subir del simple al maravilloso ó misterioso es mucho mas difícil.

En otro inconveniente se estrella entre los maronitas la intervencion de los jesuitas. Estos por la naturaleza misma de su institucion, crean fácilmente en el clero y en la poblacion partidos y facciones piadosas; y por el ardor mismo de su celo inspiran el entusiasmo ó el odio, pues nada entre ellos es templado. El alto clero maronita, aunque sencillo y bueno, no miraria con indiferencia el establecimiento entre sí, de una corporacion religiosa, que quitara á su dominio espiritual una parte de las poblaciones católicas; y he aquí porque

los jesuitas no pueden existir en la Siria. Estos últimos años han llegado solamente dos jóvenes religiosos; uno francés y el otro aleman, que ha hecho venir un obispo maronita, para preceptores de una escuela que ha fundado: estos dos jóvenes, á quienes he conocido, son escelentes sacerdotes, tienen una fe viva, y están dotados ambos de un generoso y consumado celo. Es verdad que no perdian medio para propagar, entre sus vecinos los druzos, algunas ideas del cristianismo; pero el efecto de sus diligencias se limitaba á bautizar en secreto, y sin saberlo los padres, algunos niños de las familias, donde se introducian bajo pretesto de dar consejos de medicina. Me han parecido poco dispuestos á someterse á los hábitos un poco ignorantes de los obispos maronitas, en materia de instruccion, y creo que volverán á Europa sin haber conseguido naturalizar el gusto de una enseñanza mas elevada. El padre jesuita francés es digno de enseñar en Roma y en París.

Habia pasado á los lazaristas el convento de Antura. Despues de la estincion de los jesuitas, los dos padres que lo habitaban habian venido á visitarnos varias veces en Beyruth, y nosotros hallamos en ellos una sociedad tan amable como impensada; eran buenos, sencillos, modestos y ocupados únicamente en los estudios serios y elevados: estaban al corriente de todos los negocios de Europa, y participaban del movimiento que nos arrastra. su conversacion universal y sabia nos gustó tanto mas, cuanto que en estos desiertos son muy raras las ocasiones de disfrutar de ella: cuando pasábamos una tarde, hablando de los acaecimientos políticos de nuestra patria, de los partidos intelec-

tuales que caian ó que se volvian á formar en Francia; de los escritores que se disputaban la prensa; de los oradores que conquistaban la tribuna; de las doctrinas futuras ó de las de los sansimonianos, nos hubiéramos podido figurar que estábamos á dos leguas de la calle de Bac, hablando con hombres que habian salido de París por la mañana, y que iban á volver por la tarde. Estos dos lazaristas eran al mismo tiempo unos modelos de santidad y del fervor mas sencillo y piadoso: el uno padecia bastante porque el aire vivo del Líbano dañaba su pecho, y acortaba el número de sus dias. Solo necesitaba manifestarlo á su superior para volver á Francia; pero no atreviéndose á cargarlo sobre su conciencia, vino á consultarlo á Mr. de Laroyère, y le preguntó si como médico podia decirle formalmente y en conciencia que el aire de Siria era mortal para su constitucion física. Mr. de Laroyère, cuya conciencia es tan severamente escrupulosa como la del sacerdote, no se atrevió á decir su opinion de un modo esplícito, y el buen religioso se quedó en el pais.

Los dos eclesiásticos que se perdian en aquel vasto monasterio donde no tenian sino un solo árabe para que los sirviese, nos recibieron con la cordialidad que inspira el nombre de la patria á los que se encuentran distantes de ella, y pasamos dos dias con ellos; cada uno de nosotros teníamos una celda con una cama y sillas, cuyos muebles no se usan en estas montañas. El convento está situado en el hueco de un valle, al pie de una selva de pinos; pero este mismo valle está á la mitad de la altura del Líbano, y por la abertura de una garganta se estiende la vista sin límites

sobre el mar y sobre la costa de Siria: el resto del horizonte se compone de cumbre y pies de rocas parduzcas, coronadas de aldeas y de grandes monasterios maronitas. Algunos pinos, naranjos é higueras, crecen en varias aberturas de las peñas; y en los alrededores hay torr ntes y manantiales, de modo que es un paisage digno de Nápoles y del golfo de Génova.

El monasterio de Antura se halla vecino á otro de monjas maronitas, cuyas religiosas pertenecen á las principales familias del Líbano, y desde las ventanas de nuestras celdas veíamos á estas jóvenes sirias, á quienes preocupaba mucho la llegada á su vecindad de unos estrangeros. Los conventos de mujeres no son aquí de ninguna utilidad social. Wolney, en su viaje á Siria, habla de este convento cerca de Antura, en el que una mujer llamada Hindia, cometía terribles atrocidades con sus novicias: el nombre y la historia de esta Hindia, están muy presentes aun en estas montañas. Encerrada muchos años por órden del patriarca maronita, su arrepentimiento y buena conducta alcanzaron su libertad: hace muchos años que ha muerto en opinion de santa, entre algunos cristianos de su secta; y era una mujer voluntariamente fanática; ó por su imaginacion, que habia conseguido fanatizar á cierto número de imaginaciones sencillas y crédulas. Esta tierra es la tierra de los prodigios: todo germina en ella, y toda persona, crédula ó fanática, puede llegar á ser mirada como profeta. Lady Stanhope es de ello una prueba reciente. La tendencia que en ella se nota á lo maravilloso, puede provenir de dos cosas; ó de un sentimiento religioso muy vivo, ó de una falta de

equilibrio entre la imaginacion y la razon: los fantasmas aparecen solo por la noche; y todo pais ignorante es milagroso.

El terrado del convento en donde nos paseábamos una parte del dia, está sombreado por naranjos magníficos, citados ya por Wolney, como los mas hermosos y mas viejos de la Siria: se mantienen lozanos como los nogales de cincuenta años en nuestro pais; estienden su espesa sombra sobre el jardin y el techo del convento, y tienen grabados en sus troncos los nombres de Wolney y de algunos viajeros ingleses, que han pasado como nosotros algunos momentos sentados á sus pies.

El grupo de montes, en que se comprende el de Antura, es conocido bajo el nombre de Kesruan ó cadena de Castravan, cuya comarca se estiende desde Nahr-el-kebir hasta Nahr-el-kelb; pais propiamente dicho de los maronitas, á quienes esta tierra pertenece, y á la que se estienden solamente sus privilegios; si bien es verdad que cada dia se introducen y avanzan en el terreno de los druzos, y llevan consigo sus leyes y costumbres. El principal producto de estas montañas es la seda; y el miri ó impuesto territorial se fija sobre el número de moreras que cada uno posee. Los turcos exigen del emir Beschir uno ó dos miris al año como tributo; y el emir recibe frecuentemente ademas muchos miris para sí: á pesar de esto, y de las quejas de los maronitas, sobre la exorbitancia de los impuestos, no son comparables con lo que pagamos nosotros en Francia ó Inglaterra: pues lo que oprime á una nacion no es la suma de las contribuciones, sino

su irregularidad y arbitrariedad. Si la contribucion en Turquía fuese legal y justa, no la sentiría; pero cuando no está fijada ó determinada por la ley, no existe propiedad, ó es incierta por lo menos: la riqueza de un pueblo consiste en que esté bien constituida la propiedad. El scheik de cada pueblo reparte la contribucion, y se atribuye una parte para sí mismo: en el fondo este pueblo es feliz: sus dominadores le temen, y no se atreven á establecerse en sus provincias: su religion es libre y respetada: sus conventos y sus iglesias coronan las cumbres de los collados: las campanas, que oye como una voz de libertad é independencia, llaman en sus valles á la oracion, dia y noche; está gobernado por sus propios gefes, escogidos por el uso ó hereditariamente nombrados entre sus principales familias: una policía justa y rigorosa mantiene la seguridad y el órden en sus pueblos; la propiedad es reconocida, garantida, y trasmisible de padres á hijos; el comercio es activo, y las costumbres enteramente sencillas y puras. En cuanto he viajado y observado, no he visto una poblacion que tenga mas impresa en sus facciones la apariencia de la salud, de la nobleza y de la civilizacion, que estas gentes del Líbano. Respecto á la instruccion del pueblo, aunque limitada á la lectura y escritura, cálculo y catecismo, está muy generalizada, y da á los maronitas un legítimo ascendiente sobre las demas poblaciones sirias.

Para verificar nuestro regreso á Beyruth tomamos el camino de la orilla del mar. Los montes que guarnecen las costas tienen varios monasterios construidos al estilo de las vilas ó casas de campo

florentinas de la edad media: sobre cada loma hay un pequeño pueblo, rodeado de un bosque de pinos quita-soles, y cruzado por un torrente que cae en cascada hasta el fondo del barranco. Sobre toda la costa, llena de escabrosos pinos, hay abiertos puertos pequeños para los pescadores; estos puertos están llenos de barquichuelos atados á los muelles ó á las rocas, y desde los pueblos al mar se baja por campos cultivados de viñas, de cebada y de moreras. Las campanas de los monasterios se ven por encima del verde oscuro de las higueras y de los cipreses; y una playa de blanca arena separa el pie de los montes de la ola limpida y azul, semejante á las aguas de un rio. Hay dos leguas de terreno que engañarian al viajero, sino se acordase que se halla á ochocientas leguas de Europa; pues podria figurarse que se encontraba á las orillas del lago de Ginebra, entre Lozanna y Vivay, ó sobre las risueñas orillas de Saone, entre Macon y Lion, aunque el marco del cuadro es mas magestuoso en Antura, porque cuando se levanta la vista se descubren los conos de nieve del Sanino, que hienden el cielo á los rayos del sol como lenguas de fuego.

EL EDITOR FRANCÉS.

Aquí se halla interrumpido el diario del autor. A principios de diciembre tuvo la desgracia de perder á Julia, su única hija, arrebatada por la muerte en dos dias; precisamente en el momento en que su salud, alterada ya en Francia, parecia restablecida completamente por el aire del Asia: espiró en los brazos de sus padres, y en la casa de campo donde Mr. de Lamartine se habia establecido con su familia para pasar el invierno en las inmediaciones de Beyruth. El buque que Mr. de Lamartine habia enviado á Europa, no debia volver á las costas de Siria á tomar los viajeros hasta el mes de mayo de 1833; así que, despues de este lamentable suceso, permanecieron seis meses en el Líbano, aterrados por el golpe con que les habia herido la Providencia, sin mas distraccion ni consuelo que las lágrimas de sus compañeros de viaje y las de sus amigos. En mayo llegó á Beyruth, el Alcestes, segun estaba convenido; mas para evi-

tar á la madre desgraciada parte de la amargura de su dolor, no quisieron embarcarse en el mismo buque que les habia traido felices y contentos con la hermosa hija que acababan de perder. Mr. de Lamartine habia hecho embalsamar el cuerpo de Julia para llevarlo á Saint-Point, donde en sus últimos momentos habia manifestado el deseo de ser sepultada. Confió, pues, este precioso depósito al Alcestes, que no debia apartarse de su vista, y fletó el bergantin Sofía, su capitan Coulonne, en el cual se embarcó con su mujer y amigos.

El diario del autor vuelve á comenzar cuatro meses despues de su desgracia.

Lamartine, antes de dejar la Siria, recorrió Damasco, Balbek, y otros puntos notables y lejanos, y este es el asunto de que tratan las notas que comienzan en 28 de marzo de 1833 ó sea en el *tomo 2.º y último.*

A LA MUERTE DE JULIA.

Yo fuí desde la infancia un hombre de dolor: mi corazon en vez de sangre solo contiene lágrimas, ó mas bien me ha arrebatado Dios los encantos de mis lloros, para petrificar las lágrimas en mi corazon. La amargura es mi miel, y la tristeza mi alegria comun: ningun camino me detiene, á menos que no vislumbre en él alguna ruina, y un instinto fraternal me liga á todo sepulcro!

Si miro algun valle verde y florido que un cielo puro hermosea, paso y me digo con una sonrisa amarga: «he aquí un sitio bellísimo para la dicha, pero donde yo no puedo gozar.» Mi espíritu no tiene eco sino donde se oye gemir: en todas partes en que se sufre, está la patria de mi alma, y una tierra amasada de cenizas y lágrimas es el único lecho donde me gusta descansar.

Preguntais por qué.....? Yo no lo podria decir porque removeria las olas de este abismo de hiel, y mi boca no tendria mas que sollozos para espresarse: desgarrad mi pecho, y abrid el corazon si quereis leer en él; en cada una de sus fibras ha hundido profundamente la muerte su destructora guadaña, y ni sus latidos son mas que agonías muy lentas, ni está lleno de

otra cosa que de cadáveres, como las Gemonias... toda mi alma es una tumba!

Pero cuando estuve donde Cristo quiso nacer, no pregunté por los sitios santificados en que los pobres arrojaban las palmas á sus pies; donde el Verbo se hacia reconocer á su voz, y donde su mano, que regaban las lágrimas de las mujeres santas, acariciaba á los niños!

Conducidme, pues, padre mio, al sitio donde se llora; á ese jardin fúnebre en que el hombre del bien abandonado de todos, quiso sudar la sangre y el agua que se sudan antes de morir! Dejadme ir solo, que yo quiero sentir tambien todo lo que de dolor tiene una hora infinita! Hombre de desesperacion, mi culto es la agonia; el altar mio está allí!

Está en el pie cubierto de polvo del monte de las Olivas, bajo la sombra de las murallas donde se desmoronó Sion; sitio de que el sol aparta sus luminosos rayos, donde en vez de yerba germina ruinas la tierra, y donde las raices de los añejos troncos levantan y hacen astillas las piedras de los sepulcros.

Allí se abre entre dos rocas la gruta tenebrosa donde el hombre del sufrimiento fué á saborear la muerte, cuando despertando tres veces á la amistad que dormia, previno á los suyos que velaran porque la hora era horrenda! Estremeciéndose mi labio, cree secar todavia sobre el suelo ensangrentado las gotas del cáliz; y el precioso sudor del sacrificio parece destilar aun en los flancos de las rocas!

. . . . . .

Colocada la frente entre mis manos, me senté sobre la piedra pensando en lo que habia pensado aquella mente divina, repasando en mi memoria desde su

nacimiento hasta su fin, la historia de aquellas lágrimas cuyo curso ha acibarado mi vida. Luego volví á tomar mis sacos y los levanté; yo contaba mis dolores muerte á muerte y vida á vida: después fué mi alma arrebatada en un sueño.... pero qué sueño, gran Dios!

Yo habia dejado, no lejos bajo el ala maternal, á mi querida hija, mi hija, mi esperanza, mi delicia, mi tesoro! su imágen bellísima no podia borrarse de la memoria, á su rayo de luz su encantadora huella era seguida por todas partes, y ningun padre la vió pasar sin tornarse á mirarla para desmostrarme su envidia!

Ella era el único despojo de mi prolongada tempestad, el único fruto de tantas flores, el único vestigio de mi amor; una lágrima á la partida, un beso al volver, y un eterno regocijo para mis errantes hogares! Era un rayo de sol sobre mi ventana, un pajarillo gorgeando que bebia en mi boca, un soplo de armonía y una caricia á mi despertar!

Era mas; era !ay de mi; la imagen de mi madre parecia que la tierna mirada de esta se me devolvia por los ojos de mi Julia; por ella mi pasado renacia en porvenir; su voz era el eco de diez años de felicidad, su paso llenaba al aire de encantos, su mirada hacia asomar las lágrimas á los ojos, y su sonrisa iluminaba mi corazon!

Su frente se demudaba con mi pensamiento; mis penas mojaban y teñian su rostro, así como en las aguas cristalinas se retrata una sombra, pero todo lo que subia de su corazon era dulce; jamas se notaba en su labio un pliegue severo; y cuando yo sufria juntaba sus dos manos entre las de su madre para implorar á Dios sobre sus rodillas!

Yo soñaba que la habian conducido á aquellos sitios y que la tenian esbelta en mi regazo, mi cabeza tiernamente inclinada sobre su frente, y la suya, dejándose caer sobre el brazo paternal, sacudia el oro bruñido de sus sedosas trenzas... sus dientes brillaban entre sus labios, entreabiertos por su sonrisa constante!

Para absorber mi alma y para arrebatarme el corazon, sus miradas se alzaban siempre hácia mí, y en el dulce rádio en que la encerraban mis ojos, solo Dios pudiera medir lo que resplandecia de llama! Mis labios no sabian, de tanto amor, donde posarse, pero ella los llamaba como un niño que juguetea, y los hacia fluctuar desde su boca á su mejilla, que parecia querer arrebatar mi ósculo ardiente!

Y yo decia á mi Dios: «Mientras esos ojos luzcan en mi rededor no tendré sino cantos y gracias para tí en este corazon que ella embriaga; dala mi parte de tus dones mas dulces; deshoja, bajo mis pasos, sus dias en esperanza, prepárala su lecho, y entreábrela de antemano los brazos encadenados de un esposo!»

Y al paso que me engalanaba de gozo con mis ardientes súplicas, mis miradas y mi corazon no se apercibian de que aquella frente pesaba mas y mas sobre mi brazo, ni de que sus helados pies enfriaban mis manos!... Julia! Julia! ¿Cuál es la causa de tu palidez mortal ¿Por qué se moja tu rostro y tu color se muda? Dímelo, idolatrado ángel mio, dímelo y torna á abrirme tus ojos en que yo leo!...

Pero lo azulado de la muerte circundaba su labio sonrosado, y la risa moria en él al tiempo de nacer; su aliento se apresuraba mas y mas como la agitacion de una ala que va á posarse! Con el oido puesto sobre

su corazon aguardaba yo sus latidos, y cuando el último aliento hubo arrebatado su alma, mi corazon quedó en mi, como el fruto que la mujer lleva frio y muerto en sus entrañas!

Despues, conduciendo en mis brazos agarrotados un tesoro mas querido que mi vida, me levanté, y semejante á un hombre que camina á recibir el golpe mortal, me dirijí hácia el altar y tendí los restos de mi encantadora hija sobre la piedra consagrada: luego mi labio se pegó en sus ojos, y su frente estaba tibia todavía como el nido de donde el ave acaba de salir, para volar al despertar la aurora.

«Y en esta situacion, en una hora eterna, sentí pasar mares de angustias y siglos de horror. La afliccion y la pena habian ocupado el sitio que ocupaba antes el corazon, y dije á mi Dios: «Dios mio! yo no tenia mas que á ella; todos mis amores se habian refundido en aquel amor; ella habia remplazado á los que me arrebató la muerte; ella era el único fruto que se sostenia sobre la rama despues de una terrible tormenta!...

«Era el único eslabon de mi cadena rota: el único rincon puro y azulado de todo mi horizonte; para que su nombre resonara mas dulce en la casa, la habíamos bautizado con un nombre melodioso; era mi universo, mi movimiento y mi ruido; la voz que me encantaba, el embeleso de mis ojos y de mis horas; mi mañana, mi anochecer y mi noche!...

«Era el espejo en que mi corazon se adoraba en su imágen, el mas puro de mis dias; un rayo perenne de mi felicidad; todos los dones reunidos, señor, en un semblante! Era la dulce carga que suspendia su madre de mi cuello; los ojos donde brillaban mis ojos, el

alma robada de mi seno, la voz donde vibraba mi voz y la vida donde existia mi vida.

«Pues bien, toma y sáciate con tan inmenso desero, implacable justicia!.... Yo mismo la coloco en tu fúnebre altar: si lo he vaciado todo, rompe al fin mi cáliz!... Héla ahí!... mi hija!... mi aliento!... héla ahí!... Solo he cortado dos trenzas con las cuales me encadenaba ayer en sus caricias!... ahí está lo demas... esto es lo único que me he reservado de ella!...»

Un sollozo me ahogó y desperté: la piedra destilaba bajo mi cuerpo un sudor de sangre; mi mano fria eleva mi frente al pasar por ella; el horror habia elevado dos lágrimas en mis párpados, y huí... el águila es menos rápida en correr en direccion al nido..... Profundos y ahogados suspiros salian de mi estancia; solo el amor suspendia mi última hora, porque ella me esperaba para morir!....

Hoy está todo muerto en mi casa: ojos siempre llenos de lágrimas se presentan á cada paso delante de mí; yo me dirijo sin saber á donde, y espero sin saber qué; mis brazos se abren para nada, y se cierran sin tocar nada tambien; todos mis dias y mis noches son del mismo color, y el rezo ha muerto en mi juntamente con la esperanza!.... Pero no es Dios quien motiva la pena de mi alma?—Sea pues mi alma fuerte, y bese la mano divina bajo el dolor.

Canciones vulgares de los arabes modernos, estractadas del compendio titulado: *Retazos de literatura Oriental y Francesa por J. Agoub.*

Ya que tu talle es tan esbelto y gracioso, concédeme tus caricias, amada mia, y aprovechemos el tiempo que huye veloz: no cierres mas al amor la puerta secreta de tus favores. Créeme, la belleza es pasajera, y su imperio no ha durado todavía para ningun mortal.

Algunos te han comparado al astro de la noche, pero cuanto se engañan...! Tiene acaso la luna esos ojos negros bellísimos y esas ardientes pupilas? Los juncos se doblan al menor soplo del céfiro; pero tú, que semejas á ellos por tu talle ligero, ves por el contrario que los hombres se inclinan en tu presencia.

Si el tormento de mi corazon te hace feliz, atormentame, pues mi dicha es la tuya, ó mas bien tu felicidad me es mas grata todavia. Si quieres arrebatarme la existencia, si este sacrificio te es

necesario, toma mi vida !oh tú! ¡oh tú, que eres mi vida, y no te irrites contra mi!

Qué mal podria haber, dulce belleza, en que me tratases con mas justicia? Tú, si quisieras, sanarias mi enfermedad, y me dispensarias de recurrir al *Kanon d' Avicenc* (1). Siempre que yo contemplo tus lindísimas cejas, creo reconocer en ellas el contorno agraciado del *noun* (2); y tu voz es mas grata á mi oido que los sonidos del para y del *senthir* (3).

Cuando la bien amada pasó, el ramage del sáuce vecino tuvo celos de su talle precioso; la rosa se inclinó de vergüenza al mirar el carmin de su mejilla, y yo esclamé: oh tú, que para siempre has cautivado mi alma, tus miradas han abierto en mi seno una herida profunda, de la cual no curaré jamás.

Yo amo en mi adolescencia, y mi pasion arde como una llama en el fondo de mi corazon. Cuando el cariño se deslizó en mi seno, apenas un bozo ligero sombreaba los labios de mi amante. Sí, yo estoy enamorada y es de ti, querido mio, pues me lo dicen mis lágrimas: yo te juro por el que creó el amor, que mi corazon no tuvo jamás ternura sino para ti; yo te ofrezco mi primera llama.

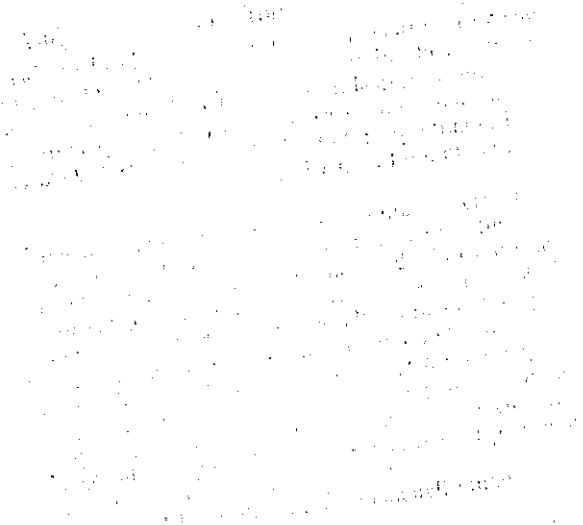
Cuando la noche estiende sus tinieblas, imita la

(1) El célebre tratado de medicina de Ebn Sina.
(2) Letra árabe cuya forma es arqueada.
(3) Instrumento de cuerdas.

negrura de tus cabellos rizados; cuando el dia brilla en su claridad mas pura, recuerda el brillo de tu frente que deslumbra: el aloé (1) en sus dulces exhalaciones no derrama sino tus propios perfumes, y el amante prendado de tus encantos pasará la vida cantando tus gracias.

La joven amada se adelanta: pero su cara está cubierta con un velo, y su vista trastorna y confunde todos los espíritus; el ramage ligero de valle las Nakas se vuelve celoso de su talle flexible. De pronto levanta ella con la mano el velo envidioso que la oculta, y los habitantes de la comarca lanzan gritos de sorpresa y se preguntan: ¿Es acaso algun relámpago lo que acaba de brillar sobre nuestras habitaciones, ó es el resplandor de las hogueras que los árabes encienden en el desierto?

(1) Planta llamada comunmente Zábila.



PENSAMIENTOS DE ANTAR.

«Que vuestros enemigos teman vuestro acero. No permanezcais donde se os desprecie: fijaos entre los testigos de vuestros triunfos, ó morid gloriosamente empuñando las armas.

«Sed déspota con los despotas, y malvado con los malvados.

«Si vuestro amigo os abandona, no procureis hacerle volver, pero cerrad el oido á las calumnias de sus rivales.

«Vale mas morir combatiendo que vivir en la esclavitud.

«Mientras se me cuenta en el número de los esclavos, mis acciones atraviesan las nubes para elevarse hasta donde es posible subir.

«Yo debo mi reputacion á mi espada, no á la

nobleza de mi linage. Mis altos hechos harán respetar mi nacimiento á los guerreros de Beni-Abejs que intenten despreciarlo.

«Los valientes y los caballos están ahí para atestiguar las victorias de mi brazo.

«He lanzado mi caballo en medio del enemigo en la polvareda del combate y durante el fuego de la accion, y le he sacado teñido de sangre y quejoso de mi actividad sin igual.—He muerto á los mas temibles guerreros: Rabiha-Hafebran, Giaber-Elec-Mehalka y el hijo de Rabiha-Zabillan han quedado en el campo de batalla.

«Zabiba (*Madre de Antar*) me reconviene cuando me espongo de noche, porque teme que yo sucumba.—Ella quisiera asustarme con la idea de la muerte, como si yo no estuviese persuadido de que es preciso pasar un dia por ella.—La muerte, la digo, es una fuente de la cual es indispensable beber tarde ó temprano: cesad, pues, de reconvenirme, porque si no me muero será preciso que me maten.

«Quiero vencer á todos los reyes, que estan ya cerca de mis pies, temiendo los golpes de mi brazo terrible.—Hasta los tigres y leones me estan ya sumisos.

«Yo soy hijo de una mujer de frente negra y de cabellos semejantes á los granos de la pimienta.

«Llevad mis saludos á aquella cuyo amor me ha preservado de la muerte.

«Mis enemigos desean mi humillacion, ¡suerte cruel! mi abatimiento hace su triunfo.—Díles que su esclavo deplora su alejamiento.

«Si vuestras leyes os permiten matarme, satisfaced vuestro deseo; nadie os pedirá cuenta de mi sangre.

«Soy mas activo que la misma muerte.

«Los brazos de los Beduinos serán cortos contra mí; contra mí el mas terrible de los guerreros; contra mí, leon enfurecido; contra mí, cuya espada y cuya lanza dan á las almas su libertad.

«Cuando apercibo la muerte la haria un turbante de mi sable.

«Yo soy el leon que protege todo cuanto le pertenece.

«Mis acciones se encaminan á la inmortalidad.

«Mi negra cutis se vuelve blanca cuando el ardor del combate viene á abrasar mi corazon: mi amor se hace estremado y la persuasion no tiene ya entonces imperio sobre mí.

«Que mi compañero esté siempre triunfante y mi enemigo humillado, temeroso y sin asilo.

«Por el Todopoderoso que ha creado los siete cielos y que conoce el porvenir, juro que no cesaré de combatir hasta la destruccion de mi enemigo: yo, leon del mundo, siempre dispuesto á la guerra.»

«Mi guarida esta en la polvareda del campo de batalla.»

«He hecho huir á los guereros enemigos, arrojando á tierra de un golpe el cadáver de su gefe: ved su sangre que gotea de mi sable.»

«Preparad vuestros triunfos, Beni-Abejs, y lisonjearos de antemano con la captura de un negro que tiene un trono en los cielos--Preguntad mi nombre á los sables y á las lanzas, y ellos os dirán que me llamo Antar el valeroso.»

FRAGMENTOS DEL POEMA DE ANTAR.

Estuvo un dia Antar en la casa de su tio Mallek, y quedó agradablemente sorprendido por la buena acogida que se le hizo: este recibimiento no acostumbrado era debido al rey Zaheér, el cual habia instado fuertemente á Mallek aquella misma mañana para que accediese á los deseos de Antar concediéndole la mano de su hija Ablla, á quien el famoso guerrero amaba apasionadamente. Hablaron de los preparativos de boda y habiendo manifestado Ablla el deseo de saber cuales eran los proyectos de su primo Antar.—«Yo pienso, la dijo él, ejecutar ahora y siempre cuantos vos querais.» Ablla contestó.—«No deseo mas que lo que consiguieron otras: quiero lo mismo que hizo Kaled-Eben-Mohareb cuando se casó con su prima Djida.»—Insensata! prorumpió Mallek en tono encolerizado; quién os lo ha referido...? No, sobrino mio, añadió: no deseamos que se siga ese ejemplo.» Pero Antar trasportado de alegría al ver por primera vez á su tio tan propicio y deseando com-

placer á su prima, rogó á esta le refiriese los pormenores de aquella boda.—«Oid, dijo Ablla, lo que me han contado las mujeres que han venido á cumplimentarme por vuestro regreso. El dia de su casamiento mató Kaled mil camellos y veinte leones; estos últimos por su propia mano: los camellos pertenecian á Malaeb-El-Ajsené, emir afamado entre los mas bizarros guerreros. Durante tres dias dió de comer á tres grandes tribus que al efecto habia convidado. Cada plato contenia un trozo de la carne de los leones; la hija del rey Eben-El-Nazal condujo por la brida la camella que montaba Djida.»—¿Y qué hay de admirable en todo eso? esclamó Antar. Juro por el rey de Langam y de Hattim, que nadie mas que Djida, la misma Djida, conducirá la brida de vuestra camella, llevando ademas la cabeza de su marido dentro de un saco, pendiente de su cuello.

Reconvino Mallek á su hija por haber promovido esta cuestion, fingiendo hallarse disgustado para disimular por este medio que él habia sido quien secretamente incitó á sus mujeres á que diesen á Ablla aquellos detalles, á fin de poner á Antar en un conflicto. Satisfecho Mallek despues del juramento de su sobrino, y deseando cortar la conversacion, hizo que sirviesen licor al guerrero, esperando que asi y á la vista de su hija se comprometeria mas y mas; y cuando á la caida de la tarde iba Antar á retirarse, le suplicó que olvidase las exigencias de Ablla, queriendo asi recordárselas de un modo indirecto. Luego que llegó á su casa mandó Antar á su hermano Chaiboud que le preparase su caballo, y partió con él inmediatamente en direccion á la montaña de Beni-Tonai-

iek. Por el camino refirió á Chaiboud lo que habia ocurrido aquella tarde en la casa de Abila.--«Maldito sea vuestro tio! esclamó su hermano. «Por quién sino por su mismo padre sabia Abila lo que os ha contado? El quiere desembarazarse de vos precipitandoos en tan grandes peligros.» Antar sin haber fijado su atencion en las palabras de Chaiboud, le dijo que apresurase el paso de su caballo á fin de llegar un dia antes al punto á donde se encaminaban; tanto era el deseo que tenia de cumplir su promesa. Luego recitó los versos siguientes:

»Yo recorro los malos caminos durante la oscuridad de la noche, y marcho á través del desierto, lleno del ardor mas vivo, sin mas compañeros que mi sable y sin pensar en el numero de mis enemigos. Leones, seguidme.... pronto vereis la tierra cubierta de cadáveres que servirán de pasto á las fieras.»

»Kaled el dichoso ha dejado de serlo desde el momento en que empiezo á buscarle: Djida no puede vivir tranquila, y su pais no está ya seguro: muy en breve lo ocuparán únicamente los tigres.»

»Recibid, oh Abila, de antemano, mis felicitaciones por vuestro triunfo!—oh vos! cuyas miradas me han hecho profundas e incurables heridas en el corazon: vuestra presencia es un paraiso; vuestra ausencia un fuego devorador.»

»He bebido de un licor mas dulce que el néc-

tar; mas dulce que el néctar porque me ha sido servido por la mano de la belleza.—Mientras yo vea la luz celebraré su mérito, y si muero por ella mi nombre no perecerá.»

Cuando Antar hubo acabado sus versos, principiaba á despuntar el dia, y continuó su camino hácia la tribu de Beni-Zobaid Kaled: el héroe de aquella tribu, gozaba en ella de mas consideracion que el mismo Rey. Era tan temible en la guerra que solo su nombre hacia temblar á las tribus vecinas: he aquí su historia y la de su prima Djida:

»Dos emires, Mohareb, padre de Kaleb, y Zaher, padre de Djida, gobernaban á los beduinos llamados Beni-Aumaya, famosos por su bravura: eran hermanos. El mayor Mohareb, mandaba en gefe; Zaher servia á sus órdenes. Un dia, de resultas de un vivo altercado, Mohareb levantó la mano á su hermano, que volvio á su casa con el corazon henchido de resentimiento. Su mujer, al saber el motivo del estado violento en que le veía, le dijo:—»Vos no debistois soportar semejante afrenta, vos, el guerrero mas bizarro de la tribu, vos, célebre por vuestra fuerza y por vuestro valor.»

—»He tenido, contestó él, que respetar á un hermano de mayor edad»—»Pues bien! dejadlos, añadio su mujer; id á otra parte á establecer vuestra residencia: no permanezcais aqui en la humillacion: seguid los preceptos de un célebre poeta cuyos versos voy á citaros.

«Si encontrais obstáculos ó desgracias en un punto, alejaos de él, y dejad á la casa que eche de menos á el que la ha construido.»

«Vuestra subsistencia es la misma en todas partes, pero una vez perdida vuestra alma, no podriais volverla á hallar.»

«Nunca deben encomendarse á otro nuestros asuntos; siempre se sirve mejor uno mismo.»

«Los leones son orgullosos porque son libres.»

«Tarde ó temprano tiene el hombre que cumplir su destino; que importa el sitio donde uno muere?

«Seguid los consejos de la esperiencia.»

Estos versos hicieron tomar á Zaher la resolucion de alejarse con todo cuanto le pertenecia; y dispuesto á partir, recitó los versos siguientes:

«Iré lejos de vos á una distancia de mil años, cada uno de una largura de mil leguas. Aun cuando me dieseis por quedarme mil Egiptos, cada uno regado por mil Nilos, preferiria alejarme de vos y de vuestras tierras, diciendo para justificar mi separacion este refran: «*el hombre debe huir de los sitios donde reina la barbarie.*»

Habiéndose puesto Zaher en camino, fué hasta la tribu de Beni Afsae, donde se le recibió muy bien, siendo en el acto elegido gefe. Reconocido Zaher se

fijó allí: algun tiempo despues tuvo una hija llamada Djida á quien hizo pasar por niño, y que creció bajo el nombre de Giandar. Su padre la hacia montar á caballo con él; la acostumbraba á los combates, y desarrollaba así sus disposiciones naturales y su valor. Un sabio de la tribu la enseñaba á leer y escribir, en lo cual hizo en poco tiempo rápidos progresos. La niña era una perfeccion, porque reunia á todos estos atractivos una admirable belleza. Así es que decian en todas partes: *¡Dichosa la mujer que llegue á casarse con el emir Giandar!*

Habiéndo caido su padre peligrosamente enfermo, y creyéndose próximo á morir, hizo llamar á su mujer y la dijo: —Os ruego encarecidamente, que despues de mi muerte no contrateis un nuevo matrimonio que os pueda separar de vuestra hija, y haced de modo que esta continúe pasando por hombre. Si despues de mi muerte no gozais aquí de la misma consideracion, volveos á casa de mi hermano: él os recibirá bien, estoy seguro. Conservad con cuidado vuestras riquezas. El dinero os hará respetable en todas partes. Sed generosa y afable, que ya encontrareis la recompensa; obrad en fin siempre como obrais en la actualidad.»

Despues de algunos dias de enfermedad, Zaher volvió á restablecerse; Giandar continuó sus escursiones guerreras, y dió pruebas de tanto valor en todas ocasiones que se hizo proverbio el decir: «*No intenteis aproximaros á la tribu de Giandar.*«

En cuanto á Kaled, seguia á su padre, Mohabeb, en sus ejercicios diarios, en los cuales tomaran parte los mas esforzados de la tribu. Era esta

una verdadera guerra, resultando de ella multitud de heridos. Kaled encontraba en los combates un motivo de emulacion; emulacion que aumentaba la reputacion de su valor; su primo ardia en deseos de ir á verle, pero no osaba hacerlo, conociendo las disensiones que existian entre sus parientes. A la edad de quince años, Kaled era ya el guerrero mas valiente de su tribu: cuando tuvo la desgracia de perder á su padre, fué elegido para reemplazarle, y como demostraba las mismas virtudes que él, no tardó en grangearse la estimacion y la consideracion general. Habiendo propuesto un dia á su madre el ir á ver á su tio, se pusieron ambos en camino, seguidos de ricos presentes en caballos, armas, etc. Zaher los recibió muy bien, y colmó de obsequios á su sobrino, cuya reputacion habia llegado á sus oidos; Kaled estrechó tiernamente á Giandar, su primo, y concibió hácia él una viva aficion durante el corto tiempo que este pasó al lado de su tio; todos los dias se entregaba á sus ejercicios militares, y encantaba á Giandar, que veia en él un guerrero perfecto, lleno de valor y de generosidad, afable, elocuente y de belleza varonil. Como pasaban juntos los dias enteros y la mayor parte de las noches, Giandar se aficionó al fin de tal modo á Kaled, que un dia entró en casa de su madre y la dijo: Si mi primo se vuelve á la tribu sin mí, me moriré de pesar, porque le amo entrañablemente.—Estoy muy lejos de desaprobaros esa idea, le contestó su madre; porque de nada carece para agradar; es vuestro primo, sois de la misma sangre y casi de una misma edad, pero dejadme primero que yo hable á su madre, que la haga saber

vuestro deseo; esperemos hasta mañana; cuando ella venga á mi casa, como de costumbre, yo la instruiré de todo, arreglaremos vuestra boda, y partiremos juntos.

Al dia siguiente se puso á peinar su madre los cabellos de Djida á la hora en que regularmente iba á verla la madre de Kaled, y cuando esta, entrando en su tienda, la preguntó que quien era aquella hermosa jóven, se la enteró de la historia de Djida y de la voluntad de su padre de que pasase siempre por hombre.—Yo os descubro este secreto, añadió ella, porque quiero dársela en matrimonio á vuestro hijo. —Consiento en ello gustosa, contestó la madre de Kaled. Honor y grandeza será para mi hijo poseer esa belleza sin igual. Y habiendo salido despues en busca de Kaled, le contó esta historia, afirmando que no existia una mujer cuya belleza pudiese ser comparada con la de su prima. Id pues, le dijo su madre, á pedirla por esposa á vuestro tio, y si, como creo, consiente en concedérosla, sereis el mas dichoso de los mortales.

—Yo estaba decidido, contestó su hijo, á no separarme nunca de mi primo Giandar, tal era mi aficion hácia él; pero puesto que es una mujer, no quiero ya ni verla; yo prefiero la sociedad de los guerreros, los combates y la caza de los elefantes y de los leones, á poseer el corazon de esa belleza; que no vuelva, pues, á hablarse de esa boda, y quiero partir de aquí en este mismo instante.

En efecto, en pocos momentos dispuso los preparativos para la marcha, y fué á despedirse de su tio, que le preguntó qué era lo que tanto le precipitaba, suplicándole permaneciese algunos

dias mas.—Imposible, contestó Kaled; mi tribu está sin gefe, y mi presencia es necesaria en ella. A estas palabras se puso en camino con su madre, que se habia despedido de la de Djida, y la habia instruido de su conversacion con su hijo.

Al saber Djida la negativa de su primo, se entregó al mas vivo dolor, no pudiendo ni comer ni dormir; tan grande era su cariño á Kaled. Su padre viéndola en aquel estado la creyó enferma y cesó de llevársela consigo á sus escursiones. Un dia que este habia ido lejos á sorprender una tribu enemiga, Djida dijo á su madre:—No quiero morir por una persona ingrata que me ha tratado con tanta dureza: con ayuda de la Providencia, yo sabré á mi vez hacerle esperimentar todos mis sufrimientos, incluso el del amor. Despues, levantándose con el furor de una leona, montó á caballo, pretestando que iba á caza, y partió para la tribu de su primo, bajo el trage de un beduino de Kégiaz. Cuando llegó fué á hospedarse á casa de uno de los gefes, el cual tomándola por un guerrero, la recibió con el mayor agasajo. Al dia siguiente se presentó al ejercicio militar mandado por su primo, y principió con este una lucha que duró hasta mediodia. El combate de los dos héroes fué la admiracion de todos los espectadores. Kaled sorprendido de encontrar un guerrero que sabia batirse con tal pujanza, mandó que se tuviesen con el todos los miramientos posibles. Al siguiente dia volvió á tener lugar la misma lucha, que continuó dos dias mas. Durante este tiempo Kaled hizo cuanto pudo por conocer á aquel estrangero, sin poderlo conseguir. El cuarto dia el combate duró hasta el anochecer, sin que en todo este tiem-

po pudiese herir al otro ninguno de los competidores; cuando se hubo concluido, Kaled dijo á su adversario: en nombre del dios que os ha dado tanta valentía, decidme cual es vuestro país y vuestra tribu? Entonces Djida, levantando su celada, le dijo:—Yo soy la que, prendada de vos quería ser vuestra esposa, y á quien habeis rehusado prefiriendo á la posesion de una mujer, los combates y la caza: he venido para haceros conocer el valor y la bravura de la mujer que vale tampoco para vos.

Despues de estas palabras, se caló nuevamente su celada y volvió á su casa, dejando á Kaled triste, sin fuerza y sin valor, y de tal modo prendado que acabó por perder el sentido. Cuando volvió en sí, su inclinacion á la guerra y á la caza de animales feroces habia hecho puesto al amor: entró en su casa, y participó á su madre esta súbita mudanza, contándola su combate con su prima.—Mereceis lo que os sucede, le contestó ella; no quisisteis creerme en otro tiempo; vuestra prima ha obrado como debia castigando vuestro orgullo con ella. Kaled despues de haberla hecho observar que no se hallaba en estado de soportar sus reconvenciones y que necesitaba mas bien de compasion, la suplicó que fuese á pedir á su prima en su nombre, y la madre partió en efecto inmediatamente para la tribu de Djida, atormentada por su hijo á quien dejaba en un estado deplorable.

En cuanto á Djida, regresó á su casa despues de haberse dado á conocer de su primo; su madre se hallaba inquieta por su ausencia; pero ella la contó su aventura y la sorprendió con la relacion del lance ocurrido con su primo. Tres dias despues de su vuel-

la llegó la madre de Kaled, que queria inmediatamente hablar á Djida: dijo á esta que venia de parte de su primo para pedir su mano, y á fin de obligarla mas, la hizo saber el triste estado en que se encontraba. Semejante casamiento es imposible, contestó Djida; no me casaré con el que me ha despreciado; solo he querido darle una leccion y castigarle de haberme hecho sufrir tanto. Su tia la repitió que si él la habia causado alguna pena, era en aquel instante mucho mas desgraciado que ella. Aun cuando hubiese de morir, contestó Djida, nunca seré su esposa. No encontrándose allí el padre de Djida, y considerando por otra parte que nada conseguiria de la jóven, regresó á casa de su hijo, á quien halló enfermo de amor y sumamente demudado; refirió á este el resultado desagradable de su mision, y le dijo: no os queda ya sino un medio: reunid los gefes de vuestra tribu y los de las tribus aliadas, é id vos mismo á pedírsela á su padre; si os dice que no tiene ninguna hija, contadle lo que os ha sucedido, y como no podrá negar el hecho se verá precisado á concedérosla.

En aquel mismo instante convocó Kaled á los gefes y á los ancianos de la tribu, y les participó lo que le habia acaecido; su relacion les llenó de sorpresa. «Es un suceso maravilloso, dijo uno de ellos llamado Mehdi-Karab, que merecia escribirse con tinta de oro. Ignorábamos que vuestro tio tuviese una hija; no le conocíamos mas que un hijo llamado Giandar; ¿de donde le viene pues esa heroina? Os acompañaremos cuando vayais á pedir su mano; nadie es mas digno de ella que vos.»

Habiendo tenido noticia de la vuelta de su tio,

partió Kaled acompañado de veinte gefes principales de su tribu y de cien de á caballo, llevando ricos presentes. Zaher los acogió bien, sin comprender el objeto de la ida de su sobrino, pues ignoraba el lance de este con su hija. Al cuarto dia de su llegada, y despues de haber besado Kaled la mano de su tio, le pidió á Djida en casamiento, suplicándole que viniese á habitar con él: y como Zaher afirmaba no tener sino un hijo llamado Giandar, unico que Dios le habia dado, le refirió Kaled todo cuanto le acaeció con su prima. A esta relacion quedó Zaher confuso y guardó silencio por algunos instantes.—No creia yo, dijo despues, que ese secreto sería descubierto; pero puesto que todo lo sabeis, mas que ninguno otro podeis vos aspirar á la mano de vuestra prima, y os la concedo.—El precio de Djida fué en seguida fijado delante de testigos en cien camellos rojizos cargados de los mejores productos del Iemen; en seguida Zaher, entrando en casa de su hija, le anunció el compromiso que acababa de contraer con Kaled. —Suscribo á él, contestó ella, con condicion de que el dia de mi casamiento matará mi primo mil camellos escogidos entre los de Mélaeb-el-Ajiené de la tribu de Beni-Hamer.—Su padre, sonriendo á esta peticion, invitó á su sobrino á que la aceptase; este á fuerza de súplicas decidió á su tio á que le acompañara, y se pusieron todos en camino al dia siguiente; Zaher fué colmado de cuidados y de consideraciones en su antigua tribu, y consiguió en ella el primer rango. Al dia siguiente de su llegada, Kaled, á la cabeza de mil guerreros escogidos, fué á sorprender la tribu de Beni-Hamer, y en un combate sangriento hirió gravemente

á Melaeb, al cual arrebató mayor número de camellos que el pedido por Djida, y volvió á su casa triunfante. Algunos dias despues, estando rogando á su tio que apresurase su casamiento, le dijo su prima que no la veria nunca bajo su tienda, sino la traia la mujer ó la hija de uno de los emires mas valientes de Kail, para llevar la brida de su camella el dia de su boda: porque quiero, añadió, que todas las jóvenes me tengan envidia. Para satisfacer esta nueva exigencia, Kaled, al frente de un numeroso ejército, atacó á la tribu de Nihama Eben-el-Nazal, y despues de varias batallas, acabó por apoderarse de Aniamé, hija de Nihama. No teniendo Djida otra cosa que pedir, principió Kaled la caza de leones. La víspera de su casamiento, cuando se entregaba á este ejercicio, encontró á un guerrero, que, adelantándose hacia él, le gritó que se rindiese y desmontase del caballo en aquel mismo instante, so pena de perder la vida. Kaled, por toda contestacion, atacó vivamente á aquel enemigo desconocido. El combate se hizo terrible y duró mas de una hora; y en fin, cansado de la resistencia de su adversario á quien no podia vencer:—«Oh!, hijo de raza maldita, le dijo, quién sois? Cual es vuestra tribu? Por qué venis á impedirme que continúe una caza tan importante para mi? maldicion sobre vos!... Que yo sepa á lo menos si me bato con un emir ó con un esclavo.» Entonces su adversario levantando la visera de su casco, le dijo riendo: que contestacion podria dar á esa pregunta una mujer? Habiendo Kaled reconocido á su prima, no osaba ya articular palabra, tanta era la vergüenza, que esperimentaba.—«He pensado, continuó Djida,

que estariais apurado en vuestra caza y he venido á ayudaros.»—Juro por el Todopoderoso, esclamó Kaled, que no conozco ningun guerrero tan valiente como vos ¡oh reina de las bellas!» Se separaron despues de esto conviniéndo en reunirse al anochecer en el mismo sitio; lo que verificaron en efecto, Kaled trayendo muerto á un leon, y Djida un leon y una leona. Se vieron y separaron luego mas y mas prendados uno de otro.

La boda duró tres dias, en medio de los regocijos de todas clases. Mas de mil camellos y veinte leones fueron muertos; estos ultimos por la propia mano de Kaled, á escepcion de los dos procedentes de la caza de su prima.

Amame condujo de la brida la camella que montaba Djida. Los dos esposos estaban en el colmo de la felicidad.

Zaher murio algun tiempo despues de este matrimonio, dejando el mando supremo á sus hijos, Kaled y Djida; y muy luego estos dos héroes reunidos fueron el terror del desierto.»

Pero volvamos á Antar y á su hermano.

Cuando hubieron llegado a las cercanias de la tribu, Antar envió á su hermano á reconocer el terreno y el puesto de la tienda de Kaled, afin de tomar sus medidas para atacarle. Chaibaud volvió al dia sigiente á enterarle de todo, anunciándole que Kaled se hallaba ausente. —No hay en la tribu, añadió, mas que cien de á caballo con Djida. Su marido ha partido con Mehdis-Karab, y es ella la que está encargada de velar por la seguridad comun. Todas las noches monta a caballo seguida de unos veinte para hacer su ronda; y segun han

informado los esclavos, se aleja algunas veces á bastante distancia.

Gozoso con tan plausible nueva dijo Antar á su hermano que esperaba hacer á Djida prisonera aquella misma noche: en cuanto á vos, añadió dirigiéndose á Chaiboud, vuestra mision será impedir que las gentes de Kaled, vengan en socorro de Djida; teniendo en cuenta que si dejais escapar uno tan solo, os cortaré la mano derecha»—«Yo haré todo cuanto exijais, contestó Chaiboud, puesto que estoy aqui para ayudaros»—Permanecieron ocultos todo el dia, y se acercaron á la tribu despues de puesto el sol. Muy luego vieron venir hacia ellos varios hombres de á caballo: Djida estaba á su cabeza, y cantaba los versos siguientes: «La guerra y la polvareda del combate son mi elemento. La caza de los leones es el placer de los otros guerreros, pero ella no es nada para mí.»

«Los astros saben que mi valor ha sobrepujado al de mis padres.»

«¿Quién es el que osa acercárseme cuando recorro de noche los montes? Mas que nadie he adquirido gloria derribando los mas terribles campeones.»

Antar, que habia oido los versos de Djida mandó á su hermano que tomase la izquierda del monte, y dirigiéndose el á la derecha, lanzó un grito de guerra tan fuerte, que esparció el terror entre los veinte de á caballo del séquito de Djida. Sin perder tiempo se precipitó Antar sobre la heroina, derribó su caballo de un sablazo, y golpeó á Djida tan violentamente en la cabeza, que perdió el sentido. Despues la dejó para marchar en persecucion de los compañeros de esta y mató doce en

poco tiempo, poniendo á los demas en la mas precipitada fuga. Chaiboud que los esperaba al paso, derribó seis con sus flechas, y Antar corriendo en su ayuda se deshizo de los dos restantes. Dijo entonces á su hermano que corriese prontamente á atar á Djida antes que volviese en si, llevando para ella uno de los caballos que habian cogido a sus partidarios. Pero Djida que habia permanecido una hora sin sentido, recobró aliento y hallando un caballo abandonado, se habia apoderado de el. Luego conociendo la voz de Antar, sacó su sable y le dijo:—«No os vanaglorieis, hijo de raza maldita, de ver á Djida en vuestro poder. Estoy aqui todavía para haceros morder el polvo, y jamás me hubieseis visto en tierra á no haber tenido la dicha de matar á mi caballo.»—A estas palabras se precipitó sobre Antar con el furor de una leona que ha perdido sus hijos. Antar sostuvo valerosamente el choque, y un combate de los mas terribles se trabó entre los dos. Duró tres horas enteras sin ventaja marcada por ninguna parte. Ambos se hallaban rendidos de cansancio. Chaiboud cuidaba de lejos de que ningun socorro pudiese llegar á Djida, la cual debilitada por su caida, y herida en varias partes, hacia sin embargo una resistencia tenaz, esperando en vano que viniesen en su ayuda. Por fin Antar, precipitándose sobre ella la asió de la garganta y la hizo volver á perder el sentido, aprovechándose de esta circunstancia para desarmarla y atarla los brazos. Entonces Chaiboud invitó á su hermano á marchar antes que los sucesos ocurridos llegasen á saberse en la tribu de Djida, en cuyo caso los aliados de esta saldrian en su persecucion. Pero Antar se negó resueltamente no queriendo

volver á Beni-Abejs sin botin. No podemos, dijo abandonar de ese modo los grandes rebaños de esta tribu, porque seria preciso volver segunda vez antes de mi enlace con Abll. Esperemos el dia: cuando el ganado salga á pastar nos apoderaremos de él, y despues iremos á Beni-Abejs.

Por la mañana, cuando los rebaños salieron, se apoderó Antar de mil camellas y de igual número de camellos con sus conductores, y los confió á Chaiboud para que los condujese, quedándose él en el campo para hacer prisioneros á los guardas, de los cuales mató muchísimos. Los que pudieron escaparse corrieron á la tribu á decir que un solo guerrero negro se habia apoderado de todos los rebaños, despues de haber muerto gran número de ellos, y que quedaba en el campo de batalla, esperando á que fuesen á atacarle. Creemos, añadieron, que ha hecho prisionera á Djida. Eso no es posible! dijo Giabe, uno de los gefes mas afortunados, ¿hay acaso en el mundo un guerrero que pueda habérselas con Djida, y mucho menos vencerla? Los otros de la tribu que sabian que Djida estaba ausente desde la víspera suponian que la heroina se hallaba de caza; pero de todos modos acordaron partir inmediatamente para apoderarse de sus rebaños. Marcharon de veinte en veinte y despues de treinta en treinta, y no tardaron en encontrar á Antar, el cual á caballo y apoyado sobre su lanza, esperaba impávido el combate. Cuando estuvieron cerca de él gritaron á la vez: ¿Quién sois vos, insensato, que asi venis á buscar una muerte segura? Sin responder una palabra se lanzó Antar sobre ellos con impetuosidad, y á pesar de su número eran ochenta), los puso inmediatamente en ver-

gonzosa derrota, no sin haber herido á varios. Resolvió despues reunirse á su hermano, temeroso de que los pastores viniesen á deshacerse de él; pero al ir á ponerse en camino, observó que una gran polvareda se elevaba en medio del desierto, y creyendo que era el enemigo:—Hoy es, dijo, un dia de prueba en que el hombre debe mostrarse: salgamos pues adelante.—Continuaba su camino cuando encontró á Chaiboud que volvia hácia él, y le preguntó que habia hecho de Djida y de los rebaños. Cuando los pastores han divisado ese polvo, contestó su hermano, se han amotinado y no han querido continuar marchando, diciendo que era Kaled que volvia con su ejército. He muerto á tres, pero considerandose solo contra todos, he venido en vuestro socorro: mas vale morir juntos que separados.—¡Miserable! contestó Antar, habeis tenido miedo, y habeis abandonado á Djida y á los rebaños, pero juro por el Todopoderoso, hacer hoy prodigios que serán citados en los siglos venideros! A estas palabras se precipitó tras de Djida á quien los pastores habian desafiado despues de la marcha de Chaiboud. Cuando Antar la alcanzó estaba ella á caballo, pero enferma y sin armas. El guerrero mató á cuatro de los pastores sin poder detener á los otros, y persiguió á Djida que trataba de reunirse al ejército que avanzaba, creyéndole de su tribu. Pero cuando estuvo en medio de los de á caballo, les oyó repetir estas palabras. Venimos á ayudaros, esforzado Antar: venimos á ayudaros aun cuando no teneis necesidad de nuestro socorro.

Era en efecto el ejército de Beni-Abejs, mandado por el rey Zoheir en persona. Este príncipe no viendo ya á Antar y temiendo que su hijo lo

hubiese empeñado, segun costumbre, en alguna peligrosa empresa, habia enviado á buscar á Chidad su padre, para tener noticias suyas; y no pudiendo obtenerlas por sí, se las habia mandado pedir á Mallek, que habia fingido no estar mejor instruido. Chidad entonces interrogó á Abila cuya franqueza conocia, é informado de todo, dió cuenta al rey. Entonces su hijo, irritado contra Mallek, se habia inmediatamente decidido á partir en busca de Antar, diciendo que si le hallaba sano y salvo, celebraria su boda tan pronto como volviese; y que si estaba muerto, él mataria á Mallek, por haber sido causa de la pérdida de aquel heróe privilegiado de su tribu. Instruido del plan de sus hijos Chajs y Maalek, resolvió el rey ponerse á la cabeza de sus mas valientes guerreros, y habia dejado la tribu, seguido de cuatro mil de á caballo, en cuyo número estaba Mallek. Durante el camino, habiendo preguntado este al rey cual era su designio:—Quiero, contestó Zoheir, ir á sacar á Antar de la situacion fatal en que le habeis colocado.—Os aseguro, contestó Mallek, que no tengo en ello parte alguna. Abla es la única culpable, y para que no dudeis jamás de mis palabras me vuelvo á mi casa á cortarle á mi hija la cabeza.—Chajs, tomando la palabra dijo. Sobre mi honor os juro, Mallek, que valdria mas que estuvieseis muerto; si no fuese por respetos á mi padre y por deferencias á Antar, haria saltar vuestra cabeza de vuestros hombros. Entonces le dió un terrible porrazo, mandándole que se alejase con los suyos.

De vuelta á la tribu reunió Mallek á sus parientes y amigos y salió seguido de setecientos de ellos. El Rabek uno de sus gefes mas nombra-

dos, y Héroné Eben-El-Wuard, le acompañaron con cien caballos elegidos. Caminaron todo el dia, y al anochecer colocaron sus tiendas para celebrar consejo y decidir á donde habian de ir, y á que tribu podrian reunirse. «—Somos, dijo el Robek, mas de setecientos. Esperemos aqui noticias de Antar; si sale bien de los peligros y vuelve á Bein-Abejs, Zoheir vendrá seguramente á buscarnos; y si Antar perece, iremos á establecernos mas lejos. "—Este parecer prevaleció sobre todos, y permanecieron en aquel sitio. En cuanto á Zoheir, habia continuado andando en busca de Antar, al cual encontró al fin persiguiendo á Djida. Esta, que habia logrado salvar la vida, fué atada nuevamente y confiada á la guarda de Chaiboud.

Tan pronto como Antar divisó al rey, bajó de su caballo y fué á besar su sandalia diciendo, «—Señor! haceis demasiado por vuestro esclavo; á qué tomaros por mi tanto trabajo?—"Cómo quereis, contestó Zoheir, que yo deje abandonado y solo á un héroe como vos en un pais enemigo? Vos debisteis informarme de las exijencias de vuestro tio, pues yo hubiera satisfecho su codicia, dándole mis propios rebaños, ú os hubiese acompañado en vuestra empresa."

Dió Antar al rey las gracias, y fué á saludar á los dos hijos de este, Chals y Maclek, y á su padre Chidad, que le refirió lo que habia sucedido al padre de Abla.—" Mi tio, dijo Antar, conoce el amor que tengo á su hija, y abusa de él; pero gracias á Dios y al terror que inspira nuestro rey Zoheir, he logrado mi deseo, y os aseguro que si yo hubiese tenido conmigo tan solo cincuenta

caballos, me hubiera hecho dueño de todos los rebaños de las tres tribus; pero, puesto que os encuentro aquí, podemos realizar esta idea, para que no se diga que el rey se ha puesto inútilmente en campaña. El rey podrá descansar aquí uno ó dos dias, mientras vamos nosotros á despojar esas tribus."

Habiendo aprobado Zoheir este proyecto, hizo colocar las tiendas en aquel mismo sitio, recomendando sobre todo á los guerreros que formaban parte de la espedicion que respetasen á las mujeres. En tres dias que duró la ausencia de los guerreros, casi sin combate, se apoderaron de un botin tan considerable, que el rey quedó admirado de su inmenso valor.

Habiéndose dado la órden de marcha, al siguiente dia, volvió el ejército á tomar el camino de la tribu á satisfaccion de todos, menos de Djida, la cual rodeada de varios de á caballo, hacia el camino montada sobre un camello que conducia un negro. Al tercer dia de marcha acampó la tribu en una vasta llanura. Antar encontró al ejército dispuesto á dar la batalla, pero el rey le hizo observar que estaba igualmente dispuesto para la caza:—«Antar contestó: yo amo la guerra, y sufro cuando estoy mucho tiempo sin combatir."—Algunas horas despues, divisaron una polvareda espesa que parecía dirigirse hacia el campo. Muy luego viéronse brillar las lanzas, y despues se oyeron lloros y gritos de dolor. Zoheir creyendo que era el ejército de Kaled que habia ido á atacar á la tribu de Beni-Amar, y que volvia con sus prisioneros, dijo á Antar que se preparase al combate. —«Podeis descuidar, contestó este; dentro de

un instante todos esos guerreros estarán en vuestro poder."—Inmediatamente ordenó los preparativos, dejando diez de á caballo y todos los negros para guardar el botin: ardía ya en deseos de medir su espada con los enemigos.

Antes de ir mas lejos, es necesario dar á conocer al lector el ejército que avanzaba. Kaled partió con cinco mil guerreros y los dos gefes Kaifs-Eheus-Morchek y Mehdi-Karab, para atacar á Beni-Amar; habia hallado el pais desierto. Los habitantes prevenidos, se habian retirado á las montañas con sus riquezas. No habian, pues, adquirido ningun botin, y al volver sin haber podido coger ni un solo camello, sus compañeros le invitaron á ir á sorprender la tribu Beni-Abejs, la mas rica del pais. Kaled, habiendo tomado el camino de aquella tribu halló el campo del padre de Abila, lo atacó y despues de un dia entero de combate, se apoderó de los guerreros que lo componian, así como de las mujeres y de los rebaños. Abila, que habia caido en poder de Kaled, se alegraba de una desgracia que la salvaba del casamiento que su padre queria obligarla a contraer con uno de sus parientes llamado Amara, prefiriendo mas bien ser prisionera que esposa de otro que no fuese Antar. Ella no cesaba de llamar á este diciendo:—Dónde estais, querido Antar, donde estais?—Habiendo preguntado Kaled quien era aquella mujer que pronunciaba tan amenudo el mismo nombre, aquel, mortal enemigo de Antar, habia esparcido la noticia de que se llamaba Abila y que habia exigido de su primo que la trajese á Djida para tirar de la rienda de su camella el dia de su casamiento; todo con objeto de que el ejército la

maltratase. Kaled, habia continuado su camino hácia la tribu, castigando á sus prisioneros, y vivamente inquieto por Djida; y para entretener su impaciencia por ver á esta, recitaba los versos siguientes:

«Yo he conducido caballos con guerreros mas temibles que leones.

«He estado en el pais de Beni-Kanual, de Beni-Amar y de Beni-Kalal, y al aproximarme han huido sus habitantes á lo mas escabroso de las montañas temiendo mi brazo.

«Casi todos los que han escapado al degüello han caido en mi poder.

«Las jóvenes cuyos hermosos ojos vierten lágrimas, llaman á Beni-Abejs en su socorro; pero Beni-Abejs está ya prisionero.

«Zoheir ha ido con sus guerreros á buscar la muerte á un pais donde las mujeres son mas valientes que los hombres. Desgraciado de él si me han dicho verdad!

«El dia del combate probará cual de nosotros dos se ha equivocado.

«Mi espada se regocija en mi mano victoriosa. El hierro de mi enemigo vierte lágrimas de sangre.

«Los guerreros mas temibles tiemblan á mi aspecto.

«Mi nombre debe trastornar su sueño, si el terror les permite disfrutar de algun descanso.

«Si yo no temiese ser tildado de orgulloso, diria que solo mi brazo bastaba para conmover al universo entero.»

Kaled habia continuado su camino recitando estos versos, y al concluir se hallaba sin saber como en presencia del ejército de Beni-Abejs. Los

lloros y los gritos de los prisioneros llegaron a los oidos de Antar y de sus guerreros; creyeron conocer todos algunas voces amigas. Entónces fueron á prevenir á Zoheir, el cual envió inmediatamente á uno de á caballo llamado Abjsi para reconocer al enemigo. Kaled le divisó de lejos y dirigiéndose a los suyos esclamó:—«He ahí á un mensagero de Beni-Abejs que viene a hacerme proposiciones; no quiero dar oidos á ninguna. Yo sé hacer una guerra de esterminio; juro que todos los prisioneros serán esclavos. Pero de dónde procede el botin que se divisa? Sin duda se habrán apoderado de él mientras Djida estaba en la caza de los leones.» Entonces mandó á Zebaide, uno de sus guerreros, al encuentro del enviado de Zoheir, con órden de enterarse de su mision, y de informarse al propio tiempo de la suerte de Djida. Cuando se hubieron reunido, Zebaide tomó la palabra, y dijo:—«Oh vos, guerrero insensato, que venis aqui á buscar la muerte!... apresuraos á decir lo que os conduce, antes que vuestra cabeza ruede por el polvo.»—«Desprecio vuestras vanas amenazas, contestó Abjsi: pronto nos encontraremos en el campo de batalla y probará cada cual la fuerza de su brazo. Yo vengo aqui á tres cosas: á anunciaros, á preveniros, y á informarme. Os anuncio que nos hemos apoderado de vuestras mujeres y de vuestros rebaños. Os prevengo, que vamos á daros un terrible combate bajo la direccion del valiente Antar; y últimamente vengo á informarme del botin que habeis hecho, porque sabemos que habeis atacado á tres tribus Beni-kamah, Beni-Amar y Beni-Kela. He dicho; contestad.—«Ese botin, dijo Zebaide, ha sido adquirido sin trabajo: el terror del nombre de

Kaled ha bastado.» Despues contó lo que se ha leido mas arriba respecto al padre de Abila, añadiendo que mil guerreros habian sido enviados para sorprender Beni-Abejs: «A mi vez, continuó este, os pido noticias de Djida.»--«Está prisionera, contestó Abjsi, y sufriendo con sus heridas.»--«Quién ha podido vencerla, á ella tan valiente como su marido?» dijo el enviado de Kaled--«Un héroe á quien nada resiste en el mundo, repuso Abjsi: la ha vencido el valiente Antar, hijo de Chidad.»

Los enviados habian llenado su mision, y se volvieron á dar cuenta á sus gefes. Al llegar Abjsi esclamó:--Oh Beni-Abejs, corred á las armas para lavar la afrenta que os ha hecho Beni-Zobaid.»--Luego dirigiendose á Zohais, dijo los versos siguientes:

«Beni-Abejs, sorprendida por el enemigo, permanece despoblada. Un viento destructor ha barrido el sitio.

«Se os ha despojado de vuestros bienes; los hombres han sido degollados: vuestros hijos y vuestras mujeres estan en poder del enemigo. Oid sus gritos de desesperacion: los desgraciados imploran vuestro socorro: Beni-Zobaid está triunfante... corred á la venganza!

«Oh Antar, si viéseis la desesperacion de Abla. ¡Cuán superior es á la de sus compañeras! Sus vestidos estan empapados en lágrimas; hasta la misma tierra esta humedecida por ellas.

«Abila, Abila, la bella entre las bellas!

«Corred, pues, á las armas! Ya ha llegado el dia de vencer ó morir. Que la muerte siga á los golpes de vuestros temibles brazos!...»

Al oir estas palabras Zohéir no pudo menos de derramar algunas lágrimas. Su afliccion habia teni-

do un eco profundo entre los gefes que le rodeaban. Solo Antar esperimentaba cierta satisfaccion al saber la suerte de su tio, causa de todas sus desgracias; pero el amor le hizo olvidar pronto su resentimiento.

El enviado de Kaled, llegó á la presencia de éste y rasgó sus vestiduras recitando los siguientes versos:

«Oh Beni-Zobaid! habeis sido sorprendido por los guerreros de Beni-Abejs.

«Vuestros bienes mas preciosos os han sido arrebatados.

«Oh Kaled! si pudiéseis ver á Djida con los ojos bañados en lágrimas.

«Oh vos! el mas temible de los guerreros!... corred á atacar á vuestros enemigos... !

«La muerte de los valientes es preferible á una vida sin honor.

«Que los malvados no puedan marchitarnos con el nombre de cobardes!»

A estas palabras, Kaled dió órden de marchar al combate. Zoheir viendo este movimiento se adelantó igualmente seguido de los suyos. El llano y las montañas se estremecieron al acercarse los dos ejércitos. Zoheir dirigiéndose á Antar:—El enemigo es numeroso, le dijo: la jornada será terrible. —«Señor, contestó Antar, el hombre tiene que morir un dia: por fin ha llegado el momento que yo he deseado tanto. Yo libertaré nuestras mujeres y nuestros hijos, aun cuando Kaled estuviese acompañado por César y por el rey de Persia. Despues recitó los versos siguientes:

«El hombre no debe soportar jamás el desprecio, cualquiera que sea su posicion.

«El hombre generoso debe siempre su brazo á los que necesitan de él.

«Cuando el valor no nos da la victoria es preciso saber sufrir el destino.

«Es un deber protejer á sus amigos, y enrojecer la lanza en la sangre de su enemigo.

«El hombre que no tiene estas virtudes no merece ninguna estimacion.

«Yo solo quisiera hacer frente al enemigo.

«Lo que me ha sido arrebatado lo rescataré sin mas ayuda que mi brazo.

«El combate que voy á dar hará temblar á las montañas mas altas.

«Que se regocije Abla: su cautividad va á concluir.»

Al escuchar estos versos, Chals esclamó:—«Que vuestra voz se haga siempre oir, vos que sobrepujais en elocuencia á todos los sabios y á todos los guerreros en valor.»

Kaled, antes de llegar á las manos, dió sus instrucciones para que se procurase hacer el mayor número posible de prisioneros.

Antar se dirigió hácia el lado de los cautivos para tratar de librar á Abla, pero los halló guardados por un número considerable de ginetes. Kaled se aproximó igualmente hacia el lado donde se hallaba Djida, vanagloriándose que Beni-Abep no podria sostenerse ni una hora. Principió por atacar á los guerreros que rodeaban á Zeheir y logró herir á Chap. Su padre se defendió como un leon, y el combate duró hasta el fin del dia; la oscuridad separó á los dos ejércitos que volvieron á ganar sus campos. Despues de prodigios de valor, supo Antar que Kaled habia herido al hijo

del rey.--«Por el Todopoderoso, dijo, mañana principiaré por vencer á Kaled! Yo hubiese debido hacerlo hoy, pero he procurado libertar á Abila, aunque sin fruto. Una vez muerto ó prisionero Kaled, su ejército se dispersará fácilmente, y podremos entonces salvar á nuestros desgraciados amigos. Beni-Zebaid verá que le escedemos en valor.

«Oh valiente de los valientes, contestó Zoheir, no dudo yo de vuestro triunfo, pero no puedo menos de estremecerme al pensar que Mahdi Karaab, á la cabeza de numerosos guerreros, ha ido á sorprender nuestra tribu, guardada únicamente por mi hijo Warka y reducido número de los nuestros, y temo por la suerte de nuestras mujeres y de nuestros hijos. Habiendo prometido nuevamente Antar dar una accion decisiva al dia siguiente, tomaron una ligera comida, y se retiraron á sus tiendas á disfrutar de algun descanso. Antar en vez de entregarse á él como los otros, mudó de caballo y partió para hacer su ronda, acompañado de Chaiboud, á quien sobre la marcha contó sus tentativas infructuosas para libertar á Abila.» «Mas dichoso que vos, le dijo Chaiboud, despues de muchos esfuerzos he logrado verla hoy: he aquí como. Cuando he visto el combate trabado en el llano, he tomado un largo rodeo, atravesando el desierto; y he llegado al sitio donde se hallaban los prisioneros. He visto á Rabek, su hermano Heroné-Ebeu-el-Wuard, vuestro tio Malek, su hijo y los otros guerreros de nuestra tribu, atados en camellos. A su lado estaban las mujeres, y entre ellas Abla, cuyos bellos ojos vertian un torrente de lágrimas. Ella tendia los brazos hácia nuestro cam-

po esclamando. --¡Oh Beni-Abejs !, ¿no hay ninguno de tus hijos que venga á libertarnos? ¿ni uno que pueda instruir á Antar de mi situacion desconsoladora?--Cien guerreros rodeaban á los cautivos, pero no obstante he intentado libertar á Ablla; mas he sido reconocido y perseguido.

Esta relacion arrancó lagrimas á Antar que se ahogaba de rabia.--Por fin llegaron á su destino.

Al punto del dia, los dos ejércitos se prepararon al combate, y no esperaban ya para dar principio á él mas que las órdenes de sus gefes, cuando se esparció en Beni-Abejs la voz de que Antar habia desaparecido. Iban á hacer pedir una suspension de armas para esperar la vuelta de Antar, mas se vió á lo lejos elevarse un polvo espeso que se aumentaba, y últimamente acabaron por oir gritos de desesperacion y de sufrimiento. Muy luego se distinguieron multitud de guerreros cubiertos de hierro, que acudian gozosamente al combate. A su cabeza marchaba uno de ellos alto como un cedro, firme como una roca: la tierra temblaba bajo sus pies. Delante de él iban hombres atados sobre camellos, rodeados de hombres montados que conducian varios caballos de la brida. Los de á caballo gritaban: Beni-Zohaid !.... sus voces llenaban el desierto. Era Mehdi-Karab enviado por Kaled para despojar á Beni-Abejs el cual volvia despues de haber cumplido su mision con completa fortuna. En efecto aquella tribu se habia apoderado inmediatamente de todos los caballos, de los mejores camellos y de varias jóvenes de las primeras familias. Warka, habia reunido los pocos guerreros que tenia, se habia puesto en su

persecucion, y viéndose alcanzado, Mehdi-Karab, despues de haber enviado su botin delante, con la escolta de doscientos á caballo, habia atacado el cuerpo de Warka, quien, aun cuando muy inferior en número, sostuvo el combate con valor hasta el fin del dia. Entonces Beni-Abejs que llevaba perdidos la mitad de los suyos, dejando prisionero asu gefe se habia dispersado. Mehdi-Karab, despues de esta accion, se habia vuelto á poner en camino, y llegaba á tiempo para tomar parte en la que iba á principiar. Se paso pues inmediatamente en batalla. A su vista, Zóhéir esclamó:—«He ahí mis temores realizados! pero no importa!... que el sable solo decidia» Todo es preferible á la vergüenza de ver á nuestras mujeres reducidas á la esclavitud.»

Recibido en transportes de alegria, Mehdi-Karab, despues de haber contado su espedicion, se informó de Kaleb y supo con sorpresa que habiendo montado á caballo la víspera por la noche para hacer su ronda, no estaba todavia de vuelta. Ocultando su inquietud, se precipitó con impetuosidad sobre Beni-Abejs, seguido de todos los suyos, lanzando su grito de guerra. Los guerreros de Zóhéir sostuvieron este choque terrible, con desesperados esfuerzos, queriendo mas bien morir que vivir separados de sus amigos. Torrentes de sangre inundaron el campo de batalla. A mediodia, la victoria estaba todavia indecisa, pero Beni-Abejs, principiaba á flaquear. El enemigo hacia un horroroso destrozo en sus filas. Zóhéir, que se hallaba en el ala izquierda con sus hijos y con los principales gefes, veia plegar el centro y el ala derecha, y estaba ya en el mayor apuro no sabiendo como de-

tener á su ejército próximo á dispersarse, cuando divisó detrás del enemigo un cuerpo de mil guerreros escogidos que venian gritando: Beni-Abejs!... Beni-Abejs!... Este ejército venia mandado por Antar, el cual acudia en socorro de los suyos, precedido de Chaiboud, gritando con voz fuerte y animosa:—Desgraciados de vosotros, hijos de Beni-Zobaid! Buscad vuestra salvacion en la huida. Sustraeros á la muerte que va á caer sobre todos vosotros. Si no me creeis, alzad la vista, y ved en la punta de mi lanza la cabeza de vuestro gefe, Kaled-Eben-Mohareb!»

FIN DEL TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD DE MALAGA
BIBLIOTECA GENERAL